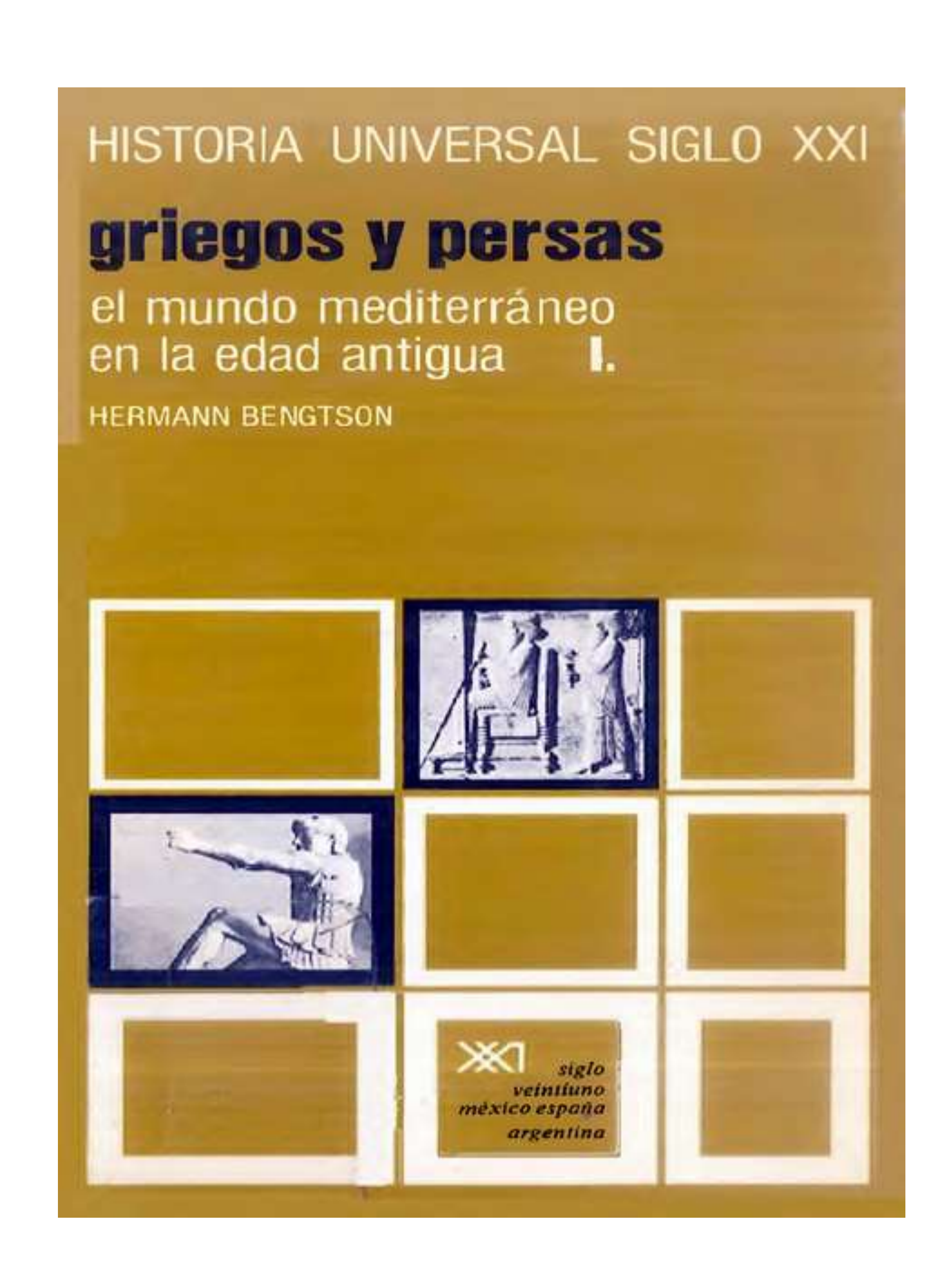

HISTORIA UNIVERSAL SIGLO XXI
griegos y persas
el mundo mediterráneo
en la edad antigua I.
HERMANN BENGTSON
siglo
veintiuno
méxico españa
argentina

Esta Historia universal SIGLO XXI, preparada y editada inicialmente por Fischer Verlag (Alemania), sigue un nuevo concepto: exponer la totalidad de los acontecimientos del mundo, dar todo su valor a la historia de los países y pueblos de Asia, África y América.

Resalta la cultura y la economía como fuerzas que condicionan la historia. Saca a la luz el despertar de la humanidad a su propia conciencia. En la Historia universal SIGLO XXI han contribuido ochenta destacados especialistas de todo el mundo. Consta de 36 volúmenes, cada uno de ellos independiente, y abarca desde la prehistoria hasta la actualidad.

Este quinto volumen incluye: El imperio persa y los griegos alrededor del 520 a. C. La caída de la tiranía ática y las reformas de Clístenes. La sublevación jónica y las guerras médicas hasta la batalla de Maratón. Los preparativos bélicos y la expedición de Jerjes. La fundación de la Liga marítima délico-ática y el origen de la rivalidad entre Atenas y Esparta. Pericles y la democracia ática. La vida cultural e intelectual en la época de Pericles. La guerra del Peloponeso (431-404 a. C.). Los griegos occidentales en el siglo V a. C. La hegemonía de Esparta y la guerra de Corinto (404-386 a. C.). La disgregación del mundo griego y el ideal de la paz (386-362 a. C.). Los griegos occidentales en el siglo IV a. C. La cultura griega en el siglo IV a. C. El ascenso de Macedonia bajo el rey Filipo II (359-336 a. C.). Alejandro y la conquista de Persia (336-323 a. C.). Egipto y el imperio persa. Mesopotamia durante el dominio persa. El judaísmo palestino en el período persa. Siria bajo los persas. Arabia.

Hermann Bengtson

El mundo mediterráneo en la Edad Antigua I.

Griegos y persas

Historia Universal Siglo XXI - 5

Título original: *Griechen und Perser. Die Mittelmeerwelt im Altertum I*

Hermann Bengtson, 1965

Traducción: Carlos Gerhard & Florentino M. Torner

Editor digital: jaleareal

ePub base r1.2

Prólogo

Toda exposición de la historia de los persas y de los griegos, desde Darío I hasta Alejandro, se enfrenta a una grave dificultad, ocasionada por las condiciones de las fuentes; para la historia del imperio persa poseemos una documentación absolutamente insuficiente: un par de inscripciones persas antiguas y los datos de la tradición griega. Esta circunstancia ha de tenerla presente todo aquel que emprende la tarea de poner de manifiesto la importancia universal, en la historia, del imperio persa. La situación es totalmente distinta por lo que se refiere a la historia de los griegos. Numerosos documentos literarios y epigráficos permiten seguir en sus rasgos esenciales la vida política y cultural de este pueblo, el más dotado de todos los de la antigüedad. Por supuesto, también aquí se da más de una laguna, sobre todo para la llamada Pentecontecia, período de unos 50 años entre 479 y 431 a. C.; ni siquiera el ingenio aplicado en estos últimos años por la investigación ha logrado cambiar nada en este hecho. No obstante, gracias a la historiografía griega, a cuya cabeza figuran Heródoto y Tucídides, las grandes figuras de la historia helénica se mantienen constantemente vivas.

Por una diversidad de razones he renunciado a los paralelos históricos, en particular con relación a nuestra época. Para el lector atento, éstos surgirán espontáneamente.

Para la exposición de la historia y la cultura de algunas áreas específicas se han agregado a este volumen algunos capítulos redactados por especialistas. Redondean la visión de conjunto en forma apropiada, y sin duda los lectores sabrán apreciar su aportación.

Hermann Bengtson

1. El imperio persa y los griegos alrededor del 520 a. C.

La historia del mundo antiguo se ve cada vez más influida, desde la fundación del imperio de los Aqueménidas por Ciro el Viejo (550 a. C.), por la potencia oriental. Pese al fracaso de Jerjes en Salamina (480), la presión persa sobre Grecia persiste, y solamente la paz de Calias (449/8) conduce a un equilibrio estable, aunque sólo por escasos decenios. Con la intervención de Persia como aliado de Esparta en la guerra del Peloponeso (412) empieza un nuevo período de la hegemonía persa que culmina en la paz del Rey, tan desfavorable para los griegos, del año 386. Únicamente con el ascenso de Macedonia bajo el rey Filipo II (359-336) se forma de este lado del mar Egeo un contrapeso frente al imperio persa.

La campaña de Alejandro, hijo y heredero de Filipo, consigue descalabrar finalmente, en pocos años, el imperio de los Aqueménidas; después de la caída de Darío III Codomano, Alejandro ocupa su lugar y nace la idea de una fusión de los pueblos iranio y macedonio, pero su realización se ve frustrada por la muerte temprana de Alejandro (323). En las luchas de los diádocos, sus sucesores, triunfa el macedonismo conservador, pero el peso del carácter original del pueblo iranio se mantiene, con todo, e incluso revive, en el siglo III a. C., en la lucha con los Seléucidas; las tradiciones del imperio de los Aqueménidas son reanimadas por el imperio parto de los Arsácidas, reino que desde su fundación (247 a. C.?) fue un adversario en ningún modo despreciable de los Seléucidas, primero, y luego también del imperio romano (batalla de Carras, 53 a. C.). Se agudiza mucho el antagonismo entre los pueblos romano e iranio desde la fundación del imperio de los Sasánidas (226 d. C.). A partir de este momento, la historia de fines de la antigüedad es un enfrentamiento cara a cara del imperio romano y el neopersa, hasta sucumbir el dominio de los Sasánidas bajo la expansión de los árabes (batalla de Nehavend, 642 d. C.). Por supuesto, esta evolución de las relaciones iranio-occidentales, de más de mil años, no se concibe sin una profusión de estímulos recíprocos de carácter intelectual y artístico. Es bien sabido que los griegos aportaron a la construcción del imperio aqueménida una contribución sobresaliente: médicos, eruditos y arquitectos actuaron en la corte persa, y la participación de los mercenarios griegos en el ejército persa no es menos destacada. Los Arsácidas, todavía, seguían dándose plena cuenta de la importancia de la cultura griega bajo vestimenta helenística. Sin embargo, entre el imperio de

los Aqueménidas y el de los Arsácidas se sitúa el imperio de Alejandro y de sus sucesores, el imperio de los Seléucidas, bajo los cuales la cultura griega se extendió profundamente por el Irán y por la India. Sin Alejandro no habría cultura griega universal alguna, y sin el helenismo no habría habido *Imperium Romanum*. Para la civilización de la época romana de los emperadores, el elemento helenístico reviste importancia capital, no menos que para el triunfo del cristianismo, cuyas comunidades se encuentran a fines de la antigüedad esparcidas por el vasto espacio comprendido entre Irlanda y la India.

Hay que plantear, al menos, la pregunta acerca de si está o no justificado, y si lo está hasta qué punto, considerar la historia de la antigüedad como una disputa de la cultura greco-romana con la irania. Ernst Kornemann ha contestado afirmativamente, pero, por impresionante que sea el edificio que él ha erigido, subsisten dudas. Y estas dudas no se basan únicamente en la notoria inactividad del imperio persa en momentos decisivos de la historia antigua, sino que surgen sobre todo si se compara la cultura griega de los siglos V y IV a. C. con la vida intelectual de dicho imperio. Pese a todo el respeto que se tenga por las realizaciones de los persas, no se encuentra nada en materia de construcciones monumentales, en todo aquel vasto territorio, que en su contenido artístico pueda compararse ni remotamente con las construcciones de la época de Pericles. Y mucho menos puede Persia oponer algo equivalente al libre imperio del espíritu griego en materia de filosofía, teatro e historiografía. Y eso que durante muchos siglos estuvieron las puertas abiertas, tanto en un lado como en otro, de par en par. Es significativo que fuera Heródoto quien nos proporcionara una descripción del imperio persa que no ha sido superada hasta la fecha; las inscripciones persas antiguas, por importantes que sean sus datos, forman parte de la serie de antiguos decretos de los soberanos orientales, creados para la glorificación del Gran Rey. Mientras en Grecia el individuo se desarrolla en el terreno de la política y de la vida intelectual según su afición y sus facultades, del imperio de los Aqueménidas, en cambio, sólo conocemos, aparte de los nombres de los Grandes Reyes, a unos pocos de sus colaboradores y amigos más íntimos, y aun éstos, en su mayor parte, a través de la tradición griega. Pese a que el imperio persa constituyó, a partir de Darío I (522-486), una concentración de poder político como apenas la hubo nunca antes en el mundo antiguo, no se puede dejar de percibir que la pequeña Grecia poseyó por lo que se refiere a la vida de la cultura una importancia incomparablemente mayor. La fisonomía cultural de los siglos V y IV a. C. estuvo marcada exclusivamente por Grecia. En estos siglos se crearon los fundamentos de la civilización occidental no sin influencias extragriegas, desde luego, pero esencialmente gracias a las realizaciones de los propios griegos. El imperio de los persas, que en el terreno político no podía ignorarse, resultaba en buena medida

para los griegos algo ajeno, pese a los contactos tanto pacíficos como bélicos, y a través de las guerras médicas la comprensión de aquéllos por sus vecinos más bien menguó que creció. Si no dispusiéramos de la obra de Heródoto, nos estaría cerrado el acceso no sólo al fondo político, sino también al fondo cultural de la gran contienda greco-persa. Además, faltaba entre los griegos, con contadas excepciones, una comprensión real de la peculiaridad del pueblo persa y del imperio de los Aqueménidas. Nunca se produjo en ellos un verdadero esfuerzo por comprender la potencia moral de Persia, que mantenía al imperio y a sus pueblos unidos. Los persas (o los «medos», como los llamaban en general los griegos) eran y siguieron siendo bárbaros; en la posición del Gran Rey con respecto a sus súbditos veían los griegos el despotismo más desolador, y en la fidelidad de las masas persas para con la casa reinante veían obediencia ciega, incondicional, negándose a percibir en ello un sentido más profundo. Pese a los numerosos contactos en el comercio, en la economía y también en la vida intelectual, los griegos y los persas vivieron unos al lado de los otros sin contacto interior alguno, y ello por espacio de dos siglos enteros. A este hecho se debe, en última instancia, el que sepamos de los persas tan lamentablemente poco. Y dado que este estado de cosas no cambiará esencialmente en el futuro, hemos de resignarnos a no poder hacer justicia a Persia en forma parecida a cómo la hacemos a los griegos, que nos han dejado una gran abundancia de testimonios históricos.

La ruina del imperio asirio a fines del siglo VII a. C. marca el fin de una época de la historia de Asia Menor. Todos los pueblos del Próximo Oriente, desde Armenia y Anatolia oriental hasta Egipto, habían vivido por espacio de siglos bajo el terror de los asirios; su ejército era tenido por invencible, y no había muralla que fuera capaz de resistir a sus máquinas de asedio. Hacia fines del siglo VII se mostraron las primeras grietas en el edificio del imperio, hasta entonces tan orgulloso, y al caer en ruinas, el año 612, su capital, Nínive, estaban allí los ejércitos de los neobabilonios (los caldeos) y de los medos, que en esta ocasión participaron en la historia universal por vez primera. El soberano medo Ciaxares fue quien puso fin, el año 610, en la batalla de Harran (Mesopotamia septentrional) al último y efímero reino de los asirios, al reino de Ashshuruballit. A partir de este momento la parte norte de Mesopotamia perteneció a los medos y constituyó una posesión muy importante, ya que les aseguraba, al descender de las alturas del Zagro, el enlace con las antiquísimas ciudades de la alta cultura mesopotámica. El avance de los medos a través de Armenia hacia Capadocia puso a los iranios en conflicto con los lidios; se llegó junto al río Halys, en la Anatolia oriental, a un choque bélico, y luego a un tratado que fijaba el río como frontera entre Lidia y Media (585). A partir de dicho año Asia Menor queda bajo el signo de cuatro grandes potencias: Media, Neobabilonia, Lidia y Egipto. El mayor de estos imperios es

indudablemente el medo, y es el primero que fue creado por los iranios.

El sucesor de Ciaxares, Ishtuwegu, a quien Heródoto llama Astiages, tiene una personalidad débil; su prolongado reinado (585-550) muestra pocos rasgos heroicos. En calidad de príncipe vasallo del rey de los medos gobernaba en Anshan, una región de Persia, Cambises, de la casa de los Aqueménidas. Sostenía con el medo Astiages las mejores relaciones y era yerno suyo. Del matrimonio de Cambises y de la princesa meda Mandane nació Ciro, quien tomó en 559, en Pasargada, la sucesión de su padre. Ciro es el soberano que por primera vez puso al pueblo persa al frente de la familia de los pueblos iranios. Con el levantamiento de Ciro contra el dominio de los medos en el año 550 empieza el ascenso del pueblo persa bajo el dominio de los Aqueménidas. Pero la eliminación de la hegemonía del rey medo no significaba la subyugación de su pueblo, porque los linajes nobles de los medos participaban plenamente tanto en los éxitos como en los honores del nuevo soberano. Nada tiene de casual que se nombre en la tradición griega juntos a persas y a medos y que la expresión «medo» signifique lo mismo que «persa». La expansión subsiguiente representa el engrandecimiento de la doble nación bajo la firme dirección de Ciro. Este rey ha pasado también a la tradición griega como modelo resplandeciente del soberano persa. Casi dos siglos más tarde describió el ateniense Jenofonte la figura de Ciro el Joven con bellos colores en la *Ciropedia*, especie antigua de «espejo de príncipes» muy leída e imitada tanto en la antigüedad como más tarde.

Al igual que el medo Ciaxares, también Ciro se volvió primero contra los lidios, pero esta vez con éxito decisivo: después de una victoria en Pteria, los persas persiguieron al ejército lidio mandado por Creso hasta el Asia Menor occidental; en el «Campo de Ciro» volvieron las armas persas a revelarse superiores, y después del sitio de Sardes que, al parecer, sólo duró quince días, cayó en manos de los persas la capital del imperio lidio y, juntamente con ella, la ciudadela, tenida por inexpugnable, siendo hecho prisionero Creso, el rey de los lidios (547).

La caída de Creso, ligado a Grecia por muchos vínculos, caracteriza también una nueva época en las relaciones entre aquélla y Persia. El año 547 empieza el contacto directo entre los helenos y los persas, que ya no había de interrumpirse más en la historia de los dos pueblos. Las comunidades griegas de la costa occidental de Asia Menor habían sido vasallas del rey lidio y habían encontrado el dominio de los lidios poco opresivo, mayormente por cuanto éstos se habían abierto con afán a la cultura griega. La casa lidia reinante se había percatado siempre de la gran importancia de las ciudades griegas y, por su parte, los griegos

habían tomado de los lidios el dinero amonedado, cuya introducción dio a la economía del ámbito Mediterráneo una nueva base. Ciro no ignoraba la existencia de los griegos y su importancia en Asia Menor y, antes de la expedición militar decisiva, les había ofrecido negociaciones, pero solamente Mileto había sido lo bastante previsora como para ponerse abiertamente de su lado. Mientras que, después de la caída de Sardes, todos los demás griegos de Asia Menor fueron sometidos al gobierno directo de los sátrapas persas, Mileto, en cambio, obtuvo un tratado persa de amistad y alianza: fue éste el primero en la larga serie de los tratados greco-persas. Por lo demás, una parte de las ciudades griegas hubo de ser sometida por Hárpago, general de Ciro, porque se negaron a abrir sus puertas a los persas. En vano habían tratado los espartanos de intervenir por medio de una embajada. Ciro no hizo ningún caso de su demanda de que no atacara a los jonios. Y cuando la sublevación del lidio Pactolo hubo fracasado, los persas adoptaron otras medidas: aseguraron el país entero por medio de guarniciones y colonias militares, y en las ciudades griegas confiaron el gobierno a helenos partidarios de los persas, apoyados por el poder extranjero. En todo caso, los jonios no tardaron en percatarse de que el dominio persa, con sus sátrapas y guarniciones, era mucho más opresivo y desagradable que el de los reyes lidios, quienes siempre habían tenido una consideración especial con las ciudades griegas de su reino. Las concepciones griega y persa del estado eran como el fuego y el agua: irreconciliables.

Después de la conquista del reino de Lidia, Persia se había convertido en gran potencia, y se convirtió en potencia mundial cuando Ciro hubo sometido el oriente iranio, hasta las fronteras de la India, y finalmente también el reino caldeo de Neobabilonia. El sur de Mesopotamia, rico en ciudades, hubo de ejercer sobre los persas, con la antiquísima cultura de sus templos, una atracción irresistible, semejante a la que más adelante había de ejercer la Mesopotamia posterior, bajo los Seléucidas, sobre los Arsácidas. Babilonia, pese a que se encontrara, bajo su rey Nabónido, en plena decadencia política, seguía siendo el centro del comercio y de la economía en Asia Menor y mantenía relaciones comerciales con todos los países de aquel ámbito, incluida Jonia. Pero el ejército de Babilonia ya no estaba a la altura necesaria y el rey Nabónido no se había mostrado acertado en su actitud frente al poderoso sacerdocio del dios Marduk. Así, pues, al rey persa la empresa le resultaba fácil. La lucha por Babilonia terminó después de pocos meses con la entrada del gobernador persa de la región de Gutea, Gobrias (en babilonio, Gubaru), al que dieciséis días después, el 29 de octubre del 539, siguió Ciro. Desde Babilonia desplegó el vencedor una propaganda masiva, en la que no dejaba de aludir a sus buenas relaciones con los dioses del país, Bel-Marduk y Nabu. Los soberanos de Siria se apresuraron a rendir homenaje al nuevo señor. Poco tiempo

después, el imperio persa había llegado por Siria y Fenicia al mar, y las flotas de las ciudades marítimas fenicias estaban a disposición de Ciro. La tolerancia religiosa del Aqueménida se hizo notoria después que, desde Ecbatana, hubo decretado la reconstrucción del templo de Jerusalén, acto que le ha granjeado la eterna gratitud del pueblo judío (538).

El imperio neobabilónico junto con sus países adyacentes quedó unificado bajo la corona de Persia, y Ciro fue en adelante no sólo rey de los medos y los persas, sino también de *Babilu u Ebir-nari*, esto es, «rey de Babilonia y de la tierra de más allá del río (el Éufrates)». El fundador del imperio persa halló su fin en lucha con los «saka de las gorras puntiagudas», los masagetas, quienes partiendo de la región esteparia entre el Mar Caspio y el Mar de Aral siempre volvían a atacar el descubierto flanco norte del reino (530).

Sucedió al gran conquistador su hijo Cambises (530-522). Vengó la muerte de su padre venciendo a los masagetas y emprendió luego, el año 525, la conquista de Egipto, última de las grandes civilizaciones imperiales del Oriente. Una vez más volvemos a encontrar al Gran Rey en alianza con los griegos. Se dice que Polícrates, tirano de Samos, concertó con él una alianza y puso una parte de su flota a su disposición para la campaña contra Egipto. Los egipcios no estaban en condiciones de ofrecer una resistencia seria; el último faraón indígena, Psamético III, quedó primero como príncipe vasallo, pero luego fue muerto, cuando intentó sublevarse. El intento de Cambises de someter a los griegos de la Cirenaica tuvo tan poco éxito como una expedición contra Nubia. En la tradición antigua está dibujada la imagen de Cambises con colores sombríos; pasa no sólo por ser el autor de la muerte de su hermano menor, Bardiya o Esmerdis, sino también por un tirano sanguinario e intolerante con respecto a los dioses de la tierra del Nilo. Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que, al regresar Cambises a Siria ante las nuevas del levantamiento del falso Bardiya (Gaumata), después de tres años de permanencia en Egipto, le alcanzó la muerte, una muerte, por lo demás, natural, y no por suicidio, como se había admitido anteriormente.

La sublevación de Gaumata (del «falso Bardiya») había sumido el gran imperio persa en el caos. Aquél, el Mago, había buscado apoyo, ante todo, en la poderosa casta sacerdotal, que por su mediación esperaba adueñarse del poder. Una serie de medidas de carácter popular, entre ellas una supresión de impuestos por tres años, le granjeó el favor de las masas, en tanto que la influencia de la nobleza se veía reducida en todos los aspectos. Es innegable la importancia de estos acontecimientos por lo que se refiere a la estructura interior del imperio persa, pues significaban indudablemente un alejamiento decisivo de las tradiciones

militares cultivadas desde Ciro.

El levantamiento de Gaumata no tardó en provocar una reacción: Darío, hijo de Histaspes, sátrapa de Partia, que descendía de una línea secundaria de los Aqueménidas, se alió con seis persas distinguidos; el objetivo de los conjurados, la eliminación de Gaumata, quien al parecer sólo reinó en total dos meses, se logró en unas pocas semanas: el Mago fue muerto de una puñalada por Darío en un castillo cerca de Ecbatana. A la coronación de Darío en Pasargada y a sus nupcias con Atosa, hija de Ciro, siguieron tiempos difíciles; en efecto, el reino se vio sacudido por violentos levantamientos que tenían su origen en Elam y Babilonia, pero que no tardaron en extenderse a las regiones iranias centrales. En Media fue Frawartish (Fraortes), miembro de la familia Deyócida, quien, con el nombre de Khathrita, emprendió el intento de restablecer el imperio de los medos; los territorios de Partia e Hircania se le adhirieron y también Armenia abandonó a Darío. En la gran inscripción monumental de la pared rocosa de Bagistán, Darío ha proporcionado un informe detallado de sus luchas y victorias contra los rebeldes; se trataba de una multiplicidad de adversarios poderosos quienes, en parte, contaban con el apoyo de la población de sus respectivas regiones. Hoy todavía nos resulta un milagro que en el breve plazo de un solo año (y algunas semanas), y no hay razón alguna para dudar de este testimonio expreso suyo, se hiciera dueño de la situación. A fines del año 521, después de la derrota de Arakha en Babilonia, el último de los sublevados (Darío los llama «los falsos reyes»), las luchas estaban terminadas y el gran imperio persa unido yacía a los pies del vencedor.

Se ha escrito mucho acerca de la organización interior que Darío dio al reino. Desde que Eduard Meyer describió el imperio persa de los Aqueménidas como un país de elevada civilización, la investigación ha ido llegando a una valoración cada vez más positiva de las realizaciones de los primeros gobernadores de esta familia. Y estos logros se presentan como mayores todavía si se tienen en cuenta las grandes distancias de aquel vasto imperio, que habían de oponer a una administración ordenada los mayores obstáculos.

La organización del imperio por Darío hubo de tener lugar entre los años 518 y 514. Fue, indudablemente, el resultado de un vasto proyecto preparado por el propio Gran Rey Darío y que éste, con el auxilio de sus colaboradores y hombres de confianza, llevó a cabo punto por punto. Considerada en su conjunto, la organización del imperio se presenta como un compromiso elástico entre las concepciones feudal y centralista del estado. Su fundamento estriba en la relación personal de lealtad del Gran Rey con sus súbditos, quienes se sienten obligados hacia él a una obediencia incondicional. El papel principal les está confiado en el

imperio a los persas, que son quienes proporcionan los sátrapas y los comandantes del ejército imperial, en tanto que los demás pueblos, con excepción de los medos, han de contentarse, en conjunto, con funciones secundarias. Lo que podemos extraer de las antiguas inscripciones persas y, ante todo, de las inscripciones reales de Bagistán, Naqsh-i-Rustam, Persépolis y Susa, y lo que, por otra parte, encontramos en las fuentes griegas, principalmente en Heródoto (III, 89 ss.), es lo siguiente: Darío procedió por lo visto a una nueva división interior del gigantesco imperio y, concretamente, de tal manera que se dividió el enorme conjunto de tierras en satrapías (en las inscripciones se las llama «países»). Al frente de estos «países» se pusieron gobernadores que llevaban el nombre oficial de sátrapas. Sátrapa (en antiguo iranio *xshathrapavan*) significa más o menos «protector de dominio». Es posible que el título provenga de la esfera del imperio medo. Por lo demás, sátrapas había habido ya en tiempos de Ciro: eran éstos los grandes señores feudales, que mandaban probablemente territorios inmensos. Darío procedió a una reorganización del reino conforme a la cual las antiguas satrapías quedaron reducidas y, básicamente, en pie de igualdad jurídica. Todas las satrapías estaban obligadas a pagar tributos al Gran Rey, ya que sin tributos no se podía reinar en Oriente, y en esto no hizo Darío más que proseguir un principio que anteriormente hablan aplicado los asirios.

Al considerar ahora la lista de las satrapías, hay que tener presente que ya en tiempos del propio Darío tuvieron lugar determinados cambios, que, por supuesto, resultan muy difíciles de conocer en su detalle. Según la inscripción de Bagistán, que es la más temprana de las grandes inscripciones reales, había las siguientes satrapías: 1) Persis, 2) Huza (Elam), 3) Babairu (Babilonia), 4) Athura (Asiria), 5) Arabaya (la Jeziré del norte de Arabia), 6) Mudraya (Egipto), 7) la Satrapía del borde del mar (Asia Menor meridional), 8) Sardes, 9) Yauna (Jonia), 10) Mada (Media), 11) Armina (Armenia), 12) Capadocia, 13) Partia, 14) Zranka (Drangiana), 15) Haraiwa (Aria), 16) Huwarazmiya (Corasmia), 17) Bactría, 18) Sogdiana, 19) Gandhara, 20) Saka (el país de los escitas), 21) Tatagus (Sattagidia), 22) Harahuwati (Aracosia) y 23) Maka (de localización dudosa). A estas provincias de los primeros tiempos de Darío se añadieron más adelante algunas otras, en particular Putiya (Libia), Kusiya (Nubia) y, después de la campaña de Darío contra los escitas, también Skudra (Tracia). De los tributos nos limitaremos a mencionar aquí los de las riquísimas satrapías de Babilonia y Egipto. Babilonia, que según Heródoto era el país más productivo del imperio entero, había de pagar un tributo total igual a 1000 talentos de plata. En el detalle constaban los tributos de metal noble en forma de recipientes, los de vestidos finos y los de cebús, que abundaban en el país y estaban destinados al abastecimiento de la corte del Gran Rey y del ejército. El tributo total de Egipto lo estima Heródoto en 700 talentos de plata, habiendo de

suministrar el país del Nilo, ante todo, trigo y ganado. Si la pesca del lago Meris estaba o no comprendida es materia controvertida. También ésta proporcionaba al Gran Rey ingresos considerables. Por lo demás, numerosas satrapías habían de proporcionar caballos, que revestían gran importancia de cara al ejército imperial.

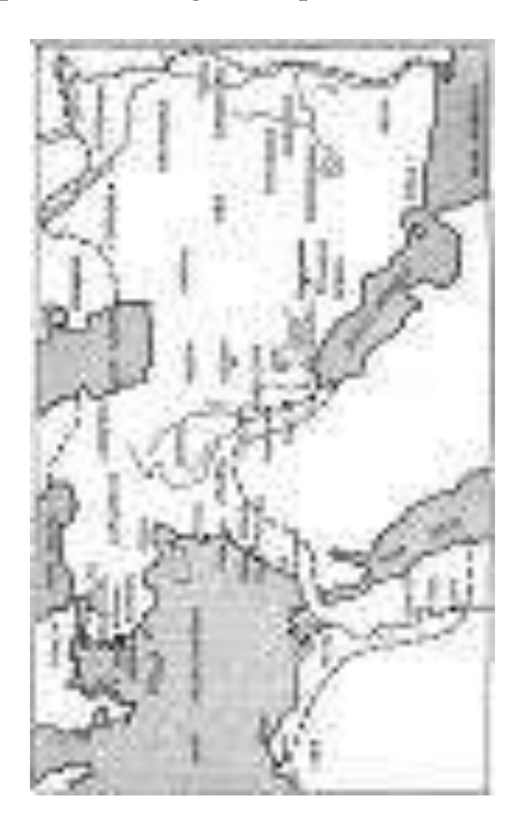


Fig. 1. El imperio persa

Los tributos confluían en tesoros centrales en las residencias reales. El imperio sólo se podía administrar mediante una burocracia instruida en todo hasta en el menor detalle y con auxilio de un idioma unitario. Al frente de la administración figuraba el *hazarapatish*, en griego quiliarca, quien, en calidad de jefe de la guardia del Gran Rey, había ascendido a gran visir del imperio. Este alto dignatario, el «primero después del rey», era propiamente, al lado del soberano, el regente del imperio. De los tesoros nos proporcionan una impresión interesante las excavaciones americanas realizadas en Persépolis.

Aquí se ha encontrado la casa-tesoro (*ganzaka*) y, con ella, una gran abundancia (varios millares) de tablas de arcilla en idioma elamita, con liquidaciones de cuentas de entregas de suministro, que nos dan una visión directa de la actividad de la administración local. Por lo demás, el empleo del idioma

elamita en Persépolis constituye un caso particular, que se explica por la situación de Elam y de su antiquísima cultura en el golfo Pérsico. El idioma de la cancillería real y, en general, el idioma de la administración del reino era el arameo, concretamente, en su forma particular de «arameo imperial». Documentos en este idioma se encuentran aún en los rincones más apartados del imperio de los Aqueménidas, en Elefantina (Alto Egipto), lo mismo que en Sardes y en la India; también lo conocemos por la Biblia, donde aparece en algunos capítulos del Libro de Esdras. Si bien había de ser utilizado exclusivamente por escribas de quienes no era la lengua materna, esto resultaba compensado, con todo, por el hecho de que ahora poseía todo el imperio un idioma unitario. Por otra parte, las letras tomadas de la escritura fenicia eran mucho más fáciles de aplicar a un material flexible, como el cuero y el papiro, que la escritura cuneiforme que, en el fondo, era y siguió siendo una escritura monumental. Si Darío introdujo o no en sus inscripciones monumentales una nueva escritura cuneiforme, es materia cuestionable, pero es lo cierto, en todo caso, que se guardó, por buenas razones, de utilizarla también para su empleo en la cancillería. Incluso la mejor administración posee escaso valor si no logra llevar sus disposiciones en el tiempo más breve posible a conocimiento de los subordinados. Para la transmisión de noticias había en el reino de los Aqueménidas un sistema de correo organizado de modo excelente, derivado probablemente de antecedentes similares asirios. A través de Asia Menor se extendía una serie de carreteras, por medio de las cuales estaban unidas sobre todo las residencias del Gran Rey (Susa, Persépolis, Ecbatana) con las demás partes del imperio. La más conocida es la llamada Carretera del Rey, que Heródoto ha descrito. Por ella se va de Sardes, en Lidia, a través de Capadocia, al Éufrates superior y, de éste, al Tigris. Superando los pasos del Zagro (el trazado exacto no se conoce) llegaba la Carretera del Rey a la residencia de Susa. Mediante un cambio frecuente de caballos y mensajeros, podían recorrerse en un tiempo muy breve grandes distancias, del orden de hasta 300 km en un día, de modo que un mensaje no tardaba más de siete días en llegar de Susa a Sardes. El sistema postal de los Aqueménidas lo tomaron más adelante Alejandro y los diádocos como modelo, y también el *cursus publicus* de los romanos deriva, indirectamente, de los persas.

Sin duda, la administración persa del imperio presenta también sus lados negros. En todas las satrapías tenía el Gran Rey su gente de confianza, a quienes el lenguaje popular designaba como los «ojos» y los «oídos» del Gran Rey y que recuerdan remotamente a los *missi dominici* de Carlomagno. Estos individuos habían de informar a su soberano de todo lo notable que observaran. Dado que estaban directamente bajo las órdenes del Gran Rey, solían estar en relaciones tensas con los sátrapas y las autoridades locales. En términos generales, este sistema, típicamente oriental, era el más adecuado para favorecer la delación y

socavar la moral y el celo de los demás funcionarios.

Desde el punto de vista económico, las regiones del imperio de los Aqueménidas se situaban a diversos niveles de desarrollo. Mientras en Asia Menor y en Babilonia, y en parte también en Egipto, existía la economía del dinero acuñado, otros países del imperio permanecían todavía en gran parte al nivel de la pura economía natural. Constituye un mérito indiscutible de Darío, que poseía para los asuntos de la economía dotes excepcionales, haber producido cierto cambio en este aspecto mediante la introducción de una moneda imperial Se trata de una moneda de oro, el *darico* (*dareikós*); esta moneda contenía 8,42 gramos de oro y tenía el mismo peso de la *estatera* de Focea, moneda comercial griega de uso muy común. Por otra parte, su peso representaba la sexagésima parte de la *mina* babilónica. El darico, en el que el Gran Rey estaba representado como arquero arrodillado (ésta es la razón de que en el lenguaje popular se designara esta *moneda* como *toxotes*, «arquero»), estaba, pues, en relación, por su peso, con los dos sistemas económicos más importantes del imperio; no cabe suponer que esto fuera puro azar. Al lado de la moneda de oro había otra de plata, de 14,9 gramos, que en babilonio se llamaba *shiklu* y, en griego, *siglos* (siclo). Sin embargo, Darío, al igual que sus sucesores, se quedó en esta reforma a medio camino. Porque es el caso que los reyes persas atesoraron en gran parte el metal precioso; lo guardaban en los depósitos de las residencias reales, sin el menor provecho para nadie. Es probable que se relacionen con esta política miope del atesoramiento algunas de las dificultades económicas que sufrió el imperio persa. Para pagar a sus mercenarios extranjeros, y entre éstos en particular a los griegos, los reyes persas poseyeron siempre, y precisamente también en el siglo IV, dinero suficiente. El paralelo con Bizancio, cuya capacidad financiera influyó en no pocas ocasiones sobre el curso de la historia, se impone aquí espontáneamente.

La suntuosidad y el poderío del imperio mundial persa encuentran su expresión más visible en las construcciones de los Aqueménidas. Los primeros soberanos, ante todo Ciro I, habían residido en Pasargada. Allí existe todavía actualmente la tumba de Ciro el Viejo, que Alejandro Magno mandó restaurar. Forman un fuerte contraste con la muy sencilla forma de vida de Ciro el Viejo las construcciones suntuosas erigidas por Darío y Jerjes en Persépolis, que en realidad se llamaba «Persai». Si se contempla allí la vasta extensión de ruinas, se percibe todavía, debajo de éstas, la mano ordenadora del arquitecto. Persépolis, como la llamaban los griegos, no es propiamente una ciudad residencial, sino más bien un palacio imperial. En ella se encuentra, sobre el fondo grandioso de la montaña del Kuh-i-Rahmat, un complejo entero de imponentes edificios, construidos en conjunto armónico: la *apadana* (sala de audiencias) de Darío, su palacio, el palacio

de Jerjes, la sala del Consejo, la sala de las Cien Columnas, el harén, que sirve hoy de sede de la expedición, y el tesoro. Todas las construcciones estaban adornadas con magníficos relieves; las figuras que en éstos aparecen, desde el Gran Rey hasta el último soldado y los portadores de tributo, están representados con la mayor precisión, y sus ropas y sus armas están reproducidas tan exactamente que sin la menor dificultad podemos identificar la procedencia étnica de la mayoría de las personas que allí figuran. Es particularmente célebre el relieve de la Sala de las Cien Columnas: se acerca al Gran Rey, sentado en un trono elevado, un dignatario que se tapa la boca con la mano. Aún hoy sigue considerándose cortés en Oriente no molestar a un superior con el propio aliento. Con la *prosquínesis* (postración), en cambio, este relieve recuerda modelos asirios; pero las construcciones se llevan a cabo con el concurso de numerosos pueblos del imperio. Así, por ejemplo, aparecen en la inscripción de Darío acerca de la construcción del palacio imperial de Susa no sólo los babilonios y los egipcios, sino también los jonios y los carios de Asia Menor. Al pie del relieve real de Darío en Persépolis se han transmitido a la posteridad, en dibujos rayados, las cabezas de dos artistas griegos. Detrás de las grandiosas construcciones de Persépolis, no lejos de dicho palacio imperial, las tumbas reales en la pared rocosa de Naqsh-i-Rustam y el gran relieve rupestre de Bagistán, junto a la «Puerta de Asia», no ceden en nada en cuanto a monumentalidad a aquéllas. El relieve, compuesto de acuerdo con modelos orientales antiguos, muestra a Darío como vencedor del falso Bardiya y de los «falsos reyes». Flota en la parte superior de la escena Ahuramazda, que alarga al Gran Rey el anillo, símbolo del poder soberano. El investigador alemán Carsten Niebuhr fue uno de los primeros que trató de copiar la inscripción trilingüe (babilonio, antiguo iranio y elamita); la deslumbrante luz solar y la gran distancia le dificultaron en extremo la tarea, sin contar que entonces, en 1766, la escritura cuneiforme no se había descifrado todavía. Esto sólo tuvo lugar el año 1802, en Hannover, por obra del joven profesor de instituto, Grotefend.

Acerca del autor de estas construcciones y relieves, nada dice la tradición. Pero es lo cierto que fueron maestros en sus respectivos oficios, especialmente el arquitecto, a quien se debe el plano del palacio imperial. Tal vez fuera un maestro griego oriental quien con suma sensibilidad creó aquí una obra de arte incomparable, adaptada maravillosamente al espacio y a los alrededores. No lo sabemos. En todo caso concurren en el plano una noble amplitud de visión, una estructuración rica en significados y un sentido disciplinado del espacio, puestos totalmente al servicio, sin exageración alguna, de la obra a construir; de modo que las construcciones constituyen un reflejo de las mejores tradiciones del espíritu creador persa, que, aun habiendo absorbido muchos estímulos extranjeros, produjo algo propio y característico.

Del espíritu del gran organizador y estratega Darío nos permiten percibir todavía un aliento sus propias inscripciones. Sin duda, la gran inscripción de Bagistán es en primer lugar un documento histórico; pero, en cambio, la inscripción funeraria de Naqsh-i-Rustam da, ante todo, testimonio de la ética de Darío. En ella loa éste la bondad de Ahuramazda: «Por la gracia de Ahuramazda es tal mi naturaleza que soy amigo del derecho y no soy amigo de lo malo. No me place que el desgraciado sufra daño por culpa del poderoso, ni me place que el poderoso sufra daño por causa del humilde. Lo que es justo, eso es mi placer». «Hasta donde llegan las fuerzas de mi cuerpo, soy en cuanto guerrero un buen guerrero. Cuando aparece dudoso a mi discernimiento a quién deba considerar como amigo y a quién como enemigo, pienso primero en las buenas obras, ya tenga ante mí a un enemigo o a un amigo». «Soy hábil en cuanto a las manos y los pies. Como jinete, soy un buen jinete; como arquero, soy un buen arquero, tanto a pie como a caballo, y como lanzador de jabalina soy un buen lanzador, tanto a pie como a caballo. Y en cuanto a las facultades con las que Ahuramazda me ha investido y que yo he tenido la fuerza de emplear, por la gracia de Ahuramazda, aquello que he logrado lo he logrado con estas facultades que Ahuramazda me ha conferido». No existe motivo alguno para dudar de la fe de Darío: su confesión, al final de una vida larga y gloriosa, es al propio tiempo orgullosa y humilde; Darío es un rey que tiene plena conciencia de su alta dignidad. Lo que ha creado descansa sobre un fundamento firme: es la confianza en Ahuramazda, que ha tomado al Gran Rey bajo su protección.

Resulta muy difícil hablar de las creencias de los antiguos persas. Sabemos demasiado poco de su religión, de modo que todo comentario al respecto habrá de ser forzosamente más o menos cuestionable. Sobre la religión de los persas resplandece el gran nombre del fundador religioso Zaratustra, pero sigue discutiéndose, todavía, en qué época debe situarse su vida. ¿Vivió a fines del siglo VII o principios del VI, o corresponden sus obras a una época muy anterior? ¿Fueron los Aqueménidas siquiera zaratustrianos? La llamada inscripción *daiva*, de Jerjes, una inscripción fundamental de Persépolis, parece hablar en favor de esta hipótesis, y se ha aducido ante todo en tal sentido la presencia de la palabra *rtavan* en la inscripción, relacionándola con el concepto zaratustriano del *rtm*, que designa el orden divino de la salvación. Sea esto como fuere, lo cierto es que el pueblo persa adoraba deidades sin imágenes, a cielo abierto, de las cuales conocemos dos de tiempos de Heródoto: Mitra y Anahita. Un papel que nosotros apenas podemos penetrar es el de los magos, con cuya religión está enlazado el culto del fuego. Los magos ocuparon también un lugar importante en la vida política.

Uno de los grandes arquitectos del imperio mundial persa es Darío; fue él,

en efecto, quien imprimió al reino su carácter propio. No puede disimularse que en los colores brillantes se mezclan también sombras oscuras, que, además, cuanto más duraba el imperio tanto más sombrías se fueron haciendo. Indudablemente, la concepción persa del poder y de la relación del Gran Rey con sus súbditos es irreconciliable con la idea occidental y particularmente con la idea griega de la libertad. Para el Gran Rey todos los súbditos, cualesquiera que sean su condición u origen, son en última instancia esclavos, y no es ciertamente casual que en la tradición sólo uno de los colaboradores de Darío adquiera verdadero relieve. Por otra parte, la vida del Gran Rey transcurre en aislamiento deliberado con respecto al pueblo; solamente los grandes y poderosos pueden verle de lejos en las audiencias. Sin duda, ningún soberano del mundo puede renunciar a la fuerza, pero una cosa es hacer uso de la violencia para realizar un ideal, y otra emplearla por pura crueldad. Nos horrorizamos, por ejemplo, al enterarnos de la forma inhumana en que Darío mandó mutilar a los «falsos reyes» y con qué perversidad hizo eliminar a Oretes, sátrapa de Sardes. Sin duda, a la muerte de Cambises, Darío se consideró sucesor legítimo de los Aqueménidas, pero el que fuera o no el único que podía pretender tal cosa es cuestionable. Y, en términos generales, Darío procede probablemente con excesiva holgura de criterio, en sus pomposas inscripciones, al encontrar la verdad y el derecho siempre de su lado, y la mentira y la injusticia del lado de sus adversarios. Zaratustra había hecho de la lucha de la verdad contra la mentira la lucha inexorable de la fe contra su contrincante, lo que constituía un giro muy peligroso. Darío aplicó esta doctrina a la política, la desarrolló y llegó, finalmente, a legitimar el derecho del más fuerte. ¿Qué causas movieron a los Aqueménidas a mostrar una tolerancia inconcebible en aquellos tiempos para con las religiones extranjeras? ¿Querían realmente Ciro y Darío distraer a los súbditos extranjeros de la vida estatal y facilitarles la renuncia al poder político concediéndoles en el terreno de la religión toda la libertad imaginable? ¿Era acaso esto lo que perseguían? No tenemos respuesta. A los griegos, en todo caso, tal libertad no les bastaba, y la prueba está en el levantamiento jónico que conmovió el imperio persa en una hora crítica (500/499-494).

Pese a la multiplicidad de sus pueblos, el imperio persa es un cuerpo unificado, regido por la voluntad del Gran Rey: ¡Cuán distinto es en esto el mundo griego! Hacia 520 a. C., éste da la imagen de una gran dispersión. Claro que el ámbito griego se extiende del Egeo hasta España, del sur de Rusia hasta Egipto, pero, aparte de la metrópoli griega, se trata de una expansión esencialmente puntiforme: en todas las costas del Mediterráneo se encuentran asentamientos griegos, pero en la mayor parte de los casos estos asentamientos han de bastarse a sí mismos y les falta cohesión. Adondequiera que miremos, vemos que las

abundantes ciudades-estado griegas, las *polis*, viven sin relacionarse unas con otras; no existe siquiera una gran idea común, ni un sentimiento nacional helénico, que sólo empieza a formarse la víspera de las grandes guerras médicas. Sin duda, la flor de la juventud griega de la Hélade y de las colonias se reúne cada cuatro años en Olimpia para el festival de los juegos sagrados, y en las listas de los vencedores figuran al lado de los helenos de la metrópoli muchos nombres de griegos del sur de Italia y de Sicilia, pero esto en nada cambia el hecho de la dispersión política. Sin duda, aparte de unos antepasados míticos comunes a todos los helenos, existen otros elementos que constituyen un vínculo espiritual entre los griegos de los más diversos linajes, y este vínculo consiste esencialmente en el mundo panhelénico de los dioses, tal como se despliega en los poemas épicos de Homero; pero, al lado de los dioses de Homero, aparece la multitud de las figuras divinas locales: cada ciudad y cada pueblo adora sus propios dioses y, precisamente en la época que nos ocupa, los tiranos se disponen, tanto en Sicilia como en la metrópoli, a prepararles lugares de residencia apropiados en grandiosos templos. Falta también, sobre todo, un idioma literario común: el ático sólo pasa a ser lengua literaria en el curso del siglo V.

El núcleo del helenismo sigue siendo la metrópoli griega. En ésta ocupa Esparta un lugar principal. Con la conquista de la tierra fértil de Mesenia y la reducción de los infelices mesenios a esclavos, Esparta se convierte en el primer estado del Peloponeso, y los jefes políticos espartanos supieron ampliar todavía esta posición, aproximadamente a partir de mediados del siglo VI, por medio de una excelente política de tratados. Desde el año 550 figura Esparta, el estado de los lacedemonios, al frente de la llamada Alianza Peloponésica, organización que comprende casi la totalidad del Peloponeso, aunque con la excepción significativa de Argos. Con Argos está Esparta acérrimamente enemistada. El motivo de la enemistad es la fértil tierra de Cinuria, por la cual aún en los decenios siguientes (batalla de Sepea, en 494) se siguió luchando encarnizadamente. Frente a Esparta y la Alianza del Peloponeso, capitaneada por ella, todos los otros estados de la metrópoli sólo poseen una importancia secundaria. Entre los estados marítimos, son Atenas, Corinto y Egina los más importantes. Gracias a su posición junto al istmo, Corinto aventaja a los otros dos y posee en el mar Jónico una serie de colonias que se encuentran en un estado de estrecha dependencia con respecto a su metrópoli; las más importantes de éstas son la rica isla de Corcira (Corfú) y además las ciudades de Dirraquio (Durazzo) y Apolonia. También Potidea, en la península de Calcídica, es una colonia de Corinto. Atenas se encuentra entonces bajo la tiranía de la casa de los Pisistrátidas, esto es, de los dos hijos de Pisístrato, Hipias e Hiparco. El padre había puesto los cimientos para la expansión de la potencia marítima ateniense; durante su gobierno no sólo había pasado la isla de Salamina,

manzana de la discordia durante muchos años entre Atenas y Mégara, definitivamente a poder ateniense, sino que también en los Dardanelos, el estrecho entre Europa y Asia, que los barcos trigueros del Ponto habían de pasar en su ruta hacia Atenas, tenía desde hacía muchos años una base importante, la ciudad de Sigeo, que se había hecho ya ateniense en tiempos de Solón. El tirano Pisístrato contaba además con valiosas posesiones en la región tracia interior de Tasos; se trataba de las minas de oro del Pangeo, cuyo producto necesitaba Pisístrato para pagar la soldada a los mercenarios extranjeros. Más tarde, cuando los persas se establecieron en la parte europea del Helesponto y, sobre todo, después de la campaña de Darío contra los escitas (513-12), estas posesiones quedaron incorporadas al dominio político persa; es posible que la pérdida de estas ricas fuentes de ingresos contribuyera a provocar la caída de la tiranía en Atenas.

En la Grecia continental los helenos vivían según sus propias leyes; todos los estados eran autónomos y no reconocían soberano extranjero alguno. La situación era muy distinta, en cambio, por lo que se refiere a los helenos de Asia Menor. Las ciudades griegas, desde la Propóntide (mar de Mármara) hasta Licia, estaban allí bajo el dominio de sátrapas persas. Aunque por regla general éstos no se inmiscuyeran en la vida particular de aquellas ciudades, lo cierto es que en muchas de ellas habían ayudado a adueñarse del poder a tiranos que solían apoyarse en las armas de los persas. La vida cultural de Jonia no se vio muy afectada por el curso de los acontecimientos políticos. En Mileto vivían aún Anaximandro y Hecateo, el segundo de los cuales se distinguió como geógrafo e historiador, precursor en este dominio de Heródoto, en tanto que en Éfeso encontramos a Heráclito, «el Oscuro», y al poeta de versos yámbicos Hiponacte, quien, sin embargo, no pudo permanecer en su ciudad natal y hubo de emigrar a Clazómenas. De Samos procedía Pitágoras, que encontró en la Italia meridional un nuevo campo de actividad para su genio polifacético. Sus realizaciones como matemático figuran en los comienzos de la ciencia matemática griega y, como político, actuó sobre todo en Crotona. Allí sus partidarios se unieron a su alrededor para formar una asociación; con sus doctrinas, ante todo con la de la metempsicosis, y con la prohibición de comer carne, causó entre sus contemporáneos una impresión profunda. Su ideología está íntimamente enlazada con la de los órficos, tendencia religiosa que en aquellos días había ganado muchos adeptos.

Reviste particular importancia la caída de la tiranía de Polícrates de Samos (alrededor del año 522). El sátrapa de Sardes, Oretes, había sabido atraer al tirano a territorio de Asia Menor y lo hizo luego asesinar. Después de que hubo gobernado en Samos el escriba privado de Polícrates, Meandro, los persas llevaron a la isla a Silosonte, hermano de Polícrates, quien en calidad de vasallo de aquéllos tomó en

sus manos las riendas del poder. De esta forma también quedaba Samos incorporada al imperio persa, y se había realizado el primer paso para el dominio del Egeo. Las ciudades griegas del mar Egeo no habían sido afectadas hasta entonces por la expansión de los persas. Pero esto cambió cuando, probablemente en el año 513/12 a. C., Darío se armó para su campaña contra los escitas. El objeto de esta expedición, emprendida con un gran despliegue de fuerza y medios, resulta difícil de averiguar. Sin duda, los escitas, partiendo de la región esteparia entre el mar Caspio y el mar de Aral, habían amenazado reiteradamente el flanco norte, abierto, del imperio. ¿Quería, pues, Darío mediante un ataque desde el oeste, desde el Danubio inferior, atacarlos por la espalda? ¿Confundió acaso Darío, como supone Eduard Meyer, el Danubio con el Yaxartes, subestimando así considerablemente las enormes distancias? No lo sabemos; lo único cierto es que la acción, cuidadosamente preparada, fue llevada a cabo como una acción combinada, con participación también de contingentes jónicos. El arquitecto jónico Mandrocles construyó un puente sobre el Bósforo, con lo que, por vez primera, Europa y Asia quedaron unidas una con otra; por este puente, el ejército de tierra de Darío avanzó a través de Tracia hacia el Danubio inferior y de aquí, después de la construcción de otro puente, hacia la estepa de Besarabia. Los escitas no se presentaron a la lucha, de modo que, finalmente, los persas se vieron obligados a emprender el camino de regreso. No es probable que Darío atravesara el Dniéster ni los otros grandes ríos del sur de Rusia; sin embargo, la empresa no constituyó en modo alguno un total fracaso, ya que Tracia perteneció en adelante, como una cabeza de puente europea, al imperio persa, y con ella quedaban incorporadas a Persia las ciudades griegas del Ponto Euxino. El coloso persa había dado un paso más en dirección a la metrópoli griega.

También en Occidente surgían oscuras nubes amenazadoras para los griegos. En efecto, los pueblos de Italia entraron en movimiento y además se acentuó la presión política, ante todo la de los etruscos, que no sólo dominaban en la Italia superior, sino también en Campania. La rica ciudad comercial de Cumas se habría perdido si no hubiera encontrado en la persona de Aristodemo un general competente que, más adelante, se convirtió en tirano de la ciudad. Sin duda Cumas es sólo un ejemplo de los apuros en que se encontraban los griegos del sur de Italia. También las numerosas disensiones interiores creaban dificultades a los helenos en aquella región. Así, por ejemplo, Crotona y Síbaris estaban en violenta oposición y un tratado encontrado recientemente muestra que los sibaritas se habían aliado con los serdayos. ¿Puede verse en éstos a los sardos? En todo caso, esta alianza no impidió la ruina y la desaparición de Síbaris, porque ya en el año 511/10 cayó la ciudad, víctima de los ataques de los crotoníatas. Síbaris fue destruida totalmente, y se hizo pasar el curso del Crates sobre sus ruinas. Algunos investigadores

italianos creen haber encontrado ahora el lugar de la ciudad desaparecida.

También en las ciudades griegas de Sicilia progresa por doquier, a fines del siglo VI, la tiranía. Tal es el caso de Zancle, Hímera, Selinunte, Agrigento, Gela, Leontinos; Siracusa, en cambio, una de las mayores ciudades griegas de Sicilia, está paralizada por las luchas intestinas de los partidos. Con la fundación de la tiranía de Gela bajo Cleandro y, después del asesinato de éste, bajo su hermano Hipócrates, empieza en realidad una nueva era en Sicilia; Hipócrates sometió a los sículos vecinos, así como a las ciudades de Calípolis, Naxos y Leontinos, y venció a las fuerzas de Siracusa, que sólo con gran esfuerzo y mediante la cesión de Camarina, pudo conservar aún su independencia.

El helenismo occidental, expuesto a la doble presión de los cartagineses y los etruscos (batalla naval de Alalia, en Córcega, alrededor del 540), corría peligro, a consecuencia de su gran dispersión, de caer bajo dominio extranjero. Sin embargo, pese a las contiendas bélicas con los etruscos, la importancia del comercio griego fue y siguió siendo extraordinariamente grande. La calidad de los trabajos de artesanía griegos no tenía par; esto lo muestran no sólo los abundantes hallazgos de vasos en las tumbas etruscas, sino también una pieza singular como la enorme y bella crátera que se ha encontrado en el interior de la actual Francia, en Vix (junto a Châtillon-sur-Seine). Cabe pensar que llegaría allí pasando por Masalia (Marsella), la fundación focea del 600 a. C., aproximadamente, junto a la desembocadura del Ródano. También Spina, cerca de la desembocadura del Po, era un importante puerto de los etruscos que mantenía relaciones con Grecia. Sin embargo, su época de mayor florecimiento sólo se sitúa en la segunda mitad del siglo V.

A la gran expansión de la *polis* griega hasta Egipto (Náucratis), el sur de Rusia y España, responde con igual ritmo la difusión de la civilización y la cultura griegas. La ciencia y la filosofía griegas se encuentran como en la metrópoli, tanto en Jonia como en la Italia meridional, e inclusive pequeñas ciudades sin importancia, como Elea (Velia), cobijan entre sus muros a pensadores importantes (como Zenón de Elea), y sus enseñanzas constituyen, lo mismo que el panteón panhelénico, un patrimonio común de todo el helenismo. Dividido políticamente en un gran número de ciudades-estado (*polis*) independientes, el mundo griego no estaba unido, pero forma un macrocosmos intelectual, gracias al genio de sus pensadores y filósofos, en el que los miembros individuales despliegan una vigorosa vida propia. A dondequiera que miremos se manifiesta una vida lozana, en la que se refleja la multiplicidad de la mente griega.

2. La caída de la tiranía ática y las reformas de Clístenes

Con la tiranía de Pisístrato (561-528/27) había empezado en Atenas una nueva era. Fue Pisístrato quién activó la política exterior de Atenas y señaló a los atenienses nuevos objetivos. Pero la existencia de la tiranía no se dejaba conciliar con el sentimiento de libertad ateniense; nada tiene de particular, pues, que Pisístrato fuera expulsado de Atenas nada menos que dos veces; pero regresó siempre y murió, en el 528/27, de muerte natural. Pisístrato había adornado la ciudad con magníficas construcciones y su gobierno encarna, en general, lo mismo que el de su casa, una época extraordinariamente creadora desde el punto de vista artístico. Recordemos simplemente que fue en tiempos de Pisístrato cuando se dio el paso primero y decisivo para la creación de la tragedia clásica: el ateniense Tespis de Icaria enfrentó al coro un solo «respondente» (*hypocrites*), en el año 534. Con ello, aunque todavía quedaba un largo camino por recorrer hasta el drama clásico del siglo siguiente, el proceso se había iniciado, y en forma tan genial como sencilla.

Los hijos de Pisístrato siguieron a su muerte la línea por él trazada, tanto en materia de política exterior como interior. Aunque el régimen de las tiranías cada vez se encontraba con mayores dificultades en Grecia: Lígdamis de Naxos, amigo y aliado de la casa de los pisistrátidas, hubo de ceder ante el poder de los espartanos, y con la caída de Polícrates de Samos (522) se había hundido otro pilar angular de la sociedad de los tiranos. Añadíase a esto la expansión del imperio persa que, desde la campaña de Darío contra los escitas, no sólo había alcanzado a Tracia, sino también a las posesiones de los pisistrátidas en la costa septentrional del Egeo. De los dos hijos de Pisístrato que se hicieron cargo de su sucesión, Hiparco, el más joven, era el que tenía mayor personalidad. Sin embargo, encontró en su hermano Hipias el apoyo necesario en sus inclinaciones artísticas y literarias. Por lo demás, ambos se entregaron con fervor a los movimientos religiosos místicos de su época; seguían las doctrinas secretas del orfismo, y de Hipias se dice que era un conocedor particularmente experto de los oráculos, bajo cuyas influencias giraba entonces el mundo. Cuando el intérprete de oráculos ateniense, Onomácrito, fue descubierto habiendo falsificado un oráculo, Hipias, pese a que le uniera con él una íntima amistad, lo mandó al exilio. No debe pasarse por alto, al respecto, que

los oráculos revestían, asimismo, gran importancia desde el punto de vista político. Siguiendo sus consejos se ponían en marcha empresas políticas o se desistía de ellas. Hiparco era algo amigo de los poetas, a quienes había creado un hogar en su corte de Atenas. Así vivían en Atenas, entre otros, Laso de Hermíone y Prátinas de Fliunte, aunque éste último sólo más adelante. Del propio Hiparco se encuentran breves sentencias epigramáticas, en los hermes de los caminos áticos, de las que la posteridad ha guardado memoria por mucho tiempo.

No todos los ciudadanos atenienses habían permanecido en el país durante el período de la tiranía; en particular, la poderosa familia de los Alcmeónidas había preferido comer el pan del exilio, aunque probablemente sólo después del año 525, puesto que está atestiguado que el Alcmeónida Clístenes fue arconte durante la tiranía. El testimonio, sin embargo, se basa en el fragmento de una inscripción susceptible de varias interpretaciones. El destino que flota sobre todos los tiranos se cumplió primero en Hiparco. Cayó bajo los puñales de los conjurados Harmodio y Aristogitón cuando estaba organizando una procesión de las Panateneas. El motivo del atentado no fue político sino personal, puesto que, en una ocasión anterior, Hiparco había ofendido a Harmodio. Pero, fuera político o no, el atentado conmovió en sus cimientos el dominio de los Pisistrátidas. El gobierno de Hipias adoptó en adelante los rasgos de un despotismo violento; fortificó la colina de Muniquia, para tener desde ella un libre acceso al mar, y los ciudadanos fueron desarmados. Un intento de los Alcmeónidas de derrocar la tiranía terminó con un fracaso en Lipsidrión: el castillo ocupado por los exiliados hubo de ser abandonado nuevamente. Pero los Alcmeónidas ya no cejaron, y se sirvieron del oráculo délfico, cuyos sacerdotes les estaban obligados. El oráculo ordenó a los espartanos disolver los lazos de amistad con Hipias y eliminar la tiranía del territorio del Ática. El mandato de la Pitia délfica sumergió a los espartanos en un grave conflicto, pero se impuso finalmente el criterio de que, en cuanto potencia rectora, Esparta no podía sustraerse a la voluntad del dios de Delfos. Se probó primero con una incursión, pero la fuerza de ataque espartana resultó ser demasiado débil frente a las fuerzas reunidas de Hipias y de los tesalios. Esparta se vio obligada, pues, a movilizar las fuerzas de la Liga del Peloponeso. Los jinetes tesalios no pudieron resistir esta vez al ejército de los hoplitas, e Hipias, que se había refugiado en la Acrópolis, hubo de capitular cuando se le aseguró que saldría libre. Se dirigió en barco a Sigeo, donde gobernó en adelante en calidad de príncipe vasallo de los persas (510). Éste fue el fin de la tiranía ateniense, que había durado más de cincuenta años.

Al igual que el pisistrátida Hipias, también se había hecho súbdito del Gran Rey persa el joven Milcíades. Después que por cuenta de su hermano Esteságoras

se hubo hecho cargo del gobierno del Quersoneso tracio (la península había sido colonizada en su día, de acuerdo con Pisístrato, por Milcíades el Viejo), siguió a Darío, como lo hicieron los demás tiranos helénicos de Asia Menor y de las ciudades de la Propóntide, en su campaña contra los escitas. Fue Milcíades quien aconsejó a los tiranos griegos derribar el puente construido sobre el Danubio, con el fin de dejar abandonado a su destino al ejército de Darío, en la estepa de Besarabia. Aunque su consejo no fue seguido, es obvio que fue lo que le obligó a abandonar el Quersoneso: solamente volvió allí, aunque por pocos años (499/98 a 493), durante el levantamiento jónico.

Después de la expulsión de Hipias surgieron en Atenas, como salvadores de la ciudad, los Alcmeónidas y, ante todo, Clístenes, hijo de Megacles, cuyo nombre está enlazado para siempre con la historia de Atenas. ¿Y qué había de suceder ahora en Atenas, después de la caída de la tiranía? ¿Tenía siquiera algún sentido restablecer el predominio de la nobleza? ¿Y estaba ésta en condiciones, por lo demás, de llevar a cabo, con carácter exclusivo, las numerosas tareas de la política, de la economía y de la cultura? Atemorizaba, además, el recuerdo de los tiempos en que las diversas familias aristocráticas habían sido responsables, con sus numerosos partidarios respectivos, de las disputas internas de la ciudad; era esta discordia, en efecto, la que en su día había ayudado a Pisístrato a adueñarse del poder. Caracterizó la política de Clístenes su renuncia a restablecer el antiguo orden. Lo que él creó con la aprobación del pueblo ateniense (si en calidad de arconte, de legislador o en algún otro cargo público, no lo sabemos) fue la base de un nuevo estado ateniense cuyo principio rector había de ser la *isonomía*, esto es, la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Aunque hasta entonces la nobleza (los eupátridas), con sus poderosos seguidores, había decidido la historia de Atenas, esto cambió ahora por completo. Mediante una nueva división de la población ática, Clístenes rompió las antiguas alianzas de familias, despojándolas, en esta forma, de su importancia política; únicamente subsistieron las antiguas *phylai* (tribus) como asociaciones para el culto. Clístenes dividió el territorio ático, incluida la ciudad de Atenas en tres zonas, esto es, la ciudad (*asty*), la costa (*paralia*) y el interior (*mesogeia*), y a cada una de estas zonas, a su vez, en diez unidades, los tercios (*trittyes*). Un tercio de cada una de las zonas se agrupaba para formar una nueva tribu (*phylé*). En esto no jugaba papel alguno la distinta situación geográfica de los tercios y, al parecer, las nuevas tribus territoriales se constituyeron echando suertes y recibieron nombres de héroes áticos. En adelante, el ciudadano ático se nombraba según la tribu a que pertenecía. La nueva división era tan artificiosa que difícilmente se puede imaginar un modelo contemporáneo. Sólo pudo haber sido concebida por la mente de un individuo decidido a alcanzar su objetivo político a cualquier precio, y este objetivo no era otro que la creación de la nación ática, que

en adelante aparece como un solo cuerpo, dividido en diez tribus, treinta tercios y aproximadamente cien comunidades (*demos*). La historia posterior de Atenas y del Ática no se concibe sin este acto sencillamente revolucionario de Clístenes: este hombre merece, sin duda alguna, el título honorífico de fundador de la democracia ática. Enlazada con la reforma de las tribus está la reorganización del ejército ático. Cada tribu había de proporcionar al ejército un contingente de infantería; al frente de este contingente había un estratego, y al frente de todo el ejército un polemarco, que en la batalla de Maratón fue aún el jefe del ejército ateniense.

Como órgano ejecutivo creó Clístenes un consejo de 500 miembros, que pasó a ocupar el lugar del antiguo consejo de Solón. Cada tribu proporcionaba 50 miembros y, de éstos, cada comunidad (*demo*) un número de consejeros correspondiente al número de sus habitantes. Con objeto de capacitar al consejo (*bulé*) para la acción, se dividió en 10 secciones, según las diversas tribus, cada una de las cuales había de dirigir los asuntos del estado durante una décima parte del año. No cabe duda que Clístenes hubo de estar muy acertado en la constitución del consejo. Por vez primera en la historia de Atenas tenemos aquí convertida en realidad, en un órgano político importante, la idea de la representación del pueblo ático en una forma que cabe designar tanto de modélica como de nueva.

Para evitar de una vez por todas el retorno de la tiranía, Clístenes creó la institución del ostracismo (juicio de las tejuelas). Cada año en la asamblea popular de ciudadanos (*ecclesía*) se preguntaba si había que celebrar o no un ostracismo. Si se reunían 6000 votos en favor de la celebración, entonces el ciudadano que había reunido el mayor número de votos había de dejar Atenas y el Ática durante diez años, pero sin sufrir, por lo demás, daño alguno en sus bienes. En forma sorprendente, el primer ostracismo sólo tuvo lugar el año 487, de modo que por espacio de veinte años enteros el pueblo ático no se había sentido amenazado por tiranía alguna. La opinión sustentada por algunos investigadores (que el ostracismo sólo fue introducido en esta última fecha y no 20 años antes) no es probable, y es desvirtuada además por un dato expreso de Aristóteles en su *Constitución de los atenienses* (c. 22, 1). Tan drásticas fueron las reformas de Clístenes que no sorprende que encontraran una fuerte resistencia, sobre todo por parte de los eupátridas. Su oponente, Iságoras, decidió a los espartanos a intervenir en Atenas (508). Pero el pueblo no estaba dispuesto a dejarse arrancar sus conquistas, de modo que los atenienses recurrieron a las armas y encerraron a Iságoras y al rey de los espartanos, Cleómenes, en la Acrópolis. Después que, a cambio de una salida libre, capitularon, Clístenes y sus partidarios regresaron a Atenas. Y al dibujarse una nueva intervención de los espartanos, los atenienses concertaron una alianza, probablemente a instigación de Clístenes, con el sátrapa persa Artafernes

de Sardes (507). Sin embargo, esta jugada se reveló innecesaria, dado que el ejército de la Liga del Peloponeso, que no deseaba luchar contra los atenienses, se disolvió prácticamente en el 506, y los atenienses obtuvieron victorias decisivas, al parecer el mismo día, sobre los beocios y los calcídeos (de Eubea). En esta forma, el estado de Clístenes había pasado en campaña su prueba de fuego. Era muy cuestionable y peligrosa, en cambio, la alianza con los persas, y no nos sorprende que, una vez que se hubieron disipado los nubarrones que se cernían entonces sobre Atenas, los atenienses desautorizaran a sus propios embajadores, que habían sido responsables de aquel tratado.

El fin de Clístenes es desconocido. Con sus reformas se levantó a sí mismo un monumento imperecedero. En el antiguo consejo aristocrático del Areópago, en el consejo de los 500 creado por Clístenes (*bulé*), en la asamblea popular y, en particular, en los diversos cargos administrativos, los ciudadanos atenienses encontraron la posibilidad de realizar una actividad política según sus aficiones y capacidades. Sin duda, los arcontes seguían extrayéndose de la clase superior de los contribuyentes, los *pentakosiomedimnos*, esto es, los que tenían una renta de más de 500 *medimnos* de cereales. Al Areópago sólo podían acceder los que habían sido arcontes, y solamente si habían ejercido su cargo sin objeciones. Pero ¿qué significaba esto frente al hecho de que en adelante estuviera abierta a muchos miles de ciudadanos atenienses la participación en el consejo y en la asamblea popular? En efecto, si la constitución de Clístenes tenía la oportunidad de afirmarse, había de formarse necesariamente con el correr de los años una capa de jefes políticos y, a su lado, una gran masa de ciudadanos políticamente instruidos, como la que es totalmente imprescindible en todo estado bien gobernado. Y más aún: el interés general por el estado y su bienestar había de subir en el mismo grado en que un mayor número de ciudadanos iba participando en su servicio.

Forma un contraste pronunciado con sus atrevidas innovaciones en el terreno de la política la actitud conservadora de Clístenes en relación con la tradición sagrada. Clístenes dejó subsistir las cuatro antiguas tribus jónicas (los hopletas, los argadeos, los geleontes y los egicoreos), que tenían funciones culturales, así como las antiguas *trittyes* sagradas (que nada tienen que ver con las *trittyes* locales de nueva creación), las fratrías y el sacerdocio; pero hubiera sido un grave error atentar contra estas antiquísimas instituciones, y Clístenes se abstuvo precavidamente de ello. Sin embargo, como auténtico estadista, Clístenes supo separar lo propiamente político de lo religioso y ponerlo sobre nuevas bases, que se revelaron como eficaces, por lo demás, durante todo el tiempo en que subsistió un estado ático independiente.



Fig. 2. La Grecia clásica y el Egeo.

La *isonomía* ateniense creada por Clístenes se encontraba en Grecia en una situación totalmente aislada; en ninguna otra parte había estados con una constitución parecida, sino que, por doquier, la aristocracia dominaba la situación. Añadíase a esto el hecho de que Esparta, en cuanto potencia que presidía la Liga del Peloponeso, era militarmente muy superior a todos los otros estados griegos. Ahora bien, el que la Liga estuviera o no en condiciones de enfrentarse a tareas mayores fuera de Grecia, es una pregunta que quedaba en suspenso. Hasta allí, Esparta había declinado casi siempre la responsabilidad de expediciones en ultramar o sólo las había emprendido de mala gana, como la realizada contra Polícrates de Samos. Las consideraciones anteriores de la historia de Grecia partían en la mayoría de los casos de las ideas nacionalistas del siglo XIX. Los investigadores veían en los griegos una unidad étnica y cultural y hablaban de una nación griega como solía hablarse de una nación alemana o una nación italiana. Este enfoque puede considerarse actualmente superado. Constituye el mérito de la obra de Hans Erich Stier, *Grundlagen und Sinn der griechischen Geschichte* (Stuttgart, 1945), ante todo, el haber señalado las diferencias fundamentales entre la conciencia nacional antigua y la moderna. En efecto, hacia el año 500 a. C., Grecia sólo era una unidad en el terreno religioso: la creencia en los dioses olímpicos unía

a todos los helenos, y constituye el mérito histórico de Homero y de sus poemas épicos el que dichos dioses, en la figura que él les dio, encontraran aceptación y culto en toda la Hélade al lado de las incontables deidades locales. Pero aparte de este vínculo espiritual, había muy poco de común entre los griegos. Sin duda los poemas de Homero eran leídos en todas partes, pero no existía lenguaje literario griego alguno. Cada griego se servía del dialecto de su ciudad o de su tribu, y no cuesta mucho imaginar que el entendimiento entre un lacedemonio y un tesalio, por ejemplo, topaba con dificultades, Únicamente en medio extranjero, en las regiones coloniales del Asia Menor, en Italia, el sur de Rusia y allí donde los griegos vivieran con pueblos extranjeros, cobraban conciencia de su peculiaridad étnica y cultural frente a éstos. No constituye un azar que el concepto de «panhelénico» se encuentre en Arquíloco (fr. 52); (el contexto es interesante: el poeta habla de la «miseria de toda Grecia», con lo que se refiere a todas las existencias dudosas que, al igual que el propio Arquíloco, habían participado en la colonización de Tasos, acontecimiento que corresponde aproximadamente a mediados del siglo VII). También en Hesíodo encontramos el mismo concepto, y en sus catálogos es Heleno el héroe epónimo de los griegos. No obstante, las duras realidades de la vida política se encontraban en violento contraste con esta unidad ideal; en efecto, cada *polis*, aun la más pequeña, velaba celosamente por su autonomía, y ni una sola estaba dispuesta a renunciar a ella en favor de otra más poderosa. Por esta razón, toda formación de una potencia mayor se revelaba de antemano como imposible; cuando una ciudad-estado concertaba una alianza con otra, no renunciaba por ello en lo más mínimo a su soberanía. Por otra parte, las diversas localidades con mucha frecuencia estaban enemistadas unas con otras y se hallaban implicadas en luchas numerosas y a menudo muy prolongadas. Así, por ejemplo, Atenas luchó por espacio de varios decenios con Egina por la posesión del golfo Sarónico; Esparta luchó encarnizadamente con Argos por la fértil comarca de Cinuria, y la disputa entre Crotona y Síbaris en el sur de Italia condujo a la aniquilación y la erradicación completa de ésta.

Presentaba un cierto aspecto panhelénico el oráculo del Apolo délfico. Las vastas relaciones de los sacerdotes délficos en todas las regiones pobladas por griegos, y aun mucho más allá, permitían a la Pitia dar a los que buscaban consejo unas sentencias en forma de oráculo, que a menudo también se tomaban en cuenta decisivamente en materia política. Sin duda, el lenguaje del oráculo délfico era, como el de todos los oráculos, tanto antiguos como modernos, oscuro y no siempre fácil de entender para todo el mundo. Recuérdese el oráculo que la Pitia le dio al poderoso rey de los lidios, Creso, al entrar en guerra contra los persas: «Si atraviesas el Halys destruirás un gran imperio». Sin embargo, la confianza en Apolo permaneció completamente incólume hasta el momento de acercarse los

persas.

Para un extranjero las condiciones políticas de la Hélade resultaban muy confusas. Lo que veía era un mundo de ciudades-estado que en parte estaban unidas por tratados y, en parte, estaban divididas por enemistades. Parecía prácticamente imposible que los griegos olvidaran lo que les separaba para aplicarse a grandes tareas en cierto modo nacionales, porque faltaba una potencia hegemónica universalmente reconocida. Si una potencia extranjera lograba mediante promesas y amenazas atraerse a parte de los griegos, se creía que los restantes habían de seguirlos necesariamente, y la libertad del país se perdería. En esto se produjo, al cambiar el siglo (500/499), un acontecimiento que, a la manera de un relámpago, puso al descubierto la situación real de los griegos a ambos lados del Egeo: se trata de la sublevación jónica, preludio de las guerras médicas.

3. La sublevación jónica y las guerras médicas hasta la batalla de Maratón

La historia de las guerras médicas se conoce exclusivamente a partir de fuentes griegas y, sobre todo, a partir de la obra histórica de Heródoto. La tradición persa, si es que alguna vez la hubo, se ha perdido. Lo que esto signifique sólo podrá apreciarse si se recuerda la grave desfiguración de los hechos que ha resultado de la falta de la tradición púnica en relación con la gran disputa entre Roma y Cartago.

Heródoto (nacido antes del 480 y muerto hacia el 420 a. C.) escribió en tiempos de Pericles, esto es, una generación después de Maratón y de Salamina. Pero Heródoto se sirvió de buenas fuentes, ante todo de relatos orales y, por lo regular, no existe motivo alguno para no fiarse de él. Por otra parte, Heródoto conocía, por haberlo recorrido personalmente, gran parte del imperio persa. Había estado en Egipto, en Babilonia y es muy probable, asimismo, que hubiese pasado algún tiempo en el país de los escitas, en el sur de Rusia. Su propia experiencia, que se combina con un arte inigualable del relato, ha hecho de Heródoto el primer historiador de Occidente digno verdaderamente de este nombre. Por supuesto, no puede pasarse por alto que adolece de ciertas debilidades, que vio las guerras médicas bajo la impresión del florecimiento de la Atenas de Pericles, con lo que exagera, como es natural, el papel de ésta en la guerra, y que no siempre es totalmente imparcial con las personalidades destacadas de los griegos, como tampoco pasan inadvertidas sus enormes exageraciones en las indicaciones numéricas que la investigación ha considerado como erróneas, por razones puramente objetivas, desde hace ya mucho. Resulta más difícil el juicio acerca del hábito de Heródoto de derivar las decisiones históricas, y precisamente las de mayor trascendencia, de motivos personales de los personajes actuantes. Aquí el que juzgue ha de ser crítico, aunque no negará que en algún caso Heródoto pudo haber estado sobre la pista correcta.

Ya los motivos y el análisis de la sublevación jónica (500/499-494) constituyen un verdadero problema histórico. Heródoto cuenta que la sublevación jónica se produjo por motivos personales del tirano Aristágoras; tirano de Mileto, Aristágoras había convencido al sátrapa persa de Sardes, Artafernes, para realizar

una expedición conjunta contra la isla de Naxos. Pero la empresa fracasó, y como Aristágoras temía que el Gran Rey le pidiera cuentas, había visto su última salvación, así nos lo cuenta Heródoto (V, 35), en una sublevación de los jonios; Histieo, su suegro, le animó a ello desde Susa por medio de un mensaje secreto. Aristágoras abdicó como tirano de Mileto y otros muchos tiranos hicieron lo mismo, y la desobediencia a los persas se extendió rápidamente por toda Jonia. Era ésta, por lo demás, la primera vez que una sublevación de grandes proporciones en una provincia fronteriza importante sacudía los fundamentos del imperio persa, y la investigación histórica se ha esforzado siempre por encontrar razones convincentes de esta sublevación de Jonia. Porque una cosa está clara: Aristágoras jamás se habría atrevido a sublevarse si no hubiera estado seguro de que el sentir general de la población estaba de acuerdo con sus propósitos. Sin embargo, aún queda por saber si hay que atribuir la causa de la sublevación a motivos nacionales o económicos, o bien a una combinación de ambos. Por lo que se refiere a la economía, no cabe duda de que el comercio jónico había sufrido reiteradas pérdidas. La ocupación de Egipto por los persas bajo Cambises (525) habrá producido el descenso de Náucratis, importante colonia griega en aquel país; además existía un hecho muy restrictivo para el comercio griego del mar Negro: desde la expedición de Darío contra los escitas (¿513/12?), los estrechos, los Dardanelos y el Bósforo, se encontraban bajo el control persa. Finalmente, a causa de la decadencia del comercio focense y el ascenso simultáneo de los cartagineses y los etruscos, se dibujaba en el Mediterráneo occidental una situación que los jonios consideraban con preocupación. Y cuando, al fin, Síbaris, que mantenía estrechas relaciones con Mileto, se hundió totalmente a causa de los celos de la vecina Crotona (511/10), parece que los milesios se pelaron al rape en señal de duelo.

Pero estos cambios, indudablemente desfavorables para el comercio de los jonios, no bastan para explicar la sublevación. Nadie se expone a las consecuencias incalculables de una guerra, y menos contra una potencia mundial, sin tener para ello un motivo que se sitúe muy por encima de las meras consideraciones de carácter económico: el amor a la libertad de los griegos jónicos dio aquí el impulso decisivo. Únicamente un heleno podía sentir lo que representaba que la autonomía de su ciudad se encontrara expuesta a las intervenciones constantes de los sátrapas persas y que, en lugar de los ciudadanos libres, fueran tiranos puestos y apoyados por los persas quienes decidieran acerca de los destinos de la comunidad. ¿No es acaso significativo que Aristágoras, después de haber renunciado a la tiranía, proclame en Mileto la *isonomía*, la igualdad de los ciudadanos ante la ley? En Atenas había sido Clístenes el primero en proclamar esta idea, y ahora vemos su fuerza cautivante también en Jonia. No hace falta estar inmerso en la ideología nacionalista del siglo XIX para comprender que aquí estaban en juego los intereses

elementales de los griegos jónicos, intereses en favor de los cuales todos, tanto la nobleza como el pueblo, estaban dispuestos a luchar.

Sin la ayuda de la metrópoli, el movimiento era demasiado débil para poder afirmarse con alguna probabilidad de éxito frente a la fuerza, muy superior, del imperio persa. Con tal objeto, Aristágoras se trasladó, el invierno del año 500/499 (o 499/498), a Grecia. El éxito de su misión quedó muy por debajo de lo que había esperado; en efecto, únicamente Atenas y Eretría prometieron enviar contingentes de la flota para unirse a los hermanos jonios; es posible que Atenas también tuviera en cuenta al tomar dicha decisión sus deseos de asegurar sus posesiones junto a los Dardanelos, Lemnos e Imbros. Atenas dependía ya entonces de la importación del trigo del sur de Rusia y no podía resignarse con el control persa de los estrechos. Lo crítico era que Esparta se negara a acceder a los ruegos de Aristágoras. La aversión de los lacedemonios a las expediciones marítimas era conocida, y a esto se añadía ahora la disputa inminente con Argos.

Los jonios iniciaron la guerra con un golpe contra Sardes, la capital de Lidia. La ciudad fue pasada a sangre y fuego, pero en cambio los jonios no lograron tomar la Acrópolis, adonde el sátrapa y la guarnición persa se habían replegado. A continuación del incendio de Sardes no sólo se adhirieron al movimiento las ciudades griegas de la Propóntide y del Bósforo, sino también los carios y los licios, e inclusive los chipriotas se sacudieron el dominio persa: a partir de un comienzo exiguo se había producido un vasto incendio, cuyas llamas subían desde el Bósforo hasta Chipre. La sublevación amenazaba importantes arterias de comunicación del imperio persa; la satrapía de Tracia quedó totalmente aislada.

En las medidas tomadas por los persas no puede dejar de percibirse un vasto plan de conjunto. Primero lograron recuperar Chipre, capitulando como última ciudad de la isla, en la primavera del 496, la de Solos. También junto al Helesponto y en Caria realizaron los persas progresos y, paulatinamente, la red se fue estrechando cada vez más alrededor de Mileto, centro de la sublevación. Los jonios acordaron después de un consejo en el Panjonion (el santuario de la confederación jonia, que ha sido encontrado gracias a excavaciones alemanas), buscar la decisión en una batalla naval. Nueve ciudades jonias mandaron sus contingentes a la escuadra confederada, que se reunió junto a la isla de Lada, frente a Mileto (esta isla está unida desde hace ya mucho tiempo, a causa de los sedimentos del Meandro, con el continente). Por desgracia, la disciplina dejaba que desear entre los jonios: el jefe de la flota confederada, Dionisio de Focea no lograba imponerse y, además, se había hecho ya odioso anteriormente en ocasión de los ejercicios de combate, por su severidad. Durante la batalla naval decisiva los contingentes de

Samos y Lesbos abandonaron las filas de los griegos y, pese a todos los esfuerzos del contingente de la isla de Quíos y al valor personal de Dionisio, quien capturó nada menos que tres naves persas, la batalla se perdió (495). Mileto cayó al año siguiente. La ciudad fue destruida por los persas, y sus habitantes fueron deportados a la región del curso inferior del Tigris. Entre los artesanos que participaron en la construcción del palacio imperial de Susa figuran posteriormente, en la inscripción de Darío, nombres jonios y carios; tal vez éstos fueran también desterrados entonces al interior de Persia, en conexión con el lamentable fin de la sublevación.

El fracaso de la sublevación jonia había demostrado al mundo la superioridad del imperio persa. En una cooperación planeada entre el ejército y la flota, proporcionada ésta ante todo por las ciudades marítimas fenicias, la acción bélica persa había acabado aplastando a los jonios. La resistencia a la potencia persa la habían prestado en primer lugar aquellas ciudades que desde tiempos antiguos se habían ligado entre sí alrededor del Panjonion, santuario de la confederación jónica, en el monte Micala. Aquí habían celebrado las ciudades el consejo de guerra, y aquí habían contribuido individualmente a la causa con barcos, gente armada y probablemente también con considerables cantidades de dinero. Se había acuñado, por ejemplo, una moneda común, la llamada «moneda de la sublevación jónica» de electro (aleación de oro y plata). Por supuesto, el desenlace de la guerra había destruido todos estos esperanzadores inicios: volvió el dominio de los sátrapas persas y se renovó el sistema tributario, pero, con todo, los persas evitaron llevar las cosas excesivamente lejos. A propuesta de Artafernes, las ciudades griegas hubieron de concertar entre sí tratados de arbitraje de litigios jurídicos, medida que, habida cuenta de los conflictos incesantes de los griegos, resultaba sumamente beneficiosa; por otra parte, se procedió a una nueva medición de la tierra y a su registro en el catastro, probablemente con objeto de imponer una tributación más justa.

Aristágoras no había presenciado ya el desenlace de la sublevación pues había perecido en Tracia, en lucha con los bandidos edones (496). Tuvo un destino parecido su suegro Histieo: fue capturado como pirata y crucificado (493). Este Histieo es un personaje impenetrable: traicionó la confianza de Darío, sin ganar, por ello, la de sus compatriotas. En conjunto todos los personajes dirigentes de los jonios aparecen como entre dos luces. El más simpático de todos parece haber sido Dionisio de Focea, quien logró escapar en barco hacia el oeste, a Sicilia.

Los atenienses habían ordenado el regreso de Jonia de su pequeña expedición de auxilio ya en el 498. Con toda probabilidad esta medida no se debió

a razones militares, sino políticas. El joven estado ateniense, al que Clístenes acababa de dar nuevos fundamentos, era una construcción bastante inestable, que reaccionaba de modo extraordinariamente sensible a todas las influencias. Lo poco que conocemos de la evolución interior de Atenas al cambiar el siglo sugiere que en la ciudad hubieron de producirse luchas por la dirección política, sobre todo entre dos grupos, el de los Alcmeónidas, con sus partidarios, y el de los amigos de los tiranos, ninguno de los cuales parece haber tenido una enemistad de principio contra los persas. Pero proyecta, con todo, cierta luz sobre la situación política de la ciudad el hecho de que el año 496, al entrar la sublevación jónica en su etapa decisiva con la contraofensiva de los persas, fuera elegido arconte un tal Hiparco, hijo de Carmo. Este individuo era allegado o pariente de los Pisistrátidas. Cuando en el verano del año 494 Mileto hubo caído, apareció en el escenario ateniense una tragedia de Frínico que tenía como tema el destino de la ciudad jonia. Los atenienses, profundamente impresionados por la desgracia de Mileto, impusieron al poeta un castigo. Se ha supuesto que detrás de Frínico estaba el licomida Temístocles, que el año 493/92 a. C. había ejercido el cargo de arconte en Atenas. Ya entonces hubo de contar Temístocles con numerosos partidarios entre sus conciudadanos, aunque el regreso del filaida Milcíades de sus posesiones del Quersoneso le desplazó otra vez a segundo término. Sin embargo, con la fortificación del Pireo había iniciado Temístocles una obra cuya importancia solamente lograron apreciar las generaciones posteriores. Milcíades, por su parte, acusado de tiranía en el Quersoneso, fue declarado inocente.

Una vez que la sublevación jónica fue reprimida, los persas procedieron bajo Mardonio a restablecer el dominio en la satrapía de Tracia, del otro lado del Helesponto. En lo esencial, Mardonio, yerno de Darío, llevó esta tarea a buen fin, pero una parte de la flota persa se perdió a causa de los temporales del monte Atos, en la Calcídica. También el ejército de tierra se vio en apuros a causa de los ataques de los bandidos briges. Dado que la rica isla de Tasos se había sometido sin más a los persas (Tasos temía probablemente perder sus minas de oro situadas en el continente), Persia había restablecido su hegemonía al norte del Egeo (492). Objetivos más vastos no los había perseguido Darío, y si Heródoto relata que esta expedición persa en realidad iba dirigida contra la Hélade y que únicamente las pérdidas de los persas impidieron su realización, está equivocado, lo mismo que los historiadores modernos (G. Busolt, E. Meyer) que en esto le siguen.

Heródoto también cuenta que el Gran Rey persa había enviado en el 491 a. C. embajadores a la Hélade para pedir a los griegos tierra y agua, los símbolos de la sumisión. Y añade que numerosos estados, entre ellos la rica isla de Egina, se habían dejado intimidar y habían cumplido la voluntad de Darío, pero que en

Atenas y en Esparta, en cambio, los embajadores habían sido muertos. Pero esta versión carece de toda verosimilitud histórica. Basta recordar, en efecto, que, desde su participación en la sublevación jónica, Atenas se encontraba en guerra con los persas, ¿por qué, pues, el Gran Rey habría enviado allí embajadores?

En el verano del año 490 la flota persa de Cilicia se hizo a la mar. Estaba al mando de Datis y del menor de los Artafernes. Llevaba a bordo tropas de desembarco, infantería y caballería, no más de veinticinco mil hombres en total, pero bien equipados. También se hallaba presente Hipias, el antiguo tirano de Atenas. Acerca de las intenciones que inspiraban esta expedición, dice Heródoto (VI, 94) que el Gran Rey la había dispuesto, primero, para castigar a los atenienses a causa de su participación en la sublevación jonja; en segundo lugar, porque los Pisistrátidas habían insistido en tal sentido, y, en tercer lugar, para someter a todas las ciudades griegas que se habían negado a reconocer la soberanía persa. A los motivos indicados por Heródoto no cabe añadir nada. Para todo observador advertido resulta claro que, sin la sumisión de la metrópoli griega, el dominio persa en las Cícladas, en Tracia e incluso en Jonia, habría seguido siendo inestable.

Por lo demás, a los persas no les corría en su expedición prisa alguna. Primero atracaron en Naxos en el año 500 y sus habitantes fueron castigados a causa de su anterior comportamiento: los persas no habían perdonado ni olvidado nada. Además, frente a Delos y al santuario del Apolo délico, los persas mostraron el mayor respeto: Datis dedicó a Apolo una valiosa ofrenda. Los persas se dirigieron luego hacia la isla de Eubea; Caristo fue obligada a anexionarse y, después de un sitio de seis días, también Eretría, que en su día había apoyado a sus hermanos jonios con una fuerza auxiliar. Los templos de la ciudad fueron pasto de las llamas, y sus habitantes fueron deportados al interior de Persia.

En Atenas se había contado probablemente con un desembarco persa en la bahía de Falero, al sur de la ciudad. Sin embargo, los persas eligieron el llano de Maratón, tal vez por consejo de Hipias. En Maratón había desembarcado también en su día Pisístrato, después de haber sido expulsado de Atenas. ¿Seguía habiendo amigos de los tiranos todavía? La asamblea popular ateniense llegó a través de fuertes discusiones a la decisión, a propuesta de Milcíades, de abandonar la ciudad y salir al encuentro de los persas; esta decisión era extraordinariamente atrevida, porque si fallaba la ciudad estaba irremisiblemente perdida, puesto que no estaba equipada para resistir un largo sitio (aún se discute si Atenas estaba o no amurallada). El mando supremo estaba en manos del polemarco Calímaco, pero éste confiaba sobre todo en Milcíades, el más distinguido entre los diez estrategas áticos. A los diez mil atenienses se sumaron otros mil hombres de la ciudad amiga

de Platea. Una expedición de auxilio de los espartanos llegó con un día de retraso. Los espartanos se disculparon con el pretexto de que les estaba prohibido salir en campaña antes del plenilunio. Es posible que esta razón sea cierta.

El curso de la batalla de Maratón (que tuvo lugar a principios de septiembre del año 490) aún no se puede seguir por completo. Cabe partir del supuesto, con todo, de que los persas superaban numéricamente a los atenienses, lo que les induciría a ofrecer a éstos reiteradamente la batalla. Fue una vez más Milcíades quien decidió al polemarco a aceptar el reto. Los atacantes fueron los persas y no los atenienses, como resulta por el hecho de que Milcíades, según Heródoto, dispuso sus tropas en un frente de igual longitud que el de los persas; en resumen, los persas estaban preparados cuando los atenienses comenzaban a tomar posiciones. Tiene pocos visos de verosimilitud la opinión de que el encuentro fue en realidad una acción de repliegue de los persas (F. Schachermeyr). En las alas, los hoplitas atenienses mantuvieron el predominio, sobre todo a causa de su mejor armamento e instrucción. En cambio, el centro de los griegos hubo primero de ceder terreno; pero, mediante la conversión de las alas victoriosas, se completó el triunfo. El éxito no fue completo porque los persas lograron volver a embarcar a una gran parte del ejército en sus naves, de las cuales sólo se perdieron siete. Las pérdidas se calculan en 6400 persas y 192 atenienses, entre los cuales se encontraba el polemarco Calímaco. La caballería persa no se menciona en la batalla; no parece haber llegado a intervenir, o tal vez era demasiado insignificante numéricamente.

Se relaciona con la batalla de Maratón el relato de la señal del escudo. Al hacerse la flota persa nuevamente a la mar, los atenienses observaron el centelleo de un escudo tierra adentro, y supusieron que de esta forma se quería hacer una indicación a los persas. Según toda probabilidad, la señal del escudo es histórica, y se ha relacionado con los Alcmeónidas, pero de ello falta, sin embargo, una prueba concluyente. Por lo demás, Heródoto ha defendido expresamente a los Alcmeónidas de la sospecha de traición; no se sabe si con fundamento o sin él. Es leyenda, en cambio, el relato del corredor de Maratón, que había anunciado la victoria a Atenas (*nenikékamen*: ¡hemos vencido!), para acto seguido caer muerto.

Los persas no habían abandonado, a pesar de Maratón, su proyecto de castigar a Atenas. La flota dio vuelta a la punta sur del Ática y apareció en la bahía de Falero. Sin embargo, Milcíades se les había anticipado: el ejército ateniense había llegado a la ciudad en una marcha forzada y ya había tomado posición junto al gimnasio del Cinosargos cuando llegó la flota. A continuación, los persas regresaron a Asia.

La victoria de Maratón fue de gran importancia para los atenienses y para los griegos en general; se había demostrado, en efecto, que los hoplitas griegos, si se los sabía utilizar apropiadamente, eran superiores a los persas. Había sido asimismo superior la estrategia griega, que combinaba el frío cálculo con la acción enérgica al llegar el momento decisivo. Milcíades conocía a los persas exactamente, entendía su táctica y había anticipado el ataque persa contra Atenas después de la batalla. Para los persas las pérdidas no significaban gran cosa, pero el curso de la campaña les había demostrado, en todo caso, que con pequeñas expediciones nada decisivo podía conseguirse y que, por consiguiente, se necesitaban un planteamiento cuidadoso y una mayor preparación si se quería doblegar a los griegos. En éstos, por su parte, el éxito de Maratón reforzó la voluntad de resistir hasta lo último a su poderoso adversario.

4. Los preparativos bélicos y la expedición de Jerjes

En la primavera del año 489, Milcíades, cuyo prestigio había alcanzado el punto culminante, decidió a sus conciudadanos a emprender una expedición contra las islas del Egeo. La mayor parte de éstas se habían sometido a los persas, y no parecía difícil imponerles un tributo con el pretexto de «medismo». Pero la empresa se estancó frente a los muros de Paros, donde Milcíades fue herido y la flota hubo de regresar a su puerto sin haber logrado nada. La consecuencia fue una acusación contra Milcíades, al cual sus adversarios acusaron de engañar al pueblo. Fue condenado a una multa de cincuenta talentos y murió, poco después, de la herida recibida en Paros.

Esta empresa fracasada de Milcíades es ilustrativa bajo diversos aspectos; revela, en efecto, que, pese a la superioridad de la flota persa, los atenienses se habían atrevido a dirigirse hacia las Cícladas; pero el intento, emprendido sin una flota suficientemente poderosa, había resultado prematuro. El punto de vista de Heródoto de que la empresa se debía a motivos personales de Milcíades es tan inexacto como el supuesto de que hay que ver en esta expedición de la flota una empresa privada suya (Berve). ¿Cómo habría podido siquiera pensar Milcíades en mantenerse en el Egeo contra la fuerza superior del imperio persa?

La caída de Milcíades abrió el camino en Atenas a un gran personaje, esto es, a Temístocles, del demo de Frearrios, quien a partir de este momento y hasta su destierro (471) iba a ser la figura dominante de la política ateniense. En los años siguientes a Maratón hubo de producirse en Atenas una serie de convulsiones acerca de las cuales, sin embargo, a causa de una tradición fragmentaria, poco puede decirse. Es notable, sin duda, la introducción de la elección de los arcontes por sorteo. Hasta allí habían sido elegidos los nueve arcontes áticos. En el año 487 se modificó este procedimiento en el sentido de que se elegían por sorteo de entre un número de quinientos candidatos que habían sido seleccionados previamente, según su número de habitantes, por las diversas comunidades (*demos*). El nuevo procedimiento facilitaba indudablemente la democratización del más alto cargo que el estado ateniense podía conferir. Por otra parte, a partir de dicho momento se admitió también para ocupar el cargo de arconte a los ciudadanos de la segunda clase fiscal, la de caballeros (*hippeis*); esto era necesario para conseguir el número

de quinientos candidatos. Hasta qué punto se habían agudizado en Atenas las luchas políticas intestinas lo muestran los ostracismos que tuvieron lugar durante el decenio comprendido entre Maratón y la expedición de Jerjes. El primero que tuvo que ir al destierro, el año 488/87, fue Hiparco, hijo de Carmo; le siguió Megacles, hijo de Hipócrates, jefe de los Alcmeónidas, y luego Arístides, el año 483/82. Todos estos individuos estorbaban los planes de Temístocles, y no es aventurado suponer, por consiguiente, que fue éste quien, con el apoyo de sus partidarios políticos, les impuso el destierro.

Inmediatamente después de Maratón, Persia había empezado nuevos preparativos bélicos. Pero, a causa de una sublevación en Egipto y de disturbios internos en Babilonia, Darío hubo de renunciar a una nueva empresa. Su sucesor, Jerjes (486-465/64), mandó excavar un canal, el año 483, a través de la península oriental de Calcídica, pues se quería proporcionar a la flota, que el año 492 había naufragado al pie del monte Atos, un nuevo paso más fácil. Incidentalmente, las huellas de esta construcción han sido halladas por excavaciones modernas. A los griegos, esta obra les podía pasar tan poco inadvertida como los grandes preparativos bélicos que tenían lugar en toda Persia. Pero tampoco en Grecia permanecían inactivos. Por consejo de Temístocles, Atenas procedía a una ampliación considerable de su flota de guerra. Sin embargo, el número de doscientos trirremes que se había proyectado y que habría convertido a Atenas en la mayor potencia marítima, con mucho, de la Hélade, no se alcanzó totalmente: para ello resultó demasiado breve el tiempo disponible. El dinero necesario lo procuró una moción de Temístocles, que preveía que los excedentes de los arrendamientos de las minas del Laurión, ya no se repartirían entre los distintos ciudadanos, sino que se aplicarían a la construcción de la flota. En forma análoga se había construido Tasos, unos diez años antes, una flota propia; sólo que, en atención a sus posesiones en la región costera de Tracia, aquella ciudad se había arredrado ante la posibilidad de una disputa con los persas, que ya se avecinaban, y había aceptado la soberanía de éstos.

No obstante, todas estas medidas no bastaban en absoluto para una defensa eficaz frente al ataque inminente de Persia contra Grecia. Era igualmente importante, cuando no más importante todavía, la actitud de Esparta, la mayor potencia militar de la Hélade. Esparta estaba estrechamente aliada con Atenas y, cuando se trató de ayudar a ésta en su conflicto con la vecina Egina, Esparta puso toda su influencia en favor suyo.

Pero había toda una serie de estados en Grecia que no estaban interesados en una lucha defensiva común, ya sea porque no se sintieran amenazados por los

persas, o porque, abiertamente o en secreto, se habían puesto del lado de éstos, Así, por ejemplo, los Alévadas, príncipes de Tesalia, eran aliados de los persas, y Argos, enemiga jurada de Esparta en el Peloponeso y que acababa de ser derrotada por ésta en la batalla de Sepea (494), estaba secretamente en un acuerdo tácito con los persas, en tanto que otros estados, como el de los aqueos del norte del Peloponeso, no querían dejar que nada turbase su tranquilidad de pequeños estados. Fuera de Grecia no cabía esperar gran ayuda. Los griegos de Sicilia estaban amenazados por la alianza de Jerjes con los cartagineses, y del sur de Italia sólo fue en ayuda de la metrópoli Failo de Crotona con una sola trirreme. Los helenos de Jonia, Chipre y Cirene se encontraban bajo el dominio de los persas y estaban obligados a poner sus contingentes a disposición del Gran Rey.

Después de unas conversaciones previas en Esparta, se reunieron en otoño de 481, en el istmo de Corinto, los embajadores de todos los estados griegos que se habían negado a dar al rey de Persia tierra y agua, los símbolos de la sumisión. Se unieron, con Esparta y Atenas al frente, en una confederación. Por supuesto, el núcleo de ésta lo formaban los miembros de la Liga del Peloponeso. En conjunto contaba ésta unos treinta miembros, de los que Esparta, Atenas y Corinto eran los más importantes. Se acordó una paz general en Grecia, con lo que cesaron todas las querellas, y fue autorizado el retorno de los desterrados. A los griegos que sin verse obligados a ello se adhirieran a los persas se les amenazaba con la destrucción, y la décima parte de sus bienes había de entregarse al Apolo délfico. Si bien la Liga del Istmo sólo comprendía a una parte de los helenos, resulta muy significativa como primer síntoma de un sentimiento griego de nacionalidad.

Sin duda, la decisión de no plegarse en ningún caso ante los persas no era en modo alguno igualmente firme en todos los helenos. Entre las poesías de Teognis se encuentran, aunque no hay seguridad que sean realmente suyos, los versos que dicen: «Protejan Zeus y los demás dioses a la ciudad (Mégara), concédanos Apolo discurso y pensamientos acertados. Suene la música, bebamos, conversemos y no temamos la guerra de los medos, vale más así. Con ánimo concorde, sin preocuparnos, celebremos alegres fiestas y mantengamos alejadas las miserias de la vejez y de la muerte». Para quien así hablaba, la guerra médica inminente no era por supuesto un asunto de la nación griega, sino a lo sumo una interrupción sumamente desagradable de la vida cotidiana.

Tales voces no eran en modo alguno aisladas en Grecia. Fue mucho más siniestro, en esta hora decisiva, el papel del oráculo de Delfos. No cabe ignorar que, desde la ruina de Creso (547), los sacerdotes délficos estaban firmemente persuadidos del carácter invencible de los persas, a lo que se añadía, además, la

consideración objetiva de que contra la fuerza innumerable del ejército persa de tierra y contra su flota, muy superior a la de los griegos, toda resistencia era inútil. De ahí que en los oráculos emitidos la víspera de la gran guerra se perciba un estado de ánimo prácticamente desesperado: a los consultantes griegos se les profetiza destrucción y ruina; a los argivos y a los cretenses se les aconseja mantenerse alejados de la guerra (como si en una contienda de tal magnitud la neutralidad fuera posible) y a los atenienses, por fin, les aconsejó el oráculo que huyeran al fin del mundo y les dijo que la sola esperanza consistía en el muro de madera, con lo que, al parecer, se daba a entender la empalizada de la Acrópolis y no, como lo interpretó Temístocles, la flota.

Frente al desacuerdo entre los griegos, los preparativos persas producen una impresión mucho más imponente. El imperio se encontraba en aquellos días en el punto culminante de su capacidad de acción, estaba excelentemente organizado y el llamamiento del Gran Rey encontraba eco por doquier. Todas las satrapías, desde la India hasta Egipto, habían enviado sus contingentes al ejército, y la flota constaba de barcos y marinos de los fenicios, los egipcios, los jonios y los carios ante todo. El gigantesco ejército se reunió frente a Sardes y atravesó el Helesponto en la primavera del 480, por dos puentes de barcazas, obra del griego Hárpalo. Los contingentes de los diversos pueblos del gran reino ofrecían un espectáculo impresionante que Heródoto ha descrito: los hindúes con vestimenta de algodón, los caspianos con las de pieles, los negros etíopes con pieles de leopardo y de león, los árabes con sus holgadas chilabas, los persas y los medos con chaquetas de anchas mangas y gorras puntiagudas de fieltro, armados con jabalina, arcos y escudos de mimbre, llevando ceñido a la cadera derecha el sable corto, el *akinakes*. En Dorisco, junto al Estrimón, pasó Jerjes revista a su ejército. Según se dice, se calculó el número de los guerreros reuniendo diez mil individuos, apretujados, en un determinado lugar, trazando a su alrededor un círculo y levantando a lo largo de éste un muro; luego se hacía entrar otros diez mil guerreros en aquel espacio, y así sucesivamente, de diez mil en diez mil, hasta que todos estuvieron contados. Sea cierto o no este relato de Heródoto, las cifras que él da de los persas son demasiado altas y no parecen verosímiles. ¿Cómo se habría podido abastecer y pertrechar un ejército de no menos de 1 700 000 combatientes, más 80 000 jinetes y 20 000 en camellos y carros de combate? También las cifras dadas por escritores posteriores (800 000 hombres, según Éforo y Ctesias, y 700 000 según otros) son todavía demasiado altas. Eduard Meyer, con su objetivo sentido de lo real, ha calculado el número de guerreros en 100 000 habitantes a lo sumo, y el general E. von Fischer sólo en 50 000. No cabe duda que estas cifras se acercan mucho más a la realidad. Según Esquilo, la flota contaba 1207 embarcaciones, entre las que se contarían probablemente aun las más pequeñas.

¿Qué objetivos perseguía Jerjes con su expedición? No cabe duda que se trata, en esta empresa, de la ejecución de un vasto proyecto preparado desde mucho antes. También la alianza con los cartagineses, a quienes correspondía en esto la misión de ligar las fuerzas de los griegos occidentales, habla en tal sentido. El objetivo no podía ser otro que la sumisión de toda Grecia y, tal vez, de todo el occidente habitado por helenos. La opinión sustentada ocasionalmente por algunos orientalistas (A. T. Olmstead), de que se trataba primeramente de una guerra fronteriza del Gran Rey, carece de sentido; la perfecta preparación y la cantidad de medios empleados son suficientes para refutar esta interpretación.

En el Istmo habían decidido los griegos acceder a la demanda de los tesalios y enviar una fuerza de diez mil hoplitas a la frontera meridional de Tesalia, con la misión de cerrar el paso de Tempe y formar así una primera línea defensiva contra el ejército persa que avanzaba desde Macedonia. La fuerza griega fue transportada por mar a Halos, en Tesalia, desde donde se trasladó por tierra al valle del Tempe. Sin embargo, la posición se reveló muy pronto como difícil de sostener, porque podía ser circunvalada fácilmente por un paso de la comarca de Perrebos, y había que contar además con desembarcos de los persas a la espalda de los griegos. Para gran decepción de los tesalios, la posición del paso del Tempe, y poco después toda Tesalia, fueron evacuadas nuevamente por los helenos.

Es bastante extraño que Jerjes no supiera aprovechar la retirada por los griegos del paso del Tempe. Pese a que hubo de tener conocimiento del cambio de la situación, dejó que su ejército efectuara un rodeo de diez etapas; en efecto, avanzó hacia el oeste alrededor del macizo del Olimpo y penetró aquí por vez primera en territorio griego. Los griegos decidieron esperar al ejército persa en el acceso a la Grecia central, esto es, en las Termópilas. Las angosturas aquí existentes brindaban la posibilidad de oponerse, aun con pocas fuerzas, a un adversario muy superior y de contenerlo por algún tiempo. El núcleo de la fuerza de combate griega lo formaban 4100 peloponesios, entre los cuales había 300 espartanos y 1000 lacedemonios; a éstos se añadían 700 tespianos, 400 tebanos y algunos contingentes de foceos y locros de Opunte; tenía el mando el rey espartano Leónidas. Correspondía con la posición de bloqueo de las Termópilas el despliegue de la flota griega ante la punta norte de la isla de Eubea, frente al cabo Artemisio. La flota la mandaba, en calidad de comandante supremo, el espartano Euribíades, y del total de 270 trirremes, los atenienses habían puesto 147. Sin embargo, el alma de la estrategia marítima era el ateniense Temístocles. Había surgido en su mente, en efecto, el plan que en las Termópilas y junto al Artemisio iba a convertirse en realidad, y según el cual Leónidas había de contener el ejército persa de tierra hasta que los griegos lograran derrotar decisivamente a la flota de los persas. La

defensiva por tierra, y la ofensiva por mar, era el plan que los helenos se habían trazado.

Las luchas en las Termópilas y, por mar, junto al Artemisio (a principios de agosto del 480) permiten reconocer claramente la conexión estratégica interna. A ambos lados se mantenían las comunicaciones entre las tropas de tierra y las fuerzas marítimas, y las operaciones por tierra y mar se complementaban como un juego de ajedrez. Las relaciones estratégicas internas han sido puestas en claro ante todo por los estudios de August Koester. La vanguardia marítima persa estableció el primer contacto con barcos de guerra griegos junto a la pequeña isla de Escíato, donde estaban estacionadas tres trirremes griegas como posición avanzada; al acercarse los persas, emprendieron la fuga, pero fueron alcanzadas por el enemigo. Sólo una nave, ateniense por más señas, logró escapar hacia el norte; su tripulación bajó a tierra en Tesalia, desde donde volvió a la metrópoli. Con objeto de asegurar el avance del grueso de las fuerzas, los persas instalaron una señal marítima (una baliza) en la roca hoy llamada de Leptari, entre Escíato y el cabo Sepia. Por fortuna para los griegos, se levantó un fuerte temporal procedente del norte, que se mantuvo por espacio de tres días. Entre la flota persa causó graves daños: numerosas naves fueron lanzadas contra la costa rocosa de la península de Magnesia y se estrellaron. Además, quince naves persas se introdujeron por descuido entre las líneas de los griegos y fueron apresadas.

¿Y qué ocurría en las Termópilas? Mientras duraba el temporal del norte, Jerjes estuvo acampado con el ejército de tierra en la llanura Traquinia, totalmente inactivo. Sin duda, no hubiera tenido objeto iniciar la lucha antes de que la flota comunicara que estaba en condiciones de emprender la batalla. Por otra parte, los persas habían mandado una escuadra de 200 naves hacia el este alrededor de la alargada isla de Eubea. Su tarea había de consistir en bloquear el canal entre la isla y el continente, al sur, de modo que la flota griega se hubiera visto aprisionada, como en un saco. Por un tránsfuga griego de las filas persas (Escilias de Esciona) se enteraron los griegos de aquella maniobra.

Las Termópilas forman en conjunto tres pasos angostos entre las localidades modernas de Antheli y Molos; las Termópilas propiamente dichas, que deben su nombre a las fuentes de agua caliente, representan el paso central, situado entre los pasos este y oeste. En este lugar sólo tienen un ancho de unos quince metros (medio pletro) y resultan fáciles de bloquear, con poco esfuerzo, por una pequeña tropa bien mandada. (Por supuesto, el paisaje ha cambiado considerablemente desde entonces, a causa de las sedimentaciones del Esperqueo). Los estudios anteriores eran del parecer de que la posición griega se había visto reforzada por el

llamado Muro Foceo, que se concebía como corriendo de norte a sur. Sin embargo, según las investigaciones de Spyros Marinatos, puede tenerse casi por seguro que el Muro Foceo se extendía de oeste a este, o sea paralelamente a los estrechos.

Durante tres días trataron los persas de forzar el paso por medio de ataques frontales, pero en vano, porque los griegos, dispuestos por Leónidas en una forma de defensa móvil, se revelaron como superiores, tanto por su armamento como por su instrucción. Pero entretanto los persas se enteraron de la existencia de un sendero que permitía un rodeo y, guiados por un guía indígena (Efialtes), fueron conducidos por la montaña a la espalda de los griegos, después de haber eliminado por sorpresa el contingente foceo que había sido dispuesto para cubrir el sendero en cuestión. Una vez perdidas las alturas más importantes al sur y al oeste de las Termópilas, Leónidas y sus fieles estaban prácticamente cercados. En esta situación, el rey espartano dio libertad de retirada a la masa de su tropa, siendo cubierto el movimiento por los espartanos, los tespianos y los tebanos. Aún pudo comunicar Leónidas que su posición había sido rodeada a los jefes de la flota: su misión consistió entonces en aguantar hasta tanto que ésta lograra retirarse hacia el sur, por el canal del Euripo, que en ciertos lugares sólo medía quince metros de ancho. Pero esto sólo podía tener lugar después de haberse desprendido la flota griega de la fuerza naval persa y, en todo caso, no antes del anochecer. Leónidas se vio rechazado con el resto de sus hombres (en conjunto unos mil combatientes) al reducido espacio de una colina; se trata de la Colina II, en la que hoy permanece el monumento a Leónidas y en donde se encontraron numerosas puntas de flecha, testimonio de la lucha. Los griegos, entre los cuales sólo los tebanos depusieron las armas, sucumbieron a la superioridad persa, en tanto que Leónidas, que había demostrado sus cualidades de jefe militar, cayó en esforzado combate. Jerjes mandó más adelante separarle la cabeza del tronco y crucificar el cuerpo. Sin embargo, el objetivo de la defensa se había logrado: el ejército de tierra de Jerjes había sido contenido todo el tiempo necesario para que la flota griega pudiera retirarse ordenadamente por el canal de Euripo.

Esto tuvo lugar al anochecer del tercer día de la batalla naval junto al cabo Artemisio. Los griegos habían establecido entre la isla de Argironesos y el cabo Cefala, en Eubea, un bloqueo marítimo que, pese a toda su presión, los persas no habían logrado romper. Sin duda, las pérdidas fueron graves en ambos lados. Al llegar la noticia de la caída de la posición de las Termópilas, la de la flota griega junto al Artemisio se había hecho insostenible; bajo el manto de la oscuridad se desprendió del enemigo y emprendió el regreso al golfo Sarónico. Temístocles había ordenado poner inscripciones en las rocas. En éstas se exhortaba a los jonios y los carios que luchaban del lado persa a que se pasaran a los contingentes

helénicos o, si esto no era posible, que no desplegaran un celo especial en la lucha contra los griegos. Esta exhortación de Temístocles, ejemplo de estrategia psicológica, se hace comprensible si recordamos que ya en la batalla junto al Artemisio un comandante de flota cario, Heráclides de Milasa, había contribuido esencialmente, mediante una nueva forma de la táctica marítima, al éxito de los helenos.

En conjunto, las batallas de las Termópilas y de Artemisio, no constituían, sin duda, un éxito de los griegos, sino más bien de los persas, porque éstos, aun habiendo lamentado graves pérdidas, habían logrado el objetivo de las operaciones combinadas por mar y tierra, es decir, abrir el acceso hacia el centro de Grecia. Para la apisonadora persa ya no había aquí resistencia alguna: la mayoría de las localidades de la Grecia central se sometieron, y también Delfos se adhirió abiertamente a los persas, con lo que salvó del saqueo los tesoros del santuario. En Atenas se adoptó la resolución de poner a los no combatientes, esto es, a las mujeres y a los niños, en seguridad en Trecén, Egina y Salamina, en tanto que todos los hombres en estado de manejar las armas habían de subir a los barcos de guerra, único elemento en que descansaba la salvación no sólo de la ciudad, sino de Grecia entera.

Según una inscripción griega, encontrada muy recientemente, proveniente de Trecén, que ha causado entre los investigadores la mayor sensación, la decisión de abandonar Atenas se habría adoptado ya con anterioridad y, en todo caso, antes de las batallas de las Termópilas y de Artemisio. Sin embargo, esta tradición es sumamente inverosímil, no sólo por motivos psicológicos —en efecto, ¿cómo habría podido esperarse de Leónidas y los suyos que sacrificaran hasta el último hombre en las Termópilas, si ya en Atenas todo el mundo se disponía a la evacuación?—, sino porque la inscripción está además en contradicción directa con Heródoto, de quien no hay aquí razón alguna para desconfiar. Lo que puede leerse en esta inscripción, que es un presunto decreto ático a propuesta de Temístocles, es una tradición posterior nada digna de crédito, de origen, todo lo más, de mediados del siglo IV a. C.

Mientras tanto se había levantado en el istmo de Corinto un muro destinado a proporcionar a los defensores el apoyo necesario. La flota griega se había concentrado en el golfo de Salamina, y descansaban en ella las esperanzas de todos los griegos que no querían someterse a los persas. Atenas cayó en manos de éstos, quienes sólo hubieron de reducir una débil resistencia en la Acrópolis. Confiando en el oráculo relativo al muro de madera emitido por el Apolo de Delfos, un pequeño grupo trató de defenderse en él detrás de una empalizada; pero los persas

prendieron fuego con sus flechas incendiarias a la trinchera de madera y exterminaron a los defensores.

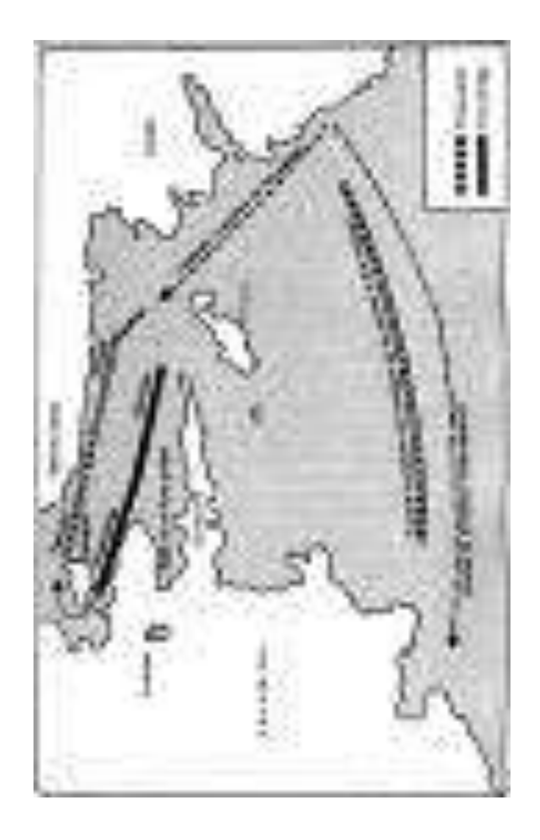


Fig. 3. La batalla de Salamina

No cabe duda que los griegos hubieron de estar divididos en sus opiniones en cuanto al empleo de su valiosa flota, y es asimismo posible que el almirante espartano Euribíades estuviera decidido a replegarse sobre el istmo, pero queda absolutamente descartado, en todo caso, que los helenos no hubieran pensado entonces más que en la fuga. Temístocles hubo de imponerse en aquellos momentos críticos. Al parecer, amenazó con que los atenienses se trasladarían con sus trirremes al oeste si los griegos no se decidían por la lucha en el estrecho de Salamina. También los persas estaban decididos a buscar la solución definitiva en el mar, sobre todo porque la ruptura de la posición de los griegos en el istmo se presentaba de antemano como muy difícil y, según la experiencia de las Termópilas, había de resultar demasiado cara. Sin embargo transcurrieron varias semanas antes de que la flota persa abandonara la playa de Falero y se dispusiera a ofrecer a los griegos, en las aguas entre la isla de Salamina y el Ática, la batalla. Al parecer, había reinado nuevamente entre los griegos una profunda indecisión, en vista de lo cual Temístocles había mandado un esclavo con un mensaje secreto a

los persas, exhortándole a atacar lo antes posible, dado que los griegos estaban dispuestos a fugarse. Ahora bien, sea esto verdad o no, lo cierto es que los persas tomaron acto seguido las disposiciones necesarias. Desembarcaron un contingente de soldados en la isla Psitalía, con el encargo de capturar a los náufragos griegos, en tanto que la flota se introducía, desde el este, en el estrecho de Salamina, cerrando la salida oriental del golfo; el contingente naval egipcio recibió el encargo de dar la vuelta a la isla de Salamina, por el sur, y de cerrar también el acceso occidental del estrecho. Estas operaciones estaban bien concebidas y correspondían en su disposición a las instrucciones del mando de la flota en la batalla junto al Artemisio, de modo que no hay motivo alguno para no considerarlas como históricas.

Las trescientas naves de guerra griegas, aproximadamente, hubieron de enfrentarse sin duda a un adversario superior en número, aunque la superioridad de los persas no puede haber sido tan grande como se expresa en las fuentes antiguas. Los persas, con los expertos marineros fenicios en el ala derecha y los jonios en la izquierda, estaban, con el frente hacia el sur, entre la actual isla de San Jorge y Psitalía, en tanto que los griegos, con los atenienses en el ala izquierda y los eginetas en la derecha, apuntaban con los picos de las naves hacia el norte. Los dos bandos lucharon con gran denuedo. Del lado de los persas se distinguió sobre todo la princesa caria Artemisia de Halicarnaso; para escapar a la persecución de una trirreme ática, hundió una nave amiga, de Calinda, proeza que llenó de admiración al Gran Rey; desde lo alto del Egáleo, donde le habían levantado un trono, contemplaba éste el grandioso espectáculo que se desarrollaba a sus pies. La superioridad numérica de los persas no tardó en revelarse como inconveniente decisivo; en efecto, sus barcos se obstaculizaban mutuamente, sobre todo después que, mediante un ataque de flanco, los atenienses hubieron apretado más todavía a los adversarios unos contra otros. Las pérdidas de los persas fueron considerables, pero es casi imposible que subieran a quinientas naves, como dice una fuente posterior (Ctesias). Entre tanto, una sección de hoplitas griegos desembarcó en la isla de Psitalía y redujo, bajo el mando del ateniense Arístides, a la guarnición persa. La batalla naval duró en total doce horas, desde la mañana hasta el oscurecer. Por orden del Gran Rey, el resto de la flora persa regresó, abandonando la rada de Falero, hacia el Helesponto. El propio Jerjes se dirigió primero con el ejército de tierra hacia Tesalia, aquí remitió el mando a Mardonio, y llegó finalmente, después de una marcha por tierra de 45 días, al Helesponto. Pese a sus grandes pérdidas, el rey no había abandonado en absoluto su proyecto de someter a Grecia.

Las razones de la derrota de los persas en Salamina no necesitan buscarse

muy lejos; de hecho, el mando táctico de los griegos era mejor y, por otra parte, estaban luchando por su existencia como nación, ya que si la batalla se perdía, no podían escapar a la esclavitud y a la deportación. Se añaden a esto graves errores por parte de la estrategia persa, sobre todo en la disposición de la batalla naval. Nadie parecía haberse dado cuenta entre los persas de que, en aguas tan reducidas como las del estrecho de Salamina, había de resultar decisiva, exclusivamente, la calidad de las naves y de sus tripulaciones, y en ningún caso su cantidad. Finalmente, el mando persa no estaba prácticamente familiarizado con las condiciones náuticas en las aguas griegas. No cabe duda de que todos estos aspectos influyeron, pero, digámoslo una vez más, fue en definitiva la disposición de ánimo de los griegos la que se reveló como decisiva.

Las medidas que tomaron posteriormente los jefes de la flota griega no son tan consecuentes. Sin duda, se persiguió a la armada persa en retirada hasta Andros, pero en cambio el consejo de Temístocles de completar la labor y de volverse contra el punto neurálgico de las comunicaciones persas, contra el Helesponto, no se siguió. Heródoto nos habla de otro mensaje que Temístocles había enviado al rey de Persia y en el que le decía que el ataque contra el Helesponto no se había producido siguiendo su consejo. No parece muy verosímil esta noticia porque el primer mensaje de Temístocles, que había decidido a los persas a librar la batalla, tenía que constituir todavía un recuerdo reciente y poco grato. De regreso a Salamina, los griegos hicieron a sus dioses las ofrendas correspondientes. Al dios délfico le dedicaron una estatua colosal de Apolo con la proa de una trirreme en la mano. Hasta entonces, el Apolo délfico había sido poco propicio a los griegos, pero los helenos no le pagaron con la misma moneda.

Para los griegos el peligro aún no quedaba descartado en modo alguno; el ejército de tierra persa estaba intacto y, mientras permaneciera en suelo griego, la campaña no estaba decidida. Desde su cuartel general, Mardonio desplegaba una actividad diplomática intensa. Le interesaba ante todo romper la confederación griega. Así, por ejemplo, el rey Alejandro I de Macedonia se trasladó por encargo suyo a Atenas para transmitir amplias ofertas. Como los atenienses se mantuvieron firmes, los persas volvieron a irrumpir en el Ática. Provienen de esta segunda ocupación las graves destrucciones en la ciudad y el campo, que dejaron en los atenienses un odio feroz contra los persas. Los habitantes de Atenas habían sido puestos previamente a salvo en Salamina. Nada tiene de particular, pues, que se insistiera en Atenas en la movilización del ejército griego confederado; en Maratón, decían, los hoplitas áticos se habían revelado superiores a los persas y no había motivo alguno, pues, para suponer que la fuerza aliada de Esparta y Atenas no se impondría nuevamente contra las huestes asiáticas. En Atenas se había producido

en el invierno del 480/79 un cambio político: en las elecciones de los estrategos no había triunfado Temístocles; en su lugar aparecen los nombres de Arístides y de Jantipo, emparentado éste último con la familia de los Alcmeónidas. La razón de esto no se conoce, pero el cambio de dirección constituye un hecho muy notable.

En los preparativos para la contienda definitiva con los griegos, Mardonio se reveló como un general muy precavido. Con objeto de poder aprovechar eficazmente su caballería, muy superior a la griega, evacuó el Ática y se retiró a Beocia. En el llano de Asopo, no lejos de Platea y frente a la cordillera del Citerón, encontró un terreno ideal para su caballería, terreno que aún trató de hacer más ventajoso mediante algunos cambios (tala de árboles). Por otra parte, dominaba la vía a Tebas, que constituía su línea de comunicación propia; los tebanos eran los más seguros de sus aliados griegos. Con los focenses, en cambio, tenía Mardonio dificultades; pero es el caso que este pequeño contingente (1000 hombres) apenas entraba en consideración y, a su llegada, Mardonio había demostrado a los focenses que no permitía que se jugara con él.

Pausanias ejercía el mando supremo entre los griegos. Era sobrino de Leónidas y regente del joven Plistarco. El grueso del ejército se reclutaba entre los lacedemonios y los contingentes de la Liga del Peloponeso, pero también figuraban los atenienses y los plateenses en su ejército, que pudo llegar a reunir unos 30 000 combatientes. En cuanto al número de sus tropas, los persas eran sin duda superiores, pero en ningún modo en la proporción indicada por Heródoto. En todo caso, la cifra de 300 000 hombres que da Heródoto es totalmente inadmisible, ya que Mardonio apenas pudo haber reunido más de 40 o 50 000 hombres bajo su mando. De la exposición de Heródoto se infiere que los griegos tuvieron grandes dificultades con la superior caballería de Mardonio, pero que, por otra parte, éste se daba perfecta cuenta de la fuerza de los hoplitas griegos y, en particular, de la de los espartanos.

Una vez que la caballería persa hubo logrado inutilizar la fuente Gargafia a la espalda de la posición griega, Pausanias se vio obligado a tomar la seria decisión de retirar su ejército, si no quería exponerse a tener graves dificultades con el aprovisionamiento de agua. La retirada se reveló como una empresa sumamente peligrosa, y Pausanias hubo de luchar en sus propias filas, no sólo con la resistencia sino incluso con la desobediencia declarada. Los griegos no estaban acostumbrados a que se les dijera lo que podían y lo que no podían hacer; dado que cada polis era autónoma, les resultaba duro, en tiempo de guerra, tener que someterse a la voluntad de otro. En el movimiento de repliegue ordenado por Pausanias, los atenienses se negaron, al parecer, a tomar parte, y fue llevado a cabo

principalmente por los espartanos y los tegeatas; éstos rechazaron todos los ataques de los persas y además exterminaron una gran parte de sus tropas; el propio Mardonio halló allí la muerte. El campamento persa, que, según se dice, los soldados habían fortificado con un muro hecho con sus escudos, fue tomado y los griegos no concedieron cuartel alguno.

«Resulta difícil», escribe el teniente coronel austriaco Georg Veith, «imaginar a un general en una posición más difícil e ingrata que la de Pausanias en el año 479. La campaña le es directamente impuesta por los atenienses, y él, acostumbrado como espartano a dirigir un cuerpo espartano de élite, se encuentra al frente de una milicia territorial allegada». No hay lugar a duda: los helenos debieron su victoria única y exclusivamente a las cualidades de mando de Pausanias, quien, en medio de la confusión general, conservó, con sus espartanos, los nervios. Estos hombres salvaron a última hora un encuentro que tácticamente estaba perdido, arrancaron a un enemigo numéricamente superior la iniciativa y no sólo lograron derrotarlo, sino aniquilarlo totalmente. No sería justo sostener que la victoria de Platea fue un triunfo de la unidad griega, porque lo cierto es exactamente todo lo contrario: Platea es la victoria de Pausanias y de sus espartanos, quienes hicieron aquí historia. Se tributaron honores especiales a los plateenses y se instituyó en Platea una fiesta de la victoria, que se celebraba cada cuatro años. En tiempo de los emperadores romanos se celebraban todavía los festivales de competición, y al vencedor le era conferido el título de «el mejor de los helenos». No es histórica, en cambio, la resolución tomada por los griegos después de la batalla de constituir un ejército común de 10 000 hoplitas, 1000 jinetes y, además, 100 barcos de guerra; esta leyenda es más bien una anticipación de las condiciones que sólo se dan en relación con la llamada Liga de Corinto en el año 338 a. C.

Con los tebanos que habían luchado del lado de los persas (en la batalla habían sido adversarios de los atenienses) no anduvieron los vencedores con miramientos. Después que la ciudad hubo resistido un sitio de veinte días, sus habitantes entregaron a los griegos a los jefes del partido propersa que no habían logrado ponerse a salvo anteriormente. Por orden de Pausanias fueron ejecutados.

Las luchas del año 479 hallaron su fin con la batalla de Micala (cerca de Priene, en Jonia). La flota persa había sido ya desmovilizada en gran parte cuando los griegos, bajo el mando del rey espartano Leotíquidas, desembarcaron. El campamento naval de los persas fue tomado por asalto. Las cifras suministradas por Heródoto en relación con el ejército persa tampoco merecen crédito en este caso. El hecho de que la batalla de Micala tuviera lugar el mismo día que la de

Platea es leyenda. Detrás de este dato se encuentra la «fábula de la contemporaneidad», de la que se conocen, de tiempos antiguos y más recientes, numerosos casos. Por lo demás, difícilmente se habrían atrevido los griegos a emprender una expedición marítima mientras el ejército de Mardonio se hallaba todavía estacionado, intacto, en Grecia.

Posiblemente la batalla de Micala se puede situar a fines del otoño del año 479. Durante los meses siguientes se prosiguieron las operaciones en el Egeo. Micala fue la señal para la defección de numerosas comunidades jónicas, que a partir de entonces participaron en el aniquilamiento de las tropas persas.

Con la victoria sobre los persas se les plantearon a los griegos una serie de problemas totalmente nuevos. ¿Qué actitud había que adoptar frente a las demandas de los jonios que solicitaban protección contra los persas? ¿Se contaba siquiera con los medios apropiados para realizar algunas campañas al otro lado del mar Egeo? No nos sorprende que los espartanos aconsejaran a los jonios que se trasladaran a Grecia y ocuparan en ésta las ciudades de los helenos que habían hecho causa común con los persas; pero ¿hubiera sido posible llevar este consejo a la práctica? Las grandes islas de la costa de Asia Menor fueron más afortunadas; en efecto, a propuesta de Atenas, Samos, Quíos y Lesbos fueron admitidas en la confederación griega. Las islas contaban sin excepción con grandes flotas, de modo que aportaron al potencial bélico helénico un refuerzo considerable. Como los espartanos se negaron a conceder a los griegos de Asia Menor cualquier garantía contra los persas, una serie de ciudades jónicas y del Helesponto concertaron tratados con Atenas.

Por lo demás, las operaciones al norte del Egeo seguían su curso; bajo el mando de Jantipo procedieron los atenienses y sus nuevos aliados al sitio de la ciudad de Sesto. La ciudad cayó en la primavera del año 478. Con este acontecimiento termina la obra histórica de Heródoto; si este punto final correspondía o no a la intención del autor constituye una cuestión que la investigación no ha dejado de discutir. Por lo demás, este acontecimiento no marcó el fin de la guerra con Persia y algunas guarniciones persas se mantuvieron todavía en Tracia por más de un decenio, en tanto que a una conclusión contractual sólo se llegó, según creemos, en el año 449/48 por medio de la paz de Calias.

En la anfictionía délfica, la federación religiosa de todos los estados griegos continentales, se produjo otro acontecimiento en este período. Esparta solicitó que todos los estados que se habían unido a los persas fueran expulsados de la asociación. Si esto se hubiera llevado a cabo, sólo habrían quedado unos pocos

miembros de la anfictionía, y estos pocos habrían estado bajo la dirección incondicional de Esparta. Corresponde a Temístocles el mérito de haberse opuesto a esta propuesta y de haber salvado así, en definitiva, la anfictionía délfica (a fines del 479 o, a más tardar, en el 478).

También en esta disputa se puede percibir ya la intención de impedir las tensiones entre los dos estados griegos más importantes, esto es, entre Esparta y Atenas. Esto se aplica asimismo a la construcción de la muralla ateniense. Ya en el invierno del 479/78 habían empezado en Atenas a levantar una muralla alrededor de la ciudad. Los atenienses trabajaban con gran prisa. Esto se desprende del hecho de que echaran mano para la construcción de todos los materiales disponibles, incluidas lápidas funerarias. Los espartanos, que veían con desagrado la construcción de la muralla, intervinieron por medio de embajadas. Pero Temístocles, que se encontraba en Esparta, fue más hábil, y supo retrasar el envío de emisarios hasta que la muralla estuvo levantada y hubo pasado el primer peligro para Atenas. En forma totalmente injustificada se ha remitido este episodio al reino de la leyenda (K. J. Beloch y otros). En efecto, Atenas había debido ser abandonada por sus habitantes en dos ocasiones, y de la ocupación por los persas en los años 480 y 479 habían quedado considerables destrucciones visibles en la ciudad; era comprensible, pues, que los atenienses trataran de defenderse contra la repetición de hechos semejantes. El ejército de los espartanos, aliados de Atenas, constituía sin duda una buena protección, pero ¿no había sido acaso necesario el mayor esfuerzo para inducir a los espartanos a entablar la lucha por tierra con las huestes de Mardonio? Además, los intereses de los espartanos ya no coincidían completamente con los de los atenienses. Sin duda, la conquista de una parte de la isla de Chipre y de la ciudad de Bizancio, en el Bósforo, por el espartano Pausanias había sido celebrada también por los atenienses; pero la conducta de Pausanias a la manera de un sátrapa persa había constituido un escándalo, de modo que la dirección espartana hubo de destituirlo. Pausanias, el vencedor de Platea, aparece aquí como el gran individuo independiente que pasa audazmente por encima de aquellas convenciones que para los espartanos hubieran sido obligatorias; sin embargo, Pausanias se sometió a la destitución, con lo que su actitud se hace todavía más enigmática. Algunos años más tarde Pausanias volvió nuevamente a Bizancio, donde se estableció, aunque esta vez por poco tiempo (477-476). Una expedición marítima del ateniense Cimón no tardó en volver a poner fin a sus buenos tiempos. De sus destinos ulteriores habremos de ocuparnos todavía.

Entre tanto se había producido en el Egeo un cambio decisivo; en efecto, el año 478/77, cuando Timóstenes era arconte en el Ática, se había constituido la primera Liga Marítima Ática, elemento totalmente nuevo de la confederación

griega, cuya dirección llevaban los atenienses. Esta nueva Liga se convirtió en el portaestandarte propio de la guerra contra Persia y confirió a los griegos, a ambos lados del Egeo, la protección necesaria contra los persas.

También para los griegos de Sicilia constituyó el año 480, en que tuvo lugar la derrota de los cartagineses, un momento crucial. Aquí no fue el sistema de las ciudades-estado, como en la metrópoli, el que aseguró a los siciliotas la libertad frente a la opresión extranjera, sino que fueron los grandes tiranos. La campaña de los cartagineses, como aliados de los persas, emprendida con la movilización de poderosos recursos contra los griegos de Sicilia, fracasó en la batalla junto a Hímera. Los grandes líderes de los griegos siciliotas son los tiranos de Siracusa y de Acragante (Agrigento), Gelón y Terón, pero fue Gelón el que pudo ser designado acertadamente como el auténtico vencedor. Pese a su derrota, los cartagineses siguieron manteniendo sus bases en la parte occidental de la isla y, en primer lugar, la importante ciudad de Panormo (Palermo), así como las de Motia y Solunte; el peligro de un nuevo ataque cartaginés seguía cerniéndose sobre el helenismo siciliano como una espada de Damocles. En un primer momento el brusco ascenso de Siracusa bajo Gelón y su sucesor Hierón impidió nuevos abusos de los cartagineses. El año 474, Hierón derrotó junto a la ciudad de Cime (Cumas), en Campania, a las flotas reunidas de los cartagineses y de los etruscos, lo que constituyó un gran éxito, no sólo para Siracusa, sino para todo el mundo griego occidental. Sin duda, la libertad se había comprado a un precio elevado, ya que los griegos sicilianos vivían aún bajo el dominio de tiranos que dirigían la vida de las ciudades-estado como querían. Hierón tenía interés y medios para convertir su corte de Siracusa en una verdadera residencia de las musas. Hay toda una serie de poetas brillantes que vivieron más o menos tiempo en Siracusa: Simónides y su sobrino Baquílides, Epicarmo, posiblemente Jenófanes y, ante todo, Píndaro y Esquilo, quienes con su presencia honraron Siracusa y propagaron por todo el mundo la gloria de Hierón y de su casa.

Salamina y Platea señalan para los griegos de la metrópoli los comienzos de una nueva época. El asalto del formidable ejército persa y de la gran armada había sido rechazado, Esparta y Atenas habían demostrado su superioridad por tierra y por mar; los días tranquilos de la vida de las pequeñas ciudades-estado pertenecían al pasado, y se abrían ahora nuevas perspectivas de política mundial.

Hubo grandes personalidades individuales que, anticipándose a su tiempo, supieron aprovechar las nuevas posibilidades de la política, sobre todo, Temístocles y Pausanias. Pero tenían que enfrentarse a la falange de los que siempre viven en el pasado, quienes, como sucede en la historia, nada habían

aprendido y nada habían olvidado. La Hélade volvía a estar libre del enemigo, y también del otro lado del Egeo se agitaba el sentido de libertad de los jonios.

«Las perspectivas de la victoria de los griegos sobre los persas son casi inconmensurables desde el punto de vista de la historia universal. Por el hecho de haber dominado el asalto del Oriente, los helenos imprimieron a la evolución política y cultural del Occidente un objetivo y una dirección por espacio de un siglo. Solamente mediante la lucha victoriosa de los griegos por la libertad nació Europa como idea y realidad. Los bienes por los que en su día expusieron los griegos sus vidas siguen siendo hoy todavía los valores más altos de la humanidad occidental. Lo que la cultura griega, al gozar de plena libertad interior y exterior, fue capaz de elevar al colmo de la perfección en las artes plásticas, el drama y la historiografía, que aún hoy se consideran en el mundo occidental como modelos insuperables, es lo que debe Europa a los luchadores de Salamina y Platea, a Temístocles tanto como a Pausanias». (Bengtson, *Griechische Geschichte*, 2.ª ed., pp. 174-175).

No debe empequeñecerse la importancia de las victorias griegas de los años 480 y 479, sino pensar serena y objetivamente lo que habría representado la victoria de los persas. Una victoria de Oriente, así lo dijo hace muchos años Eduard Meyer, habría representado ante todo un refuerzo de la autoridad jerárquica, esto es, un dominio más o menos extenso de los sacerdotes. Según lo ha demostrado la historia del judaísmo, continuando con la tesis de Meyer, los persas también habrían utilizado en Grecia la religión nacional y el dominio de los sacerdotes para mantener al pueblo en sumisión. Y no cabe duda de que una iglesia y un sistema teológico organizados habrían impuesto un yugo a todo pensamiento griego y habrían trabado toda ansia de libertad; con ello la nueva cultura griega habría recibido la misma impronta teológica que la oriental. Hay que convenir, por supuesto, en que estas especulaciones van más allá de lo que podamos saber, pero no cabe duda de que contienen su grano de verdad. En nuestra opinión, la auténtica importancia de las victorias de los helenos sobre los persas consiste, más bien, en que los griegos se impusieron brillantemente con sus formas políticas tradicionales, aun frente a un adversario varias veces superior. Las victorias por mar y tierra fueron victorias de las ciudades-estado griegas a las que precisamente en el momento oportuno les surgieron destacados jefes. Con el triunfo de la polis triunfó el libre estado de derecho occidental frente al sistema absolutista del Oriente: los griegos no sólo lucharon por sus lares y penates, sino también por el ideal de la libertad intelectual y de una moral superior, en un mundo occidental libre.

Es inconcebible que a un historiador de la categoría de Arnold J. Toynbee se le haya podido ocurrir que tal vez hubiera sido preferible para los griegos que en el siglo V a. C. los persas les hubieran impuesto unidad y paz, porque esto les hubiera evitado, dice Toynbee, aquellos cuatro siglos y medio de desdicha que, entre las generaciones de Darío y del emperador Augusto, se habían proporcionado a sí mismos. Quien así juzga olvida que la cultura occidental actual descansa, en partes importantes, en aquello que los griegos crearon después de rechazar el peligro persa en el siglo V.

Con perfecto acierto ha declarado, en oposición a Toynbee, un erudito como Alexander Rüstow: «La victoria de los griegos en las guerras médicas fue uno de los grandes milagros de la historia. El hecho de que, en una situación que según toda perspectiva humana no tenía posibilidad alguna, se atrevieran contra todo riesgo a intentar esta lucha por la libertad y que, en forma sorprendente, la ganaran, constituye un gran ejemplo de cómo el ideal de libertad puede brillar en bellas y patéticas palabras, y también en los hechos, viéndose confirmado, por el sacrificio de tantos miles y decenas de miles de individuos, de la manera más concreta y convincente en que, en las cosas humanas en general, la fidelidad a los ideales puede demostrarse».

5. La fundación de la Liga marítima délico-ática y el origen de la rivalidad entre Atenas y Esparta

El año 478/77 a. C., año en que Timóstenes terminó su arcontado, se ha convertido para la historia de Grecia, a causa de la fundación de la Liga marítima délico-ática, en un año decisivo. Esta Liga es, en los decenios siguientes y hasta la paz de Calias (449/48), la que lleva el peso de la guerra de los griegos contra los persas y constituye al propio tiempo el primer ejemplo de una asociación organizada de estados griegos, en este caso bajo la dirección de Atenas, que surge al lado de la Liga del Peloponeso, de Esparta. En contraste con la actitud esencialmente defensiva de los espartanos y de sus aliados, para Atenas y la Liga marítima el objetivo lo constituye la ofensiva contra los persas. Al lado de la confederación griega del año 481, surge ahora esta alianza especial bajo la dirección de Atenas que, con su gran flota, había contribuido de modo decisivo al éxito sobre las huestes de Jerjes. Aquella confederación no había dejado de existir con la fundación de la Liga marítima, la guerra contra los persas seguía su curso, pero la iniciativa la llevaban ahora Atenas y sus aliados, en tanto que los otros miembros de la antigua confederación pasaban en cierto modo a segundo plano, incluso Esparta, cuyos méritos en relación con la liberación de Grecia nadie discutía. La moderna ciencia política designa la Liga délico-ática como una «plurisimmaquia», esto es, como una alianza entre Atenas y una pluralidad de aliados. El número exacto de éstos no nos es conocido, sobre todo porque las listas de tributo conservadas sólo empiezan unos 25 años después de la creación de la Liga. Pero no estaremos muy equivocados si suponemos un número comprendido entre 100 y 200 miembros, los cuales, en tiempos de la guerra arquidámica, llegaron a ser más de 400. La alianza se había concertado a perpetuidad, lo que se desprende tanto por la fórmula que aparece en Aristóteles, *Constitución de los atenienses* (23, 5), de tener amigos y enemigos comunes, como, ante todo, por el hecho de que, para reforzar los juramentos recíprocos, se echaron al mar pedazos de metal candente: de modo análogo a como éstos habían desaparecido para siempre, así había de ser también la «simmaquia» (alianza) perpetua.

De la organización de la confederación en sus orígenes sabemos poco. Las fuentes informan que en ello se distinguió principalmente Arístides. Fue él quien fijó a cada uno de los aliados los distintos pagos que debían efectuar al tesoro

común, una difícil tarea que él llevó a cabo satisfactoriamente; a partir de este momento le fue impuesto el apodo de «el justo». También cooperó Temístocles en la organización de la Liga, lo que habría que admitir aun si no existieran al respecto los versos del poeta Timocreonte de Rodas, autor que no le apreciaba demasiado. El centro de la confederación lo constituía la pequeña isla de Delos en el Egeo. En ella se reunían los diputados (*synhedroi*, sinedros) de los aliados, y en ella se guardaba la caja de la federación, en el templo de Apolo. Mientras las grandes islas como Quíos, Lesbos, Samos, Naxos y Tasos contribuían con naves, que Atenas acogía como un refuerzo valioso de su propia flota, las localidades menores no estaban en muchos casos en condiciones de hacerlo o no estaban dispuestas a ello.

Estas localidades pagaban un *phoros* (tributo), un pago en lugar del servicio militar, que ingresaba en la caja de la confederación. La suma total la fijó Arístides en 460 talentos, y las cargas se distribuyeron entre los miembros según la importancia y capacidad económica respectivas. Habla en favor de la prudencia y la eficacia de la organización inicial el hecho de que durante más de 50 años se mantuviera inalterada aquella cantidad global. Solamente durante la guerra arquidámica y bajo la impresión de los éxitos de Pilos y Esfacteria, Cleón no sólo fijó el doble de la cantidad del tributo, sino algo más del triple (1460 talentos). La sujeción de los miembros de la federación a las cargas financieras tenía tanto un aspecto económico como ideológico; en efecto, los aliados no podían esperar que Atenas, jefe de la alianza, junto con los otros grandes estados marítimos, tomara a su cargo la defensa contra el peligro persa, mientras las localidades más pequeñas se limitaban a ser espectadores. Así pues, con su contribución, el *phoros*, aportaban también ellas su pan; que en conjunto no hubo de resultarles excesivamente gravosa. Atenas, además, había puesto la unión, mediante la sujeción de los aliados al tributo, sobre una base financiera firme; en esto se había anticipado muchísimo a Esparta, que para la Liga del Peloponeso nunca había creado caja federal alguna ni nada por el estilo; incluso durante la guerra del Peloponeso los espartanos dependían más o menos de las contribuciones voluntarias de sus aliados. Si se buscan modelos anteriores que debieron haber influido en la organización financiera de la Liga délico-ática, inevitablemente se piensa en el Este, donde el imperio de los aqueménidas contaba con un firme sistema tributario que Heródoto ha descrito con todo detalle. Sin duda, no cabe hablar en sentido literal de una adopción del sistema fiscal persa, pero con todo la imposición tributaria como tal es algo típico de los imperios orientales, y carece de paralelos en el mundo griego. Cabe señalar, además, que muchos de los nuevos aliados de Atenas habían pagado hasta entonces tributo a los persas.

Las acciones militares de la Liga délico-ática revelan desde el principio una dirección experta y eficaz. Ya el año 476/75 les fue arrebatada a los persas Eón, en el bajo Estrimón, y sus habitantes fueron hechos esclavos. Lo propio se hizo con los dólopes, habitantes de la isla de Esciros. En ésta se descubrieron los presuntos restos de Teseo, el legendario fundador de Atenas, que fueron transportados a su ciudad natal; esto constituye un ejemplo temprano del culto a las reliquias en la antigüedad. La acción contra Esciros hubo de haberse iniciado antes del 470, al igual que la sumisión de Caristo, en Eubea. No podemos fechar exactamente, en cambio, la revuelta de la isla de Naxos. Los acontecimientos en las islas de Eubea y Naxos son muy ilustrativos. Con Caristo, en efecto, cuyo territorio abarcaba todo el sur de la isla de Eubea, es obligada una localidad a ingresar en la Liga délico-ática, sin que existiera para ello más razón que el deseo de Atenas de redondear el territorio de la Liga. Atenas no quería tolerar por más tiempo una Caristo independiente, un cuerpo extraño en sus proximidades.

Por lo demás, los dríopes, es decir, los habitantes de Caristo, fueron tratados muy benignamente. La razón por la cual Naxos se separó de la Liga se conoce tan poco como las condiciones que le fueron impuestas a la ciudad después de su capitulación. El ejemplo de Naxos muestra que los miembros de la Liga no podían dejar de pertenecer a ella cuando quisieran, la alianza se había concertado a perpetuidad, y Atenas, jefe de la confederación, siguió impidiendo con decisión todos los intentos de los miembros de sustraerse a aquella coacción. Es obvio que no se trata aquí de una cuestión de derecho, sino de una cuestión de poder.

Un acontecimiento decisivo en la historia de la Liga délico-ática lo constituye la batalla junto al Eurimedonte, en Panfilia, que se libró probablemente en los primeros años que siguieron al 470, posiblemente en el año 469. La victoria del Eurimedonte es la victoria de Cimón, de Atenas y de sus aliados. Los persas sufrieron graves pérdidas por mar y por tierra, y una vez más hubieron los fenicios de comprobar que los griegos les eran superiores en agresividad y arrojo, siempre que fueran dirigidos y puestos en acción de modo competente. Antes de la batalla, Cimón había utilizado como base la ciudad costera de Faselis, y después de ella ingresaron en la Liga toda una serie de ciudades de la costa meridional de Asia Menor: la esfera de influencia de los persas fue desplazada de la costa hacia el interior, hacia el este. El Egeo se había convertido ahora en un mar griego, y durante muchos decenios no se atrevió ninguna nave persa a surcar sus aguas. La batalla del Eurimedonte constituye el colofón de las victorias griegas de Salamina, Platea y Micala.

En el éxito de los atenienses y sus aliados sobre los persas en la batalla del

Eurimedonte ya no tuvo Temístocles participación alguna. Éste, a quien Grecia debía la libertad al lado de Pausanias, era desde 471 un individuo políticamente muerto. Sus partidarios, que le habían sido fieles en los tiempos difíciles, se habían dividido bajo los ataques de los adversarios y se habían revelado como impotentes para impedir su ostracismo (471). Poseemos actualmente todavía varios centenares de *óstraka* (tejuelas de arcilla) que llevan el nombre de Temístocles, y hay que suponer que habían sido preparadas de antemano y se habían puesto al alcance de los ciudadanos en el momento oportuno, esto es, cuando se trató de liquidar políticamente a Temístocles. Apenas podrá hablarse al respecto del advenimiento de una nueva generación, porque el antagonismo entre Temístocles y sus adversarios en Atenas era mucho más profundo. En efecto, con clara previsión, Temístocles había apreciado que el ascenso de Atenas era imposible si había que tener permanentemente en cuenta al compañero de lucha lacedemonio. Atenas había de desprenderse de esta vinculación molesta para ocupar finalmente en la Hélade el lugar que le correspondía en virtud de las grandes proezas de su flota durante la guerra de liberación. Pero este parecer no sólo estaba en pugna violenta con la opinión de muchos ciudadanos, sino que rompía también muchos vínculos personales que se habían fortalecido desde que habían sido anudados entre Atenas y Lacedemonia en las horas críticas del peligro persa. Temístocles sabía que la gratitud en política no es un factor sobre el cual pueda fundarse el futuro de un estado: el que quiere subir no debe mirar hacia atrás.

La caída de Temístocles no se comprende sin el destino del regente espartano Pausanias, el vencedor de Platea. Éste se había mantenido hasta el año 476 en la fuerte Bizancio, pero luego fue expulsado de allí por Cimón; a continuación el espartano se trasladó a territorio persa, donde residió en la pequeña localidad de Colono. Se desconoce el motivo por el cual Pausanias se dejó convencer para atender al renovado llamamiento de los éforos y regresó a Esparta (¿469?). Esparta estaba en una posición peligrosa en ese momento. En el Peloponeso se había formado un movimiento antiespartano, a cuyo frente se encontraba, una vez más, Argos. Argos, aliada con Tegea y los arcadios, era tan fuerte que, en campaña, casi podía enfrentarse a Esparta como de igual a igual (batallas de Tegea y Dipea, las dos probablemente antes del 470). También en la Élide llegó al poder alrededor del 470 un movimiento democrático, de modo que también aquí retrocedía la influencia espartana. ¿Se esperaban acaso en Esparta nuevos milagros de la comprobada competencia de Pausanias como jefe militar? No parece que fuera así, pues se empezó por acusar a Pausanias de colaboración con los persas. Se trataba de la acusación de «medismo», que en aquellos tiempos no solamente era deshonrosa, sino que incluso podía llevar a la muerte al acusado. Con aquel que estaba con el enemigo no podía establecerse pacto alguno, ni en

Atenas ni en Esparta. Pero en el caso de Pausanias no se pudieron aportar pruebas de semejante colaboración, de modo que hubo que desistir de la acusación. En esto hizo Pausanias algo que había de llevarle directamente a la ruina: trató de pactar con los ilotas, con lo que habría sacudido los fundamentos mismos del estado espartano. Anticipándose a su inminente detención por los éforos, se refugió en el templo de Atenea Calcieco en Esparta, pero los éforos hicieron tapiar las puertas de éste y sólo sacaron a Pausanias, moribundo, cuando éste expiraba víctima de los terribles sufrimientos del hambre. Tal fue el fin lamentable de Pausanias, el mayor general que conoce la historia de Esparta; de este fin fue culpable él mismo, porque la conspiración con los ilotas era un sacrilegio absolutamente imperdonable, lo que nos permite ver lo poco que Pausanias se sentía ligado al ordenamiento espartano del estado, al *kosmos*. Es perfectamente posible que la sublevación mesenia de los ilotas, que tuvo lugar algunos años después, estuviera prefigurada en la conspiración de Pausanias, lo que, sin embargo, no nos autoriza a ver en éste un político clarividente. La posición de poder de Esparta descansaba, expresado crudamente, en la opresión de los mesenios. Cualquiera que prescindiera de este hecho era un político aficionado que ponía su propia ambición de poder por encima de la patria.

No está probado, ni puede estarlo, que Temístocles estuviera en contacto con Pausanias. Después de su destierro, el ateniense se detuvo primero en Argos, y desde allí viajó por el Peloponeso. Cuando se enteró de que, tanto Esparta como Atenas, se proponían aprehenderlo, huyó a Corcira y desde aquí a Epiro, a la corte de Admeto, rey de los molosos. Pero como quiera que tampoco aquí se sentía seguro, a la larga, fue a Macedonia, y de aquí por barco a Éfeso, en Asia Menor. En la travesía estuvo a punto de caer en manos de una flota de guerra ateniense frente a Naxos (otro manuscrito de Plutarco, *Vida de Temístocles*, 25, 2, el ms. *Seitenstettensis*, indica, en cambio, Tasos). En Persia gobernaba desde el año 465/64 el Gran Rey Artajerjes hijo de Jerjes. Acogió al fugitivo Temístocles con todos los honores y le dio en feudo la ciudad de Magnesia junto al Meandro, y además las ciudades de Lámpsaco y la jónica Miunte. En Magnesia aún vivió el ateniense unos años como vasallo del rey de Persia, y es probable que muriera antes del año 450. La vida de Temístocles está llena de enigmas, los cuales, probablemente, no llegará nunca a descifrar la investigación. Si contemplamos su busto, que un feliz hallazgo en Ostia nos proporcionó hace algunos decenios, sabremos por qué este individuo fue tan distinto de sus contemporáneos. En efecto, Temístocles es el primer estadista griego que poseyó lo que se ha convenido en designar como el sexto sentido del estadista, esto es, el arte de la previsión política, que el historiador (I, 138, 3) Tucídides ha elogiado en él con mucha razón. Pero a la clarividencia política se une en Temístocles la utilización —diríamos, casi, exenta de

escrúpulos— de todos los medios políticos apropiados para llevar a cabo aquello que se ha reconocido como indicado. Temístocles desconoce por completo las ataduras de cualquier clase que éstas sean, y su política se parece a una partida de ajedrez, en la que cada jugada provoca una jugada contraria, pero de tal modo que Temístocles le lleva siempre una jugada de ventaja al contrincante; baste recordar aquí, a título de ilustración, el asunto de la construcción de la muralla de Atenas. No tiene nada de sorprendente que sus adversarios, dentro y fuera de Atenas, no tuvieran comprensión alguna por esta clase de política, contra la que formulaban el reproche de perfidia, y es aun posible que, desde su punto de vista, no anduvieran totalmente desacertados. Pero Temístocles, el inquietante, había visto más claro que todos los demás; incluso es probable que llegara a ver que Atenas habría de luchar no sólo contra los persas, sino también contra su antigua aliada Esparta, y en una guerra, además, que por su duración y por los medios requeridos puso a contribución, hasta el extremo, todas las fuerzas de los atenienses. Temístocles habría seguido otro camino, y no se habría arredrado, si la situación lo hubiera exigido, ante el hecho de pactar incluso con los persas, contra quienes había defendido en su día, en Salamina y junto al Artemisio, la libertad de Atenas y de Grecia entera. El aire claro y frío del cálculo político: he aquí el mundo del individuo a quien ni siquiera el adversario persa pudo negar el más profundo respeto.

Con el ostracismo de Temístocles (471) empieza en Atenas la era de Cimón, hijo de Milcíades. Dura casi un decenio y termina en el año 461 con el destierro de Cimón. Esta época reviste gran importancia bajo diversos aspectos, no sólo en relación con el desarrollo interno de la Liga délico-ática, sino también en conexión con las relaciones espartano-atenienses y con la política griega frente a Persia, la gran potencia oriental. Antes de aplicarnos a los acontecimientos políticos, consideramos imprescindible dedicar unas palabras a la personalidad del individuo que imprimió a dicha época el sello de su carácter. Cimón, nacido alrededor del 510 a. C., descendía de la distinguida familia aristocrática de los Filaidas; su madre, Hegesípila, provenía de una familia principesca tracia. Cimón era extraordinariamente rico y se sirvió de su fortuna como un verdadero príncipe. Dan testimonio de su liberalidad, sobre todo, sus construcciones en Atenas. Ya después de la toma de Eón (476 a 475) había obtenido Cimón la autorización de ofrendar estatuas de Hermes en la nueva galería de este dios y de proveerlas de escrituras. Frente a esta galería de Hermes hizo edificar el cuñado de Cimón, Pisianacte, la *Stoa Poikile*, en tanto que Cimón mandaba construir el templo de Teseo (*Teseón*), en el que se guardaron los supuestos restos de este héroe. También en la Acrópolis hizo Cimón construir; fue él, en efecto, quien mandó levantar los grandes muros de sostén, gracias a los cuales la superficie de la fortaleza pudo

ampliarse considerablemente. Y se remontan asimismo a su iniciativa los jardines de la Academia. Como los grandes tiranos, también reunió Cimón a su alrededor a toda una serie de poetas que proclamaban su fama. No es casual, tampoco, que la hermana de Cimón, Elpinice, destaque mucho más, en la tradición, que todas las demás mujeres áticas. Aunque mucho de lo que de ella se cuenta no se basa en un testimonio histórico muy seguro, no se puede negar que su posición correspondía más bien a la de una princesa que a la de una ciudadana cualquiera. Al leer que en la batalla de Tanagra (457) los miembros del demo de Cimón, los lacíadas, se agruparon en formación cerrada alrededor del carro de combate de éste como alrededor de un símbolo, nos damos cuenta de la extraordinaria admiración que se sentía por él en Atenas aun después de su destierro. Si bien Cimón se enfrenta al estado ateniense con la actitud de un gran soberano independiente, su actuación política encaja perfectamente en la línea de la política ática. No nos sorprende, pues, que precisamente aquel decenio, del 471 al 461, estuviera esencialmente bajo el signo de éxitos atenienses que, en gran parte, se debieron a Cimón.

Los acontecimientos de Persia apenas tuvieron repercusión durante este período sobre Grecia. La muerte de Jerjes, el año 465/64, y la ascensión al trono de Artajerjes I son hechos que pertenecen a la historia interior de aquel imperio. Por lo demás, el cambio de trono había tenido lugar en forma sumamente cruenta: Jerjes había sido asesinado en su dormitorio, y su primogénito, que se llamaba Darío como el abuelo, fue muerto por Artajerjes, el hermano menor. Otro hijo de Jerjes, llamado Histaspes, se sublevó en Bactría, pero también pudo ser eliminado por Artajerjes. En estos sucesos de la corte desempeñaron un importante papel varios nobles persas, dirigidos por Artabano y Megabizo. Estos hechos nos resultan aún hoy difíciles de penetrar, ya que están envueltos en una red de intrigas que hubieron de verse favorecidas por la atmósfera corrompida de la corte.

Los auténticos contrincantes de Persia eran entonces, desde hacía ya varios años, Atenas y la Liga délico-ática. ¿Cómo están las cosas en esta federación alrededor del año 465, es decir, unos doce años después de su fundación? Dicho año fue crucial en la historia de la Liga, porque en aquel momento se separó de Atenas la rica isla de Tasos. Los motivos no se conocen, y la posibilidad de que hubiera intrigas persas detrás de ello queda prácticamente excluida; cabría pensar, más bien, en influencias del lado de Macedonia, pero también esto resulta difícil de demostrar. Aproximadamente al mismo tiempo había emprendido Atenas en el curso inferior del Estrimón la realización de un vasto proyecto de colonización y había establecido nada menos que diez mil colonos en la llanura de los «Nueve caminos» (*Enneahode*). Los tasios hubieron de contemplar el establecimiento de Atenas en el interior de Tracia con preocupación, dado que la isla disponía de una

extensa región al otro lado del mar, en la costa de enfrente, de la que obtenía grandes ingresos, sobre todo los procedentes de las minas de oro. Por lo demás, no tardó en poner fin a la penetración ateniense la derrota de los colonos, a manos de los naturales de la región, junto a Drabesco; esta derrota ocasionó a Atenas graves pérdidas. Los tasios, a pesar de todo, se volvieron hacia Esparta. Al parecer, allí les habían prometido proporcionarles cierta ayuda mediante una incursión en el Ática. Sin embargo, no se llegó al cumplimiento de esta promesa (suponiendo que fuera históricamente cierta), porque en el año 464 asoló a Esparta un terrible terremoto que causó la muerte a una parte de los habitantes que estaban en edad de ejercer una actividad militar. A continuación se sublevaron los ilotas en Mesenia (en la llamada tercera guerra mesénica), de modo que Esparta se encontraba prácticamente incapacitada para obrar.

Los atenienses encargaron a Cimón la represión de la sublevación tasia. La ciudad fue cercada y hubo finalmente de capitular, en el tercer año del sitio (463). Los habitantes tuvieron que derribar las murallas, entregar la flota, pagar una indemnización por los gastos de la guerra y comprometerse, además, a pagar un tributo anual a la caja de la Liga délico-ática (hasta entonces Tasos sólo había sido requerida para proporcionar barcos). Una vez más, como en el caso de Naxos, Atenas había derribado a un miembro de la Liga que había osado tratar de sacudirse el yugo, lo que constituía un ejemplo aleccionador para todas las comunidades que abrigaban, como Tasos, veleidades de emancipación.

Si pudiera fecharse exactamente la muy discutida inscripción que contiene un decreto ático sobre Eritras (cf. Bengtson, *Staatsverträge*, n.º 134), poseeríamos un documento valioso, aproximadamente de la misma época, acerca de las relaciones de la potencia hegemónica ateniense con otro miembro de la Liga marítima. Por desgracia, sólo se puede decir que dicha inscripción, cuyo original se ha perdido desde hace ya mucho, parece provenir de una fecha posterior al año 465. Sin embargo, no está excluida por completo la posibilidad de establecer una fecha posterior, quizás tan tardía como de mediados del siglo V. Sea como fuere, el documento en cuestión muestra muy claramente la influencia cada vez mayor de Atenas sobre los asuntos internos de una ciudad de la Liga marítima.

Eritras era una ciudad jónica situada frente a la isla de Quíos, en un promontorio que se extiende muy hacia el oeste. No sólo había en ella órganos áticos de inspección, los *epíscopos* y el *phrourarchos* (jefe de la guarnición), sino que estos funcionarios ejercían inclusive funciones y derechos oficiales en la composición del consejo, de la *bulé*, de la ciudad. Además, los consejeros de la ciudad se comprometían expresamente a no separarse ni de los atenienses ni de los

demás aliados. Entre la Liga marítima y Persia, con la que se estaba en estado de guerra, el documento en cuestión traza una clara línea de separación; por ejemplo, está expresamente prohibido volver a admitir en el recinto de la ciudad a un individuo que haya huido para pasarse a los «medos». Por otra parte, se adoptan precauciones para que en Eritras no pueda establecerse una tiranía: aquel que traicione a Eritras en favor de los tiranos tiene prevista la pena de muerte. El documento muestra que Atenas, en cuanto capitana de la Liga marítima, ejerce un fuerte dominio sobre Eritras; sin duda, la comunidad jónica tiene una autonomía local, pero está ligada en cuanto a la política exterior a la voluntad de Atenas.

Cuando Cimón regresó de Tasos se formuló en Atenas una acusación contra él en el sentido de que había omitido volver sus fuerzas contra el rey Alejandro I de Macedonia. No resulta difícil suponer que detrás de esta acusación hubieron de encontrarse los partidarios de Efialtes y Pericles; éste fue, en el proceso en cuestión, el acusador nombrado por el pueblo y, aparte de su cargo como corego (director del coro) en el año 473/72, ésta es la primera vez que este individuo, tan famoso posteriormente, aparece en público. La acusación contra Cimón se ha designado como absurda (H. Swoboda); lo fue, en realidad, pero es muy ilustrativa porque muestra que en Atenas estaba adquiriendo el dominio una tendencia que, en materia de política exterior, parece haber perdido por completo el sentido de la medida; en efecto, primero Tasos y luego Macedonia, ¿hasta dónde había, pues, que llegar? Cimón había pasado a ocupar en su día el lugar de Temístocles, y en las figuras de Efialtes y Pericles se abrían ahora paso nuevos personajes que aprovechaban toda oportunidad para desacreditar a Cimón. Por lo demás, el proceso terminó con la absolución. El hecho de que la hermana de Cimón, Elpinice, interviniera cerca de Pericles en favor de su hermano no es, con seguridad, histórico.

No mucho más tarde, los espartanos dirigieron una demanda oficial de ayuda a Atenas. No estaban en condiciones de dominar a los mesenios, a los que habían rodeado en el monte Itome. En Atenas la opinión estaba dividida en relación con la demanda espartana. Efialtes se oponía enérgicamente a ella, pero Cimón logró finalmente que se mandara un cuerpo auxiliar de 4000 hombres al Peloponeso (462).

Durante la ausencia de Cimón en el teatro de operaciones de Mesenia, se produjo en Atenas un cambio fundamental de la Constitución; se debió a Efialtes y es tan decisivo, que en adelante puede hablarse del establecimiento en Atenas de una verdadera democracia (462/61). La reforma constitucional de Efialtes, de la que habremos de hablar todavía en otro contexto, y el despido del contingente ático

por los espartanos, debilitaron la posición de Cimón; sus partidarios no estaban en condiciones de oponerse a las nuevas fuerzas capitaneadas por Efialtes, y la lucha política interior (durante la cual Cimón había tratado en vano de anular las reformas) terminó con el ostracismo del vencedor del Eurimedonte (461). Termina así provisionalmente la carrera de Cimón.

A partir de este momento la política ateniense toma un curso totalmente distinto. El despido del cuerpo auxiliar ático por los lacedemonios significa al propio tiempo el comienzo del conflicto latente entre las dos potencias principales de la Hélade. Sin duda, ya hacía tiempo que Esparta había abandonado a Atenas y a la liga marítima la dirección de la guerra con los persas, aunque tal vez no fuera esta renuncia voluntaria, porque es sabido que los lacedemonios tuvieron que enfrentarse en el Peloponeso con grandes dificultades y, a última hora, con la sublevación de los mesenios. Sea como fuere, para la situación griega en su conjunto, este antagonismo se reveló como muy peligroso; en efecto, el gran ideal nacional que en las luchas contra los persas había animado en su día la voluntad griega de defensa iba quedando relegado cada vez más a segundo término, la política particularista de las ciudades-estado volvía a dominar, y al resto de los griegos les parecía cada día más natural que Atenas cuidara con su flota de que ningún barco persa surcara las aguas del Egeo. Pero ¿nadie pensaba, en cambio, en Grecia, que la inactividad persa era sólo consecuencia de un gobierno débil que aflojaba las riendas? Hay que tener presente, por otra parte, lo que representaba el dominio de Atenas en el Egeo; en efecto, hasta donde dominaba su bandera imperaban una calma y una seguridad que ni siquiera los piratas perturbaban.

Pero entre la Liga marítima y Persia se había erigido una barrera, y esta situación duraba ya unos treinta años. Para toda una generación de griegos, los persas eran los «bárbaros», el enemigo hereditario con el que se estaba en guerra desde hacía tanto tiempo como se podía recordar. El reproche de «medismo», de simpatía por los persas, se había convertido entre los helenos en un arma directamente mortal, tanto en política interior como exterior, con lo que la brecha entre los dos pueblos se iba ensanchando cada vez más. Los tiempos en los que entre griegos y persas había existido un rico intercambio cultural y material habían pasado.

6. Pericles y la democracia ática

Con la figura de Pericles sube al escenario de la política ateniense un individuo cuyo nombre está ligado para siempre al punto culminante de la historia de Atenas. El período de su gobierno, que empieza con la muerte de Efialtes, en el año 461, y termina en el 429, constituye la llamada era de Pericles, que ha contado y cuenta con innumerables admiradores, tanto en la antigüedad como en los tiempos modernos.

Efectivamente, durante el período que transcurre desde el año 461 hasta los comienzos de la guerra del Peloponeso (431), Atenas llegó, sobre todo por obra de Pericles, a una altura nunca alcanzada por Grecia antes ni después; es, indiscutiblemente, el primer estado de Grecia no sólo por la madurez de sus instituciones políticas, sino, incluso más aún, por sus realizaciones culturales que, en gran parte, se deben asimismo a la iniciativa de Pericles. Al nombre de este gran estadista están ligadas varias reformas que, en conjunto, constituyen un paso decisivo por el camino del establecimiento de la democracia en Atenas. Sin embargo, la contribución de Pericles sólo se puede comprender si se considera en el marco de las reformas inauguradas en su día por Efialtes. Relata Aristóteles en su *Constitución de los atenienses* (c. 25) que en Atenas había gobernado el Areópago, con sus miembros vitalicios, hasta que Efialtes, hijo de Sofónides, se había vuelto contra él. Según dicho autor, primero mató a muchos de sus miembros, implicándolos en procesos relacionados con el ejercicio de su cargo, pero luego combatió al propio Areópago como institución y le quitó todas sus competencias, por lo que había sido llamado «Guardián de la Constitución». Efialtes trasladó estas competencias en parte al consejo de los quinientos y en parte al pueblo y los tribunales de justicia. Según Aristóteles, Efialtes habría trabajado en esto en colaboración con Temístocles, pero ha sido demostrado desde hace ya mucho que este dato es erróneo; en efecto, Temístocles vivía entonces en territorio persa, y el supuesto de que desde Asia Menor hubiera regresado a Atenas, que en su día lo había expulsado, es tan inverosímil que no necesita refutación. Por lo demás, también en otros aspectos está el informe de Aristóteles adornado con anécdotas, de modo que se impone frente al mismo cierta reserva. No obstante, es innegable el hecho de que las reformas de Efialtes (462/61) iban dirigidas principalmente contra el Areópago. K. J. Beloch ha opinado que la caída del Areópago estaba

perfectamente justificada y que no se hubiera podido tolerar a la larga la subsistencia de una institución cuyos miembros ocupaban los primeros cargos del estado de por vida y eran, por consiguiente, absolutamente invulnerables. Es cierto que desde el momento en que los arcontes fueron elegidos por sorteo (y no ya nombrados), es decir, desde el año 487-86, el Areópago adquirió otro aspecto; Beloch exagera cuando dice que pertenecieron al mismo, desde entonces, numerosos individuos de honor dudoso. Al margen de que el Areópago quedara cambiado o no fundamentalmente en su composición, Efialtes lo despojó de sus competencias básicas en materia de administración y jurisdicción (excepto la relativa a la pena capital) y traspasó éstas al pueblo y a sus órganos elegidos conforme a la Constitución y a los tribunales. Estos cambios constituyen las premisas de todo lo que había de seguir.

En el 457/56 fueron admitidos al arcontado los *zeugitas* (uncidos), esto es, la mayoría de los ciudadanos y campesinos áticos. Anteriormente sólo tenían acceso a este cargo supremo del estado las dos clases tributarias superiores, o sea, la de los «quinientos medimnos» (*pentakosiomedimnos*) y la de los caballeros (*hippeis*).

En el 453/52 fue reintroducida la institución de los jueces de los demos, de la que, por desgracia, poco sabemos. Cabe suponer que estaba relacionada de alguna forma con la democratización de la administración de justicia.

Estas dos últimas reformas no se dejan concebir sin la colaboración, o la iniciativa, de Pericles, que se convirtió en el sucesor de Efialtes. Éste había sido asesinado en el año 461; cabe ver en ello, probablemente, un signo del encarnizamiento con que se desarrollaba en Atenas la lucha de la política interna.

Las páginas de la biografía de Pericles de Plutarco revelan muchas cosas relativas a la vida y los actos de este gran personaje. Hasta qué punto estos datos son fidedignos es otra cuestión. Los pormenores provienen a menudo de fuentes dudosas; además, Plutarco, como acostumbra, ha intentado glorificar a su héroe poniéndolo en relación con hechos de los que no es responsable, como, por ejemplo, la reforma de la Constitución del año 461 que atribuye a Pericles, y no a Efialtes. ¿Qué sabemos, pues, exactamente de Pericles? Su padre fue Jantipo, el vencedor de Micala y adversario de Cimón, y su madre Agarista, hija de Hipócrates, el hermano de Clístenes. Así, pues, Pericles descendía, por línea materna, de la casa de los Alcmeónidas. Era el segundo hijo de este matrimonio y nació probablemente el año 495, de modo que pudo darse ya perfecta cuenta de la campaña de Jerjes y de la evacuación de Atenas. Su aspecto nos lo muestran las representaciones suyas conservadas, desde la antigüedad, que son probablemente,

sin excepción, copias del célebre busto de Cresilas. Los autores cómicos (Cratino, Teleclides y Eupolis) han hecho objeto de burla repetidamente a la forma peculiar de su cabeza que, al parecer, tenía aspecto de cebolla. Cabría suponer que como miembro de una familia distinguida había recibido una educación esmerada, aunque no nos hubiera sido transmitido expresamente; entre sus maestros figuran principalmente, aparte de Damón y Pitoclides, a los que no conocemos, Zenón de Elea y Anaxágoras, con quien le ligaba una profunda amistad. Aunque es cierto que Anaxágoras no fue a Atenas hasta que Pericles era ya adulto, es indudable que la influencia del filósofo naturalista jónico en él fue extraordinariamente grande. Por lo demás, poco se sabe de su juventud. No obstante, todas las fuentes antiguas están de acuerdo en afirmar que Pericles era un orador destacado: la gran habilidad retórica y el enorme poder persuasivo son las dos cualidades que siempre se elogian en él, y no cabe duda de que este talento hubo de serle sumamente útil en su actuación política.

Sus medidas de política interior, que son las que aquí vamos a considerar en primer lugar, se hacen comprensibles si se miran como consecuencia de las reformas democráticas iniciadas por Efialtes. Pericles siguió el camino emprendido por su predecesor: consolidó el dominio del pueblo soberano de Atenas, creando en esta forma, por vez primera en la historia de Occidente, una «democracia». Por supuesto, la democracia de Pericles no ha de equipararse a la democracia moderna, porque las diferencias tanto internas como externas son demasiado grandes. La democracia moderna es una democracia indirecta; sin duda, el poder proviene en ella del pueblo, que manifiesta su voluntad por medio del voto, pero el gobierno lo ejerce el consejo de ministros bajo el control de un parlamento elegido por el pueblo. En Atenas, en cambio, lo mismo que en otros estados griegos, la soberanía del pueblo se encarna en la *ecclesía*, la «asamblea popular». La palabra griega *ecclesía* proviene del verbo *ek-kalein*, que significa «convocar» o «llamar a reunión». Tenían derecho a formar parte de la asamblea todos los varones siempre que estuvieran en posesión de los derechos ciudadanos y fueran mayores de edad. Pero la participación pública no era, por lo visto, masiva, ya que muchos ciudadanos preferían cuidar de sus propios negocios o sólo asistían cuando se debatían cuestiones que les interesaban personalmente. Esto no sólo ocurría en Atenas, sino también en las demás ciudades griegas. En la asamblea popular se adoptaban las resoluciones decisivas relativas a la guerra y la paz, a las alianzas con potencias extranjeras, a embajadas, etc., y los ciudadanos presentes eran invitados por medio de un heraldo a tomar la palabra sobre los puntos que figuraban en el orden del día. Por lo regular, sin embargo, los oradores eran los individuos que habían hecho de la política la actividad de su vida, esto es, los demagogos, como se les solía llamar con cierto sentido despectivo: para éstos, la asamblea popular constituía la

«arena» en donde desplegaban su oratoria.

Tan importante como la *ecclesía*, y en algunos aspectos más importante aún, era la *bulé*, esto es, el «consejo», que había sido instituido por Solón que, a partir de Clístenes, ya no contaba con 400, sino con 500 miembros, o sea 50 de cada una de las diez tribus (*phylé*). Podían ser consejeros todos los ciudadanos atenienses de más de 30 años de edad. En tiempos de Pericles, los consejeros se designaban por sorteo, pero nadie podía ser consejero más de dos veces. Esta actividad eximía del servicio militar y, además, los consejeros tenían reservado un lugar honorífico en el teatro. Sin duda, el trabajo en el consejo debía ser fatigoso y absorbente; no es de extrañar, pues, que a menudo faltaran los candidatos necesarios. Aparte de los días festivos, el consejo celebraba sesiones diarias; éstas eran públicas en principio, pero podía ocurrir ocasionalmente que se excluyera de los debates a los espectadores cuando se trataba de asuntos cuyo secreto era de interés público. Las resoluciones de este organismo eran o *probuleumata*, esto es, «deliberaciones previas», que se presentaban en tal caso a la asamblea popular como instancia soberana, o simples resoluciones autónomas sobre los distintos asuntos de administración y justicia. Una corporación de 500 miembros, incluso suponiendo que nunca asistía la totalidad de los miembros, no está en condiciones, aunque sea a causa de su número, de obrar rápidamente y con flexibilidad cuando el momento así lo exige. Por consiguiente, se dividía el consejo, según las tribus, en diez secciones de cincuenta miembros cada una, quienes despachaban, turnándose, los asuntos del día. La tribu que dirigía los asuntos se llamaba «*pritanía*» y sus miembros eran los «*prítanos*». Se reunían en un local circular característico, el «*tholos*» («rotonda»). De su seno elegían un presidente, el «*epistates*». Éste ocupaba durante un día entero la presidencia en el Consejo y también en la asamblea popular. Podía jactarse de haber sido durante 24 horas el rector del estado ático. Una tercera parte de los prítanos había de permanecer constantemente en el local oficial, con el presidente, para liquidar los asuntos pendientes. Podemos imaginarnos fácilmente que, en tiempos de agitación, estos prítanos y sus epistatas habían de efectuar una cantidad considerable de trabajo; los funcionarios, los ciudadanos y los emisarios extranjeros solían dirigirse a los prítanos, y éstos habían de decidir si un asunto debía o no ser propuesto ante el consejo.

Al lado de los funcionarios del consejo y de la asamblea popular, los órganos más importantes en Atenas eran los tribunales de jurados. También esta institución, la *heliea*, se remonta a Solón, quien había creado con ella una corte de justicia que concurría con el Areópago. En el curso del siglo V se dividió la *heliea* en una serie de tribunales autónomos. Para éstos se elegían anualmente, por sorteo, al menos 6000 ciudadanos como jurado. Este gran número se explica por la existencia

de varios tribunales y la necesidad de tener personal de reserva. Por regla general, tomaban asiento en los tribunales 501 jurados, pero ocasionalmente se elevaba el número a 1001 o a 1501, según la importancia del proceso. Era corriente, sin embargo, contentarse en las causas privadas con un número menor de jurados.

La bulé, la ecclesía, la heliea y además los funcionarios, los más importantes de los cuales eran los diez estrategos, eran los órganos que en tiempos de Pericles dominaban la vida política de los atenienses. Pero sólo tenían acceso a estas corporaciones los ciudadanos áticos (es obvio que las mujeres estaban excluidas). Ni los «*metecos*» («cohabitantes»), esto es, los ciudadanos de localidades forasteras que se encontraban en Atenas, ni los esclavos estaban representados en ellas. Así, pues, la democracia ática era el dominio de una minoría sobre una mayoría, que carecía, a su vez, de derechos políticos. Aristóteles informa en su *Constitución de los atenienses* (c. 24) de que en el siglo V más de veinte mil ciudadanos vivían en Atenas de los tributos y los impuestos de los aliados. Aristóteles enumera específicamente 6000 jurados, 1600 arqueros, 1200 caballeros, 500 consejeros, 500 guardianes de los astilleros, 50 vigilantes de la ciudad, unos 700 individuos que ocupan cargos urbanos y (probablemente) otros tantos allende el mar, aunque es posible que esta última cifra esté alterada. Si es así, se trata de un número considerable de personas que vivían a cargo del erario público. Aristóteles afirma que fue Arístides quien introdujo el sistema de los sueldos. Esta afirmación es errónea; resulta indiscutible según otras fuentes que no fue Arístides, sino Pericles. Según estas fuentes, Pericles introdujo una remuneración diaria (dietas) para los jurados, que luego hizo extensiva a los consejeros y al resto de los funcionarios designados por sorteo. El importe de las dietas es, en parte, objeto de controversia. Es probable que los jurados de la heliea tuvieran dos óbolos de sueldo por día de sesión, lo que constituiría aproximadamente el mínimo necesario para la existencia; los consejeros, en cambio, recibirían 1 dracma (= 6 óbolos). No se sabe con certeza si fue Pericles quien introdujo, como asegura Plutarco (*Vida de Pericles*, c. 9), los llamados *theoriká* («sueldo de espectáculo») que se pagaban a los ciudadanos para la asistencia a las representaciones dramáticas. En todo caso, hay que saber que las representaciones dramáticas formaban parte del sector del culto y, concretamente, del culto oficial, de modo que no constituían espectáculos en el sentido actual de la palabra. Es probable, en cambio, que el pago a los ciudadanos que participaban en las asambleas populares se instituyera mucho más tarde, quizás a principios del siglo IV a. C.

K. J. Beloch ha supuesto que las dietas fueron necesarias en Atenas, porque en otro caso apenas se habría reunido el número necesario de jurados, consejeros y demás funcionarios. Por regla general, el interés de los ciudadanos por los asuntos

públicos nunca es muy grande, de modo que hace falta algún estímulo para avivarlo. El ciudadano que prestaba servicio en la heliea o actuaba como consejero o funcionario no podía atender, durante muchos días del año, su oficio civil, de modo que había que indemnizarlo por ello. Sin duda, en tiempos anteriores sólo se dedicaban a los cargos públicos las personas de situación económica independiente, pero desde la introducción del arcontado por sorteo (487/86) y, sobre todo, desde la caída del Areópago y las demás reformas de Efialtes, las condiciones habían cambiado; en efecto, ahora también había que proporcionar a la masa de los ciudadanos la oportunidad de participar activamente en la política del estado, ya fuera como funcionarios, como consejeros o como jurados.

Por supuesto, la introducción de las dietas por Pericles presentaba también sus inconvenientes; inevitablemente, algunos atenienses se podrían acostumbrar a ser sostenidos por el estado; sin duda, lo que éste les pagaba no era más que el mínimo necesario para la subsistencia, pero, habida cuenta del gran número de beneficiarios de dietas, tanto el importe real de éstas, como el espíritu con que eran recibidas por los ciudadanos, llegaron a constituir un factor en la situación política.

No debe pasarse por alto que, indudablemente, muchos ciudadanos poseían sus propios medios de subsistencia, pero también existía un sector menos afortunado que se interesaba en primer lugar por las dietas. De todas formas, las medidas introducidas por Pericles constituyeron el principio de una vía escarpada que siguieron luego Cleón y otros demagogos. En el fondo surge ya ahora el fantasma del estado-providencia que hasta allí había sido totalmente desconocido no sólo en Atenas, sino en toda Grecia. Añádase a esto que la mayor parte del dinero que se gastaba en Atenas habían de proporcionarlo los miembros de la Liga marítima. Las contribuciones de éstos no sólo hicieron posible la construcción de grandes edificios en Atenas, sino que proporcionaron a numerosas familias atenienses un complemento muy apetecido de sus gastos de manutención.

El grado de egoísmo a que podía llegar el demos ateniense nos lo muestra el proyecto de ley sobre la ciudadanía ática presentado por Pericles (451/50). Según éste, sólo podían considerarse como ciudadanos áticos los que descendían de atenienses tanto por línea paterna como materna; así, pues, a un individuo cuya madre era extranjera, no se le consideraba como ciudadano. Por lo demás, la ley no tenía efecto retroactivo alguno. Por ella no resultaban afectadas tanto las capas inferiores de la población como los círculos aristocráticos que tenían relaciones familiares en toda Grecia y aun más allá de ésta. Esta ley de Pericles revela una ceguera directamente trágica, tanto más sorprendente cuanto que la propia familia de Pericles podría no haber satisfecho, por lo que se refiere a los hijos de Aspasia,

los requisitos de la nueva ley de ciudadanía. ¿Qué intención había, pues, detrás de esta ley? ¿Tratábase realmente, como lo ha sostenido H. E. Stier, de formar una nación ática basada en la comunidad de sangre? Cabe suponer que esta idea les fue totalmente ajena a los atenienses, tanto entonces como en las demás ocasiones. Lo que quería conseguirse con la nueva ley de ciudadanía era limitar el número de los que vivían a costa del estado. Aquel que no reunía los requisitos de la ley de ciudadanía no podía percibir en el futuro más dietas ni tampoco participar en las reparticiones de trigo (se dice que el soberano egipcio Psamético envió en 445/44 a los atenienses un gran cargamento de dicho cereal). Se pone aquí de manifiesto un terrible egoísmo de grupo, que Pericles no reprimió, sino que, por el contrario, fomentó.

Sería erróneo suponer que los daños resultantes de la exageración del principio democrático ya se pusieron claramente de manifiesto en tiempos de Pericles. De hecho, ocurrió lo contrario; en conjunto, Atenas cumplió con todas sus tareas, en particular con las que resultaban de la política exterior y que, precisamente en tiempos de Pericles, llegaron a menudo hasta el límite de lo que el poder de Atenas podía soportar. Cuando Pericles se hizo cargo de la sucesión de Efialtes, subsistía todavía la prolongada guerra con Persia. Es probable, con todo, que desde la batalla junto al Eurimedonte (¿469?) no se produjera entre Atenas y Persia ningún choque importante, pero no se puede afirmar porque la tradición es tan insuficiente que apenas permite formarse un juicio acertado. En todo caso, Atenas había de permanecer constantemente en guardia, ya que en cualquier momento podía aparecer nuevamente la flota persa en el Egeo y poner a dura prueba la Liga marítima délico-ática.

Al peligro latente por parte de Persia vino a añadirse la ruptura con Esparta y con la Liga del Peloponeso que aquélla capitaneaba. Nada tenía de sorprendente que los atenienses buscaran nuevos aliados, con objeto de protegerse contra los peloponesios. Como tales, se ofrecían, ante todo, los argivos, enemigos mortales de Esparta; con éstos, al igual que con los tesalios, concertaron los atenienses un tratado de alianza, al que no tardó en adherirse la ciudad de Mégara, situada en el istmo. La adhesión de Mégara, que dejó la Liga del Peloponeso para aliarse a Atenas, representaba una ganancia difícil de sobreestimar, porque, con el puerto de Pegas, los atenienses disponían ahora de una base en el golfo de Corinto, ganancia, sin embargo, que hubo que pagar con la enemistad encarnizada de la poderosa ciudad mercantil del istmo. En efecto, en los decenios siguientes, y hasta el momento de la guerra del Peloponeso, siempre encontramos a Corinto del lado de los adversarios de Atenas, y no es raro que sus intereses resultaran decisivos en la lucha de los peloponesios contra los atenienses.

Aunque Atenas no participó oficialmente en la guerra entre Esparta y Argos, mandó a los argivos un cuerpo auxiliar que en el encuentro de Enoe obtuvo la victoria sobre los lacedemonios (460). Este encuentro, que no debe confundirse con la batalla de Enófita, produjo en Atenas una impresión tan fuerte, que se representó en un cuadro en la *Stoa Poikile*. Entre los adversarios de Atenas figuraba entonces también, al lado de Corinto y Epidauro, Egina, la rica isla que, en cuanto base dórica en el golfo Sarónico, siempre había sido para los atenienses motivo de irritación. Incluso antes de la expedición de Jerjes contra Grecia había llegado a estallar entre Atenas y Egina un conflicto abierto en el que Esparta hubo de actuar de intermediario. Entre tanto, sin embargo, la balanza del poder se había desplazado con mucho en favor de Atenas. Incluso con la ayuda de Corinto, que hubo de anotarse por tierra una derrota a manos de los atenienses, no se logró impedir el cerco y bloqueo de Egina.

El hecho de que en todas estas luchas Atenas lograra imponerse, pese a la empresa egipcia, se debió a que hasta entonces Esparta y la Liga del Peloponeso no habían participado todavía abiertamente en ellas. Esto cambió en la primavera del 457. Entonces un fuerte contingente espartano atravesó el istmo hacia el norte, con el evidente propósito de prestar ayuda contra los focenses a sus aliados los dorios del Eta. En realidad, sin embargo, detrás de esta intervención espartana en la Grecia central, hay objetivos manifiestamente políticos, como lo demuestra la magnitud misma del contingente: se trataba del predominio espartano en Beocia, pero la ocupación de esta región representaba una grave amenaza para el Ática. En Tanagra, no lejos de Tebas, se encontraron los lacedemonios y los atenienses enfrentados por primera vez en campo abierto, resultando victoriosos los primeros (457). Dado que la persecución estratégica de un ejército derrotado de hoplitas no era usual ni, probablemente, posible, los atenienses pudieron replegar su ejército en buen orden evacuando el país. Por lo demás, entre los estrategas atenienses figuraba también Pericles.

Dos meses después obtuvieron los atenienses bajo el mando de Mirónides, junto a Enófita, una victoria decisiva sobre el contingente de los beocios, con lo que la hegemonía ateniense sobre Beocia (con excepción de Tebas) quedaba restablecida. Hasta qué punto estaba la región bajo la influencia ateniense, se desprende del hecho de que en varias localidades beocias tomó el poder la tendencia democrática. En el invierno del 457-56 capituló Egina incondicionalmente (Bengtson, *Staatsverträge*, n.° 141); las condiciones que se le impusieron fueron esencialmente las mismas que se habían dictado a Tasos, sin hacer ninguna distinción al respecto entre miembros y no miembros de la Liga marítima: al igual que Tasos, también Egina hubo de pagar 30 talentos anuales a la

caja de la Liga. Lo fuerte que había llegado a ser la posición de Atenas en Grecia central nos lo muestra la alianza que probablemente entonces se concertó con la anfictionía délfica (Bengtson, *Staatsverträge*, n.° 142).

Los éxitos de Mirónides en Beocia y en la Lócride oriental (Opunte) quedaron eclipsados por la expedición marítima de Tólmides, que éste había emprendido con voluntarios atenienses, probablemente el año 455. Con 50 trirremes y 4000 hoplitas a bordo, Tólmides fue primero a Metona, en la costa occidental de Mesenia, y la tomó; al acercarse los lacedemonios, levó anclas y se dirigió a Giteo, donde logró, asimismo, tomar la ciudad e incendiar los astilleros navales. La isla de Zacinto fue sometida y las localidades de Cefalenia fueron obligadas a adherirse a Atenas y, finamente, Tólmides penetró con la flota en el golfo de Corinto, y estableció una colonia de ilotas en Naupacto. Con Acaya se concertó una alianza, de modo que, prácticamente, Atenas se había hecho fuerte a ambos lados del istmo. Esto constituía una amenaza mortal para Corinto, cuyas vías occidentales de comunicación se encontraban de hecho bajo control ateniense.

Difícilmente se puede sobreestimar la importancia de la expedición naval de Tólmides. Atenas había mostrado por medio de ella hasta dónde se extendía su poderío marítimo, y es posible que entonces intentara dominar las vías de comunicación occidentales con Sicilia, que anteriormente habían estado controladas sobre todo por Corinto. Poseemos los fragmentos de un tratado entre la ciudad siciliana de Segesta y Atenas; por desgracia, la fecha no es totalmente segura (año del arcontado de Habrón, 458/57), porque el nombre del arconte sólo se ha conservado en la estela epigráfica en parte (Bengtson, *Staatsverträge*, n.° 139).

Desde el 460 Atenas se había lanzado a una empresa cuya trascendencia casi ningún ciudadano estaba en condiciones de apreciar entonces. Se trata de la famosa expedición egipcia de los atenienses (460-454). Egipto formaba parte, desde el 525, de Persia, pero en diversos momentos se habían manifestado en el país tendencias de independencia, lo que muestra que los egipcios no se hablan resignado en modo alguno al dominio persa. Así, pues, cuando el dinasta libio Inaro estableció en el Bajo Egipto, concretamente en el Delta, un dominio propio, podía contar con el apoyo de una parte de la población egipcia. Junto a Papremis se le enfrentó el sátrapa Aquemenes, hermano de Jerjes, con un ejército; Aquemenes fue derrotado y halló la muerte en la batalla (460), en tanto que los restos del ejército persa quedaban sitiados en la ciudadela de Menfis. Inaro estableció contacto con los atenienses y les hizo probablemente grandes promesas, de modo que aquéllos aceptaron de buen grado su ofrecimiento. Es posible que en la decisión ateniense jugaran cierto papel unos proyectos de colonización. No cabe

duda que Pericles era responsable, en parte, de la aceptación de la propuesta de alianza. La flota ateniense cambió el rumbo de Chipre por el de Egipto y participó en el cerco de la guarnición persa, en el «Muro Blanco» de Menfis. Inicialmente los atenienses dominaron francamente la situación, incluso su flota pudo cruzar ante la costa de Fenicia y medir allí sus fuerzas con los persas.

El imperio de los Aqueménidas necesitó, como siempre, mucho tiempo para completar sus preparativos militares. Hasta el 456 no se envió a Egipto un ejército de socorro bajo el mando de Megabizo. Éste logró romper el sitio de Menfis, y además cercó a su vez a los sitiadores, griegos y egipcios, en la isla Prosopitis, en el Nilo. Cuando el nivel del Nilo alcanzó su punto más bajo, se pudo apoderar de ella mandando excavar un canal con el que dejó en seco el brazo correspondiente del río. Los persas exterminaron a parte de la guarnición de Prosopitis y el resto de sus componentes fue hecho prisionero; sólo algunos atenienses lograron salvarse, al parecer por la vía de Cirene. Por regla general, las pérdidas atenienses suelen exagerarse en las fuentes; por esta vez podrá prestarse crédito a Ctesias, no conocido normalmente como particularmente fidedigno, quien alrededor del 400 a. C. vivió en la corte persa; éste habla de 50 naves y 6000 hombres. A esta calamidad se añadió otra. Una flota ateniense de socorro, cuya tripulación ignoraba los acontecimientos, fue atacada cerca del cabo de Mendes y destruida (454). En esta forma, la empresa egipcia de Atenas había fracasado por completo después de seis años de duración: Persia había demostrado su superioridad en Egipto y había compensado la derrota del Eurimedonte.

El mismo año en que se produjo la catástrofe de los atenienses en la isla del Nilo, fue llevado el tesoro de la Liga marítima délico-ática de Delos a Atenas, donde fue situado en el templo de Atenea. Está claro que los dos acontecimientos no se pueden separar; en efecto, cuando los samios presentaron la propuesta de llevar el tesoro a Atenas, se encontraban, al igual que los demás aliados, bajo la impresión de las funestas noticias de Egipto, aunque tal vez no conocieran todavía toda la magnitud del desastre. A partir de este año, del 454/53, existen las llamadas listas de tributos de la Liga marítima; se trata, en realidad, de listas de las cuotas de los tributos, en las que está consignada la sexagésima parte del tributo (*phoros*) pagado por los confederados, esto es, una mina por cada talento. Llegan, con algunas lagunas, hasta casi el fin de la guerra del Peloponeso y constituyen una fuente preciosa no sólo en relación con la historia financiera de Atenas, sino también en relación con la composición de la Liga, su clasificación y la capacidad de los diversos miembros. Tampoco en el suelo de Grecia hubo paz en el año 454. Sin embargo, los atenienses tuvieron poco éxito con sus empresas en Tesalia y Acarnania, bajo el mando, esta última, de Pericles. Las fuentes informan acerca de

un armisticio de cinco años entre Atenas y Esparta que, al parecer, se había concertado por mediación de Cimón. Si esto fuera así, sólo podría corresponder al año 451, en que terminó el destierro de diez años de aquél. Pero subsisten dudas justificadas acerca de si puede creerse a Plutarco (*Vida de Cimón*, c. 18, 1). Es sabido, en efecto, que también en otros lugares ha atribuido a las personas de sus héroes ciertos actos con los que éstos nada tenían que ver (véase *supra*). Diodoro (XI, 86, 1), en cambio, indica el año 453. Si bien conviene adoptar cierta reserva frente a la cronología de Diodoro, en el caso que nos ocupa parece tener razón. En todo caso, el año 453 se compagina bien con el hecho de que Esparta llegara poco después con Argos a un convenio que duró 30 años.

Es segura, en cambio, la participación de Cimón en la expedición de la flota ateniense contra la isla de Chipre en el año 450. Se trataba de una fuerza considerable de 200 naves, 60 de las cuales fueron destacadas a Egipto para recoger al rebelde Amirteo, en tanto que las demás ponían sitio a la ciudad de Cition. Antes de que pudiera lograrse éxito alguno, Cimón murió víctima de una enfermedad (450). Ya no alcanzó a ver la victoria por mar y tierra del mismo año junto a la Salamina chipriota. Por lo demás, no se logró hacer ingresar a Chipre en la Liga, si es que era esto lo que los atenienses se proponían.

Con la expedición chipriota y con la muerte de Cimón toca a su fin una época que había estado bajo el signo de la más fuerte oposición entre Atenas y Persia. Ninguno de los dos bandos había logrado victorias decisivas. No es pues de extrañar que ahora se buscaran posibilidades de poner fin a aquella guerra que duraba desde hacía ya varios decenios. Efectivamente, las fuentes informan que probablemente en el año ático 449/48 se concertó un convenio entre los beligerantes. Este tratado es la paz de Calias (la designación de «paz de Cimón», que se encuentra en algunas fuentes, e inclusive en algunas historias modernas, es totalmente absurda). Sin embargo, en relación con esta paz no disponemos de fuente contemporánea alguna; en efecto, Tucídides no la menciona, y la alusión más temprana figura en el *Panegírico* de Isócrates (117 ss.), que data del año 380 a. C., o sea, de unos 70 años más tarde. Propendemos, con todo, a considerar este convenio como histórico, pese a la negación de los historiadores Teopompo y Calístenes, quienes aquí no pueden ser en modo alguno decisivos (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 152).

¿Qué disposiciones estaban contenidas en el convenio? Probablemente las más importantes eran las que estipulaban que las ciudades griegas de Asia Menor habían de ser autónomas. Por otra parte, los persas se comprometían a no acercarse con su ejército a más de tres días de marcha o una carrera de caballo de la costa

jónica; también en relación con los barcos de guerra persas se fijaron puntos de demarcación, esto es, al sur las islas Quelidonias, al norte las rocas Cianeas a la entrada del Bósforo tracio. En cambio, los atenienses se obligaban a no atacar los territorios del Gran Rey. La paz de Calias probablemente no constituye un tratado de paz en regla, sino más bien un convenio bilateral, que fue aprobado y jurado por ambos lados, incluyendo al propio Gran Rey Artajerjes I. La paz de Calias es ante todo un éxito de Persia. Atenas había abandonado la dirección de la guerra contra Persia, después de llegar a la convicción de que no cabía esperar una victoria decisiva. De ahí que esta paz se presente como un punto crucial en la política exterior de Pericles. Probablemente ni todos los atenienses ni todos los aliados hubieron de celebrar el convenio en cuestión; en efecto, lo que creaba era un estado de guerra fría, susceptible de convertirse nuevamente en guerra declarada en cualquier momento. Si bien las ciudades griegas de Asia Menor se veían momentáneamente libres de la opresión persa, esta situación inestable podía cambiar de un día a otro, sobre todo cuando el Gran Rey no cumpliera las estipulaciones.

Sin embargo, el mayor peligro lo presentaba el aspecto ideológico. Hasta entonces la idea de la guerra defensiva contra Persia había mantenido unida a la Liga marítima délico-ática, pero, después de la paz de Calias, esta idea ya no existía y, en el fondo, la pretensión de Atenas de estar al frente de la Liga ya no tenía razón de ser. ¿No podían acaso creer las ciudades griegas de Jonia y las islas del Egeo que ya no seguían necesitando el apoyo de Atenas? Habla en favor de Pericles el que propagara ahora una nueva idea, la idea de la paz, de una paz que comprendía por igual a todos los griegos. Sin embargo, esta idea sólo podía llevarse a la práctica si el gran adversario de Atenas en Grecia, Esparta, no se excluía de ella.

Precisamente en el año 448 habían vuelto a chocar una vez más los intereses de Atenas y Esparta. Se trata de los acontecimientos de Grecia central que suelen resumirse bajo el término de la «segunda guerra sagrada». Delfos había quedado bajo el predominio de los focenses: Esparta había enviado un ejército a Delfos y los había expulsado. Pero los atenienses enviaron tropas a Delfos y volvieron a restablecer la situación. Poco después se hundió la hegemonía ateniense en Beocia. El movimiento, dirigido contra Atenas, tuvo como punto de partida las ciudades de Orcómeno y Queronea, donde se adueñaron del poder gobiernos oligárquicos, (en el 447 o, a más tardar, en el 446). Aunque Tólmides, que volvió a ponerse al frente de un ejército de voluntarios atenienses, logró recuperar Queronea, en el camino de regreso fue derrotado junto a Coronea y cayó él mismo en el campo de batalla, en tanto que una gran parte de su ejército fue hecha prisionera por los

beocios. Para obtener la libertad de sus hombres, Atenas hubo de comprometerse en un tratado a evacuar toda Beocia. También la Fócide y la Lócride se separaron de Atenas, de modo que toda la posición de predominio ateniense en Grecia central se perdió de una vez.

El año 446 se produjo un levantamiento contra el dominio ateniense en Eubea, y casi al mismo tiempo se rebeló la Mégara dórica y la guarnición ateniense sólo pudo conservar allí los dos importantes puertos de Nisea y Pegas. A ello hay que añadir la incursión del ejército federal peloponesio, bajo el mando del rey espartano Plistoanacte, al Ática. En Atenas la Muralla Larga, que unía la ciudad con el puerto, estaba ya terminada entonces, pero la tierra llana les estaba abierta a los peloponesios. Sin embargo, para sorpresa de todos, éstos se retiraron. La afirmación según la cual Plistoanacte y su consejero Cleándrides habrían sido sobornados por Pericles no se deja, por su propia naturaleza, comprobar. En todo caso, Pericles tenía ahora la espalda libre y pudo dedicarse con toda energía a la represión del levantamiento de Eubea. Las ciudades de la isla no podían contar más que consigo mismas y no ofrecieron más resistencia.

Existen dos decretos de la asamblea ateniense que contienen disposiciones para Eretría y Calcis (Bengtson, *Staatsverträge* números 154 y 155). Es particularmente ilustrativo el segundo de estos documentos. Precede a esta inscripción la capitulación de Calcis, que había previsto condiciones particularmente duras para la ciudad. Ahora las condiciones de la capitulación se atenúan un poco, pero siguen siendo harto duras todavía; en el juramento de los calcídeos no sólo se encuentra el compromiso de no hacer defección a Atenas, sino incluso el de informar a ésta de cualquier otra defección eventual. A esto se añade, por supuesto, la obligación de pagar tributo y de poner fuerzas armadas a disposición de los atenienses. La soberanía en materia de administración de justicia le fue dejada a la ciudad de Calcis, pero con la limitación, sin embargo, de que los tribunales locales no podían emitir juicio en las causas de pena capital, de destierro o de *atimía* (pérdida de los derechos de ciudadanía). Esta jurisdicción se la reservaba Atenas para sí. Si se añade que los atenienses establecieron en Histiea (Oreo) una *cleruquía* (colonia de atenienses, como una guarnición residente) en el terreno que le habían quitado a la ciudad de Eubea, se percibe claramente que aquí adoptó Pericles medidas absolutamente rigurosas para impedir la defección futura de la importante isla.

La sumisión de Eubea fue un éxito de Pericles. Pero lo fue también la paz por 30 años concertada en el año 446/45 entre Esparta y Atenas. Los datos históricos, aunque extraordinariamente fragmentarios, permiten percibir, con todo,

que los dos bandos se hicieron concesiones mutuas: Atenas renunció formalmente a los dos puertos de Mégara, o sea, a Nisea y Pegas, y, además, a Trecén y Acaya (estas condiciones han de considerarse probablemente como concesiones a Corinto): Atenas reconoció asimismo la autonomía de Egina, lo que constituye una concesión a Esparta, que no podía abandonar la isla dórica. A las localidades neutrales se les concedió la libertad de coalición, tal vez porque esperaban ambos bandos obtener algo positivo de ello. Es muy importante, finalmente, la condición de que para dirimir conflictos se iban a establecer tribunales de arbitraje. Si más adelante, en ocasión de su conflicto con Atenas, invocaron los de Mégara que la libertad de comercio se había estipulado contractualmente, es probable que también esto figurara en el documento de la paz de los treinta años. Se trata, en conjunto, de un tratado que ni eliminó las diferencias existentes ni las atenuó considerablemente. Corinto, en particular, obtuvo el dominio casi ilimitado del golfo de su nombre, pese a que Atenas seguía en posesión de Naupacto.

Con la paz de los treinta años toca a su fin una época que se caracteriza por magníficas acciones de Atenas, aunque no todas estas realizaciones fueran éxitos, porque la pérdida en vidas fue especialmente considerable. Poseemos una inscripción con la lista de los muertos de la tribu de Erecteo, que revela que ésta hubo de lamentar en un solo año (459 o 458) 187 caídos. Si tomamos esta cifra como promedio, llegamos en las diez tribus a una cifra de casi 1900 muertos en un año (Aristóteles, *Ath. pol.*, c. 26, 1, indica la cifra de 2000 a 3000 muertos en un año; es probable que esta última sea exagerada). ¿Estaban estas pérdidas justificadas por los éxitos de la política de Pericles? Esta pregunta habrá que contestarla negativamente. En efecto, en la lucha con Persia se había logrado un equilibrio, en tanto que, en la guerra con Esparta y los demás adversarios en Grecia, Atenas había perdido: de todas las conquistas, sólo habían permanecido Egina y Naupacto en manos de los atenienses, y Pericles había debido renunciar a todo lo demás y, en particular, a la hegemonía en Grecia central. ¿Hay que hablar por tanto de un fracaso de la política de Pericles? Sería ciertamente exagerado, pero los acontecimientos han demostrado que las tareas a llevar a cabo rebasaban con mucho las fuerzas de Atenas.

No andaremos muy equivocados si hacemos a Pericles responsable ante todo del cambio que halla expresión en el tratado con los persas (la paz de Calias, 449/48) y con los peloponesios (paz de los treinta años, 446/45).

Se añade a esto un factor nuevo: la idea de un congreso panhelénico de paz. El programa nos lo transmitió Plutarco (*Vida de Pericles*, c. 17). Según éste, Pericles presentó un proyecto de ley a la asamblea popular que se dirigía a todos los

griegos de Europa y Asia (es decir, de Asia Menor): todas estas comunidades, grandes y pequeñas, eran invitadas a mandar delegados a Atenas y participar allí en el congreso. Se ponen a discusión en el programa los siguientes puntos: restauración de los santuarios que habían sido destruidos por los persas; los sacrificios que los griegos prometieron a los dioses mientras luchaban contra los persas; la seguridad de los mares y, finalmente, la paz general. Plutarco informa que los atenienses enviaron veinte embajadores que recorrieron en cuatro grupos distintos las regiones griegas alrededor del mar Egeo para presentar en ellas las propuestas de Pericles. Al parecer, los lacedemonios se opusieron al proyecto. No puede dudarse de la existencia de dichos planes para un congreso general; resulta más difícil, en cambio, establecer exactamente la fecha. Probablemente habrá que pensar en los años que siguieron a la paz de Calias, 449/48, o bien en los años después de la paz de los treinta años, 446/45. La fijación exacta de la fecha no es posible.

No cabe la menor duda que la propuesta de Pericles estaba hecha en serio, y es posible que éste hubiera deseado realmente alcanzar en Grecia una paz duradera, lo que habría favorecido mucho sus planes. Pero ¿se trata aquí verdaderamente de «una admirable acción diplomática y, desde el punto de vista de un derecho internacional panhelénico, sumamente ejemplar» (K. Dienelt)? Esta manera de ver es ciertamente exagerada, porque lo que le falta al proyecto de Pericles es una buena dosis de política realista. ¿O acaso no era de prever de antemano que Esparta se opondría a un plan de esta clase, que habría puesto a Atenas al frente de toda Grecia? El caracterizar a Pericles «como inventor de la federación europea, en su época, de la sociedad panhelénica de naciones» (Gregor), constituye una ilusión de historiadores e ideólogos modernos, que nada tiene que ver con la realidad. Sin embargo, en cuanto etapa previa de aquellos cuatro intentos de establecer en Grecia una paz general, este proyecto de congreso no carece de interés. El siglo IV a. C., especialmente, registra toda una serie de intentos enderezados a hacer triunfar en Grecia la idea de la *koiné eirene* (la «paz general»); empiezan poco después de la guerra del Peloponeso y terminan en la época de los diádocos.

Los acontecimientos decisivos, sobre todo la paz de Calias, no podían dejar de repercutir sobre la Liga marítima délico-ática. El primer efecto de la paz se muestra en las listas del tributo. Consta, en efecto, que, en el año de la paz, los pagos de tributo fueron totalmente suspendidos por parte de los miembros o sólo se efectuaron en un volumen muy reducido, lo que constituye un signo inequívoco de que al menos una parte de los confederados consideraba en adelante la federación como superflua. Habrá que suponer que Pericles hubo de oponerse con

decisión a semejante postura. Las listas de tributo de los años siguientes muestran que su punto de vista se impuso. En general, la época que siguió a la paz de Calias reviste gran importancia en conexión con la transformación interna de la Liga marítima, pero esto no implica que la formación de una *arché* («jefatura») ática se limitara a los años 449/48, ya que los documentos, como p. ej. la resolución popular ática sobre Mileto (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 151), muestran lo contrario.

La preponderancia ateniense se desplegó sobre todo en dos áreas, la del sistema jurídico y la del sistema monetario. La jurisdicción de los diversos tribunales de la Heliea (del nombre de la plaza Heliea, sede del tribunal de los heliastas) se extendía a numerosos procesos en el ámbito de la Liga marítima. Constituye un testimonio de ello el decreto ático ya mencionado (*supra*) sobre Calcis. Cada vez ocurría con mayor frecuencia que los ciudadanos de una ciudad confederada debieran hacer antesala en Atenas en los tribunales populares. Por otra parte, la ley de la moneda, promulgada alrededor del 450 a. C., tuvo como consecuencia que muchas ciudades de la Liga suspendieran sus propias acuñaciones. Por si esto no fuera bastante, hay pruebas de que los atenienses intentaron reiteradamente llevar al poder, en las ciudades dependientes, a los elementos democráticos.

Como resultado de estos cambios, en muchas de las ciudades de la Liga se iba acumulando una peligrosa materia explosiva contra Atenas, cuyo dominio se fue percibiendo como más opresivo cada vez, sobre todo en una época en que ya no había que seguir temiendo a los persas. Pero la hegemonía marítima de Atenas tuvo también sus aspectos positivos. Por ejemplo, ya no se puede seguir hablando de una piratería, en el Egeo, digna de mención; en forma significativa, ésta sólo volvió a animarse cuando el imperio marítimo ateniense se hubo hundido.

En muchos casos también concertó Atenas con los estados de la Liga marítima los convenios de auxilio jurídico usuales, en los que se conservaba la paridad de ambas partes, como p. ej. en el tratado con la Faselis licia, alrededor del 450 a. C. (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 149), o con Quíos. Causaba enojo particular entre los confederados el hecho de que Atenas no se consideraba obligada a dar cuenta del empleo de los tributos. Los atenienses, dice Plutarco (*Vida de Pericles*, c. 12), no estaban obligados a rendir cuentas a sus aliados acerca del dinero, puesto que, para protección de los confederados, eran los campeones en la lucha contra los persas y mantenían a los bárbaros dentro de sus dominios. Sin duda, hay en este principio algo de verdad, pero esta actitud de Pericles fue la razón de que Tucídides, hijo de Melesias, hiciera suya la causa de los aliados.

Sería erróneo suponer, como se ha hecho, que la reorganización de la Liga marítima para convertirla en instrumento de poder ateniense sólo se produjo después de la paz de Calias (449/48); es suficiente la resolución ateniense sobre Eritras para probar lo contrario, cualquiera que sea la fecha en que se la sitúe. La refundición de la Liga contribuyó, indudablemente, a que Atenas tratara de estabilizar su hegemonía no sólo mediante la introducción de órganos de inspección (*epíscopos*, «inspectores») y comandantes de guarnición. Y el establecimiento de «cleruquías» en los territorios de los estados aliados constituía también para muchos de los confederados un motivo de irritación. Para Atenas, el envío de estas «cleruquías» tenía la ventaja de que absorbía una cantidad de ciudadanos atenienses y, ante todo, a aquéllos que en Atenas no tenían lo suficiente para vivir. Se encuentran cleruquías áticas en Naxos, Andros, en el Quersoneso tracio (Galípoli), en Brea, junto al Estrimón inferior, en Oreo (Histiea, en Eubea). Por lo demás, el sistema de las cleruquías se reveló en el caso de conflictos bélicos y sobre todo, por supuesto, durante la guerra del Peloponeso, como muy útil para Atenas. Por otra parte, revisten las cleruquías especial interés por el hecho de que forman parte del estado ateniense, de modo que sus habitantes siguen siendo ciudadanos atenienses aun en el extranjero. Sin duda, para los nativos, la existencia de una cleruquía ática significaba, en cambio, una restricción de sus derechos, especialmente en cuanto a la posesión de bienes raíces se refiere. Pero, en este aspecto, Atenas nunca fue pusilánime, y de las listas del tributo se desprende que en muchos casos redujo el tributo a las comunidades afectadas.

Si queremos formarnos una idea de la capacidad de acción de la Liga marítima y de sus miembros, las listas del tributo revelan que en el año 446/45 pagaron las siguientes comunidades el tributo más alto: Tasos, Egina (30 talentos cada una), Paros (18 talentos), Bizancio (15,7 talentos), Mendes y Abdera (15 talentos cada una), Lámpsaco (12 talentos) y Lindo (10 talentos). De este resumen se desprende que eran entonces las ciudades de la costa de Tracia y del sector del Helesponto las que pasaban por ser las más prósperas desde el punto de vista financiero. Al propio tiempo se encuentran también en esta región las líneas de comunicación más importantes de Atenas; unen a la ciudad con el mar Negro y el sur de Rusia, de donde había que importar el trigo, indispensable para la alimentación de la población.

La Liga marítima délico-ática había sido inicialmente una asociación de carácter federal cuyos miembros estaban jurídicamente en pie de igualdad, pero esta situación fue variando lentamente, aunque en forma cada vez más clara, en favor de Atenas. No obstante, esta asociación, dirigida por Atenas, sigue siendo aún hoy acreedora de nuestra plena admiración. Nacida como alianza contra los

persas, la Liga marítima duró casi tres cuartos de siglo, del 478/77 al 404, y durante este tiempo se reveló como un elemento necesario en la organización de la política griega. Esta creación de Atenas es tanto más admirable cuanto que ésta no disponía en modo alguno de medios militares ilimitados. Cada sublevación sacudía los cimientos de la alianza, y sólo podía ser reprimida con gran esfuerzo. Constituía un inconveniente particularmente grave la falta de una burocracia preparada que, por lo demás, no existía entonces en parte alguna de Grecia, de modo que los atenienses hubieron de esforzarse por salir del paso con pocos funcionarios, y aun a éstos sólo pudo recurrirse en caso de apuro. La única autoridad permanente de la Liga eran los tesoreros, los *helenotamías*.

Aún no conocemos con exactitud lo que se refiere a la división de la Liga en distritos. Había cinco distritos: el tracio, el helespóntico, el jónico, el cario y el insular. De éstos, el distrito cario se disolvió poco después del 440, siendo incorporadas las ciudades carias al distrito jónico. Esta organización nada tiene que ver con una división en provincias, sino más bien, acaso, con la recaudación de los tributos, según la cual figuran las diversas ciudades clasificadas en las listas de aquéllos. Atenas no dominaba la Liga con auxilio de medidas burocráticas, sino gracias al peso de su prestigio, que descansaba ante todo en los actos de sus grandes hombres, esto es, de Cimón y Pericles.

Los quince años que van del acuerdo de la paz de los treinta años (446/45) hasta el comienzo de la guerra del Peloponeso (431) están inequívocamente en Atenas bajo el signo de Pericles. Fue éste quien imprimió a la política exterior ática una nueva orientación. Por primera vez se introdujo Atenas en la política occidental mediante la fundación de la colonia panhelénica de Turios (443). Tal vez lo que hizo Pericles fue alejarse hacia el oeste frente a la presión espartana, con objeto de crear para Atenas nuevas posibilidades de expansión en terreno neutro. Después que en el año 445 fracasó parcialmente el intento de los atenienses de volver a fundar la ciudad de Maris (destruida el año 551/10), Pericles proclamó la idea de fundar, con participación de todos los pueblos griegos, una colonia panhelénica en el sur de Italia. Fue ésta la ciudad de Turios, cuyo plan urbano fue proyectado por el arquitecto y filósofo Hipódamo de Mileto. Entre los ciudadanos de la colonia figuraban Heródoto de Halicarnaso, el famoso historiador, y Protágoras de Abdera; también Empédocles de Agrigento (Acragante) estuvo algún tiempo en Turios. Pericles siguió sustentando aquí la idea panhelénica aun cuando sus adversarios tomaron el poder en la colonia. Incluso cuando Turios entró en conflicto con la colonia espartana, más fuerte, de Tarento, Pericles no intervino; no se sabe si le faltó para ello la voluntad o la fuerza. Atenas no carecía de aliados en Occidente. Estaba aliada, en efecto, con la siciliana Segesta y, además,

con Regio y Leontinos, con las que había concertado tratados de alianza en un momento que desconocemos, pero fueron renovados luego (en 433/32), la víspera de la guerra del Peloponeso (Bengtson, *Staatsverträge* n.º 162 y 163). Fue particularmente importante la amistad con Regio. Ésta permitía a Atenas utilizar sin trabas el estrecho de Mesina, lo que para el comercio con Italia central, y especialmente con Etruria, era de la mayor trascendencia.

Pero no era ésta la única conexión de Atenas con Italia central. En efecto, las magníficas excavaciones de la necrópolis etrusca de Spina (junto a Comacchio, en el delta del Po), han revelado la importancia de la participación ateniense. Desde Spina, el comercio alcanzaba por tierra a toda Italia septentrional y, tal vez, incluso a las regiones situadas más allá de los Alpes que, anteriormente, habían sido el dominio exclusivo del comercio de Masalia. De esta forma se introdujo Atenas en una esfera que anteriormente se había reservado para sí la gran ciudad comercial griega del istmo, Corinto; un motivo más de la encarnizada enemistad entre ambas ciudades, que contribuyó a que estallara la guerra del Peloponeso. Sin embargo, Corinto no era la única competidora de Atenas en Occidente, pues tampoco Siracusa, ligada desde su fundación por múltiples vínculos con la ciudad del istmo, veía con buenos ojos la expansión del comercio ático, y tanto menos cuando Atenas se había aliado con sus propios rivales, Regio y Leontinos, dos fundaciones calcídicas.

Una grave crisis de la Liga marítima fue la sublevación de Samos en el invierno de 441. Esta gran isla, que disponía de una considerable extensión de terreno en Asia Menor, pertenecía a aquellos miembros de la Liga que, al igual que Quíos y Lesbos, gozaban del privilegio de contribuir con el servicio de naves. Samos se encontraba en conflicto con Mileto a causa de la posesión de Priene, en lo que Mileto era apoyada por los atenienses que le estaban emparentados. El conflicto se complicaba por efecto de las luchas partidistas intestinas en Samos. Cuando Pericles hubo llevado al poder en la isla al partido democrático, los oligarcas lo derrocaron de nuevo, en lo que hizo causa común con ellos Pisutnes, el sátrapa persa. Sin duda, los atenienses eran superiores por mar, pero tenían el temor permanente de una intervención de Persia, porque los samios no habían tenido reparo en solicitar la ayuda de los persas. Pero se vieron defraudados, y su ciudad fue cercada y sitiada. Por parte de Samos, fue el filósofo Meliso quien se distinguió en las luchas por mar contra los atenienses, en tanto que del lado de éstos logró la caída de la ciudad, con sus máquinas de asedio, Artemón de Clazómenas. Samos hubo de capitular después de un sitio de cierta duración, probablemente en la primavera del año 439. Fue castigada duramente, como todos los estados de la Liga marítima que hacían defección: es posible que perdiera la isla

de Amorgos, y además hubo de pagar los gastos de la guerra (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 159). A la defección de Samos se había asociado Bizancio que no tardó, sin embargo, en ser sometida nuevamente. Con ocasión del conflicto entre Samos y Atenas se había puesto de manifiesto que el estado más débil no temía volverse hacia los persas, como lo hicieron también las comunidades sicilianas al pedir ayuda a Cartago.

En el año 443 a. C., Tucídides, hijo de Melesias, yerno de Cimón y el adversario más importante de Pericles, fue expulsado de Atenas por medio del ostracismo. Aunque no pudiera compararse con Pericles, contaba sin embargo, en cuanto jefe de la oposición, con mucha influencia y, en particular, hizo siempre suya la causa de los aliados. Así, fue precisamente este político quien tomó como pretexto las grandes construcciones suntuosas de Atenas para atacar la política financiera de Pericles. También bajo otro aspecto constituye el destierro de Tucídides una fecha importante en la vida de Pericles; en efecto, a partir del año 443, Pericles fue elegido estratego año tras año, siendo él, en adelante, el verdadero jefe del estado ático.

En la antigüedad se consideró el carácter de Pericles como producto de su educación filosófica naturalista, siendo sobre todo la filosofía de Anaxágoras la que le habría imprimido sus rasgos. Y efectivamente, Pericles dominaba magistralmente el difícil arte de dirigir las masas, que desplegó hábilmente en sus discursos, los cuales, con su gran fuerza de persuasión, superaban a los de todos sus competidores. Aquel que en Atenas quería desempeñar un papel político, había de estar en condiciones de dirigir en particular la asamblea popular según su voluntad, había de poder ganar para sus proyectos, con una intuición psicológica sutilísima, el ánimo de sus oyentes. De la gran capacidad oratoria de Pericles tenemos numerosos testimonios: en efecto, Eupolis, el poeta de la comedia antigua, que había oído a Pericles personalmente, estaba entusiasmado al respecto, no menos que el propio historiador Tucídides.

En muchos estudios modernos se ha hecho a Pericles el reproche de que, igual que Bismarck, no había sabido rodearse de colaboradores capacitados. K. J. Beloch sostiene incluso que alrededor de Pericles sólo habría encontrado gente de inteligencia nula. Indudablemente hay algo de cierto en este reproche; pero, para decidir si es totalmente acertado, nos faltan los materiales que han servido de base a este juicio y, en particular, las fuentes contemporáneas. Sin embargo, se desprende de la tradición antigua que Pericles contó con algunos colaboradores competentes, entre los cuales Formión fue el más importante. Este individuo se distinguió principalmente en lo relacionado con el ejército y la marina, y consiguió

grandes éxitos en los primeros años de la guerra del Peloponeso. Fue también colaborador de Pericles el poeta Sófocles, pese a que en sus ideas básicas los dos hombres apenas coincidieran. Sófocles fue el año 443/42 tesorero de la Liga (*helenotamías*) y, dos años después, en el 441/40, fue estratego en la guerra contra Samos, en la que cumplió sin dificultad la tarea que le había sido encomendada. Finalmente, formaba parte del círculo de Pericles, además, Calias, hijo de Calíades; éste fue quien presentó el decreto de finanzas que lleva su nombre, del año 434, aunque, por supuesto, de acuerdo con los proyectos de Pericles. Además, Calias fue el promotor de las resoluciones populares relativas a la renovación de las alianzas con Regio y Leontinos.

La figura de Pericles ha sido siempre objeto de numerosos ataques, sobre todo por parte de los comediógrafos. Las invectivas revisten por regla general un carácter muy personal, siendo en particular su cabeza en forma de cebolla un objeto favorito de burlas. Sería erróneo, con todo, querer tomar los ataques de los poetas cómicos (Cretino, Hermipo, Teleclides y otros) demasiado al pie de la letra, tanto más cuanto que precisamente la comedia puso por las nubes, después de su muerte (429), sus grandes cualidades. En la comedia aparecen Pericles y sus contemporáneos, también Sócrates, tal como el pueblo de Atenas los vio o, al menos, tal como entonces se deseaba ver a los individuos. El ciudadano se refocilaba cuando se enteraba por boca del actor cómico de que también el gran olímpico tenía sus debilidades humanas y, en forma significativa, volvía siempre a ser blanco de chistes de la comedia el enlace de Pericles con Aspasia. Nadie comprendió en Atenas que esta libertad de expresión de la comedia se viera pasajeramente restringida por alguna prohibición, como lo fue efectivamente en una ocasión (bajo el arconte Moríquides, 440/39).

Pero más gravedad que la comedia, que no respetaba a ningún político ateniense, revistió una serie de procesos. En éstos se había acusado no sólo a Aspasia, sino también a algunos amigos personales de Pericles, entre otros a Anaxágoras y Fidias, el arquitecto y escultor a quien Atenas debía la estatua de Atenea Partenos. De estos procesos, el de Anaxágoras, a quien se acusó de ateísmo, corresponde probablemente a una época próxima al año 450 (?), en tanto que el de Fidias habremos de situarlo en el 438/37 o en el 432/31 a. C., siendo este último año más probable que el otro. En todo caso, Fidias seguía todavía trabajando en Olimpia en los primeros años de la guerra del Peloponeso, de modo, pues, que no pudo haber muerto en una cárcel ateniense; su vida sólo tocó a su fin hacia el año 420 a. C. Éste es el resultado de las investigaciones más recientes, en las que el hallazgo del taller de Fidias en Olimpia revistió importancia decisiva. ¿Y Aspasia? También ella parece haber sido acusada de *asebía* («impiedad»), pero fue absuelta

probablemente poco antes, al parecer, de empezar la Gran Guerra.

¿Hay que suponer acaso que estos procesos minaron la autoridad de Pericles? Semejante supuesto sería exagerado; por otra parte, es dudoso que el proceso de Fidias fuera un proceso político. En efecto, se acusó al artista de sustracción de oro, acusación cuyo fundamento actualmente no puede probarse ni refutarse. Tampoco existen pruebas de que detrás de estas acusaciones estuviera la persona de Tucídides, hijo de Melesias, que después de un destierro de diez años había regresado a Atenas.

Más destructiva que los ataques de sus adversarios fue la política financiera de Pericles. Sin duda, aunque no sabemos mucho de ello porque la tradición poco nos informa al respecto, consta, con todo, que para las construcciones suntuosas de Atenas, Pericles gastó sumas enormes. No se trataba de dinero ateniense, sino predominantemente del procedente de los tributos de los miembros de la Liga marítima. Aunque ciertos investigadores invocan que se trataba, en realidad, de las cantidades que estaban depositadas en el tesoro de Atenea Políade, pero esto apenas representa diferencia alguna. Sin duda, la propia Atenas disponía de ingresos considerables, pero no hay motivo alguno para suponer que los reproches hechos a Pericles en el sentido de que despilfarró el dinero de los aliados carecían de fundamento. Desde principios de la expedición egipcia (460), la carga de las finanzas atenienses se fue haciendo cada vez mayor; el armamento para las flotas de Egipto y Chipre hubo de absorber cantidades enormes, a lo que se añadió la sublevación de Samos. Nada tenía de sorprendente, pues, que las reservas financieras se fueran acabando. No hay que olvidar en este contexto que los griegos no tenían idea alguna de algo similar a la economía financiera moderna. Acostumbraban a utilizar el contenido de las diversas cajas hasta que estaban vacías. Hasta el año 434 no se pensó en crear una reserva financiera permanente. Presentó el proyecto Calias, hijo de Calíades, el conocido partidario de Pericles. Según éste, había que destinar a la caja de Atenea tres mil talentos en concepto de reserva. La medida sólo se comprende si se tiene presente que en el año 434 la situación política se había ido agravando cada vez más. Así, pues, se quería tener una provisión en caso de una guerra que, por entonces, quedaba en el terreno de lo posible. Al empezar la guerra del Peloponeso había en el tesoro de Atenea seis mil talentos, siendo así que el nivel máximo había sido de nueve mil setecientos talentos. Con todo, a Pericles y sus amigos no se les puede eximir del reproche de haber prestado escasa atención a las finanzas, que constituyen, como todo el mundo sabe, la columna vertebral de un estado sano; al menos no toda la atención que los tiempos exigían. Así, pues, Atenas entró con una preparación financiera insuficiente en una guerra en la que no sólo estaba en juego la existencia de la Liga

marítima, sino también la supervivencia de la propia Atenas.

7. La vida cultural e intelectual en la época de Pericles

Está ligado indisolublemente al nombre de Pericles, desde la antigüedad, el concepto de la «época de Pericles» y la «cultura de Pericles». Efectivamente, el nivel cultural de Atenas en el siglo V no se concibe sin el gran estadista ateniense, pues fue él quien mediante sus medidas políticas creó los requisitos externos del desarrollo cultural. Y no sólo esto, sino que él mismo participó activamente en el movimiento cultural. Le unía una amistad personal con numerosos artistas e intelectuales, y gracias a su iniciativa se realizaron en Atenas construcciones y obras de arte que forman parte de las creaciones más bellas del genio humano.

Atenas debía en gran parte su jefatura en Grecia a su hegemonía en la Liga marítima délico-ática. Sin embargo, el vertiginoso ascenso de Atenas no habría sido posible si poco después de las victorias sobre los persas no se hubiera iniciado en el ámbito griego un desplazamiento extraordinariamente importante del centro de gravedad económico. En el siglo VI, Jonia y en particular la ciudad de Mileto habían figurado a la cabeza de la economía, del comercio y también de la vida cultural. Sin embargo, el auge de Jonia quedó truncado por el resultado infortunado de la sublevación jónica. El año 494, Mileto había sido totalmente destruida, y no había de volver a adquirir cierta importancia hasta la época helenística. Los herederos de Jonia fueron Atenas, sobre todo, y algunas ciudades como Corinto y Egina. Corinto, que con su flota y con el auxilio de sus colonias dominaba las comunicaciones marítimas hacia Occidente, hacia el sur de Italia y hacia Sicilia, y Egina, una competidora nada despreciable de Atenas en el golfo Sarónico. Sin embargo, Egina fue humillada en su conflicto con Atenas, y su capitulación en el 457 señaló prácticamente el fin de su florecimiento. A mediados del siglo V, las ciudades más importantes y populosas del mundo griego eran Atenas, Siracusa, Gela, Acragante (Agrigento) y Corinto y, entre las islas, Tasos, Paros y Corcira.

Las cifras relativas a la población sólo pueden Indicarse muy aproximadamente, porque faltan los datos estadísticos correspondientes. La población de Atenas se había calculado en tiempos de Pericles entre 105 y 120 000 habitantes, de los cuales, sin embargo, sólo 35 000 eran ciudadanos; la población total del Ática se calcula entre 210 y 230 000 almas (De Sanctis). Así, pues, el Ática

era mucho más populosa, al parecer, que Beocia, la que, en cuanto región principalmente agrícola, pudo haber contado entre 110 y 125 000 habitantes.

Por lo que se refiere a Esparta, se ha llegado a calcular su población en más de 200 000 habitantes, pero de ellos sólo de cuatro a cinco mil gozaban de la plena ciudadanía. A esta pequeña hueste de espartanos se enfrentaban, según los cálculos más recientes, unos 40 000 periecos (súbditos) y no menos de 150 000 ilotas. Sin embargo, todas estas cifras han de tomarse exclusivamente como valores aproximados.

Para la alimentación de su población, Grecia dependía ya en la antigüedad de importaciones exteriores. Ya Solón había prohibido la exportación del trigo ático, pero permitió, en cambio, la exportación de aceite e incluso la fomentó. El trigo era importado en barcos del Ponto Euxino (mar Negro), de Sicilia y de Egipto. Este último país, ante todo, era un gran productor de trigo; para no mencionar más que un detalle, ya en el II milenio a. C. había ayudado con suministros de trigo a los hititas. Las cifras de importación son muy elevadas. A mediados del siglo IV se descargaban en el Pireo 800 000 *medimnos* (3 millones de quintales) de trigo. Estas importaciones se hacían tanto más necesarias cuanto que la agricultura griega seguía adherida a sus ya anticuados métodos de cultivo. En el Ática crecían principalmente la cepa y el olivo, cuyo cultivo se practicaba con un cuidado meticuloso. El vino y el aceite griegos ya habían conquistado en el siglo VI grandes mercados; constituían las partidas más importantes entre los bienes griegos de exportación. Pese al auge del comercio, en extensas regiones del mundo griego seguía dominando en parte la economía natural, sobre todo en las regiones apartadas.

Al lado de ésta existía, por supuesto, una economía monetaria desarrollada, de la que dan testimonio las numerosas acuñaciones de monedas de localidades griegas. Las monedas del siglo V constituyen algo más que una fuente importante para el estudio del comercio griego; muchas de ellas están adornadas con magníficas imágenes, especialmente las de Siracusa. La plata para estas acuñaciones se conseguía en cantidades suficientes; los atenienses tenían sus minas en el monte Laurión, que estaban arrendadas a empresarios privados. Éstos las explotaban con ayuda de esclavos y a menudo en condiciones de trabajo muy primitivas. Al lado de las minas del monte Laurión, cuyo rendimiento fue manifiestamente bajando hacia fines del siglo V, existían las minas del Pangeo, que más adelante quedaron bajo el dominio de los macedonios. En los grandes santuarios panhelénicos, ante todo en Delfos y en Olimpia, se acumularon con el correr del tiempo formidables riquezas; constaban de ofrendas y dinero contante,

que particulares o comunidades griegas habían confiado a los templos para su custodia. Aunque, como se sabe, en Esparta estaba prohibida la posesión de metales preciosos y sólo circulaba el tosco dinero de hierro, más de un espartano que había llegado a poseer oro y plata lo ponía en seguridad más allá de las fronteras del país.

Por lo demás, los grandes santuarios ejercían en múltiples aspectos la función de bancos y frecuentemente prestaban dinero, por supuesto, contra el pago de intereses apropiados. El templo de Delos, por ejemplo, cobraba el diez por ciento, que en aquella época era un tipo de interés perfectamente corriente, que por regla general solía ser rebasado y no rebajado. El aumento de la circulación monetaria hacía que, como siempre ocurre, los precios fueran subiendo; por una pala de cebada sólo se pagaba en tiempos de Solón un dracma, y el doble, en cambio, unos doscientos años después. Por otra parte, el precio de un cordero había aumentado, durante el mismo tiempo, diez o veinte veces. La persona que quería colocar su dinero en forma particularmente remuneradora lo dejaba como préstamo marítimo, donde producía un interés enormemente alto, que en parte hay que considerar como prima de riesgo. Por lo demás, la navegación seguía siendo todavía, en su mayor parte, navegación de cabotaje. Para ir de Grecia a Sicilia se debía tomar un barco corintio, que hacía escalas en Corcira y Tarento. Apenas había mapas marítimos, faros y marcaciones, y hasta la época de los emperadores romanos no se introdujo un cambio en este aspecto.

Los salarios para la mano de obra eran en el siglo V muy exiguos. Un remero obtenía 3 óbolos diarios, por los que tenía que trabajar duramente. Por regla general el trabajo intelectual no era pagado mejor que el corporal; así, por ejemplo, el maestro de construcción del Erecteo de Atenas sólo cobraba diariamente un dracma, es decir, lo mismo que un picapedrero. En cambio estaba bien pagado el trabajo de los médicos y los sofistas, algunos de los cuales lograron acumular cantidades importantes.

En honor de los griegos debe decirse que su vida cotidiana era sumamente modesta. Las casas de los particulares eran de madera, arcilla o entramado, y carecían en absoluto de cualquier tipo de lujo; en la indumentaria, le túnica larga jónica de algodón fue pasando de moda, y fue sustituida por la túnica peloponesia de lana. Los vestidos de lino estaban reservados exclusivamente a las mujeres. Los «quitones» (las «túnicas») de púrpura eran el distintivo oficial de los estrategos áticos y de los hoplitas espartanos.

La alimentación era muy sencilla y consistía principalmente en trigo, en

forma de papilla o torta, y en legumbres y hortalizas. Como complemento se comían aceitunas, higos, queso y pescado salado; sólo había carne y caza los días festivos. El porcentaje diario por cabeza se calculaba en una *choinix* (un «quénice» = un poco más de un litro) de harina de cebada, que valía un cuarto de óbolo. Si tenemos en cuenta que el salario global de un trabajador no pasada de unos tres óbolos, vemos que en las familias numerosas se vivía a menudo con gran estrechez.

Formaba parte de los deberes honrosos de los ciudadanos ricos servir al público con prestaciones especiales. Estas prestaciones (*liturgias*) se referían ante todo al equipo de barcos de guerra (*trierarquía*) y a la decoración y equipo de los coros en las representaciones de tragedias y comedias en Atenas (*coreguía*). Una trierarquía constituía un asunto costoso; y bastaba para arruinar a ciudadanos incluso acomodados. Así, por ejemplo, el equipo de una sola nave costaba durante la guerra del Peloponeso casi un talento; ocurría ocasionalmente que habían de unirse dos ciudadanos para hacerse cargo de la trierarquía. En conjunto, sin embargo, el sentido de solidaridad pública de los griegos se manifestó en forma ejemplar, y no cabe duda que muchos centenares de ciudadanos dieron al estado mucho más de lo que de él recibieron. La actuación al servicio de la colectividad constituye una característica eminente del helenismo, aun en tiempos de los emperadores romanos.

Los gastos del estado ático no eran exiguos. Se dedicaban grandes cantidades a los ciudadanos y los funcionarios; los pritanos eran mantenidos en el Pritaneo a cargo del estado, y los 500 consejeros recibían dietas, lo mismo que los jurados; sin embargo el sueldo del juez se cubría esencialmente con los gastos del juicio. Asimismo eran grandes los gastos para el culto y las festividades. Por ejemplo, en el año 410, es decir, en plena guerra, no se gastaron menos de seis talentos en el festival de las Grandes Panateneas. Si se añaden a esto los costos de las construcciones públicas (en tiempos de Pericles, y sólo en la Acrópolis, no se construyó por menos de 2000 talentos) y los gastos, año tras año, de la guerra, podemos formarnos fácilmente una idea de cuán grandes habían de ser las cargas que pesaban sobre las finanzas áticas. ¿De dónde venía, pues, el dinero? No había impuestos directos, y solamente en casos de necesidad se recaudaba la llamada *eisphorá* («aportación»), la imposición directa no era concebible para los griegos, pues habrían visto en ello el signo de la tiranía. Pero en su lugar había numerosos impuestos indirectos, como p. ej. los derechos de fondeo (*ellimenion*) que se recaudaban de las mercancías importadas y exportadas y solían ser del dos al cinco por ciento de su valor, aunque en el Pireo eran sólo el uno por ciento. Para el contrabando no había motivo, puesto que no había fronteras aduaneras ni se

percibía en las fronteras territoriales derecho alguno. En cambio, se habla a menudo de derechos de paso; así, por ejemplo, se cobraba para el paso del Bósforo una *dekate* («una décima parte»), esto es, unos derechos del diez por ciento. También para la utilización de los mercados había que pagar derechos. No había impuestos profesionales, y solamente el oficio de los volatineros, de los adivinos y algunos otros poco honorables estaban sometidos a un tributo. Atenas obtenía ingresos considerables del impuesto de los metecos; en efecto, en la ciudad y en el Pireo se habían establecido numerosos ciudadanos de otras localidades, y éstos estaban obligados a pagar un impuesto de protección. Se añadían a esto los ingresos provenientes de la confiscación de bienes de las personas condenadas; aún existen inscripciones en las que está consignado el inventario de la casa de Alcibíades, que fue condenado y desterrado a causa del sacrilegio de los hermes. Así, pues, aparte de los tributos, el estado ático disponía de numerosas fuentes de ingresos; pero ya entonces resultaba difícil formarse una idea de conjunto, tanto más cuanto que los griegos siempre ignoraron el arte de establecer un presupuesto estatal.

La época de Pericles se distingue por una extraordinaria actividad constructora en Atenas. Los impulsos que emanaban al respecto de Atenas condujeron a una emulación pacífica en toda Grecia. Tampoco Sicilia se mantiene a la zaga. Aquí fue, sobre todo, la iniciativa de los tiranos de Siracusa e Hímera la que, después de la victoria del año 480 sobre Cartago, dio el impulso a un magnífico florecimiento de las construcciones monumentales en la isla. La construcción de los Muros Largos entre la ciudad de Atenas y el puerto del Pireo tuvo carácter estrictamente estratégico. El proyecto se adoptó inmediatamente después de la ruptura con Esparta, el año 461, pero la ejecución se alargó por algún tiempo, de modo que los Muros Largos sólo estuvieron terminados después que los atenienses y los espartanos se hubieron enfrentado, por vez primera con las armas en las manos, el año 457 en Tanagra. Unos quince años después se añadió otro muro a los dos ya existentes, que tenía por lo visto el objeto de servir como segunda línea de defensa. En esta forma, la ciudad de Atenas y su puerto, el Pireo, se habían convertido en una gran fortaleza única que desde tierra era prácticamente inexpugnable. En el espacio entre los dos muros largos había de poder refugiarse en caso de invasión hostil, según era la idea de Pericles, la población rural del Ática. Así, pues, estaba previsto desde un principio mantenerse por tierra a la defensiva. Una parte de este plan la formaba la ampliación del Pireo, cuyo proyecto se debe al arquitecto Hipódamo de Mileto, el mismo que más adelante proyectó la urbanización de Turios en la Magna Grecia. Por lo demás, en el Pireo se realizó por vez primera la disposición esquemática de la ciudad con las calles cortándose en ángulo recto, que hasta allí no se había dado en Grecia. Por

supuesto, los Muros Largos y las instalaciones del Pireo costaron mucho dinero, que en parte hubo de ser obtenido de los tributos de los aliados.

La construcción de nuevos templos en Atenas se había empezado ya en tiempos de Cimón, pero la época de Pericles representa un nuevo punto de partida. El más célebre es el templo de Atenea Partenos, cuya construcción se empezó inmediatamente después de la paz de Calias. El arquitecto fue Ictino, y la obra duró quince años. El templo, construido con mármol pentélico brillante, tenía unas proporciones enormes, que en tiempos posteriores ya nunca volvieron a alcanzarse. Con sus columnas dóricas y su estatua de oro y marfil de la Atenea virgen, obra de Fidias, el templo se convirtió en el símbolo de Atenas, la ciudad que bajo Pericles había ascendido a centro del mundo griego. Como entrada a la Acrópolis se levantó un portal monumental para las festividades, los Propileos. Esta construcción hubo de terminarse precipitadamente, y no completamente de acuerdo con el proyecto primitivo, al iniciarse la Guerra del Peloponeso. Al propio tiempo se levantaba al pie de la Acrópolis el templo de Teseo (*Teseón*), en el que hay que ver probablemente un templo a Hefesto (Vulcano). El Partenón se conserva actualmente en estado ruinoso (fue alcanzado en 1687 por la bomba de un aventurero alemán al servicio de Venecia, y luego lo utilizaron los turcos como depósito de pólvora). Por otra parte, el templo de Teseo es el único de todos los santuarios griegos que se ha conservado esencialmente intacto. Con el Odeón, situado en la ladera oriental del fuerte, así como con otras construcciones que hoy ya no existen, obtenía entonces Atenas un aspecto totalmente nuevo. La ciudad era admirada en el mundo entero y visitada por numerosos forasteros. Tampoco en el resto del Ática se permanecía inactivo. En la célebre Eleusis, conocida por sus Misterios, Ictino construyó un nuevo templo, y junto al cabo Sunio se levantó el templo de Posidón. Visible desde alta mar, constituía para los barcos que regresaban el símbolo de la patria.

El más importante de los escultores es indudablemente Fidias, quien trabajó no sólo en Atenas, sino también en Olimpia, donde se construyó el gran templo de Zeus (Júpiter) entre los años 470 y 455. Es probable que Fidias no ejecutase la estatua del dios hasta el decenio posterior al 430. Entre los contemporáneos causó una profunda impresión. Dión Crisóstomo escribe de ella hacia el 100 d. C.: «Cuando se entraba en el templo de Olimpia, uno creía ver al propio dios-padre, tal como Homero lo ha descrito: sereno, benigno, en majestuosa grandeza; el visitante se sentía transportado a una esfera superior y podía olvidar, ante aquella visión, todas las preocupaciones y las penas de la vida». De esta magnífica estatua nos proporcionan hoy alguna idea, aunque incompleta, ciertas monedas de Élide.

También para la pintura empezó con el siglo V una nueva época. Anteriormente había sido cultivada sobre todo en Jonia. Así, por ejemplo, Mandrocles de Samos, que construyó para el rey Darío el puente sobre el Bósforo, perpetuó su obra, juntamente con el paso del ejército persa, en un cuadro que ofrendó al templo de Hera de su ciudad natal. Sin embargo, el gran maestro del siglo V es Polignoto de Tasos, quien trabajó no sólo en Atenas, sino también en Beocia y en Delfos. Se decía de él que era el primero en haber liberado la faz humana de la rigidez anterior (Plinio, *Historia Natura* XXXV, 58), con lo que se quiere dar a entender, probablemente, que se salió del estilo arcaico. Además, Polignoto se atrevió a esbozar pinturas murales enormes, de unos 100 metros cuadrados de superficie, como las pinturas con que adornó la *Stoa Poikile* de Atenas: se trataba de escenas de la batalla de Maratón. En Delfos pintó la caída de Troya y el descenso al Hades de Ulises. En agradecimiento por sus creaciones, los atenienses le concedieron el derecho de ciudadanía, lo que en aquellos tiempos constituía una distinción poco común. Al parecer fue también Polignoto el primero que empleó en el dibujo un cierto grado de perspectiva.

Las artes plásticas encontraron en Grecia un campo de actividad propicio. Numerosos templos se llenaban con figuras que con frecuencia estaban dispuestas en escenas mitológicas. Así se encontraban en Atenas, en el frontón oriental del Partenón, la representación del nacimiento de Atenea, en el frontón occidental la célebre competición entre Posidón y Atenea, y en las metopas de las fachadas norte y sur, griegos en lucha con troyanos y escenas de la disputa entre los lapitas y los centauros; alrededor de la *cella*, el sagrario del templo, corría un friso en el que estaba representada la procesión de los atenienses en las Grandes Panateneas, con varios centenares de figuras y más de 200 caballos, obra maestra, también ésta, de Fidias.

Entre los escultores en bronce descuella con mucho Policleto de Argos. Las estatuas por él vaciadas se distinguen por una belleza, nunca alcanzada anteriormente, de las proporciones del cuerpo humano, que aún se aprecian claramente en las reproducciones tardías de sus obras (todos los originales se han perdido sin excepción). Un célebre ejemplo de ello es el «portador de lanza» (*doríforo*). Otra estatua muy elogiada es la Nike (Victoria) de Peonio (de Mendes, en la península de Calcídica): representa a la diosa de la victoria bajando a la tierra. Esta obra de arte es una ofrenda de los mesenios de Naupacto a Olimpia. Se trata, por lo demás, del primer intento, en el arte antiguo, de captar el movimiento del vuelo en una estatua. Igual éxito consiguió el lanzador del disco (*discóbolo*) de Mirón (de Eléuteras, en Ática); en él el artista ha logrado en forma directamente magistral retener tanto la idea de la competición deportiva como, incluso, la

fracción del instante en que el joven se encuentra en reposo antes del lanzamiento.

Era inevitable que el gran arte de los escultores en bronce y en piedra repercutiera en la pintura de los vasos, la cual ya había rebasado su punto culminante a mediados del siglo V, aunque aún siguieron creándose entonces muchas obras magníficas. La famosa crátera de Brigos (ahora en el Museo Martin-von-Wagner, de Wützburgo) es con seguridad de época anterior (del decenio comprendido entre el 490 y el 480), pero en ella el pincel del pintor ha ennoblecido de la manera más graciosa una representación sumamente realista. Los vasos muestran en muchos casos representaciones del mundo de la mitología griega, pero van introduciéndose también paulatinamente motivos de los dramas; revelan hasta qué punto la gente se interesó en Ática por la tragedia y los mitos en ella representados. Es algo totalmente nuevo, en cambio, la elaboración de los llamados *lequitos* («aceiteras»), esto es, esbeltos recipientes para ungüentos, de cuello largo, cocidos de arcilla blanca; se les ponían a los muertos en la tumba y se han encontrado en grandes cantidades, aunque casi exclusivamente en Ática.

En la oración fúnebre en honor de los caídos, Tucídides hace decir a Pericles: «Para recreo del espíritu después del trabajo, hemos adoptado numerosas disposiciones, en parte las festividades y los sacrificios que celebramos a todo lo largo del año, y en parte instituciones privadas, en las que encontramos placer día tras día y que nos ayudan a disipar la melancolía». Efectivamente, en la Grecia antigua, a la gente siempre le gustó celebrar fiestas; estaban éstas dedicadas a los dioses y formaban parte inseparable de la vida política: culto y política van juntos. Muchas de estas festividades llevaban aparejadas competiciones gimnásticas; otras, en cambio, concursos en canto y música, y otras, en fin, tenían un contenido dramático, tanto en tragedia como en comedia. En Atenas, el año empezaba en pleno verano con el mes llamado hecatombeón, al final del cual se celebraban las Panateneas, la gran fiesta nacional de Atenas. Las Panateneas se celebraban todos los años, pero con especial solemnidad cada cuatro años. El punto culminante de la fiesta era la procesión, que iba del Cerámico, el mercado de los alfareros, a través de Atenas, hasta la Acrópolis, donde se presentaba a la diosa Atenea con una nueva vestimenta, que se ponía a su estatua en el interior del templo. En marzo tenían lugar las llamadas Grandes Dionisíacas. En esta fiesta se representaban tragedias y comedias en honor del dios, ya que Dioniso es el dios del ditirambo y del teatro. Participaban en las representaciones numerosos forasteros de todo el mundo griego y, especialmente, muchas diputaciones de los aliados, que con esta ocasión entregaban sus tributos en Atenas. También tenían lugar representaciones en las Leneas, que caían en el mes gamelión (lit. «mes de los matrimonios», entre enero y febrero). A las representaciones de las Leneas no solían concurrir los

forasteros.

Casi todas las ciudades griegas disponían de su teatro, y el de Atenas lo encontramos en la ladera meridional de la Acrópolis. (El teatro de Dioniso, de Atenas, proviene, en su estado actual, de la época de la Roma imperial). También en algunos otros *demos* áticos se habían construido teatros. La extraordinaria acústica de los teatros griegos se puede admirar hoy todavía en Epidauro.

Probablemente no existen mejores testimonios de la vida intelectual en la Atenas del siglo V a. C. que la tragedia y la comedia áticas. En ellas hay un inconcebible derroche en el dominio de la actividad intelectual: en Atenas tres autores componían año tras año, y solamente para las Grandes Dionisíacas, una trilogía (tres dramas) cada uno y un drama satírico; por otra parte, se representaban en estas fiestas cinco comedias (sólo tres durante la guerra del Peloponeso). Y a esto se añaden además las representaciones de los festivales en las Leneas. Pero de todo este tesoro cultural sólo han llegado hasta nosotros algunos fragmentos. De Esquilo, el poeta más antiguo de la tríada ática, sólo tenemos siete de las noventa tragedias que escribió en total. La representación de las obras dramáticas constituía una verdadera competición (*agón*), y diez jueces escogidos por el pueblo habían de decidir quién era el poeta, el corego y el protagonista (actor principal), a los que había que otorgar el premio.

Hay que convenir en que el pueblo de Atenas fue un público extraordinariamente amante del teatro. Tres días enteros, y por regla general de siete a ocho horas, permanecía en el teatro una muchedumbre de miles de espectadores para ver desfilar ante sí la representación de los dramas, a razón de una trilogía y un drama satírico cada día. Durante las Grandes Dionisíacas, si se añaden las cinco comedias para cuya representación se había reservado especialmente un día, resulta que se representaban nada menos que diecisiete obras teatrales, entre las cuales probablemente figuraban muchas cuya pérdida no es de lamentar. Cada representación estaba precedida por preparativos detallados, especialmente el entrenamiento de los coros y la llamada competición previa (*proagón*), una especie de ensayo general, que no tenía lugar en el teatro de Dioniso sino en el Odeón, en presencia de las autoridades áticas.

Cuando consideramos que ni las guerras, ni siquiera la gran guerra con los peloponesios, produjeron ninguna interrupción digna de mención de las representaciones, y que el estado hizo que fueran representadas también en aquellos años difíciles tragedias y comedias entre las cuales había piezas que no coincidían en modo alguno con la política oficial, no podemos menos de

experimentar una gran admiración por el *demos* ateniense, que había creado para los espíritus más brillantes de su época una palestra única en la historia universal.

La gran tríada de los trágicos áticos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, dominó el escenario de Atenas durante unos setenta años, es decir, por espacio de más de dos generaciones; el año 472 se representaron los *Persas*, de Esquilo, cuando la mayoría de los que habían participado en la batalla de Salamina vivían todavía. Incluso Temístocles hubo ciertamente de asistir a la representación. El punto culminante de la tragedia griega fue alcanzado en la pentecontecia (período de cincuenta años entre la guerra con Persia y la del Peloponeso); y en ella Esquilo dominó indiscutiblemente hasta su muerte, el año 456. Va ligada a su nombre una modificación esencial de la técnica de la representación teatral: puso al lado del primer actor, el protagonista, otro actor, con lo que la acción de la tragedia ganó gran vivacidad. Es sorprendente que la inscripción funeraria de Esquilo no mencione ni con una sola palabra sus grandes obras, aunque sí alude a su participación en la batalla de Maratón: ejemplo particularmente bello del patriotismo de los griegos. Esquilo ha levantado en los *Persas* a Temístocles, el gran estadista ateniense, un monumento más duradero que el bronce. Pese a que su nombre no se mencione en la tragedia, Temístocles es evidentemente en este drama, aunque fuera de escena, el gran contrincante de Jerjes, el rey persa. En la tercera pieza de la trilogía de la *Orestíada*, en las *Euménides*, se encuentran alusiones a la reducción de poder del Areópago (la obra fue representada el año 458, o sea, tres años después de las reformas de Efialtes), y también a la ciudad de Sigeo, en el Helesponto. Ésta había pertenecido a Atenas en tiempos de Pisístrato, y en la época en que fue escrita la tragedia, a mediados del siglo V, parece haberse unido a la Liga marítima.

Era unos veinte años más joven que Esquilo su rival Sófocles (496-406), del *demo* de Colona. En las Grandes Dionisíacas del año 468 obtuvo por primera vez la victoria sobre Esquilo, o sea, siendo relativamente joven todavía. Era juez de la competición Cimón. Casi durante sesenta años las obras de Sófocles dominaron el escenario en Atenas: la crónica consigna ochenta victorias suyas en las Dionisíacas y seis más en las Leneas. Los personajes de Esquilo son exaltados hasta un nivel sobrenatural; Sófocles, en cambio, representó en sus obras a los hombres tal como eran realmente en su época, aunque les falta todavía individualidad. Sin embargo, sus personajes logran conmovernos profundamente. Por ejemplo, la oposición entre el derecho divino y el derecho humano en las figuras de Creonte y Antígona nunca ha sido representada en la antigüedad de modo tan impresionante como lo hizo Sófocles. Se puede considerar como un resumen de su obra el canto del coro: «Hay, ciertamente, mucha violencia por doquier, pero nada hay tan violento como

el hombre». Por lo demás, en tiempos de Sófocles se añadió un tercer actor a los dos actores de Esquilo.

El más joven del trío es Eurípides (nacido hacia el 480, fallecido hacia el 407/06). En su relación con respecto a Sófocles se pone de manifiesto el problema de las generaciones. En efecto, mientras el mayor se encuentra todavía por completo bajo la impresión de las guerras persas, que ha vivido con plena conciencia, Eurípides, en cambio, no se concibe sin la nueva doctrina, la sofística. También en el hecho de haberse mantenido alejado toda su vida de la política encarna un nuevo tipo. Sin, duda, tampoco faltan, por completo, en sus dramas las alusiones políticas, pero no revisten mayor significado en relación con la concepción conjunta. Si la tradición está en lo cierto, compuso nada menos que 22 tetralogías, esto es, 22 trilogías dramáticas y otros tantos dramas satíricos. El año 455 se presentó por primera vez ante el público. Éste no le mimó en modo alguno, porque en su prolongada vida sólo le correspondieron cuatro victorias. La extraordinaria maestría de Eurípides se muestra en su *Alcestis*, representada el año 438, que es el drama más antiguo que de él se ha conservado. En *Alcestis* se ha hecho objeto de la representación escénica, con la mayor sutileza, un problema puramente humano. Alcestis es la esposa del rey Admeto, que está condenado por los hados a morir; al fallar todos los amigos, se dispone a emprender, en lugar de su querido esposo, el camino de los infiernos. Su sacrificio no resultaba inútil: es Heracles quien arrebata su presa a la muerte y devuelve la esposa al rey. Este drama magistral nos muestra toda la dimensión de la obra de Eurípides, y no nos sorprende que sus tragedias ejercieran una influencia universal. La vida y la obra del poeta están llenas de enigmas; el mayor de ellos es, sin duda, representado por *Las Bacantes*, su último drama, que compuso en Macedonia a edad avanzada, y en el que se refleja su propensión hacia el misticismo.

Ya a principios del siglo IV las tragedias de Eurípides se consideran clásicas, por lo que no es extraño que se haya encontrado en Egipto una gran cantidad de papiros con obras de Eurípides. Con razón ha dicho Goethe de Eurípides (en su diario, 22 de noviembre de 1831): «Me sorprende a mí que la aristocracia de los filólogos no comprenda sus excelencias (de Eurípides) y que, con su prevención tradicional, justificada por el bufón Aristófanes, lo subordinen a sus predecesores. En su época ejerció Eurípides una enorme influencia sobre todos, de lo que se desprende que era un contemporáneo eminente que es, en definitiva, lo que cuenta. ¿Y ha tenido acaso alguna nación después de él algún dramaturgo que fuera digno siquiera de atarle las sandalias?».

La influencia de Eurípides sobre su época la percibimos en las observaciones

sobre él acumuladas por los poetas cómicos, ante todo Aristófanes. Este individuo, Aristófanes de Cidateneo, vivió aproximadamente del 445 al 388. El punto culminante de su creación se sitúa en las postrimerías de la guerra del Peloponeso. Aristófanes es el representante más importante de la comedia antigua, y eclipsó a su predecesor Cratino. La comedia ática es una parte de la vida pública, y en sus versos se reflejan las esperanzas, los temores, la burla y la petulancia de la gran masa. Cuando Aristófanes llevó, el año 427, su primera obra al escenario (se trata de *Los Comensales*), se hallaba todavía bajo el influjo de una tradición en la que se entremezclaban las costumbres rústicas, la petulancia festiva y la técnica dramática. La tarea de la comedia ha sido entretener y, con su agudezas, hacer reír al público. Cratino y Aristófanes lo lograron con éxito, y muchos de sus personajes se han mantenido vivos en la literatura. Los poetas cómicos la emprendían de preferencia con los dirigentes políticos, primero Pericles y, más adelante, Cleón; aunque muchos de sus ataques nos parezcan muy rudos, sus versos jamás dejan de poseer cierta gracia. El gran número de campesinos, ciudadanos, metecos y esclavos áticos que aparecen en las comedias proporciona un animado cuadro de todos los estratos de la población ática y de sus ocupaciones; su trabajo, sus intereses están representados con una riqueza de detalles que difícilmente se encuentra en las obras literarias. Sin duda, los personajes son a menudo meras caricaturas, y quién no recuerda la imagen burlesca de Sócrates, buscador de la verdad, que se esboza en *Las Nubes* de Aristófanes: «¡Vago por el aire y ando con mi espíritu explorando el cielo!». Lo personal y lo político no se dejan separar en la comedia ática antigua: *Las Polis* y *Los Demos*, de Eupolis, muestran ya en sus títulos el interés político del poeta: se trata de las comunidades de la Liga marítima délico-ática, por un lado, y de las comunidades rurales áticas por el otro; la segunda de las obras citadas fue representada el año 412, cuando, después del fracaso de la expedición a Sicilia, se dibujaba ya para Atenas el camino de la catástrofe.

Algunos años antes, en su *Babilonios* (426), Aristófanes había dirigido un violento ataque contra Cleón; en *Las Avispas* (422) fustiga la desmedida pasión de jueces de los atenienses, y en la *Paz*, representada en las Dionisíacas del año 421, se prefigura la paz de Nicias. Es muy conocida la comedia que lleva el título de *Lisístrata* (411), en la que las mujeres de ambos lados de la frontera ponen fin, al menos en las tablas y mediante la célebre y eficaz huelga, a la enconada disputa entre Atenas y Esparta. Jakob Burckhardt ha opinado que esta obra hubo de resultar lo más inoportuna posible. En efecto, en aquel momento, en el 411, estaban los enemigos, los espartanos, en medio del territorio ático, en Decelia; eran aliados de los persas, y no tenían el menor motivo para mostrarse tan deseosos de la paz como parecen serlo los embajadores espartanos que aparecen en la comedia. Lo que hoy nos impresiona desde el punto de vista político en *Lisístrata* es el hecho de

que al autor le esté permitido conferir públicamente expresión a un sentimiento que indudablemente existía en todo el pueblo ateniense. Ahora, que fuera políticamente prudente o no dejar representar en aquellos momentos una pieza pacifista de esta clase, es otra cuestión.

En la época de Pericles empezó a tomar consistencia en el mundo griego un movimiento intelectual que ha pasado a la historia occidental de las ideas con el nombre de los sofistas. Eran éstos unos individuos que se comprometían a enseñar sabiduría. Recibían de sus alumnos unos honorarios que les permitían vivir libre e independientemente. Apenas podemos formarnos una idea, hoy, de cuán profunda y trascendente hubo de ser la impresión causada por estos individuos y su doctrina. La vida pública y privada de los griegos se vio fundamentalmente alterada por los sofistas. El reflejo de las enseñanzas de éstos lo encontramos en casi todas las obras literarias de la segunda mitad del siglo V. Platón, en el siglo IV, fue quien, en cuanto su enemigo acérrimo, la emprendió con el problema de la sofística, enfrentando a aquellos individuos la figura ideal de Sócrates.

De modo general, se suele equiparar la sofística a la Ilustración. Hay que tener presente, sin embargo, que los dos conceptos no coinciden en absoluto y que, a lo sumo, sólo es posible establecer un paralelo entre los dos movimientos desde el punto de vista del carácter universal de sus efectos. Por lo demás, los racionalistas modernos del siglo XVIII no fueron en modo alguno maestros de retórica. Es curioso que entre los sofistas no figure ni un solo ateniense nativo; en efecto, provienen todos ellos de fuera, pero han vivido casi sin excepción, durante más o menos tiempo, en Atenas, desde donde propagaron sus teorías. Así, por ejemplo, Protágoras nació en Abdera, en la costa de Tracia (vivió, aproximadamente, del 485 al 410), y era conocido en toda Grecia. En Atenas encontró acceso a Pericles, quien le encargó la redacción de la constitución de la colonia panhelénica de Turios. Pero Protágoras tenía también enemigos en Atenas; fue amenazado con una acusación de impiedad (*asebía*) y sus libros fueron quemados públicamente. Otros grandes sofistas son Pródico de Ceos, Hipias de Élide y Gorgias de Leontinos.

Ahora bien, ¿en qué consiste el carácter de estos individuos y el de la enseñanza que propagan? Los sofistas se comprometen a proporcionar facultades e instrucción general. En esta instrucción ocupa la retórica un lugar central. Su conocimiento ha de capacitar a los alumnos para la actividad en la vida pública y, concretamente, en forma que superen a los demás. Así, pues, la enseñanza de la retórica ha de servir para formar una élite intelectual. No puede negarse que, con sus esfuerzos, los sofistas lograron grandes éxitos, y contribuyeron, sobre todo, a la

difusión en el mundo griego de la cultura formal. Son los precursores de la formación universitaria y, al propio tiempo, del profesorado, desde la Antigüedad hasta nuestros días. De modo análogo a como entonces anunciaban los sofistas sus enseñanzas, así lo hacen actualmente los profesores en los programas de conferencias y en las revistas de la universidad. De las obras de los sofistas, aparte de algunos fragmentos y un par de discursos, no se ha conservado prácticamente nada. El grado en que dominaban la prosa rítmica lo revela hoy el pomposo discurso de Gorgias que lleva el título de *Helena*.

La impresión causada por los sofistas y su nueva doctrina fue enorme. Anteriormente, los jóvenes habían puesto su ideal en las competiciones atléticas, siendo su mayor ambición la de conseguir una victoria en los juegos panhelénicos. El adolescente, el efebo, se pasaba anteriormente la mayor parte del tiempo en el gimnasio. Pero, desde que surgieron los sofistas, la juventud se sentaba a los pies de estos individuos, y era inevitable que los problemas intelectuales se les aparecieran decididamente a los hombres en formación como los más importantes. Sin duda, el tipo del atleta rudo y sin cultura siempre había sido objeto de burla; en Eurípides, por ejemplo, se encuentra un fragmento de Jenófanes de Colofón en que el pensador jónico no se muestra muy amable con los atletas: «Poco placer obtiene la polis de que uno consiga la victoria en las orillas del Pisa (esto es, en Olimpia), porque esto no llena las arcas del estado». Por supuesto, estas palabras les venían de perilla a los sofistas, quienes se consideraban muy por encima de la actividad deportiva de los griegos. Los sofistas se dirigían con su enseñanza a los individuos, y estaban convencidos de que sus normas contribuían decisivamente a la educación. Se plantea en esta forma el problema de la instrucción, que desde entonces ya nunca más volvió a desaparecer de la historia griega.

Proviene de Protágoras el famoso principio del *homo-mensura* («el hombre como medida»): «El hombre es la medida de todas las cosas: de las que son, en cuanto son, y de las que no son, en cuanto no son». Como quiera que se interprete este principio, lo cierto es que era algo totalmente nuevo el que se viera y se midieran las cosas desde el punto de vista del hombre. Las imágenes de los dioses, ligados a la vida del estado, de la familia y del individuo, empezaron a perder su brillo. Decía, por ejemplo, Protágoras: «Acerca de los dioses nada tengo que decir: ni si son, ni si no son, ni cuál sea su naturaleza, porque es mucho lo que se opone a nuestro conocimiento, entre otras cosas, la oscuridad del objeto y la brevedad de la vida humana». Sin duda, hay un largo trecho todavía de este principio a la negación de la existencia de los dioses, pero no era el agnosticismo, con todo, menos peligroso, y el hecho de que los pensadores volvieran siempre a ocuparse de nuevo de dicha existencia, nos lo revela el tratamiento que da a los dioses

Eurípides en la escena. No nos sorprende, pues, observar que hacia fines del siglo V surge, en la persona de Diágoras de Melos, un negador de los dioses; lleva en la tradición el apodo de «el ateo». Y no era el único que sustentaba tal punto de vista dado que Critias, el tío de Platón, declaró la religión como invención de hombres inteligentes para mantener a las masas disciplinadas y obligar a los individuos a observar una conducta moral.

Entre los sofistas había individuos cuyo interés se ha aplicado a cuestiones marcadamente científicas. Por ejemplo, Hipias de Élide fue el primero en establecer una lista de los vencedores en las Olimpiadas, que ha resultado valiosa en relación con la cronología griega. Pero también se ocuparon los sofistas de cuestiones lingüísticas, como con la sinonimia (Pródico), con los nombres de los pueblos (Hipias), y por supuesto, también, con cuestiones filosóficas básicas. ¿Son, pues, a tal título, los fundadores de las ciencias modernas? Esto se sostuvo en ocasiones anteriormente, aunque sin razón convincente. Lo cierto es que los sofistas proporcionaron saber, saber material y formal, y que pusieron los fundamentos de una ilustración universal. Fue particularmente importante para la teoría del estado el que los sofistas opusieran al derecho legislado (*nómos*, «ley») un derecho natural. Es el caso, sin embargo, que en la naturaleza rige, como todo el mundo sabe, el derecho del más fuerte, de modo que no es de extrañar que ya entonces hubiera habido individuos que predicaran este derecho. Pero solamente los decenios posteriores presenciaron en este terreno graves abusos (Alcibíades, o la expedición de los atenienses contra Melos en 416). Por el contrario, Hipias de Élide señaló que por ley natural todos los hombres son hermanos, y ya Protágoras hablaba de que hay que tener en cuenta los derechos de los demás, porque no vivimos en un estado primitivo como los animales salvajes, sino en la sociedad humana.

En relación con la enorme influencia de los sofistas conviene no perder de vista que no hubo en Atenas, lo mismo que en la mayoría de las comunidades griegas, una instrucción pública. Aquel que quería que sus hijos aprendieran algo los mandaba a la escuela, con el maestro elemental. En contraste con la educación de los espartanos, todo esto tenía lugar en Atenas sin la menor coacción estatal, y los modelos de los Siete Sabios, con sus sentencias que se grababan fácilmente en la memoria, les eran familiares a todo griego desde la infancia. A estas impresiones de los primeros años, que nunca más se pierden, se añadían para los atenienses, tan pronto como llegaban a la edad adulta, las representaciones en el teatro; éstas ejercían una enorme influencia directa. Los dramas eran representados frente a una masa de 20 a 30 000 espectadores, número que en los tiempos actuales apenas ha vuelto a alcanzarse alguna vez.

La influencia de las representaciones resulta difícil de subestimar. Así, por ejemplo, cuando Aristófanes hacía discutir con todos los pormenores en *Las Nubes* acerca de cómo, mediante artificios de la retórica, podía convertirse la causa peor en la mejor, trataba obviamente un problema marcadamente sofístico que constituía algo perfectamente corriente para todo ateniense. Aquí, en el teatro, el problema era expuesto en el escenario en forma humorística. Pero manifiestamente constituía un burdo abuso el que el autor presentara como sofista típico precisamente a Sócrates, puesto que éste fue todo lo contrario de un sofista aunque en aspectos formales se sirviera del método de los sofistas.

Asombra saber que Platón, una de las mentes más preclaras de Grecia, no lograba creer en una eficacia ética de las representaciones teatrales y que, por el contrario, condenó la tragedia por inmoral. Por lo demás, el público no siempre se comportaba en el teatro de modo ejemplar, sino que ocasionalmente bramaba, armaba escándalo y, en señal de desaprobación, lanzaba al escenario toda clase de objetos.

Todavía en otro terreno cuenta el siglo V con una gran realización imperecedera: en dicho siglo fueron puestas por Hipócrates de Cos y su escuela las bases para el desarrollo de una ciencia de la medicina. Esto fue un acontecimiento de la mayor trascendencia, ya que la medicina está necesariamente en relación no sólo con otras muchas ciencias, sino también con la vida de los individuos en general. Del propio Hipócrates, sin embargo, ya se sabía poco en su época; provenía de la ilustre familia de los Asclepíadas, de Cos. Se dice que habría nacido allí el día 27 del mes agrianio bajo el epónimo Habríadas. Sin embargo, dado que el calendario de Cos no nos es conocido, resulta que ni el mes ni el año se pueden indicar con seguridad. Poseemos de la antigüedad el gran *corpus* de las obras hipocráticas; se trata nada menos que de un total de 52 obras, que comprenden 72 libros, escritos, resulta curioso, en dialecto jónico, pese a que la isla de Cos pertenezca al área dórica. Ya la antigüedad ha creído descubrir en estas obras hipocráticas, a partir de Aristóteles, muchos elementos apócrifos y, para el médico griego Galeno (siglo II d. C.) sólo eran auténticas catorce de ellas, o a lo sumo quince. Hoy hemos llegado a tal punto que apenas parece posible demostrar positivamente, con razones realmente convincentes, la autenticidad de una sola de ellas. Sin embargo, la investigación moderna ha señalado con razón que la presencia de la concepción del individuo enfermo como un todo constituye un criterio importante, y aun tal vez decisivo, de la autenticidad de las diversas obras. Se añade a esto además la teoría hipocrática de los cuatro humores, esto es, la llamada «patología humoral» y, de modo general, todos los intentos enderezados a ver al individuo en conexión con la naturaleza, tal como se expresa de la manera

más bella y acertada en una obra que trata de los efectos del medio en el hombre. Esta obra, cuyo título griego es el de *Sobre los aires, aguas y lugares*, corresponde muy probablemente a los últimos decenios del siglo V y proviene con seguridad de la escuela de Hipócrates. El espíritu del círculo de los médicos hipocráticos está bien expresado en el llamado Juramento Hipocrático (en la traducción de W. Capelle):

«Juro por Apolo, el médico, y Asclepio e Higiea y Panacea, y por todos los dioses y las diosas que invoco como testigos, que cumpliré el siguiente juramento con mi mejor habilidad y capacidad; honraré a aquel que me ha enseñado este arte como a mis padres y le daré participación en mi vida y, si llegara a contraer deudas, lo apoyaré y equipararé sus hijos a mis hermanos y les enseñaré este arte, si tienen el deseo de aprenderlo, sin bonificación ni compromiso escrito alguno, y permitiré que en mis instrucciones, conferencias y demás enseñanzas participen mis hijos y los de mi maestro, así como los demás discípulos del arte inscritos conmigo, ligados por el juramento médico, y nadie más.

»Y aplicaré los principios del modo de vida, según mi mejor saber y poder, para el bien de los enfermos, y nunca, en cambio, para su perjuicio y daño.

»Tampoco administraré a nadie un medicamento que produzca la muerte, ni siquiera si se me pide, ni daré a nadie un consejo en tal sentido. Ni daré tampoco a mujer alguna un medio para la destrucción de la vida en germen. Conservaré siempre mi vida y mi arte limpios y puros. Tampoco operaré a pacientes de cálculos, y eludiré a los individuos que ejercen tales prácticas. En cualquier casa que penetre, sólo entraré en ella para la salud del enfermo, evitando toda injusticia y daño conscientes y, en particular, todo acto sexual frente a personas femeninas, y también frente a hombres, libres o esclavos.

»Lo que en mi consultorio vea y oiga, o aquello de que me entere fuera de éste, en el comercio con personas, que nunca deba comunicarse a otras personas, acerca de esto callaré, convencido de que estas cosas deben mantenerse estrictamente secretas.

»Y si ahora mantengo fielmente este juramento y no lo profano, que tenga yo de mi vida y de mi arte bendición y sea respetado en todo momento por todos los hombres; pero si lo violo y me hago perjuro, que me ocurra lo contrario».

De los grandes pensadores del círculo de Pericles cuentan ante todo dos individuos. Uno de ellos, Hipódamo de Mileto, fue el primero en practicar el

intento de comprender con categorías intelectuales abstractas el carácter de la polis griega. El esquematismo que en cuanto arquitecto urbanista empleó en el Pireo y en Turios lo aplicó también al terreno de la filosofía del estado. A causa de esto se convirtió en padre de las utopías y de los estados ideales. Su sucesor más célebre es Platón, en *La República* y *Las Leyes*. Pero, desde Platón, la línea va a través de San Agustín a la Edad Media, a los comienzos de la época moderna y a la «Utopía» del canciller inglés Tomás Moro. Hipódamo clasificó a los habitantes de la polis en tres categorías: en guerreros, campesinos y artesanos; en la polis distinguió entre propiedad sagrada, pública y privada. En su especulación desempeñaba el número tres un papel importante.

En el terreno de las ciencias naturales fue Anaxágoras de Clazómenas (aproximadamente de 500 a 428), prácticamente coetáneo de Pericles, quien llegó a conocimientos totalmente revolucionarios. Se dice que Anaxágoras regaló su gran fortuna para poder dedicarse por completo a la investigación. El jonio es un partidario jurado de la creencia en el carácter eterno de la materia, y fue el primero en separar uno de otro sustancia y energía, espíritu y materia, sustituyendo el devenir y el pasar por el principio del movimiento, del que el alma del universo (*nous*, «la razón») dio el primer impulso. Por lo demás, Anaxágoras explicó que el sol era una esfera de metal candente, mayor que el Peloponeso, y la luna otra tierra, habitada, como ésta, por individuos. Esta teoría era demasiado nueva y estaba en completa contradicción con la convicción de la multitud, de modo que no es de extrañar que su autor fuera perseguido a causa de impiedad frente a los dioses.

La multiplicidad de la vida griega se refleja en la cronología de los diversos estados. Cada ciudad-estado tiene su propio calendario, conforme al cual se rige la vida pública y doméstica. En este dominio se consiguió en Atenas en tiempos de Pericles un avance considerable. Fue un individuo llamado Metón quien calculó la duración del año en 365 5/19 días. De acuerdo con este cálculo esbozó un ciclo calendario de diecinueve años, que dibujó e hizo exponer en el Pnix, probablemente el año 432 a. C. Es sorprendente que en Atenas, en la vida práctica, no se hubiera sacado en absoluto provecho de este nuevo conocimiento. Parece haber faltado la necesidad de servirse de un cómputo tan preciso como éste. Así, pues, este notable descubrimiento científico (Metón sólo había calculado el año en media hora más largo de lo que es) permaneció para Grecia, en aquel tiempo, en el estado de un conocimiento científico sin provecho práctico. Lo interesante es que el mismo ciclo de diecinueve años se deja comprobar también en Babilonia y, exactamente, a partir del año 381 a. C. Si hay o no alguna conexión entre ambos hechos no ha podido ponerse en claro todavía.

Es particularmente importante para la ciencia la posibilidad de adquirir nuevos conocimientos y de difundirlos por el mundo entero. Únicamente cuando se da este supuesto puede la ciencia prosperar y contribuir al bien del género humano. La era de Pericles, en particular los años posteriores a la paz de Calias (449/48), fue una época en que el mundo volvía a estar abierto para los griegos. También Persia, que anteriormente se había aislado del mundo exterior, era nuevamente accesible a los comerciantes griegos. La magnitud de las posibilidades que se brindaban a un griego podemos apreciarla a través de los viajes de Heródoto, a quien admiramos como creador de la primera obra de historia digna realmente de este nombre. Heródoto, oriundo de Halicarnaso, conoció en detalle la costa de Asia Menor, desde la Tróade hasta Licia, y también en Grecia visitó todos los lugares que fueron de alguna importancia en las guerras médicas. Así, pues, estuvo en Salamina, en Platea, en las Termópilas, en el cabo Artemisio, y visitó también el valle de Tempe en Tesalia. Otros viajes lo llevaron hasta casi el extremo del mundo de entonces; estuvo probablemente en la Rusia meridional, en el país de los escitas, en Tiras (Akerman) y en Olbia, junto al Bug (Dniéper). Sobre este gran río navegó corriente arriba durante cuarenta etapas diurnas. Es particularmente conocida su estancia en Egipto, pese a que no hubo de durar más de tres o, a lo sumo, cuatro meses. Aquí llegó río arriba hasta la isla Elefantina. Estuvo incluso en Babilonia, pero es dudosa, en cambio, una visita a Susa. Conoció asimismo la Grecia occidental, participó en la fundación de Turios y, desde allí, es casi seguro que hubo de pisar tierra siciliana.

Hay que suponer que el gran médico Hipócrates hizo también lejanos viajes. En efecto, no sólo había visitado el país de los escitas, sino también la remota Cólquida, en el Mar Negro, y es posible que viajara también a Cirene, si es que los comentarios acerca de los libios provienen de su propia observación.

Los viajes entre Sicilia y la metrópoli griega eran algo perfectamente corriente; entre la isla y la Hélade circulaban numerosas embajadas en uno y otro sentido, y los poetas y los sofistas, como el célebre Gorgias de Leontinos, cruzaron reiteradamente el Adriático en ambos sentidos. Por supuesto, en general sólo se viajaba por mar durante la buena estación en tanto que durante el invierno la navegación solía suspenderse.

A los griegos los viajes les resultaban fáciles por el hecho de que se servían de un idioma cuyos diversos dialectos, especialmente los más importantes entre ellos, el jonio y el ático, que le está emparentado, presentan numerosos rasgos comunes. Sin duda, no resultaba fácil entender a un lacedemonio, como puede apreciarse viendo los documentos en dialecto laconio que se encuentran en la obra

de Tucídides. El auge del lenguaje jonio como lengua de la literatura, la filosofía y la medicina, y poco después también del ático, sobre todo en el área de la Liga marítima, se tradujo en una influencia unificadora y, a fin de cuentas, también beneficiosa. Precisamente el ático, en especial en la forma particular llamada *koiné* («común»), se convirtió finalmente, gracias a Filipo II de Macedonia y a su hijo Alejandro, en idioma universal de los griegos y los macedonios, así como de las personas cultivadas de muchos países.

La posibilidad de salvar grandes distancias por mar y tierra hubo de ser indudablemente muy beneficiosa para la creación de un sentimiento griego de comunidad. Los griegos empezaron a sentirse en Grecia, frente al mundo, como algo particular, distinto de los bárbaros, de los pueblos del este y del oeste. La idea nacional griega celebraba sus triunfos especialmente en los juegos panhelénicos de Olimpia, donde toda Grecia se reunía cada cuatro años para presenciar las competiciones deportivas. En las listas de los vencedores figuran nombres de griegos de la metrópoli, y también una y otra vez de las numerosas colonias: de Cirene, de las ciudades sicilianas de Mesina y Camarina, de Locros Epicefiros (la actual Calabria) y de otros lugares. Se dice que Heródoto leyó su obra en Olimpia, y otros espíritus creadores, como Píndaro y Baquílides, han celebrado en sus poemas a los vencedores de las competiciones olímpicas. También Eurípides compuso para Alcibíades, en ocasión de su victoria en la carrera de carros del año 416, un *epinicio* (un canto de victoria) del que se nos han conservado algunas líneas.

Una victoria en Olimpia era considerada como coronación de toda una vida. Esto se comprende si se tiene presente la importancia central que tenía la idea de lo agonal, de la competición, en la vida de los helenos. Desde la infancia estaban éstos acostumbrados a medirse con sus coetáneos. Además, la educación de la juventud se centraba, en gran parte, en la gimnasia. El gimnasio era en primer término un lugar de competición física; en tanto que la instrucción científica sólo figuraba en segundo lugar. La mayoría de las comunidades griegas tuvieron que poseer un gimnasio. Éste debía su existencia, generalmente, a fundaciones privadas. En él efectuaban los jóvenes griegos sus ejercicios físicos, y en él se reunían también los mayores para presenciar los ejercicios y discutir con la juventud. Así, por ejemplo, Sócrates se pasaba la mayor parte del tiempo en las plazas públicas y en los gimnasios y trataba de entablar discusión con los presentes. A la agonística se añadía la música, el cantar y tocar un instrumento, y finalmente, la enseñanza literaria, de la que habremos de ocuparnos todavía.

Precedía al gimnasio la escuela infantil, que por lo regular se frecuentaría probablemente hasta los comienzos de la pubertad. No había obligatoriedad

escolar. Es probable que hubiera escuelas para muchachos, al igual que gimnasios, en todas las ciudades griegas, y si en las fuentes antiguas sólo se habla de ellas raramente, se debe a que su existencia era tenida por absolutamente natural; sólo las mencionan en casos especiales, como por ejemplo, cuando el año 494 a. C. se hundió en Quíos el techo de una escuela y perecieron casi todos los niños presentes. Es probable que provenga también de la época de las guerras médicas el llamado «Vaso de Duris», que ilustra acerca de la actividad escolar. Muestra la clase de música (flauta y cítara), la de lectura y escritura. El maestro sostiene con la mano un rollo de papiro en el que hay escrito un verso de Homero; por lo demás, el verso no está reproducido en forma totalmente correcta. Es probable que la escuela infantil sólo la frecuentaran los muchachos, dado que de la instrucción de las muchachas sólo se ocuparon los griegos a partir del Helenismo. Los honorarios para el maestro habían de pagarlos los padres. Cuando los atenienses evacuaron su ciudad ante la acometida de los persas y llevaron a sus mujeres y niños a la aliada Trecén, decidieron los habitantes de ésta que los refugiados serían mantenidos a expensas de su ciudad, y que el dinero para los maestros se recaudaría en la escuela. Así pues, en Trecén sólo había escuelas particulares, y ninguna escuela pública. Sin embargo, el griego de las clases cultivadas hubo de saber leer y escribir. Las excepciones confirman aquí, como de costumbre, la regla. También había analfabetos, como nos lo revela una anécdota conocida. En ocasión del ostracismo, un buen hombre de Atenas le pidió a Arístides, sin saberlo, que escribiera por él en su tejuela el nombre de Arístides. Y al preguntarle éste qué era, pues, lo que tenía contra él, repuso el otro: «Bueno, me fastidia que todos le llamen "el Justo"».

¿Qué se leía en la escuela infantil? En primer lugar a Homero, y luego, otra vez a Homero: este gran poeta ocupaba en la escuela una posición eminente, que siguió manteniendo hasta el fin del mundo antiguo. El mejor testimonio de esto lo constituyen los numerosos papiros homéricos procedentes del desierto arenoso de Egipto. Al lado de Homero se leía a Hesíodo, y de los líricos se prefería ante todo a Solón. Se trataba, pues, de una lectura predominantemente didáctica, y no cabe duda que al muchacho griego las sentencias se le grababan en la propia sangre. Por lo demás, la enseñanza empezaba con la lectura. La palabra griega que la designa (*anagignoskein*) significa originalmente «reconocer». Es lo que conviene recordar, que el proceso de leer no era en modo alguno tan simple, en la antigüedad, como lo es en nuestros días. En efecto, sólo se escribía en mayúsculas y, además, sin separar las palabras. Así, pues, el lector había de tratar de articular él mismo, en sílabas, palabras y frases enteras, las series ininterrumpidas de letras que se seguían unas a otras. Por otra parte, en la antigüedad se solía leer en voz alta. Solamente si se sabe esto se pueden comprender muchas de las alusiones que

aparecen en los escritores antiguos. Dado que la imprenta no había sido inventada todavía, los libros habían de escribirse a mano y distribuirse por copias; esto constituía un asunto fatigoso, que absorbía mucho tiempo y resultaba muy caro. Seguramente había pocas personas que tuvieran toda la obra de Homero en papiros. En cambio, la memoria, y no sólo la de los escolares, se ejercitaba mucho mejor que en nuestros días en que, ni siquiera en las escuelas, nada apenas se aprende de memoria. En la antigua Grecia hubo siempre individuos que se sabían de memoria toda la obra de Homero.

El método de aprender a leer en Grecia era completamente diferente al nuestro. En efecto, mientras aquí nos esforzamos actualmente por partir no sólo de la palabra entera, sino inclusive de la frase entera, en Grecia, en cambio, se empezaba por aprender los nombres de las diversas letras. De las letras se pasaba a las sílabas, e inicialmente sólo a las de dos letras, luego a las de tres o más. A continuación se formaban palabras breves, de sólo pocas letras y aun, las más de las veces, muy difíciles y raras. Indiquemos a título de ejemplo: *aix*, *bous*, *gryps*, *drys*, o en español: cabra, buey, grifo, roble. Finalmente se pasaba a escribir frases enteras. Pero, como suele decirse, delante de la virtud habían puesto los dioses el sudor, y es obvio que con semejante método sólo podían conseguirse progresos muy lentos, de modo que los jóvenes necesitaban por lo regular algunos años antes de saber leer y escribir moderadamente. La instrucción en el gimnasio, a continuación del aprendizaje en la escuela infantil, constituía, con sus ejercicios físicos, una escuela preparatoria para el servicio militar. Los ejercicios tenían lugar en la escuela de lucha (palestra) y los muchachos hacían sus ejercicios totalmente desnudos (*gymnós*, «desnudo»), y de ahí el concepto del gimnasio. Los objetos más importantes para la gimnasia eran el aceite y la arena. Con el aceite se untaba el cuerpo, y la arena se esparcía por la piel antes de los ejercicios. Después de la lucha, la arena, que se había mezclado con el aceite y el sudor, se raspaba del cuerpo con una almohaza. Los ejercicios gimnásticos solían efectuarse al son de la música de la doble flauta (oboe).

En Atenas se cultivaban ante todo los ejercicios de las cinco pruebas (*pentatlon*), que incluían, además de la lucha, la carrera, el salto de longitud, el lanzamiento de disco y el lanzamiento de la jabalina. En la lucha, las parejas que habían de enfrentarse se designaban por sorteo. Si el número de los luchadores era impar, entonces el que sobraba era aparejado con uno de los vencedores de las luchas anteriores. En la carrera había diversas distancias; la más corta era de un estadio (aproximadamente 190 metros), pero se efectuaban también carreras en una distancia doble (unos 380 metros) e incluso cuádruple de aquélla. Además se practicaba la carrera de fondo, en una distancia de hasta 24 estadios. Sin embargo,

no se corría en una pista redonda, sino de ida y vuelta en una línea recta de exactamente un estadio de largo. Al final del trayecto había columnas de meta, a las que el corredor había de dar vuelta tantas veces como el largo del trayecto lo requería. Resulta fácil concebir que esta forma de carrera implicaba una técnica especial, sobre todo en la columna de vuelta (*terma*).

También la técnica del salto de longitud era totalmente distinta entre los griegos, Los saltadores tenían en cada mano un peso de salto en forma de una haltera, que solía pesar hasta 5 kilos. Por lo visto, los griegos creían que estos pesos reforzaban el impulso y facilitaban el equilibrio, idea que se ha revelado desde hace ya mucho como errónea. Cuando en las fuentes antiguas se habla de saltos de longitud de hasta 16 m (Faílo de Crotona), constituye una exageración enorme, que nadie se tomará en serio.

El lanzamiento de disco tenía lugar desde una posición fija: el giro sobre el eje del cuerpo, que es el que confiere al lanzamiento el impulso correcto, no se había inventado todavía. Y en el lanzamiento de la jabalina se distinguía entre el lanzamiento al blanco y el lanzamiento de distancia. En el centro de gravedad de la jabalina estaba fijado un lazo de cuero. Se introducía en éste el índice, o también el índice y el dedo corazón, probablemente para conferir así mayor ímpetu al lanzamiento.

Aparte de las modalidades de deporte de las cinco luchas, había el boxeo y la lucha total (*pancracio*). Esta última era tenida por particularmente cruel y ruda: justificadamente, por lo demás. En el boxeo, los púgiles se envolvían los puños con tiras de cuero, lo que conducía en la lucha a graves lesiones. Pero era mucho más rudo el pancracio todavía, en el que todos los golpes estaban permitidos: era una mezcla de boxeo y de lucha. En Esparta, esta clase de lucha estaba prohibida, lo que habla decididamente en favor del buen gusto de los espartanos.

No cabe la menor duda de que los ejercicios deportivos, a los que los jóvenes griegos se dedicaban con celo, hubieron de contribuir a crear y mantener en la Hélade un espíritu verdaderamente combativo. Pero ya entonces se producían inevitables excesos, y fueron precisamente los sofistas los que elevaron su voz contra la sobrevaloración de los ejercicios físicos. Si se examinan las inscripciones agonísticas, encontramos en ellas una abundancia de material histórico y cultural, que hasta el presente sólo ha sido aprovechado en una pequeña parte. Muchos de los atletas desempeñaron también un papel en la política, como, por ejemplo, Faílo de Crotona, que fue el único del Occidente que ayudó a los griegos de la metrópoli a rechazar a los persas. En la Acrópolis de Atenas se encuentra la dedicatoria de un

individuo llamado Calias (este nombre es corriente en Atenas). Era un luchador del pancracio y enemigo político de Pericles. Este individuo obtuvo victorias en todas las grandes festividades deportivas griegas; era, según la forma de expresión posterior, un *periodonikes* (un «vencedor periódico»). Así es, en efecto, como se llamaba a aquéllos que podían ufanarse de haber obtenido victorias en los cuatro grandes juegos nacionales griegos. En política, este Calias parece haber seguido a Tucídides, hijo de Melesias, y en virtud de un ostracismo hubo de abandonar Atenas a mediados del siglo V. Otros atletas llegaron incluso a ser admitidos en el círculo de los héroes. En esto conviene no olvidar que la concepción de los antiguos sobre los héroes difería de la nuestra. Hay un célebre boxeador de Epicefiros (Locros), llamado Eutimio, de quien se ha conservado en Olimpia una ofrenda de alrededor del año 470 a. C.[1] A este individuo se le organizó en Temesa, en Lucania, un culto de héroe. El motivo es muy ilustrativo. Leemos, en efecto, en Erwin Rohde (*Pysche*, I, 9 y 10, 1925, pp. 192/93): «En qué forma se presentaban estas fábulas de héroes nos lo puede mostrar, en lugar de muchos que probablemente en su tiempo circularon, un solo ejemplo que casualmente se nos ha conservado. En Temesa, en Lucania, vagaba en su día un héroe y estrangulaba a todos aquellos de sus habitantes que podía atrapar. Éstos, que pensaban ya en emigrar de Italia, se dirigieron en su apuro al oráculo de Delfos y se enteraron de que el fantasma era el espíritu de un forastero, muerto en su día por habitantes del país a causa de la violación de una doncella, y el oráculo añadía que había que dedicarle un recinto sagrado, construirle un templo y cederle anualmente, a título de sacrificio, la más bella doncella de Temesa. Así lo hicieron los habitantes de Temesa; el espíritu los dejó en paz, pero cada año le caía el honroso sacrificio. En esto regresó en la DXXVIII Olimpiada a Italia, de Olimpia donde había obtenido la victoria, un célebre boxeador, Eutimio, de Epicefiros; éste se enteró en Temesa del sacrificio inminente, penetró en el templo en donde la doncella elegida esperaba ya al héroe, y se sintió invadido de compasión y de amor. Y cuando se acercó efectivamente al héroe, aquel que había salido ya victorioso en tantas pugnas, entabló una lucha con él, lo echó hacia el mar y liberó a la región del monstruo. Es como en el cuento alemán del muchacho que salió al mundo para aprender el miedo. Por supuesto, cuando el país quedó liberado, el atleta griego celebró unas nupcias espléndidas con la bella salvada. Vivió muchos años, pero luego no murió, sino que partió al otro mundo con vida y es ahora, a su vez, un héroe».

En la Grecia antigua no hubo un ejército permanente. En principio, todos los ciudadanos estaban obligados al servido de armas y servían, según sus posibilidades, en la caballería, en la falange de los de armadura pesada (los hoplitas) o con los de armadura ligera. Por tierra, los lacedemonios poseían la superioridad indiscutible. En Esparta, toda la vida de los ciudadanos, desde la más

tierna infancia, estaba ajustada a las tareas militares, de modo que para la vida privada quedaba poco lugar. La severa disciplina del ejército espartano, cuya gran masa la constituían los periecos (los «que vivían alrededor»), lo convertían en un instrumento de guerra temido en el mundo entero, con el que ningún otro estado de Grecia podía medirse en campo abierto. Los ilotas eran utilizados como criados y, en casos de necesidad, también como infantería ligera y como exploradores. Por supuesto, también Esparta tenía sus preocupaciones. El terremoto del año 464 había causado estragos precisamente entre la juventud, cuya pérdida no se dejaba reponer rápidamente y, además, la discrepancia entre los reyes, por una parte, y los éforos por la otra, conducía siempre a nuevos conflictos. En tiempos anteriores la caballería había desempeñado en Grecia un papel importante. Pero con la formación de la falange de hoplitas esto había cambiado, concretamente desde el siglo VII; sólo en Tesalia y Beocia había todavía una caballería digna de este nombre y, fuera de Grecia, solamente en Macedonia.

Para la incorporación de los ciudadanos al servicio militar había en Atenas una lista en la que estaban inscritos todos los que estaban en condiciones de empuñar las armas y, en conjunto, nada menos que 42 reemplazos, de los 18 a los 60 años. Por supuesto, solamente los reemplazos más jóvenes, aproximadamente de los 20 a los 50 años, estaban en condiciones de ser utilizados plenamente, en tanto que los de más edad se solían destinar a tareas de guarnición. En el ejército de los hoplitas servían solamente los miembros de las tres clases tributarias superiores, pero no los asalariados, en cambio, que sólo fueron incorporados al mismo en los últimos años de la guerra del Peloponeso, cuando las pérdidas empezaron a aclarar las filas de los ciudadanos. El ejército ateniense de hoplitas estaba dividido según las tribus: y ocurría ocasionalmente que, para fines militares determinados, sólo se movilizaba a ciertas tribus. Por ejemplo, Pericles fue el año 446-45 a Eubea con siete tribus, en tanto que las otras tres fueron dirigidas contra Mégara. Los contingentes de las tribus eran llamados también *taxeis* («batallones») y tenían al frente un taxiarca. Eran subdivisiones los *lochoi* («compañías») bajo el mando de un comandante de compañía. El equipo habían de proporcionárselo los propios ciudadanos, y también para los tres primeros días habían de llevarse las provisiones desde casa. Atenas contaba con una caballería de 1000 jinetes en total, que en campaña poseía poca importancia, con todo, y no podía medirse con los contingentes de los tesalios y los beocios. El empleo del estribo era tan poco conocido como el de la verdadera silla de montar. Así pues, no podía hablarse de un asiento firme y, efectivamente, vemos con frecuencia que los jinetes caen del caballo.

Con excepción de los espartanos, los griegos consideraban el servicio militar

como una carga; cuanto más se alargaba la guerra del Peloponeso, tantos más individuos trataban de sustraerse al servicio de las armas. Era muy otra, en cambio, la actitud de las tropas espartanas. El servicio de la guerra y el servicio militar constituían aquí una cuestión de honor, y los desertores y cobardes eran excepciones muy raras. El grueso del ejército espartano constaba casi exclusivamente de infantería de armamento pesado. Estaba dividido en siete regimientos, cada uno de los cuales contaba aproximadamente 600 hombres. A éstos se añadía un octavo regimiento, los *esciritas*, que encontraban aplicación como infantería ligera. Una subdivisión era la *pentekostys*, de 128 individuos; la unidad más pequeña era la *enotomía*, con 32 hombres. El poder de mando estaba estrictamente reglamentado. Toda orden iba desde el rey, a través de los diversos rangos de servicio, hasta el último de los hoplitas. En Grecia esto era único, y por esto lo destaca Tucídides (V, 66) especialmente. En Esparta los hombres estaban sujetos al servicio militar casi toda su vida, esto es, 40 años. Habida cuenta del pequeño número de los ciudadanos de ciudadanía plena, de los espartanos, este prolongado período de servicio resultaba inevitable. Cuando había falta de hombres, se recurría a los ilotas, aunque solamente a aquellos que habían sido liberados. Éstos aparecen como *neodamodas* («nuevos ciudadanos»), ante todo en los ejércitos lacedemonios del siglo IV. Esparta no poseyó, en cambio, fuerzas navales dignas de mención; durante la guerra del Peloponeso sólo con el oro persa empezó a ser posible la construcción de una flota. Los barcos de guerra los proporcionaban las ciudades marítimas de la Liga del Peloponeso, primero Corinto, y luego Mégara y Sición. Con excepción de los corintios, los demás eran inferiores a los de los atenienses.

En Atenas, la construcción de la flota programada por Temístocles había creado condiciones totalmente nuevas. Un gran número de asalariados, cuya fuerza militar había sido poco aprovechada anteriormente, sirvieron desde entonces como remeros en las trirremes. También para ejercicios y maniobras se movilizaban ocasionalmente el servicio de la flota. Al estallar la guerra del Peloponeso se contaba al parecer con 300 barcos de guerra, 100 de ellos destinados a la defensa de Atenas. El equipamiento de los barcos de guerra se efectuaba a través de la trierarquía, y en tiempos de guerra se necesitaban nada menos que 400 ciudadanos capaces de someterse a semejante carga. La primera sintrierarquía sólo está comprobada para los años 405 y 404, esto es, para fines de la gran guerra. Se había hecho necesario en aquel entonces repartir la carga para el equipo de un barco entre varios ciudadanos, porque la riqueza privada se había reducido mucho. Juntamente con los barcos de los grandes estados de la Liga marítima (Quíos y Lesbos) poseía Atenas en su flota un formidable instrumento de poder, como nunca lo había visto el mundo antiguo, ni antes ni después. Únicamente los

tiranos de Sicilia o los cartagineses podían medirse, pero sólo de lejos, con ella.

El verdadero problema del ejército de ciudadanos se situaba en Grecia, como en todo país en que existía tal institución, en el plano psicológico. Los hombres habían de soldarse en el ejército (lo mismo que en la flota, por supuesto) en unidades tácticas bélicamente activas. Por supuesto, esto sólo era posible mediante un entrenamiento duro. Pero precisamente frente a esto se arredraban los ciudadanos en la mayoría de los casos. Por consiguiente, se empezó con los reemplazos más jóvenes de los ciudadanos que no estaban todavía en condiciones de empuñar las armas, con los efebos, es decir, con los jóvenes de 18 a 20 años, de los que cabía suponer que no sólo aguantarían ciertas fatigas, sino también una disciplina estricta. Estos jóvenes se dedicaban, bajo la inspección de instructores de más edad (*pedotríbai*, *kosmetaí*, *sofronistaí*) a ejercicios físicos que hay que considerar como preparación para el servicio con las armas. Conocemos, de un documento del siglo IV ático, la fórmula de juramento de los efebos. Dice así: «No mancharé con deshonra las armas sagradas que llevo. No abandonaré jamás al camarada, dondequiera que me encuentre incorporado. Lucharé por los santuarios y por el estado, y no entregaré a las generaciones venideras una patria más pequeña, sino, por el contrario, mayor y más poderosa, de acuerdo con mis fuerzas y con la ayuda de todos. Obedeceré a los superiores, a las leyes promulgadas y a aquéllas que en el futuro se promulguen legítimamente. Pero si alguien se propusiera derrocarlas, no lo permitiré, en la medida de mis fuerzas y con el auxilio de todos. Mantendré en honor los cultos heredados de los antepasados. Son testigos de mi juramento los dioses Aglauro, Hestia, Belona, Enialio, Ares y Atenea Belicosa, Zeus, Talo, Auxo, Hegemona, y Heracles. Además los mojones de la patria, los campos de trigo y cebada, las cepas, los olivos y las higueras».

Louis Robert, en un estudio reciente, ha señalado muy acertadamente que este juramento contiene una serie de elementos más antiguos, que nos inducen a situarlo en una época temprana, tal vez en la época de Solón. En todo caso, el juramento de los efebos constituye un documento interesante de la historia de la cultura ática, y no carece tampoco de importancia en relación con las creencias de los atenienses; en efecto, invoca dioses que en la época clásica están ya olvidados y que, como Aglauro, Talo y Auxo, son deidades relacionadas con la prosperidad de los cultivos del campo. Sin embargo, muchos investigadores opinan, con Ulrich von Wilamowitz, que la efebía ática proviene del último tercio del siglo IV a. C. Si bien este supuesto ha encontrado cierta aprobación, carece de fundamento y se ve refutado, además, por el juramento en cuestión. Podemos situar, pues, tranquilamente la educación militar de los efebos ya en el siglo V; era de un valor inapreciable, porque inculcaba a la juventud el amor a la patria. Despertaba en

aquélla la voluntad de dedicarse con todo el ser al servicio de ésta. Ningún estado puede subsistir sin la voluntad de sacrificio de sus ciudadanos. Que las palabras del juramento de los efebos no eran frases huecas, lo demuestran las hazañas de Atenas durante la pentecontecia, así como en los días sombríos de la guerra del Peloponeso.

Con la excepción de Lacedemonia, en Grecia no había estados militares. Sin duda, Atenas tenía con mucho la mayor flota, pero el fundamento de su prosperidad lo constituían, con todo, el comercio, la industria y la agricultura, que fueron siendo cada vez más la columna vertebral de la economía no sólo ateniense, sino de toda Grecia. Las reformas de Solón habían llevado a crear en Atenas un campesinado eficiente, basado principalmente en explotaciones medianas y pequeñas. En cambio, en otras partes de Grecia sólo existía en el siglo V un extenso latifundismo, como en Tesalia. Los métodos de la agricultura seguían siendo primitivos; la reja de hierro del arado no se conocía todavía, y en el hecho de dejar baldía cada dos años la tierra cultivada tampoco había cambiado nada. Por lo demás, la sequía creciente del país, consecuencia, en parte, de la despoblación forestal, creaba a los campesinos graves problemas. Así se ha supuesto (M. N. Tod) que en conjunto solamente una quinta parte de la tierra del Ática estaba cultivada, y que de esta quinta parte la mitad estaba en barbecho. Se cultivaba ante todo el trigo y la cebada. Pero la producción no bastaba ni con mucho para el sustento de la población, de modo que había que suplir la deficiencia por medio de importaciones. La situación era considerablemente mejor en Tesalia y Beocia. Por lo demás, la agricultura era tenida en mucha estima, al revés de lo que ocurría con el comercio y la artesanía. El que se dedicaba a estos últimos corría peligro de ser considerado como *banausos* («obrero manual»), esto es, como individuo sin intereses intelectuales. Únicamente Sócrates constituía en esto una excepción, porque era partidario del trabajo corporal, aunque a condición de que dejara lugar para el ocio.

El trabajo industrial se mantenía dentro de límites moderados. Un tal Céfalo empleaba, a fines del siglo V, 120 esclavos en su fábrica de escudos de Atenas, pero esto constituía una rara excepción, lo mismo exactamente que el trabajo de centenares de esclavos en las minas del monte Laurión. La mayoría de las empresas eran muy pequeñas. Además del propietario, sólo se empleaban dos o tres trabajadores, esclavos o libres. Los peligros que han resultado de la fuerte industrialización en el siglo XIX no existían en Grecia, ni existía tampoco una especialización intensiva susceptible de conducir a un embotamiento de las facultades intelectuales del trabajador. Por lo regular, y toda vez que dependían unos de otros, las relaciones entre el propietario y los empleados eran de tipo

patriarcal. Muchas manufacturas eran de carácter doméstico.

En el comercio, durante el siglo V, cambiaron las perspectivas de modo decisivo. Atenas había pasado a ocupar el lugar de Mileto y de las demás ciudades de Jonia, pero también de Calcis y de Eretría, en Eubea, aunque tenía en Corinto una rival importante. El auge de Egina se vio truncado por su sumisión a la ciudad de Atenas (457), y, a principios de la guerra del Peloponeso, la población de la isla fue reemplazada por una cleruquía ática, lo que supuso el fin provisional en la historia de una ciudad que hasta las guerras médicas había desempeñado un papel eminente en la historia del comercio griego. Mégara estuvo por algún tiempo bajo el control de Atenas, y solamente mediante la paz de los treinta años (446/45) volvió a recobrar su independencia. El bloqueo mercantil decretado por Pericles contra Mégara fue uno de los motivos de la guerra del Peloponeso.

Contribuyó fundamentalmente al auge del comercio griego a gran distancia el que se construyeran barcos más grandes que antes y el hecho de que aumentara la velocidad de éstos por mar. De los primeros años de la guerra del Peloponeso tenemos un testimonio interesante de la gran extensión del comercio griego con regiones lejanas. En una comedia de Hermipo figuran los *phormophoros* («los portadores de cestos»), que corresponden a los primeros años de la guerra del Peloponeso (antes del 425). Se explican también a partir de ella algunas alusiones contemporáneas realistas. Según éstas llegaban por mar a Atenas las siguientes mercancías: «de Cirene, tallos de silfio y piel de buey; del Helesponto, caballa y salazón; de Italia, cereales y costillas de buey; de Sitalces rey de los tracios, sarna para los lacedemonios; de Pérdicas, macedonio, todo un barco de mentiras; de Siracusa, puercos y queso; de Egipto, velas y papiro, y de Siria, incienso; Creta suministra cipreses para los dioses, Libia mucho marfil para la venta, Rodas pasas e higos secos, que producen dulces sueños; de Eubea provienen peras y corderos gordos, de Frigia esclavos, y de Arcadia mercenarios; Págasas manda esclavos y bribones marcados a fuego, Paflagonia castañas y almendras aceitosas, Fenicia dátiles y harina fina de trigo, y Cartago alfombras y cojines de colores».

Esta interesante noticia se cita a menudo, y a justo título, porque ilustra como ninguna otra las relaciones de Atenas con todo el mundo. Resulta confirmada por la obra apócrifa de Jenofonte, aproximadamente del mismo tiempo, *Del Estado de los Atenienses*; en la que se dice (§§ 11-13): «Los atenienses poseen ellos solos la riqueza de todo el mundo helénico y bárbaro. Porque, si algún estado es rico en madera de construcción para barcos, ¿a quién ha de venderla, si no gana para sí a aquel que domina el mar? O bien, si un estado es rico en hierro, cobre o cáñamo y cera, ¿a quién ha de venderlos, si no gana para sí a aquel que

domina el mar? De estos materiales precisamente están hechos los barcos. De uno se toma madera, del otro hierro, del otro cobre, del otro cáñamo y del otro cera. Por otra parte, no se permitirá que estas cosas sean exportadas a nuestros rivales, o se les cerrará el mar. Y así recibo yo, sin hacer nada, de todas partes todas estas cosas por el mar, en tanto que ningún otro estado tiene al propio tiempo dos cosas distintas, porque donde hay cáñamo, allí la tierra es llana y pobre en madera, ni se encuentran tampoco hierro y cobre en la misma ciudad, ni de los demás productos tiene estado alguno dos o tres, sino uno esto y el otro aquello».

Constituiría un error fatal representarse el comercio de Grecia durante el siglo V bajo un aspecto demasiado primitivo. Pese a que no se lo pueda comparar de ningún modo con las condiciones modernas, poseía, con todo, un volumen considerable. El punto de vista contrario, que ha sido sustentado por Hasebroek y su escuela, es insostenible.

En la sociedad griega del siglo V juegan los metecos y los esclavos, al lado de los ciudadanos, un papel considerable. No conocemos la proporción numérica de los tres grupos en relación de uno con otro. Pero existe un documento interesante acerca de la composición de los trabajadores ocupados en la construcción del Erecteo, el año 409/08 a. C. Conocemos en conjunto 71 nombres; de éstos, 20 son de ciudadanos, 35 de metecos, y 16 de esclavos. ¿Acaso nos autoriza este documento conservado por azar a extraer conclusiones acerca de la composición de toda la población? Sería arriesgado, ya que, por ejemplo, el número relativamente pequeño de ciudadanos se explica ciertamente por las necesidades de la guerra, pues muchos estaban bajo las armas o habían de dedicarse a otras tareas. Por otra parte, el estado de guerra explica también el número elevado de los metecos, ya que su trabajo era en aquellos tiempos particularmente importante en Atenas. Los metecos no poseían derechos políticos o ciudadanos, pero se echaba mano de ellos, con todo, para el servicio por mar y por tierra. Entre ellos figura un gran número de individuos acomodados, que se consideran estrechamente unidos a la vida y al destino del país huésped. Y no sólo se los encontraba en el comercio y la manufactura, sino que ocupaban también un lugar importante precisamente en el terreno de la actividad intelectual y artística. De la posición y la vida de un meteco en Atenas aún hoy nos proporcionan una imagen viva los discursos de defensa de Lisias ante los tribunales. La familia de aquél provenía de Siracusa; su padre, Céfalo, se había mudado de allí a Atenas el año 460; era amigo de Pericles, que es quien, al parecer, le había invitado a establecerse en Atenas.

Lisias, nacido probablemente el año 444 en Atenas, se dirigió a los 15 años a Turios, donde le fue concedida la ciudadanía. Expulsado de Turios, volvió a

Atenas el año 412-11. Aquí adquirió una fortuna considerable. Se introdujo, en efecto, en la industria de guerra y se dedicó a la manufactura de escudos, que practicó además a gran escala. Bajo los «Treinta» (404/03) hubo de huir de Atenas a Mégara. Después del restablecimiento de la democracia regresó, pero en la lucha había participado tan poco como anteriormente en la guerra del Peloponeso. En su actividad como logógrafo (escritor de discursos) Lisias se revela como un perfecto rábula, para quien ningún medio es desechable si favorece su causa. Cualquiera que haya leído los discursos de defensa de Lisias confirmará esta opinión de K. J. Beloch. Sin embargo, no todo aquello que se reprocha a Lisias es culpa suya. En efecto, el mundo griego de su época estaba dividido en innumerables ciudades-estado, todas ellas celosamente independientes. No hay nada similar a una nación griega única. Entre ciudadanos y no ciudadanos, y de estos últimos, por supuesto, forman parte los metecos, existía un abismo infranqueable. Consecuencia de ello fue la existencia de una capa de población fluctuante cuyo principio reza: *Ubi bene ibi patria* («Donde me va bien, allí está mi patria»). Posiblemente no todos los metecos fueron tan codiciosos como Lisias. Por otra parte, en la guerra del Peloponeso muchos metecos se jugaron la vida por la polis griega de la que eran huéspedes, y en la expulsión de Atenas de los «Treinta» (404/03) también contribuyeron muchos de ellos con todas sus fuerzas. La polis griega era muy parca, sobre todo Atenas, en la concesión de los derechos de ciudadanía; no es, por tanto, sorprendente que los metecos se dedicaran con celo a la economía, puesto que la actividad política les estaba vedada.

La esclavitud en el mundo griego presenta muy diversos aspectos. Hay grupos enteros de población que han sido reducidos al estado de siervos, las más de las veces en el momento de la conquista del país. Forman parte de éstos, ante todo, los ilotas en Lacedemonia. Ocupan, asimismo, un lugar poco envidiable, y muy semejante, los penestas en Tesalia, los cilirios en Siracusa y otros más. Corre a través de toda la historia de Esparta el temor de las sublevaciones de ilotas. La pesadilla se comprende si tenemos en cuenta la enorme superioridad de los oprimidos frente a los opresores. En esta situación nada cambió durante la época clásica, hasta que Epaminondas creó una Mesenia libre. Es muy distinto, en cambio, el problema de los esclavos en Atenas y en la mayoría de las otras ciudades-estado griegas. En efecto, los esclavos encuentran aquí empleo en las manufacturas y también, sobre todo, como criados domésticos; se compran y venden en el mercado de esclavos, a menos que hayan nacido ya en la casa como siervos. Hubo de haber verdaderas sociedades regulares de mercaderes de esclavos. Sus enlaces y relaciones comerciales abarcaban más o menos todo el mundo mediterráneo. ¿Cómo se comprendería de otro modo, que en un solo hogar, el de Cefisodoro, en Atenas, se encontraran esclavos de Tracia, Caria, Siria,

Iliria, de la Cólquida, del país de los escitas, de Lidia y Mélite (Malta)[2]? El número de esclavos era considerable. Así se dice de Nicias, por ejemplo, que poseía nada menos que mil esclavos, que alquilaba principalmente a las minas, con lo que obtenía ingresos formidables. Ya en el siglo V hubo de ser posible para los esclavos adquirir un peculio propio y comprar con él su libertad. Sin embargo, las manumisiones de esclavos en gran número sólo están atestiguadas por los documentos del siglo IV, especialmente de Delfos.

En estos últimos años se ha discutido con frecuencia hasta qué punto se había hecho participar a los esclavos, en Grecia, en el humanismo (J. Vogt). Si consultamos las fuentes antiguas, la respuesta ha de ser forzosamente negativa. Para los griegos la esclavitud es una institución tan firme que nadie se atreve a atacarla seriamente. Se necesitan los esclavos, que son para la civilización griega sencillamente indispensables. Por supuesto, los amos se preocupaban de sus esclavos y cuidaban, asimismo, de su bienestar físico. De las obras del círculo hipocrático se desprende claramente que la atención médica se prodigó también a los esclavos. Pero todo esto es más bien marginal, y comprenderemos mejor a los griegos si sabemos que incluso espíritus elevados, como Platón y Aristóteles, consideraban la esclavitud como un fenómeno natural. Sin duda, no constituye más que un consuelo mediocre si se subraya que numerosos esclavos, en cuanto pedagogos y, en mayor número aún, las esclavas, en calidad de nodrizas, se consideraban íntimamente ligados con el destino de los niños que les habían sido confiados.

Las mujeres ocupaban en el mundo griego un lugar subordinado parecido. Vivían totalmente aisladas del mundo exterior en su aposento (el *gynaikeion*, «gineceo»), y cuando Pericles proclama que entre las mujeres son las mejores aquéllas de las que no se habla, ni en sentido de elogio ni de reproche (Tucídides, II, 45, 2), con ello expresa sin duda la opinión general tanto de los atenienses como de los griegos. Así, pues, la sociedad de los griegos es una sociedad sin mujeres, en contraste, por ejemplo, con las condiciones en la época del Renacimiento. Es obvio que la mujer no participaba en la vida política durante el período clásico. Por otra parte, permanecía toda su vida bajo tutela. Tenía como tutor (*kyrios*, «señor») al padre o a un pariente varón o bien, en su caso, al marido. Antes de la celebración del matrimonio no se le consultaba: su inclinación no contaba en lo más mínimo. Había de dedicarse exclusivamente al hogar, y no tenía participación alguna en la vida profesional de su marido. Cuando el marido decidía exponer un recién nacido, lo que en Grecia no era tan raro, no necesitaba siquiera consultar a su mujer. La posición de la mujer griega apenas se distinguía fundamentalmente de la que ocupaba en Oriente. La posición de la esposa resultaba agravada aún más por

la existencia de las hetairas, que dominaban a los hombres, así como por la presencia de esclavas domésticas, de lo que resultaban muchos conflictos familiares. Añadíase a esto la práctica de la pederastia, que en Grecia, y no sólo en Esparta, estaba muy generalizada.

Desde el punto de vista práctico carecía en realidad de importancia el que, en la literatura y en el mundo del pensamiento contemporáneos, se elevara alguna que otra voz en favor de la igualdad de derechos de la mujer. Son ante todo Eurípides, en sus dramas, y Sócrates en sus diálogos los que sustentaron esta idea revolucionaria. Es cierto, en cambio, que la posición de Aspasia en Atenas fue absolutamente excepcional. Se ha supuesto que ejerció influencia sobre Eurípides, especialmente en su *Medea* (431), pero esto es totalmente inseguro. En todo caso, Aspasia fue muy admirada después de su muerte. Antístenes, el fundador de la filosofía cínica, escribió un diálogo que como título llevaba su nombre, y lo mismo hizo Esquines de Esfeto (alrededor del 386). Pese a que algunos poetas y pensadores fueran del parecer que hombre y mujer poseían las mismas facultades, nunca se extrajeron de esta idea las consecuencias necesarias.

La vida y la historia del pueblo griego no se pueden comprender si se deja de considerar la religiosidad de los griegos. Éstos creían que toda su vida, tanto la pública como la privada, era dirigida por los dioses. Su fantasía poblaba la naturaleza de numerosas deidades, que permanecían presentes también en la vida del individuo. En las guerras médicas, los dioses habían ayudado manifiestamente a los griegos, que les daban las debidas gracias mediante la erección de santuarios y la organización de fiestas y sacrificios en los que participaba toda la población. No existía sacerdocio profesional alguno, sino que los sacerdotes eran magistrados de las diversas comunidades, a quienes se elegía o nombraba. A la multitud, que se complacía en las festividades y los sacrificios, nunca se le habría ocurrido dudar de la existencia de Palas Atenea, por ejemplo, la gran diosa protectora de Atenas. Esto explica los procesos por impiedad hacia los dioses incoados a algunos filósofos. La religión y el estado eran inseparables; aquel que se dirigía contra la religión atacaba al propio tiempo los fundamentos del estado.

Con razón ha señalado Nilsson que en la religión griega se mezclaba una buena parte de egoísmo. Si los griegos hacían ofrendas a los dioses, esperaban de éstos, en cambio, bienestar y, los campesinos en particular, la prosperidad de los cultivos y del ganado. Pero no podemos dudar en modo alguno que también existieran en Grecia individuos piadosos. Sin duda, la gran masa se atenía más bien a lo externo; estaba convencida de que la *hybris*, la «soberbia», provocaba la envidia y la venganza de los dioses, esto es, la *némesis*, de modo que era preferible

no subir demasiado alto, para no caer muy bajo. La historia de Polícrates y Amasis, que relata Heródoto (III, 40 ss.) constituye un ejemplo conocido de ello. Hasta qué punto estaba viva en Grecia la creencia en lo sobrenatural, lo muestra la actitud general en relación con los oráculos, ante todo con respecto al de Delfos. A éste, después de las victorias contra los persas, los griegos lo colmaron de ofrendas, pese a que su clero había adoptado durante las luchas por la libertad una actitud poco convincente. Cómo se comportaban los individuos piadosos nos lo muestra Nicias, persona a quien corresponde una importante parte de responsabilidad por el fracaso de la expedición siciliana de los atenienses. Nicias hizo grandes ofrendas a los santuarios de la Acrópolis, de Delos y de Delfos, y su piedad era absolutamente seria. Nicias sacrificaba diariamente a los dioses, según se informa de modo convincente. En su casa tenía constantemente cerca de sí a un vidente, con el que consultaba toda clase de asuntos y también sus negocios. Como es sabido, fue su creencia en los videntes lo que le precipitó en su desgracia; en efecto, al producirse un eclipse lunar, le aconsejaron diferir la salida de Siracusa en tres veces nueve días, esto es, en un mes lunar, y Nicias siguió el consejo, siendo esto lo que le perdió.

El nivel de superstición entre la masa nos lo muestra, ante todo, la obra hipocrática *Sobre la enfermedad sagrada* (la epilepsia); el primer capítulo expone todo un catálogo de supersticiones sombrías. Leemos en él que algunos individuos rechazaban determinados alimentos o consideraban funesto llevar ropa negra; otros creían que traía desgracia dormir sobre una piel de cabra o llevarla, o que no podía ponerse un pie delante del otro o una mano sobre la otra, y todo esto para curar la llamada Enfermedad Sagrada. Había individuos, dice el autor, que pretendían poder bajar la luna y oscurecer el sol, desencadenar tempestades o hacer que reinara buen tiempo. Y en términos generales, el autor critica la idea popular de que el cuerpo humano sea manchado por la divinidad, así como la creencia popular que relaciona determinados fenómenos patológicos con determinados dioses. Las explicaciones de esta obra muestran con la mayor claridad que sería erróneo pensar que el siglo V a. C. fue una época sin superstición. Lo cierto es, antes bien, lo contrario, y al lado de la noble creencia en los dioses, que se nos revela en las obras de los poetas y los escultores, figura, como en todos los tiempos, una creencia más materialista. La percibimos en las tablas de maldición, que en el mundo griego están muy generalizadas.

A los espíritus profundamente religiosos no podía ya bastarles la religión de la polis con su panteón heredado de los padres. Nada tiene de extraño, pues, que los misterios, especialmente los de Eleusis en el Ática, se vieran muy concurridos. «La religión de Eleusis hablaba al pueblo directamente al corazón, en tanto que los

grandes dioses se habían vuelto ya demasiado pretenciosos para él» (Nilsson). La fuerza de atracción de los misterios residía en el profundo secreto de que estaban rodeados. En todas las épocas anhela el hombre la felicidad imperturbada, la que, como es natural, no puede realizarse aquí en la tierra, sino sólo en el más allá. No se pensó allí en la inmortalidad del individuo, sino más bien en la del género, de la especie y de la familia, tal como se manifiesta en la naturaleza, por ejemplo, en la semilla. Los iniciados esperan poder celebrar también misterios en el más allá. Era éste un pensamiento que les confería alegría y confianza en la vida terrena y esperanza para el camino hacia la futura.

Sin embargo, para la gran masa los misterios no eran lo bastante atractivos. Hubo que adoptar una actitud que oscilaría entre la *deisidaimonía* («superstición») de Nicias y el frío escepticismo de Pericles. Lo poco que sabemos de la religión de éste permite suponer que no era ni un devoto exagerado ni un ateo. La religión estaba para él ligada indisolublemente al estado, y esta conexión había de respetarla Pericles lo mismo que cualquier otro político griego de su época. La religiosidad de Pericles era convencional, como cuando en agradecimiento por la salvación de un trabajador dedicaba una estatua a Atenea Higiea. Al enfermar Pericles de la peste al parecer mostró a un amigo, según informa Teofrasto, un amuleto que las mujeres le habían puesto alrededor del cuello. Este relato nada tiene de inverosímil, y es apropiado para poner de manifiesto la ambigüedad de su actitud religiosa.

8. La guerra del Peloponeso (431-404 a. C.)

A las victorias de los griegos sobre los persas en Salamina y Platea siguió la pentecontecia, esto es, un período de aproximadamente cincuenta años (478-431). En el curso de este período ascendieron los griegos al rango de primer pueblo en el ámbito del Mediterráneo. Con la paz de Calias (449/48) se alcanzó un punto de reposo en la prolongada contienda bélica que permitió a ambos contrincantes, tanto a los persas como a los atenienses, volver a dedicarse a sus problemas respectivos. La pentecontecia («período de cincuenta años», «cincuentenio»; la palabra proviene de Tucídides) es aquel periodo en que el dualismo entre los dos estados griegos principales se fue agudizando cada vez más, para descargar finalmente, en forma de crisis, en la primera guerra del Peloponeso (457-446/45). Sin embargo, esta guerra no se tradujo en resultados decisivos. La paz de los treinta años (446-45) había atenuado, sin duda, los roces entre Atenas y los peloponesios, pero no había logrado eliminarlos por completo.

La segunda guerra del Peloponeso es el tema de la obra histórica del ateniense Tucídides. Pero ¿quién fue este individuo? Sin duda, de su vida se conoce muy poco, pero lo suficiente, con todo, para poder comprender el origen de su obra y la actitud interna del autor. Tucídides provenía del demo de Halimunte, en el Asia, y era hijo de Obro; este nombre (si la tradición es correcta) conduce hacia Tracia, y es probable, en efecto, que la rama materna de su familia descienda de una familia principesca tracia. Tucídides hubo de nacer alrededor del año 460, o tal vez algo más tarde. El año 424 era uno de los estrategos atenienses que mandaban en Tracia. En esto tuvo la mala suerte de no poder cubrir a Anfípolis, la importante ciudad en el curso inferior del Estrimón, contra el espartano Brásidas, y sólo pudo conservar el puerto de Eón. Como sabía lo que le esperaba en Atenas, Tucídides se fue voluntariamente al destierro. No sabemos dónde residió durante los veinte años siguientes; tal vez vivió en Escapta-Hila, en Tracia, donde tenía una posesión familiar. Después de la guerra fue llamado a Atenas por decreto de la asamblea y, al parecer, murió pocos años después, aunque ignoramos la fecha exacta de su muerte.

De sus facultades, pero también de su filosofía, nos da testimonio su obra histórica, que ha conferido inmortalidad a su nombre. Tucídides nos ha dejado su

obra inconclusa; ésta se detiene de repente en medio del relato de la guerra de Jonia, el año 411, y confirma la antigua tradición, en el sentido de que el autor habría muerto de muerte repentina. La obra, tal como la poseemos, proviene de sus escritos póstumos. Es imposible saber cuál sería en ella la parte del redactor, cuestión muy debatida por la crítica filológica. Como indicio del carácter inconcluso de la obra cabe aducir, ante todo, el hecho de que en el libro octavo, el último, no se encuentra ninguno de los discursos reproducidos, tan característicos de los libros anteriores.

Tucídides empieza con una historia griega primitiva, en la que, según un método que tiene cierto aire moderno, se trata de llegar a enunciados positivos acerca de los primeros tiempos del helenismo. Después de una exposición de las causas y ocasiones de la guerra del Peloponeso, sigue la descripción de la pentecontecia. El libro segundo empieza con la descripción detallada de la guerra y, concretamente, con el asalto nocturno de Platea por los tebanos en la primavera del 431 a. C.

Lo que Tucídides escribe es ante todo la historia de la guerra y, de modo general, lo militar y lo político figuran en el primer plano del interés. En cambio, los acontecimientos diplomáticos sólo se mencionan en la medida en que son necesarios para la exposición. Esto constituye el carácter unilateral pero también la fuerza de su obra histórica, altamente admirada tanto en los tiempos antiguos como en los modernos. Es un enorme drama el que Tucídides deja transcurrir ante los ojos del lector. A diferencia de Heródoto, para quien la intervención de los dioses es perfectamente natural, Tucídides renuncia a toda explicación sobrenatural. No sin acierto se le ha designado por esto como el «naturalista» entre los historiadores. No era ajeno a las corrientes ideológicas de su época. Las ideas de los sofistas se encuentran en el célebre diálogo de los melios, del libro quinto, pero también en varios otros pasajes de los discursos entretejidos en la obra. Actualmente está ya de acuerdo todo el mundo en que estos discursos no se pronunciaban tal como hoy los leemos. Sirven más bien para ilustrar las respectivas situaciones desde diversos lados y bajo puntos de vista distintos. Esto llega al extremo de que Tucídides intercala discursos incluso donde nunca los hubo. Debemos admitir, pues, que los discursos en la forma transmitida por Tucídides no son auténticos. La cosa es distinta por lo que se refiere a los documentos incorporados por él a su obra. Aunque, de acuerdo con la práctica antigua, no cabe esperar la reproducción literal de los textos, los documentos poseen, ante todo, gran interés histórico. Únicamente Tucídides nos ha proporcionado, por ejemplo, los documentos de los tratados concertados entre Persia y Esparta en los años 412/411, de valor inapreciable para todo historiador

(Bengtson, *Staatsverträge*, n.° 200-202).

Se relaciona con la obra histórica de Tucídides un importante problema científico, que Franz Wolfgang Ullrich, profesor del Johanneum de Hamburgo, fue el primero en plantear en el año 1845/46. Desde entonces, todo trabajo sobre la obra de Tucídides cae bajo la sombra de la cuestión planteada por Ullrich. Según éste, Tucídides se había propuesto inicialmente describir solamente la guerra de Arquidamo (431-421), esto es, la primera parte de la segunda guerra del Peloponeso. Sostiene aquél que es a la guerra de Arquidamo a la que se alude en el libro I, cap. 1. Solamente en el curso ulterior de la guerra Tucídides se fue dando cuenta de la conexión entre las diversas partes de la guerra del Peloponeso, de la guerra de Arquidamo, de la expedición a Sicilia y de las guerras de Decelia y Jonia. Habría resultado de aquí una concepción totalmente distinta, que según el citado autor ha hallado expresión en la obra. Ullrich y sus partidarios, entre los que hay que contar en primer término al gran filólogo Eduard Schwartz, creían encontrar un apoyo decisivo para su tesis en el llamado segundo proemio de Tucídides (V, 26). Presupone éste, en efecto, la totalidad de la guerra. Entre los analíticos, como Ullrich, y los unitarios, como Eduard Meyer, H. Patzer y otros, el péndulo sigue oscilando todavía de un lado a otro y, si bien la hipótesis de Ullrich no se deja demostrar por completo en el estado actual de los conocimientos, lo cierto es que ha proporcionado a la investigación varias sugerencias sumamente valiosas. La cuestión acerca de cómo la obra se haya ido formando en detalle probablemente seguirá presentando también en el futuro un problema apenas susceptible de dejarse resolver con absoluta seguridad.

Al decir Tucídides, en el umbral de su obra, que ha descrito la guerra del Peloponeso con la idea de que se trataba del acontecimiento mayor y más importante de la historia griega, tiene toda la razón. Sólo la enorme extensión del escenario de la guerra es notable. Éste va desde el Asia Menor y a través del Egeo hasta Grecia, y de aquí hasta Sicilia e Italia meridional. También Persia intervino en la guerra fratricida griega y decidió, a fin de cuentas, la lucha, gracias a sus subsidios en favor de Esparta. Son enormes las fuerzas que las dos partes llevaron a la guerra. Condujo a Atenas hasta el agotamiento total de sus medios materiales, habiendo sido decenas de millares de sus hombres, entre ellos Pericles, arrebatados ya por la gran peste del año 430/29. Y si además tenemos presente que la guerra duró toda una generación, en cuyo curso tuvieron lugar en Grecia cambios internos y externos de las mayores proporciones, y que al final de la guerra se ponen de manifiesto no sólo grandes destrucciones, sino también fenómenos de decadencia intelectual como el mundo griego no los había visto antes ni los volvió a ver después, entonces veremos en la guerra del Peloponeso la gran crisis, la gran

peripecia de la historia griega en la época clásica. La guerra constituye un ejemplo grandioso de la acción de fuerzas destructoras o incluso aniquiladoras en la historia de los pueblos. No son únicamente individualidades, como Cleón, Alcibíades y otros, los que participaron en ella, sino que también las masas fueron presa, tanto más cuanto más duraba la guerra, de la pasión del poder, con lo que acabaron cavando su propia tumba.

Después de la muerte de Pericles el año 429, es imposible encontrar ni a un solo político que, con ideas constructivas, estuviera capacitado para imponer un fin al caos de la vida política. Sin embargo, destaca de esta lamentable imagen de la política griega el espectáculo militar. Tanto por mar como por tierra cabe consignar una serie de brillantes hazañas bélicas, de las que aquí sólo mencionaremos la expedición de Brásidas a través de Grecia y Macedonia hasta la Calcídica. Gracias a los precisos datos de Tucídides se encuentran en las operaciones de la guerra ejemplos eminentes para la historia de ésta, pero además muchas pruebas de la guerra psicológica, que aún hoy no han perdido nada de su valor.

Tucídides fue el primero que trató de distinguir entre las causas profundas y las ocasiones exteriores de la guerra. Entre las causas de la guerra del Peloponeso figura indudablemente el dualismo entre Esparta y Atenas. La oposición se encarna también en el modo y la manera en que las dos grandes potencias de Grecia ejercieron la hegemonía; en efecto, mientras Atenas mantuvo a la Liga marítima bajo su estricta dependencia, Esparta, en cambio, dejó a los miembros de la Liga del Peloponeso, dirigida por ella, una amplia libertad interna. También los peloponesios consideraban como amenaza el hecho de que de la idea democrática, partiendo de Atenas, irradiara una fuerza de propaganda cada vez mayor, a la que, incluso los estados peloponesios, sólo lograban sustraerse con dificultad. Es fundamental, sin embargo, la oposición irreductible entre Atenas y Corinto, la reina del istmo, cuyos intereses chocaron en dos lugares: en el mar occidental, el Adriático, y en la Calcídica, en Potidea. Corinto debió ver la expansión del comercio occidental ateniense con grave preocupación, y hubo de celebrar ciertamente con manifiesto alivio el hecho de que la colonia Turios rompiera los lazos que la ligaban a Atenas y se aliara con la colonia espartana de Tarento.

La ocasión de la guerra la proporcionaron ciertas dificultades que habían surgido entre Corinto y sus colonias en el Adriático. Hay que saber, en efecto, que desde la época de los tiranos Corinto se había creado un extenso imperio colonial. Mientras en los demás casos las colonias griegas fueron por regla general ciudades-estado autónomas, no fue así en el caso de las colonias corintias, en las que seguía imperando la voluntad de la metrópoli, que a menudo intervenía también en sus

asuntos internos. En la colonia corintia y corcirense de Epidamno (Dirraquio) se había llegado a disensiones internas, y los demócratas pidieron la ayuda de Corinto, que ocupó Epidamno con una guarnición (435). Sin embargo, los oligarcas no se dieron por vencidos y se aseguraron el apoyo de Corcira, cuya flota emprendió el sitio de Epidamno. Corinto, con cierto número de ciudades aliadas, se enfrentó a los corcirenses por mar, pero el encuentro terminó con la derrota de Corinto frente al promontorio de Leucimna (en Corcira). El mismo día firmó Epidamno una capitulación con Corcira (Bengtson, *Staatsverträge* n.º 160). Con todo, este éxito de Corcira no lograba disimular el hecho de que, a causa de las fuerzas superiores de Corinto, la situación de la isla seguía siendo muy difícil. Por consiguiente, los corcirenses establecieron relaciones con Atenas, llegándose a la conclusión de una llamada *epimachia* («alianza defensiva») (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 161). En ésta se comprometía Atenas a una ayuda parcial (433). En efecto, si querían respetarse las estipulaciones de la paz de los treinta años, del 446/45, habría sido imposible para los atenienses concertar con Corcira una verdadera alianza ofensiva y defensiva. Según la concepción griega, en cambio, estaba perfectamente permitido ayudar a un tercero sin tener en cuenta los tratados existentes y sin encontrarse en estado de guerra, por ello, con los firmantes originales de éstos. Hay que conceder a los atenienses, pues, que procedieron con mucha cautela y que evitaron también, provisionalmente, enojar a los peloponesios.

A continuación Atenas envió a Corcira sólo una pequeña escuadra (de diez naves); es obvio que esta ayuda apenas alteraba la posición de las fuerzas, pero revelaba que Atenas estaba dispuesta a cumplir su tratado con los corcirenses. Junto a las islas Sibota estaban enfrentadas las flotas de los corintios y los corcirenses, los primeros de los cuales tenían la superioridad numérica (150 barcos de guerra contra 110); cuando estaban a punto de conseguir la victoria en la batalla naval, intervinieron los atenienses, reforzados entre tanto hasta 30 naves, y quitaron a los corintios un triunfo que creían tener ya en las manos (433).

¿Ha de considerarse casual que en el invierno siguiente (433/32) Atenas renovara sus anteriores tratados con Regio y Leontinos? Eran éstos tan importantes para las relaciones de Atenas con el Occidente como para el caso de una contienda bélica con Corinto.

Lo mismo que en el mar occidental, así chocaban también los intereses atenienses y corintios en el norte del Egeo. La ciudad de Potidea, fundación del tirano Periandro, era miembro de la Liga marítima délico-ática, pero había mantenido siempre las relaciones con su metrópoli, y Corinto seguía mandando a

Potidea a su magistrado supremo, el *epidamiurgo*. No es de extrañar, pues, que a Atenas le entrara desconfianza y pidiera a Potidea que derribara la muralla de la ciudad del lado del mar y que en adelante no siguiera aceptando los epidamiurgos corintios. Potidea encontró apoyo en el rey de los macedonios, Pérdicas II y, después que se hubo asegurado el concurso de Esparta, proclamó, juntamente con una serie de comunidades tracias y calcídicas, su retirada de la Liga marítima (432). Los corintios enviaron a Potidea una fuerza auxiliar, mientras los atenienses empezaban a sitiar la ciudad por mar y tierra.

El responsable de la política ateniense era Pericles. ¿Es puramente casual que directamente antes del inicio de la segunda guerra se incoara una serie de procesos contra partidarios suyos, incluida Aspasia? ¿Está justificado ver en estos procesos la expresión de una oposición contra el estadista ático? Dejando de lado el hecho de que el inicio temporal de estas acusaciones (procesos contra Anaxágoras y contra Fidias) no consta con seguridad (el proceso contra Anaxágoras se sitúa ciertamente en una época anterior), la absolución de Aspasia, a quien se había acusado de impiedad y lenocinio, muestra, con todo, que la posición de Pericles se mantenía incólume. Estos acontecimientos, pues, no tuvieron repercusión alguna sobre la política exterior.

La situación es distinta en lo que se refiere al llamado *psephisma* («decreto») o resolución popular sobre Mégara, solicitado por Pericles el año 432, que decretó sobre esta ciudad del istmo un severo bloqueo mercantil y le cerró por completo el acceso a los mercados de Atenas y del dominio de la Liga marítima. Hubieron de utilizarse como justificación algunos incidentes fronterizos, cuya importancia fue exagerada mucho por Pericles. Detrás de este agresivo procedimiento contra Mégara se encuentra el antiguo resentimiento de Atenas contra la ciudad vecina, cuyos caminos se habían separado de ella en el 446/45 y había vuelto a ser, desde entonces, un miembro activo de la Liga del Peloponeso.

Fue Corinto la que ahora empujó a la guerra. A solicitud de los corintios y los megarenses decretó ante la *apella*, la asamblea de los ciudadanos espartanos de pleno derecho, que Atenas había violado los tratados (se aludía con esto a la paz de los treinta años). También el congreso de los miembros de la Liga del Peloponeso se decidió por una gran mayoría en favor de la guerra, pese a que los sentimientos estuvieran divididos (otoño del 432). Por lo demás, también Delfos se puso del lado de los peloponesios: no sólo animó a los espartanos a la guerra, sino que incluso les dejó entrever con seguridad la victoria y el concurso del dios délfico. No cabe lugar a duda: desde la sesión de la Liga del Peloponeso la guerra con Atenas era un asunto decidido. Con todo, sólo estalló en la primavera siguiente (431). El

tiempo intermedio fue aprovechado por ambos lados, pero especialmente por los espartanos, para efectuar negociaciones: éstas tenían por objeto demostrar la culpabilidad del adversario. Por lo demás, dichas negociaciones constituyen un ejemplo categórico del hecho de que ya entonces se tenía en cuenta, en Grecia, la opinión pública internacional.

La primera exigencia de Esparta consistió en pedir la expulsión de los descendientes de los individuos que habían participado en el asesinato sacrílego de Cilón. Con esto se apuntaba en primer lugar a Pericles, pues descendía por línea materna de los Alcmeónidas, quienes en su día habían atraído sobre sí, por violación del derecho de asilo, la maldición. Atenas presentó contrademandas; pidió a los espartanos que eliminaran la maldición que pesaba sobre ellos por la matanza de ilotas que había tenido lugar en el santuario de Posidón de Ténaro y a causa de la muerte de Pausanias en el templo de Atenea Calcieco. A estas peticiones de carácter religioso no tardaron en seguir las de carácter político. Así, por ejemplo, pidieron los lacedemonios que Atenas suspendiera la empresa contra Potidea, devolviera la libertad a Egina, anulara el decreto contra Mégara y garantizara la autonomía de los griegos. Según Tucídides (II, 140), a continuación Pericles había declarado a los lacedemonios como agresores y violadores de la paz, pues vulneraban las estipulaciones del tratado de paz del 446/45, según las cuales, en caso de divergencia, había que recurrir al arbitraje.

¿Habría podido Atenas evitar la guerra, dando satisfacción al menos en algunos puntos a los lacedemonios? La respuesta a esta pregunta ha de ser forzosamente negativa. También la opinión de que Pericles, para eludir dificultades de política interior, habría trabajado deliberadamente en favor de la guerra, reproche que ya le hizo en su día Aristófanes y ha renovado en tiempos recientes K. J. Beloch, se revela como totalmente infundada y se ve refutada, además, por el plan de guerra del ateniense. Es cierto, en efecto, que Pericles no quiso la guerra, pero tampoco se arredró ante ella cuando se vio claramente que la paz sólo podía mantenerse al precio de una humillación de Atenas. La pregunta acerca del culpable puede responderse aquí de forma inequívoca: fue Corinto la que arrastró consigo a los lacedemonios, que se resistían, y encendió así la antorcha de una guerra que había de iniciar la decadencia político-militar del helenismo.

¿Qué es lo que estaba en juego en esta guerra? Para Atenas el predominio en el Egeo, la hegemonía sobre la Liga marítima y una continuada expansión de su economía y su comercio, que en todo el ámbito mediterráneo no tenía par. Esparta y los peloponesios afirmaban, por su parte, que desenvainaban la espada por la libertad de los mares y por la autonomía de los estados griegos, que se habrían

visto restringidas por los abusos de Atenas.

La distribución de las fuerzas de los dos bandos es muy ilustrativa. Esparta era la potencia más fuerte, por tierra, en Grecia. Juntamente con los miembros de la Liga del Peloponeso podía movilizar un ejército considerable de hoplitas, un total de 40 000 individuos, a los que se añadían además los contingentes de la Liga beocia, de los focenses y los locrios, de la Grecia central. En el Peloponeso sólo permanecieron neutrales Argos y Acaya. Argos estaba ligada a Esparta por medio de un tratado. La flota de los peloponesios era muy inferior a la de los atenienses. Eran ante todo las ciudades marítimas de Corinto, Mégara y Sición las que contribuían esencialmente a la flota con sus barcos, pero aun así no se pasaba de cien trirremes. Por lo que se refiere a la situación conjunta, los enemigos de Atenas tenían en su favor una gran ventaja estratégica: podían operar con la masa principal de las fuerzas desde el Peloponeso y, mediante la movilización de los aliados de Grecia central, especialmente de Beocia, atacar a los atenienses también desde el norte, tomándolos en tenaza.

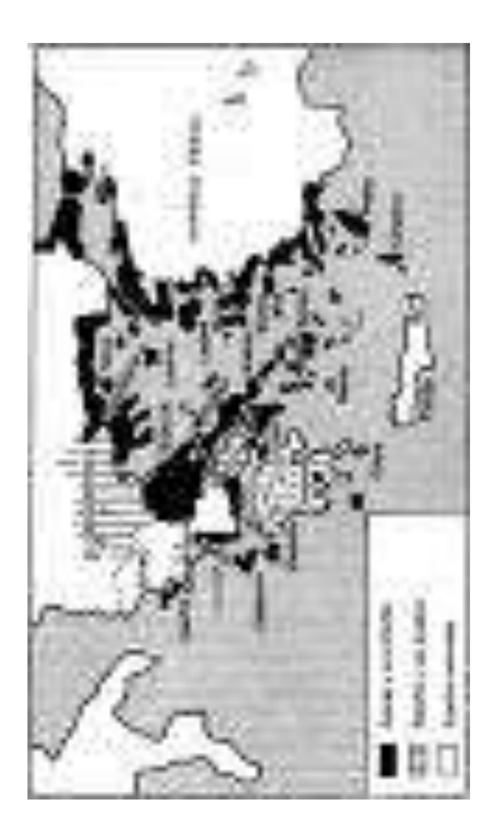


Fig. 4. Grecia en vísperas de la guerra del Peloponeso.

Frente a la movilización en masa de la Liga del Peloponeso los atenienses

eran manifiestamente inferiores por tierra, pues Atenas sólo logró juntar 13 000 hoplitas para el ejército terrestre de campaña, ya que los demás, aproximadamente 16 000 individuos de los reemplazos anteriores, sólo podían tomarse en cuenta para fines de guarnición o de defensa. En cambio, la flota, con sus 300 trirremes, constituía una máquina de guerra formidable, a la que se añadían además los contingentes de Quíos y Lesbos y de los nuevos aliados del mar Jónico, esto es, de Corcira, Cefalenia y Zacinto (Zante). La flota mantenía abiertas fácilmente las vías marítimas hacia Atenas y aseguraba, en esta forma, la importación de las mercancías indispensables.

La intención de Pericles consistía en mantenerse a la defensiva por tierra y en tomar la ofensiva por mar; quería intranquilizar a los peloponesios mediante desembarcos por sorpresa en sus costas. Por supuesto, este plan requería por parte de los atenienses gran disciplina y devoción. Dado que había que contar con una invasión del ejército peloponesio federado superior, se habían adoptado disposiciones para la evacuación del Ática. Toda la población rural había de ser alojada en el espacio existente entre ambos lados de los Muros Largos, mientras que la tierra llana, con excepción de un par de castillos, había de cederse a los lacedemonios. Atenas, los Muros Largos y el puerto del Pireo formaban una sola fortaleza gigantesca, cuya defensa fue confiada a los hoplitas de los reemplazos más antiguos, en tanto que el ejército de campaña quedaba libre para las operaciones contra los peloponesios. Con la flota también se podía transportar el ejército a regiones ultramarinas, si la situación lo requería. En Atenas nadie pensaba en una derrota del enemigo y solamente una estrategia de desgaste podía conducir al objetivo perseguido.

La guerra del Peloponeso es una guerra civil griega. Nada cambia en este hecho el que también intervinieran potencias extranjeras (primero Macedonia, y luego Persia). Pero observamos con sorpresa y decepción, con todo, que la idea de la solidaridad étnica de todos los griegos no fue esgrimida por ninguna de las partes durante los casi tres decenios de duración de la contienda. Esto encuentra su explicación, ante todo, en la autonomía de las comunidades griegas y en el estrecho patriotismo de sus habitantes. Las violentas oposiciones entre los griegos fueron las que decidieron el conflicto, esto es, los celos de Corinto en relación con el comercio, la opresión de Mégara y, en general, el miedo de los peloponesios ante una nueva expansión de Atenas que, comparable al imperio colonial británico, se había asegurado por doquier bases importantes: en Tesalia, en Tracia, en el Helesponto y el Bósforo, en la costa occidental de Asia Menor, en las islas del mar Egeo, en el mar Jónico, e incluso en el estrecho de Mesina y en Sicilia. Hasta donde alcanzaba el mar, hasta allí llegaba la bandera ateniense: era respetada y temida en

el mundo entero. No se podía ocultar a ningún peloponesio, y menos aún a los lacedemonios, que llegaría un momento en que nada podría hacerse en el mundo griego sin la conformidad o la aprobación expresa de Atenas. También en Esparta había políticos clarividentes que consideraban su deber oponerse a semejante evolución mientras era tiempo todavía. Vista la cosa desde Esparta y desde el punto de vista de los demás peloponesios, aquélla era una guerra preventiva: el poder de Atenas había de reducirse a una medida que resultara soportable para los peloponesios. Por lo demás, apenas hubo de contarse allí desde el principio con una victoria completa de las armas peloponesias.

El primer capítulo, esto es, la guerra de Arquidamo, duró diez años, del 431 al 421. Lleva el nombre del rey espartano Arquidamo que condujo el contingente de los peloponesios al Ática, pese a que él mismo no era un entusiasta de la guerra. Las acciones empezaron con un poderoso ataque de los tebanos contra Platea (marzo del 431). Entre las dos ciudades existían desde hacía tiempo fuertes tensiones. Tebas perseguía la ampliación y la perfección de la Liga beocia, que ella capitaneaba, y no quería renunciar a Platea, que tenía amistad con Atenas. Las intenciones de los peloponesios se veían favorecidas por la existencia en Platea de un grupo amigo. Sin embargo, el ataque fracasó, los tebanos que habían penetrado en la ciudad, 180 en número, fueron capturados y, contrariamente a la promesa dada, fueron ejecutados. A una demanda de auxilio de los plateenses, los atenienses establecieron en Platea una guarnición, evacuaron a las mujeres y los niños, y la ciudad misma se preparó para el sitio. Los acontecimientos de Platea constituían una violación flagrante de la paz de los treinta años.

En mayo del 431, o sea, solamente dos meses después, hizo su aparición el ejército peloponesio sobre el suelo ático. Arquidamo, rey de los lacedemonios, hizo un nuevo intento de llevar a los atenienses a hacer concesiones. Pero Pericles se mantuvo firme, e incluso se había promulgado una resolución popular que prohibía negociar con el enemigo bajo la presión de las armas. Los atenienses pusieron sus familias y sus bienes más valiosos en seguridad en el espacio comprendido entre los Muros Largos. Allí fue alojada toda la población ática, en alojamientos improvisados, apelmazada en un espacio reducido. Hubo de constituir una dura prueba de esta resolución contemplar desde las almenas de las murallas cómo los trigales del Ática eran pasto de las llamas y cómo los viñedos y los olivares eran destruidos por los peloponesios. Al escasear los víveres de los peloponesios, éstos se acercaron más a Beocia y emprendieron finalmente la retirada, siendo licenciados los contingentes de los diversos estados para que pudieran volver los hombres a sus casas. La campaña no había durado más de un mes. La réplica de Atenas consistió en el envío de una escuadra de 100 trirremes

contra la costa del Peloponeso. En los barcos iban 1000 hoplitas y 400 arqueros. Fracasó un ataque contra Metona, porque los espartanos tenían en ella, en la persona de Brásidas, a un excelente general; pero los atenienses fueron más afortunados, en cambio, con un desembarco en la región de Élide. Fue mucho más peligrosa que esta política de alfilerazos la incursión de la flota ateniense en el mar Jónico, donde la isla de Cefalenia no tardó en ponerse del lado de Atenas. En el golfo Sarónico, Pericles expulsó a los habitantes de Egina quienes, con el beneplácito de los espartanos, pudieron establecerse en la región de Tirea. Este cambio de residencia constituye un punto luminoso de humanitarismo griego en medio de los horrores de la guerra del Peloponeso. De modo totalmente distinto se comportaron los atenienses más adelante, el año 424, cuando Nicias desembarcó en Tirea, hizo prisioneros a los eginetas y se los llevó a Atenas, donde fueron ejecutados.

Las acciones por tierra de los atenienses fueron insignificantes. Pericles devastó extensas regiones de Mégara, y en el norte seguía luchándose frente a la ciudad de Potidea. Los atenienses la habían cercado y su caída era solamente cuestión de tiempo. Potidea encontró apoyo en el rey Pérdicas II de los macedonios, en tanto que los atenienses encontraban un valioso aliado en Sitalces, rey de los odrisos tracios. Mediante su unión con el soberano tracio se abrió a los atenienses un vasto territorio interior que, sobre todo gracias a su abundancia en materias primas y esclavos, fue de un valor incalculable para la economía de su ciudad. Sin embargo, las grandes esperanzas que Atenas había puesto en el nuevo aliado no se realizaron.

A principios del verano del año 430 aparecieron los peloponesios por segunda vez en Ática. Sólo pocos días después hizo también su aparición otro huésped indeseable: era la peste que, importada del otro lado del mar, causó en Atenas los más terribles estragos. En la ciudad hacinada, la epidemia encontró un terreno abonado. Tucídides ha descrito la enfermedad con todo detalle (III, 48-54), y cuenta que la sufrió él mismo y vio a otros que la sufrían. Si hemos de otorgarle crédito, la peste se habría iniciado primero en Etiopía, habría pasado luego a Egipto y Libia, se habría mostrado a continuación en Asia Menor y habría sido llevada por barco al Pireo. Gracias a la descripción de Tucídides conocemos perfectamente el curso de la enfermedad. Empezaba ésta con un gran calor en la cabeza y escozor en los ojos, a continuación de lo cual no tardaban en presentarse náuseas, con fuertes convulsiones y un tragar seco. La piel se cubría de tumores, los enfermos padecían una fiebre muy alta y sufrían desasosiego e insomnio. En la mayoría de los casos, la crisis se presentaba en el séptimo o el noveno día. En aquél que la sobrevivía, la enfermedad pasaba al vientre; los individuos se veían

atormentados por supuraciones y diarrea y morían de debilidad. Y el que pasaba también esta etapa quedaba con huellas de la enfermedad en las extremidades, y algunos perdían incluso algún miembro o la vista, en tanto que otros perdían la memoria. No parece que se produjeran recaídas. Frente a la peste, todo auxilio médico se revelaba como inútil. Incluso hoy la ciencia no está todavía en condiciones de definir la enfermedad exactamente. Parece que la peste bubónica y el tifus exantemático han quedado excluidos, y sólo puede decirse que hubo de tratarse de una grave enfermedad infecciosa.

La peste hizo estragos en Atenas durante dos años y se extendió también a otras regiones; así, por ejemplo, para la lejana Roma está atestiguada en el año 436 una peste que es idéntica, no cabe duda, a la de Atenas. Por lo demás, se desprende de aquí que la cronología vulgar de Livio (IV, 21) está anticipada en seis años. En Atenas, la peste se llevó en cuatro años (430, 429, 426 y 425) una tercera parte de la población ática. Tan grave como la pérdida en vidas fue el efecto sobre la moral de los atenienses. Cuanto más se extendía la enfermedad, tanto más se apoderaba de los individuos la indiferencia y el desconcierto, pero por otra parte también la frivolidad y el afán de placeres.

Al enterarse de la aparición de la epidemia, los peloponesios evacuaron inmediatamente el Ática. Con excepción de unos pocos casos (Figalia), la peste no apareció en el Peloponeso en parte alguna. Por supuesto, se había recurrido allí a medidas preventivas categóricas, ya que todo ateniense y todo miembro de la Liga marítima que caía en manos de los peloponesios era ejecutado en el lugar mismo. En Atenas la ira de la población se dirigió contra Pericles, cuyo plan de guerra, mediante el hacinamiento de la población ática en la zona de los Muros Largos, había proporcionado a la peste, se decía, un terreno abonado. Primero se intentó llegar a la paz con Esparta, pero al fracasar esto ante las exigencias de los lacedemonios, la oposición emprendió el ataque principal, con el apoyo de la población, contra Pericles. Por decreto de la asamblea, fue depuesto de su cargo de estratego y acusado además de desfalco del erario, por lo que se le condenó a una multa pecuniaria. Por lo demás, este reproche hubo de ser, con la mayor probabilidad, absolutamente infundado, porque si alguien se guardó de enriquecerse en Atenas a expensas de la colectividad fue Pericles.

Con la capitulación de Potidea, después de dos años de sitio, se anotó Atenas en la primavera del 429 un éxito importante en el norte del Egeo. Las condiciones que se concedieron a Potidea fueron muy benignas: a sus habitantes se les permitió abandonar la ciudad, pudiendo llevarse cada hombre un vestido y dos las mujeres, así como algo de dinero para el camino. Podían escoger la residencia

libremente. Sin embargo, el éxito de los atenienses se vio contrarrestado por el hecho de que, pocos meses después, el ejército ático de hoplitas fue derrotado en lucha contra los calcídeos junto a Espartolo. Es éste el primer encuentro en que la caballería y los peltastas (soldados de infantería ligera) se imponían a los hoplitas.

En ocasión de las elecciones de estrategos de la primavera del año 429, Pericles se había vuelto a imponer. Pero era demasiado tarde, porque, marcado por la enfermedad, era ya, después de la muerte de sus dos hijos legítimos, un individuo acabado, y falleció a los tres meses de haber obtenido el cargo (en verano del año 429). Con él bajó a la tumba toda una época a la que él había imprimido el carácter de su genio. Pericles no dejó herederos políticos en sentido propio. Pasaron a ocupar su lugar unos políticos del tipo de Eucrates, Lisicles y Cleón, individuos todos ellos que, en cuanto hombres de oficio, sufrían menos de los males de la guerra que los campesinos, cuyos campos volvían a ser constantemente incendiados por los peloponesios. Eucrates explotaba un molino y un negocio de cáñamo. Lisicles, con quien más adelante se casó Aspasia, era tratante en ganado, y Cleón, el más importante de este triunvirato, poseía un taller de curtido y un negocio de cuero. A estos tres individuos se agregó más adelante también Nicias, hijo de Nicérato, quien se distinguió reiteradamente en la guerra de Arquidamo. Pero tampoco Nicias era un Pericles y, en particular, no estaba en condiciones de ejercer en el terreno político aquella influencia que habría sido necesaria para terminar la guerra con un resultado favorable para Atenas.

Entre las hazañas más brillantes de la historia naval ática figuran las operaciones de Formión en el golfo de Corinto (429). En efecto, pese a la superioridad numérica de los adversarios, Formión logró establecer y mantener un bloqueo marítimo en el estrecho de Río, encerrando en el golfo la mayor parte de la flota peloponesia, con lo que quedó descartada para las operaciones navales. Después de un rodeo por Acarnania, donde ocuparon el poder en diversas localidades los partidarios de Atenas, como en Estrato, Formión regresó por Naupacto (Lepanto) a Atenas. Pese a sus éxitos indiscutibles, fue acusado poco después ante los tribunales y condenado a una multa pecuniaria. Como no pudo pagarla, cayó en *atimía* («deshonor») y no pudo volver a ocupar cargo alguno.

El año 428 llevó aparejada para Atenas una crisis muy grave. La rica isla de Lesbos se separó, con excepción de la ciudad de Metimna, de los atenienses. Lesbos había sido durante medio siglo uno de los aliados más fieles de Atenas. Para ésta, la defección se producía en un mal momento, porque podía arrastrar fácilmente a otros círculos y hacer peligrar el dominio ático en la costa asiática y el Helesponto. Lesbos se asoció a Esparta e incluso fue admitida con las debidas

formalidades en la Liga del Peloponeso. Sin embargo, los peloponesios dejaron de prestar una ayuda eficaz, en tanto que los atenienses, por el contrario, enviaron a Lesbos al estratego Paquete. Éste llevó consigo 1000 hoplitas en las naves; por lo visto no había remeros, ya que los hoplitas tuvieron que remar. Paquete cercó la ciudad de Mitilene con un muro. La expedición costó mucho dinero; por vez primera hubo que recurrir a un impuesto directo sobre la fortuna, a una *eisphorá* («contribución»), que produjo 200 talentos. También los tributos de los aliados fueron recaudados con particular severidad. Ya en ocasión de la resolución relativa al impuesto sobre la fortuna intervino Cleón activamente, y la primavera siguiente fue elegido como helenotamías (recaudador de los impuestos de la Liga marítima), en tanto que aparecen en otros cargos importantes Nicias, Eurimedonte y Demóstenes, estrategos los tres. En Mitilene esperaban en vano la ayuda de los peloponesios. Al jefe de su flota, Alcides, le faltó el valor necesario y, por otra parte, el sistema de comunicaciones falló por completo; únicamente cerca de Eritras, en la costa de Asia Menor, obtuvieron los peloponesios noticia cierta de que Mitilene había capitulado una semana antes (en julio de 427). El tratado concertado entre Paquete y los mitilenios es, en su redacción, perfectamente inocuo (Bengtson, *Staatsverträge*, n.° 170); sin duda, los mitilenios se rendían incondicionalmente, pero Paquete se comprometía a no ejecutar, dar en esclavitud o meter en la cárcel a ninguno de ellos antes de que volviera de Atenas la embajada de los mitilenios. Mientras tanto, en Atenas los ánimos se caldeaban. En una asamblea popular dramática se decretó, a propuesta de Cleón, que todos los mitilenios adultos fueran ejecutados y que las mujeres y los niños fueran vendidos como esclavos. Al día siguiente se revisó la monstruosa resolución: sólo habían de morir los mitilenios enviados por Paquete a Atenas, en conjunto unos mil. El elevado número que figura en el texto de Tucídides (III, 50, 1) siempre ha sido motivo de reparo; se ha pensado en un error de escritura y que en lugar de A (1000), había de leerse Λ (30). La cuestión habrá de permanecer indecisa, a menos que se pueda decidir algún día basándose en material documental. Las ciudades de Lesbos, con excepción de Metimna que había permanecido fiel a los atenienses, perdieron su independencia; sus tierras fueron expropiadas y distribuidas por sorteo entre clerucos atenienses.

Poco tiempo después, en pleno verano del año 427, tocó a su fin el sitio de Platea; desde el verano del año 429 la desgraciada ciudad había sido sitiada por peloponesios y beocios, y Atenas no había estado en condiciones de ayudar a su aliada. Sólo quedaba en ésta una pequeña hueste, después que, en un intento afortunado, la mitad de la guarnición, 214 individuos en total, habían logrado atravesar las líneas enemigas y abrirse paso hacia Atenas (invierno del 428/27). Los espartanos habrían podido tomar la ciudad sin gran esfuerzo, pero temían hacerlo

porque contaban con que, al concertarse la paz, las localidades tomadas por la fuerza habrían de ser devueltas a sus propietarios anteriores. Los espartanos se habían comprometido de antemano a constituir un tribunal y castigar solamente a los habitantes de la ciudad que fueran criminales. Sin embargo, nunca tuvo lugar un verdadero procedimiento judicial, sino que los jueces espartanos hicieron a cada prisionero una pregunta capciosa: si durante la guerra habían hecho algún favor a los peloponesios; como ninguno pudo contestarla afirmativamente, los ejecutaron a todos, es decir, a unos 200 plateenses y a unos 25 atenienses. La actitud de los espartanos constituye un ejemplo elocuente de la psicosis de guerra. Es obvio que el tratamiento infligido a los plateenses era contrario a todos los principios del derecho internacional. Pero no debe olvidarse que también los plateenses habían cometido una violación flagrante de dicho derecho al ejecutar, contrariamente a su promesa, a los tebanos que habían penetrado en su ciudad. La ciudad de Platea pasó a ser propiedad de los tebanos; fue destruida por completo y borrada de la lista de las ciudades griegas.

El año 427 se distingue por el hecho de que estalló una revolución oligárquica en Corcira. La isla se había aliado con Atenas, pero el retorno del cautiverio corintio de aquellos prisioneros corcirenses que habían sido capturados durante la batalla de las islas Sibota, había preparado el terreno para una subversión. Las luchas internas de Corcira, libradas por ambas partes con el mayor encarnizamiento, constituyen una prueba del odio enorme que se había acumulado en ambos lados, tanto entre los oligarcas como entre los demócratas. La intervención de las fuerzas navales atenienses bajo el mando del estratego Nicóstrato tampoco condujo a una solución. Corcira concertó una alianza formal con Atenas (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 172) que sustituía a la antigua epimaquia, pero las luchas de los partidos volvieron a avivarse y, bajo la tolerancia tácita del ateniense Eurimedonte, la sed de sangre de los demócratas, de la que caían víctimas numerosos miembros del partido contrario, hacia estragos en Corcira.

Apenas quedó restablecida la influencia de los atenienses en Corcira, éstos enviaron una escuadra de veinte naves a Sicilia. Se trata de la primera expedición siciliana de los atenienses que, en otoño del año 427, habían dejado el Pireo bajo el mando de Laques. Precede a esta empresa la célebre embajada en Atenas del sofista Gorgias de Leontinos. Ésta estaba entonces en guerra con la poderosa Siracusa. Del lado de Leontinos estaban las ciudades calcídeas de Sicilia y, además, la doria Camarina y, finalmente, Regio. Los siracusanos, por su parte, estaban apoyados por cierto número de ciudades dorias (Gela, Selinunte, Mesina, Hímera) y, en el sur de Italia, por Locros Epicefiros.

La escuadra ateniense ancló en el puerto de la aliada Regio, pero no logró gran cosa a causa del reducido número de trirremes disponibles. Entre otras acciones, se emprendió una expedición de saqueo contra las islas Líparas (hoy Lípari), aliadas de Siracusa. En el año siguiente (426) también Mesina se pasó a la coalición ateniense con lo que resultó que Atenas y sus aliados controlaban los estrechos entre Italia y Sicilia. Halicias (en Sicilia occidental) concertó con Atenas un tratado de alianza del que se ha conservado parte (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 174). También el tratado con Egesta (Segesta) fue renovado por Laques.

¿Qué buscaban los atenienses en Occidente? No cabe duda que querían ante todo atacar las comunicaciones entre Corinto y Siracusa. Por otra parte, los atenienses habían de contar siempre con la posibilidad de que los siracusanos se decidieran a mandar barcos de guerra a los peloponesios, lo que habría constituido un refuerzo esencial de la flota contraria. La tarea de Laques consistía, pues, en fijar a los siracusanos en la isla de Sicilia, y en minimizar la influencia de los peloponesios, sobre todo de los corintios, en Occidente.

El año 426 los espartanos establecieron en Grecia una base central, cerca de las Termópilas: fue ésta la colonia Heraclea, en el monte Eta; sin embargo, sus deseos sólo se cumplieron en parte, pues los tesalios combatieron la colonia encarnizadamente. En general, dicho año se caracteriza por la extensión de la guerra a nuevos escenarios. Bajo el mando de Demóstenes y Procles, los atenienses penetraron en Etolia; sin embargo, los éxitos fueron inicialmente tan exiguos que Demóstenes no se atrevió a volver a Atenas al terminar el periodo de su cargo. Pero luego, en alianza con los acarnanios y los anfílocros, logró derrotar en una batalla a campo abierto a los ambraciotas y los peloponesios. Con todo, no pudo conseguirse un éxito categórico, porque los griegos occidentales, hasta entonces enemistados entre sí, concertaron en el invierno del 426 una alianza por cien años, con objeto de evitar el predominio de Atenas (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 175).

El año 425 constituyó un punto crítico en la guerra. En la primavera se hizo a la mar una flota ateniense de cuarenta naves, con la misión de llevar refuerzos a Sicilia. También se encontraba a bordo, aunque sin mando, Demóstenes. Éste, que reunía dotes de estratego, apreció la oportunidad de perjudicar a los espartanos mediante un desembarco en la costa de Mesenia. Cuando se tuvo que refugiar la flota en la bahía de Pilos a causa de un temporal, persuadió a los dos estrategos con mando, Eurimedonte y Sófocles, hijo de Sostrátidas, para que ocuparan la península de Corifasio a fin de entrar desde ella en comunicación con los mesenios. Mientras el grueso de las naves proseguía la navegación hacia Corcira, Demóstenes se quedó atrás con cinco barcos de guerra y algunos hoplitas. Los espartanos no

estuvieron afortunados en su réplica. Sin duda, pudieron ocupar la isla rocosa de Esfacteria, al sur de Pilos, pero la flota ateniense, regresando de Zacinto (Zante), bloqueó las dos entradas de la bahía de Pilos y aisló a 420 hoplitas lacedemonios, entre ellos a unos 200 espartanos, en aquella isla. Ante la amenaza inminente de la pérdida de aquellos guerreros absolutamente insustituibles, Esparta concertó un armisticio para la región de Pilos, y estaba dispuesta a entablar con Atenas negociaciones de paz. Si en ésta hubiera habido entonces un verdadero político, no cabe duda que habría aprovechado el favorable momento para llegar con Esparta y el Peloponeso a una paz tolerable. La guerra se encontraba ya en su séptimo año. Por desgracia, sin embargo, el poder político estaba en Atenas en manos de los radicales, sobre todo de Cleón. Como no se lograba hacer prisioneros a los lacedemonios aislados en Esfacteria, la asamblea popular ateniense encargó finalmente al propio Cleón, que había fanfarroneado mucho, que liquidara el asunto. Los atenienses desembarcaron en la isla un número de guerreros muy superior al de los enemigos y obligaron a rendirse a los que quedaban en ella, esto es, 292 hoplitas, entre ellos 170 espartanos. Este éxito debe atribuirse principalmente a Demóstenes, que aconsejó a Cleón muy acertadamente.

Sin embargo, los frutos de la jornada los cosechó Cleón. Fue colmado de honores y supo aprovechar el favor del momento para recaudar nuevos fondos a fin de proseguir la guerra. Cleón hizo triplicar los tributos de los aliados; la suma importaba ahora 1460 talentos. Por otra parte, se aumentaron las dietas de los jurados de dos a tres óbolos.

En la lucha contra los peloponesios los atenienses estuvieron también afortunados en otros lugares. En el mismo año, 425, ocuparon la península de Metana, cerca de Trecén, y al año siguiente Nicias conquistó la isla de Citera, con lo que se infligió un gran daño al comercio de los peloponesios, y, finalmente, cayó también en manos de los atenienses el puerto de Nisea, junto a Mégara. Proyectó una sombra sobre estos éxitos la derrota ateniense en Delión (424). Aquí, en Beocia, tuvo lugar la única batalla en campo abierto que se libró entre ambos rivales, y los beocios se mostraron superiores a los hoplitas atenienses. El resultado de la batalla constituye una prueba contundente de lo acertado del plan de guerra de Pericles, quien había previsto mantener en tierra una estrategia estrictamente defensiva. También en Sicilia estaba declinando la influencia ateniense. En presencia de los refuerzos atenienses los siciliotas se decidieron por la paz (424), animados en tal sentido por el siracusano Hermócrates. En un congreso celebrado en Gela se concertó una paz general, y los siciliotas invitaron a los atenienses a formar parte del tratado. Esto tuvo efectivamente lugar, y a continuación la flota ateniense abandonó Sicilia: una empresa iniciada con grandes esperanzas se había revelado

como ineficaz. Por lo demás, la rivalidad interna entre los griegos de Sicilia no tardó en reavivarse.

La guerra tomó un nuevo giro gracias al espartano Brásidas. Este individuo se había distinguido ya reiteradamente por su gran audacia y decisión; en las luchas por Pilos había sido herido de gravedad. A él le debían los peloponesios el que, pese a la pérdida de Nisea, Mégara pudiera conservarse. Brásidas dio a la estrategia una nueva concepción. Hasta entonces, los peloponesios habían asolado el Ática casi cada año, manteniéndose en el propio Peloponeso a la defensiva, sin que se emprendieran grandes acciones de ataque. No podía pasarse por alto, con todo, que Atenas tenía un talón de Aquiles, y éste se encontraba en Tracia y en la península Calcídica. Si se aplica la palanca aquí, podía conseguirse, en unión con Macedonia, un éxito mayor. Con 1700 hoplitas, Brásidas se trasladó, en el otoño de 424, desde el istmo y a través de Grecia central, hacia la base espartana de Heraclea, y desde allí, a través de Tesalia y Macedonia, a la península Calcídica. Las primeras ciudades que se pusieron de su lado fueron Acanto y Estagira; sin embargo, el éxito más importante lo constituyó la conquista de Anfípolis. Con los antiguos miembros de la Liga marítima procedió Brásidas en forma extraordinariamente benigna. Los tratados de capitulación seducen por su magnanimidad excepcional (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 181 a 182). Se relaciona con la pérdida de Anfípolis el destino personal del historiador Tucídides, pero falta el material necesario para poder juzgar acerca de su culpa o inocencia. Mediante la toma de otras localidades, especialmente de Torona, en la península de Sitonia, la posición de Atenas en Tracia se vio muy debilitada. Numerosas comunidades, disgustadas y enojadas por la elevación del tributo, sólo esperaban un signo para hacer defección.

En Atenas y Esparta el anhelo de paz se hacía cada día más fuerte. Los exponentes de esta tendencia eran ante todo Nicias en Atenas, y el rey Plistoanacte en Esparta. En esta última se estaba muy preocupado por la suerte de los prisioneros de Pilos, que los atenienses consideraban como una prenda en su poder: se había amenazado a los espartanos con ejecutarlos si el ejército peloponesio se atrevía a volver a invadir el Ática. Así se llegó en la primavera del 423 a un armisticio entre Atenas y Esparta, en el que fueron incluidos los aliados de ambas partes (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 185). El documento, que se ha conservado en Tucídides (IV, 118), pone de manifiesto, en forma interesante, las prácticas diplomáticas de los griegos. En el tratado se fijaban varias líneas locales de demarcación entre ambas fuerzas; por lo demás, se confirmaba la existencia de las posesiones territoriales de los dos beligerantes y, en relación con las cuestiones controvertidas, se preveía un procedimiento de arbitraje.

Pero se frustraron las esperanzas de llegar prontamente a un tratado de paz formal. Dos días después de haber sido firmado el tratado de armisticio hizo defección, en el lado de Palena de la península Calcídica, la ciudad de Esciona. Hubiera debido ser devuelta a los atenienses, pero Brásidas se negó a hacerlo. Así, pues, siguió la guerra adelante y, mediante una alianza con el inestable rey Pérdicas II de Macedonia y el príncipe Arrabayo, de Lincestas, los atenienses lograron cierta ventaja en el norte (Bengtson, *Staatsverträge* número 186). En esto Cleón apareció con un fuerte contingente en el escenario septentrional de la guerra, y a la reconquista de Torona siguieron otros éxitos notables. Sin embargo, desgraciadamente Cleón se dejó inducir a un ataque contra Anfípolis en el que fue sorprendido por Brásidas y totalmente derrotado. Además de Cleón, murieron 600 hoplitas en el campo de batalla. Se dice que el enemigo sólo perdió siete hombres, pero entre estos siete se encontraba también Brásidas (otoño de 422).

Tanto en Esparta como en Atenas los partidarios de la guerra habían perdido a sus respectivos jefes, y el anhelo de paz crecía intensamente en ambos estados. Esparta tenía dificultades en el Peloponeso y estaba además preocupada por la suerte de los prisioneros que se encontraban en poder de los atenienses. Nicias fue el principal responsable de haber creado en Atenas, contra la resistencia de los elementos radicales, los supuestos para la conclusión de la paz. Entró ésta en vigor a principios de abril del año 421. Fue concertada para un período de cincuenta años. Sus estipulaciones nos son conocidas por un documento conservado en Tucídides (V, 18) (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 188). El tratado preveía esencialmente el restablecimiento de la situación anterior a la guerra: Anfípolis revertió a Atenas, y los habitantes de las comunidades que volvían a ésta obtenían el derecho de elegir nueva residencia. Cierto número de ciudades calcídicas fueron declaradas autónomas, aunque con la obligación de pagar a Atenas el antiguo tributo (no las cuotas de la imposición de Cleón) fijado por Arístides. Atenas hubo de abandonar los puntos ocupados en la costa del Peloponeso. Delfos y su santuario fueron proclamados autónomos expresamente.

La paz de Nicias ponía fin a una lucha llena de vicisitudes, de diez años de duración, y sin una decisión clara. Los dos adversarios habían conservado esencialmente sus posesiones anteriores, pero no podía ocultarse a nadie que Atenas salía de la guerra debilitada. No se había recuperado todavía de las grandes pérdidas de vidas a causa de la peste, y la muerte de Pericles había dejado un vacío imposible de llenar. Estas pérdidas no quedaban en modo alguno compensadas por la situación que Atenas se había creado en el mar Jónico mediante la adhesión de Corcira, Cefalenia y Zacinto. Estas islas constituían, sin duda, los eslabones para la comunicación entre Grecia e Italia, pero cualquiera habría previsto que Corinto

haría todo lo posible para anular nuevamente el dominio ateniense en el mar Jónico.

De hecho, Corinto no era la única que estaba en contra de la paz concertada por Esparta; también se negaron a sumarse a ella Mégara, Élide y Beocia. Esparta se sintió aislada por la conducta de sus aliados y concertó con Atenas una alianza defensiva por cincuenta años. Los contratantes se comprometían, en caso de un ataque de terceros, a ayudarse mutuamente. En el supuesto de un levantamiento de ilotas, Atenas también había prometido su ayuda a Esparta (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 189). Es posible que hubiera individuos, de uno y otro lado, que esperaran un dominio común de ambos estados sobre toda Grecia.

La réplica de los anteriores aliados de Esparta se puso de manifiesto en la firma de una extensa alianza peloponésica. Pertenecían a la misma, al lado de Argos, que hasta entonces se había mantenido fuera del conflicto, Corinto, Élide, Mantinea y, además, los calcídeos. Esta alianza (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 190) produjo un efecto positivamente explosivo. Desgarraba la península en dos partes separadas, porque ni Mégara ni Tegea estaban dispuestas a romper con Esparta. Por lo demás, tampoco los beocios se fiaban mucho de Argos.

También para los atenienses era desafortunado el curso de los acontecimientos. Los espartanos simplemente no estaban en posición, aun de haberlo querido, de cumplir las condiciones de la paz de Nicias. Ante todo, Esparta no podía tomar sobre sí, ante la faz del mundo, la tarea de obligar a sus propios aliados renuentes, ante todo a Corinto y los calcídeos, a aceptar, por la fuerza de las armas, las condiciones de la paz. Se añadía a esto el hecho de que en Atenas iba ganando terreno una tendencia que distaba mucho de ser moderada. En la primavera del 420 había sido elegido estratego Alcibíades, hijo de Clinias. Alcibíades, educado en casa de Pericles, es el prototipo del hombre violento para el que tanto en su vida personal como en la política, todos los medios eran buenos con tal de que favorecieran sus fines egoístas. Marcado por el espíritu de los sofistas, adornado con ricas dotes, cautivador y afable en su trato con las personas, Alcibíades logró ganar para su causa, con el encanto que emanaba de su persona, incluso a contemporáneos suyos de pensar muy objetivo. Su fin era arruinar totalmente a Esparta, cuya capacidad de resistencia subestimaba. Había de servir de medio para ello la colaboración política entre Atenas, Argos y los demás peloponesios descontentos.

El vaivén político condujo primero a una alianza entre Esparta y Beocia en el año 420 (Bengtson, *Staatsverträge* número 192) y, finalmente, a instancia de

Alcibíades y para sobrepujar aquélla, a un tratado de alianza por cien años entre Atenas, Argos, Mantinea y Élide (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 193). Es significativo de estos tratados su carácter meramente transitorio, pues la constelación política cambiaba en cierto modo de un mes al otro. La tensión se descargó en la batalla de Mantinea (418): bajo el mando del rey Agis, el ejército espartano quedó victorioso sobre la coalición de la federación opuesta, con lo que el predominio de los lacedemonios en el Peloponeso se volvió a afirmar. El cambio se puso de manifiesto en los tratados de alianza que Esparta concertó con Argos, Pérdicas II de Macedonia y los calcídeos por una parte, y por otra parte con Mantinea (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 194). Es probable que los dos convenios se sitúen en el año 418. Para la política belicista de Alcibíades, el nuevo ascenso de Esparta representaba un rudo golpe. No cabe la menor duda de que fue precisamente su política la que recondujo a los peloponesios al lado de los espartanos.

En Atenas, el antagonismo entre Nicias y Alcibíades parecía insuperable. Guerra o paz, tal era la cuestión. En esto se decidió buscar la decisión en materia política por medio del ostracismo. El resultado apenas habría sido dudoso, porque los campesinos, que en caso de guerra habían de temer por sus campos, habrían hecho indudablemente inclinar la balanza contra Alcibíades. Que no ocurriera así fue única y exclusivamente culpa de Nicias quien, engañado por las promesas de Alcibíades, se ligó con éste en un cartel electoral; en esta forma, los votos de los partidarios de Nicias y de Alcibíades fueron dirigidos contra un tercero, Hipérbolo, quien fue efectivamente condenado al destierro. Este ostracismo del año 417 constituye sin duda el signo de una grave crisis interior del estado y de la ciudadanía áticos. Con razón ha dicho Eduard Meyer: «La decisión no sólo fue tal para el curso ulterior de la política, sino también por lo que se refiere a la esencia misma del estado ático. En efecto, la válvula de seguridad que hasta allí lo había conservado en todas las crisis se había vuelto inutilizable. La personalidad había triunfado sobre el conjunto del estado. Al revelarse incapaz de tomar una gran decisión, la democracia ática había pronunciado su propia sentencia».

La política de Atenas estaba en manos de Alcibíades y de Nicias, elegidos estrategos los dos para el año 417/16. Fue la ambición ateniense de poder la que llevó en el año 416 a la isla de Melos a la ruina. Melos había sido hasta entonces neutral; aunque figura en una lista del tributo del año 425, probablemente sólo hay que ver en esto una pretensión ficticia de Atenas. Este testimonio carece de fuerza frente a la indicación expresa de Tucídides. ¿Cómo había merecido Melos ser tratada por Atenas de forma tan ignominiosa? Los hombres fueron muertos, y las mujeres y los niños fueron vendidos como esclavos. En el célebre diálogo de los melios (V, 85 ss.), Tucídides ha expresado que, para Atenas, el poder pasaba aquí

ante la justicia y que los melios imploraron ayuda a los dioses en vano; ni siquiera Esparta iba a mover un solo dedo en favor de la desgraciada isla. Con razón la crítica histórica considera la expedición contra Melos como una encarnación brutal de la voluntad de poder ateniense, de la que no hay otro ejemplo parecido. Alcibíades, o quien quiera que aconsejara en tal sentido, no prestó a su patria ningún buen servicio, sino que cubrió de ignominia a su ciudad y a las armas que en su día forjara Pericles para su defensa.

Si la expedición contra Melos cayó pronto en el olvido, se debió a que otro acontecimiento, aún más memorable, había de eclipsarla al poco tiempo. Este acontecimiento fue la gran expedición de los atenienses a Sicilia (415-413). ¿Cómo se llegó a esta empresa fatal? En Sicilia, Siracusa había vuelto a restablecer su hegemonía sin gran dificultad: había dominado Leontinos y, en una disputa con Egesta (Segesta) había salido victoriosa. La demanda de ayuda de Leontinos y de Egesta encontró en Atenas oídos propicios. Ya anteriormente habían concebido vastos proyectos de conquista otros políticos atenienses como Cleón e Hipérbolo. Así, por ejemplo, los dos políticos mencionados habían considerado seriamente la posibilidad de una guerra de conquista contra Cartago. En Atenas, la perspectiva de poder adquirir en Sicilia grandes riquezas despertaba en la muchedumbre las esperanzas más extravagantes. Leemos en Plutarco (*Vida de Nicias*, c. 12) que en Atenas todos, jóvenes y viejos, sometían a discusión la intervención siciliana. En las palestras, los talleres y las plazas había grupos que discutían; se esbozaban mapas de la isla de Sicilia, se dibujaban planos de sus puertos y localidades. En el fondo se encontraba la esperanza de poner no sólo a Cartago, sino a toda la región occidental del Mediterráneo bajo el poder de Atenas. Al parecer no se le ocurría a nadie que estos proyectos rebasaran con mucho las posibilidades de Atenas.

¿Era realmente posible obtener un éxito contundente lejos de Atenas, cuando ni siquiera en la vecina Tracia se había logrado poner las cosas en orden? Atenas todavía tenía mucho que hacer en la Calcídica, y Anfípolis seguía sin haberse reintegrado a la Liga marítima. Nicias apelaba con toda seriedad al buen sentido de sus compatriotas. Sin embargo, se envió una embajada a Egesta, que regresó con grandes esperanzas y con promesas aún mayores. La causa de Alcibíades había triunfado, y la asamblea popular acordó conceder a Egesta la ayuda solicitada contra Selinunte. El mando de la expedición se confió a Alcibíades, Nicias y Lámaco; a los tres estrategos se les concedieron poderes especiales para la empresa. En Atenas se estaba seguro de la victoria; únicamente algunos pesimistas empedernidos, de los que se dice que formaba parte Sócrates, tenían sus dudas. El viaje de Atenas a Regio duraba diez días, si se efectuaba con tiempo favorable. Sin embargo, en invierno había que contar generalmente con una

interrupción de varios meses.

Justamente antes de la salida de la flota para Sicilia se produjo en Atenas el sacrilegio de los hermes. Al amparo de la oscuridad, los hermes erigidos en las plazas públicas y en las calles habían sido mutilados. Es muy probable que los autores obraran sin la menor intención política y que se tratara de un grupo de gente joven que, en un estado de humor travieso y después de una francachela, la habría emprendido contra los hermes. En condiciones normales habría sido competencia de los tribunales ordinarios el ocuparse de aquella chiquillada. Pero en el hervor de la alta tensión política se husmeó en Atenas detrás de dicho acto un verdadero «golpe de estado», y se hizo nombrar por el consejo una comisión de investigación formada por diez individuos; pero no pudo aclarar nada en relación con los autores. En cambio se denunció a Alcibíades por haber profanado en su casa los sagrados misterios de Eleusis; ha de considerarse como dudoso que esta acusación fuera fundada, pero el hecho de que se considerara a Alcibíades capaz de semejante sacrilegio es significativo. Pese a que por su parte solicitara que la cuestión se aclarara cuanto antes, lo cierto es que se difirió la acción hasta el regreso de la flota siciliana. Así, pues, conservó Alcibíades su mando.

En verdad era una fuerza bélica imponente la que emprendía el largo viaje a Sicilia por mar. Se trataba en conjunto de 134 trirremes, con una dotación de unos 20 000 hombres aproximadamente. Además, la flota tenía a bordo 5100 hoplitas y unos 1500 hombres de tropas ligeras. Por supuesto, el ejército de tierra no era suficiente para una gran guerra, pero la flota, en cambio, era muy superior al enemigo potencial, los siracusanos, y los atenienses llevaban una ventaja decisiva en cuanto a armamento.

En Occidente los atenienses fueron acogidos con mucha frialdad; las ciudades de Tarento y Locros, en la baja Italia, se mostraron hostiles, y tampoco en Regio se les dio una bienvenida particularmente cordial. Las ciudades griegas de Sicilia vacilaban en declararse abiertamente en favor de Atenas. Solamente cuando Catania les abrió las puertas pudo trasladarse la flota de Regio a Sicilia, y empezaron las primeras luchas con los siracusanos. Fue fatal que se destituyera a Alcibíades, que había sido el alma de la empresa. Tésalo, el hijo de Cimón, lo había denunciado a causa del sacrilegio de los misterios, y los atenienses enviaron el barco-despacho «Salaminia» con la orden de traer a Alcibíades de regreso. Pero no habían contado con la astucia de éste, quien siguió efectivamente a la «Salaminia» en una trirreme propia hasta Turios, en donde desembarcó y, pasando por Élide, llegó a Argos; cuando los espartanos le hubieron hecho saber que nada había de temer de ellos, se trasladó a Lacedemonia.

En Sicilia, la flota ateniense desembarcó en la gran bahía situada al sur de Siracusa. Pero, después de un encuentro desafortunado con los siracusanos, en que se puso de manifiesto la falta de caballería de parte de los atenienses, aquella posición hubo de ser abandonada. Mientras tanto, en Siracusa los ciudadanos se seguían armando con celo redoblado y se mandaron mensajeros a Esparta con la exhortación de reemprender inmediatamente la campaña contra Atenas. Pero los males no habían terminado todavía. Nicias empezó, después de una victoria sobre los siracusanos, con el sitio de la ciudad, a la que mediante un sistema de obras de asedio aisló del resto de la península. Los siracusanos se defendieron, por su parte, con otras obras, pero sin poder liberarse del cerco.

Había de revelarse como fatal la intervención simultánea de Atenas en Caria, donde apoyó la sublevación del dinasta Amorgas contra el Gran Rey persa. Violó en esta forma, a la faz del mundo, la paz de Calias. Pero los atenienses no parecían tener el más mínimo escrúpulo en este sentido.

Ante la demanda de ayuda de Siracusa, del invierno del 415/414, Esparta se decidió a emprender la guerra contra Atenas. A los espartanos no les resultaba nada fácil tomar semejante decisión, y fue ante todo Alcibíades quien los convenció para que la adoptaran. Efectivamente, si Esparta toleraba que Atenas dominara en Sicilia a la dórica Siracusa, y además que adquiriera la hegemonía sobre toda la isla, el prestigio de Esparta entre sus aliados quedaba desacreditado para siempre; esto equivalía para los lacedemonios a abdicar como gran potencia y a quedar relegados al papel de un pequeño estado del Peloponeso. Por otra parte, ya en el 414, mientras Esparta estaba en guerra contra Argos, los atenienses se hicieron culpables de varios ataques a ciudades de la costa espartana.

Los espartanos enviaron a Siracusa a Gilipo, lo que fue una gran ayuda para los sitiados. Éste logró atravesar el estrecho de Mesina antes que los atenienses, desembarcó en Hímera y los rechazó, con tropas auxiliares, hacia Siracusa, donde Nicias no se atrevió a presentarle batalla. A partir de este momento, a los atenienses les fueron las cosas en Siracusa de mal en peor. A principios del invierno del 414 llegó a Atenas un mensaje de Nicias en el que éste pedía que se suspendiera la empresa o que se enviaran a Siracusa fuerzas suficientes.

Para los atenienses esta noticia fue un duro golpe, pero al principio no permitieron que flaquearan sus esperanzas. Mientras en Atenas resonaban los arsenales y astilleros con el ruido de los armamentos que se preparaban para Sicilia, el ejército de los peloponesios penetró en el Ática, en la primavera del año 413, bajo el mando del rey Agis; los peloponesios fortificaron la localidad de

Decelia y establecieron en ella una guarnición. Esto tenía lugar por consejo de Alcibíades, el cual anteponía sus deseos de venganza a cualquier otra consideración. Atenas dejó de ser ama en su propia casa, y las incursiones de los peloponesios mantenían a toda el Ática inquieta; únicamente pudieron ser defendidas Eleusis y Salamina. A la devastación de la campiña ática se añadía un sensible retroceso de la actividad manufacturera; unos 20 000 esclavos se escaparon, la mayoría de ellos de las minas de Laurión, y para los víveres se dependía por completo de la importación.

La poca estima que se daba entonces a la dignidad humana y al sentido de humanidad lo revelan los acontecimientos que tuvieron lugar el año 413 en la pequeña localidad de Micaleso. Los atenienses habían reclutado una tropa mercenaria tracia de un total de 1300 hombres. Destinada originariamente a embarcar con Demóstenes para Sicilia, se mandó regresar esta tropa porque su manutención resultaba demasiado costosa y porque ya se disponía de gente suficiente. Después de haber atravesado el estrecho entre Beocia y Eubea, la tropa fue dirigida por el ateniense Diítrefes a Micaleso (anteriormente había causado daños en las inmediaciones de Tanagra) y se adueñó de dicha localidad, cuyos muros estaban en mal estado y ni siquiera las puertas, con ligereza culpable, estaban cerradas. Los tracios mataron literalmente a la población entera, sin respetar a mujeres y niños y ni siquiera al ganado. Se nos dice que los tracios penetraron en una escuela y mataron a todos los niños, sin excepción. Los tebanos, que acudieron a toda prisa, persiguieron a los bandidos tracios hasta el Euripo, donde muchos de ellos hallaron la muerte al tratar de llegar a los barcos porque no sabían nadar. El que lea en Tucídides este informe (VII, 29-30) experimentará algo del enojo del historiador por este sacrilegio repugnante que, por desgracia, no constituye en modo alguno un caso aislado en la guerra del Peloponeso.

Entretanto, los dos bandos mandaban refuerzos a Sicilia. El contingente de los atenienses era extraordinariamente vistoso. Demóstenes pudo reunir bajo su mando 73 trirremes, con 5000 hoplitas y numerosa infantería ligera a bordo de ellas, o sea, en conjunto, un contingente de unos 20 000 hombres aproximadamente. Sin duda, con esta expedición de auxilio se lo jugaba Atenas todo en una carta, y si no ganaba no sólo se habría perdido la expedición siciliana, sino que estaría perdida la propia Atenas.

Entretanto, frente a Siracusa la situación había cambiado (primavera del 413). Gilipo había efectuado un ataque nocturno contra las fortalezas construidas por los atenienses en el lugar llamado Plemirion, y éstos se habían visto reducidos a la defensiva. Por otra parte, Demóstenes no tuvo suerte con un ataque nocturno

contra la fortaleza situada en la colina, ya que los siracusanos, después de un pánico inicial, se recobraron y rechazaron a los atenienses. Entonces Demóstenes hubiera querido abandonar completamente la empresa, pero su compañero de mando, Nicias, se opuso, de modo que transcurrieron varias semanas en plena inactividad. Cuando Nicias estuvo finalmente de acuerdo, se produjo un eclipse de luna (27 de agosto del 413), a consecuencia del cual el supersticioso Nicias pospuso la salida durante un mes.

En un intento de romper el cerco enemigo, casi la mitad de la flota ateniense se perdió en el puerto; tal vez otro intento habría logrado su propósito, pero los atenienses estaban tan desanimados que ya no querían luchar más por mar. Así, pues, sólo quedaba el camino por tierra y, si bien las dificultades eran grandes, se habría podido salvar una parte considerable del ejército a condición de haber procedido inmediatamente a la ejecución del proyecto. Pero se dejaron transcurrir horas preciosas, durante las cuales los siracusanos lograron efectivamente bloquear los caminos hacia el interior de la isla. Seguía siendo un ejército muy numeroso (Tucídides lo calcula en 40 000 hombres) el primero que emprendió el camino hacia el oeste, siguiendo el curso del Anapo. Sin embargo, a causa de la oposición de los siracusanos, hubo que cambiar pronto la dirección de la marcha y, en la noche del sexto día, desviarse hacia el sur. Un intento de llegar al mar fracasó por completo.

Primero fue alcanzado Demóstenes con el grueso de la fuerza de su ejército que se iba disolviendo cada vez más; dos días después fue hecho prisionero el resto de los atenienses, con Nicias, junto al río Asínaro (otoño del 413). Se echó a los prisioneros en las canteras de Siracusa y allí perdieron la vida la mayoría de ellos por el rigor de la intemperie. Nicias y Demóstenes fueron ejecutados. Éste es el fin de la gran expedición siciliana, que los atenienses habían emprendido, por consejo de Alcibíades, con tan grandes esperanzas.

El resultado de la campaña constituye un ejemplo de las consecuencias de una dirección política y militar insuficiente. Sin duda, Nicias no es el responsable del fracaso, pero lo es del hecho de no haberse suspendido la expedición cuando todavía era tiempo. Su comportamiento suele disculparse en parte porque el año 415 la expedición se había emprendido en cierto modo a ciegas. En Atenas no se estaba enterado de la situación objetiva, y lo que se hallaba a la base de la resolución de la asamblea popular no eran más que ilusiones, esperanzas y especulaciones. Resulta trágico ver que Nicias, con su demanda bien intencionada de aumentar considerablemente el número de las naves y de las tropas, contribuyó de modo decisivo a agrandar el fracaso de la empresa que estaba ya condenada desde su origen. A la causa de la Liga marítima y de su relación con Persia, Atenas

tenía motivos sobrados para proceder con cautela. Una empresa que costó finalmente la vida o la libertad a casi 50 000 individuos se encuentra tanto menos justificada cuanto que falta desde el principio todo objetivo claro. Sin duda, hubo varios acontecimientos desafortunados que perjudicaron a los atenienses y también la *deisidaimonía* (la superstición) de Nicias produjo un efecto desastroso, pero, en el fondo, hay que reprochar en pleno al demos de Atenas y a sus demagogos por haber cavado la tumba a la grandeza de su ciudad paterna, con ceguera incomprensible.

Fue un azar feliz para Atenas que la catástrofe de Sicilia tuviera lugar a fines de la buena estación, porque así pudieron emprenderse durante el invierno siguiente (413/12) nuevos armamentos. Sin duda, la pérdida de la gran flota no se podía compensar, pero mediante la movilización de los últimos recursos financieros pudieron ponerse en grada nuevos barcos. Así, por ejemplo, se gravaron todas las mercancías importadas y exportadas en el área de la Liga marítima con unos derechos aduaneros del cinco por ciento, impuesto que a los aliados les resultó particularmente opresivo.

Mientras tanto, se habían producido en Persia ciertos cambios que anunciaban el inicio de una nueva era política con respecto a Grecia. Ya en el invierno del 425/24 había muerto el Gran Rey Artajerjes I; su reinado de cuarenta años (465/64-425) había sido poco glorioso, aunque había podido rechazar la incursión de los griegos en Egipto y conservar para el imperio la isla de Chipre. Su sucesor fue su hijo Jerjes II, quien, sin embargo, sólo reinó un mes y medio. Fue derrotado por su hermano Sogdiano. Pero tampoco éste pudo mantenerse en el trono; el sátrapa de Hircania, Oco, su hermanastro, le hizo asesinar y tomó posesión del trono con el nombre de Darío II (424). De la historia interna de Persia en esta época no se sabe gran cosa, ya que las fuentes sólo suelen consignar las intrigas de harén que, efectivamente, son características del imperio de los persas. Para los griegos era mucho más importante que el Gran Rey en la remota Susa, su representante en Asia Menor, el sátrapa de Sardes. El año 412 lo fue Tisafernes, quien se conoce sobre todo a partir de la *Anábasis* de Jenofonte como contrincante de Ciro el Joven.

A Tisafernes le debía Persia grandes servicios. Ya antes de ser nombrado sátrapa se había distinguido en la lucha contra su predecesor Pisutnes. Se volvió contra Amorgas, un descendiente de Pisutnes, que se había levantado en Caria contra el Gran Rey; los atenienses habían sido lo bastante imprudentes como para apoyar el levantamiento. Cuando se conoció en Persia la derrota de los atenienses en Sicilia en toda su extensión, el Gran Rey exigió a las ciudades griegas de Asia

Menor el tributo atrasado, es decir, las consideró como formando parte del imperio. Se aliaban con las pretensiones del rey persa las ambiciones de los lacedemonios, que ahora, después de la catástrofe siciliana, encontraban eco en todas partes. Eubea, Lesbos, Quíos, Eritras y otras ciudades de Jonia entablaron negociaciones con Esparta, en las que intervinieron también los sátrapas persas Tisafernes de Sardes y Farnabazo de Dascilio. El rey de Persia era un aliado muy importante; aunque fuera de Asia sus fuerzas no pesaran mucho, el oro persa, en cambio, era siempre apreciado y, con objeto de someter a Atenas definitivamente, a los espartanos les resultaba bueno cualquier medio.

Después que Mileto hubo caído en manos de los espartanos, firmaron éstos, en la primavera del 412, un convenio con el Gran Rey. El documento lo transmite Tucídides (VIII, 18) literalmente, y es el primero de los tratados concertados entre Esparta y Persia (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 200 a 202). Las condiciones no son satisfactorias para Esparta: los lacedemonios habían de renunciar a las ciudades y a toda la tierra que había estado en posesión del Gran Rey o de sus predecesores; se comprometían además a impedir, juntamente con los persas, toda intervención de los atenienses en Asia Menor; la guerra contra Atenas la habían de proseguir Persia y Esparta juntas, y quedaba prohibido concertar una paz por separado.

La mención de Tisafernes, cuyo nombre figura en el documento del tratado detrás del nombre del rey, pone de manifiesto a quién se debía el tratado. Efectivamente, Tisafernes fue el vencedor real. Los peloponesios le ayudaron a obtener la victoria sobre el dinasta de Amorgas en Iaso (Caria). Sin embargo, no tardaron en presentarse las primeras diferencias entre los nuevos aliados y, concretamente, a causa del importe del pago de las soldadas por parte de los persas. Hubo que formular las estipulaciones del tratado con mayor precisión. Esto tuvo lugar en el segundo tratado (Tucídides, VIII, 37), pero tampoco éste fue de mucha duración. Entretanto, Alcibíades, que anteriormente había patrocinado la aproximación entre Esparta y los persas, empleaba ahora una nueva táctica. Había convencido a Tisafernes de que no beneficiaba en modo alguno a los persas el que se pusieran incondicionalmente del lado de los espartanos y que les convenía, antes bien, mantener cierto equilibrio entre Esparta y Atenas.

Las figuras sobresalientes de los acontecimientos que tuvieron lugar a partir de 412, son indiscutiblemente Alcibíades y el sátrapa persa Tisafernes. En Atenas, en cambio, cada vez se ponía de manifiesto con mayor claridad la falta de una concepción definida; pero faltaba al propio tiempo el jefe capaz de aunar una vez más las fuerzas de la ciudad y de aplicarlas a un objetivo concreto. La pérdida de la mayor parte de Jonia en el año 412 constituyó un rudo golpe para Atenas y,

además, también se pasaron al enemigo Cnido y Rodas, de modo que a aquélla sólo le quedaban unas pocas islas, entre ellas Lesbos y Samos, y un par de ciudades del litoral, ante todo Halicarnaso y Clazómenas.

Atenas estaba tan agotada a principios del año 411 que hubiera bastado un pequeño esfuerzo de los peloponesios, los siracusanos y los persas para destruirla definitivamente. ¿Y a quién cabía achacar la responsabilidad de esta serie de desastres sino a la democracia ateniense? Nada tenía de extraño, pues, que los enemigos de la democracia levantaran en Atenas la cabeza, con Antifonte de Ramnunte, un célebre orador, al frente. Ya anteriormente, probablemente a fines del 413 o principios del 412, se había instituido en Atenas una autoridad de diez *probulos* (consejeros previos), que se hizo cargo de una parte de las funciones anteriores del consejo. Las actividades oligárquicas en Atenas no desagradaban a Alcibíades, pues esperaba que la oligarquía le permitiera el retorno a la ciudad paterna. Así, pues, se comprometió a mediar entre Atenas y Persia para lograr un tratado entre ambas, aunque, por supuesto, bajo la condición de que la democracia quedara eliminada en aquélla. Pero parece que Alcibíades había sobreestimado su influencia sobre Tisafernes, porque precisamente ahora se concertó el tercer tratado decisivo entre Persia y Esparta. Los subsidios persas aparecían por primera vez en este tratado, así como el compromiso de los persas de hacer intervenir su flota en el Egeo, lo que, como es sabido, nunca tuvo lugar por las razones que fuera.

En Atenas se llegó, con todo, al cambio de régimen, aunque es difícil pensar que tuviera lugar en la forma ordenada que reflejan los documentos reproducidos por Aristóteles. La democracia fue enterrada; desde entonces sólo tuvieron derechos políticos cinco mil ciudadanos, y el Consejo de los Quinientos fue disuelto (mayo del 411). La autoridad más importante era ahora el Consejo de los Cuatrocientos, de cuyo seno se elegían los estrategos y los demás funcionarios: era, en realidad, el que ejercía la jefatura del estado ático. Se abolieron los sueldos, lo que representó un alivio considerable de las finanzas públicas. La caída de la democracia constituye un corte profundo en la vida constitucional de Atenas; el ordenamiento de Clístenes estaba abolido, y Atenas se había convertido en oligarquía. Sólo en el futuro se podría saber si era o no prudente cambiar la Constitución en aquellos momentos críticos. De hecho, también había graves dificultades en Samos, donde estalló una revolución oligárquica que, sin embargo, no fue aprobada por la masa de la tripulación de la flota ateniense y fue reprimida fácilmente.

La inestabilidad de la situación en Samos se manifiesta por el hecho de que Alcibíades fue elegido estratego por las tripulaciones de la flota que allí estaba. La

personalidad fascinadora del individuo, la desgraciada situación en la guerra y las condiciones políticas confusas en la patria, contribuyeron ciertamente a que la gente se lanzara en brazos de Alcibíades. A éste no le importaba demasiado de hecho el régimen del estado ateniense, lo único que le molestaba era el nuevo Consejo de los Cuatrocientos, cuya abolición pidió, solicitando el restablecimiento del antiguo Consejo de los Quinientos de la Constitución de Clístenes. En Atenas, la situación empezaba a ser insegura para los oligarcas. Uno de sus jefes, Frínico, fue asesinado en la ciudad. Los oligarcas y los demócratas llegaron a un compromiso: se iba a conservar el dominio de los cinco mil, pero eligiendo de su seno un nuevo Consejo. Los nuevos fracasos en el escenario de la guerra y, ante todo, la pérdida de las comunidades del Helesponto, así como la de la rica isla de Tasos y, finalmente, la de Eubea, absolutamente imprescindible para la alimentación de Atenas, contribuyeron de modo decisivo a la caída de los oligarcas.

A partir de entonces todas las decisiones estaban en manos de los cinco mil ciudadanos que estaban en condiciones de equiparse con armas. Estos elegían un Consejo de cuatrocientos miembros, dividido en cuatro secciones, que despachaba los asuntos corrientes. De este Consejo se extraían todos los funcionarios dirigentes del estado. Además se formó una comisión para la redacción de las leyes, a la que se le confirió el encargo de redactar el derecho vigente en Atenas, tarea, sin embargo, que sólo cumplió de modo insuficiente y con una gran pérdida de tiempo. La nueva Constitución favorecía decididamente el Consejo de los Cuatrocientos, al que hay que considerar como verdadero regente de Atenas. Por lo demás, y gracias a la moderación de Terámenes, la modificación de la Constitución tuvo lugar sin violencia. Aún suscita nuestra admiración ver con qué energía Atenas, gravemente afectada por la guerra, volvió a enderezarse para proseguir la lucha con todas sus fuerzas. Sin duda, se contaba ahora con el concurso de Alcibíades, quien infligió a las flotas de los peloponesios, en Abidos (otoño del 411) y Cícico (mayo del 410) sendas sensibles derrotas. En particular las pérdidas sufridas junto a Cícico hicieron que los espartanos se mostraran inesperadamente dispuestos a hacer la paz (verano del 410). Esparta llegó al extremo de ofrecer a los atenienses la paz sobre la base de que cada parte conservaba las posesiones que tenía en aquel momento. Estaba dispuesta a ceder Decelia a cambio de Pilos y Citera. Sin duda, hubiera sido duro para Atenas renunciar a todas las comunidades que se habían separado de ella desde la reanudación de la guerra, pero aun con la mejor buena voluntad no cabía esperar más y, además, Atenas quedaba todavía con una posesión considerable, ante todo con Samos y Lesbos, así como con el dominio sobre las Cícladas y el Quersoneso tracio, lo que no constituía una salida tan mala, después de todo, de la guerra que

tan a la ligera había provocado.

Pero a causa de las victorias en el Helesponto se había fortalecido nuevamente en Atenas la tendencia democrática, siendo su jefe Cleofonte, un fabricante de liras. El dominio de los cinco mil había tocado a su fin, y volvió a introducirse la democracia. Terámenes, que tantos méritos tenía contraídos por la reconciliación entre los oligarcas y los demócratas, había partido anteriormente, al frente de una escuadra, hacia Jonia. En esta forma quedaba concluido el interludio oligárquico, pues a partir de julio del 410 volvía a reunirse el Consejo de los Quinientos, y también los comités del tribunal popular reanudaron su actividad, como si ni en el interior ni en los teatros de operaciones hubiera ocurrido nada importante. Por un decreto introducido por Demofonte, los ciudadanos hubieron de prestar un juramento especial de fidelidad a la Constitución. Pero como sin dietas no hay democracia, Cleofonte volvió a introducirlas para los miembros del Consejo y de los tribunales populares. A esto se añadía además un pago de dos óbolos a cada ciudadano que no percibía ninguna otra dieta. Resulta fácil imaginar que la situación financiera de la ciudad, ya apurada, quedó con ello aún más agravada.

Su gran día lo tuvo la democracia ateniense recién recobrada el día de las Plinterias (en junio) del año 408. En dicho día regresó Alcibíades a su ciudad paterna. Ésta le dispensó una recepción triunfal. Se había olvidado todo lo que le había hecho a la patria, ya nadie hablaba de su traición, las maldiciones formuladas en contra suya fueron retractadas, las lápidas sobre las que estaba grabada su sentencia fueron destrozadas y se le compensaron los bienes embargados mediante una donación honorífica del estado. Además, el pueblo ateniense le confirió el mando supremo sobre las fuerzas de mar y tierra, de modo que se convirtió en una especie de generalísimo (*hegemón autokrátor*, Jenofonte, *Hel.* I, 4, 20). Sin embargo, las grandes esperanzas que se habían puesto en su persona no eran más que ilusión y estaban en contradicción flagrante con la situación de Atenas.

Respecto a Esparta, Alcibíades debía enfrentarse ahora a un contrincante que no solamente estaba a su altura, sino que, en muchos aspectos, incluso lo superaba. Se trataba del espartano Lisandro. Este individuo había consagrado sus energías durante toda su vida al servicio de su patria. De origen humilde, poseía, lo mismo que Alcibíades, la facultad de atraerse a los hombres y de utilizarlos para sus proyectos; además, era absolutamente insobornable, una cualidad que vale la pena destacar especialmente entre los griegos. Constituyó para Atenas otro infortunio el que se produjera en la política persa un cambio. Darío II decidió poner fin a la

política pendular entre Atenas y Esparta. Su autor, el sátrapa Tisafernes, fue alejado de Sardes y destinado a la satrapía de Caria. Su lugar en el Asia Menor occidental pasó a ocuparlo el segundo hijo del Gran Rey, Ciro el Joven, quien en adelante había de intervenir activamente, en calidad de comandante supremo (*káranos*) de todas las fuerzas persas en Asia Menor y de sátrapa de Sardes, en la política occidental. La colaboración de Ciro y de Lisandro no tardó en llevar rápidamente a Atenas al borde del abismo. Gracias a los subsidios persas, los espartanos estuvieron en condiciones de pagar a la tripulación de la flota un sueldo mayor (cuatro óbolos en lugar de tres) que los atenienses. Al conseguir Lisandro una victoria naval junto a Notion sobre uno de los subcomandantes de Alcibíades (primavera del 407), la carrera de éste tocó a su fin. Dado que no estaba en condiciones de realizar el milagro que en Atenas se esperaba de él, fue depuesto de su cargo. Alcibíades se fue a continuación al Quersoneso tracio, donde vivió como un gran señor independiente. Después de terminada la guerra fue nuevamente desterrado por los atenienses, y tampoco podía ya esperar nada de los espartanos. Se refugió, pues, en la corte del sátrapa Farnabazo de Dascilio, el cual, a instancias de Lisandro, le hizo asesinar (otoño del 404).

En el año 406 Atenas había vuelto a armar una gran flota, lo que sólo fue posible porque los atenienses no respetaron ya ni siquiera las ofrendas votivas del Partenón. Efectivamente, obtuvieron una victoria junto a las islas Arginusas (en el canal entre Lesbos y Asia Menor) en agosto del 406. Ésta fue la última gran victoria naval de los atenienses: cayó allí el almirante espartano Calicrátides y 70 de sus naves fueron apresadas. Pero a causa de un temporal procedente del norte que se había levantado de repente, no fue posible salvar a los náufragos atenienses. Por esta razón, los estrategos con mando, seis en conjunto, fueron llevados ante el tribunal y, mediante un procedimiento a todas luces irregular, y además no por el tribunal ordinario sino por la asamblea popular, fueron condenados a muerte y ejecutados. Entre ellos se encontraba también el hijo de Pericles y Aspasia, que llevaba el nombre de su padre. Aun suponiendo que los estrategos y sus subordinados no hicieran todo lo que hubiera podido hacerse para salvar a los náufragos de los restos de las naves a la deriva, no deja de ser ésta una sentencia injusta; con ella la democracia se condenó a sí misma. La ceguera de los dirigentes, especialmente de Cleofonte, también se pone de manifiesto en el hecho de que fuera rechazada sin más una nueva oferta de paz de los espartanos.

El golpe final lo asestó la derrota de los atenienses junto a Egospótamos (literalmente: «los ríos de la cabra»), en el Quersoneso tracio. En este lugar Lisandro asaltó los barcos atenienses que habían sido sacados a la playa y los destruyó junto con sus tripulaciones (en el verano del año 405). Los atenienses

prisioneros, unos tres mil hombres en total, fueron ejecutados en Lámpsaco, una matanza monstruosa cuya plena responsabilidad recae sobre Lisandro. La ejecución de los prisioneros trató de justificarse invocando las crueldades cometidas por los atenienses.

Al recibirse la noticia de la derrota, Atenas se puso en estado de defensa. Lisandro apareció con la flota frente al puerto del Pireo, mientras el contingente del ejército peloponesio al mando del rey Pausanias se reunía en el Ática con la guarnición de la fortaleza de Decelia. A causa del bloqueo total, los víveres no tardaron en escasear en Atenas y se enviaron negociadores para parlamentar con los peloponesios, pero sólo pudo llegarse a un acuerdo con éstos después que los atenienses se hubieron desembarazado de Cleofonte e intervino en las negociaciones Terámenes.

Para honra de Esparta hay que decir que se opuso decididamente a sus aliados sedientos de venganza, ante todo a los corintios, y que no permitió la destrucción total de Atenas que aquéllos postulaban. Sin embargo, las condiciones concedidas por los espartanos no fueron benignas: los Muros Largos y los del Pireo hubieron de derribarse, es decir, que todas las obras de fortificación de Atenas fueron completamente destruidas; todas las naves, con excepción de doce unidades, hubieron de entregarse; a los desterrados se les permitió el retorno, y todas las posesiones exteriores, incluidas las cleruquías de Lemnos, Imbros y Esciros, hubieron de evacuarse. Con la aceptación de esta paz, en abril del 404, Atenas dimitió como gran potencia: no sólo había perdido el dominio sobre la Liga marítima, sino que hubo de renunciar también a las cleruquías, territorios de soberanía ática allende el mar, y fue además obligada a ingresar en la Liga del Peloponeso y a prestar ayuda militar a los espartanos. Leemos en Jenofonte (*Helénicas* II, 2, 23): «Una vez aceptadas por los atenienses las condiciones de paz, Lisandro penetró con la flota en el Pireo, los desterrados regresaron, al son de la música de mujeres flautistas se derribaron con alegría los muros, creyendo que aquel día había empezado la libertad para Grecia».

9. Los griegos occidentales en el siglo V a. C.

Al declinar Atenas, hizo su aparición en Sicilia otra potencia: Cartago, que durante setenta años, desde su derrota en la batalla de Hímera (480) y pese a que seguía teniendo algunas bases en el oeste de la isla, se había abstenido de toda intervención en los asuntos sicilianos. Los elimios de Egesta, envueltos en una lucha con Selinunte, fueron los que solicitaron la ayuda de los cartagineses (409). Con la intervención de éstos empieza para la isla una nueva época. La lucha de los siciliotas con los cartagineses duró más de una generación. El gran adversario de los cartagineses fue el tirano Dionisio I de Siracusa. Su época señala el último florecimiento del helenismo occidental.

Entre la caída de la dinastía gobernante en Siracusa, la de los Dinoménidas, en el año 466, y los comienzos de la expedición siciliana de los atenienses del año 415 transcurre medio siglo en el que, desde el punto de vista político, ocurrieron ciertos cambios de primera importancia en la historia del helenismo occidental. Igual que en Siracusa, en la mayoría de las grandes ciudades sicilianas había seguido a la época de los tiranos un período de discordias internas. Algunas ciudades griegas tuvieron graves disputas con los mercenarios que anteriormente habían sido el soporte de los tiranos. En Siracusa, a la tiranía siguió una democracia (el punto de vista de que a la tiranía habría seguido un dominio de los «terratenientes», no concuerda con los hechos) y, a imitación del ostracismo ático, se introdujo el *petalismós* (de *pétalon*, pétalo u hoja de planta, porque el nombre del individuo a desterrar se escribía sobre una hoja de olivo). También en Mesina y Regio se instauraron democracias. En Acragante (Agrigento), Empédocles ejerció una gran influencia sobre sus conciudadanos, no sólo como filósofo, sino también como político. Junto con el fortalecimiento de las tendencias democráticas se da el desarrollo de la oratoria (Gorgias de Leontinos).

Pero, ante todo, el período de cincuenta años que transcurre entre la caída de las antiguas tiranías y la aparición de los atenienses en Sicilia es una época de gran auge cultural: numerosas ciudades se adornan con magníficos templos, sobre todo Acragante, donde aún se estaba trabajando en los santuarios de la muralla meridional cuando ya los cartagineses se disponían a asaltar la ciudad. Lo mismo cabe decir de Selinunte. En conjunto, se prosiguieron acertadamente durante este

período los esfuerzos culturales de los tiranos; las comunidades obtuvieron los medios para ello principalmente de su intenso comercio con Cartago, así como del efectuado con Italia y con Grecia.

Reviste un gran interés histórico el levantamiento de Ducetio. Por primera vez se puso de manifiesto la reacción contra los griegos de los nativos sículos. Hasta entonces, en efecto, los naturales del país habían aceptado, sin oposición, el dominio de los griegos, y si en ello se produce ahora un cambio, hay que atribuirlo ante todo a las disensiones entre las ciudades griegas. Ducetio, el jefe de los sículos, les dio harto que hacer en la isla a los griegos entre los años 460 y 440. Sus cuarteles generales estaban en Palice, donde había un templo de los Palicos, que eran adorados como dioses protectores por los sículos. Parece que las ciudades griegas sólo se percataron gradualmente de la verdadera extensión del peligro, pues de otro modo resultaría difícil comprender que Siracusa y Acragante no se aliaran hasta el año 450 para defenderse de Ducetio. Éste fue derrotado en una batalla campal y, al no sentirse ya seguro entre sus compatriotas, se dirigió a los siracusanos, quienes lo enviaron a Corinto, fuera del país. Sin embargo, Ducetio regresó nuevamente y trató de establecer en la costa septentrional de Sicilia la localidad de Caleacte. Esto condujo a tensiones entre Acragante y Siracusa, y es posible que los siracusanos no sólo aprobaran el establecimiento sino que incluso lo fomentaran. Pero Ducetio murió el año 440/39.

Su intento de agrupar a los sículos nativos tuvo paralelos en Italia. También aquí fueron despertando gradualmente en el curso del siglo V los naturales del país. Así, por ejemplo, los tarentinos sufrieron el año 473 una grave derrota en lucha contra los yapigios y los mesapios, batalla que Heródoto designa como la mayor matanza que sufrieron los griegos. También la rica ciudad griega de Cumas, en Campania, cayó el año 421 bajo el dominio de los samnitas; una parte de sus habitantes griegos se refugió entonces en Neápolis (Nápoles). Por lo demás, los acontecimientos de Italia se sustraen en gran parte a nuestro conocimiento, toda vez que las fuentes sólo se refieren a ellos ocasionalmente. Con todo, estas evoluciones son muy importantes, porque demuestran que el elemento griego se encontraba a la defensiva en estas regiones.

Después del aniquilamiento de la expedición siciliana de los atenienses, Siracusa había puesto a disposición de los peloponesios un fuerte contingente de barcos. Tenía el mando de ellos el siracusano Hermócrates, pero no se registraron grandes éxitos; por el contrario, muchas de sus naves se hundieron en la batalla de Cícico. Incluso después del año 413 continuaron las luchas en Sicilia, principalmente en Catania, a donde había logrado llegar una pequeña parte del

ejército ateniense, y donde siguieron ofreciendo resistencia a los siracusanos.

A la vanguardia de los cartagineses que el año 409 había comenzado a hostigar a los griegos en suelo siciliano siguió en el 408 un gran ejército, formado por cartagineses, libios y mercenarios de todo el mundo. En poco tiempo Selinunte fue dominada, y lo propio le ocurrió a Hímera. En ambas ciudades habían cometido los cartagineses graves excesos. Los prisioneros griegos de Hímera llegaron a ser sacrificados por el general cartaginés Aníbal como víctimas funerarias para su abuelo. Finalmente, en el invierno del 406/05, los griegos hubieron de evacuar también Acragante. En las luchas por esta ciudad, el general siracusano Dafneo no estuvo muy acertado, siendo destituido oficialmente, junto con sus compañeros de mando.

En Siracusa llegó al poder un partido; al frente de él se encontraban Hiparino y Filisto, el futuro historiador. Estos individuos favorecieron decididamente el ascenso del joven Dionisio. Éste consiguió elevarse, a través del cargo de estratego con plenos poderes, a la jefatura del estado (405). Se rodeó de una guardia personal y se apoderó de la ciudad. De modo perfectamente deliberado reanudó la política de Hermócrates (muerto el 407), con cuya hija se casó. Dionisio es sin duda alguna una figura eminente no sólo de la historia siciliana, sino de toda la griega. El historiador Timeo lo ha descrito como un individuo grande y fornido, de pelo rubio rojizo y con cara pecosa. El éxito lo debe Dionisio única y exclusivamente a su audacia y su decisión, pero el ascenso le fue facilitado por la difícil situación de su ciudad nativa, situación que no era posible dominar con medidas ordinarias.

Gracias a la aparición de una epidemia en su ejército, los cartagineses se dispusieron, de forma completamente inesperada, a concertar la paz. Ésta fue convenida el año 405, sobre la base de que cada parte conservaría las posesiones que tenía en el momento de firmar el convenio. Esto significaba que Cartago no sólo había tomado pie en Sicilia, sino que disponía prácticamente de la mitad de la isla griega. Porque además de sus antiguas posesiones territoriales, con las ciudades de Motia, Panormo (Palermo) y Solunte, se hallaban ahora también bajo protectorado cartaginés los pueblos de los elimios y los sicanos. A los habitantes de las ciudades griegas conquistadas, esto es, de Selinunte, Hímera, Acragante y Camarina, les fue permitido el retorno a la patria, aunque con la obligación de pagar tributo a sus amos, los cartagineses. En el este de la isla habían de permanecer autónomas Leontinos y Mesina. Dionisio fue reconocido como señor de Siracusa. La paz del 405 reviste especial importancia porque consagró el dominio de los cartagineses sobre la mitad de la isla tanto como porque en ella se

reconoció la autonomía de todos los sículos, lo que constituía para los griegos, y en particular para Siracusa, un rudo golpe.



Fig. 5. Italia del Sur y Sicilia (500 a. C.)

El año 406 los atenienses habían tratado de establecer relaciones con los cartagineses en Sicilia. Es probable que estos esfuerzos estén en conexión con la aparición de una embajada cartaginesa en Atenas a principios de dicho año. Una inscripción fragmentada indica que los atenienses solicitaron una alianza con Cartago (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 208), pero los esfuerzos en tal sentido no llegaron a buen fin.

En esta época, tanto en Oriente como en Occidente el poder de una gran personalidad individual fue el que decidió el curso de la historia. En Oriente fue el espartano Lisandro, el que derrotó a Atenas y la obligó a firmar la paz. Cuán alto ascendió entonces Lisandro, nos lo muestra el monumento que mandó erigir en Delfos después de su victoria en Egospótamos: fue la llamada Galería de Lisandro, con nada menos que 37 estatuas, en las que estaban representados los Dióscuros, Zeus, Apolo, Artemis, Posidón, Lisandro mismo y treinta de sus colaboradores, que habían contribuido a la victoria de modo decisivo. Poco después los samios

tributaron a Lisandro honores divinos.

En Siracusa no se había llegado tan lejos, pero el joven Dionisio, que no contaba todavía treinta años, reforzó con incomparable energía su posición en la ciudad. Ortigia, llamada también Nasos (la «Isla»), fue convertida en fortaleza y quedó aislada del resto de la ciudad por medio de un alto muro. Sobre el istmo que une la isla con la ciudad se construyó la Acrópolis, residencia de Dionisio. Se decretó una importante revisión de las leyes sobre la ciudadanía, así como una parcial redistribución de la tierra. Numerosos esclavos fueron liberados y formaron, al lado de los amigos de Dionisio y de los mercenarios, el más firme soporte de su dominio. Esta reestructuración social sin precedente fue el trasfondo de la posterior historia política de Siracusa y de Sicilia. Por supuesto, las reformas no se impusieron sin la resistencia de los ciudadanos de Siracusa. Del motín de los hoplitas frente a la ciudad siciliana de Herbeso surgió una sublevación general de los siracusanos, que llevó a Dionisio, asediado en Ortigia, al borde de la ruina. Hasta que llegaron en su ayuda los mercenarios de Campania no logró dominar el levantamiento. Después de su victoria sobre Atenas, los espartanos habían quedado libres para intervenir en Siracusa. Esparta se puso del lado de Dionisio, con lo que contradijo sin duda su política tradicionalmente hostil a los tiranos, pero rindió homenaje, en cambio, a la vigorosa personalidad del individuo que, en adelante, había de ser y seguir siendo un fiel aliado de los espartanos (primavera del 403).

10. La hegemonía de Esparta y la guerra de Corinto (404-386 a. C.)

La capitulación de Atenas en abril del 404 marca el fin de la guerra del Peloponeso; únicamente Samos siguió resistiendo por algún tiempo a los peloponesios, hasta que abrió sus puertas, en el verano del 404, a Lisandro. La victoria de los peloponesios fue completa y Lisandro fue el hombre más conspicuo de Grecia. Sin duda, el éxito sólo se había alcanzado con la ayuda de Persia: el oro persa había contribuido de modo decisivo a la ruina de Atenas y de su Liga marítima. La hegemonía naval ática había sido sustituida ahora por la supremacía de los espartanos. En todas partes se expulsó a los partidarios de Atenas y se introdujeron constituciones oligárquicas. Como órganos del poder ejecutivo Lisandro estableció en las diversas localidades comisiones de diez individuos (decarquías) que, junto con los gobernadores militares espartanos, los *harmostas*, ejercían el gobierno. La vida y los bienes de los ciudadanos estaban en sus manos.

Poco tiempo después este sistema de dominio espartano produjo un odio inmenso contra los lacedemonios, y muchas localidades, que se habían pasado voluntariamente del lado de Esparta, añoraban ahora el dominio de Atenas. De una verdadera autonomía de los diversos estados no podía ni hablarse: lo que Lisandro ordenaba era ley. En muchos lugares se produjeron terribles escenas de horror, por ejemplo en Tasos, donde se atrajo a los adversarios de Esparta de sus asilos en los templos y, violando la palabra dada, se los mató. En todo caso, se estaba muy lejos de la libertad anterior en el ámbito de la Liga marítima. Lisandro en realidad había establecido una dictadura militar. Unos pocos miles de espartanos dominaban sobre un número gigantesco de súbditos, que llegaba probablemente al límite del millón, si no lo rebasaba. De igual modo que Atenas, también Esparta recaudó un tributo, al parecer de 1000 talentos al año.

Es exacto que nuestros informes sobre el dominio espartano a partir del año 404 provienen ante todo del orador ático Isócrates, y no puede pasarse por alto, en él, su actitud antiespartana. Pero, aun teniéndola en cuenta, algunos hechos hablan en contra de Esparta y, sobre todo, en contra de Lisandro. Con la ruina de Atenas, Grecia había perdido su centro mercantil más importante. Esto condujo a fuertes trastornos en el intercambio de mercancías y el aprovisionamiento, y en los mares

volvió a aparecer la piratería, un mal que Atenas había suprimido anteriormente casi por completo. Las consecuencias de ello fueron la inseguridad por mar, los fletes marítimos más elevados, y, por tanto, una subida de precios en los mercados griegos.

Tampoco se libró Atenas de la subversión interior. En el tratado de paz se había recalcado que en Atenas había que restablecer la «constitución heredada de los padres» (*patrios politeia*). Con el apoyo de Lisandro, los oligarcas atenienses trataron de interpretar este concepto de acuerdo con su manera de sentir. Bajo la protección de la guarnición espartana de la Acrópolis, los oligarcas, ante todo Critias, el tío de Platón, establecieron en Atenas un régimen de terror desenfrenado. Se nos habla de verdaderas proscripciones de las que habrían sido víctimas numerosos ciudadanos, al parecer unos 500 y, además, muchos metecos. También Terámenes, quien a su manera había vuelto a mediar entre demócratas y oligarcas fue hecho asesinar por Critias. Todo el poder se concentraba en Atenas en manos de treinta individuos, a quienes la voz popular designaba como los «treinta tiranos». Constituye un título de gloria de la historia ática el que numerosos ciudadanos que vivían desterrados en el extranjero pusieran su vida en peligro para eliminar el régimen de terror de los «treinta». Al frente de esta valiente hueste estaba Trasíbulo. Este grupo se apoderó primero de la fortaleza de File, en las alturas del monte Parnés, y desde allí avanzó contra Atenas, sin arredrarse siquiera ante la lucha con la tropa de ocupación espartana. El Pireo y el fuerte de Muniquia cayeron en sus manos y, en las luchas callejeras, fue muerto Critias. Las tumbas de los espartanos caídos (fueron trece muertos, heridos de flecha algunos de ellos) han sido puestas al descubierto durante las excavaciones realizadas en el Cerámico. Ocupó ahora el lugar de los «treinta» una asamblea de tres mil ciudadanos, quienes eligieron de su seno un comité de diez para que compusieran una constitución. Pero no todos los ciudadanos estaban de acuerdo con el nuevo sesgo de los acontecimientos; los oligarcas convencidos dejaron Atenas y fundaron en Eleusis una comunidad separada, que se mantuvo hostil a la democracia ática reinstaurada.

Corresponde al rey espartano Pausanias la gloria de haber actuado en favor de una reconciliación entre los dos partidos en pugna (septiembre del 403). Era, en términos epónimos, el arcontado de Euclides (403/02), año durante el cual se introdujo en las inscripciones de los documentos públicos el alfabeto jonio, que pronto reemplazó tanto en las inscripciones públicas como en las privadas al alfabeto ático arcaico. Bajo Euclides se promulgó asimismo una amnistía de la que sólo fueron excluidos los oligarcas más comprometidos, esto es, los miembros de los comités de los «treinta». Por lo demás, la unidad completa no se consiguió

hasta el año 401/400, al reunirse con Atenas el estado oligárquico independiente de Eleusis.

La actitud de Pausanias frente a los atenienses era totalmente irreconciliable con la política de violencia de Lisandro. Apenas cabe dudar que entretanto se había impuesto en Esparta un partido que desaprobaba la política de Lisandro de la manera más categórica. De hecho, Esparta no podía permitirse seguir ignorando las quejas que de todas partes llovían contra Lisandro. Se relaciona con la caída de Lisandro la eliminación de las decarquías establecidas por él en las ciudades dependientes. Esparta había abandonado su política; demasiado tarde porque ya había irritado a toda Grecia contra ella. Tampoco la opinión pública estaba ya del lado de los espartanos. Con Lisandro sucumbió también la política espartana de dominio, y se volvió a la tradicional política peloponésica. Por supuesto, constituía un problema aparte la situación de las ciudades griegas de Asia Menor. A cambio de los subsidios persas, los lacedemonios habían debido cederlas al Gran Rey, lo que era poco honroso para el prestigio de Esparta. El problema de la libertad de dichas ciudades está siempre presente, a partir de entonces, en la historia griega del siglo IV.

En forma inteligente, los persas renunciaron por entonces a hacer valer sus derechos sobre las ciudades griegas de Asia Menor estipulados en los tratados con Esparta. Resultó de ello una situación fluctuante que se prolongó por espacio de varios años. Los motivos del comportamiento de los persas son obvios. En efecto, el imperio había de hacer frente, como en tantas ocasiones, a dificultades y tensiones intestinas, lo que se puede apreciar en la anábasis de Ciro el Joven (401/400 a. C.).

En la primavera del año 404 había muerto Darío II. Ocupó su lugar su hijo mayor Arsaces, quien con el nombre de Artajerjes II reinó durante más de cuarenta años (404-359/58). El nuevo rey, a quien los griegos dieron el apodo de Mnemón, se hizo cargo de una herencia que nada tenía de fácil. El año 405 había estallado en Egipto septentrional una rebelión a cuyo frente se encontraba un individuo llamado Amirteo. Éste reinó durante seis años, pero, incluso después de su muerte, Egipto siguió siendo independiente, y no pudo volver a ser sometido totalmente hasta el 343/42. La pérdida del país, rico en cereales, fue extraordinariamente sensible para los persas, y nada tiene de extraño, pues, que se hicieran repetidos intentos de reprimir la rebelión en cuestión (v. cap. 16).

Si hemos de prestar crédito a las fuentes griegas, Artajerjes II habría ascendido al trono contra la resistencia de su madre Parisatis, quien favorecía a su

hijo más joven, Ciro. Los dos hijos eran muy distintos uno de otro y habían estado enemistados desde la infancia. Al parecer, Ciro había atentado en vano contra la vida de su hermano mayor, pero Artajerjes le permitió volver a su satrapía de Sardes. Por lo demás Persia no era en absoluto un estado unificado. Los sátrapas estaban enemistados unos con otros y se hacían verdaderas guerras, como la de Ciro contra Tisafernes, en la que estaba en juego la rica ciudad griega de Mileto. El Gran Rey sólo se preocupaba por estos conflictos cuando peligraba la existencia del imperio. En las luchas entre los sátrapas los mercenarios griegos jugaban un papel importante; desde el fin de la guerra del Peloponeso se habían quedado sin empleo, y estaban dispuestos a alquilarse a quien mejor pagara.

La anábasis de Ciro el joven, su expedición a Babilonia para sustituir a su hermano por la fuerza de las armas, es esencialmente un episodio de la historia persa. Pero, como quiera que participaron en la expedición numerosos mercenarios griegos, sobre todo del Peloponeso, y dado que un griego, Jenofonte de Atenas, la ha descrito en calidad de partícipe, el acontecimiento forma parte asimismo de la historia de Grecia. Por lo demás, también los espartanos participaron en la empresa con un cuerpo auxiliar bajo el mando de Quirísofo, pese a que luego trataran de desmentirlo. Gracias a la experiencia de los hoplitas griegos, la anábasis («ascensión») habría logrado indudablemente su objetivo, si en la batalla decisiva de Cunaxa, cerca de Babilonia, Ciro el Joven no hubiera sido muerto (otoño del 401). La empresa había perdido así su finalidad. Con razón se considera la retirada de los griegos de Babilonia, a través del país montañoso e inhospitalario de Armenia, hasta el Mar Negro, adonde llegaron en marzo del año 400, cerca de Trapezunte (Trebisonda), como una brillante hazaña de la historia griega. En efecto, ni la superioridad numérica de los bárbaros, ni las dificultades del país, ni las inclemencias del tiempo lograron abatir el ánimo de los griegos. Además de la descripción de los acontecimientos militares, la *Anábasis* de Jenofonte proporciona, sobre todo en sus últimos libros, una gran abundancia de material cultural e histórico. Nos ilustra acerca de las prácticas y costumbres de los pueblos de Armenia y Anatolia, así como sobre el estado de las remotas ciudades griegas del Mar Negro, todo ello con un realismo que dice mucho en favor de Jenofonte como escritor. Nada tiene de particular, pues, que su exposición haya relegado a segundo término otras descripciones de la expedición de los diez mil (en realidad eran 13 000 hombres, de los que regresaron 8600), como la de Sofeneto de Estinfalo.

Si los espartanos se decidieron a renunciar a la política de la fuerza, vinculada a la persona de Lisandro, los motivos decisivos del cambio no fueron necesariamente consideraciones de prestigio. En efecto, más importante era la clara visión de los dirigentes del estado de que el número de los espartanos no bastaba

para mantener a la larga un sistema de dominio que en toda Grecia encontraba una repulsa unánime. Cuando se nos dice, por ejemplo, que el año 402 los ciudadanos no eran más que dos mil, siendo todos los demás ilotas, periecos, *hypomeiones* (de condición inferior) o *neodamodas* (admitidos recientemente como ciudadanos), comprendemos el intento de Cinadón (398), quien se proponía aumentar el número de ciudadanos mediante la admisión de periecos e ilotas. Sin embargo, este intento fracasó, y Cinadón, cuya propuesta podría haber socavado los cimientos del estado, fue ejecutado.

Entonces los griegos de Asia Menor se dirigieron a Esparta, con la súplica de que les ayudara contra los persas. Con el retorno de Tisafernes a Asia Menor, donde se hizo cargo del puesto de Ciro el Joven, la cuestión jónica había entrado en otra fase. Tisafernes trató de someter las ciudades griegas, para lo que, basándose en los tratados greco-persas del 412/11, estaba perfectamente facultado. Pero ¿se podía permitir Esparta, vencedora de Atenas y potencia rectora en Grecia, poner a los griegos de Asia Menor en manos de los bárbaros? Si se negaba a atender la demanda de los jonios, Esparta abdicaba de hecho de su posición de potencia hegemónica, pues habría demostrado así a todo el mundo que no tenía capacidad ni voluntad para asumir el papel de Atenas como defensora del helenismo en Asia Menor.

Esparta se precipitó en la empresa asiática con muy pocas fuerzas, esto es, con 1000 neodamodas, 4000 peloponesios y 300 jinetes atenienses, que fue todo lo que envió a Jonia. En general, esa guerra perso-espartana de Asia Menor (397-394) sólo se llevó a cabo con muy pocas fuerzas por ambos lados. Por lo demás, no tardó en ponerse de manifiesto la superioridad de los espartanos, quienes habían atraído al resto de los diez mil griegos de Ciro. Los sátrapas persas Tisafernes y Farnabazo rehuyeron los encuentros decisivos, de modo que los generales espartanos, primero Tibrón y luego Derquílides, no hubieron de vencer grandes dificultades. Se produjo un cambio en el curso de la guerra por el hecho de que los persas, por consejo del ateniense Conón, se decidieron a buscar la solución por mar, en vez de por tierra. Después de la batalla de Egospótamos, Conón no había regresado a Atenas, sino que había hallado refugio en la corte del rey Evágoras de Salamina, en Chipre. Así, con todo sigilo se fue armando en Chipre una gran flota persa. Los espartanos no tuvieron conocimiento durante mucho tiempo de lo que se preparaba, hasta que se enteraron casualmente de los armamentos navales persas por un comerciante de Siracusa que había ido a Fenicia por cuestión de negocios.

Mientras tanto, el rey espartano Agesilao, que había ascendido al trono con

la ayuda de Lisandro, había pasado en el 396, con un ejército, de Eubea a Éfeso, y el año 385 consiguió una gran victoria sobre la caballería persa cerca de Sardes. Los persas trataron de demorar a Agesilao por medio de negociaciones diplomáticas, sobre todo desde que Tisafernes hubo sido eliminado y reemplazado por Titraustes. Para los persas, aquella guerra no revestía gran importancia, pues se trataba de una guerra fronteriza cuyo mando dejaba el Gran Rey a los sátrapas de Asia Menor.

Poco sabemos acerca de las operaciones navales a partir del 396. En su historia de Grecia (*Helénicas*), Jenofonte ha pasado por alto totalmente la guerra marítima, tal vez porque deseaba proyectar más luz sobre las hazañas de Agesilao, a quien admiraba, en Asia Menor (Ed. Meyer). De hecho, sin embargo, la decisión no tuvo lugar por tierra, sino por mar; fue efecto de la batalla de Cnido, que se libró a principios de agosto del año 394. Las naves chipriotas, las de Rodas y las fenicias, bajo el mando del ateniense Conón y del persa Farnabazo, fueron las que obtuvieron aquí una victoria decisiva sobre el navarca espartano Pisandro. En Cnido se hundió el imperio marítimo espartano, después de una duración de diez años exactamente. Todas las islas de la costa occidental de Asia Menor, desde Cos en el sur hasta Lesbos al norte, se habían perdido, y también las ciudades griegas del continente asiático se separaron de Esparta en gran número y muchas de ellas abrieron sus puertas a los persas. La superioridad naval de los persas era tal que su flota podía incluso emprender incursiones de saqueo contra la costa griega, lo que no había vuelto a tener lugar desde la época de la invasión persa del año 480.

En ocasión de su partida para Asia, Agesilao, que se proponía ofrendar unos sacrificios en Áulide, fue invitado a dejar la región por el beotarco, el magistrado jefe de Beocia (396). Fue ésta la primera vez que los beocios cometían un acto hostil contra Esparta. Esta actitud del beotarco es por lo demás muy significativa de los sentimientos de los estados de Grecia central, que distaban mucho de estar satisfechos con Esparta y su política, ya que la victoria de ésta sobre Atenas no les había proporcionado ventaja alguna o sólo muy poca. Estos sentimientos eran fomentados por los persas, cuyos emisarios recorrían Grecia y pagaban con dinero contante para soliviantar a los helenos del interior de Grecia contra Esparta. Uno de estos agentes persas fue Timócrates de Rodas; por encargo de Farnabazo de Dascilio trabajó en Tebas, Corinto, Argos y Atenas y no fue en absoluto parco con el oro persa.

El año 395 había vuelto a estallar la guerra en Grecia. Se había originado a partir de una disputa entre los focenses y los locrios, aunque no podemos decidir aquí si se trató de los locrios de Ozola o de los de Opunte. En todo caso, sin

embargo, los locrios fueron los agresores y encontraron ayuda en los tebanos, en tanto que los focenses se dirigieron a Esparta. Atenas no quería arriesgar nada en esta contienda, pero se puso inicialmente del lado de Tebas, y el documento de la alianza defensiva, que se concertó a perpetuidad, se ha conservado en parte (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 233). Apena cabe dudar que también en ello intervino el oro persa.

Con su campaña contra Beocia, Esparta fue poco afortunada. El nombramiento de Lisandro y Pausanias como generales se reveló como un error, puesto que ambos individuos no estaban en condiciones de colaborar entre sí. Después de la victoria de los beocios junto a Haliarto (en otoño del 395), en la que cayó Lisandro, el rey Pausanias evacuó el territorio de Beocia. En Esparta reinaba gran indignación contra el rey, que tuvo que ponerse en seguridad en Tegea. Ahora sólo podía ayudar Agesilao, y los espartanos, sintiéndolo mucho, lo hicieron regresar de Asia Menor. «Son 30 000 arqueros persas (en las monedas persas estaba representado el Gran Rey como arquero hincado de rodillas) los que me expulsan de Asia», había dicho, al parecer, Agesilao. Comoquiera que la flota persa dominaba el mar, Agesilao hubo de regresar a Grecia por la difícil ruta que atravesaba Tracia; a la batalla del arroyo de Nemea (junto a Corinto), en julio de 394, llegó tarde, pero participó, en cambio, en Coronea (agosto de 394) y contribuyó a la victoria de los espartanos. Pero esa victoria no fue decisiva; la coalición contraria no logró romperse y la guerra, aunque sin grandes batallas campales, siguió en pie en Grecia.

También para Atenas se aproximaban tiempos mejores. En la primavera (o el verano) del año 393 regresó a la patria Conón, el vencedor de la batalla junto a Cnido. La ciudad paterna lo honró como hacía ya decenios que no había honrado a nadie: le erigió una estatua de bronce, «porque había llevado la libertad a los aliados de Atenas». Era ésta la primera vez desde los tiranicidas que se erigía en Atenas una estatua a un individuo. Además, concedieron a Conón la *atelía* (exención de tributos), pues había dado a Atenas algo más que la gloria: puso a disposición de los atenienses el dinero necesario para la reconstrucción de los Muros Largos y de la muralla del Pireo.

En esta época tuvo lugar la reconquista de las cleruquías de Lemnos, Imbros y Esciros que eran de la mayor importancia para asegurar tierra a la población ática. Bajo la protección de la flota de Conón, Atenas se dispuso a reanudar sus relaciones con una serie de islas del Egeo. Con algunas de las que en su día habían sido miembros de la Liga marítima délico-ática, como con Eteocárpatos, Cos, Cnido, Rodas, y además con Mitilene, en Lesbos, y con Quíos. Incluso es posible

que Atenas reanudara entonces la comunicación con las ciudades griegas de Asia Menor (Jenofonte, *Helénicas*, IV, 8, 12). Por supuesto, no cabe hablar de un restablecimiento del antiguo imperio marítimo ateniense. Todas estas alianzas sólo fueron posibles con el beneplácito o, al menos, con la tolerancia tácita de los persas. Por lo demás, el propio Conón distó mucho de ser un jefe político de primer orden; era más bien un típico forjador de proyectos. Por ejemplo, quería establecer un enlace entre Evágoras de Chipre y Dionisio I de Siracusa, proyecto fantasioso condenado de antemano al fracaso y que falló también a causa del ataque de los cartagineses contra Sicilia.

En Grecia se iba abriendo paso la idea de que había que agruparse para lograr grandes objetivos políticos. Esto lo pone de manifiesto la fusión de los estados de Corinto y Argos el año 392, un acontecimiento único en su género en la historia, porque, según nuestros conocimientos, aquí se superan por primera vez los límites de la polis. En tal ocasión se llegaron a arrancar los mojones que marcaban la frontera entre ambos estados. Por lo demás, este doble estado no fue de larga duración, ya que, seis años después, fue disuelto en base a las disposiciones de la «paz del Rey». El mismo año (392) Atenas había efectuado por primera vez ciertos sondeos para la paz. Se trasladó a Esparta una embajada, de la que formaba parte el retórico Andócides, provista de poderes especiales. Andócides en su «discurso de la paz» (el informe que presentó a su regreso), fue el primero en exponer públicamente la idea de la *koiné eirene*, esto es, la idea de una paz griega general, que a partir de este momento desempeñó un papel importante en la historia griega del siglo IV.

Efectivamente, había de resultar claro para todo político providente que las incesantes guerras interiores entre los griegos no podían durar indefinidamente. La Hélade estaba dividida en dos campos; de un lado estaban Esparta y sus aliados, y, del otro, los adversarios de Esparta, es decir, Tebas, Atenas, Corinto, Argos, *etc.* El comercio estaba paralizado, la reconstrucción consecutiva a la gran guerra del Peloponeso estaba estancada, los mares eran inseguros, e incluso las comunicaciones con Sicilia resultaban perturbadas a causa de la nueva guerra de los cartagineses. Fue una fatalidad que, para salvar su hegemonía, Esparta volviera a mantener una idea que ya había defendido durante la guerra del Peloponeso y que en los últimos años había contribuido de modo decisivo a la decadencia del orden político griego. Esparta pedía que todas las polis griegas fueran libres y autónomas. Para asegurarse en esto la ayuda de los persas, los espartanos no tuvieron reparo en entregar de hecho a los griegos de Asia Menor al Gran Rey. Pero los atenienses protestaron contra la entrega de sus hermanos jonios; el congreso de la paz reunido el año 392 en Sardes, bajo la presidencia del sátrapa

persa Tirabazo, no obtuvo ningún resultado. Tirabazo, sátrapa de Lidia, había favorecido a los espartanos, por lo que entró en conflicto con el Gran Rey y fue relevado de su cargo. Pasó a ocupar su lugar Autofradates, y las ciudades jonias fueron separadas de la satrapía de Lidia y sometidas a un sátrapa propio, Estrutas. Caria la obtuvo el dinasta Hecatomno de Milasa. Estos cambios efectuados en el Asia Menor occidental permiten apreciar claramente que lo que interesaba ante todo al Gran Rey era eliminar la posición eminente del sátrapa de Sardes.

Los años 391 y 390 fueron años aciagos para Esparta. El año 391 fracasó una nueva expedición espartana a Asia Menor: el espartano Tibrón cayó en una emboscada del sátrapa Estrutas y fue aniquilado junto con ocho mil hombres. El año siguiente las tropas ligeras de infantería atenienses (peltastas) en colaboración con los hoplitas asaltaron, bajo el mando del jefe de mercenarios Ifícrates, un regimiento espartano (una *mora*) en Lequeo cerca de Corinto. Constituyó esto un rudo golpe para Esparta, que perdió en la batalla unos 250 espartanos, pérdida que resultaba irreparable.

Atenas, por otra parte, cosechó por mar éxitos sorprendentes. Fueron obtenidos por Trasíbulo, el jefe que había restablecido la democracia ateniense. Atenas, una vez más, trató de restablecer su dominio sobre los estrechos, el Helesponto y el Bósforo. Aunque Bizancio pudo ser reconquistada y los atenienses reanudaron las relaciones con Calcedonia, no se logró, con todo, expulsar a los espartanos de sus posiciones clave en el Helesponto: Sesto y Abidos. Sin embargo, los éxitos de Trasíbulo fueron considerables. En efecto, junto con Tasos y Samotracia había conquistado, en la primavera del 389, Lesbos, Halicarnaso y Clazómenas; además, recaudaba de todas las mercancías que pasaban por barco el Bósforo un impuesto del diez por ciento. No obstante, no cabe hablar ni con mucho de un restablecimiento de la Liga marítima délico-ática. Los éxitos de Trasíbulo eran de naturaleza transitoria y se debían únicamente a la debilidad del dominio naval espartano, que se había venido abajo tras la derrota de Cnido.

El fin de Trasíbulo constituye un signo de la volubilidad del demos ático. En efecto, llamado a Atenas para rendir cuentas, Trasíbulo se negó a obedecer y prosiguió por su cuenta su actividad en el ámbito del Egeo. Durante una incursión a la lejana Panfilia, en la costa sur de Asia Menor, perdió la vida: fue asesinado por los habitantes sublevados de la ciudad de Aspendo (388). La muerte de este individuo fue para Atenas una gran pérdida. En cuanto demócrata convencido había prestado dos veces a su patria los mayores servicios: primero, el año 411, al defender decididamente en Samos la democracia ática, y luego, el año 404/03, al conseguir la liberación de Atenas del despotismo oligárquico. No obstante, cae

también sobre su persona una sombra oscura, pues en cuestiones de dinero distaba mucho de ser desinteresado, y las quejas contra sus extorsiones estaban suficientemente justificadas. Sea como fuere, va ligado a su nombre el nuevo ascenso de Atenas una vez superadas las consecuencias de la guerra del Peloponeso.

Entre tanto se habían percatado en Esparta de que una decisión clara en la lucha con sus adversarios griegos, sobre todo con Argos, Beocia y Atenas, no podía alcanzarse. El momento era propicio para entablar negociaciones de paz. En forma significativa, éstas tuvieron inicio en Persia, no en Grecia. En Sardes había sido depuesto el sátrapa Estrutas y había sido reemplazado otra vez por Tirabazo. Éste era amigo de los espartanos, quienes enviaron a Sardes, en calidad de negociador, a Antálcidas. Tirabazo y Antálcidas emprendieron juntos el viaje a la lejana Susa, para enterarse de las condiciones del Gran Rey para la conclusión de la paz. Estas condiciones eran desastrosas para los adversarios de Esparta. Nada tiene de extraño que se negaran a aceptarlas.

En Susa se concertó la paz entre Persia y Esparta. Para obligar también a los demás griegos a aceptar los términos de la paz persa, los espartanos bloquearon, con la ayuda de un contingente naval siracusano, el paso, a través del Helesponto, del trigo destinado a Atenas. Al producirse en ésta dificultades de aprovisionamiento, la población ática se dispuso a aceptar la paz. Así, pues, el año 387 se reunió en Sardes un gran congreso de la paz, al que concurrieron embajadores de todos los estados que se encontraban en guerra. Allí se leyó un edicto imperial que contenía las condiciones que el Gran Rey Artajerjes II había dado a conocer a Antálcidas en Susa a principios del año 387. Decía como sigue: «Artajerjes, el Gran Rey, considera justo que las ciudades de Asia Menor le pertenezcan a él y, de las islas, Clazómenas y Chipre; en cuanto a las demás ciudades griegas, grandes y pequeñas, han de ser autónomas, con excepción de Lemnos, Imbros y Esciros, las cuales, como en tiempos antiguos, han de pertenecer a los atenienses. Pero a aquél que no acepte esta paz le haré la guerra, con los aliados, por tierra y por mar, con movilización de barcos y de dinero».

Este documento, conservado en Jenofonte, *Helénicas*, V, 1, 31 (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 242) constituye un testimonio sumamente interesante de la actitud del rey de Persia y de la diplomacia persa. En efecto, quien podía dar tales órdenes a los griegos había de estar realmente convencido de su posición eminente. Desde el punto de vista técnico, este documento es un extracto del Instrumento de Paz que había sido convenido el año 387 entre Antálcidas y el Gran Rey en Susa. Este extracto había sido refundido en un edicto del rey de Persia, con

adición de una fórmula de sanción en la que se amenazaba con la guerra a todos aquellos que se negaran a aceptar a paz. La «paz del Rey» o la llamada «paz de Antálcidas», como se la designa en la tradición griega, fue aceptada por los griegos en el congreso de paz que posteriormente se celebró en Esparta. Complementaba esta paz una «paz general», una *koiné eirene*, que ha de considerarse como uno de los efectos de la paz de Antálcidas (U. Wilcken).

Indudablemente, entre los perdedores figuraban Tebas y Argos. En estos estados es donde el principio de la autonomía, que la paz del rey establecía, producía sus peores efectos. Tebas perdió su hegemonía sobre la Liga Beocia. Argos hubo de renunciar a su fusión con Corinto. Atenas, en cambio, no tuvo relativamente grandes perjuicios: estaba indudablemente mejor que el año 404, porque había recobrado sus cleruquías. En conjunto, sin embargo, la paz constituye un signo del predominio de Persia, que alcanzaba ahora el punto culminante de su influencia sobre Grecia. Nadie se atrevió en la Hélade a oponerse al edicto del Gran Rey, y Esparta había descendido directamente a la condición de alguacil de los persas. Se comprometió a cuidar de que se cumplieran las condiciones del tratado en Grecia. Nada tiene de particular, pues, que los decenios siguientes de la historia griega estén de modo inequívoco bajo el signo del predominio persa. Con la aceptación de la «paz del Rey», del año 386, se sometieron los griegos, incluidos los espartanos, al mandato del rey de Persia. El coloso del este había ampliado su esfera de influencia hasta el mar Jónico; el partido persa de Grecia era dueño de la situación y se veía apoyado, en ello, por el dinero persa. De Conón conduce una línea recta a Antálcidas y al tebano Pelópidas, los cuales no sólo recibieron dinero persa, sino que defendieron además los intereses persas en Grecia. Sin duda, algún progreso representaba la conclusión de una paz general. Aunque en los años y décadas siguientes aún hubo distintas guerras en la Hélade, la idea de una paz que comprendiera a todos los griegos siempre volvió a ser acogida: constituía la estrella de la esperanza para un pueblo que, más que cualquier otro, hubo de sufrir guerras incesantes.

11. La disgregación del mundo griego y el ideal de la paz (386-362 a. C.)

El cuarto de siglo que transcurre entre la paz del Rey (386) y la batalla de Mantinea (362) ha sellado la decadencia del sistema de la ciudad-estado en la Grecia propiamente dicha. Este sistema dependía para su supervivencia de la capacidad de los griegos para dejar de ser un cúmulo de unidades militares independientes y convertirse en una nación cuando recibieran amenazas del exterior. En otras palabras, dependía de la capacidad de los estados griegos para aceptar la jefatura de uno de ellos en tiempos de disturbios. En Sicilia aún era posible tal cosa, en la Hélade no. La evidente necesidad de la unidad nacional, como el único antídoto contra la interferencia persa en los asuntos griegos, no producía propiamente una hegemonía nacional en Grecia. Existían estados dirigentes, pero no movían a los griegos contra los persas sino contra los propios griegos, incitados a ello por Persia. Esparta, por ejemplo, siguió ejerciendo hasta el año 371 una especie de predominio hasta más allá del Peloponeso, pero este predominio sólo era posible porque era tolerado por los persas, que consideraban a los espartanos como peones de ajedrez. Exactamente lo propio cabe decir de la muy breve hegemonía de los beocios, del 371 al 362. No obstante, Atenas logró formar una nueva confederación marítima (378/77), pero ésta no era más que una sombra de la Liga délico-ática, y sin el consentimiento de Persia no habría podido crearse. No cabe duda de que la autonomía de la ciudad-estado proclamada en la paz del Rey contribuyó de modo decisivo a perpetuar la inestabilidad política; el paralelo que se ha trazado ocasionalmente con la «libertad» de los estados del Sacro Imperio, establecida en la paz de Westfalia en la Alemania del siglo XVII, es obvio. Tal vez más grave todavía que el principio de la autonomía era la ausencia de destacadas personalidades; en efecto, pese a su glorificación por Jenofonte, Agesilao no es más que una figura mediocre, y en cuanto al beocio Epaminondas, cuya personalidad cautiva por la ecuanimidad de su carácter, fracasó como político por el hecho de que, pese al apoyo de los persas, Beocia era el menos apropiado de los estados para convertirse en potencia hegemónica. Sin duda, Grecia poseía en el tirano tesalio Jasón de Feres una personalidad importante, pero Jasón fue asesinado antes de que pudiera llevar a cabo su proyectada guerra contra los persas.

Nada tiene de sorprendente que en este tiempo la idea de una paz general se fuera abriendo paso en Grecia cada vez con mayor vigor: el país sufría guerras continuas en la mayoría de las cuales, a causa del complejo sistema de alianzas, se veían implicados numerosos estados. Estas guerras llevaban aparejadas desgracia e inseguridad, paralizaban el comercio y ocasionaban gastos enormes a los diversos estados, sobre todo para el reclutamiento de mercenarios que, en cuanto guerreros, llevaban la dirección de los asuntos militares cada vez con mayor frecuencia. Sin embargo, una paz general sólo era posible si el rey de Persia ejercía sobre los griegos suficiente presión para que la aceptaran, primero a través de los lacedemonios y más adelante a través de los beocios. Con todo, una paz por la gracia de Persia no era más que una paz a medias, y en Grecia siempre se protestó justamente en contra de tal arreglo. Isócrates, por ejemplo, señaló el glorioso pasado de Atenas y vio en ello la obligación especial de que su ciudad natal siguiera desempeñando el papel dirigente. Pero en un mundo que se iba abriendo cada vez más a la influencia del dinero, se percibía muy poco entusiasmo nacional. Había demasiados políticos que estaban en relación con Persia y percibían sin reparo dinero del Gran Rey. Parecía que Grecia había vendido su alma y que ningún griego sabía cómo recuperarla. Cada vez se hacía más claro que la polis griega apenas podía extraer de sí misma las fuerzas necesarias para regenerarse. Por consiguiente, había de venir un salvador de fuera, si es que iba a existir una nueva época para los griegos.

Los primeros años después de la paz del Rey están manifiestamente, en Grecia, bajo el signo de Esparta. Los lacedemonios empezaron por poner orden en el Peloponeso, y no cabe duda que esta política se debió ante todo a Agesilao. El otro rey, Agesípolis, era demasiado joven todavía para poder ejercer cualquier influencia. Primero se forzó a Mantinea a reingresar en la Liga espartana. Esparta y Mantinea habían concertado el año 418/17 una paz por treinta años. Pero Esparta no vaciló en emplear contra Mantinea la fuerza de las armas (el año 385 o, tal vez, el 384). Los espartanos dirigieron las aguas del río Ofis hacia las murallas de Mantinea, el adobe se ablandó, los cimientos fueron excavados por la corriente, y la ciudad hubo de capitular. Mantinea volvió e ser dividida en cinco comunidades locales, cada una de las cuales había de proporcionar su propio contingente al ejército federal peloponesio. De igual forma procedieron los espartanos con la ciudad de Fliunte. Sin duda, sus habitantes resistieron un sitio de veinte meses dirigido por Agesilao, pero hubieron de rendirse luego a causa del hambre. En Fliunte los oligarcas volvieron a hacerse cargo del poder con el apoyo de Esparta (379).

El último punto culminante de la historia espartana en el siglo IV lo señala la

intervención de los lacedemonios en la península Calcídica. En ella se había constituido durante la guerra de Arquidamo, teniendo a Olinto como núcleo, un estado que cabe considerar como estado federal; en todo caso, sabemos por las inscripciones que existían órganos federales comunes. No cabe duda de la importancia de esta federación, y todos los estados vecinos, particularmente Macedonia, habían de contar con ella. En una inscripción que se conserva en Viena (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 231) se hallan consignados un pacto de alianza y un tratado de comercio entre la federación calcídica y Macedonia. El tratado se concertó probablemente el año 393, y por un período de cincuenta años. Los firmantes se prometían ayuda mutua en caso de un ataque enemigo, pero, por desgracia, las demás estipulaciones del pacto se han perdido. A los calcídeos se les concedía la libre exportación de brea y madera para la construcción de naves, aunque la valiosa madera de abeto blanco sólo había de exportarse de Macedonia para fines federales comunes. Los dos firmantes se comprometían a no concertar alianzas con varios estados consignados nominalmente sin el acuerdo del otro socio. Los estados consignados son Anfípolis, Beocia, Acanto y Mendes; así, pues, ninguno de ellos pertenecía entonces a la federación calcídica. En aquellos días reinaba el mejor acuerdo entre los macedonios y los calcídeos. Precisamente se conoce una donación de tierra del año 393 que el rey Amintas III hizo a los calcídeos. El tratado macedonio-calcídeo también reviste una considerable importancia desde otros puntos de vista. Muestra, entre otras cosas, que el rey de Macedonia podía firmar un convenio en nombre de su país, de modo que las teorías más recientes, según las cuales en Macedonia el rey y el estado eran instituciones separadas, son totalmente erróneas. La posición sobresaliente de la federación calcídea halla expresión en el hecho de que Amintas III hubo de pedirle ayuda cuando los ilirios invadieron grandes áreas de Macedonia. Las tropas de la federación calcídea ocuparon entonces algunas regiones de Macedonia, especialmente la baja Macedonia, y la federación parecía no querer evacuar esta región, una vez alejado el peligro.

Pero algunas ciudades que no pertenecían a la federación, entre ellas Acanto y Apolonia, se dirigieron a Esparta con la súplica de intervenir en favor de su autonomía, amenazada por los calcídeos. Fiel al principio por ella defendido de la autonomía de los distintos estados, Esparta intervino en los asuntos del norte. Una gran fuerza armada, no menos de diez mil hombres, fue enviada por tierra hacia la Grecia septentrional, y el rey de Macedonia ayudó a los lacedemonios. Las luchas, que se desarrollaron esencialmente delante de Olinto, capital de la federación calcídea, duraron cierto tiempo. Finalmente, la ciudad fue cercada y obligada a capitular (379). La federación fue disuelta, y sus diversas ciudades fueron obligadas a ingresar en la Liga del Peloponeso. Pese a las pérdidas dolorosas

(Teleutias, hermano de Agesilao, había caído frente a Olinto, y el rey Agesípolis había muerto de enfermedad), Esparta había impuesto su voluntad con la fuerza de la espada. Había impuesto una vez más el principio de la autonomía y destruido un experimento de unidad que para la unión de las fuerzas del helenismo al norte del Egeo podía haber tenido gran importancia. La victoria sobre los calcídeos muestra a Esparta en la cumbre de su prestigio político y militar. Pero ¿acaso los espartanos habían desenvainado la espada por una causa justa? No se debe olvidar que Esparta defendía un principio que ofrecía un pretexto para la intervención del rey de Persia y que fue el que, a fin de cuentas, acabó sellando la decadencia del sistema de ciudad-estado en la Hélade.

El año 382 se hizo Esparta culpable de una agresión que provocó en toda Grecia la más viva indignación. Al llegar la fuerza armada espartana que se dirigía hacia el norte cerca de Tebas, el jefe de los oligarcas en ésta, Leontíadas, se acercó al espartano Fébidas y se ofreció a facilitarle la conquista de la acrópolis de Tebas, la Cadmea. El espartano aceptó la oferta gustoso, ocupó la ciudadela e hizo prisionero a Ismenias, jefe de los demócratas. Estos acontecimientos se explican si se sabe que Tebas se había negado expresamente a acudir al llamamiento de los espartanos para su expedición contra la Calcídica, pese a que estaba obligada a ello. Incluso en la propia Esparta estaba dividida la opinión acerca de este golpe de fuerza; los éforos y la Apela no estaban en absoluto de acuerdo con el proceder de Fébidas, pero Agesilao lo consideraba acertado. Aunque Esparta se había asegurado en esta forma una prenda, el daño moral que el abuso causó era, de hecho, irreparable. En efecto, Esparta había obrado de mala fe, y los demócratas que huyeron a Atenas, varios centenares de ellos, no cesaban de señalar la injusticia que se había cometido contra su ciudad natal.

Con todo, el dominio espartano en el año 379 se extendía desde el extremo sur del Peloponeso hasta la Calcídica; Esparta tenía amistad con Macedonia, Tesalia y con los molosos del Epiro, lo mismo que con el gran tirano Dionisio I de Siracusa. El sistema de alianzas establecido por Esparta comprendía a toda Grecia; casi todos los estados helénicos estaban obligados a acudir al llamamiento militar de los espartanos. Y, sin embargo, los fundamentos de la supremacía espartana eran frágiles. El número de los ciudadanos de pleno derecho seguía en retroceso, y las simpatías en favor de Esparta se habían convertido exactamente en lo contrario. Sin duda, seguía habiendo griegos que admiraban en Esparta las prácticas y la disciplina antiguas; un ejemplo de ello lo tenemos en las obras de Jenofonte, especialmente en la *República de los Lacedemonios* escrita hacia el final de su vida, probablemente el año 360. Pero Jenofonte no podía volver a Atenas, porque, probablemente por su participación en la batalla de Coronea al lado de Esparta,

había sido desterrado. Vivía, pues, en Escilunte, una pequeña hacienda en la Élide que Esparta le había asignado.

A finales del año 379 todo el mundo griego se conmovió vivamente a causa de una acción atrevida. En efecto, siete demócratas tebanos habían encontrado la manera, disfrazados de mujeres, de entrar en su ciudad natal. Eliminaron el gobierno oligárquico de Leontíadas. Otro grupo de tebanos, apoyado por un contingente ático bajo el mando de dos estrategos, invadió la ciudad. El comandante de la guarnición espartana en la Cadmea perdió los nervios: concertó con los demócratas un convenio en virtud del cual evacuaba la Cadmea si se le garantizaba una salida libre. Tebas quedó liberada, pero los espartanos no estaban dispuestos a dejarse echar, a tan bajo precio, de una posición de la importancia de aquélla. Los oficiales que habían mandado en la Cadmea fueron ejecutados o gravemente castigados. El rey Cleómbroto, que había subido al trono en lugar de Agesípolis, muerto ante Olinto, avanzó con un ejército de peloponesios hacia Beocia. Sin embargo, no estaba preparado para sitiar Tebas y, por consiguiente, hubo de retirarse, aunque una parte del ejército, al mando de Esfodrias, permaneció en el lugar. Indudablemente, Atenas había apoyado la empresa de los demócratas tebanos no sólo moral, sino también activamente. Había quedado así, frente a Esparta, en una posición sospechosa, y el intento de Esfodrias de apoderarse por asalto del Pireo (378/77) se explica a partir de la actitud antiateniense de los espartanos. Por lo demás, la política oficial ateniense no es muy clara en los años 379/78. Esto nada tiene de particular, porque Atenas no estaba en condiciones de ofrecer resistencia a las fuerzas unidas de los peloponesios y no quería entrar en conflicto con Esparta, pero, por otra parte, apenas podía disimular las simpatías que sentía por los tebanos; sin embargo, no es probable que en el 379/78 se concertara una alianza formal entre Atenas y Tebas. Con todo, el incidente de Esfodrias hizo caer los últimos reparos de Atenas. En el año 378/77, probablemente en los primeros meses del 377, Atenas concertó una alianza formal con Tebas y se enfrentó así abiertamente contra Esparta. De esta alianza se ha conservado una inscripción (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 225) de la que falta la parte izquierda, de modo que su interpretación presenta dificultades. Sin embargo, podemos decir sin temor a equivocarnos que la iniciativa partió de Tebas y que, a continuación, Estéfano presentó a la asamblea popular la propuesta de alianza. Por lo visto, anteriormente había ido una embajada ateniense a Tebas, de la que formaba parte Trasíbulo, hijo de Trasón, de Colito, a quien no hay que confundir con el célebre Trasíbulo de Estiria. Trasíbulo de Colito tenía relaciones particularmente buenas en Tebas y gozaba allí, si podemos dar crédito a Esquines (III, 138), de gran prestigio. En general, hubieron de establecerse, a causa de la presencia de los demócratas en Atenas, numerosas relaciones personales entre

ambas ciudades, lo que también contribuye a explicar que se llegara a la alianza.

Al ratificarse el tratado de alianza entre Atenas y Tebas, se estaba operando en el Egeo una gran transformación. El impulso para ello lo había dado Atenas. Se trata de la fundación de la segunda Liga marítima ática de año 378/77, cien años después de la creación de la primera Liga délico-ática. La segunda Liga ática no se constituyó un día determinado, sino que, en parte, las relaciones de los tiempos de Trasíbulo, como en el caso de Quíos el año 384 y de Bizancio en el año 378, había ido conduciendo a formar distintos tratados de alianza con Atenas. Ésta tuvo para ello la fortuna de poseer a un gran orador y publicista, Isócrates, quien en sus discursos ditirámbicos proclamaba a la faz de todo el mundo griego la gloria de su ciudad natal. Así, por ejemplo, hay que designar el *Panegírico*, aparecido el año 380, como un elogio del gran pasado ático. Se evocan en este discurso numerosos ejemplos históricos para destacar la grandeza de Atenas y las obligaciones que de ella se derivan para el presente. El orador odiaba particularmente la paz del Rey, del año 386, y no cesaba de señalar las grandes proezas de Atenas en tiempos de Pericles, cuando con la paz de Calias (449/48) se imponían limites a los persas. Con razón la investigación moderna (E. Buchner) ya no mantiene la opinión de U. von Wilamowitz y otros, que veían en el *Panegírico* de Isócrates un escrito de propaganda en favor de la segunda Liga marítima. Pero esta obra preparó el terreno para los fines de Atenas, de modo admirable, iniciando así una nueva época en la historia ática. Los atenienses se daban perfecta cuenta de que una nueva alianza había de ser fundamentalmente distinta de la antigua Liga délico-ática; sobre todo había que poner especial cuidado en no despertar en los aliados la sospecha de que Atenas obraba con miras egoístas e imperialistas. En el mes de febrero o marzo del año 377 habían progresado los preparativos tanto que Atenas se vio capacitada para lanzar un manifiesto en el que exhortaba a los griegos y los bárbaros del continente o de las islas a ingresar en la nueva alianza.

Este documento, que desde el punto de vista formal es un decreto de la asamblea popular a propuesta de Aristóteles y se ha conservado en una plancha de mármol pentélico que constaba de veinte fragmentos, es uno de los más importantes de la historia de Grecia del siglo IV (Bengtson, *Staatsverträge*, n.° 257). A los griegos y bárbaros que estuvieran dispuestos a entrar en la alianza se les prometía libertad y autonomía, y además franquicia de guarnición y tributo. Por otra parte, los atenienses se comprometían a no adquirir tierra o bienes raíces en el territorio de los nuevos aliados; finalmente, se aseguraba a éstos ayuda en caso de ataques enemigos. Sin duda, al principio del documento figura un reto público (o irónico) a Esparta: se exhorta a los lacedemonios para que respeten a los griegos la paz, la autonomía y la posesión imperturbada de sus respectivos territorios,

aludiendo al respecto a la *koiné eirene* (estas palabras se han reproducido en el documento) invocada por el Gran Rey y por los espartanos. La inscripción consigna los nombres de los aliados de los atenienses; en ella aparecen más de cincuenta y tres, pero (según Diodoro, XV, 30, 2) el número total hubo de ser setenta. Por supuesto, este número era muy inferior al de los miembros de la primera Liga marítima. Es particularmente interesante que figure entre los aliados Jasón de Feres, el gran tirano tesalio (en la inscripción, columna B, línea 15); el nombre está restaurado: [Iaso]n, pero este complemento parece ser prácticamente seguro. El nombre se borró de la inscripción más adelante, cuando Jasón se hizo hostil a Atenas.

Las bases de la alianza eran las disposiciones de la paz del Rey relativas a la autonomía. Atenas ocupaba en ella la jefatura, y se la reconocía directamente como tal en los tratados de alianza con los diversos estados. Por lo demás, sin embargo, la idea federal se subrayaba particularmente en la constitución de la Liga, y los confederados estaban obligados a prestar ayuda no sólo a Atenas, sino a prestársela también entre ellos mismos. En contraste con la primera Liga marítima, se creó un órgano federal permanente, el *synedrion* (consejo), que celebraba sesiones regularmente. Cada miembro de la Liga tenía en él, independientemente de su extensión y del número de su población, un solo representante. Atenas, en cambio, no estaba representada en el sinedrion, sino que quedaba fuera de la Liga, como aliado. Para que una resolución fuera válida se requería el acuerdo entre el sinedrion y Atenas. O sea, que ésta, o mejor dicho la asamblea popular ateniense, disponía de un derecho general de veto. Sin contribuciones financieras tampoco podía subsistir esta organización. Ahora se les dio el nombre de *syntaxeis* (contribuciones) y no, como antes, de foros; este último concepto había caído en descrédito en la Liga marítima délico-ática. Sólo estaban obligados a pagar la *syntaxeis* los miembros que no estaban en condiciones de aportar barcos o soldados. Tebas, por ejemplo, nunca pagó contribución financiera alguna. Aunque en el momento de la fundación se tuviera estrictamente presente la idea de la federación, era forzoso, con todo, que con el correr del tiempo el peso se desplazara en favor de Atenas. Y, efectivamente, se llegó poco a poco a que no fuera el sinedrion de los confederados, sino los ciudadanos atenienses, en la asamblea popular, los que decidieran tanto sobre la admisión de nuevos miembros, como sobre la aplicación del dinero de la Liga, tal como había ocurrido también en tiempos de la primera de ellas. El poder ejecutivo estaba por completo en manos de Atenas. Ésta ejercía la jefatura, ordenaba la revisión de naves y soldados y llevaba a cabo las negociaciones diplomáticas necesarias.

La segunda Liga marítima comprendió en sus mejores días a la mayor parte

de las islas del Egeo, así como a gran número de ciudades de la costa tracia, las grandes islas del mar Jónico e incluso Acarnania y parte del Epiro. Sin embargo, la unión distaba mucho de ser un estado federal. No había en ella ni ciudadanía federal ni gobierno federal alguno. Era más bien una alianza militar dirigida contra Esparta. Es significativo que un amigo de los espartanos, como Jenofonte, no mencione en absoluto, en sus *Helénicas*, la fundación de la Liga marítima.

Atenas tuvo en aquellos días la fortuna de poseer toda una serie de individuos competentes, quienes adquirieron renombre como políticos o como estrategas. El primero de los políticos atenienses era Calístrato de Afidna, que se dio a conocer ante todo como experto en materia de finanzas; a su lado figura Cabrias, amigo de Platón, que se distinguió reiteradamente como estratega. Un típico soldado profesional era Ifícrates, que conquistó grandes honores y gran riqueza. Va ligada a su nombre una innovación revolucionaria en la técnica griega de la guerra: introdujo, en lugar de la falange de hoplitas de movimiento pesado, la táctica de los soldados de infantería ligera (los peltastas), con la que ya en la guerra de Corinto había obtenido éxitos notables.

Paralelamente al ascenso de la segunda Liga marítima ática tenía lugar el ascenso de Tebas. Los dos acontecimientos están entre sí en una conexión causal: Atenas estaba aliada con Tebas y Tebas era miembro de la Liga marítima. La alianza con Tebas revestía para Atenas la mayor importancia, pues obligaba a los lacedemonios a dirigir su atención principalmente a Tebas y a Grecia central, de modo que no podían volverse con toda su fuerza contra Atenas. Los atenienses no dudaron en prestar ayuda a los tebanos. Cuando Agesilao apareció, en el verano del año 377, con el ejército de los peloponesios en Beocia, se le enfrentaron, además de los tebanos, los atenienses bajo el mando de Cares, el cual, sin embargo, eludió trabar batalla campal con el experto estratega espartano. Tampoco la incursión de Cleómbroto en el 376 proporcionó a los espartanos el éxito esperado, en tanto que, por mar, eran derrotados de modo decisivo, el mismo año, en el estrecho entre Naxos y Paros. Lo fuerte que se sentía Atenas lo revela el envío de Timoteo, hijo de Conón, al mar Jónico, donde persuadió a las islas de Corcira y Cefalenia, y además a Acarnania y al rey de los molosos, Alcetas, a asociarse a Atenas (Bengtson, *Staatsverträge* números 262 y 263). También Macedonia ingresó entonces (el año 375 o 373) en la Liga marítima. A causa de su riqueza en madera para naves, este país era un aliado importante (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 264).

La guerra y en particular los armamentos navales costaban a los atenienses grandes cantidades de dinero. Con objeto de crear una nueva base para la imposición tributaria, se dispuso en Atenas una declaración de la propiedad

mueble e inmueble. Produjo la suma total de 5750 talentos. Los ciudadanos fueron distribuidos en cien distritos fiscales, las llamadas *simmorías* («asociaciones»), de las que cada una estaba en condiciones de aportar aproximadamente 60 talentos. Esta nueva clasificación reemplazó las clases de contribuyentes establecidas por Solón, que hacía ya tiempo que resultaban inservibles, y a las que los atenienses se habían adherido por más de doscientos años.

Para Tebas, la gran ciudad de Beocia, el ajuste de sus relaciones con las demás ciudades beocias constituía una cuestión vital. Este problema se resolvió en los años setenta de forma extraordinariamente afortunada. La paz del Rey había significado el fin de las alianzas en Grecia y también el fin de la alianza beocia; después de la liberación de Tebas (379), ésta resucitó. Los magistrados más importantes eran los beotarcos, ahora en número de siete. Al lado de éstos existía una asamblea popular de todos los beocios, en la que se discutían los asuntos relativos a la alianza. Sin duda, habida cuenta de la gran desunión política de Grecia, esto constituía un progreso apreciable. Con todo, nunca hubo un estado beocio unido, pues para ello las diversas ciudades de Beocia eran demasiado fuertes, pero se subordinaron, de todos modos, a la jefatura de Tebas, y sobre esta base estuvo la alianza beocia en condiciones de lograr objetivos más vastos.

Aproximadamente al mismo tiempo surgió en el norte de Grecia, en Tesalia, una nueva potencia. Su ascenso está indisolublemente ligado a la persona del tirano Jasón de Feres. En Tesalia las rivalidades de una nobleza poderosa impidieron durante mucho tiempo el ascenso político. Hasta que Jasón, hijo (o yerno) de Licofrón de Feres, obligó enérgicamente a las partes antagónicas del país a unirse no pudo Tesalia asumir en la historia de Grecia el papel que le correspondía. Igual que Dionisio de Siracusa, Jasón era un individuo de una gran cultura y de grandes intereses intelectuales. Era alumno del sofista Gorgias de Leontinos. Por supuesto, el ascenso de Tesalia era visto con malos ojos por los vecinos y, en particular, por los lacedemonios; sin embargo, éstos estaban tan absortos en sus propias preocupaciones, que no podían mezclarse en los asuntos de Tesalia. Con la conquista de la ciudad de Farsalia coronó Jasón su obra: era el único señor de Tesalia y llevaba el título de *tagós* (jefe absoluto). Tesalia estaba en condiciones de movilizar ocho mil jinetes y veinte mil soldados de infantería, lo que constituía una fuerza que, en aquella época, ni siquiera la Liga del Peloponeso podía reunir sin gran esfuerzo. También en Tesalia se pasó por alto el principio de la autonomía de los distintos estados, proceso que aquí se debe a la personalidad relevante del *tagós* tesalio.

Probablemente a causa del ascenso de Tebas el año 375/74 los atenienses se

dispusieron a concertar la paz. Con la mediación del Gran Rey de Persia y de Dionisio I se concertó en Esparta el año 374 un tratado de paz en el que también participó Tebas. Esta paz reviste importancia porque era una *koiné eirene*, esto es, había de comprender a todos los griegos. Según los términos del tratado, Atenas lograba considerables ventajas, ante todo la confirmación de su jefatura en la segunda Liga marítima ática, que obtuvo ahora reconocimiento oficial como contrapeso de la jefatura de Esparta en la Liga del Peloponeso. Esparta hubo de reducir considerablemente sus esperanzas y, ante todo, hubo de retirar sus guarniciones de las ciudades rurales beocias, disposición que, como es natural, beneficiaba a Tebas. El que en una fuente (Diodoro, XV, 38) se diga que los tebanos estuvieron excluidos de esta paz del 375/74 constituye un error basado en la confusión de este tratado con la paz del 371.

En Atenas se levantó un altar a la diosa de la paz (*Eirene*) y, en esta ocasión, el escultor Cefisodoro creó la célebre estatua de la diosa Irene con el niño Plutón en brazos: paz y bienestar, un símbolo de ideales de todos los griegos. Es posible, e incluso probable, que a los atenienses les fuera atribuida en esta paz la posesión de Anfípolis, la importante ciudad en el Estrimón inferior, y tal vez también el Quersoneso tracio. El que poseía esta península tenía en sus manos el control del paso a través del Helesponto.

La paz fue de breve duración. Jenofonte atribuye a Timoteo, hijo de Conón, la reanudación de la guerra; Timoteo había intervenido en los asuntos interiores de Zacinto y había hecho desembarcar allí a ciertos miembros del partido democrático. Sin duda, ocupada en la construcción de su nueva Liga marítima, Atenas no podía esperar gran cosa de una guerra, toda vez que una potencia marítima resulta mucho más afectada por los inconvenientes de la guerra que una potencia terrestre, siempre que ésta sea lo suficientemente fuerte para defender sus fronteras. El proceso de Timoteo (373) revela el nerviosismo de los ciudadanos atenienses; por lo demás, éste no esperó el resultado, sino que entró al servicio del rey de Persia en calidad de jefe de mercenarios. Cuán lejos se estaba entonces en Atenas de los gloriosos días de la primera Liga marítima lo revela el hecho de que los remeros de los barcos de guerra atenienses tuvieron que ponerse a trabajar como jornaleros del campo, en la isla de Corcira, para ganarse el sustento. También con Tebas se produjeron tensiones; los tebanos asaltaron Platea y la arrasaron (374/73 o 373/72). Tespias fue anexionada y los tebanos reclamaban también Oropo. La destrucción de Platea, que constituyó un rudo golpe para Atenas, se refleja en las obras literarias contemporáneas. Entre otros, por ejemplo, Isócrates hizo campaña contra los tebanos en su *Plateico*. Sin embargo, la fecha del discurso (373 según Werner Jaeger o 371 según Mathieu) es materia de controversia entre los

especialistas.

Con todo, estos acontecimientos no eran suficientes para provocar la guerra. Los espartanos, que no estaban en condiciones de enfrentarse a los atenienses por mar, habían vuelto a recurrir entretanto, por mediación de su negociador Antálcidas, a la intervención del Gran Rey. A instancia de Persia se reunió en Esparta el año 371 un congreso de la paz, en el que también estaban representados por embajadores, al lado de los griegos de la metrópoli, Dionisio I de Siracusa y el rey de Macedonia. Una vez más volvió a concertarse una paz general, una *koiné eirene* (verano del 371). Una vez más había vuelto a reconocerse como base de la paz la autonomía de los distintos estados consagrada en la paz del Rey, de modo, pues, que la nube persa seguía flotando sobre las cabezas de los griegos, y Esparta se esforzaba por complacer al Gran Rey.

La cláusula de la autonomía hizo que les resultara imposible a los tebanos aceptar las condiciones del tratado; trataron de inducir al congreso para que reconociera a la Liga Beocia; pero su portavoz, Epaminondas, se topó con la decidida resistencia de los espartanos, y Atenas no tenía interés alguno, como es natural, en comprometerse por Tebas. Los espartanos no vacilaron en exigir a los tebanos que liberaran a las otras comunidades beocias de la Liga y restablecieran su autonomía. Además se dio orden a Cleómbroto, rey de los lacedemonios, de penetrar desde la Fócide en Beocia, con objeto de reforzar la exigencia espartana. El ejército lacedemonio era numéricamente superior, pese a lo cual Epaminondas convenció a su gente para que aceptaran la batalla. Ésta se libró junto a Leuctra, a 11 km de Tebas, en junio del año 371, y terminó con la derrota completa de los espartanos, quienes encontraban aquí por vez primera en campo abierto a un contrincante de su talla. ¿Cómo fue esto posible? Epaminondas impuso en Leuctra una nueva táctica militar. Había dispuesto su ala izquierda con una profundidad de no menos de cincuenta individuos, figurando en las primeras líneas los miembros de la «Hueste Sagrada» de los tebanos, tropa selecta capitaneada por Pelópidas. El ala derecha de los espartanos no pudo resistir el empuje del ala izquierda, formidablemente reforzada; quedó rota y todo el heroísmo de los espartanos fue en vano. De 700 espartanos quedaron más de 400 en el campo de batalla. El ala izquierda de los espartanos ni siquiera había tenido tiempo de intervenir y tuvo que replegarse al campamento fortificado de las alturas vecinas, que no fue atacado por los tebanos. Pero, cuando los espartanos pidieron la entrega de sus muertos, reconocieron su derrota. Es significativo de la actitud de Jenofonte, amigo de los espartanos, que el informe de la batalla de Leuctra sea totalmente insuficiente. Ni siquiera menciona a Epaminondas, y de la derrota de los lacedemonios no da explicación alguna (Jenofonte, *Hel.*, VI, 4, 1-14).

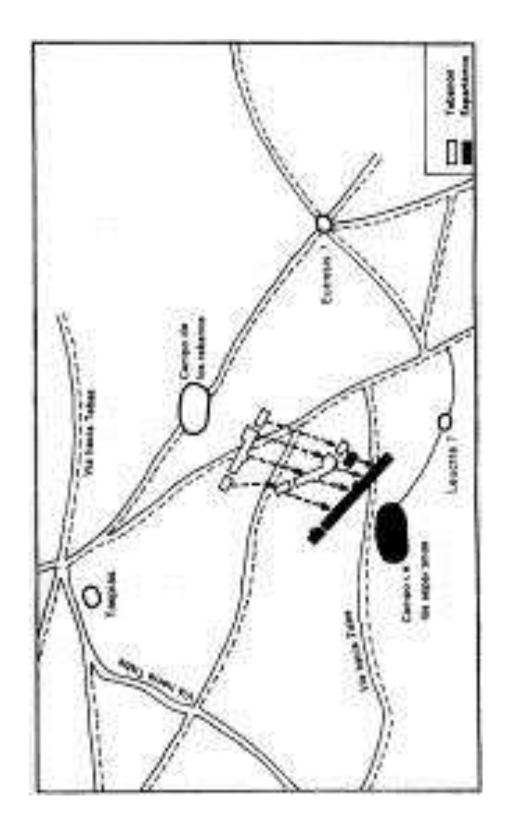


Fig. 6. La batalla de Leuctra.

¿Quién era, pues, este Epaminondas, que en una sola batalla, ante las puertas de su ciudad natal, asestó al estado militar espartano un golpe mortal? Epaminondas, hijo de Polimnis, descendía de una familia de ciudadanos tebanos que no contaban con grandes bienes de fortuna pero que dieron a su hijo una educación esmerada. Al igual que los demás muchachos de su edad fue instruido en los ejercicios músicos y gimnásticos, y disfrutó de la enseñanza de Lisis, filósofo pitagórico que había tenido que huir del sur de Italia. Epaminondas se sentía muy unido a Lisis. Las fuentes antiguas destacan con razón que Epaminondas no sólo era absolutamente insobornable, sino que, además, para conservar su independencia, vivía en un estado de pobreza voluntaria. Nunca contrajo matrimonio, pero tenía gran amistad, en cambio, con muchos tebanos, y no sólo con Pelópidas. Ya en la antigüedad causaba extrañeza que Epaminondas no hubiera participado en las luchas partidistas de Tebas y que incluso en la liberación de su ciudad natal tuviera una participación tan modesta. Pero debió estar muy activo en los años que van del 377 al 371, porque durante este tiempo el ejército de los tebanos y los beocios se convirtió en un instrumento táctico bélico de primer orden, en el que cabe sospechar la influencia decisiva de Epaminondas. Es

obvio que la nueva táctica del ala izquierda reforzada no se introdujo de la noche a la mañana, ya que presupone, antes bien, un ejercicio incansable y una disciplina estricta, lo que hasta entonces sólo se encontraba en los lacedemonios. En la historia bélica de los helenos había algunos antecedentes; por ejemplo, en la batalla de Delión (424), el ala derecha de los beocios decidió el encuentro mediante un ataque. ¿Es posible que Epaminondas hubiera seguido aquí sugerencias pitagóricas y las hubiera transportado al terreno de la táctica militar? No lo sabemos; en todo caso, sin embargo, Epaminondas con su nueva táctica asestó al estado militar espartano el golpe de gracia. La batalla de Leuctra es el modelo de la batalla de Leuthen (1757), en la que Federico el Grande derrotó totalmente, pese a la inferioridad numérica de su ejército, al adversario austríaco.

En Leuctra dejó de existir la hegemonía espartana. Un año más tarde (370) fue asesinado Jasón de Feres; había proyectado aparecer con un ejército tesalio en Delfos para hacerse cargo de los juegos Píticos. Con la muerte de este individuo, que había considerado seriamente el proyecto de una guerra contra Persia, Tesalia volvió a sumirse en disturbios intestinos, quedando abierto así el camino para el ascenso de Tebas.

Entretanto se habían vuelto a reunir en Atenas, en un congreso para la paz, los enviados de un gran número de estados griegos. La paz no produjo grandes cambios. Una vez más juraron los griegos las disposiciones de la paz del Rey relativas a la autonomía. Esta medida iba dirigida ante todo contra Tebas. Nuevamente se concertó una *koiné eirene*, que se puede situar en el año 371, después de la batalla de Leuctra (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 270). A ninguno de los firmantes de esta paz, entre los que hubo de figurar ciertamente Esparta, pero no Élide, se le ocurrió rebelarse contra las disposiciones de la paz del Rey; por el contrario, los tratados del Gran Rey sirvieron expresamente como fundamento de esta *koiné eirene* helénica.

Sin embargo, ahora se ponen de manifiesto en Grecia nuevos signos esperanzadores de índole más nacional; se sitúan en los años posteriores a Leuctra las fundaciones de algunas federaciones de estados griegos. Así nació, por ejemplo, el año 370, la Liga de los arcadios, y el *koinón* (la comunidad) de los etolios aparece por vez primera, en una inscripción ateniense, en el 367/66. No cabe duda que estas uniones dieron un nuevo carácter a la historia griega. Aun observando la autonomía de los distintos estados se unieron ahora pueblos enteros; las polis y las etnes (pueblos) habían reconocido que únicamente estando unidos podían desempeñar un papel en la historia.

La política tebana era completamente distinta. Tebas, que se había alzado como potencia dominante de Beocia, concertó tratados con varios otros estados: con la Fócide, con la Liga Arcadia, con el tirano Alejandro de Feres y con Acaya. Esta política de alianzas servía en parte para la preparación de la lucha definitiva entre Tebas y Esparta, pero también es en parte una consecuencia de la expansión de los tebanos hacia el Peloponeso y hacia Tesalia.

En el año 370 se inicia, con la primera expedición de los beocios al Peloponeso, la guerra de agresión de Tebas contra Esparta. Fundamentalmente, Grecia estaba dividida entonces en tres sistemas de alianzas, a saber, los que estaban dirigidos por Tebas, por Esparta y por Atenas, respectivamente. Sin embargo, ninguna de estas sinmaquias hegemónicas era lo bastante fuerte para crear verdaderamente algo nuevo y duradero. Para ello no sólo faltaban los medios materiales, sino también, ante todo, ideas constructivas, susceptibles de poner orden en el caos griego.

La primera campaña de Epaminondas, de fines del año 370, tuvo lugar en medio de otros fenómenos de tipo dramático. El origen de la campaña se debió a un llamamiento de ayuda de los arcadios, que estaban en lucha con Esparta y buscaban aliados. Al responderles Atenas negativamente, las miradas de Arcadia se dirigieron a Tebas. Así se concertó entre los dos estados una alianza formal (370). Se trata aquí, pues, de dos federaciones que unen sus fuerzas contra los lacedemonios Los beocios encontraron en el Peloponeso muchos partidarios. Los tebanos irrumpieron con una gran fuerza en Lacedemonia. Pese a que las fuerzas de Epaminondas pudieron atravesar el Eurotas en Amiclas y a que la caballería beocia logró penetrar hasta en los suburbios de Esparta, no se llegó a decisión alguna, porque Agesilao tenía ocupadas las partes más altas de la ciudad y no se dejó retar a una batalla campal. En términos generales, corresponde a este individuo el mérito de haber salvado a Esparta.

En la ciudad misma reinaba, en presencia de la amenaza, una confusión total: numerosos periecos e ilotas habían emprendido la fuga, y las mujeres espartanas, célebres en otras ocasiones por su valor, llenaban la ciudad de lamentos y agitación. En aquellos días, si los beocios y sus aliados no se hubieran dedicado al saqueo, el destino de Esparta habría podido quedar sellado. Pese a que ésta se vio preservada una vez más de ser tomada por un enemigo forastero, la impresión fue enorme en Grecia y mucho más allá. Los beocios pasaron a ser la primera potencia militar en la Hélade, y, con sus aliados en Grecia central y en el Peloponeso, representaban una formación tan considerable de poder que habrían estado en condiciones de imprimir a Grecia una nueva faz.

La conmoción sufrida por el estado espartano explica la defección de los mesenios, los cuales, bajo la protección de las armas beocias, crearon un nuevo estado (369). Bajo la dirección de Epaminondas se le dio al recién fundado estado una capital, que se construyó en la ladera del monte Itome y fue llamada Mesene. El nuevo estado de los mesenios, formado a expensas de Esparta, fue desde el principio un fiel aliado de los beocios. Desde sus comienzos reanudó la tradición antiespartana, y es probable que la plasmación de la historia legendaria de Mesenia tenga su origen literario en dicho momento.

Esparta había perdido ahora la importante tierra de labor situada entre el Taigeto y el mar Jónico y, con ella, la mayor parte de las subsistencias espartanas. El estado militar espartano se había basado en el paciente trabajo servil de muchos miles de ilotas, que habían estado sometidos, vigilados y explotados por Esparta sin la menor consideración. Desde la pérdida de Mesenia, Esparta dejó de figurar entre las potencias dominantes griegas y no puede hablarse ya de ninguna influencia decisiva de Esparta en la política griega. Una evolución de varios cientos de años había acabado revelándose como un camino falso, pero Esparta había prestado grandes servicios en las guerras médicas. Los griegos debían la liberación del peligro persa al espartano Pausanias y a sus esforzados luchadores en Platea. La justicia exige que se reconozcan tanto estos grandes servicios como muchas pruebas de la disciplina espartana al servicio del estado, en la paz y en la guerra. Mientras otros estados griegos emprendían la senda de la formación de federaciones de estados, Esparta siempre fue fiel a sí misma. Cabe lamentar la decadencia, pero aun en ésta se muestra algo de la antigua grandeza e intransigencia del verdadero espíritu espartano.

Iba dirigida asimismo contra Esparta la fundación de la ciudad de Megalópolis, con la que la Liga Arcadia se creó una capital y un centro. También esta ciudad, cuyos habitantes los proporcionaron las treinta y nueve comunidades circundantes, fue construida, al parecer, bajo la protección de las armas beocias. La situación de Megalópolis había sido escogida de tal modo que la ciudad, con sus poderosas murallas, cerraba el acceso desde el valle del Eurotas al del Alfeo. En esta forma quedaba cerrada la principal ruta de las incursiones a Arcadia.

Acerca de la segunda expedición de Epaminondas (369) poco puede decirse. Evidentemente tenía ya desde el principio un objetivo limitado. Los beocios conquistaron las ciudades de Sición y Pelena. Además se devastaron las regiones de Trecén y Epidauro.

Entretanto, Atenas y Esparta habían concertado una alianza, en la que el

mando superior debía alternar cada cinco días lo que constituye indudablemente una concesión de los espartanos (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 274). A continuación de la expedición espartana, poco lograda en conjunto, se llegó a un proceso contra Epaminondas y Pelópidas, quienes fueron destituidos de su cargo de beotarcos. Al intervenir en el norte, en Tesalia y en Macedonia, los beocios excedieron el límite de sus fuerzas. Sin duda, se llegó a un convenio con Tolomeo, administrador del reino macedónico; a título de garantía del cumplimiento fiel del convenio, fue en aquella ocasión a Tebas el futuro rey Filipo II, que entonces era un joven príncipe, y allí tuvo acceso a las familias más distinguidas (368). En Tesalia, en cambio, los tebanos habían encontrado en la persona del tirano Alejandro de Feres un adversario considerable. En ocasión de una expedición a Tesalia cayeron los tebanos Ismenias y Pelópidas en su poder, y sólo en el 367 logró Epaminondas concertar un convenio con Alejandro y liberar a los dos aliados (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 281).

Nada es más ilustrativo de la impotencia de toda Grecia que el congreso de la paz que se celebró el año 368 en Delfos a instancia de diversas potencias extranjeras. Realizaron las primeras negociaciones los enviados de Dionisio I de Siracusa; el sátrapa persa Ariobazarnes de Frigia había enviado a la Hélade a su agente Filisco de Abidos y no había sido parco en proporcionar dinero con fines de soborno. Por supuesto, Persia era la que tenía el principal interés en conservar una paz que mantenía la dispersión de Grecia en una gran cantidad de ciudades-estado, autónomas pero impotentes. Sin embargo, como Esparta no podía reconocer una Mesenia independiente, las negociaciones de Delfos no dieron resultado.

El año siguiente (367), los embajadores de muchos estados griegos emprendieron un viaje a la residencia del Gran Rey en Susa; entre ellos figuraba el tebano Pelópidas, y también Esparta y Atenas enviaron sus representantes. Mientras tanto, el rey de Persia había promulgado un edicto en el que reconocía a Mesenia como independiente, y, además, ordenaba a continuación el desarme de la flota ateniense. Con esto había impuesto Pelópidas su voluntad, pero únicamente en Persia, porque los griegos se negaron a aceptar el dictado del Gran Rey (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 282).

Ya en el año 368 Atenas había tratado de establecer relaciones diplomáticas con el tirano Dionisio I. En el verano de dicho año, los atenienses habían honrado al soberano y sus dos hijos mediante la concesión de una corona de oro y del derecho de ciudadanía, y en marzo del 367 se concertó entre Atenas y Dionisio una alianza (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 280). Los dos firmantes se aseguraban ayuda

mutua en el caso de agresión del territorio de cualquiera de ellos, y añadían además a ello un pacto de no agresión. Dado que también Esparta estaba aliada con Atenas y con Dionisio, resultaba de ahí una triple alianza. Permaneció ésta sin efecto porque poco después el soberano siracusano (en el documento se lo designa como «arconte de Sicilia») fue arrebatado por la muerte.

Tampoco la tercera expedición de Epaminondas al Peloponeso, el año 367, produjo ningún cambio esencial en la relación de fuerzas. Los beocios tenían dificultades con los arcadios e intentaron llevar al poder, en estas ciudades aqueas, a los demócratas en lugar de los oligarcas, lo que revela una falta de visión política; tan pronto como se fue el ejército beocio, los oligarcas, ahora irrevocablemente proespartanos, regresaron. La inestabilidad política se generalizó absolutamente en el Peloponeso, y ya anteriormente había habido actos de violencia (matanza de un gran número de ciudadanos en Argos, el año 370). También Atenas se vio arrastrada a la agitación política en el Peloponeso. Concertó una alianza defensiva con los arcadios. Toda vez que Atenas estaba también aliada con Esparta, resultaba de todo ello que los atenienses estaban obligados a prestar ayuda a Arcadia contra Esparta, y a Esparta contra Arcadia, según cuál fuera el estado agredido. Cierto reconocimiento de la hegemonía tebana lo representó el congreso de la paz celebrado en Tebas (366). Esparta no pudo decidirse a ingresar, de modo que la paz (si tuvo o no el carácter de una *koiné eirene* es materia de discusión) fue más bien una especie de armisticio. Esparta se encontraba entonces en una posición poco envidiable. Sus arcas estaban vacías, de modo que el anciano rey Agesilao hubo de alquilar sus servicios al sátrapa persa Ariobazarnes, por algún tiempo, como jefe de mercenarios.

En Asia Menor había estallado una rebelión de los sátrapas persas en la que participaban ante todo Ariobazarnes de Frigia y Datames de Capadocia. Esta sublevación condujo a un debilitamiento considerable del poder central en Anatolia, y sólo pudo ser reprimida después de varios años de duras luchas (370-359). Esta situación en Asia Menor favoreció la expedición de los atenienses a Samos del año 365. Bajo el mando de Timoteo, éstos arrancaron de Persia la valiosa isla y la aseguraron por medio de clerucos áticos. Por lo demás, la conquista de Samos estaba en contradicción flagrante con la promesa ateniense, realizada con motivo de la invitación a unirse a la segunda Liga marítima, de no practicar en el ámbito de la Liga conquista alguna. También en el Quersoneso tracio e incluso en Bizancio habían desembarcado los atenienses. Más notables son todavía los éxitos atenienses en Tracia. Sin duda, Anfípolis no pudo tomarse, pero, en cambio, Timoteo conquistó las ciudades de Pidna y Metona, que poseían gran importancia en relación con el comercio efectuado con el interior de Macedonia. También

Torona y Potidea se pusieron del lado de Atenas, y se enviaron a Potidea clerucos áticos. No podrá reprocharse a los atenienses que trataran de asegurar sus posiciones de ultramar con el auxilio de la flota. En relación con el número de la población, en crecimiento constante, la conquista de nuevos territorios de colonización resultaba de necesidad vital.

Pero los atenienses encontraron en el mar un competidor inesperado. Los tebanos habían empezado a construir una flota, y con tal propósito ocuparon el puerto locrio de Larimna. Tal vez solicitaron el concurso de un cartaginés para la construcción de su flota; existe un decreto honorífico beocio en favor de un tal Anóbal [¿Aníbal?], hijo de Asrúbal [¿Asdrúbal?] (Dittenberg, *Syll.* 13, n.° 179 del año 364).

Epaminondas obtuvo en su primera y única expedición naval algunos éxitos sorprendentes: se separaron de Atenas Bizancio y las grandes islas de Quíos y Rodas, así como Ceos, frente a la costa ática. Sin embargo, la ganancia sólo fue pasajera, porque Atenas no tardó en recuperar las comunidades separadas. Durante la ausencia de Epaminondas, un grupo de ciudadanos de Orcómeno había tratado, en unión con exiliados tebanos, de cambiar violentamente la constitución democrática de Tebas. El intento fracasó, y la asamblea de la Liga Beocia pronunció una sentencia terrible: todos los varones complicados en la conjuración, unos 300, fueron ejecutados, las mujeres y los niños fueron vendidos como esclavos, y la Orcómeno beocia fue destruida. Este acontecimiento muestra hasta qué punto se había agudizado la rivalidad entre los aristócratas y los demócratas. Pero muestra asimismo la brutalidad de los beocios para con sus propios conciudadanos.

En el Peloponeso se había originado una disputa acerca de la comarca de Trifilia, en la que estaban implicadas Arcadia y la Élide. Ésta encontró ayuda en Esparta, en tanto que los arcadios eran apoyados por un cuerpo de caballería enviado por Atenas. Los elidenses perdieron transitoriamente el dominio de la localidad de Olimpia. Ésta fue ocupada por tropas de la Liga arcadia y la celebración de los Juegos Olímpicos fue puesta en manos de los pisanos (julio del 364). Sin embargo, los elidenses, apoyados por los aqueos, no se dejaron expulsar sin resistencia, sino que se produjeron encuentros bélicos en el distrito sagrado de Olimpia. De la lucha salieron vencedores los arcadios, y tomaron el tesoro del templo, que necesitaban para pagar a sus tropas federales, los 5000 *eparitos*. El sacrilegio cometido contra la propiedad del templo de Olimpia condujo a una división de la Liga Arcadia; en adelante se enfrentaron dos grupos, bajo la dirección de Tegea y Mantinea respectivamente. Los mantineos habían desaprobado expresamente el robo del templo.

Es la situación de la Liga Arcadia, dividida en dos bandos, la que condujo a la cuarta y última expedición de Epaminondas al Peloponeso. Se llegó nuevamente a una incursión de los beocios contra la ciudad de Esparta. Y nuevamente no logró ésta su objetivo, porque Agesilao todavía pudo lanzar oportunamente tropas en defensa de la ciudad amenazada. Tampoco en Mantinea obtuvo Epaminondas el éxito perseguido, porque la caballería ateniense intervino con fortuna en la lucha contra los beocios. Al sur de esta ciudad se reunieron los dos ejércitos, y los aliados cerraron a Epaminondas el paso hacia Mantinea tomando posición en la llanura situada entre las colinas. Es probable que los dos ejércitos fueran aproximadamente iguales en número: de cada lado combatían unos 20 000 hombres. La afirmación de que Epaminondas aventajaba al adversario en la mitad de las fuerzas proviene de Éforo y no merece crédito. El gran general beocio había resuelto una vez más el problema táctico magistralmente. Pasó al ataque, con el ala izquierda reforzada, directamente de la posición de marcha, mientras el ala derecha se mantenía atrás. El objetivo del ataque consistía obviamente en tomar el control del camino de acceso a Mantinea, a espaldas de la posición enemiga, y cortarle así al adversario la retirada. El ataque del ala izquierda de los beocios estaba disimulado por la caballería; le estaban enfrentados los mantineos, que, obviamente, no habían contado con él en aquel día. Para conferir a su ataque el mayor ímpetu e impedir al propio tiempo que el adversario pudiera desplazar tropas del ala izquierda a la derecha, Epaminondas mandó efectuar simultáneamente un ataque de caballería contra el ala izquierda enemiga, donde se encontraban los atenienses. Las disposiciones de Epaminondas consiguieron el éxito deseado; el ataque del ala izquierda beocia se impuso, como en su día en Leuctra, y los adversarios, los mantineos y los espartanos, no lograron mantenerse. En esto, Epaminondas, que luchaba en las primeras líneas, fue herido de muerte; la batalla se disolvió en combates aislados, y se terminó sin que se lograra llegar a una decisión. Los dos adversarios erigieron un trofeo cada uno y pidieron la entrega de los caídos.

A la batalla de Mantinea, del 12 del Esciroforion (julio) del año 362, siguió el tratado de paz, que fue una vez más una *koiné eirene* en la que los espartanos fueron los únicos de todos los griegos que no participaron. La paz confirmó la división de Arcadia en dos federaciones separadas, una, meridional, bajo la dirección de Tegea y Megalópolis, y la otra, septentrional, bajo Mantinea. Los espartanos siguieron tratando de reconquistar Mesenia, para lo que, sin embargo, sus fuerzas no bastaban. La guerra en pequeño se prosiguió allí todavía durante varios años.

Con la batalla de Mantinea termina la obra histórica del ateniense Jenofonte.

Figura al final de ella la consideración resignada de que, después de la batalla, ninguno de los dos bandos poseía nada más que anteriormente, pero que el desconcierto y la confusión subsiguiente fueron aún mayores en Grecia. Efectivamente, en ello acierta Jenofonte. El mundo de las ciudades-estado griegas no desarrolló ninguna nueva idea que hubiera podido servir de fundamento para un nuevo ascenso de Grecia. En las luchas de las diversas sinmaquias entre sí se pone de manifiesto un pensamiento político que se mueve por los caminos trillados: la metrópoli griega se había eliminado como fuerza independiente, y una renovación desde dentro apenas podía esperarse.

¿Podemos preguntarnos, pues, si la labor de Epaminondas había sido realizada en vano? No puede haber la menor duda acerca de que hay que juzgar a Epaminondas como un político beocio y no como un político panhelénico. Si en cuanto general hizo triunfar una idea totalmente nueva, se aferró en cuanto político a la tradición, y no hizo más que poner la hegemonía beocia en el lugar de la espartana. Pero ésta no era viable y excedía las fuerzas de su patria. Tampoco mostró reparo alguno en solicitar la intervención de Persia cuando le pareció ventajosa para su causa. Su obra política terminó en la destrucción: las construcciones hegemónicas de Esparta y Atenas estaban profundamente socavadas y quedaba abierto el camino a la intervención posterior de potencias extranjeras, especialmente de Macedonia. Así, pues, el capítulo abierto por la paz del Rey termina durante la batalla de Mantinea con una disonancia: la dispersión griega parece perpetuarse irremediablemente, y el predominio de Persia es, pese a la gran sublevación de los sátrapas occidentales (370-359), indiscutible.

12. Los griegos occidentales en el siglo IV a. C.

La historia del helenismo occidental está en el primer tercio del siglo IV bajo la impronta de la gran personalidad del tirano siracusano Dionisio I (muerto en el 367). Proporcionó éste al helenismo siciliano seguridad y libertad contra la acometida de los cartagineses, pero al propio tiempo no se limitó a ejercer su influencia sobre la isla, sino que la extendió a otras zonas del continente italiano, en un momento en que Roma no jugaba todavía prácticamente papel alguno en la historia.

Después de haber llegado al poder, Dionisio tenía planteados dos problemas: el ajuste de las relaciones con los sículos y la cuestión cartaginesa, la cual, pese al tratado de paz del año 405, no podía considerarse en modo alguno como resuelta.

Ante todo Dionisio obligó a someterse a las ciudades griegas de Etna, Catania y Nasos. También Leontinos fue conquistada, y sus habitantes fueron transportados a Siracusa. Ya en aquel entonces se llegó a un primer conflicto con la itálica Regio, conflicto, sin embargo, que pudo ser arreglado. No cabe duda de que este movimiento expansivo reforzó considerablemente no sólo la confianza de Dionisio en sí mismo, sino también la posición de Siracusa. La ciudad era con mucho la mayor potencia de Sicilia, y de toda la Grecia occidental.

A partir del año 402/01 a. C., Dionisio empezó la construcción de la fortificación de Siracusa. Fue protegida especialmente con numerosas obras de defensa la meseta de Epípolas al noroeste de la ciudad; en su construcción participó un número gigantesco de trabajadores, que llegó, al parecer, a 60 000. De la fortaleza del Euríalo se conservan aún restos impresionantes, sobre todo el formidable bastión principal, desde el cual se goza de una vista panorámica sobre el paisaje siciliano. El resultado fue que finalmente Siracusa dispuso de una muralla gigantesca de no menos de 27 kilómetros de perímetro. De hecho, estas fortificaciones estaban perfectamente adaptadas para una defensa ofensiva. Así pues, su disposición correspondía a la actitud del soberano, quien no pensaba en limitarse a la mera defensa. En Siracusa mismo se producía, por un ejército de ingenieros y técnicos, una gran cantidad de material de guerra; entre otros, aquí se

produjeron las primeras catapultas, esto es, máquinas-honda, que se empleaban en el asalto de fortalezas. Se aumentó también considerablemente la flota siracusana, que, con sus 300 naves, era la mayor que poseyera en aquel entonces cualquier otro estado griego.

Rodeado de nuevos trabajos y nuevos planes, Dionisio encontró tiempo todavía de unirse, en un doble matrimonio, con dos mujeres, con Aristómaca, hija de su amigo Hiparino de Siracusa, y con Doris, hija de un conspicuo ciudadano de Locros, en el sur de Italia.

La guerra que Dionisio empezó contra los cartagineses fue una auténtica guerra de agresión. Los cartagineses no le habían proporcionado motivo alguno para ella. En Siracusa y en las demás ciudades griegas de la isla la población se volvió contra los comerciantes cartagineses: en una terrible persecución fue muerto un gran número de ellos y sus bienes fueron saqueados. Dionisio, por su parte, exigió a los cartagineses que liberaran las ciudades griegas que entonces ocupaban, lo que, por supuesto, rechazaron (397). Así, pues, habían de decidir nuevamente las armas. En cuanto a armamento, el tirano siciliano llevaba una ventaja considerable y había tomado además numerosos mercenarios a sueldo. Primero cayó en sus manos el fuerte cartaginés de Motia, a continuación de lo cual se pasaron los sicanos de su lado. De las grandes ciudades, solamente Egesta siguió ofreciendo resistencia. Al desembarcar una gran flota cartaginesa en Panormo (Palermo), la situación se agravó para Dionisio, que finalmente llegó a verse cercado en su capital de Siracusa. Sin embargo, sus relaciones con los griegos, en particular con los espartanos, le proporcionaron ayuda, y al estallar en el campamento cartaginés una peligrosa epidemia, Dionisio había ganado la campaña. Obligó a capitular al general cartaginés Himilcón. Se concedió a los cartagineses una retirada libre contra el pago de una elevada cantidad (300 talentos).

Esta victoria de Dionisio se ha comparado, no sin razón, con las otras grandes hazañas bélicas de los siracusanos, esto es, con la victoria de Gelón en Hímera y el éxito sobre las tropas expedicionarias atenienses. La consecuencia fue una sublevación en África, durante la cual Cartago estuvo pasajeramente en peligro de ser tomada. Dionisio aprovechó esta oportunidad para reforzar su dominio en el este y en el norte de la isla. Se sitúa en esta época la fundación de la ciudad de Tíndaris, que, como posición de bloqueo, controlaba la gran vía de comunicación, en la costa norte, entre Mesina y Panormo. A partir del año 392 volvió a haber un gran ejército cartaginés en Sicilia, pero no se produjeron éxitos significativos ni de una parte ni de otra; antes bien, en el mismo año, se llegó a

concertar la paz.

En el tratado los sículos quedaron bajo el dominio de Dionisio, y también se le concedió expresamente Tauromenio. Por otra parte, Cartago conservaba su dominio (*epikratía*) en la Sicilia occidental, pero los pueblos indígenas de la isla y las ciudades griegas pasaron a formar parte del reino de Dionisio.

En la Italia meridional, los griegos estaban cada vez más expuestos a la amenaza de los pueblos itálicos y, ante todo, a la de los lucanios. Con objeto de poder mantenerse mejor, las ciudades griegas formaron una alianza italiota. Figuraban en la misma, entre otras, las ciudades de Crotona, Síbaris de Traente, Caulonia, Turios, Elea y tal vez también Posidonia (Paestum). También Regio, que estaba en violenta oposición con Dionisio, fue admitida en la alianza. Sin embargo, la base más importante de Dionisio en Italia meridional era la ciudad de Locros. A orillas del Eléporo tuvo lugar una batalla en la que el soberano siciliano obtuvo la victoria sobre las tropas de la alianza italiota (388). Pese a que el resultado fue desastroso para los italiotas (no menos de 10 000 prisioneros cayeron en sus manos), Dionisio se reveló aquí como maestro de la política. Envió a los prisioneros sin rescate a su patria y concertó la paz con las ciudades de la alianza. Sin duda, ésta hubo de ceder la región situada al sur del istmo de Catanzaro, con lo que las ciudades de Caulonia y Regio quedaban aisladas y en manos de Dionisio. Primero cayó Caulonia, cuyo territorio fue agregado al de Locros (389/88), luego Hiponio y, finalmente, después de un tiempo de sufrimientos terribles, Regio. El sitio de Regio tuvo lugar (según Polibio, I, 6, 2) en la misma época que la conquista de Roma por los celtas y la paz de Antálcidas, de modo que se sitúa en el año 387/86 a. C.

Así queda terminada la primera fase de la expansión de Dionisio, que dominaba ahora la punta extrema del sur de Italia, desde el estrecho de Escilecio hasta el estrecho de Mesina. También los celtas, que poco antes habían conquistado Roma, entraron en relación con él, y desde el 386 se encuentran a su servicio, al lado de los iberos y los campanianos, mercenarios celtas. Revistió particular importancia, por otra parte, la aparición de la flota siracusana en el ámbito del mar Adriático. Aquí colonizó Dionisio la isla de Isa (actualmente Lissa/Vis); también llegó a poseer la ciudad de Lisos, en la Iliria meridional. En la región de la desembocadura del Po se fundó un asentamiento siracusano; se trata de la ciudad de Adria, que manifiestamente fue fundada entonces por vez primera. El nombre del «Canal de Filisto» (*fossa Philistina*) habla de la actividad de Filisto, amigo y agente de confianza de Dionisio, en la región del delta del Po. En esta región se encuentra la ciudad de Spina, cuya necrópolis ha adquirido celebridad a

consecuencia de las recientes excavaciones. También en Ancona había una colonia siracusana, y tanto en el Adriático como en el Tirreno los principales enemigos eran los piratas etruscos. La flota siracusana había emprendido reiteradamente expediciones contra ellos, en el curso de una de las cuales, en los años 384/83, fue saqueado el templo de Leucotea en Pirgos, puerto de Ceres en la Etruria meridional. También en Córcega había una base siracusana.

En la tercera guerra púnica (383/82-376 o 374) hubo que luchar también en suelo itálico, en donde los cartagineses habían encontrado aliados. Tampoco ahora se consiguió decisión alguna, antes bien, en la paz se confirmaron nuevamente las fronteras de ambas potencias. En adelante los ríos Halicos e Hímera formaban La frontera de los territorios de Dionisio y los de la *epikratía* cartaginesa; al este de esta línea los cartagineses sólo poseían la ciudad de Heraclea Minoa. Esta frontera subsistió hasta la intervención de los romanos en Sicilia, En Italia meridional el tirano conquistó la ciudad de Crotona (379), y en Tarento, que había participado en guerra contra él, parece que se hizo con cierto número de amigos, entre los cuales figuraba el célebre matemático Arquitas.

El reino de Dionisio comprendía cuatro partes. El núcleo lo constituía la ciudad de Siracusa, que mediante la incorporación de las localidades adyacentes adquirió una extensión considerable. Una segunda zona la formaban las colonias militares fundadas por el tirano, en las que los mercenarios encontraron una nueva patria, y entre las cuales figuraban Catania, Leontinos, Mesina, Tauromenio y Tíndaris. Existía además cierto número de localidades aliadas, como Locros, que por deseo de Dionisio ocupaba en Italia meridional una posición dirigente. En Sicilia figuraban entre las aliadas las ciudades de Acragante, Gela y Camarina. Sin embargo, la influencia efectiva del tirano se extendía mucho más allá de su reino y de las bases de su flota. Numerosos pueblos y estados cultivaron su amistad, y la flota siracusana participó, en la guerra de Corinto, en las luchas en aguas griegas y obligó a Atenas a aceptar la paz del Rey. En términos generales, las relaciones entre Atenas y Dionisio fueron bastante frías, pero se produjo un cambio poco después de la muerte de éste, cuando los dos estados concertaron una alianza.

Pese a todos los éxitos que como campeón del helenismo occidental obtuvo contra la potencia cartaginesa, Dionisio siguió siendo para los griegos, mientras vivió, un tirano. Es decir que su gobierno lo consideraban los griegos ilegítimo y basado en la fuerza, pese a que hubiera ascendido a su posición de soberano utilizando el pleno poder militar que se le había concedido. Por supuesto, contaba, y no sólo en Siracusa, con numerosos partidarios y, además, con una serie de amigos personales y aliados que le ayudaron a construir su imperio, pero era en el

fondo, pese a todo su poder y popularidad, un individuo solitario. El soporte más firme de su dominio lo constituía el ejército de mercenarios, que habían sido reclutados en todo el mundo. Pero éstos costaban mucho dinero, de modo que Dionisio se veía obligado a encontrar continuamente nuevas fuentes de ingresos. Sencillo y sin pretensiones, personalmente, dedicaba su tiempo libre a aficiones artísticas; destacó también como autor de tragedias, una de las cuales, con el nombre de *El rescate de Héctor*, llegó a ser premiada en Atenas, en las fiestas de las Leneas, el año 367. Para su protección personal había adoptado todas las precauciones imaginables. Se rodeaba de una guardia de corps y mantenía una policía secreta. Refieren las anécdotas que ni siquiera confiaba su pelo a las tijeras del barbero, sino que se lo dejaba crecer o se lo hacía chamuscar por sus hijas con cáscaras de nuez.

Sin embargo, todo esto no eclipsa su gran realización política, y a justo título lo tuvo en gran admiración el vencedor de Aníbal, el romano Escipión Africano. El helenismo siciliano volvió a revivir bajo el cetro de Dionisio en un nuevo período de bienestar y de paz interior y exterior. Sin duda, estos beneficios se habían pagado a un precio muy caro. Las decisiones en materia política ya no estaban en manos de los ciudadanos de Siracusa y de las demás localidades sicilianas griegas, sino que dependían únicamente de la voluntad del tirano, aunque éste tratara de obtener la aprobación formal de la asamblea popular. En cuanto individuo y en cuanto soberano, Dionisio se sitúa en un momento de transición. Surgido de la polis, se propuso nuevos objetivos en política y en el gobierno del estado, y en su mayor parte logró imponerlos, aun contra el deseo de sus compatriotas. Con todo, su figura apunta ante todo hacia la época helenística, en la que la personalidad del soberano absoluto está muy por encima de todas las demás: la voluntad del soberano es ley, y sus disposiciones obligan también a las polis del reino. Al morir Dionisio el año 367, de muerte natural, después de un período de casi cuarenta años de poder absoluto, se encontraba una vez más en guerra con Cartago, que sólo terminó bajo su hijo Dionisio II, probablemente el año 366.

Dionisio II era el mayor de sus seis hijos, y no siempre había vivido en buena armonía con sus hermanos y hermanas. Pero los oficiales del antiguo tirano, principalmente los jefes de las tropas de mercenarios, no querían que se dividiera el poder supremo del estado; así llegó a gobernar Dionisio. La tradición nos ha legado una imagen del joven soberano, que al hacerse cargo del gobierno contaba sólo 25 años, bastante desfavorable en conjunto. Políticamente fue un juguete en manos de su pariente Dión, que fue quien llamó a Platón a Siracusa. Un adversario decidido de Dión era Filisto, que acababa de regresar del destierro; la influencia de éste y de su círculo alejaron a Platón de Siracusa. Por lo demás, le faltaba al joven

Dionisio la genialidad de su padre, y su gobierno, que había empezado con algunas concesiones para el pueblo, no tardó en desembocar en la arbitrariedad. Provisto de ciertas dotes literarias, tenía amistad con filósofos y artistas, y concedía el mayor prestigio a los pitagóricos. El año 357, Dión logró imponer su retorno del exilio, y Dionisio fue cercado en su fortaleza de Siracusa. Al ver que ya no podía contar con auxilio alguno desde fuera, escapó de la acrópolis, que siguió defendiendo su hijo Apolócrates. Dionisio II se fue a vivir al sur de Italia, donde aún conservaba las ciudades de Regio y Locros. Desde ésta volvió una vez más a Siracusa (347).

Pero a partir del año 357, la personalidad prominente de Siracusa y Sicilia fue indiscutiblemente Dión, hijo de Hiparino. Fue él quien logró liberar a la ciudad de Dionisio II. Pero en muchos aspectos estuvo Dión poco acertado y desacreditó su labor, sobre todo, con el asesinato de su rival Heráclides. El propio Dión cayó finalmente víctima, el año 354/53, del atentado del ateniense Calipo, en quien había confiado imprudentemente.

Dión mantenía estrechas relaciones con la Academia platónica de Atenas, a la que pertenecía también Calipo. Platón, que fue un gran amigo suyo desde los años 366 a 357, cuando Dión vivía la mayor parte del tiempo en Atenas y en el círculo de la Academia, creyó seriamente poder realizar por medio de él su constitución política ideal en Siracusa. No cabe duda alguna de que, en este aspecto, Platón se equivocó completamente. En efecto, para introducir una constitución soportada por los elementos aristocráticos, Siracusa y sus ciudadanos no constituían un terreno apropiado, toda vez que los propios oligarcas hicieron saber reiteradamente y de modo inequívoco que no estaban dispuestos a realizar ningún sacrificio ni a hacer concesiones al pueblo. Tal constitución, no sólo habría sido irrealizable, sino que habría sido fatal para la vida griega de la isla; si en las ciudades griegas de Sicilia se ponía fin al dominio de los tiranos, hubiese sido imposible establecer un frente firme contra los cartagineses. Dice H. Berve: «La situación trágica del helenismo en Sicilia la constituye el que su posición geográfica tan expuesta obligara siempre, por consideraciones de política exterior, a sacrificar la autonomía de sus ciudades». El experimento platónico no podía realizarse porque estaba en contradicción total con las condiciones políticas existentes.

Tuvo mucho más éxito que Dión, en Sicilia, otro personaje, Timoleonte. Este individuo provenía de Corinto y había sido siempre un demócrata convencido y un enemigo acérrimo de los tiranos. Cuando los ciudadanos más conspicuos de Siracusa pidieron a la metrópoli, Corinto, ayuda contra el tirano Dionisio II, que había regresado, Corinto les envió a Timoleonte como estratego. Habían hecho, con

él, una elección excelente, porque en el breve plazo de cincuenta días logró adueñarse del fuerte Ortigia, de Siracusa. Dionisio II hubo de capitular a cambio de una salida libre y fue enviado a Corinto (probablemente el año 344), en donde, mirado con asombro por los ciudadanos, se dice que vivió hasta los tiempos de Alejandro.

La segunda tarea de Timoleonte no era menos difícil: se trataba de expulsar a los cartagineses, que otra vez estaban en movimiento en la mayor parte de Sicilia; esta vez se habían aliado con el tirano Hicetas de Leontinos, que había tomado ciertas zonas de Siracusa. Timoleonte logró liberar la fortaleza de la ciudad; la hizo derribar y mandó destruir las casas y los monumentos del tirano. A orillas del Crimiso los cartagineses sufrieron una derrota total (341). A partir de entonces ya no se aventuraron a traspasar los límites de su *epikratía*. También los tiranos Hicetas de Leontinos y Mamerco de Catania fueron vencidos por Timoleonte y, finalmente, fue tomada Mesina.

Pero conforme iba pasando el tiempo, Timoleonte se vio cada vez más afectado de un mal de los ojos, de modo que hubo de retirarse de la política, aunque siguió sirviendo a los ciudadanos con sus consejos.

El helenismo siciliano debe a Timoleonte no sólo la liberación de los cartagineses, sino también el equilibro interior de las diversas ciudades y ante todo, por supuesto, de Siracusa. Timoleonte expulsó y ejecutó a los tiranos, dondequiera que se encontraran en Sicilia; en este punto era inexorable. La única excepción la constituye Andrómaco de Tauromenio, el padre del historiador Timeo, que lo había recibido y ayudado a su llegada a Sicilia. En la constitución de Siracusa Timoleonte realizó, con el auxilio de otros dos legisladores (*nomothetas*) corintios, el ideal de la constitución mixta, la que guardaba el justo medio entre oligarquía y democracia. La suprema magistratura la ejercía el sacerdote de Zeus olímpico, y esta institución se mantuvo, según Diodoro (XVI, 70, 6), por más de tres siglos. En la lápida funeraria de Timoleonte se menciona como mérito especial suyo el que devolviera sus leyes a los siciliotas. Esto se refiere a la revisión de las antiguas leyes de Diocles. También fueron grandes sus méritos en relación con la nueva colonización de la isla; desde Corinto se trasladó a Sicilia un gran número de griegos, entre ellos muchos anteriormente exiliados. De esta forma aumentó el elemento griego de la isla considerablemente y el desarrollo de la cultura helénica se vio favorecido.

No fue culpa de Timoleonte el que estas medidas no lograran impedir, después de su muerte, el advenimiento de una nueva dictadura. El autor de ésta

fue Agatocles, hijo de Carcino, que nació alrededor del año 360 a. C. en la ciudad siciliana de Termas y tomó parte, siendo joven, en la última guerra de Timoleonte. El ascenso de Agatocles al poder empieza el año 319/18. Fue nombrado entonces comandante de las fortalezas siracusanas en Sicilia. De aquí extendió su influencia hasta que llegó a la tiranía, ascenso que recuerda el del primer Dionisio. La trayectoria de la ciudad de Siracusa en el siglo IV conduce de la tiranía al gobierno constitucional de Timoleonte y vuelve otra vez a la tiranía, ya que la polis no estaba en condiciones de resolver por sí misma los grandes problemas de política interior y exterior que tenía planteados. La tiranía tenía sus propias soluciones; era indudablemente una etapa previa de la monarquía helenística, y pasó lo mismo en la propia Grecia. Como es sabido, Agatocles tomó más adelante el título de rey.

La situación era distinta entre los griegos del sur de Italia. Estos acogieron con alegría el fin de la tiranía en Siracusa, pero perdieron con ella un apoyo importante, que necesitaban para defenderse contra los pueblos itálicos. Tuvieron que dirigir sus demandas de auxilio a la metrópoli griega. Se sitúa en este momento el paso del rey espartano Arquidamo III por el sur de Italia (342). Pero cayó en la lucha contra las fuerzas combinadas de los lucanios y de los mesapios, el año 338, junto a Manduria.

También la expedición del rey de los molosos, Alejandro (334/33), que coincide probablemente con la partida de su sobrino y cuñado Alejandro Magno para Asia, tuvo un resultado poco afortunado. Llamado por la ciudad de Tarento, luchó contra varios pueblos itálicos del sur. Este Alejandro es conocido sobre todo por su tratado con Roma (alrededor del 333/31), que probablemente estuvo motivado por la lucha común contra los samnitas. Es posible que Alejandro, como lo hizo más adelante Pirro, se propusiera crearse un reino propio en Italia meridional. En todo caso, entró en conflicto con las ciudades griegas. Alejandro fue asesinado el año 330 junto a Pandosia. Se dice que, al enterarse de su muerte, su cuñado Alejandro Magno ordenó un duelo del ejército. En dicha época, la ciudad más poderosa del sur de Italia era Tarento, que a fines del siglo IV tuvo un periodo relativamente pacífico, aunque esta paz era ilusoria. Los samnitas y los lucanios estaban empeñados en una guerra a vida o muerte con los romanos, que absorbía todas sus fuerzas (326/304).

13. La cultura griega en el siglo IV a. C.

Se proyecta sobre el siglo IV la sombra de la muerte de Sócrates (399). El hecho de que un individuo fuera valerosamente a la muerte por sus convicciones, fiel a las leyes de su ciudad natal, no basta en modo alguno para explicar la profunda y trascendente influencia de su personalidad. En la muerte de Sócrates hay mucho más: dio a sus semejantes un ejemplo que no se llegó a olvidar en toda la antigüedad. Cuando, después del descubrimiento de la conjura de Pisón, Séneca se dio la muerte por orden de Nerón, se guió deliberadamente por la muerte de Sócrates y la tomó como modelo de la suya. Por supuesto, hasta cierto punto la fama de Sócrates descansa en la suerte que tuvo al encontrar un discípulo tan brillante como Platón. La personalidad de este gran filósofo y teórico del estado fue influida de modo decisivo por la de su maestro. Aunque vio a Sócrates en términos casi sobrehumanos, lo comprendió, sin embargo, y fue capaz de transmitir su pensamiento, de modo incomparable, a sus contemporáneos y a la posteridad. El efecto de esta imagen de Sócrates reflejada por Platón es tan fuerte y duradero, que hasta el presente nadie se logra sustraer a él.

¿Quién, pues, fue Sócrates? De su vida sólo conocemos algunos detalles. Nació el año 470/69. Su padre era el escultor Sofronisco, y su madre la comadrona Fenáreta. En su infancia recibió la instrucción habitual en Atenas. Cuando contaba cerca de cuarenta años estalló la guerra del Peloponeso. Sirvió durante la misma como simple hoplita y tomó parte en las luchas de Potidea (432-429), de Delión (424) y de Anfípolis (422). Cuando el pueblo condenó a muerte, mediante un procedimiento ilegal, a los estrategos que habían ejercido el mando durante la batalla de las Arginusas, fue Sócrates quien se atrevió a contradecir a sus conciudadanos en la asamblea.

Por lo demás, se interesaba poco por las cosas exteriores y, lo mismo que el filósofo Kant que apenas salió de Königsberg, tampoco experimentó Sócrates afán alguno de ver el mundo, por su propia iniciativa, fuera de Atenas. Su genio y su gracia los desplegó Sócrates exclusivamente en el trato y la conversación con sus semejantes. Se le podía encontrar constantemente en los gimnasios o en el mercado, donde, en medio de un corro de oyentes, discutía e interrogaba. Sócrates no era sofista, aunque se sirviera del método de los sofistas. Nunca aceptó ni pidió

honorarios. Es posible que a muchas personas se les hiciera incluso molesto, al ponerlos al descubierto por medio de sus preguntas penetrantes y al hacerles ver una y otra vez cuán poco sabían, en el fondo, acerca de las cosas esenciales. No nos sorprende del todo, pues, que hubiese tres individuos, por lo demás perfectamente honorables, que el año 399 lo denunciaran ante el tribunal, acusándolo de no creer en los dioses del estado ateniense, de introducir, en lugar de éstos, otros dioses, y de corromper a la juventud. En esta forma, el reproche era, por supuesto, infundado. Sin embargo, dado que Sócrates despreciaba provocar la compasión de los jurados, fue condenado por una pequeña mayoría y ejecutado, treinta días más tarde, por el procedimiento de la bebida de la cicuta.

La significación de este individuo único reside en su notable capacidad para dirigir una conversación, ya que ésta sólo era para él un medio del que se servía, y lo que en realidad buscaba era la verdad, que él indagaba con sagacidad infatigable, aunque también motivado por su convicción de que el hombre, con tal que sepa lo que es justo, obrará justamente. Era, pues, una especie de optimismo ético el que Sócrates cultivaba, y esta actitud sólo se hace comprensible si presuponemos en él, al lado de la creencia en la verdad, la creencia de la bondad en el hombre. Por desgracia, hoy sabemos demasiado bien que el conocimiento de la virtud no se deja equiparar a la práctica de la virtud en la vida corriente, porque no es sólo el conocimiento el que rige al hombre, sino que intervienen además otros innumerables impulsos en la conducta, impulsos que con harta frecuencia se oponen a la voluntad y, aun con una apreciación correcta, impiden la ejecución de lo que se ha apreciado como apropiado.

No se puede negar que Sócrates fuera uno de los primeros que comprendió en toda su extensión el problema de la educación. Su labor pedagógica se extendía al alma del individuo, la que obtiene así, frente a todas las cosas exteriores de la vida, la posición que le corresponde. Este alejamiento deliberado de los bienes materiales era, para los griegos de entonces, sencillamente revolucionario: significaba una ruptura total con las ideologías anteriores. En una canción báquica anónima se dice:

La salud es para el mortal el bien supremo.

El segundo está en poseer una bella presencia.

El tercero es la propiedad adquirida sin malas artes.

Y el cuarto, el brillo de la juventud entre amigos.

Sin duda, existía el peligro de que la ética desarrollada por Sócrates condujera a un puro individualismo. En tal caso hubiera sido ampliamente inútil para la comunidad y habría debido llevar a un alejamiento del estado. Pero no fue así, porque Sócrates puso de manifiesto con su vida y con su muerte que el estado, y en particular su ciudad natal Atenas, representaba para él una comunidad sagrada e inolvidable. Obedecer las leyes de la ciudad paterna, incluso cuando puedan parecer injustas, constituía una actitud que destacaba luminosamente del escepticismo de tantos miles, para quienes el estado no era más que un comedero.

En la unión inseparable entre su personalidad y su doctrina reside el secreto de Sócrates, que en vida ejerció una atracción fascinante sobre los mejores de los jóvenes atenienses y, después de muerto, fue venerado por ellos como un santo. No cabe la menor duda que la ejecución de Sócrates, uno de los mejores ciudadanos que Atenas haya jamás poseído, hubo de pesar gravemente sobre la restablecida democracia ateniense y, con ella, sobre toda la vida política de Atenas. En efecto, cuando en un estado que pretende ser un estado de derecho puede llegarse a un error judicial tan monstruoso, de modo análogo a como fue monstruosa la sentencia en el juicio de las Arginusas, entonces se hace patente a la faz del mundo que se ha perdido el criterio apropiado y que la justicia amenaza con degenerar en arbitrio.

Sócrates actuó exclusivamente en la conversación y no ha dejado nada escrito. Fue su discípulo Platón (427-347) quien en sus *Diálogos* plasmó para la eternidad la imagen de Sócrates. Las *Memorables* de Jenofonte, compuestas toda una generación después de la muerte de Sócrates, sólo entran en consideración para algunos detalles superficiales. Si algo es seguro es que Jenofonte no comprendió en su ser más íntimo al gran maestro. En cambio, no podemos renunciar, para la reconstrucción de la figura de Sócrates, a Aristóteles, sobre todo por lo que se refiere al dominio de la dialéctica socrática. No obstante, Platón sigue siendo con mucho la fuente más importante, en primer lugar sus primeros diálogos, entre los que figuran los que llevan los títulos de *Protágoras* y *Laques*.

De la vida de Platón sabemos bastante, sobre todo gracias a sus propias obras; entre éstas representan una fuente particularmente valiosa las cartas platónicas, y no sólo por sus datos biográficos, como en nuestros días han reconocido los historiadores. La cuestión acerca del grado de autenticidad de dichas cartas no puede examinarse detalladamente en el marco del presente trabajo[3].

Platón descendía de una noble y antigua familia ática y nació en Atenas el año 427. Fue un típico niño ateniense, según parece, dedicado a los deportes y cosas semejantes; al llegar a la juventud, encontró el camino hacia Sócrates y durante ocho años, esto es, del año 407 al 399, perteneció al círculo de los discípulos de este último. Quien tenga una idea clara acerca de lo que representan precisamente estos años en la vida de un individuo en vías de formación, comprenderá que Platón hubo de recibir durante dicho periodo las impresiones decisivas para su vida posterior. Una fecha importante en su vida fue el año 390, en el que efectuó su primer viaje a Sicilia. Entró en contacto, durante este viaje, no sólo con los pitagóricos del sur de Italia, sino también con el gran tirano Dionisio I de Siracusa. Si es cierto o no que éste lo hizo vender en Egina en el mercado de esclavos, es una cuestión que aún se debate. Es posible que está anécdota forme parte de la leyenda platónica que no tardó en formarse, poco después de su muerte, en el círculo de sus discípulos. De regreso a Atenas, fundó Platón en su ciudad natal la llamada Academia, en los jardines del héroe Academo. En ella creó para sus alumnos un centro intelectual para la enseñanza y para la búsqueda de información en común. Esta Academia platónica ha sido el modelo de otros muchos centros de estudios, fue además la escuela de filosofía más antigua de Atenas, y subsistió como tal por más de 900 años. Cuando el año 529 d. C. el emperador Justiniano I la cerró, cerró en cierto modo un capítulo de casi mil años de una historia de la cultura, que para el hombre occidental adquirió una importancia extraordinaria. Dos veces más volvió Platón a dejar la patria para emprender sendos viajes de cierta duración. Se sitúan ambos en los años sesenta (367/66, 361/60) y volvieron a conducirle a Sicilia, donde esperaba, en vano, convertir en realidad sus ideales filosóficos relacionados con la teoría del estado.

Pero el destino de Platón no le favoreció en la actividad política. Ello lo ha expresado él mismo, en una forma realmente emocionante, en su *Carta VII*: «Cuantos más años fui teniendo, tanto más difícil se me antojaba la actuación como jefe político en Atenas. Porque sin amigos y partidarios fieles era imposible, y éstos apenas los había ya, porque nuestra ciudad no se regía ya por las prácticas y las instituciones de nuestros padres, y adquirir otras nuevas era impracticable, mayormente por cuanto el texto de las leyes y la costumbre ceden el paso a una corrupción cada vez mayor. Así me encontré, pues, finalmente, yo que inicialmente estaba poseído por completo del anhelo de actividad pública, en una gran depresión, en vista de que observaba que todo se hacía sin plan y en un continuo vaivén; sin duda, no abandonaba la esperanza de que algún día todo mejoraría, pero siempre hube de esperar a que llegara el momento de poder actuar, hasta que me di cuenta de que todos los estados actualmente existentes se rigen por una constitución mala… Así, pues, hube de proclamar, para elogio de la verdadera

filosofía, que solamente mediante ésta se puede apreciar lo que es conveniente tanto para los estados como para todos los asuntos privados, y que jamás se verá redimido el linaje humano de su mala situación hasta que llegue a los cargos públicos el linaje de los verdaderos y apropiados filósofos, o hasta que los gobernantes se conviertan en sus ciudades, por disposición divina, en verdaderos filósofos».

El desengaño que experimentó Platón en el ámbito de la política no era infundado. En Atenas no fueron precisamente los mejores ciudadanos los que tenían la jefatura en sus manos, y en el intento de Platón de crear en Sicilia el estado ideal sobre la tierra estaba guiado por su propio desconocimiento del carácter de los tiranos griegos occidentales. Así pues, se refugió Platón en el mundo de lo eterno e imperecedero. Fue un cambio de orientación que, si bien se hallaba ya esbozado en Sócrates, provocó, con todo, una de las mayores revoluciones intelectuales que jamás se hayan producido sobre la tierra. Platón opuso al mundo de los fenómenos el mundo de las ideas. Aquí se percibe claramente la influencia de la doctrina de los pitagóricos. La esencia de las cosas se le manifiesta a Platón en las cosas no como son, sino como debieran ser, esto es, en las ideas (*eide*), y logra reconocerlas en las bases del recuerdo, en la *anamnesis*. «Frente al mundo invisible de lo verdaderamente real, de las esencias eternamente inmutables, que sólo es dado captar al pensamiento puro, se sitúa, a medio camino entre ser y no ser, el mundo visible del fenómeno, del nacer y perecer, en proceso de constante devenir» (W. Capelle).

Solamente aquel que conozca el carácter mundanal del hombre griego podrá medir la inaudita novedad del pensamiento platónico: Platón descubrió para el hombre de su época un nuevo mundo, que había de ejercer sobre todo individuo adicto al pensar una atracción auténticamente fascinante. Sin embargo, esta atracción no estaba exenta de peligro, pues podía conducir a estimar en menos la vida de este mundo y, en particular, a desinteresarse por la actividad política. No obstante, la auténtica importancia de Platón corresponde a la esfera de la teoría del estado. Aunque sus obras de teoría política en sentido estricto, esto es, *La República* y *Las Leyes*, apenas recibieron en su tiempo la atención que merecían, han ejercido, a través de la filosofía de la baja antigüedad y de la *interpretatio christiana*, una influencia enorme que, pasando por la Edad Media (la *Utopía* del lord canciller inglés Tomás Moro), llega a nuestros días.

Platón no fue el primero que se dedicó a esbozar un estado ideal. Ya muchos años antes que él había proyectado uno Hipódamo de Mileto, el amigo de Pericles. Su obra estaba influida por la concepción espartana y preveía una estructuración

corporativa de los ciudadanos en guerreros, campesinos y artesanos (Aristóteles, *Política*, II, 1267, 13 ss.). Hacia el 400 a. C. aproximadamente, un cuarto de siglo antes que Platón, redactó un tal Fáleas de Calcedonia una obra semejante. En ella se sustentaba el principio de la igualdad de la propiedad y la instrucción, y que todos los individuos libres habrían de poseer el mismo derecho de ciudadanía. Así, pues, en cierto modo flotaban estas ideas en el aire, y no nos sorprende que Platón se ocupara asimismo de este problema.

La *República* apareció en el año 374, esto es, en una época en que el predominio de Persia sobre Grecia constituía una realidad. La idea central de la obra consiste en que únicamente es un verdadero estadista aquel que se haya propuesto como objetivo único la mejora moral duradera de los ciudadanos: constituye esto la *paideia*, el problema pedagógico, que, de modo general, desempeña en el pensamiento de Platón el papel principal. La población de la república ideal de Platón está dividida en tres clases o castas: los trabajadores (*demiurgos*), los guardianes (*phýlakes*) y los gobernantes, seleccionados de las dos clases anteriores. La tarea principal del estado consiste en la educación de la clase de los guardianes. Sus miembros no tienen propiedad privada alguna, viven juntos y comen juntos. El modelo espartano salta aquí a la vista. Como Platón sustenta la idea revolucionaria de que el hombre y la mujer son hasta cierto punto iguales, también están admitidas las mujeres en el gremio de los guardianes. Es igualmente revolucionaria su demanda de la abolición de la propiedad privada, y no existe tampoco el matrimonio, sino que hay una posesión en común de las mujeres y los hijos. Mediante un sistema sumamente complicado de «nupcias sagradas», han de aparejarse los varones y las hembras mejores, y los hijos nacidos de tales uniones son criados por el estado; en cuanto a los demás niños, nadie se ocupa de ellos, se los expone. De la clase de los guardianes salen los «gobernantes», que son objeto de una educación particularmente esmerada; después de un prolongado período de prueba al servicio del estado, están finalmente maduros, una vez alcanzados ya los cincuenta años, para gobernar. Les incumbe cuidar que los principios del estado se mantengan. Es éste un estado sin riqueza ni pobreza, con un número de habitantes que ha de permanecer básicamente constante. Pero es asimismo un estado sin progreso ni evolución: para Platón, el mejor de todos los estados concebibles.

No cabe la menor duda que, al escribir su obra, Platón contaba con la posibilidad de realizar sus ideas. Se encontraba entonces en el punto culminante de la vida y acababa de dejar tras sí los cincuenta años de edad (obsérvese que Platón había señalado que los «gobernantes» debían tener cincuenta años cumplidos); por lo regular, a esta edad no se renuncia todavía. Platón poseía en el estado espartano

un modelo contemporáneo para la realización de sus proyectos. No resulta difícil, por lo demás, criticar desde nuestro punto de vista el estado de Platón. El estado ideal de Platón adolecía de un defecto fatal de construcción. En efecto, Platón pasa por alto que el fundamento de todo estado viable reside en la fuerza. Si un estado carece de fuerza, será destruido por otros estados más poderosos y perecerá indefectiblemente, a menos que tenga la oportunidad de integrarse en un gran sistema de alianzas. Sin duda, constituye una preocupación propia de todo estado el cuidar de la educación de sus ciudadanos; pero no es menos importante la tarea de cuidar de su defensa y del poder de su comunidad. A la subestimación del poder político se añade en Platón, el total olvido del aspecto económico. La inaudita violentación de la personalidad individual en el estado de Platón, que va mucho más allá todavía de lo que se acostumbraba entre los espartanos, convierte dicho estado en una institución directamente coactiva. ¿Cómo puede Platón pensar en serio en suprimir simplemente el matrimonio y la propiedad privada? Mientras el estado sea una comunidad de individuos, habrá de haber una propiedad privada. El sentimiento de la posesión está indisolublemente enlazado con la naturaleza humana, lo mismo que el afán de adquisición es un instinto humano. El estado no puede suprimir sencillamente la naturaleza humana, ni en la teoría política.

Hay que reconocer a Platón, sin embargo, que su estado está al servicio de una idea. Es éste el ideal de justicia, que en esta obra se lleva a cabo, de modo inexorable, hasta sus últimas consecuencias lógicas. El estado platónico no es un fenómeno terrenal pasajero, sino que es algo eterno e imperecedero. A la idea del estado ha de subordinarse todo, entre otras cosas también el destino individual y la felicidad personal de cada ciudadano. A nadie se le escapará que este estado platónico está en la más violenta oposición con la idea liberal del estado, tal como se ha desarrollado en Europa a partir de la Revolución Francesa; pero nadie negará tampoco que tenemos en Platón una concepción cuya unidad e integridad deja en la sombra a todos los demás estados ideales.

Después de los desengaños que le proporcionó la estancia en Sicilia y, en particular, su trato con Dión, Platón volvió a tomar la pluma, ya a edad avanzada, para redactar lo que en cierto modo podríamos llamar su testamento político. Se trata de la obra que lleva por título *Las Leyes*. La obra fue concebida por el propio Platón, pero sólo fue publicada después de su muerte, por su discípulo Filipo de Opunte. Mientras Platón estaba dedicado a esta obra, se había producido en el mundo griego un gran cambio, esto es, el ascenso de Macedonia bajo el gobierno del rey Filipo II, hecho que era visto, particularmente en Atenas, con comprensible preocupación. En *Las Leyes* encontramos a un Platón distinto del de las obras

anteriores, y esta diversidad profunda es uno de los motivos de que se haya discutido su autenticidad (Gerhard Müller, *Studien zu den platonischen Nomoi*, Múnich, 1952). Pero la autenticidad de la obra es perfectamente obvia para los que estudian a Platón.

El estado de *Las Leyes* ya no es el estado ideal, el mejor que cabe imaginar, sino el mejor que se puede realizar en este mundo y, por tanto, el segundo de los estados mejores. En él vuelve a situarse el problema pedagógico en el centro. Platón ha llegado aquí incluso a postular la escolaridad general obligatoria, con lo que se anticipaba con mucho a su época, ya que la antigüedad nunca llegó a dicha clase de enseñanza. Fue Federico Guillermo I, rey de Prusia, el primero en introducirla para sus súbditos, después de que algunos pequeños estados alemanes le precedieron en el siglo XVII. Robert von Pohlmann ha designado este segundo estado de Platón como un estado coactivo absolutamente insoportable y, más aún, como un estado policíaco y una institución correccional del tipo más consecuente. En dicha concepción, en efecto, todo absolutamente está sometido a la inspección del estado, incluso la educación de cada niño. La religión desempeña un papel central en dicho estado; con razón se ha pretendido que se trata en esto ante todo de influencias órficas, a las que Platón se habría hecho cada vez más asequible. Es horroroso observar que este estado no retrocede ante los castigos más severos, ni siquiera ante la pena de muerte, para aquellos a quienes se les ocurriera rechazar la religión impuesta por él. ¿Cómo pudo Platón llegar a una negación tan trascendente de sus propios principios? El que lee *Las Leyes* se asombra de que se construya un estado ideal en donde la voluntad libre de los ciudadanos no cuenta prácticamente para nada y en que la coacción lo es todo. Cuán lejos está aquí el espíritu de Platón del de su maestro Sócrates, que dedicó su vida a enseñar a los hombres lo que de bueno podrían encontrar en sí mismos y a llevar una vida mejor por su propia elección libre.

El tercer gran nombre entre los filósofos es el de Aristóteles, cuya personalidad lleva la impronta de su trato con Platón. Acerca de su vida estamos relativamente bien informados, con excepción de algunos años que se sitúan después del 340. Aristóteles descendía de una familia de médicos y nació el año 384 en Estagira, en la península Calcídica. Su padre, Nicómaco, fue el médico de cabecera del rey Amintas III de Macedonia, padre de Filipo II. La medicina era la más empírica de las ciencias griegas. Por su procedencia, Aristóteles estaba predispuesto para la investigación empírica, y también su relación con el rey de Macedonia le estaba en cierto modo señalada desde la cuna.

Su vida es rica en cambios de fortuna. A los diecisiete años, el año 367,

ingresó en el círculo de influencia de Platón, quien a la sazón era ya un sexagenario. Durante veinte años, hasta la muerte del maestro, estuvo sentado a los pies de Platón en la Academia, ante las puertas de Atenas, y recibió en este tiempo los estímulos decisivos para toda su vida científica. Solamente la muerte de Platón, el año 347, disolvió la relación entre el maestro y el alumno. El mismo año aceptó Aristóteles una invitación del tirano Hermias de Atarneo y se trasladó a Aso, en la Tróade. En los tres años de su permanencia en Aso (347-344) hubo ciertamente de obtener, por su trato con Hermias, una gran experiencia en materia de política práctica. Hermias, en aquella época, era capaz de mantener la independencia de su pequeño estado entre las grandes potencias Persia y Macedonia, hasta que cayó, en el 342/41, víctima de un atentado de Méntor de Rodas.

Por entonces Aristóteles había llegado ya, tras una estancia en Mitilene (344/43), a Pela (342/41), donde estaba la corte de Filipo II, el cual le había llamado para que fuera preceptor de su hijo, el futuro Alejandro Magno. Alejandro reconocía reiteradamente, en sus últimos años, la profunda influencia del filósofo griego sobre su propio espíritu y si el gran rey de Macedonia se entregó con entusiasmo a la cultura griega, ello se debe, al menos en parte, a su maestro Aristóteles. Del 340 al 335 se pierde el rastro de Aristóteles. Luego lo encontramos en Atenas, donde había fundado una escuela propia, en el gimnasio del Liceo, que no tardó en ponerse a la altura de la Academia de Platón. En el Liceo, o *Perípato*, como se llamó la escuela a causa de sus galerías cubiertas, pasó Aristóteles sus años más productivos. Aquí llegó a ser, rodeado de numerosos alumnos de todo el mundo, el jefe universalmente reconocido de la vida intelectual. Al conocerse la noticia de la muerte de Alejandro (323), Aristóteles huyó de Atenas a Calcis, en Eubea, pues era conocido como amigo de los macedonios. El año 322 murió en dicha ciudad. Su ejecutor testamentario fue el macedonio Antípatro, y su sucesor en el Liceo fue Teofrasto de Ereso.

Werner Jaeger ha trazado en su extraordinario libro *Aristóteles. Grundlegung einer Geschichte seiner Entwicklung* (Berlín, 1923), una imagen acertada, en líneas generales, del desarrollo del genio aristotélico. En la vida de Aristóteles cabe distinguir tres fases. Durante la primera, que se extiende hasta la muerte de Platón, Aristóteles está bajo la influencia decisiva de su maestro. Después de la muerte de éste, empiezan los años de viaje, en los que se va desprendiendo lentamente de dicha influencia. Y en el tercero y último período, a partir del año 335, Aristóteles es el gran maestro, el soberano en el reino de la ciencia. Las grandes líneas las ha trazado Jaeger acertadamente. Pero se sigue discutiendo si el gran paso de Aristóteles a la ciencia especializada debe atribuirse exclusivamente al último

período de su actuación y creación. En cuanto hijo de un médico, estaba familiarizado desde la infancia con la investigación empírica.

Sea cual fuere la causa, los resultados son notables, Aristóteles ha dejado a la posteridad una riqueza extraordinaria de escritos. Se ha ocupado tanto de cuestiones lógicas y epistemológicas como de problemas psicológicos y éticos; el vasto campo de las ciencias naturales, especialmente de la física, la zoología y la botánica, le era tan familiar como la investigación histórica y literaria. Por ejemplo, confeccionó una lista completa de los vencedores en los Juegos Píticos que no habría sido posible sin un estudio metódico de los archivos. En esta tarea le ayudó su sobrino Calístenes. Además, Aristóteles examinó los documentos relativos a las representaciones dramáticas en Atenas, creando así el supuesto para el trabajo crítico de los filólogos alejandrinos, quienes, basándose en la *Didascalia* (hoy perdida) de Aristóteles, pudieron establecer la cronología básica del drama antiguo. En sus investigaciones hizo que participaran muchos de sus alumnos que, procedentes de toda Grecia, se habían reunido a su alrededor. En la organización del tratado científico la actividad de Aristóteles marca una época: reúne el gran erudito la total *universitas literarum*, que después de su muerte se dividió en una gran diversidad de ciencias particulares. Así, pues, este genio universal se sitúa al final de una época, pero también al principio de otra que tiene como punto de partida su grandiosa obra. Están bajo la sombra de Aristóteles no sólo el apogeo de las ciencias y la enseñanza en la época helenística, sino también la ciencia de la Edad Media, a la que las obras de aquél le fueron transmitidas en parte por los árabes. Solamente la visión moderna del universo, tal como se ha formado a partir del Renacimiento, se ha liberado paulatinamente de la influencia de Aristóteles, evolución que no ha sido posible sin dificultades y sacrificios.

También Aristóteles, igual que su maestro Platón, se ocupó de cuestiones relacionadas con la teoría del estado. Pero, a diferencia de éste, jamás efectuó intento alguno de intervenir activamente en política. Era una naturaleza esencialmente teórica, para quien la observación importaba más que la acción. Como legado de su pensamiento en materia de teoría política poseemos ante todo la *Política*, obra que siempre ha atraído a historiadores y políticos, entre ellos a Wilhelm Oncken y a Heinrich von Treitschke. Según los estudios de Werner Jaeger puede darse por descontado que la *Política* de Aristóteles fue escrita en un período relativamente largo de tiempo, que las primeras partes corresponden a los años de Aso, y que la obra fue completada, y en parte revisada, en el último período de Atenas. Mientras los estratos más antiguos no pueden negar su parentesco intelectual con Platón, los más recientes, en cambio, están escritos ya bajo la poderosa influencia de los conocimientos empíricos. Para Aristóteles, el hombre es

un «animal político» (*zoon politikón*), esto es, el individuo sólo puede realizar su verdadera función como miembro del estado. Ahora bien, el estado en que Aristóteles pensaba era la polis, que precisamente en su época estaba sometida a graves pruebas. En forma mucho más pronunciada que en Platón destacan en Aristóteles, en los últimos capítulos, los fundamentos reales del estado. En efecto, a diferencia de aquél, Aristóteles no sólo se ocupó de los problemas económicos (es partidario, por lo demás, de la propiedad privada), sino que también prestó atención a la protección del estado mediante la fuerza armada. Son muy importantes, para él, las formas de la constitución; distingue entre la monarquía, la aristocracia y la democracia (*politeia*). Existen degeneraciones (*parekbasis*) de cada una de ellas, a saber: la tiranía, la oligarquía y la demagogia, esto es, la democracia extrema, que Aristóteles rechaza. Considera éste como solución ideal la *politeia*, en la que el poder está en manos de la clase media. La riqueza y la pobreza no se dejan eliminar del estado aristotélico, así como la esclavitud, a la que Aristóteles no opone el menor reparo.

Constituye un cierto complemento de las reflexiones relativas a la teoría del estado de la *Política*, en la que se elabora la suma de una prolongada experiencia, la colección de las constituciones políticas griegas, que Aristóteles hizo reunir por sus alumnos. Fueron recopiladas y descritas nada menos que 158 de estas constituciones, una de las cuales, probablemente la más importante, la *Constitución de los atenienses*, se ha conservado en un papiro egipcio que no ha sido descubierto hasta 1889, y que se conserva en Londres. Esta obra fue escrita poco después del 330 a. C., pero es posible que sólo fuera publicada después de la muerte del maestro. Proporciona un resumen de la evolución de la constitución política ateniense, desde los tiempos más antiguos, y, en una segunda parte, sistemática, da una relación de los funcionarios políticos y de sus tareas en Atenas. Las dos partes son igualmente valiosas, pese a que la investigación histórica, especialmente en la primera parte, deja bastante que desear, para decepción del historiador actual. Pero nuestro conocimiento de la historia primitiva de la constitución política ateniense ha sido puesto, gracias a la obra de Aristóteles, sobre un fundamento nuevo. Se puede perdonar que el autor incurriera en algunos errores y descuidos en lo que reviste importancia absolutamente secundaria.

El que las obras sobre teoría política de Platón y Aristóteles no encontraran en su propia época y en su ciudad la atención que merecían, se debe a diversas causas. En primer lugar, no hay que olvidar que las obras aparecieron en un momento en que la polis había rebasado ya su punto culminante. El ascenso de Macedonia, la conquista de Persia por Alejandro Magno posteriormente, y luego la formación de los estados de los diádocos hicieron que la polis griega fuera pasando

cada vez más a segundo plano. Se planteaban problemas totalmente nuevos, que no se podían ya solucionar con los medios tradicionales. Platón sólo vio aproximarse esta época de lejos, pero Aristóteles, el maestro de Alejandro, la vivió de pleno. Pero no hay en toda su obra, ni una sola alusión a los problemas de la monarquía universal, y en el periodo que siguió a su muerte apenas cambió nada en este aspecto. Su sucesor como jefe de la escuela del Perípato, Teofrasto, hizo publicar, por ejemplo, una obra con el título de *Cuál es la mejor manera de administrar la polis* (por desgracia, esta obra no se ha conservado).

Finalmente, no hay que pasar por alto que se enfrenta a esta literatura sobre teoría política una tendencia filosófica que se desinteresa por completo de la polis. Ya Aristipo de Cirene (aproximadamente del 435 al 355), quien en su adolescencia había estado sentado a los pies de Sócrates, no está dispuesto a aceptar actividad alguna al servicio de la polis: encuentra semejante actividad sencillamente molesta e inadecuada al ideal filosófico de vida del hedonismo. También su antípoda Antístenes, el fundador de la filosofía cínica (nacido alrededor del 450 y muerto después del 366), que descendía de una esclava tracia y nunca fue en Atenas ciudadano de pleno derecho, tenía al estado griego en poca estima; significativamente, en él se encuentra primero el reproche de que en la polis griega el saber profesional no es suficientemente considerado. Al parecer, Antístenes habría dicho que lo mismo podían elegirse asnos y caballos como gente que no entendía nada para ocupar los puestos oficiales. Apenas hay cambio entre la doctrina de Antístenes y la de Diógenes de Sínope, su discípulo, quien sostenía que no era ciudadano de ninguna polis determinada, sino que la polis era, antes bien, el cosmos. Tenemos aquí las raíces del cosmopolitismo antiguo, idea que ha contribuido asimismo a la disolución del pensamiento relativo a la polis.

¿Cómo se veía, pues, la polis en la primera mitad del siglo IV a. C.? Poseemos el tratado de cierto Eneas Táctico acerca de las medidas que conviene adoptar en ocasión del sitio de una ciudad. Esta obra, que podemos situar con gran probabilidad entre los años 357 y 340, traza una interesante imagen de una pequeña polis de la metrópoli, imagen que resulta mucho más realista que todo lo que puede extraerse de las demás fuentes literarias de dicha época. Por lo demás, el autor sigue siendo desconocido para nosotros, porque el intento de algunos investigadores anteriores (Casaubon, Hug) de identificar a Eneas con el estratega arcadio Eneas de Estinfalo mencionado en Jenofonte (*Helénicas*, VII, 3, 1) no cuenta con fundamento seguro alguno. Durante los primeros años del siglo IV volvió a haber siempre sitios de ciudades griegas; baste recordar, por ejemplo, el de Fliunte por los espartanos bajo el mando de Agesilao entre los años 381 y 379, o el de Mantinea, un poco anterior (385). Se comprende, pues, que en presencia de

semejante situación se proveyeran medidas apropiadas.

Eneas da toda una serie de consejos concretos. Aconseja, por ejemplo, que al producirse el peligro de guerra, se proceda a retirar del campo (de la *chora*) el ganado y los muebles, así como los esclavos, y confiarlos a una ciudad vecina. El depósito de las propiedades en territorio neutro era en aquel tiempo algo corriente, como nos lo muestra un contrato entre el dinasta Hermias de Atarneo y la ciudad Eritras, de Asia Menor, que encontramos en una inscripción anterior al 342/41 (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 322). Según Eneas, el campo ha de evacuarse en la medida de lo posible, la población libre y los frutos han de ponerse bajo la protección de los muros de la ciudad. Si alguien no siguiera estas disposiciones, sus bienes en el campo se considerarían como abandonados y pueden ser saqueados impunemente. Se debe vigilar especialmente que entre la ciudad y los exiliados que vivan fuera no se establezca enlace alguno. Por esto se aconseja la introducción de una censura de la correspondencia. En general, la entrada y la salida han de vigilarse estrictamente; sólo pueden admitirse forasteros en el recinto con el conocimiento de las autoridades, y hay que tomar nota de dónde se alojan; esto se aplica asimismo a todos aquellos que moran en la ciudad para instruirse. Aquel que introduzca en la ciudad aceite o trigo debe ser loado públicamente y distinguido con una prima cuyo importe variará según el volumen de los bienes importados. Eneas da por supuesto que la polis no puede sostenerse sin mercenarios. Propone que los diversos ciudadanos recluten y mantengan mercenarios según sus posibilidades financieras; el estado puede más adelante abonar parcialmente a los particulares una parte de sus gastos. De la reducción o anulación de las deudas espera Eneas una voluntad de defensa mayor de aquellos círculos que no están de acuerdo con el régimen imperante en la polis.

Si se consideran los consejos de Eneas atentamente, habrá de convenir en que éste se esfuerza por tener en cuenta las condiciones reales de la ciudad griega del siglo IV a. C. Eneas especula con la unidad interna de la polis y sus habitantes, y todos sus consejos tienden en última instancia a realizarla. Es sabido, en efecto, que precisamente durante el siglo IV la concordia distaba de ser perfecta en el seno de muchas ciudades griegas: una vez y otra se nos vuelve a hablar de intentos de subversión, siendo particularmente temido en este caso el gran número de los desterrados. El temor de la discordia interna en la ciudad llega a tal extremo en Eneas que aconseja, de modo general, emplear a forasteros en la defensa de la ciudad: cuando se efectúen ejercicios de alarma, los forasteros han de trasladarse a un área especial que se les ha asignado o han de quedarse en casa. Esta desconfianza para con los forasteros, incluidos los mercenarios, estaba muy justificada. En efecto, con una gran frecuencia hacían el juego al enemigo.

Pero ¿quiénes son, en realidad, los enemigos de la polis griega? Eneas piensa aquí ante todo en las ciudades vecinas, pero también en los grandes jefes de mercenarios, que se comportan en cierto modo como potencias independientes. Se añade a esto el elemento de los exiliados, que constituye una fuente de agitación perpetua. Nos sorprende mucho que en Eneas no se encuentre en lugar alguno el consejo de concertar sinmaquias: al contrario, recomienda que se admita siempre en la ciudad sólo a un número determinado de aliados, de forma que las propias fuerzas resulten superiores. Eneas combina con los problemas psicológicos una serie de cuestiones técnicas: se trata de la forma apropiada de cerrar las puertas de la ciudad, del servicio de guardia, del sistema de señales, *etc.*

El que lea el tratado de este táctico experto percibirá algo del espíritu de la polis del siglo IV. Estaba ésta dispuesta a arriesgarse al máximo para asegurar su existencia, y podía hacerlo, efectivamente, mientras había de contar con enemigos procedentes, asimismo, del mundo de las ciudades-estado. No hubo adversarios más poderosos hasta el 360 a. C., pero ya no faltaba mucho para que las máquinas de asedio del rey macedonio emprendieran el asalto de las ciudades griegas.

¿Acaso era posible e imaginable que una polis como la que se presupone en la obra de Eneas pudiera ocuparse seriamente del problema fundamental de la educación de los ciudadanos, tal como propone Platón en su *República* y en sus *Leyes*? Entre Eneas y Platón se abre una brecha, porque es obvio que un estado cuya existencia está constantemente amenazada se ocupe más de las cuestiones militares que de la enseñanza de sus ciudadanos. La inestabilidad interior de la polis griega, agravada además por la violencia de los mercenarios y el espíritu vengativo de los desterrados, constituye un hecho histórico que forma el trasfondo de vastos capítulos de la historia de Grecia en el siglo IV a. C.

El sistema de los mercenarios es un fenómeno que se deja seguir hasta los primeros tiempos de las relaciones entre Grecia y los imperios antiguos de Oriente Próximo. A partir de principios del siglo VI a. C. entraron griegos al servicio, como mercenarios, de los reyes de Egipto y Babilonia, y mercenarios griegos y carios perpetuaron sus nombres en la estatua colosal de Ramsés II en Abu Simbel, en Nubia. A causa de su calidad, los mercenarios griegos eran sumamente apreciados, y en el siglo IV se les encuentra en todas partes, es decir, con el Gran Rey persa y con sus sátrapas tanto como en Occidente, con los cartagineses. El soldado que ganaba dinero y prestigio en el extranjero, volvía a su patria para retirarse como individuo acomodado. De los otros, los que en el extranjero sufrían y morían, nada nos dice la historia.

El Eldorado de los mercenarios griegos era el Peloponeso. En la *Anábasis* de Jenofonte leemos los nombres de varios jefes de mercenarios. Entre éstos figuran Clearco de Lacedemonia, un desterrado; Aristipo, un tesalio, expulsado de la patria por sus adversarios políticos; Próxeno, un beocio y Soféneto de Estinfalo, Sócrates de Acaya, Jenias de Parrasia, Pasión de Mégara, Sosis de Siracusa, y otros. Al mismo tiempo también había mercenarios griegos del lado persa y, concretamente, no menos de 400 en el ejército de Abrocomas, en Siria, y el propio Tisafernes tenía un instructor griego, Fauno de Zacinto, a quien tenía en mucha estima. Cuando Atenas y Persia vivían en buenos términos, esto es, en los años entre el 375 y el 373, Ifícrates y Timoteo, con sus mercenarios griegos, entraron sucesivamente al servicio del Gran Rey Artajerjes II, en Egipto, aunque sin conseguir aquí éxito decisivo alguno contra los egipcios sublevados. En cambio, en la reconquista de Egipto (invierno del 343/42) se distinguieron especialmente dos jefes de mercenarios griegos: el tebano Lácrates y el rodio Méntor, quien fue nombrado en recompensa comandante en jefe de las regiones litorales de Asia Menor. Su hermano Memnón figuraba entre los dinastas de Asia Menor bajo los últimos reyes persas, y fue el único oficial persa que, en cuanto estratega, estuvo aproximadamente a la altura de Alejandro. La muerte de Memnón, el año 333, liberó a Alejandro de un adversario nada despreciable, que había registrado en el Egeo una serie de éxitos.

También en los ejércitos de los atenienses y los lacedemonios se encuentra en el siglo IV un número cada vez mayor de mercenarios. Por ejemplo, Agesilao debe su victoria en la batalla de Coronea (394) ante todo a los mercenarios griegos de Ciro, bajo el mando de Herípidas. Es probable que también Jenofonte se encontrara entre éstos. Eran particularmente buscadas ciertas tropas especiales, como los arqueros de Creta, los lanzadores de jabalina de Tesalia, Acarnania y la Lócride, y los honderos de Rodas. En Grecia había diversos lugares de reclutamiento, los más conocidos de los cuales eran Corinto y el cabo Malea, en el extremo sur de Laconia.

La utilización de mercenarios se había hecho necesaria porque los ciudadanos cada vez consideraban más el servicio militar como una carga; son bien conocidas las apasionadas lamentaciones de Demóstenes refiriéndose a ello. El estado salía del paso, pues, obligando a los ciudadanos a pagar impuestos de exención que pasaban al bolsillo de los mercenarios, muchos de los cuales llegaron a reunir verdaderas fortunas. Individuos como Ifícrates, Timoteo, Caridemo y Cares contaban con grandes séquitos que los hacían casi independientes del estado ático. Los grandes jefes de mercenarios tienen una participación considerable en la historia griega del siglo IV. El punto débil del ejército de mercenarios estaba en su

falta de objetivo nacional, pues los individuos ponían sus vidas en juego por cualquiera que los pagara.

Corre pareja con el sistema de los mercenarios la transformación de la técnica militar griega, sobre todo en el dominio de los métodos de asedio. Había sido usual en el siglo V tomar las ciudades por el hambre, pero esto cambió alrededor del 400 a. C. Los cartagineses llevaron consigo en su ataque a Sicilia nuevas máquinas de asedio, ante todo altas torres en las que no sólo había arietes, sino también catapultas que aquí se utilizaron por vez primera. Se trataba de las llamadas catapultas a torsión, en las que se obtenía la tensión necesaria para lanzar una bola de piedra o una flecha de metal pesado mediante la torsión de cuerdas. Si bien se requería cierto tiempo, y en ocasiones incluso horas, para poner estas máquinas en acción, su efecto moral era enorme: las flechas lanzadas por ellas atravesaban, a poca y aun a mediana distancia, toda armadura, y las piedras que arrojaban barrían a los defensores fuera de las murallas. Fue Dionisio I el primer griego que copió estas máquinas de los cartagineses y aun las mejoró. No tardó en poseer un parque enorme de máquinas de asedio y de catapultas. En la metrópoli griega se adoptó la nueva técnica de asedio con Filipo II de Macedonia. El sitio de Perinto (340) inicia en este aspecto la nueva época.

Cuando Nicanor de Estagira mandó leer en los Juegos Olímpicos del año 324 el decreto de Alejandro sobre el retomo de los desterrados en Grecia, estaban presentes en Olimpia, al parecer, unos 20 000 refugiados de toda Grecia. Los desterrados fueron siempre un grave peligro para la estabilidad política de los estados griegos, porque todo su afán y su actividad iban enderezados al retomo a la patria y a la recuperación de los bienes que les habían sido incautados. Formaba parte de los acontecimientos elementales de la vida política griega que los adversarios del grupo dominante en la polis hubieran de expatriarse, siendo desposeídos no sólo de sus derechos ciudadanos, sino también de sus fortunas. Aquel que no poseía amigos fuera de su ciudad natal se encontraba en una situación prácticamente desesperada y había de tratar de salvarse como criado o como mercenario. Había desterrados en todas las ciudades y cuando regresaban (las más de las veces como séquito de ejércitos enemigos, como los desterrados atenienses con Lisandro en la primavera del año 404) se producía la gran liquidación de cuentas, que volvía a terminar a su vez en destierro y expropiación. El número de los exiliados aumentó aún más durante el siglo IV mediante las sentencias en los grandes procesos políticos. Muchos de los individuos prominentes en la política, entre ellos Timoteo, Calístrato y Cabrias terminaron sus carreras bruscamente. Se hacía cada vez más natural que los atenienses descargaran los fracasos políticos en los jefes del momento. Pero la pena capital

sólo se decretó en algunos casos y, por otra parte, muchos políticos sólo hubieron de interrumpir sus carreras por poco tiempo.

Sin embargo, la vida política había ido adoptando formas que daban lugar a preocupación. La libertad de expresión, exponente de la democracia, había conducido a fenómenos concomitantes muy desagradables. Los oradores se cubrían recíprocamente con los insultos más increíbles, y seguimos horrorizándonos aun hoy cuando pasamos revista al vocabulario del que Demóstenes se sirvió contra su rival Esquines. Chupatintas y charlatán son las invectivas más suaves, en tanto que el padre de Esquines es escarnecido como esclavo y su madre como prostituta. Sin embargo, tampoco Esquines le quedó a deber nada a su contrincante. Lo apostrofó, en efecto, como aborto de la humanidad, como asesino y como el mayor canalla de la Hélade. En los discursos se encuentra siempre la exhortación al empleo de la violencia bruta contra los adversarios políticos. No constituía rareza alguna el que las masas se burlaran directamente del orador e incluso lo bajaran de la tribuna. Los oradores áticos del siglo IV apelaban a menudo a los instintos de la masa y proporcionaban así ocasión, deliberada o inconscientemente, al terror de la vida política. La masa se dejaba adular por los demagogos y era con frecuencia un instrumento dócil en manos de políticos ambiciosos. ¿Cómo iba a ser posible una política estable si el demos se mostraba voluble, en la asamblea popular, como una veleta? Por regla general, el pueblo tiene poca memoria, y con esto especulan precisamente los demagogos de todos los tiempos. Así, pues, en los discursos de Demóstenes se encuentran mentiras, tergiversaciones y deformaciones de los hechos que suelen privar de valor a su testimonio. ¿Dónde estaba en Atenas la concordia interna que Eneas Táctico consideraba como el supuesto más importante de la voluntad de defensa de la polis?

La igualdad política de los ciudadanos en la democracia extrema servía de trampolín para la exigencia mucho más trascendente de la igualdad material; las consignas eran aquí la abolición de las deudas y la nueva división de la tierra, frases hechas que encontraban un eco vivo precisamente en las capas más pobres de la población. El estado se veía obligado constantemente a procurarse nueva tierra para la colonización; la cuestión del pan y el hambre se había convertido en palanca importante de la política y en la asamblea popular se mostraba abiertamente el egoísmo desnudo del demos, el egoísmo de los que se habían acostumbrado «a meter también su cuchara en la sopa pública» (Aristófanes, *La asamblea de las mujeres*, 873). La frase de Bismarck que se refiere a que, por regla general, la existencia de los feacios era más cómoda que la de los espartanos, dado que los primeros se dedicaban a comer y beber y estar protegidos sin aportar por

ello ningún sacrificio o aportando el menor posible, describe también a una gran parte de los atenienses del siglo IV, especialmente a los más acomodados de ellos. Había pasado a ocupar el lugar del interés político el afán de dinero; las cuestiones económicas dominaban los debates de la Asamblea, y todo político, quisiera o no, había de enfrentarse a los problemas económicos.

Un documento contemporáneo sobre el pensamiento económico lo tenemos en la obra de Jenofonte *De los ingresos* (*Póroi*), escrita alrededor del año 354. Jenofonte proclama abiertamente, en ella, que el estado está obligado ante todo a alimentar a los ciudadanos, y la afluencia de éstos al comedero público la considera como algo perfectamente natural. Dice que el florecimiento y la prosperidad de Atenas dependen en primer lugar de sus finanzas; que un estado que posee dinero está asegurado contra todos los infortunios, en particular contra las malas cosechas e incluso contra las guerras. Se considera aquí al estado como el gran organizador de la vida económica y, en consecuencia, se exponen una serie de propuestas para la mejora de los ingresos. No cabe duda que esta obra fue escrita bajo la impresión deprimente del resultado desafortunado de la guerra social (357-55), en la que los atenienses habían perdido una gran parte de su imperio. Constituye un documento valioso sobre el deseo de paz que reinaba entonces en Atenas.

Los griegos aún no habían descubierto el arte de establecer un presupuesto. Resulta fácil imaginar que esto había de convertir la administración financiera en un problema prácticamente insoluble. Tanto más hay que apreciar, pues, el mérito de individuos como Calístrato, Eubulo y Licurgo, que introdujeron orden en las finanzas atenienses. Va ligado a la aparición del pensamiento económico en el siglo IV el desarrollo de un verdadero sistema bancario. Muchas de estas instituciones empezaron en forma muy modesta, pero reunieron luego, como el banco de Pasión, en Atenas, grandes fortunas. Es muy probable que el origen del negocio bancario se deba al hecho de que la diversidad de las monedas que circulaban en Grecia, de valor distinto, hacían imprescindibles las operaciones de cambio. La ganancia principal la reportaba, por supuesto, el préstamo de dinero, para el que había que pagar intereses muy altos. El mercado de capital era sumamente sensible a las crisis exteriores: en tiempos de guerra el tipo de interés subía regularmente, llegando durante le guerra de Corinto, por ejemplo, al 25 por 100, en tanto que en tiempos normales era del 12 por 100 anual. Aquel que era entendido en esta clase de negocios podía hacerse sumamente rico. Así, por ejemplo, Pasión pudo retirarse, al parecer, después de una actividad de treinta años, con una fortuna entre 40 y 60 talentos, pese a que había empezado con nada.

En conjunto se aprecia inequívocamente durante todo el siglo IV un lento aumento de los precios y, con ellos, de los jornales. A gran número de los pobres y los paupérrimos se enfrentaban unos pocos ciudadanos ricos cuyas fortunas alcanzaban alturas de vértigo. Así se dice de Conón que en el momento de su muerte poseía una fortuna de cuarenta talentos (1 talento = 60 minas = 6000 dracmas = 36 000 óbolos), de los que su hijo Timoteo heredó diecisiete. Era considerado como uno de los individuos más ricos de Atenas. El año 378/77 se practicó en ésta un censo de las propiedades privadas. Dio un total de 5750 talentos en el que, sin embargo, no estaban incluidas ni las propiedades del estado ni la posesión de los *thetes*, esto es, de la clase tributaria más baja. Es probable que la fortuna total del conjunto de los ciudadanos atenienses fuera en el siglo IV mucho más alta. Este censo constituyó la base para la recaudación de impuestos directos, cuyo importe se regía por las necesidades del estado en cada caso.

Sin embargo, a pesar de los impuestos y las liturgias, cuya carga se trató de distribuir en Atenas en el 357 de modo más equitativo por el sistema de las sinmorías, seguían produciéndose durante las guerras grandes brechas en las finanzas. Con el objeto de colmarlas, los griegos no reparaban en tomar de los templos préstamos obligatorios y en aplicar este dinero a fines políticos. Y en casos de grave urgencia tampoco vacilaron en fundir las ofrendas votivas de plata. Son significativos los empréstitos de los focenses con los templos en Delfos, pero lo cierto es que no hicieron más en la tercera guerra sagrada (356 a 346) que lo que ya habían hecho otros, como los atenienses y los arcadios, éstos últimos en Olimpia. Mucho más rigurosos que los gobiernos de las polis griegas eran los tiranos, especialmente Dionisio I. Trabajaban estos, para poder subvenir al gran gasto de los mercenarios en las guerras, con confiscaciones e impuestos directos. El segundo libro del *Económico* que figura entre las obras que se atribuyen a Aristóteles, expone una serie de ejemplos de las prácticas financieras de los tiranos y otros personajes. Aunque esta obra no revela precisamente una perspicacia profunda, es valiosa, con todo, como reflejo de la cultura de su tiempo. Proviene probablemente de después de la muerte de Alejandro, y es posible que fuera escrita antes del año 306/05.

Pese a sus rasgos materiales inconfundibles, el siglo IV es una época de gran florecimiento intelectual. En Platón y Aristóteles tuvieron los griegos a dos individuos cuya obra perdurará mientras haya hombres en la tierra. Adondequiera que se mire, por todas partes se agita vida nueva: en retórica, en historia, en las ciencias exactas, en medicina y, no menos, en las artes plásticas. Incluso en el campo de la técnica se realizan notables inventos, aunque se aplicaron en la mayoría de casos al arte de la guerra.

La vida de Isócrates (436-338) transcurre en buena parte en el siglo IV. Se ha hecho famoso por sus discursos pomposos y, en los últimos años de su vida, por los manifiestos que dirigió a Filipo II, rey de los macedonios. Isócrates era sin duda un patriota ateniense, pero esto no limitaba en modo alguno su visión, y había apreciado claramente que Grecia sólo podría mejorar si se lograba crear espacio para el excedente de población del país. Pensaba al respecto ante todo en la conquista de Asia Menor por medio de una guerra contra los persas; el jefe había de ser, según él, el rey de Macedonia. Isócrates no pudo ver la realización de sus deseos, pero sus obras prepararon eficazmente el comienzo de una nueva era. Su actitud frente a la democracia ateniense era totalmente distinta. No le gustaba el dominio de la masa, y no puede considerarse casual que toda su vida se abstuviera de presentarse ante la asamblea popular. En Atenas se convirtió en centro de un gran grupo de alumnos procedentes de todo el mundo griego. También los historiadores griegos Teopompo de Quíos y Éforo de Cumas figuraron, con muchos otros, entre sus discípulos. Isócrates tenía predilección por las grandes individualidades. Así, por ejemplo, dirigió folletos a Nicocles, rey de Salamina en Chipre, en los que se ha visto una especie de «espejo de príncipes». También con Dionisio I, de Siracusa, con Jasón de Feres y con el macedonio Filipo II mantuvo relaciones estrechas. La glorificación de los gobernantes era totalmente contraria a las máximas de la democracia ateniense, pero Isócrates nunca tuvo en su ciudad natal dificultades graves, lo que constituye un signo del gran prestigio de que gozaba también entre sus conciudadanos. De temperamento muy distinto era su contemporáneo más joven, Demóstenes (384-322 a. C.). El que lee sus discursos se siente profundamente impresionado, aun hoy, por el alto patetismo y por la gran pasión que vibran en este individuo. Como ningún otro supo conmover al pueblo en la asamblea e inculcarle su voluntad. En la elección de los medios al respecto no era en lo más mínimo pusilánime; quien quisiera lograr algo entre los ciudadanos de la gleba y los artesanos no habría de temer prodigar gruesas capas de pintura, aun a expensas de la verdad. Acerca de su importancia como orador no puede subsistir duda alguna; pero la cosa es distinta por lo que se refiere al juicio sobre su política, que terminó en catástrofe en la derrota de Queronea (338). Para el clasicismo Demóstenes no fue solamente el mayor orador, sino también un político eminente, el más importante que Atenas haya poseído desde Pericles. Por ejemplo, el erudito Arnold Schaefer, a quien la ciencia debe un libro imprescindible sobre Demóstenes (*Demosthenes und seine Zeit*, 2.ª ed., 3 vols. 1895-87), ha centrado toda la historia del siglo IV alrededor de este gran héroe. Incluso Werner Jaeger se ha esforzado, en su libro sobre Demóstenes (*Demosthenes*, 1939), en hacer también del gran orador un gran político.

Sin duda, Demóstenes fue una personalidad fascinante y nada tiene de

sorprendente que precisamente los políticos prácticos, desde Niebuhr hasta Clemenceau, se hayan sentido atraídos por él. Sin embargo, a Demóstenes le faltaba una cualidad que es absolutamente indispensable para el estadista. En efecto, después que hubo adoptado posición contra Macedonia y el rey Filipo, ya no fue capaz de rectificar y de olvidar. Faltaba a su política el elemento de la tolerancia y la conciliación, sin el cual una política a largo plazo resulta imposible. Además, al transportar el antagonismo político entre Atenas y Macedonia al plano de la cultura, ahondó en horas decisivas la brecha entre Macedonia y Grecia, acabando incluso por hacerla insuperable.

Durante veinte años Demóstenes tuvo en Atenas un rival con el que estaba en violentísima pugna. Este rival era Esquines, dotado por la naturaleza con todos aquellos dones que adornan a un buen orador: tenía una voz agradable, una presencia simpática, era además valiente y poseía el don de la improvisación, en la que era superior a Demóstenes. Procedente de un medio humilde y opresivo, se hizo rico a través del matrimonio, después de una actividad pasajera como escribano público y actor dramático, con lo que pudo llegar a ser orador. A los cuarenta y cuatro años (le llevaba a Demóstenes seis años) figuraba en la embajada que el pueblo de Atenas envió a Filipo II, en Pela, bajo la dirección de Filócrates. A partir de entonces fue siempre un partidario convencido del rey Filipo II y un adversario no menos decidido de Demóstenes. Los discursos de Esquines que se conservan, sólo tres en total, están formalmente a plena altura, no les falta ni elegancia ni fuerza persuasiva. Pero sus cualidades no le preservaron de la catástrofe. El año 330 perdió en un «proceso de la corona» frente a su adversario Demóstenes y fue desterrado. Murió en Samos, casi a los setenta y cinco años, sin haber sido rehabilitado en su patria.

Al lado de Demóstenes y Esquines vivían y actuaban en Atenas otros muchos oradores; la lista de los nombres es larga: Hipérides, Hegesipo, Licurgo, Foción, Démades y, además, Dinarco, natural de Corinto. El más importante de todos ellos es, sin duda alguna, Hipérides, contemporáneo de Esquines y discípulo de Platón y de Isócrates. Habiendo hecho fortuna como administrador de bienes, se batió en política del lado de Demóstenes. Era objeto de todas las conversaciones tanto por sus brillantes discursos como por sus debilidades frente al sexo femenino. No es casual que sea de él un discurso de defensa de la cortesana Friné, que había sido acusada de impiedad. El proceso, que probablemente tuvo lugar después del 350, terminó, al parecer, con la absolución de Friné.

El siglo V fue la época del gran florecimiento del drama ático y de la comedia antigua. De los grandes trágicos, ninguno vivió el principio del siglo IV y,

de los comediógrafos, únicamente Aristófanes. Si del arte dramático del siglo IV sabemos relativamente poco, se debe a que, poco después de comienzos del siglo, Eurípides se convirtió en cierto modo en amo y señor del escenario ático. Lo que su propio tiempo le había negado le fue prodigado después de su muerte con excepcional abundancia. Por lo demás, la producción dramática del siglo IV dista mucho de ser exigua. El ateniense Astidamante escribió al parecer unas 240 tragedias y sátiras, y Carcino 160, para no mencionar más que los dos más fecundos.

Y en los dos últimos decenios del siglo hizo su aparición en las comedias de Menandro la «comedia burguesa» que, desprendida por completo del elemento político, expone problemas puramente humanos, según lo confirma también su *Díscolo*, descubierto recientemente en un papiro en Ginebra. Entre Aristófanes y Menandro se sitúa la llamada «comedia media», de la que, aparte de cierto número de nombres de autores, sabemos poco. Sin embargo, parece desprenderse, de los títulos y de pequeños fragmentos, que las alusiones y las piezas políticas no faltan en ella. La «comedia media» fue un drama de transición y comprende la época que va desde el fin de la guerra del Peloponeso hasta la aparición de Menandro. El cambio externo más importante es la supresión de la *parábasis* («digresión»), así como la de los cantos del coro, que eran obligatorios todavía en la comedia de Aristófanes.

Precisamente durante esta época se construyó un gran número de teatros en Grecia. Figura entre los más bellos el teatro de Epidauro, del que se menciona como arquitecto a Policleto, que construyó también el célebre edificio circular, *Tholos*, en Epidauro. Pero es posible que el teatro de Epidauro no se construyera hasta el siglo III. El teatro de Dioniso, de Atenas, se inició en el siglo IV, igual que las construcciones en Pela (Macedonia), Siracusa y Halicarnaso.

En Delfos quedó destruido por un incendio el año 373/72 el muy famoso Templo de Apolo. Fue reemplazado por uno nuevo, cuya construcción se prolongó por muchos años. Vigilaba el progreso de la misma una comisión, la de los *naopoioi* («constructores de templos»); la lista de los miembros de esta comisión y la de los estados que representaban nos proporciona una imagen aproximada de las proporciones y los desplazamientos de poder en la anfictionía délfica a mediados del siglo IV. El nuevo templo quedó terminado alrededor del año 320; levantado sobre los cimientos del antiguo templo preclásico de Apolo, constituía, entre las construcciones del resto de Grecia, un anacronismo, lo que se debe indudablemente al sentido conservador del clero de Delfos. Aun después de las excavaciones del templo, subsisten numerosos interrogantes; en particular nos

gustaría saber en qué lugar distribuía la Pitia sus famosos oráculos, si se encontraba este lugar en el interior del templo, en qué lugar esperaban los creyentes y dónde se echaban las suertes mediante las cuales se daban asimismo oráculos. A todas estas preguntas aún no tenemos respuesta alguna. Por lo demás, Delfos no había perdido durante el siglo IV nada de su importancia; numerosos estados se disputaban su amistad, y muchos de ellos poseían en Delfos el privilegio de la *promanteia*, esto es, el derecho de la admisión preferente en la consulta del oráculo. Entre los estados privilegiados figura también la isla de Esciato con sus colonos (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 295).

Entre las grandes maravillas del mundo figura la tumba que el dinasta de Asia Menor Mausolo de Halicarnaso (muerto en el 353) se hizo construir. Fue completada después de su muerte por su hermana Artemisia. De modo general ya nos encontramos aquí en presencia de una arquitectura que anticipa ciertas manifestaciones de la época helenística. Trabajaron en las esculturas de la tumba los maestros más importantes, entre otros, Praxíteles y Escopas. Además del Mausoleo, Asia Menor occidental poseía también en materia de construcciones destacadas el Templo de la Artémide de Éfeso y el Santuario de Atenea Políade, en la pequeña ciudad de Priene; este último fue dedicado por Alejandro el año 334. En cambio, el grandioso Templo de Apolo en Dídima junto a Mileto, parece que no fue empezado hasta el año 300.

En general, los artistas, escultores y pintores, encontraron un vasto campo para su actividad en el siglo IV. Toda vez que los originales se han perdido en la mayoría de los casos, sólo podemos formarnos una idea de la capacidad de los maestros a través de copias tardías. Los mayores escultores son Praxíteles de Atenas, Escopas de Paros y Lisipo de Sición, que se ha hecho célebre como escultor en bronce. El escultor Lisipo, al igual que el pintor Apeles de Colofón, hizo varias esculturas de Alejandro Magno.

Tampoco puede hablarse de que el siglo IV fuera una época de retroceso en materia de arte, siendo más bien lo contrario: las diversas escuelas locales, sobre todo en el Peloponeso (Argos, Sición, etc.), desarrollaron una rica vida propia y enriquecieron así el arte de los griegos con muchas obras maestras. Lo que no cabe negar es que ya no son objeto de representación los dioses, sino los hombres, especialmente los hombres bellos. Incluso en las imágenes de los dioses destacan los rasgos humanos. En el arte se reduce la distancia entre lo divino y lo humano, y no es casual que en esta época el ofrecer honores divinos a individuos superiores se hiciera cada vez más frecuente.

La ciencia del siglo IV se desarrolló ante todo por el ímpetu de las grandes escuelas de filosofía de Atenas, esto es, la Academia y el Perípato.

Sus alumnos llevaron su influencia a todo el mundo conocido. Se desarrolló independientemente y siguiendo sus propios derroteros la ciencia de la medicina, que tuvo sus centros sobre todo en los lugares con grandes escuelas de médicos, esto es, en Cos y en Cnido. Cos es la sede de la escuela de Hipócrates, que después de la muerte del maestro fue proseguida por sus hijos y su yerno. La escuela de Cnido tiene en Eudoxo un gran nombre; sin embargo, Eudoxo se hizo más famoso como naturalista, astrónomo y matemático que como médico. Uno de los grandes centros de la medicina fue, en la metrópoli griega, Epidauro, con el Templo de Asclepio (Esculapio), dios de la salud. Aquí fueron a buscar curación mediante incubación —procedimiento consistente en dormir en el templo— enfermos de todo el mundo griego. Poseemos cierto número de inscripciones relativas a curas milagrosas que poseen gran valor, no sólo como documentos de la medicina de los siglos IV y III, sino también como testimonios histórico-culturales. Entre las curaciones milagrosas hay algunas que cabe designar indudablemente como curas de impresión. He aquí un ejemplo: «Un muchacho mudo. Vino al Santuario a causa de la voz. Cuando hubo efectuado el sacrificio previo y cumplido las prácticas, el muchacho que lleva el fuego para el dios, con la mirada en el padre del muchacho le pidió que se comprometiera, si obtenía aquello para lo cual había venido, a realizar el sacrificio de gracias en el plazo de un año. En esto exclamó de repente el muchacho: "me comprometo". El padre se asustó y le pidió que lo repitiera. Lo repitió. Y en adelante estuvo sano».

Acudía a Epidauro una gran multitud de enfermos. Entre los pacientes aparecen también algunos personajes conocidos por la historia, como Andrómaca (o Tróade), esposa del rey Aribas de Epiro: parece que también el orador griego Esquines estuvo en Epidauro.

El siglo IV es la época de las grandes personalidades; Jenofonte e Isócrates glorificaron a reyes y tiranos, y esperaban de ellos la solución de las dificultades a las que Grecia se enfrentaba. No nos sorprende que muchos de ellos fueran objeto de honores divinos o los exigieran de sus súbditos. Así, por ejemplo, Clearco, tirano de Heraclea, en el Ponto, que en su día había sido discípulo de Platón, se hacía pasar por hijo de Zeus. Llevaba un manto de púrpura, una corona de oro y en su mano el cetro o el relámpago; el águila áurea de Zeus era llevada delante de él. Se pintaba la cara de rojo, lo que constituye un paralelo del *triumphator* romano, que se pintaba la cara y las manos con minio. Pertenece también al siglo IV el médico siracusano Menécrates, quien firmaba sus cartas como «Menécrates-Zeus»;

se disfrazaba de Zeus y tenía en su séquito una serie de personajes prominentes, quienes añadían a su vez a sus nombres personales nombres de dioses. Menécrates estuvo al parecer en relación tanto con Agesilao (muerto en el 361) como con Alexarco, hermano de Casandro, quien pasa por ser el fundador de la ciudad de Uranópolis en la Calcídica (después del 316 a. C.). Por lo demás, no existe la menor duda, en Menécrates, de que se trata de un caso patológico. No obstante, acudía a verle mucha gente. Fenómenos como los de Clearco y Menécrates ayudan a comprender la monarquía divina helenística instituida por Alejandro y los príncipes helenísticos.

El siglo IV es, en conjunto, una época de transición. La cultura de la época anterior proyecta todavía su sombra en gran medida durante este siglo, pero se muestran ya nuevos impulsos que llegaron a abrirse paso más adelante, en el período helenístico. El punto crítico se encuentra alrededor del año 360 a. C. Con la batalla de Mantinea (362) la época de las formaciones de hegemonías griegas toca a su fin, y el año 359 asume el gobierno Filipo II de Macedonia. Sin embargo, para la cultura griega es característica la formación de nuevos centros. Sin duda, Atenas signe siendo el centro intelectual del mundo antiguo, pero hay también otras metrópolis intelectuales en el ámbito griego que comienzan a emularla. En un punto, sin embargo, nadie discute el dominio de Atenas: el dialecto ático es comprendido donde quiera que habiten griegos, y Filipo II lo declaró idioma de la administración en Macedonia, pese a que políticamente estaba enemistado con Atenas. Este hecho se nos hace más comprensible desde que también ya Ctesias de Cnido, que vivió por algún tiempo como médico en la corte persa, se servía del ático (poco después del 400 a. C.). Sus *Persiká* («Pérsicas») están escritas en ático, y no en jonio. El dominio universal del espíritu griego sería inconcebible sin el vínculo unificador de un idioma común. Y este idioma universal existía en la *koiné* («dialecto común»), surgida del ático. Ha dominado la vida intelectual griega hasta que, en los primeros tiempos del imperio, surgió, con el advenimiento del aticismo, una nueva orientación estilística.

14. El ascenso de Macedonia bajo el rey Filipo II (359-336 a. C.)

La personalidad más destacada de la historia antigua en el cuarto de siglo que va del 360 al 336 es el rey de Macedonia, Filipo II, hijo de Amintas. Filipo hizo de los macedonios el pueblo rector de Europa, puso los cimientos sobre los que su hijo Alejandro había de edificar un imperio universal, que pasó a ocupar el lugar de Persia: al dominio de los persas sigue el dominio de los macedonios. Los años próximos al 360 marcan un cambio de época. Con absoluta justificación hace Ernst Kornemann empezar aquí su gran *Weltgeschichte des Mittelmeerraumes von Philipp II von Makedonien bis Muhammed* («Historia universal del ámbito del Mar Mediterráneo, desde Filipo II de Macedonia hasta Mahoma»). Filipo II figura en ella al principio de una nueva época universal, que Kornemann deja transcurrir a través de toda la antigüedad y sólo hace terminar con el advenimiento del mundo árabe.

Efectivamente, hacia el año 360 tienen lugar en Persia y en Macedonia cambios importantes. El año 359/58 muere el Gran Rey Artajerjes II Mnemón después de un largo reinado de casi cuarenta y cinco años. Le sigue su hijo Artajerjes III Oco (359/58-338), soberano enérgico, en contraste con su padre mediocre, quien toma en sus manos las riendas del gobierno vigorosamente y, en breve tiempo, pone orden en el reino. Poco antes, el año 359, había muerto el dinasta tracio Cotis, y el año 359 toca a su fin la vida del rey de Macedonia, Pérdicas III, en una batalla contra los ilirios. Su hijo Amintas es un joven muchacho que, como regente de Macedonia en aquellos tiempos difíciles, no entra en consideración. ¿Qué iba a ser de ésta? ¿Estaba el país en condiciones de defenderse contra sus enemigos exteriores? ¿Cómo iban a ser sus relaciones con el gran vecino del este, Persia? Eran éstas otras tantas preguntas a las que nadie podía dar, en aquel momento, una respuesta. ¿Y Grecia? En ésta, la batalla de Mantinea (362) y la muerte de Epaminondas habían marcado el fin de las formaciones hegemónicas griegas. Beocia había descendido a la categoría de los demás estados griegos más o menos insignificantes y Esparta estaba gravemente afectada por la pérdida de Mesenia. Únicamente Atenas, en cuanto jefe de la segunda confederación ática, era aún una potencia capaz de inspirar respeto en el exterior, pero los estados miembros de la confederación no estaban satisfechos desde hacía tiempo del

opresivo dominio ático, que había roto las promesas dadas en el momento de la fundación. Efectivamente, pocos años después, en el 357, estalló la llamada guerra de los aliados y con su desenlace, desfavorable para Atenas (355), este estado se convirtió también en una potencia de segundo orden.

¿Cuál era la situación en Persia bajo Artajerjes III Oco (359/58-338)? Bajo el padre del Gran Rey, Artajerjes II, el reino de los Aqueménidas había experimentado considerables pérdidas y una fuerte disminución de su prestigio. La gran sublevación de los sátrapas había sacudido el dominio persa en grandes zonas de Asia Menor, y los intentos del Gran Rey por reconquistar Egipto, que se había separado, habían fracasado. Estas dificultades internas explican la inactividad de Persia ante los disturbios griegos, en el tiempo comprendido entre la paz del Rey y la batalla de Mantinea. Bajo el nuevo Gran Rey sopló un aire fresco en la política persa. Ya como príncipe heredero, poco antes de la muerte de su padre, había sometido al rey egipcio Taco a su poder. Taco había emprendido un ataque contra Siria; para Egipto las tierras de Siria y Palestina poseían una atracción irresistible: debido a su falta de madera necesitaban ante todo los cedros del Líbano. También contra los sátrapas occidentales, Orontes de Misia y Artabazo de Frigia, luchó Artajerjes III con éxito y, mientras Orontes se sometía, Artabazo pasaba a territorio de Macedonia. Como los atenienses habían dado la impresión de hacer intervenir su flota en apoyo de Artabazo, el Gran Rey los había intimidado con amenazas. Artajerjes III intervino en la paz de la guerra de los aliados. También en Siria, Fenicia y Chipre hubo que sostener luchas. Artajerjes resultó vencedor y, finalmente, pudo volver a someter a Egipto. Este acontecimiento, la reconquista de Egipto, que se sitúa en el invierno del año 343/42, constituye el mayor éxito que Persia había obtenido en las últimas décadas. Restableció el prestigio del imperio en el mundo, y si en los años siguientes la fuerza interna de Persia fue las más de las veces considerablemente sobrestimada, ello se puede atribuir, sobre todo, al éxito sorprendente de las armas persas en el país del Nilo.

Por lo demás, sin embargo, Artajerjes III Oco era una figura típicamente oriental. Su reinado está lleno de intrigas de harén. Él mismo pasa por ser un déspota siniestro, que trataba de lograr sus propósitos con dureza y astucia. Pero, frente a las tendencias centrífugas en su reino, a veces no le quedaba otro recurso, y hay que reconocer que supo conquistar para la gran monarquía, tanto en el país como fuera de él, un nuevo respeto y un nuevo prestigio. Aunque en la elección de sus medios aparezca como poco simpático, mantuvo, con todo, la dignidad de su dominio según el ejemplo de los grandes Aqueménidas, revelándose en esta forma como un verdadero soberano.

El núcleo de la tierra macedónica es la región regada por los ríos Haliacmón y Axio. El estado de Macedonia original comprendía las regiones de Elimea y Orestides. Partiendo de aquí, los macedonios se fueron extendiendo paulatinamente hacia el norte y hacia el este, acabando por tomar posesión de toda la tierra comprendida entre Tesalia y el curso inferior del Estrimón (actualmente: Struma). No sabemos cuándo bajaron al mar los macedonios. Pero no pudo haber sido mucho antes del 700 a. C. aproximadamente. No se ha conservado de esta época ningún documento histórico; en particular, la lista de los primeros reyes macedónicos constituye una ficción de fecha posterior. Sólo pisamos un terreno hasta cierto punto firme al llegar al rey Amintas I, el cual reinó en la segunda mitad del siglo VI.

Tan oscuro como la historia primitiva de la monarquía macedonia resulta el origen mismo del pueblo macedonio. Esta cuestión, que sigue hoy tan actual como hace más de dos mil años, forma parte de los problemas de la historia antigua discutidos desde hace muchas generaciones, de modo análogo a la cuestión acerca del carácter étnico de los dacios. Pero no se trata de un problema puramente académico, porque si los macedonios no hubieran sido griegos, la batalla de Queronea (338) representaría efectivamente el fin de la historia de Grecia, como lo ha admitido de hecho la mayor parte de la investigación del siglo XIX y, en particular, Niebuhr, Grote y Ernst Curtius. Sin embargo, estos historiadores se dejaron inducir al error, lo que se comprende, por lo demás, por el hecho de que la lingüística comparada, ciencia que en esta cuestión ha de pronunciar la última palabra, no había llegado todavía a una decisión firme al respecto. Hoy sabemos, gracias sobre todo a las investigaciones lingüísticas de Otto Hoffmann (*Die Makedonien*, 1906), que el material onomástico, sobre todo los nombres de personas, pero también los de lugares y los de los meses, atestigua con toda la seguridad deseable que el macedonio es un dialecto griego, emparentado en primer lugar con el tesalio (eolio). La separación multisecular de los macedonios con respecto a la cultura helénica explica fácilmente cierto número de peculiaridades del lenguaje macedonio, de las que no se encuentran paralelos en los demás dialectos griegos. Tenía razón, pues, Johann Gustav Droysen al considerar a los macedonios como griegos. La historia del pueblo macedonio es una parte de la historia de Grecia.

La mayoría de los soberanos anteriores a Filipo II siguen siendo para nosotros poco menos que puras sombras. De Amintas I se dice que tuvo amistad con Pisístrato y su familia. Solamente con Alejandro I Filheleno (primera mitad del siglo V) nos encontramos en plena luz de la época histórica. Este soberano fue admitido por su condición personal en los Juegos Olímpicos, por tanto era considerado, lo mismo que su casa, como griego. La explicación al respecto es

desconcertante: la casa macedonia de los Argeadas se hacía descender de Heracles, de modo que estaba legitimada a los ojos de los griegos. Alejandro I se interesó vivamente por la cultura griega: estaba en relación con Píndaro, y Heródoto y Helánico visitaron su corte. La corte del rey se encontraba entonces en Egas, alta ciudadela en una región rica en agua. Es muy probable que fuera Alejandro I Filheleno el que creó la famosa caballería macedonia, los *hetairos* (los «compañeros»), así como la falange de infantería de los *pezetairos* («guardias de corps de infantería»). Añadió, asimismo, a la infantería la designación honorífica de «compañeros del rey». Los historiadores han discutido siempre la fecha de la creación de esta infantería. Además de Alejandro I Filheleno, se ha relacionado también con ella al rey Arquelao, a Alejandro II (que sólo reinó desde el 370 al 369/68) y sobre todo a Filipo II.

Fue el rey Arquelao (413-399) el que trasladó la residencia real de Egas a Pela. Arquelao, que se había abierto el acceso al trono con sanguinaria violencia, fue el primer gran organizador del reino. Construyó carreteras y fortalezas, dio al ejército un mejor equipo y levantó la agricultura del país, abriéndola al comercio con los estados vecinos; tal vez dividió la baja Macedonia en cierto número de distritos administrativos que, designados más tarde con el nombre de centros urbanos, sirvieron al mismo tiempo como distritos de reclutamiento para el ejército. Subsistieron mientras que existió una Macedonia libre. Intervino también en los asuntos de Tesalia, siendo en esto un precursor de Filipo II. Su obra de consolidación interior del país le resultó tanto más difícil cuanto que había de contar con la oposición de los príncipes feudales, sobre todo con la de los soberanos de los lincestas y los elimios.

Por lo demás, Arquelao era un gran amigo de la cultura griega; en su corte de Pela recibió reiteradamente como huéspedes a poetas griegos, y Eurípides compuso allí las *Bacantes* y honró al rey en su drama *Arquelao*, en el que se refiere también la historia de la fundación de la dinastía de Macedonia. Se cree que también invitó a Sócrates a ir a Macedonia. El rey organizó en la ciudad de Dión, junto al Olimpo, unos festivales en los que, según el modelo griego, se celebraban competencias poéticas y gimnásticas. Después de su muerte —se dice que fue asesinado en una cacería por uno de sus acompañantes—, Macedonia volvió a caer víctima de disturbios interiores, y el período que va del 399 al 359 ve desfilar numerosos soberanos, de reinados muy breves en general. La única excepción la constituye Amintas III (393-370), el cual ha pasado a la historia por sus relaciones con la Liga Calcídica y con Atenas. Pero Macedonia no desempeñó ningún papel relevante en la política internacional de dicho período.

El cambio empieza con la regencia de Filipo II. Éste era hijo de Amintas III, había nacido el año 383 y tenía, pues, la misma edad de Demóstenes, que había de ser su gran adversario. Fue muy importante para su evolución una estancia en Tebas, adonde fue como rehén a los 15 años. Conoció allí a los grandes generales Epaminondas y Pelópidas, a quienes admiró durante toda su vida. Filipo contaba 24 años cuando, en el año 359, fue regente de su sobrino Amintas, hijo de Pérdicas III (365-359), menor de edad todavía.

Macedonia se encontraba a la sazón en graves apuros. Por las fronteras irrumpían en el país los pueblos vecinos. Había además varios pretendientes a la corona, lo que aumentaba aún más la confusión. Desde el principio mismo mostró Filipo su capacidad: no sólo calmó a los enemigos exteriores, en parte mediante pagos de dinero, sino que se deshizo, asimismo, de los pretendientes, incluyendo al más peligroso, un tal Argeo que había obtenido el apoyo de los atenienses. Con Atenas llegó Filipo a una paz tolerable, renunciando de hecho a Anfípolis. Atenas prometió, por su parte, entregar, en lugar de Anfípolis, la ciudad de Pidna; esta cláusula fue causa de futuros conflictos. Aún quedaba, sin embargo, por liquidar una cuenta con los ilirios, los antiguos enemigos del país, en el oeste. Filipo los derrotó en una gran batalla, y en la paz subsiguiente los ilirios hubieron de ceder a Macedonia los distritos fronterizos junto al lago de Ocrida; se suprimieron, además, los principados vasallos de los lincestas y los orestas, cuyos titulares se habían mostrado poco dignos de confianza. No se sabe cuándo Filipo fue proclamado rey de Macedonia, aunque probablemente fue antes del año 354. En cualquier caso, su ascenso a la dignidad real constituyó el honor que se merecía un individuo de energía y talento tan extraordinarios. Amintas, el sobrino, fue dejado de lado, por lo que pagó a su tío con un odio acerbo, hasta que Alejandro lo eliminó sin miramientos.

La monarquía macedónica era una monarquía militar. El rey era al propio tiempo jefe, sacerdote y juez supremo, y ocupaba, frente a los nobles, la posición de un *primus inter pares*. Mediante su comportamiento personal para con el ejército, al que precedía con gran valor, fue consiguiendo Filipo cada vez mayor influencia y poder, y supo al propio tiempo atraer cada vez a más nobles a su causa. Les otorgaba tierras y los nombraba además sus «compañeros» (*hetairos*). Entre estos «compañeros del rey», que recuerdan los «Mirmidones» de Aquiles, se encontraban, junto a los macedonios, muchos individuos de ascendencia griega. Estaban ligados al rey por una relación especial de fidelidad y le veneraban como su gran benefactor.

El hecho de que el rey, gracias al poder de su casa, se hiciera prácticamente

independiente del estado de Macedonia y que, en particular, las guerras exteriores deban considerarse como empresas privadas suyas, constituye un supuesto absolutamente gratuito de una parte de la investigación moderna; por lo demás, este supuesto estaba ya desvirtuado documentalmente (por ejemplo, en una inscripción del 392 que contiene el tratado entre Amintas III y la Liga Calcídica) aun antes de haber sido siquiera formulado. Es cierto, antes bien, lo contrario: la unión del rey con su pueblo no se percibe tan fuertemente como en Macedonia en ningún otro lugar. El núcleo del ejército lo formaban, bajo Filipo, los *pezetairos*, divididos en cierto número de regimientos (*taxeis*) armados con las *sarisai* («lanzas largas», largas como árboles, que formaban un muro cerrado que fue el terror de los enemigos, incluso de los romanos, en la batalla de Pidna). Filipo II adoptó la táctica de la línea de batalla oblicua de Epaminondas, a la que añadió además el empleo de la caballería, que se colocaba en el ala izquierda o en la derecha, según lo exigiera la situación. A la clarividencia política de Filipo no se le podía escapar que el estado macedónico, interior, había de procurarse una salida al mar, porque, en cuanto estado sin costa, Macedonia dependería permanentemente de las potencias marítimas y, en particular, de la Liga Calcídica y de Atenas; el prestigio de esta última acaba de recibir un rudo golpe a causa de la guerra de los aliados (357-355). Sin embargo, sin la cultura griega y sin el concurso de los griegos, la construcción de un estado moderno resultaba inconcebible En sus disputas con los griegos Filipo nunca perdía de vista esta idea.

La expansión de Macedonia bajo Filipo II es un proceso que aún hoy maravilla al historiador tanto por su rapidez como por sus espléndidos resultados. La primera fase se extiende por un período de cuatro años, del 357 al 354 a. C. En este tiempo Filipo no sólo logró apoderarse de la ciudad de Anfípolis (357), sino que conquistó también Pidna (357/56), Potidea y, finalmente, Metona (354). Durante el sitio de Metona Filipo perdió un ojo al ser alcanzado por una flecha. En todas estas empresas se puso claramente de manifiesto su competencia militar, tanto como su habilidad diplomática. Así, por ejemplo, durante la conquista de Anfípolis, ciudad que para la realización de sus planes poseía un valor incalculable, supo burlar completamente a los atenienses: les aseguró que sólo se proponía conquistar la ciudad para ellos. Con la potencia griega más importante del norte, la Liga Calcídica, Filipo supo mantener provisionalmente muy buenas relaciones. Da testimonio de ello un tratado de alianza y amistad del año 357/56 (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 308). Este tratado suministra pruebas de la colaboración del Oráculo de Delfos, con el que Filipo mantenía ya entonces las mejores relaciones.

Por supuesto, los progresos del macedonio movilizaron a los atenienses, que

veían amenazado su dominio en Tracia. Los esfuerzos diplomáticos atenienses se reflejan en cierto número de tratados concertados, del año 357 al 355, entre Atenas y cierto número de dinastas del norte. Entre los nuevos aliados de Atenas se encontraban los príncipes tracios Berisades, Amádoco y Quersebleptes; los tres reyes Quetríporis de Tracia, Lipeo de Peonia y Grabo de Iliria, y, finalmente, la ciudad de Neápolis, en Tracia (Bengtson, *Staatsverträge* números 303, 309, 312). Pero todo fue en vano; muy obstaculizados los atenienses por la guerra de los aliados, no estuvieron en condiciones de presentarse en el norte con una fuerza de cierta consideración. Los días en que Atenas podía luchar en distintos frentes habían pasado y los ciudadanos ya no estaban dispuestos a aceptar las cargas de un servicio militar prolongado y pesado.

El año 354 el territorio que dominaba Filipo se extendía desde la frontera septentrional de Tesalia hasta el río Nesto. Solamente la Liga Calcídica seguía siendo independiente, incluso Filipo le había concedido la ciudad de Potidea, que había arrancado a los atenienses. Por esta época ya se veía claro el objetivo del soberano. Para Macedonia, un país sin urbanizar, las ciudades griegas recién adquiridas eran un valor inapreciable como centros de cultura helénica. La conquista de los territorios al norte y el este era igualmente muy valiosa, a causa de las poblaciones belicosas que los habitaban. En los ejércitos de Alejandro y de los diádocos aparecen todavía peonios, ilirios y tracios de esas regiones. Corresponde también a este período la fundación de la ciudad de Filipos, la primera, que sepamos, que tomó el nombre de un gobernante. Filipos es la anterior Crenides, situada cerca de las ricas minas de oro del monte Pangeo, que fueron explotadas por Filipo. Con ayuda de este oro, Filipo hizo historia; muchos políticos recibieron de él dinero, y el rey de Macedonia dijo, con razón, que ninguna fortaleza era tan alta que no pudiera subir hasta ella un asno cargado de oro.

Entre tanto había iniciado Grecia una disputa bélica en la que estaban implicados casi todos los países del continente helénico. Se trata de la llamada Tercera Guerra Sagrada (356-346). Estalló ésta por una violación de los derechos de la Anfictionía délfica, en la que los elementos más activos eran los focenses, quienes se enfrentaban a una coalición de los demás griegos bajo la dirección de los beocios y los tesalios. Ya anteriormente los focenses habían causado problemas a los beocios, pues eran extraordinariamente obstinados y dominaban las vías de comunicación entre Tebas y Tesalia. Entonces abandonaron la Liga Beocia. Los beocios no podían consentir esto e indujeron al consejo de la Anfictionía a acusar y condenar a cierto número de jefes focenses a causa de sacrilegio religioso (356). Los focenses se negaron a pagar las multas y estalló la guerra. Los acontecimientos de la Anfictionía délfica acostumbraban a atraer desde siempre a grandes círculos,

porque todos los estados griegos estaban representados en la asociación. A esto se añade además la posición central del santuario. Constituye un hecho ilustrativo de la debilidad del resto de Grecia el que, inicialmente, los focenses pudieran mantenerse frente a sus enemigos sin dificultad. Sus jefes, Filomeno y Onomarco, se apoderaron del santuario y convirtieron en moneda acuñada los tesoros del templo délfico para pagar a sus mercenarios. Este empréstito forzoso del santuario délfico provocó una oleada de indignación en Grecia, pese a que los focenses no hicieron más de lo que otros estados griegos acostumbraban a hacer en tiempos de necesidad.

Los focenses constituían una población pobre de Grecia central, sin la menor importancia antes de estos hechos; sus éxitos reflejan la total impotencia de los demás estados griegos, especialmente la de los beocios. Además, éstos se habían lanzado en la confusión de la sublevación de los sátrapas persas y habían enviado al Asia Menor un ejército bajo el mando de Panmenes, destinado a ayudar a Artabazo (353). Filipo II fue llamado por los Alévadas, príncipes tesalios, pero no estaba a la altura del ejército de mercenarios de Onomarco, y los focenses pudieron vanagloriarse de haberle ganado dos batallas decisivas (353); este año marca el punto culminante del poderío focense, que entonces se impuso, asimismo, en Tesalia. Pero ya el año siguiente (352), en la batalla del campo de Crocos (Azafrán), probablemente cerca de Págasas, en Tesalia, Filipo, con los macedonios y tesalios, derrotó a los focenses de modo decisivo; Onomarco murió en la batalla y, con él, 6000 mercenarios. Se dice que Filipo mandó arrojar al mar, como ladrones del templo, a 3000 prisioneros, matanza inaudita que recuerda escenas análogas de la revuelta de los campesinos alemana. Sin embargo, cuando Filipo trató de penetrar en Grecia central, probablemente para poner orden él mismo en Delfos, se encontró el paso de las Termópilas cerrado. Los aliados de los focenses, entre ellos los espartanos y los atenienses, se habían movilizado. Atenas, que se encontraba ya desde el año 356 del lado de los focenses, había enviado todo su contingente de hoplitas; sin embargo, el macedonio no quiso entrar en una lucha a vida o muerte, porque aún era pronto para entablar una contienda decisiva con los griegos. Así, pues, emprendió el regreso (en el verano de 352). De esta forma, Fócide, y con ella el sistema griego de los estados, se salvaron por el momento de la acometida de Filipo.

El año 352 empieza la segunda fase de la expansión macedonia. Hacia fines de dicho año, o tal vez en el 351, Filipo emprendió una expedición a Tracia. Ésta comprendía el vasto territorio que se extiende entre el río Nesto y el mar Negro. Filipo tenía allí unos competidores muy serios, los atenienses, que precisamente entonces volvían a sentar su dominio en el Quersoneso tracio (Galípoli). Tracia

constituía una importante región de exportación para el comercio ateniense. Las mercancías se enviaban o por tierra o por los ríos, especialmente el actual Tundsa, tierra adentro. Tasos, las ciudades griegas de la costa occidental del mar Negro y Bizancio, obtenían del comercio con Tracia pingües beneficios al lado de Atenas. No es de extrañar, pues, que los helenos consideraran el avance de Filipo como una grave amenaza para sus intereses. Por lo demás, Filipo entró en alianza desde el 352 con los príncipes tracios Quersebleptes y Amádoco. Los atenienses y los demás griegos vieron en ello una provocación.

Pero fue más grave todavía la intervención de Filipo en el territorio de la Liga Calcídica. Después que el macedonio hubo conquistado y destruido la ciudad de Estagira, la patria de Aristóteles (350 o, a más tardar, 349/48), se volvió contra Olinto, la capital de la Liga Calcídica. Como pretexto de la guerra alegó que los calcídeos se habían negado a entregar a sus hermanastros (los de Filipo) que se habían refugiado entre ellos. El proceder de Filipo contra los calcídeos provocó en toda Grecia una gran indignación. Este estado de ánimo fue exaltado por Demóstenes en sus tres discursos olintios, pero los atenienses no estuvieron en condiciones de prestar a sus aliados una ayuda eficaz, mayormente porque tenían dificultades ante sus propias puertas, en Eubea. Filipo había logrado apartar a las ciudades de esta importante isla, con excepción de Caristo, del lado de los atenienses (349/48). El que lea los discursos olintios de Demóstenes percibirá algo de la impotencia de la polis de Atenas, cuyos intereses vitales estaban a merced de la ambición de Filipo. La ciudad de Olinto cayó el año 348 y fue totalmente destruida por los macedonios. Gracias a las excavaciones de la John Hopkins University bajo la dirección de D. M. Robinson, ha sido puesta al descubierto una parte de la ciudad desaparecida. Estas excavaciones nos proporcionan una visión directa de una ciudad griega del siglo IV a. C. Los habitantes de Olinto se esparcieron por todo el mundo griego, constituyeron un elemento de agitación y, sobre todo desde Atenas, volvieron a azuzar una y otra vez contra Filipo.

El fracaso de la guerra olintia dio impulso en Atenas al partido de la paz. Tampoco Demóstenes pudo resistir por completo al sentimiento general. Así, pues, se concluyó en el año 346, después de negociaciones prolongadas, la paz de Filócrates. Debe su nombre al político ático que fue enviado como jefe de la embajada de los atenienses a Macedonia. También Demóstenes y Esquines figuraban en ella, y este último va a aparecer en adelante como un amigo y partidario convencido de Filipo. En las negociaciones se trató ante todo de la cuestión acerca de si Fócide y la pequeña localidad tesalia de Halo habían de ser admitidas o no entre los aliados. Atenas no podía sacrificar decorosamente a los focenses, y Filipo se plegó finalmente a los deseos de sus contrincantes; no fue, por

lo demás, ninguna gran concesión, ya que Filipo aún debía derrotar a los focenses, que continuaban resistiendo. Fue importante para toda Grecia, en cambio, el que el acta de la paz de Filócrates contuviera disposiciones contra la piratería, lo que no deja de constituir un elemento de satisfacción en una época en que tan poco se habla de los intereses comunes.

Por lo demás, ya en la antigüedad tuvieron origen diversas interpretaciones de la paz de Filócrates (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 329). Se nos exponen en los discursos de Demóstenes, *Sobre la embajada infiel*, del año 343 a. C., y de Esquines, *Contra Ctesifonte*, del año 330 a. C. Las manifestaciones de los dos políticos han de acogerse con reserva y con sentido crítico, ya que cada uno de ellos habla en favor de su propia causa y ni uno ni otro andan con muchos miramientos con la verdad.

Ya mientras que la segunda embajada ateniense estaba aún en Pela Filipo II había emprendido una expedición relámpago en Tracia (primavera del 346) y había obligado al príncipe Quersebleptes a someterse. También con los focenses procedió Filipo sin contemplaciones; obligó a Faleco, jefe de los focenses, a capitular, dejando que los mercenarios se fueran libremente al Peloponeso (346). Los atenienses, que habían adoptado contra los ladrones focenses del templo una resolución muy categórica, se abstuvieron, con todo, de colaborar con Filipo. Había terminado en esta forma la Tercera Guerra Sagrada, y en Delfos se reunieron los delegados de los estados griegos para discutir acerca de la reorganización de la Anfictionía. Los focenses fueron excluidos de la comunidad délfica, y se los condenó a devolver los tesoros robados del templo a plazos, a razón de 60 talentos anuales. Sin embargo, no se iniciaron estos pagos hasta el año 343. Por lo demás, Fócide fue desmilitarizada, sus fortificaciones fueron derribadas y sus habitantes debieron establecerse en aldeas abiertas. Lo más importante fue, con todo, que ahora obtuvo Filipo los dos votos de los focenses, de modo que se había convertido en miembro de la Anfictionía, aunque sólo, por supuesto, en calidad de descendiente de Heracles. No obstante, esto significaba en la práctica que, en adelante, los embajadores de los macedonios disponían de una voz de peso en los debates de la Anfictionía. En tanto, Filipo, por su parte, se situaba en Delfos como personalidad individual al lado de las once delegaciones que representaban los estados griegos, lo que constituye un cambio básico, en el que se anuncia el advenimiento de una nueva época. A instancia de los miembros de la Anfictionía de Delfos se llegó finalmente a concertar otra paz general (*koiné eirene*), que era al menos obligatoria para todos ellos (346). Fue como una nueva paz del Rey, pero el rey ya no era persa, sino griego.

Los éxitos de Filipo alarmaron a muchos griegos. En Atenas se producían

fuertes tensiones entre los amigos de los macedonios y los enemigos de Filipo. Al celebrar éste en Delfos, en forma particularmente solemne, las Pitias de otoño, los atenienses no figuraban entre los delegados a la fiesta, acto de descortesía que Filipo interpretó también como tal. Ante las amenazas del rey, Atenas dio marcha atrás, se disculpó y Demóstenes se encargó de convencer al pueblo de que en aquellos momentos era imposible mantener una guerra contra Filipo. Por lo demás, el auténtico jefe del estado ateniense no era Demóstenes, sino Eubulo, quien se había hecho un nombre en el campo de las finanzas. Y si Atenas se rehízo hasta cierto punto de las desastrosas consecuencias de la guerra de los aliados fue gradas a Eubulo y no a Demóstenes.

Para Filipo, los años siguientes fueron años de dura labor y de duras luchas. El año 344, el rey fue herido de gravedad en una campaña contra los ilirios, a continuación de lo cual Isócrates le dirigió una carta llena de preocupación, rogándole que en adelante no se expusiera a semejantes peligros, sino que pensara, antes bien, en su gran tarea, la guerra contra Persia. El mismo año obtuvo Tesalia una nueva organización: una decarquía (un gobierno de diez), que, apenas dos años después, fue transformada en una tetrarquía (gobierno de cuatro). Bajo decarquía hay que entender tal vez una alianza de las diez ciudades más importantes de Tesalia, en tanto que la tetrarquía significa probablemente la división de Tesalia en cuatro distritos. Sea como fuere, Filipo se había nombrado arconte de toda Tesalia y, en efecto, gobernó el país.

Sin embargo, el acontecimiento político más importante de esos años, con mucho, fue la reconquista de Egipto por el rey persa Artajerjes III Oco, en el invierno del 343-42 a. C. Ya anteriormente, en el verano de aquel mismo año, se habían entendido Macedonia y Persia, para concertar un pacto de amistad y de no agresión. Estos acontecimientos muestran claramente un desplazamiento del centro de gravedad político: los dos grandes estados se ponen de acuerdo, mientras que Grecia se mueve cada vez más en la periferia de los asuntos internacionales.

Acerca de las condiciones políticas de Atenas nos informa un documento muy interesante. Se trata de una carta que Espeusipo, jefe de la Academia platónica, dirigió el año 324 al rey Filipo de Macedonia. La autenticidad de este escrito, que nos ha llegado entre las cartas de los socráticos, ha sido demostrada, en un estudio histórico y filológico de gran agudeza, por E. Bickermann y J. Sykutris. Espeusipo, cuya ideología promacedónica se pone claramente de manifiesto en la carta, recomienda a un tal Antípatro de Magnesia. El redactor no parece estar en buenos términos con Isócrates, a quien reprocha haber ignorado los beneficios de

Filipo en favor de los griegos. Por lo demás, Espeusipo trata de reforzar, con los argumentos mitológicos tan en boga en aquellos días, las pretensiones de Filipo acerca de Anfípolis y Olinto (cabe imaginar fácilmente que el proceder de Filipo contra Olinto hubo de ser sacado a relucir por la propaganda antimacedónica cada dos por tres). La fecha de la carta de Espeusipo se puede establecer de manera concluyente por el hecho de que el autor menciona, al final de ella, la falta de papel ocasionada por la toma de Egipto por el Gran Rey. Con esta carta Espeusipo prestó al rey de Macedonia un servicio de valor incalculable: había individuos en toda Grecia que en algún momento habían sido alumnos de la Academia platónica, y no era en absoluto indiferente el que estos individuos sintieran o no simpatía por Filipo. Ahora bien, los amigos de los macedonios en Atenas no formaban un grupo unificado o partido, y Espeusipo no vaciló en denigrar ante el rey de Macedonia a su competidor Isócrates, precisamente a aquel Isócrates que en sus folletos, especialmente en el *Filipo*, había saludado al macedonio como futuro jefe en la guerra contra Persia. El año 342 empezó Isócrates a trabajar en el *Panatenaico*, un folleto en el que una vez más se encarecía la unificación de Grecia bajo Filipo. Fue publicado el año 339, cuando la guerra de Atenas contra Filipo era ya un hecho.

Se ha reprochado a los historiadores, especialmente a los alemanes, el haber considerado la historia de los griegos en la época de Filipo sólo desde el punto de vista macedónico. Es indudable que este reproche está algo justificado. Desde que J. G. Droysen hubo glorificado en su imperecedera obra de juventud (1833) a Alejandro Magno como al nuevo creador político y exponente cultural, se había abierto a la historia griega un camino totalmente nuevo. Es el caso, sin embargo, que quien loaba a Alejandro no podía pasar por alto a Filipo II, su padre. Fue K. J. Beloch quien puso al padre más alto todavía que al hijo, indudablemente genial. Sin duda, Filipo poseía cualidades brillantes. Fue un político y un jefe militar sumamente inteligente, sabía arrastrar tras sí a sus soldados, y podía ser, cuando se trataba de conquistar a los hombres, de una amabilidad encantadora. A sus contemporáneos esto no les permaneció oculto. El historiador Teopompo, el mismo que describe Espeusipo como un individuo glacial, designó a Filipo como la mayor personalidad que Europa, esto es, la península Balcánica, había producido hasta la fecha.

Sin duda, el rey de los macedonios era un tipo perfectamente balcánico. Su vida privada difícilmente se dejaba medir con los criterios de la moral burguesa de los griegos. Al lado de las dos reinas legítimas, Olimpíade y Cleopatra, la hija de Atalo, se conocen nada menos que otras cuatro mujeres de las que Filipo tenía hijos. Olimpíade había abandonado a su esposo al casarse éste con Cleopatra y elevarla a la dignidad de legítima esposa. Olimpíade se llevó consigo al destierro, a

su patria del Epiro, a su hijo Alejandro. Afrodita y Dioniso fueron los dioses rectores de Filipo, y hoy todavía podemos leer en Teopompo (frs. 224 y 225) el escándalo que provocaba en sus contemporáneos la vida de Filipo y sus compañeros (*hetairos*). Pero ¿de qué servía? Filipo era política y militarmente superior a los griegos; era más rápido y audaz en sus proyectos estratégicos; menos escrupuloso en la persecución de sus fines, y más astuto y taimado en el juego de las intrigas diplomáticas. Mientras en Atenas se hablaba, Filipo actuaba: ya no era posible, en efecto, enfrentarse con las burdas instituciones de la polis griega a un adversario decidido a todo. El consejo de Demóstenes, expresado en la primera *Filípica*, de formar un cuerpo expedicionario, de atacar a Filipo en su propio país y de no dejar imponerse más por el rey la ley de la acción, revela, indudablemente, una visión acertada; pero cuando el ciudadano ateniense trataba de eludir el servicio militar, la más acertada visión estratégica de nada servía.

El año 342 empezó Filipo la sumisión definitiva de Tracia. También aquí fue llevada a cabo una verdadera guerra de conquista. Filipo pretendía haber desenvainado la espada para proteger a las ciudades griegas acosadas por los tracios, pero todo el mundo sabía que esto no era más que un pretexto. Filipo, antes de atravesar el Nesto, había establecido relaciones con los getas y su rey Cotelas, que vivían entre las montañas de los Balcanes y el Danubio inferior. En Tracia, donde las luchas se prolongaron hasta el año 341, se hizo una labor a fondo; se establecieron colonias, se fundaron ciudades y se establecieron en ellas muchos individuos de Macedonia, entre ellos, también, muchos elementos dudosos. Sin embargo, lo más importante fue el nombramiento de un macedonio para gobernador (estratego) de Tracia, imitando el modelo persa. El concepto del país sometido, cuyos habitantes estaban obligados a prestar servicio militar y a pagar tributo y sobre los cuales el gobernador, en cuanto representante del conquistador, ejercía jurisdicción, no tiene paralelo alguno en toda la historia anterior de Grecia. Pero Filipo tenía que ignorar los precedentes. Si quería tener realmente en sus manos el vasto territorio comprendido entre el Nesto y el mar Negro, cuyos príncipes Quersebleptes y Teres fueron destituidos, había de introducir procedimientos nuevos; estaba construyendo un imperio y la administración de los persas se ofrecía como modelo. Por supuesto, no puede hablarse de que Tracia habría pasado a formar parte, por ejemplo, de la propiedad personal de Filipo, sino que fue, antes bien, una provincia macedónica, anexionada al reino, la primera y más importante que Filipo creara.

Mientras tanto, el rey de los macedonios no había abandonado en absoluto sus esfuerzos en relación con Grecia. Así, por ejemplo, había entrado el año 342 en relación con los etolios; en aquella ocasión parece haberles prometido Naupacto, la

importante localidad en el golfo de Corinto. Además envió un contingente de tropa a Eretría, en Eubea, para que apoyara allí la causa macedónica. Pero fueron más importantes todavía las relaciones de Filipo con el tirano Hermias de Atarneo. Hermias controlaba Tróade, el acceso a Asia; su actitud podía ser crucial en una guerra futura contra Persia. Al parecer, el príncipe puso su territorio a disposición de Filipo como cabeza de puente en Asia Menor (¿342?). Nada tiene de sorprendente, pues, que el rey de Persia hiciera eliminar al tirano por su encargado Méntor. Tróade pudo permanecer en poder de Persia y, con ello, el control del Helesponto.

Desde el año 343, la tensión entre Macedonia y Atenas había ido creciendo sin cesar y, por supuesto, no sin culpa de Demóstenes. Los intereses de los dos estados topaban sobre todo en Eubea y en el Quersoneso tracio (Galípoli), y a causa de la disputa entre la ciudad de Cardia y unos clerucos áticos se estuvo el año 341 al borde mismo de la guerra declarada; en este caso la razón estaba a favor del rey. Por toda Grecia los atenienses trataban de disputar la partida a los macedonios: por ejemplo, el año 343 habían concertado una alianza con Filipo una serie de estados peloponesios, entre ellos Argos, Mesene y Megalópolis; un año más tarde Demóstenes ganó estos mismos estados, y además Acaya y Arcadia, para una alianza con Atenas. Así, pues, los peloponesios trataban de asegurarse por los dos lados (Bengtson, *Staatsverträge* número 237).

Demóstenes, que no se arredró siquiera ante un viaje pesado al país de los ilirios y los tracios (del verano al otoño de 342), luchaba encarnizadamente por cada posición y logró, efectivamente, expulsar a los macedonios de Eubea. Las ciudades de Calcis y Eretría entraron en una alianza con Atenas y, finalmente, se formó una alianza eubea, en cuya creación intervino el político Calias de Calcis activamente (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 339, 340 y 342). Sin embargo, el mayor éxito de Demóstenes fue la fundación, en febrero o marzo del año 340, de la Alianza Helénica. Vista desde fuera, era una asociación imponente de estados en la que intervenían: Eubea, Acarnania, Acaya, Corinto, Mégara, Léucade y Corcira. Todas ellas se unieron en un pacto de amistad y de auxilio mutuo. El fundamento del tratado lo constituía, una vez más, una paz general (*koiné eirene*), esta vez bajo la dirección de Atenas. Los aliados se comprometían a pagar cuotas de socio, y muchas de las ciudades a proporcionar tropas. Al constituirse en Atenas la asociación, el día 16 antesterion («mes de las flores») del año 340, se festejó a Demóstenes, gracias a cuya energía la alianza se había llevado a cabo, según parece. Pero todo el mundo sabía en Grecia que era únicamente el miedo a Filipo lo que había reunido a los aliados. Sin embargo, Tebas, el estado más importante en Grecia central, se mantenía todavía alejado de la Alianza, y su ingreso había de

constituir el objetivo más importante de los esfuerzos de los aliados.

Las cosas se precipitaron cuando Filipo condujo su ejército contra la ciudad de Perinto, en Propóntide (mar de Mármara). Se trataba de una fuerza considerable, equipada con numerosas máquinas de asedio, la que atacó los muros de la ciudad griega. Para cercar la ciudad también por mar, Filipo necesitaba su flota, que sólo pudo ser llevada al lugar después que aquél hubo penetrado por tierra en el Quersoneso tracio. Esta violación del territorio ateniense la confesó también Filipo, en una carta a Atenas que puede verse en el *corpus* de los discursos de Demóstenes (n.º XIII), con el resultado de que la declaración de guerra entre Atenas y Macedonia fue aplazada. Perinto obtuvo ayuda no sólo de la vecina Bizancio, sino también del sátrapa Arsites, cuya satrapía estaba situada en la costa opuesta. Frente a los muros de Perinto fracasaron incluso las nuevas máquinas de asedio de Filipo; tampoco fue más afortunado un asalto a Bizancio, pero, en cambio, Filipo se precipitó sobre la flota triguera ateniense que se reunía a la sazón a la entrada del Bósforo para dirigirse a Atenas. Cayeron en sus manos un total de 230 naves de gran valor. Es probable que Filipo no abrigara la menor duda en cuanto a las consecuencias de esto y, efectivamente, Atenas le declaró la guerra (aproximadamente en septiembre u octubre del año 340).

No cabe duda de que esta guerra no fue la guerra de Filipo, sino la de Demóstenes. Desde hacía años venía este individuo desplegando una actividad contra Filipo que no se daba punto de reposo. Con sus discursos, especialmente con el del Quersoneso, pero también con las tercera y cuarta *Filípicas*, había solicitado el favor de los neutrales y se había declarado partidario de una inteligencia con Persia. Demóstenes no era en modo alguno un amigo del Gran Rey, y no está demostrado que se hubiera dejado sobornar por dinero persa. Pero las circunstancias parecían no dejarle otra elección, y las tensiones entre Macedonia y Persia, a causa de la eliminación de Hermias de Atarneo parecían confirmar lo acertado de su política. El problema era saber si Atenas estaba en condiciones de llevar a cabo esta guerra y de ganarla. Cuando en el otoño del año 340 se tumbó en Atenas la estela con la inscripción del texto de la paz de Filócrates, reinaba ya en la ciudad la psicosis bélica que Demóstenes y sus amigos habían alimentado. Por lo demás, el gran orador aparece en aquellos días como un gran caudillo; se hizo elegir comandante de la flota, y las primeras operaciones navales fueron favorables para los atenienses. La flota ateniense, bajo el mando de Cares, liberó a Bizancio del asedio naval de Filipo, y, aunque éste seguía presionando, el mayor peligro había pasado ya. Por mar, Filipo no estaba a la altura de sus adversarios; pero por tierra, en cambio, se sentía tan superior, que el año 339 emprendió una expedición contra los escitas, que lo mantuvo alejado por algunos meses del teatro de

operaciones griego. Es probable que la expedición contra los escitas tuviera por objeto la consolidación de la frontera norte de su país, que era desbordada una y otra vez por pueblos bárbaros vecinos. Ya en tiempos de Filipo se habían realizado movimientos migratorios tribales en la zona situada entre el Danubio inferior y los Balcanes. La llegada de los celtas, a los que Alejandro encontró en el bajo Danubio, proyecta ya su sombra por anticipado en el sudeste de Europa. Al regresar Filipo, a fines del verano del 339, del país de los escitas y encontrarse de nuevo en su capital, Pela, la situación había cambiado por completo en Grecia. Aproximadamente medio año antes, en la primavera del 339, había estallado allí la llamada Cuarta Guerra Sagrada, en la que también Atenas estaba implicada. Los locrios de la pequeña localidad de Anfisa, no lejos de Delfos, acusaron ahora a los atenienses ante el consejo de la Anfictionía délfica, porque durante la Tercera Guerra Sagrada habían colgado dos escudos de oro en el templo que aún no había vuelto a ser consagrado. Los escudos, en recuerdo de la batalla de Platea, llevaban la siguiente inscripción: «Los atenienses, como botín de los medos y tebanos, cuando luchaban juntos contra los griegos». Con razón el investigador F. R. Wüst se ha preguntado quién tenía entonces interés en una guerra anfictiónica. La respuesta sólo puede ser ésta: Filipo de Macedonia. En todo caso, Filipo logró obligar a los atenienses a hacer una contraacusación: la gente de Anfisa estaba cultivando el maldito suelo de Cirra. A continuación, parte de los anfictiones van a Cirra, donde atacaron los locrios de Anfisa. Atenas quedaba justificada; Tebas, sin embargo, se consideraba ligada a Anfisa. Es probable que en el fondo de esto se halle el intento de los macedonios de separar a Atenas de Tebas. Por lo demás, las circunstancias son muy intrincadas y difíciles de penetrar. El resultado fue que el consejo de la Anfictionía, en su sesión del año 339, invitó a Filipo a llevar la dirección de la Guerra Sagrada, como *hegemón* («general») de la Liga.

Ahora había llegado el momento de la acción. Con un ataque relámpago, el rey de Macedonia penetró por Heraclea Traquinia y Citinión, pasando las Termópilas en el valle del Cefiso y se apoderó de Elatea. En esta forma no sólo Atenas, sino también Tebas quedaron sometidas a una fuerte presión. Sin embargo, en Tebas venció una vez más Demóstenes, y la ciudad concertó con Atenas una alianza (Bengtson, *Staatsverträge* n.° 345). Atenas estaba dispuesta a hacer grandes concesiones: por tierra, el mando supremo lo habían de ejercer sólo los tebanos en tanto que por mar había de alternar entre los dos estados; además, Atenas se hizo cargo de dos tercios de los gastos de guerra, y Tebas de un tercio solamente. A Filipo se le había ocultado este arreglo y además se había trazado directamente delante de su posición en Elatea una línea de bloqueo que le impedía penetrar más adentro hacia Tebas y Anfisa. El invierno del año 339/38 transcurrió, aparte de algunos pequeños encuentros sin importancia, en medio de una febril actividad

diplomática de las dos partes: los locrios epicnemidios y los focenses se decidieron por Macedonia, en tanto que los estados del Peloponeso permanecían neutrales.

Fue desafortunado para los griegos que en el primer momento se mantuvieran a la defensiva. Bloquearon el valle del Cefiso en Parapótamos y, con un ejército de mercenarios bajo el mando de Cares, el camino hacia Anfisa. Cuando Filipo derrotó abiertamente a los mercenarios, entabló nuevamente negociaciones con Tebas, pero, una vez más, éstas fracasaron por intervención de Demóstenes. Pero, dado que Filipo se había apoderado de Naupacto, controlaba así el acceso al golfo de Corinto, y, en cualquier momento, podía amenazar por mar a la retaguardia de los aliados; éstos, aunque no sin vacilación, resolvieron arriesgarse en una batalla decisiva. Ésta se libró el 2 de agosto del 338, junto a Queronea, en el valle del Cefiso, y terminó con la derrota completa del ejército griego. En sí, la posición griega estaba bien elegida: la línea de batalla se extendía unos dos kilómetros y medio a lo ancho del llano, desde el monte Turio hasta la orilla del río Cefiso. En esta forma, no sólo cerraban el principal camino hacia Tebas, sino también el que bifurcaba en Queronea por el paso de Querata. No se sabe por qué los griegos no extendieron su ala derecha más allá del río, hasta el monte Acontio. Del lado macedónico correspondió un papel decisivo a la caballería, al mando de Alejandro; se encontraba ésta en el ala izquierda y fue la que tomó la ofensiva, en tanto que el ala macedónica derecha, conducida por Filipo, retrocedió al principio. Se trataba de un repliegue por razones tácticas porque Filipo quería desarticular la línea de batalla de los griegos, propósito que alcanzó por completo. Después de que los tebanos (en su ala extrema luchaba la famosa Hueste Sagrada) hubieron sido derrotados por Alejandro, Filipo volvió al ataque. Los atenienses, acosados ahora por dos lados, sufrieron graves pérdidas, y la retirada se convirtió en huida por el paso de Querata. Filipo pudo haber convertido la derrota de los helenos en un aniquilamiento total, pero no lo hizo y desistió deliberadamente de mandar la caballería en persecución del enemigo hasta su agotamiento total. Al igual que Bismarck después de la batalla de Königgrätz, Filipo tenía también en la mente un objetivo más alto. Era éste la unión de Grecia para que le siguiera en una gran guerra contra Persia.

La victoria de los macedonios en Queronea constituye indudablemente uno de los grandes puntos cruciales de la historia griega. En el campo de batalla, los contingentes de los estados griegos habían sucumbido ante un contrincante más fuerte. El ascenso de la monarquía y su triunfo sobre la ciudad-estado se perfila ahora. La *polis* griega, indisolublemente ligada a las grandes realizaciones del genio humano, no había logrado mantenerse en el campo de batalla contra la monarquía del norte. Grecia quedaba abierta a una invasión de los macedonios.

¿Iba a convertirse en una provincia macedónica, como le había pasado antes a Tesalia? En realidad, semejante propósito distaba mucho de las intenciones del rey. Por mediación de Demudes, que había caído prisionero de los macedonios en Queronea, se iniciaron negociaciones de paz con Atenas. Fueron llevadas rápidamente a buen fin, antes de que un solo soldado macedonio hubiera puesto el pie en el suelo ático.

La Liga marítima fue disuelta, pero Atenas conservó la soberanía sobre las importantes cleruquías de Lemnos, Imbros, Esciros y Samos, así como sobre Delos. El Quersoneso tracio (Galípoli) pasó a poder de Filipo. Fue considerablemente más dura la suerte de Tebas. Bajó a la categoría de potencia de segundo o tercer orden. Ya no tenía nada que ver con la jefatura de la Liga Beocia. Se percibió en Tebas como particularmente dolorosa la restitución de la comunidad de Oropo a Atenas. De este problema hubieron de ocuparse todavía las generaciones posteriores. La ciudad de Atenas respiró; había esperado represalias mucho más duras por parte de Filipo. Demóstenes, que al principio había dejado Atenas, no tardó en volver, y pronunció en el invierno la oración fúnebre por la flor de la juventud ateniense caída en Queronea.

La verdadera grandeza de Filipo se pone de manifiesto en la reorganización de Grecia a la que procedió en el invierno del 338 al 337. Después de una expedición en otoño al Peloponeso, en la cual Filipo redujo a Esparta a su territorio primitivo, se reunieron en Corinto, por invitación de Filipo, los delegados de todos los estados griegos, con excepción de los espartanos, y fundaron allí una confederación helénica general, que ha pasado a la historia con el nombre de Liga de Corinto. La base la constituyó una vez más una paz general (*koiné eirene*). Se prohibieron todos los cambios constitucionales por la violencia; quedaron garantizadas la libertad y la autonomía de los diversos estados, y solamente se instalaron guarniciones macedónicas en Tebas, Calcis y Corinto. En forma correspondiente a su capacidad de prestación militar, cada estado había de mandar un número proporcional de delegados al consejo de la Liga (*synedrion*), que se reunía en Corinto. Podría ser de gran ayuda poseer una lista completa de los miembros de la Liga Corintia, pero ésta sólo se ha conservado en estado fragmentario y muestra que, al lado de las diversas *polis*, pertenecían también a la federación varios estado tribales. El sinedrion era competente en asuntos de guerra y paz, para la fijación de los contingentes de la Liga y para la recaudación de los impuestos de ésta; también fijaba los castigos contra aquellos que violaran el tratado. Filipo era el *hegemón* (protector) de la Liga; entre él y los griegos se concertó un tratado defensivo y ofensivo a perpetuidad. Este tratado constituía el supuesto previó para la declaración de guerra contra los persas. Ésta fue

proclamada como una expedición de venganza con motivo de la destrucción de los santuarios griegos por Jerjes, en el año 480, un acontecimiento que había tenido lugar casi un siglo y medio antes. El jefe de las fuerzas aliadas había de ser Filipo quien, en tal calidad, llevaba el título de *strategos autokrátor* (general plenipotenciario).

Era ésta la unidad de Grecia que Filipo había llevado a cabo. No correspondía en modo alguno a las esperanzas de los helenos. Los estados griegos seguían siendo nominalmente libres y autónomos, pero no cabía la menor duda de que habían de plegarse todos ellos a las órdenes de Filipo. La monarquía había obtenido una victoria inequívoca sobre la *polis*. En adelante es el rey de Macedonia quien lleva el cetro sobre Grecia. Sin embargo, esta indiscutible pérdida va acompañada de una ganancia considerable. En efecto, Filipo y sus delegados en el consejo de la Liga cuidaban del mantenimiento de la paz y el orden, que tan ausentes habían estado de Grecia. ¿Era un precio excesivo el que los helenos habían de pagar por la paz y el bienestar? En todo caso, de acuerdo con los consejos de Isócrates, que había muerto unos pocos meses antes, a la edad de casi cien años, Filipo había dado a los griegos un objetivo nacional: la guerra contra los persas.

El momento no podía estar mejor elegido cuando, en la primavera del año 336, la vanguardia macedónica atravesó el Helesponto bajo el mando de Parmenión y Atalo. En los años 338 y 336 se habían presenciado cambios en el trono de Persia; en Asia Menor, Méntor de Rodas había muerto repentinamente, y algunas ciudades griegas como Cícico y Éfeso, e incluso Pixódaro, el sátrapa de Caria, estaban dispuestos a colaborar con Macedonia. En esto se produjo un acontecimiento que nadie podía prever. El año 336, mientras celebraba el matrimonio de su hija con el rey Alejandro de Epiro, Filipo fue asesinado en el teatro de Egas, en Macedonia. Sólo tenía 46 años. Al parecer el asesino, Pausanias, obró por motivos personales. Pero es posible que no fuera más que un instrumento de Olimpíade y de algunos círculos de la nobleza macedonia.

15. Alejandro y la conquista de Persia (336-323 a. C.)

«El nombre de Alejandro designa el fin de una época en el mundo y el principio de otra nueva»: estas palabras de Johann Gustav Droysen pueden encabezar la historia del gran macedonio que en sus 33 años de vida cambió de hecho la faz del mundo. No siempre lo ha juzgado la ciencia de modo únicamente positivo; el historiador B. G. Niebuhr, por ejemplo, vio en él a un antiguo paralelo de Napoleón y lo designó como «comediante y ladrón de gran estilo». En nuestros días F. Schachermeyr ha destacado, a justo título, los aspectos negativos de su carácter, escribiendo (como Niebuhr) bajo la impresión imborrable de experiencias contemporáneas.

Es un individuo enigmático el que nos sale al encuentro en la persona del joven rey de Macedonia; en él se aúnan las mayores contradicciones, una voluntad demoníaca indomable, un entusiasmo juvenil por los héroes griegos, inculcado por su maestro Aristóteles; un gusto varonil por la lucha y la victoria, y una preocupación leal por los compañeros heridos y por los deudos de los caídos. Por otra parte, vive en Alejandro una pasión desbordada y literalmente ardiente, que se manifiesta en la destrucción de servidores y colaboradores fieles. ¿De dónde provienen estos contrastes? ¿Son acaso herencia de su madre Olimpíade, la orgullosa epirota, que para satisfacer sus deseos, ante todo los de venganza, olvidaba todo objetivo y toda medida? No lo sabemos; lo único que parece cierto es que entre padre e hijo no existió una gran unión. Alejandro era ante todo el hijo de su madre, y al igual que ésta vio probablemente en las simpatías del padre por otras mujeres, y sobre todo en la elevación de la joven Cleopatra a esposa legítima, una grave ofensa.

Si hoy, cerca de 2300 años después de su muerte, estamos en condiciones de trazar una imagen de su personalidad, de sus propósitos y de su obra, es basándonos casi únicamente en las fuentes antiguas. Sin duda, las obras de aquellos individuos que escribieron la vida de Alejandro se han perdido, salvo exiguos restos, y sin embargo sus exposiciones, sobre todo la del futuro rey Tolomeo I de Egipto, revisten la mayor importancia. El griego Arriano de Nicomedia escribió, en la segunda mitad del siglo II d. C., una obra sobre la campaña de Alejandro (la *Anábasis* de Alejandro), en la que por vez primera se

intenta separar el material contemporáneo de las fuentes posteriores. Otra rama de la tradición de Alejandro la representa la historia de Alejandro (*Historiae Alexandri Magni*) del retórico Quinto Curcio Rufo, probablemente de los primeros tiempos del Imperio romano. Se funda ésta, en gran parte, en la llamada «Vulgata» de Alejandro, una tradición literaria documentada desde Clitarco, que escribió alrededor del 310 a. C.

Esta «Vulgata» desemboca en la amplia corriente del *Roman d'Alixandre*, un tratamiento ficticio de la carrera de Alejandro existente en numerosos idiomas y versiones. El estudio del *Roman d'Alixandre* constituye un capítulo interesante de la historia de la cultura antigua y medieval, aunque no de la historia de Alejandro. ¿Cómo es que tenemos tan pocos datos irrefutables? Los contemporáneos de Alejandro apenas comprendieron su grandeza y originalidad, lo mismo que los contemporáneos de César no comprendieron la grandeza de éste. Además, Alejandro no encontró en vida historiador alguno digno de sus hazañas. La historiografía griega capituló frente al fenómeno arrollador del macedonio: le faltaban los criterios con los que hubiera podido medirlo.

Al parecer, Alejandro habría nacido aquella noche del año 356 en que el Templo de Artemis, en Éfeso, fue pasto de las llamas por la mano sacrílega de Heróstrato; pero probablemente no se trata más que de una de tantas fábulas basadas en la simultaneidad que nos han sido transmitidas en numerosos ejemplos, tanto antiguos como modernos. A los dieciséis años, Alejandro fue nombrado por su padre, transitoriamente, regente del reino (340/39); en aquella ocasión fundó la primera de las ciudades que llevaron su nombre: Alejandrópolis, en Tracia. Sus cualidades de jefe militar las demostró a los dieciocho años en la batalla de Queronea (338). Cuando, al cumplir los veinte años, subió al trono (336), era ya un individuo totalmente formado, con criterio propio y con grandes facultades. Tenía ideas propias y sabía cómo ponerlas en práctica. Tuvo además la suerte de encontrar auxiliares fieles, por ejemplo, al anciano Antípatro, a quien dejó, al partir para Asia, como regente de Macedonia y delegado suyo en la Liga Corintia. Entre los generales de su padre el más valioso era Parmenión, hombre inteligente y prudente, cuyos consejos eran siempre acertados. El que Alejandro pensara en muchas cosas de otro modo, ha de atribuirse más a las diferencias de temperamento entre ambos individuos que a la diferencia de edad.

Proclamado sucesor de su padre, el joven rey hubo de luchar inicialmente con dificultades extraordinarias. Estaban en contra de Alejandro, la casa principesca de los lincestas, Amintas, hijo de Pérdicas, y Atalo, el nuevo suegro de Filipo, y si no hubieran salido en su defensa los acreditados generales de Filipo,

ante todo Antípatro, tal vez el destino hubiera tomado un curso totalmente distinto. Pero Alejandro, por su parte, obró con la rapidez del relámpago. Atalo fue eliminado, y se granjeó las simpatías de los macedonios mediante exenciones de impuestos; en Tesalia fue reconocido como arconte; el consejo de los anfictiones le transfirió la dirección de la Hélade, y el sinedrion de Corinto le nombró sucesor de su padre como general plenipotenciario de la Liga Panhelénica para la guerra contra Persia. Los acontecimientos se precipitaron uno tras otro, pero las medidas adoptadas muestran que Alejandro poseía a la vez un instinto seguro de las posibilidades políticas y una consistencia imperturbable, que no retrocedía, como en el caso de Atalo, ante las medidas más extremas. Las preocupaciones inmediatas fueron a cuenta de los bárbaros del norte, contra los que emprendió una expedición el año 335. Ésta la llevó al otro lado del río Nesto y luego, probablemente por el paso de Chipca y sobre el Hemo (los montes balcánicos), al país de los tribalos: posiblemente atravesó el Danubio inferior, tal vez cerca de Silistria. En el camino de regreso Alejandro recibió la noticia de la defección de Clito, el rey de los ilirios. El centro de su fuerza era la localidad de Pelion, al sur del lago de Ocrida. También aquí se impuso Alejandro sin dificultad, aunque un éxito completo se vio impedido por las noticias alarmantes que llegaban de Grecia.

La muerte de Filipo había producido gran agitación entre los helenos. Además, se había propagado la noticia de la muerte de Alejandro en el curso de la expedición a Iliria. Primero se sublevaron los tebanos, quienes tenían fuertes motivos para estar descontentos con el dominio macedonio. La guarnición macedonia de Tebas fue sitiada en la ciudadela de Cadmea, y era de temer que también otros estados griegos, especialmente Atenas, se pusieran de lado de los tebanos. También aquí obró Alejandro con la rapidez del viento. Interrumpió la empresa de Iliria y apareció de repente, pasando por Tesalia, frente a Tebas. Los habitantes no se mostraban dispuestos a ceder y hubieron de decidir las armas. La ciudad fue tomada por asalto por los macedonios (al parecer, Pérdicas inició la lucha por su propia iniciativa y contra la orden del rey y se produjeron numerosas escenas de horror). La última palabra la pronunciaron los miembros del sinedrion de la Liga Corintia: toda la ciudad, con excepción de la ciudadela, fue destruida, aunque Alejandro mandó respetar la casa de Píndaro; sus habitantes fueron vendidos como esclavos, y la tierra de la ciudad fue dividida entre los beocios vecinos. Este castigo draconiano no fue ordenado por Alejandro, sino por los griegos, y no dejó de producir el efecto perseguido. En el interesante informe de Diodoro (XVII, 9, ss.), que probablemente derive en última instancia de Clitarco, se pone fuertemente de relieve la naturaleza panhelénica de la decisión. Pero esto no es más que propaganda: la destrucción de Tebas fue una manifestación brutal de la política de fuerza. Alejandro, que ardía en deseos de empezar la guerra contra

Persia, había de romper la resistencia en la Hélade, si no quería que peligrara su gran proyecto.

El año 334, ya estaba Alejandro dispuesto a la conquista. ¿Cuál era la situación en Persia? Dos años antes, el 336, había subido al trono Darío III, de una línea lateral de los Aqueménidas. El todopoderoso eunuco Bagoas lo había elegido como Gran Rey. Darío III, llamado Codomano, contaba 45 años de edad. Su primer acto consistió en hacer beber a Bagoas la cicuta.

Pese a que, antes de subir al trono, Darío se había distinguido en la lucha contra los feroces cadusios, no era más que un príncipe mediocre. No hay que acordar crédito alguno a aquella otra tradición (Curcio Rufo) que pretende hacer de él un adversario digno de Alejandro. El reino de los Aqueménidas, que impresionaba por su enorme extensión y por el gran número de sus habitantes, entonces no era en realidad más que un coloso con pies de barro. La raza gobernante, la persa, ya no podía compararse ni con mucho con la que era en tiempos de Ciro y de Darío I. A causa de la influencia de la cultura babilónica se había orientalizado en gran parte y se había enajenado con respecto a su propio modo de ser.

Una consideración histórica de la expedición de Alejandro, del Helesponto hasta la India, no puede pasar por alto la cuestión acerca de si esta grandiosa campaña, que implicaba la conquista de espacios enormes, fue planeada por Alejandro con previsión, por etapas sucesivas, o si confió predominantemente en su intuición. La respuesta no es difícil: Alejandro improvisaba más o menos. Sólo las disposiciones de la expedición en Asia Menor muestran una concepción muy audaz, que hubo de ser producto de una preparación minuciosa.



Fig. 7. El Imperio de Alejandro.

La guerra contra Persia se inició con el paso del Helesponto (en la primavera de año 334). Por su nombre, la guerra era una empresa de la Liga Corintia, pero la participación de la mayor parte del ejército macedónico la presenta como una guerra de Alejandro. El ejército macedónico proporcionó treinta mil hombres y seis mil jinetes, mientras que Grecia sólo puso bajo las banderas de Alejandro a siete mil soldados de infantería y seiscientos de caballería. Así pues, el predominio de los macedonios era manifiesto. La dirección estratégica de las operaciones estaba exclusivamente en manos de Alejandro y de su estado mayor. El rey, antes de poner los pies en suelo asiático, arrojó desde la nave una lanza a tierra, con lo que tomaba simbólicamente posesión de este continente. Toda la travesía había estado marcada por un simbolismo épico y mitológico. En el lado europeo del estrecho, Alejandro había ofrendado un sacrificio a Protesilao de Eleunte; en su parte oriental, en el puerto de los aqueos, hizo ofrendas a Posidón y otras deidades marinas, y en el templo de Atenea, en Ilión, cambió sus armas por las de los héroes del pasado que allí habían sido dedicadas. En el llano del Escamandro celebró por medio de sacrificios y juegos la memoria de Aquiles y Áyax.

El ataque de Alejandro no encontró a los persas totalmente desprevenidos. Habían reunido en el noroeste del Asia Menor una gran fuerza de combate, proporcionada por los gobernadores de las satrapías directamente amenazadas, esto es, la de Frigia helespóntica, la Gran Frigia, Lidia y Capadocia. Añadíase a esta fuerza un contingente de mercenarios griegos bajo el mando de Memnón, de Rodas. Éste era el único que, del lado persa, tenía preparado un plan de acción válido: había que evitar toda batalla con Alejandro, retirándose ante él y convirtiendo la tierra en desierto; al propio tiempo había que transportar la guerra a Grecia, en donde no faltaban los adversarios del macedonio. Alejandro, una vez puestas en peligro sus líneas de comunicación, podría haber quedado atrapado en Asia. Sin embargo, Memnón no logró imponerse a los sátrapas. Estos insistían en entablar una batalla, y la perdieron.

La batalla del Gránico (mayo o junio del 324) fue decidida esencialmente por la caballería macedónica. Los mercenarios griegos del lado persa sufrieron graves pérdidas. Alejandro tuvo personalmente una participación decisiva en la victoria. Por lo demás los sátrapas persas habían cometido graves errores tácticos, que facilitaron la victoria de éste. Mediante una ofrenda votiva a Atenea, patrona de la ciudad de Atenas, subrayó Alejandro el carácter panhelénico de la victoria, pero al propio tiempo instalaba como sátrapa de la Frigia helespóntica a un oficial macedonio llamado Calas. Éste fue el primer indicio de que Alejandro se consideraba como sucesor legítimo del Gran Rey en el territorio por él conquistado.

En Asia Menor no se libraron más batallas: el país estaba abierto a los macedonios, y únicamente en algunas ciudades seguían resistiendo las guarniciones, que constaban de mercenarios griegos en su mayoría. Sin embargo, Sardes, la antigua capital de Lidia, cayó sin lucha en manos de Alejandro. También una serie de ciudades griegas de la costa le abrieron las puertas. En estas ciudades se expulsó a los oligarcas instalados por los persas y se restableció la democracia, como, por ejemplo, en Éfeso. En Mileto hubo que reducir una resistencia relativamente fuerte de los mercenarios griegos, y Halicarnaso, donde tenía el mando el propio Memnón, sólo pudo ser tomada después de un prolongado asedio. Incluso entonces siguieron dos fuertes en manos de los persas.

Para los griegos de Asia Menor, Alejandro llegaba como libertador del yugo persa, y todas las ciudades reconocieron el agradecimiento que le debían. Como Alejandro era el jefe supremo de la Liga Corintia, podía haber hecho que las ciudades griegas de Asia Menor por él conquistadas ingresaran de alguna forma en la organización panhelénica, pero no lo hizo así, sino que dichas ciudades se

convirtieron en parte del propio reino de Alejandro; no se sabe por qué medios, por lo visto faltó el tiempo necesario para hacer una aclaración de principio sobre las relaciones entre el soberano y los griegos de Asia Menor, ya que las exigencias militares tenían la precedencia frente a las consideraciones políticas y organizativas.

En Mileto Alejandro dio la orden de que regresara la flota griega, decisión radical y trascendente, que lo ponía todo en una carta. Tomó un riesgo enorme. El predominio persa por mar se hizo mayor todavía, y había que contar con que los persas emprenderían un ataque naval contra Grecia o contra los estrechos, que eran imprescindibles para el abastecimiento y las comunicaciones con Macedonia. Efectivamente, el infatigable Memnón logró conquistar Quíos, una gran parte de Lesbos y otras islas del Egeo. Además puso sitio a Mitilene, pero murió durante este asedio, con lo que libró a Alejandro y Antípatro, su regente en Europa, de una gran preocupación. Muestra que esta preocupación no era infundada la ocupación de la importante isla de Ténedo, frente a la costa de la Tróade, por los persas. Pero el objetivo de las operaciones de Alejandro en Asia Menor era tomar posesión de la costa, lo que realizó con éxito.

La noticia de la muerte de Memnón la recibió Alejandro al disponerse a salir de Gordio en la primavera del año 333. Fue uno de los grandes golpes de suerte que abundaron en su vida. Entretanto, el macedonio había recibido el homenaje de la princesa caria Ada, la que, según la costumbre caria, lo adoptó como hijo. Había conquistado también las ciudades del valle del Janto, y había pasado por Faselis a Side, y de aquí a Panfilia y la Gran Frigia, donde estableció su cuartel de invierno en la antigua Gordio, a orillas del Sangario. El relato de la solución del Nudo Gordiano no está por encima de toda duda, y es muy posible que forme parte del dominio de la leyenda. Con su primera victoria ya empieza la leyenda a apoderarse de la persona del joven monarca. El historiador griego Calístenes, sobrino de Aristóteles, contribuyó a fomentar esta tendencia.

Al partir de Gordio, la situación estratégica había cambiado en forma muy favorable para Alejandro. El rey persa Darío III había hecho regresar a la flota de las aguas griegas; quedaba abandonado, en esta forma, el proyecto de sublevar a Grecia. Para Persia esta decisión fue fatal; Darío renunciaba así a su propia iniciativa y se dejaba dictar, por Alejandro, el curso de las futuras operaciones.

Por Ancira (Ancara) y Tiana Alejandro pasó a Tarso. El paso del Tauro se había cruzado sin dificultad forzando una débil resistencia de los persas. En Tarso cayó el monarca gravemente enfermo, después de un baño en las aguas heladas del

Cicno, pero fue salvado por su médico Filipo. La conquista de Asia Menor podía considerarse ahora como terminada, y el plan que en su día esbozara Isócrates quedaba realizado. Sin embargo, mientras tanto, el rey persa había tenido muchos meses para movilizar los grandes recursos de las regiones orientales de su imperio. Estaba dispuesto para entablar la batalla que había de decidir la campaña.

Ésta se libró en noviembre del 333 en el llano litoral sirio, junto a la localidad de Isos, no lejos de Alejandreta. Esta batalla tuvo unos antecedentes muy peculiares. En efecto, los ejércitos de los adversarios habían pasado de largo uno junto a otro. Resultó así que, finalmente, el Gran Rey Darío se encontraba a la espalda de Alejandro. Los persas habían hecho su aparición en Isos, donde nadie los esperaba, después de atravesar el Amano. Allí no dudaron en matar a los macedonios enfermos y heridos que se habían quedado atrás. En Isos estaban los dos ejércitos uno frente a otro, pero en direcciones opuestas. Entre los dos corría el Pínaro. El ala derecha de los persas y la izquierda de los macedonios se apoyaban en el mar. El núcleo de las fuerzas persas lo formaba la falange de mercenarios griegos, al parecer no menos de treinta mil. Sin embargo, el papel decisivo le estaba reservado a la caballería persa, que, atacando a lo largo del mar, había de arrollar el ala izquierda macedónica.

Además, los persas habían adelantado una pequeña sección de su ala izquierda al otro lado del río Pínaro con el encargo de atacar a los macedonios en el flanco derecho.

Las disposiciones de Alejandro decidieron la batalla; con objeto de reforzar el ala izquierda, había colocado allí toda la caballería tesalia, mientras él mismo asestaba en el ala derecha, acompañado de su caballería (*hetairos*) el golpe decisivo contra los persas. El ataque de Alejandro desbarató el ala izquierda persa, pero creó en el centro macedonio una brecha en la que se precipitaron los mercenarios griegos que luchaban con los persas. Alejandro hubo de correr a apoyar su centro, muy acosado, para restablecer la situación. También el ala izquierda macedonia se vio muy apurada por la superioridad numérica del adversario. Sin embargo, al presenciar la confusión de su ejército, el rey persa perdió los nervios y se dio a la fuga. Esto fue el principio del fin, porque ya ahora no había quien resistiera del lado persa. Únicamente los mercenarios griegos siguieron manteniendo el orden y pudieron salvarse, al menos en parte. El campamento persa cayó en manos de los macedonios. Y quedaron en poder del vencedor la madre y la esposa del rey, con sus dos hijas. El noble tratamiento que dio Alejandro a dichas mujeres es universalmente conocido.

La prosecución de la campaña con la ocupación de las ciudades fenicias de la costa muestra claramente el plan ulterior de operaciones de Alejandro. No se le ocurrió perseguir al Gran Rey en su huida, sino que se atuvo, imperturbable, al plan previamente adoptado de ocupar las costas de Persia. Arados, Biblos y Sidón se pasaron sin desenvainar la espada del lado de Alejandro. Solamente Tiro, la más poderosa de las ciudades fenicias, la metrópoli de Cartago, se negó a someterse. Tiro no quería permitir al rey hacer en su recinto una ofrenda votiva a Melkart, el dios protector de los tirios, porque sólo estaba facultado para ello el soberano de la ciudad. Así, pues, hubieron de decidir una vez más las armas.

Tiro fue sitiada durante unos siete meses. Aquí se trata de la «nueva ciudad», que estaba situada en una isla, a unos 800 metros del continente. Con esfuerzo indecible Alejandro hizo amontonar desde éste un dique por el que fueron llevadas junto a los muros de la ciudad las máquinas de asedio. Con el apoyo de una flota de las otras ciudades fenicias y de los chipriotas, el rey de los macedonios logró bloquear la ciudad, y consiguió abrir, al fin, una brecha en la muralla. En la ciudad se produjo una matanza terrible; los habitantes supervivientes, al parecer unos treinta mil, fueron vendidos como esclavos. El sitio y la caída de Tiro recuerdan el sitio de Cartago durante la Tercera Guerra Púnica, y el sitio de Jerusalén por Vespasiano y Tito: en los tres casos resistió una población semítica con obstinación encarnizada a un adversario superior y sólo sucumbió después de una lucha heroica.

Aun antes de la toma de Tiro, el Gran Rey había hecho a Alejandro una propuesta de paz que éste rechazó. Darío estaba dispuesto a ceder al macedonio todo el territorio situado al oeste del Éufrates. Pero para Alejandro esto era demasiado poco. Perseguía ya entonces, indudablemente, el dominio completo del imperio persa; limitar voluntariamente sus ambiciones no encajaba en su manera de ser. Por lo demás es perfectamente ocioso discurrir acerca de si la oferta de Darío constituía o no una solución viable.

De Tiro la acción se trasladó directamente a Egipto, pero en Gaza hubo que vencer todavía una resistencia relativamente prolongada. Finalmente, después de dos meses, cayó la ciudad y quedaba abierto el acceso al país del Nilo. Alejandro no entró en Jerusalén.

¿Qué se proponía Alejandro en Egipto? ¿Fue acaso el gran prestigio del país de los faraones y de su antiquísima cultura lo que le indujo a emprender aquella expedición? No por completo. Egipto era un país rico en grano, que proporcionaba al rey de Persia ingresos considerables. Hacía solamente unos años (en el 343-342)

que había sido reconquistado por Artajerjes III Oco, pero su población sentía poca simpatía por los persas. Esto no hubo de ocultársele a Alejandro, ni tampoco el hecho de que el país se extendía delante de él casi sin protección militar. De Pelusio, la fortaleza fronteriza, el monarca fue a Menfis, la antigua capital, donde los sacerdotes le ciñeron la doble corona del Alto y el Bajo Egipto. De aquí navegó Nilo abajo y fundó la ciudad de Alejandría cerca de la desembocadura más occidental del río (Canope), entre el lago Mareotis y el Mediterráneo (principios del 332). Alejandro había escogido con extraordinario acierto el lugar de la nueva fundación. En efecto, Alejandría reúne las ventajas de un magnífico puerto de mar con las no menos excelentes de un puerto interior. En pocos decenios, la ciudad se convirtió en el centro mercantil más importante del Mediterráneo, al lado de Cartago. La destrucción de Tiro había impuesto como necesaria su fundación.

Desde Alejandría, la expedición siguió hacia Paretonio, en la frontera de la Cirenaica, y de aquí, por el desierto, al santuario del dios Amón en el oasis de Siwa. Acerca de la expedición al oasis de Amón se ha escrito y conjeturado enormemente. No cabe duda que esta empresa tuvo su origen, como tantas otras en la vida del monarca, en impulsos profundamente irracionales: fue la «añoranza» (*pochos*) la que lo decidió a emprender la expedición. Lo que sucedió en el templo no se sabe, porque Alejandro penetró en él solo. Pero lo había saludado previamente el sacerdote del dios como «hijo de Amón». El eco de este saludo fue grande en el mundo entero, hasta en Grecia y Jonia. Al macedonio le fue dada en esta forma la consagración para una nueva política y una posición en el mundo que lo ponía muy por encima de su origen étnico macedónico y de su cargo de jefe de la Liga Panhelénica (J. Kaerst). Efectivamente, comienza, e partir de esta hora solemne en el santuario de Amón, un nuevo período en la obra de Alejandro.

Éste reorganizó entonces la administración egipcia. El país fue confiado a dos egipcios, Doloaspis y Petisis, como jefes de la administración civil, en tanto que la administración militar era puesta en manos de dos macedonios, uno de los cuales era competente para el Alto Egipto, y el otro para el Bajo Egipto. Además se crearon otras dos jefaturas fronterizas, con la designación de Libia y Arabia, y fueron confiadas a Apolonio y Cleómenes, un griego de Náucratis (Egipto). Alejandro procedió aquí con particular cautela, lo que se pone de manifiesto sobre todo en la designación de comandantes militares propios. Por lo demás, esta organización la tomaron los Tolomeos como base de su sistema administrativo.

Cuando el monarca volvió a dejar Egipto en la primavera del año 331, había dado a Darío casi un año y medio de tiempo para que pudiera movilizar los recursos de su imperio. Es curioso, por lo demás, que los persas no realizaran el

menor intento de atacar las comunicaciones en la retaguardia de Alejandro. Por el contrario, lo esperaron en Mesopotamia, más allá del Tigris, cerca de la ciudad de Gaugamela (Tell Gomel, a unos 35 kilómetros al noroeste de Mosul). Aquí, el 1 de octubre del 331, se libró la batalla que decidió la suerte del imperio de los Aqueménidas. La fecha está asegurada por un eclipse lunar que tuvo lugar once días antes de la batalla.

Una vez más tenía Darío la superioridad numérica de sus tropas sobre el adversario, había explorado además el terreno cuidadosamente y lo había hecho allanar para la utilización de sus carros de combate falcatos. Su alineamiento era considerablemente más largo que el de los macedonios. Esto obligó a Alejandro a adoptar una contramedida. En ambas alas del ejército macedónico situó unos destacamentos especiales que tenían la orden de moverse hacia un lado o hacia la retaguardia en caso necesario, y de defender allí los flancos del ejército o la retaguardia. En el centro se volvían a enfrentar los mercenarios griegos del Gran Rey por una parte, y la masa de la infantería macedónica por la otra. Al igual que en la batalla de Isos, también esta vez consiguió el ala derecha de los persas algunas ventajas. Bajo el mando de Mazeo, éstos penetraron incluso en el campamento de los macedonios. Pero la decisión volvió a producirse en el centro persa; cuando Alejandro hubo penetrado con su caballería (*hetairos*) en medio de la línea enemiga, Darío volvió a perder los nervios. Dio la batalla por perdida y se dio a la fuga. B. G. Niebuhr mantiene que por grandes que sean los éxitos de Alejandro no deben sobrevalorarse, porque los macedonios sólo tenían enfrente, en los mercenarios griegos, una tropa cuyo valor puede medirse con criterios europeos, en tanto que todos los demás eran orientales, empezando por el propio Gran Rey.

En su huida, Darío se dirigió a las montañas curdas, en tanto que Alejandro avanzó por Arbeles hacia Babilonia, al sur. El gobernador persa de esta provincia era Mazeo, que se había distinguido en Gaugamela. Entregó la ciudad de Babilonia al vencedor, y fue confirmado por éste en su cargo de sátrapa, aunque fueron colocados junto a él dos macedonios, uno como comandante militar, y el otro como titular de la administración financiera. Alejandro permaneció aproximadamente un mes en Babilonia. Practicó ofrendas votivas a Bel-Marduk, y dio la orden de reconstruir su gran templo, destruido en su día por Jerjes.

El objetivo siguiente del vencedor lo constituían las residencias persas: Susa, Persépolis y Ecbatana. Sólo encontró resistencia en los uxiros y en las Puertas Persas (Tang-i-Rashkan). En ellas estaba el sátrapa de la Pérside, Ariobazarnes, a quien Alejandro sólo pudo derrotar mediante traición. El propio sátrapa logró escapar y fue a reunirse con Darío. Más adelante fue acogido por Alejandro con

todos los honores. Por lo demás, en las luchas se distinguió también Crátero, que destaca cada vez más como uno de los oficiales más capacitados de todo el ejército de Alejandro. Susa se entregó sin lucha, y los macedonios encontraron en su tesoro cuarenta mil talentos de plata y nueve mil daricos acuñados, cantidad enorme, que da testimonio de la riqueza inconcebible de los reyes persas. También Persépolis, el soberbio palacio imperial de los Aqueménidas, adornado con las magníficas y suntuosas construcciones de Darío I y de Jerjes, se rindió sin resistencia.

Alejandro había declarado la guerra contra los persas como guerra de venganza, y aquí, en Persépolis, la terminó con un acto simbólico. Fue el propio Alejandro quien lanzó la antorcha encendida en el palacio de Jerjes; la gloria de Persépolis fue pasto de las llamas y la destrucción de los santuarios griegos por los persas estaba vengada. Fue una reflexión perfectamente consciente la que guió a Alejandro en este acto, y no el deseo de producir un golpe de efecto, como lo sostiene la tradición derivada de Clitarco, según la cual Alejandro había reducido a cenizas el palacio de Jerjes después de una orgía, inducido por la hetera Tais. En Persépolis, lo mismo que en Pasargada, cayeron en sus manos enormes tesoros.

En Pasargada visitó el monarca la tumba de Ciro el Viejo, que había mandado restaurar por su ingeniero Aristóbulo. A Ecbatana (Hamadan) llegó el rey demasiado tarde para poder capturar al fugitivo Darío. Allí licenció Alejandro el contingente griego de sus tropas. En esta forma fue declarada como terminada la expedición que había emprendido como estratego plenipotenciario de la Liga Corintia. Sin embargo, no todos los griegos volvieron a la patria, pues muchos prefirieron seguir sirviendo en el ejército de Alejandro como mercenarios. Tampoco en Ecbatana se dio el monarca punto de reposo, pues seguía en vida Darío, quien por la gran carretera real, por Rage y por las Puertas del Caspio, se dirigía en fuga precipitada hacia las tierras iranias de su reino. En una persecución despiadada, en la que no tuvo consideración alguna ni para los individuos ni para los caballos, Alejandro lo alcanzó cerca de Hecatómpolis, pero ya sólo como cadáver. El sátrapa de Bactría, Beso, había llevado al Gran Rey preso consigo y, finalmente, lo había hecho matar para que no cayera vivo en manos de los macedonios.

La muerte del último soberano de la casa de los Aqueménidas constituye uno de los momentos decisivos en la vida de Alejandro. En adelante se consideró como sucesor legítimo de Darío a quien hizo por consiguiente enterrar en Persépolis con todos los honores. Alejandro se tenía ahora a sí mismo por el soberano legítimo de todos los pueblos del imperio persa. Esta posición le imponía deberes especiales y, en primer término, el castigo del regicida Beso.

Es obvio que esta actitud de Alejandro había de influir también en sus relaciones con los persas y los macedonios. A partir de este momento va apareciendo un número cada vez mayor de nobles persas en los cargos principales de las satrapías, y hay que concederle a Alejandro que, en la mayoría de los casos, su elección se reveló como acertada. También el ejército de Alejandro fue cambiando paulatinamente. Con el mayor alejamiento con respecto a la patria macedónica, las líneas de abastecimiento se fueron haciendo también cada vez más largas. Para suplir las bajas en el ejército, pronto tuvo que echar mano también de los iranios, con los cuales, sin embargo, se formaban en el ejército destacamentos especiales. En efecto, ni el propio Alejandro se habría atrevido a incorporar elementos iranios a los regimientos macedónicos, porque, en cuanto conquistadores, los macedonios se sentían infinitamente superiores a los persas. Esta actitud de su gente había de crear al rey graves problemas.

Con la persecución de Beso, el sátrapa bactriano, empieza la campaña irania de Alejandro. Duró del otoño de año 330 hasta el 327. Las luchas en el altiplano iranio fueron sin duda las más duras que Alejandro hubo de sostener en toda su vida. Los iranios se batían con un pronunciado encarnizamiento, y además su valor se veía reforzado por el fanatismo religioso. Se añade a esto el hecho de que Alejandro y sus macedonios penetraban ahora en regiones que les eran totalmente extrañas. La expedición a través del Afganistán hasta el río Hilmend (Etimandro) al sur, y de aquí al Hindu-Kush (Paropamisos), a través del país de Bujara y del Turquestán occidental hasta el Sir-Daria (Yaxartes), y de aquí hacia la India, no fue solamente una hazaña militar de gran categoría, sino también una expedición de descubrimiento, que introdujo a los macedonios en un mundo totalmente nuevo.

Las ideas geográficas que de estos países tenían los griegos antes de Alejandro eran totalmente deficientes y, en gran parte, fantásticas. Los helenos consideraban el Yaxartes como el curso superior del Tanais (Don) que, como es sabido, se vierte en el mar de Azov. El Paropamisos (Hindu-Kush) lo consideraban como prolongación del Cáucaso. Alejandro y sus macedonios no tenían en realidad la menor idea de dónde se encontraban realmente, pero sus incursiones en una y otra dirección crearon, gracias sobre todo a la labor de sus «bematistas» (medidores del paso), el fundamento de un nuevo conocimiento geográfico de las regiones iranias. Los datos fueron utilizados y aprovechados por el gran geógrafo y polígrafo Eratóstenes de Cirene (aproximadamente 285-205 a. C.).

Por lo demás, el curso de la expedición de Alejandro por el Irán se vio condicionado por diversas contingencias. Inicialmente Alejandro quería buscar a Beso por el camino directo en su satrapía bactriana, después de haber cruzado las

partes septentrionales de la satrapía de Aria. El sátrapa de ésta, Satibarzanes, que primero se había sometido a Alejandro, le hizo luego defección en favor de Beso. Alejandro persiguió al sátrapa hasta Artacoana, atravesó después Drangiana, adyacente al sur, hasta el Hilmend, y solamente entonces prosiguió la marcha a Bactría en dirección norte hacia el Hindu-Kush. El paso por esta montaña, cubierta de nieve perpetua, representa una gran hazaña de Alejandro y su ejército; está indudablemente muy por encima del célebre paso de los Alpes por Aníbal.

Entretanto, Beso había dejado su capital, Bactría, y había huido al norte, a la satrapía adyacente de Sogdiana. Entre él y Alejandro corría el caudaloso río Oxus (Amu-Daria). Pero tampoco su caudal constituyó para el macedonio impedimento alguno. El río fue atravesado, probablemente, junto a Kilif. Para ello, la infantería fue pasada en odres hinchados, en tanto que los jinetes, conduciendo sus caballos de las riendas, hubieron de atravesar el río a nado. Beso se vio abandonado por sus partidarios; fue capturado en una incursión por Tolomeo, el futuro rey de Egipto. Alejandro trató al exsátrapa de Bactría con una crueldad repugnante. Le hizo cortar la nariz y las orejas, y luego lo envió a Ecbatana, la antigua capital de la Media, donde fue ejecutado; probablemente fue empalado. Evidentemente Alejandro se consideró justificado para aplicar el cruel procedimiento penal de los Aqueménidas, puesto que veía en Beso a un regicida.

Por Maracanda (Samarcanda) siguió Alejandro hasta el Yaxartes (Sir-Daria). Fue fundada aquí una ciudad con el nombre de Alejandro: *Alexandreia Escháte* («Alejandría Extrema»). Se trata de la actual Jodchent (Leninabad), En general, la expedición de Alejandro por el Irán está marcada por toda una serie de fundaciones de ciudades, algunas de las cuales estaban llamadas a sufrir un gran auge, como fue el caso, por ejemplo, de Alejandría en Aria (Herat) y de Alejandría en Aracosia (Kandahar). Fueron ante todo consideraciones de carácter militar las que dieron ocasión a la fundación de ciudades; no obstante, no sólo se instalaron en ellas soldados, sino también, y desde el principio mismo, numerosos civiles griegos de los que seguían al ejército de Alejandro. Así, fragmentos de cultura y de vida griegas fueron trasplantados a Irán por los conquistadores.

En lugar de Beso le había surgido a Alejandro un adversario mucho más peligroso, Espitamenes, natural de Bactría, quien soliviantó la región de Sogdiana contra los macedonios. Alejandro no pudo capturarlo, pero los escitas del otro lado del Yaxartes, o sea, los masagetas, entre los que se había refugiado Espitamenes, le cortaron a éste la cabeza y se la mandaron a Alejandro. También esto fue un golpe de suerte para Alejandro, porque Espitamenes había ofrecido una resistencia obstinada al dominio macedónico en Bactría durante más de un año. Sin embargo,

Apama, la hija de Espitamenes, fue unida el año 324 en Susa a Seleuco en calidad de esposa, y no menos de tres ciudades llevan su nombre (Apamea). Es la fundadora del linaje de los Seléucidas, que, después de la muerte de Alejandro, dominó durante unos 250 años en grandes zonas de Asia Menor.

Entretanto había llegado la primavera del año 327, y seguía habiendo resistencia contra Alejandro en las provincias nororientales del reino de los Aqueménidas. Había que superar dificultades extraordinarias. Por ejemplo, fue obligada a capitular la fortaleza de Ariamazes, junto a Nautaca, gracias a una brillante proeza alpinística de 300 macedonios. Entre los prisioneros iranios de este castillo se encontraba también Roxana, la hija de Oxiarte, una de las pocas mujeres por las que Alejandro sintiera un profundo afecto. El matrimonio se celebró según el rito iranio, en el que los nuevos desposados comen de un pan que previamente ha sido partido en dos con la espada. Al parecer, el consumo común del pan sigue siendo costumbre todavía en Turquestán en el acto del matrimonio.

A partir de la muerte de Darío III, Alejandro se fue adaptando cada vez más a la manera de pensar y a las tradiciones de la antigua monarquía persa. No es de extrañar, pues, que muchos macedonios, sobre todo aquéllos que habían sido allegados de su padre Filipo, no pudieran seguirle por este camino. Con fundamento en estos sentimientos se explican tres incidentes que proyectan negras sombras sobre el carácter del monarca. Durante su estancia en Drangiana se descubrió una conjura contra su vida. Había tenido también noticia de ella Filotas, hijo de Parmenión, quien, sin embargo, no la había denunciado. Por orden de la asamblea del ejército macedónico, que actuaba como tribunal, Filotas, comandante de la guardia de corps de los hetairos, hubo de morir. Como tal sentencia de la asamblea, es casi seguro que Alejandro quiso la muerte del individuo.

Pero es mucho peor todavía el asesinato de Parmenión. Éste fue ordenado directamente por Alejandro. La orden correspondiente fue llevada a Ecbatana por dromedarios de carrera. Alejandro tenía mucha prisa: quería evitar, manifiestamente, que la noticia de la ejecución de Filotas llegara a Media antes que la orden. El acto fue un verdadero crimen, sin excusa política, producto de la mala conciencia del rey.

En el otoño del año 328 tuvo lugar en Maracanda el tercer incidente. En el curso de un banquete se produjo un violento altercado oral entre Alejandro y Clito, el cual en una ocasión había salvado al rey la vida a orillas del Gránico. Irritado por la actitud provocativa de Clito, Alejandro perdió el dominio de sí mismo, agarró la pica de uno de sus guardias de corps y atravesó con ella a su amigo; se

trata de un arrebato emocional que luego nadie lamentó más que el propio rey.

También con el historiador griego Calístenes, sobrino de Aristóteles, tuvo Alejandro una disputa. Calístenes se negó a rendir a Alejandro la prosquínesis, esto es, el homenaje de la postración al modo persa; y emitió incluso palabras insolentes ante el rey. Implicado en la «conjura de los pajes», el griego fue aprehendido y finalmente muerto.

En el verano del 327 empieza un nuevo capítulo en la conquista de Asia Menor. Se trata de la expedición a la India (327-325), en donde iban a permanecer dos años. Es imposible determinar con alguna seguridad el motivo que impulsó a Alejandro a introducirse en Asia. Acaso fue el impulso hacia la lejanía infinita o bien se sentía obligado, como sucesor de los Aqueménidas, a conquistar los territorios hindúes pese a que solamente una parte de ellos había pertenecido al reino de los persas bajo Darío I. Lo más probable es que, en su afán de dominio universal, Alejandro no quisiera renunciar a la India.

La expedición a la India condujo a Alejandro y a sus macedonios a tierras muy lejanas, incluso a algunas que ningún pie europeo había pisado antes. Para los macedonios se trataba de un mundo totalmente extraño, a cuyos pobladores y lugares se enfrentaban con sorpresa. En particular Alejandro quedó fascinado por la religión y las prácticas de los brahmanes, y la tradición informa de conversaciones que el monarca sostuvo con los gimnosofistas hindúes, que eran unos penitentes monásticos.

Ya en el Irán oriental Alejandro había iniciado relaciones con el príncipe hindú Taxiles. La gran puerta de acceso a la India era el valle del Kabul, pero solamente después de la toma de la alta fortaleza de montaña de Aorno (Pir-sar) se le abrió a Alejandro el camino al valle de los cinco ríos. En el Indo, unas secciones de vanguardia bajo el mando de Hefestión y Pérdicas habían preparado un puente, que Alejandro pudo atravesar sin dificultad con su ejército de macedonios, griegos e iranios. En Taxila, en la región de Rawalpindi, fue acogido cortésmente por el rey Taxiles. Pero más allá del Hidaspes quedaba el núcleo del territorio de otro rey hindú, el rey Poros, contra quien Alejandro libró en el verano de 326 otra gran batalla campal, que ha pasado a la historia con el nombre de batalla de Poros o del Hidaspes.

En su disposición y ejecución, ésta nos proporciona un verdadero reflejo de las grandes dotes militares del genial macedonio. Sin ser advertido por el adversario, Alejandro logró atravesar el río, que llevaba un caudal enorme de

agua. Pasando sin intermisión de la marcha a la batalla, Alejandro, una vez más, decidió el resultado de ésta con su caballería, en la que era superior a Poros; los elefantes de éste quedaron inutilizados por los macedonios, que, mediante flechazos, pusieron fuera de combate a sus conductores, de modo que aquellos colosos, desprovistos de guía, causaron graves daños en las filas de los hindúes. Poros cayó herido y prisionero, y Alejandro lo trató con todos los honores. En el avance ulterior por el Acesines (Chinab) hasta el Hifasis, Alejandro sólo encontró resistencia en el país de los catayos; su ciudad, Sangala, fue tomada por asalto.

En el Acesines, el rey vio no sólo flores de loto, sino también cocodrilos. Creía encontrarse en la región de las fuentes del Nilo. Esto demuestra que Alejandro no tenía idea alguna de las verdaderas condiciones geográficas. Los hindúes hubieron de explicarle que el Acesines envía sus aguas al Indo, y que éste no desemboca en el Mediterráneo, sino en el Océano meridional. Sin embargo, llegados al Hifasis, sus macedonios se negaron a proseguir la marcha. Los soldados estaban agotados por las inclemencias de la temperatura, y el temor de ser llevados a tierras infinitamente lejanas paralizaba su voluntad; de modo que el rey, por primera vez y única vez en su vida, no tuvo más remedio que ceder. Junto al Hifasis se erigieron doce grandes altares, y a continuación se regresó al Hidaspes.

Aquí se construyó una flota formidable, de cuyo equipo habían de cuidar, según el sistema de la trierarquía ática, los oficiales más distinguidos de Alejandro. El mando de la flota fue confiado a Nearco, que desde joven era íntimo del rey. Con esta flota descendió por el río hasta el Acesines, y de éste al Indo. Dos destacamentos del ejército, bajo el mando de Crátero y Hefestión respectivamente, le acompañaban a ambos lados del río. La expedición no transcurrió sin luchas y en el asalto a la ciudad de los malios Alejandro fue herido gravemente por un disparo de flecha. En los primeros momentos se le tuvo por muerto. Tanto mayor fue, pues, la alegría de sus soldados cuando se supo que el rumor era falso. Nueve meses después de la salida se llegó a la ciudad de Patala, en el delta del Indo. Mientras tanto se había llegado a julio del año 325. La India, el país de los cinco ríos, se extendía ante Alejandro. El país fue reorganizado y confiado en parte a la administración de sátrapas macedonios y, en parte, a la de soberanos hindúes como príncipes vasallos. A la conquista se le puso un fin simbólico mediante los sacrificios de Alejandro.

En Patala, Nearco quedó encargado de buscar con la flota el camino hacia la desembocadura del Éufrates. Constituía ésta una empresa sumamente peligrosa, porque el conocimiento de los países litorales entre la India y Mesopotamia se había perdido desde hacía mucho tiempo, después de la navegación de Escílax de

Cariando en tiempos de Darío I, de modo que la empresa de Nearco constituía, en realidad, un viaje de descubrimientos.

Mientras una parte del ejército, bajo el mando de Crátero, regresaba a través de Aracosia hacia el oeste, Alejandro acometió la empresa probablemente más difícil de su regreso. Eligió el camino por el árido desierto de Gedrosia (Beluchistán). Alejandro sabía perfectamente lo que aquí le aguardaba, si hemos de dar crédito a Nearco. Pero las hazañas de sus grandes modelos, de Ciro el Viejo y de la reina Semíramis, no le dejaban punto de reposo. ¿Era aquella expedición realmente necesaria? F. Hampl piensa que no lo era, y señala la enorme pérdida de vidas que la expedición costó. Pero la marcha a través del desierto de Gedrosia sólo puede juzgarse en conexión con la navegación simultánea de la flota de Nearco. En efecto, al decidirse por una de las dos cosas, había que aceptar también necesariamente la otra, y el hecho de que el rey se reservara para sí la tarea más difícil corresponde a su carácter. En Carmania, cerca de Hormuz, Alejandro volvió a encontrarse con Nearco. El rey no cabía en sí de alegría al enterarse que la flota y la tripulación habían efectuado la gran navegación sanas y salvas.

Nearco describió la navegación en una obra que sirvió de base a la *Indiká* («India») de Arriano. El relato proporciona un cuadro magnífico de las costumbres y los usos de los pueblos de la costa de Beluchistán. Ocasionalmente se encuentran también datos relativos a la flora y la fauna; así, por ejemplo, los soldados vieron por primera vez ballenas, a las que trataron de asustar por medio de gritos y del sonido de trompetas. Mientras Nearco proseguía su ruta por el golfo Pérsico, Alejandro avanzó por tierra hacia Pasargada, adonde llegó a principios del año 324. Llegó allí como señor de todo el imperio persa: la tierra desde el Helesponto hasta el Hifasis y desde el Cáucaso hasta Nubia yacía a sus pies. Como comandante y como administrador había realizado hazañas de las que no había precedente alguno en la historia. Es más, no iban a ser superadas.

Durante la ausencia de dos años de Alejandro en Oriente se habían producido en el imperio trastornos que recuerdan fenómenos análogos de los días de los Aqueménidas. Los sátrapas de origen persa, y también algunos de los macedonios, habían reclutado mercenarios sin pedir órdenes al lejano monarca. A esto se puso ahora fin, y los culpables fueron castigados. Entre los desobedientes figuraba también Hárpalo, a quien Alejandro había confiado la custodia de los enormes tesoros guardados en las residencias de los reyes persas. La elección no fue acertada, porque Hárpalo, amigo de infancia de Alejandro, dilapidó a manos llenas los bienes que se le habían confiado; ante la cólera del monarca, emprendió la fuga y se dirigió a Grecia, donde finalmente encontró acogida en Atenas.

Hárpalo es un ejemplo más de la corrupción que se había propagado en el imperio de Alejandro.

La última fase de la vida del rey, un período de un año y medio, aproximadamente, permite apreciar en su carácter un cambio decisivo. Alejandro ya no se consideraba rey de los macedonios, ante todo, sino también Gran Rey persa y, aún más, dueño del universo. Sus proyectos fueron entonces desmedidos. Planeó una expedición alrededor de la península arábiga, y además la conquista de toda la región del Mediterráneo occidental. Algunos autores han considerado estos ingentes proyectos occidentales de Alejandro como un invento de una época posterior (W. W. Tarn, *Alexander the Great*), pero no es así, porque el plan de conquista se encuentra en los *Hypomnémata* («Recuerdos») de Alejandro, que provienen de Eumenes de Cardia, canciller jefe de éste. Después de la muerte de Alejandro, la asamblea macedónica del ejército archivó los planes, que ya no se llegaron a ejecutar.

Alejandro quería convertir en dominadores del mundo a los macedonios y los persas, el elemento étnico más importante del reino de los Aqueménidas. El matrimonio en masa en Susa estaba destinado a favorecer la fusión de los dos pueblos (de su común origen indogermano Alejandro no tenía la menor idea). En éste se unieron Alejandro y sus amigos más directos con mujeres nobles persas. Alejandro se casó con Estatira, hija del último Gran Rey; Hefestión con su hermana; otros ochenta macedonios distinguidos se unieron con hijas de sangre persa e irania, y no menos de diez mil macedonios recibieron entonces regalos de boda de manos de Alejandro. También éstos tenían ya mujeres persas o se casaron con ellas en ocasión del matrimonio en masa. Por supuesto, había también muchos macedonios que no quisieron seguir al rey en esta política. Su cólera y resentimiento se desahogó en el motín de Opis (junto al Tigris), en el verano de 324. Cuando Alejandro se disponía a licenciar una parte de los veteranos para que regresaran a Macedonia, exigieron éstos el licenciamiento de todos los soldados macedonios y le gritaron al rey, con sarcasmo, que se pusiera en campaña él solo, con su padre Amón. Alejandro se sintió profundamente ofendido; hizo detener y ejecutar inmediatamente a los cabecillas. A continuación, en un discurso impresionante, recordó a sus soldados lo mucho que su padre Filipo y él mismo habían hecho por el pueblo de Macedonia; después licenció a todo el ejército. Al ver los macedonios que lo del licenciamiento iba en serio, cambiaron de actitud y le suplicaron con vehemencia que les perdonara. En la plegaria de Opis, con la que se inició el banquete de reconciliación, Alejandro pidió a los dioses que hubiera concordia entre los macedonios y los persas, indicando que los dos pueblos habían de gobernar juntos. Así, pues, el rey seguía fiel a su proyecto de fusión étnica, pero,

en cambio, no pensó en una fraternidad general universal, ni entonces ni en ningún otro momento. No debe trazarse, pues, paralelo alguno entre Alejandro y las ideas humanitarias de la Revolución Francesa, pese a que esto se haya hecho ocasionalmente en la investigación moderna.

Probablemente guarda relación con los proyectos de dominio universal la orden relativa al retorno de los exiliados griegos. Las disposiciones de Alejandro al respecto fueron leídas en el verano del año 324, durante el Festival Olímpico, por su delegado Nicanor de Estagira. En este edicto (*diagrama*) de Alejandro es difícil ver el intento de una intromisión autocrática en los asuntos internos de Grecia, ya que lo que Alejandro se proponía era la pacificación interior del país, que, en vista de los proyectos de conquista del Mediterráneo occidental, revestía gran importancia. Por lo demás, en cuanto protector de la Liga Corintia, Alejandro se consideraba perfectamente justificado para resolver, por medio de una disposición especial, el problema de los refugiados.

Un segundo decreto hubo de superar mayores dificultades: Alejandro exigió de los griegos la adoración divina de su persona; esta pretensión no tuvo su origen en ningún precedente oriental, sino griego. En efecto, para los griegos, un individuo que había realizado hazañas portentosas era digno de ascender a la categoría de los dioses. Lisandro, el vencedor de la guerra del Peloponeso, fue objeto por parte de los samios de una glorificación de tipo divino. Alejandro había hecho mucho más que Lisandro, mucho más que ningún mortal que los griegos hubieran conocido. De ahí que no deba sorprendernos que los griegos fueran accesibles a sus deseos. En Atenas ni siquiera un individuo como Demóstenes podía formular objeción alguna al respecto. Sin embargo, no debe separarse aquí el aspecto religioso del político. En efecto, si Alejandro era para los griegos un dios, no sólo tenía derecho a la veneración divina por parte de éstos (y efectivamente, nos enteramos de la llegada a Babilonia de delegaciones de festejo), sino que su dominio obtenía así la consagración divina. Alejandro, dotado con un carisma particular, fundamentó así la monarquía divina. Y de Alejandro conduce una línea a los diádocos y los demás reyes helenísticos, y, de éstos, a Roma, a César y Augusto.

En el otoño del año 324 murió en Ecbatana Hefestión, el amigo íntimo de Alejandro. El dolor del rey fue inmenso. Ordenó la erección en Babilonia de un formidable monumento funerario para el difunto. A la muerte del rey no estaba todavía terminado y la asamblea macedónica del ejército mandó suspender los trabajos del mismo. El último hecho de armas de Alejandro transmitido por la tradición fue la sumisión del feroz pueblo de los coseos en la Susiana, en el

invierno del 324-23. Después volvió a Babilonia. Pese a que los astrólogos caldeos habían advertido que no fuera a dicha ciudad, Alejandro no se dejó desviar de su propósito: había previsto que Babilonia se convirtiera en la capital de su imperio asiático. En ella Alejandro proyectó sus últimos planes, pero ya no le estaba reservado llevarlos a cabo.

Hizo construir allí un puerto gigantesco capaz para mil barcos de guerra, con los correspondientes depósitos y almacenes. De la magnitud y la extensión de la península de Arabia Alejandro no tenía, como sus contemporáneos, la menor idea, pero experimentaba el vehemente deseo de establecer, desde la desembocadura del Éufrates, una comunicación marítima con Egipto. Con anterioridad había mandado efectuar algunos viajes de exploración, de los que, sin embargo, ninguno llegó a su destino, porque las distancias se revelaban como insuperables. Entonces fue enviado Nearco con una gran flota. Aún faltaban unos días para el inicio de esta gran expedición, cuando Alejandro, después de participar en un banquete de su amigo Medio, enfermó gravemente. Durante diez días y diez noches luchó Alejandro con la enfermedad mortal. En las *Efemérides*, el diario de la corte, está consignado el curso de la enfermedad en todos sus detalles. A partir del cuarto día, la fiebre ya no le abandonó, se fue debilitando cada vez más y los desesperados esfuerzos de sus amigos por procurarle la curación mediante la consulta del dios Serapis fueron en vano. Al atardecer del 28 de desio (según el calendario macedónico) esto es, el 10 de junio del 323, según la cronología juliana, murió Alejandro. Los especialistas suelen considerar el paludismo como la causa de su muerte, aunque otros piensan en una neumonía, derivada de la herida de flecha que recibió Alejandro en la batalla contra los malios.

Alejandro comparte después de su muerte el destino de tantos otros grandes hombres de la historia: su valoración depende, al menos en parte, de las experiencias personales de los propios historiadores. Baste recordar aquí la imagen que han trazado los distintos investigadores de figuras como las de Napoleón I o Bismarck. Se comprende que los eruditos actuales se resistan a tejer una corona de victoria para el conquistador Alejandro. Una guerra es siempre una calamidad, cualquiera que sea su resultado. Pero si alguien tiene derecho a ser juzgado según los criterios de su época, este derecho le corresponde en primer lugar a Alejandro, y si algunas generaciones después de su muerte hubo filósofos estoicos que condenaron las guerras de agresión, se trataba de mirlos blancos a los que Alejandro nunca conoció. En la antigüedad un conquistador era el héroe por excelencia y el rey de Macedonia fue el mayor conquistador de la historia; Alejandro fue considerado, con razón, como el más grande de los generales.

En efecto, no sólo en el planteamiento sino también en la ejecución de sus campañas, ya estuvieran éstas dirigidas contra los bárbaros del Danubio, contra los griegos o contra los persas, Alejandro demostró siempre un acierto extraordinario. Era un maestro tanto en la batalla ordenada como en la guerrilla, como lo demuestra su campaña al norte del Irán. Son admirables tanto su capacidad de improvisación como la perseverancia que demostró, como por ejemplo, en el sitio de Tiro. El juicio de Alejandro como estadista dependerá de si se considera o no como viable su proyecto de fusión de los pueblos macedonio y persa. Es cierto que en este punto Alejandro se anticipó muchísimo a su generación, como lo demuestra el hecho de que la asamblea macedónica del ejército se apartara expresamente de estos planes después de su muerte. Pero no se puede saber lo que habría sido de ellos si el rey hubiera vivido más tiempo.

La comunidad de naciones macedónico-persa quedó como una utopía sin duda, pero no por ello la idea es rechazable. Un imperio universal necesita la mayor aproximación posible entre sus pueblos, con sus distintas razas y culturas. Los macedonios se encontraban en una inferioridad desesperada frente a la población del reino persa. Alejandro sustentaba un ideal de estado supranacional y no podía retroceder, para realizarlo, ni ante las consecuencias más extremas.

Que la idea de Alejandro de la fusión de los pueblos no era una idea vacía lo demuestra su actitud frente a las individualidades étnicas de su imperio. Ante los lidios, los carios, los egipcios o los babilonios, Alejandro no sólo se presentó con benignidad, sino incluso con el mayor respeto, tanto para su carácter étnico como para sus tradiciones religiosas. Sobre todo su tolerancia en materia religiosa recuerda vivamente la actitud de los grandes reyes persas. En este aspecto, Alejandro señaló a sus contemporáneos objetivos totalmente nuevos, y el sincretismo religioso del helenismo y el de la época de los emperadores romanos no se concibe sin su actuación.

Son brillantes asimismo sus realizaciones en el terreno de la administración pública. Sin duda, conservó el sistema persa de las satrapías, pero en muchos casos estableció en ellas a oficiales macedonios, ya sea como estrategos o como *epíscopos* («inspectores»), junto a los persas o gobernadores civiles nativos. Fue preparando la división de las administraciones civil y militar, y el nombramiento de funcionarios especiales para las finanzas constituye también una innovación que más adelante fue adoptada por los soberanos helenísticos, los Tolomeos y los Seléucidas. Su economía política fue de vastas consecuencias; al acuñar el metal noble acumulado por los Aqueménidas, injertó enormes sumas en los mercados del Próximo Oriente, y del Mediterráneo. Esta medida, juntamente con el paso al

tipo de moneda ático, cimentó la economía del imperio de Alejandro sobre una nueva base. El estancamiento económico quedaba así superado y su consecuencia fue una prosperidad extraordinaria. También la inspección de los trabajos del canal de Palacota, en Babilonia, que realizó antes de su enfermedad mortal, muestra los esfuerzos del rey en favor del restablecimiento del antiguo bienestar en Mesopotamia. Si se consideran todas estas reformas juntas, no pueden considerarse como simplemente casuales. Corresponden a su concepción de que no puede existir estado alguno sin una economía saneada. La comparación de Alejandro con Federico el Grande es, a este respecto, perfectamente apropiada.

Sin duda, también hubo fuerzas irracionales que jugaron un papel en la vida de Alejandro; pero no lograron ni perturbar ni modificar la gran concepción de su obra. En ello los hechos hablan por sí mismos; es erróneo hacer derivar todas sus realizaciones de la buena estrella que, como a tantos otros grandes hombres, le acompañó. El desarrollo político del helenismo no se concibe sin la realización de Alejandro, ni se concibe tampoco el nacimiento de la cultura helenística universal. Por otra parte, la influencia de Alejandro se extiende hasta el bajo Imperio Romano, e incluso el auge del cristianismo y la expansión de la cultura islámica presuponen la existencia de su labor. De su obra emanaron corrientes de fuerza y de vida, y su ejemplo fue, en muchos casos, precisamente para los grandes de esta tierra, un modelo. La originalidad de su pensamiento, la comprensión intuitiva de lo posible y necesario y el valor de llevar a cabo con una genial capacidad de adaptación las empresas más difíciles, unido al efecto fascinante de su personalidad sobre los individuos que le rodearon, son hechos que señalan a Alejandro como una figura histórica universal de primerísima categoría, de la que apenas existe un parangón. La fuerza plasmadora de su genio no se extinguió con su muerte prematura.

En buena parte por efecto de la expedición de Alejandro, Grecia quedó eliminada de la gran política y permaneció a la sombra de los acontecimientos asiáticos. Como ya se ha dicho, Alejandro dejó en Macedonia a su general Antípatro, regente del reino y estratego para Europa. La tarea que el fiel servidor del rey hubo de realizar no era fácil. El propio Alejandro se percató de ello, como lo prueba el hecho de que le dejó, al partir para el Asia, no menos de 12 000 soldados de infantería y 1500 de caballería en la patria. Pero como Alejandro necesitaba constantemente refuerzos, el número de tropas se iba reduciendo en Macedonia cada vez más. Antípatro realizó hechos notables. Primero reprimió una sublevación en Tracia, en la que había participado el gobernador (estratego) macedonio Memnón. Aun antes de que esta operación estuviera terminada hubo de trasladarse a Grecia para intervenir en el Peloponeso. Allí los macedonios

habían ayudado a subir al poder a una serie de tiranos, pero a los griegos les repugnaba toda clase de tiranía. Existe una inscripción de Atenas, del año 337-36, que contiene una ley relativa a los tiranos presentada por un tal Eucrates. También en Atenas, pues, parece que se temía seriamente el advenimiento de una tiranía.

Por otra parte, los macedonios tenían un adversario decidido en el rey espartano Agis III. Supo poner de su parte a todos los estados peloponesios descontentos, entre ellos a Élide, Acaya y una parte de Arcadia. No se adhirieron, en cambio, Argos, Mesene y Megalópolis, que estaban enemistadas con Esparta. El enfrentamiento tuvo lugar el verano del año 331 en Megalópolis. Aquí venció Antípatro, con los macedonios y las tropas de la Liga Corintia, a Agis III, quien cayó luchando en el campo de batalla. Con ello, la sublevación había fracasado. La noticia de la batalla la recibió Alejandro el año 330. Se dice que designó la victoria de Antípatro en Grecia como una «batalla de ratones», en comparación con sus propias hazañas en Asia; pero debemos dudarlo porque, en todo caso, Antípatro se enfrentaba a griegos y no a orientales. El sinedrion de Corinto confió a Alejandro la decisión acerca del destino de los griegos rebeldes. Es posible que la propia Esparta debiera ingresar en la Liga Corintia. Además hubo de entregar a Antípatro cincuenta rehenes.

Precavidamente, Atenas no había participado en la rebelión. Sin embargo, los sentimientos en la ciudad distaban de ser de simpatía para Alejandro. El año 330 se resolvió el «proceso de la corona», que había sido aplazado durante mucho tiempo. En él resultó vencedor Demóstenes contra su adversario Esquines. Éste fue condenado a una pena de 1000 dracmas. Por lo demás, la política está dominada en Atenas, desde el año 324, por el retorno de los exiliados que había ordenado Alejandro. Demóstenes trató de obtener una dilación de las autoridades macedonias. Fue fatal, sin embargo, que el gran orador estableciera relaciones con Hárpalo, quien había huido de Asia y había llegado al Pireo el verano del año 324. Consta que entre los atenienses sobornados por Hárpalo figuraba también Demóstenes, que hubo de confesar haber recibido 20 talentos de aquél. Sin duda, Demóstenes se excusó diciendo que había dedicado dinero al pueblo, para los gastos de las representaciones teatrales (*theoriká*), pero tal cosa no parece haber sido más que una excusa. En todo caso, en el proceso de aquellos estragados por Hárpalo fue condenado Demóstenes a pagar una elevada pena pecuniaria, y, como no pudo efectuar el pago, fue encarcelado por deudas, pero logró escapar de la cárcel y trasladarse a Trecén y luego, el año 323, a Egina. El año 322, cuando los delegados de Antípatro iban a prenderlo, Demóstenes, en el templo de Calauria, puso fin a su vida.

Mientras Alejandro iba de victoria en victoria en Asia, los griegos pasaban tiempos difíciles. Se produjo una gran carestía que duró nada menos que cinco años, del 330 al 326. De esta época tenemos una inscripción de Cirene en la que están inscritos los envíos de trigo de dicha ciudad a la metrópoli. Casi todas las *polis* griegas importantes figuran en esta inscripción como receptoras de grano; no falta más que Esparta. ¿Tenía Esparta suficiente que comer o se la dejó deliberadamente de lado? Si es cierto lo último, refleja las consecuencias de la sublevación espartana contra los macedonios. Es interesante asimismo la noticia que se contiene en otra inscripción, según la cual Atenas envió una expedición al mando de un tal Milcíades al mar Adriático (325/24) para fundar una colonia que había de servir como base marítima de protección contra los piratas etruscos. Estos, conocidos también como «tirrenos», eran tenidos como piratas audaces, e iban arruinando el comercio tanto en el Adriático como más al oeste.

Por lo demás, toda Grecia participó en mayor o menor grado, activa o pasivamente, en la expedición de Alejandro a Asia. Muchos helenos sirvieron al rey cómo mercenarios y otros como funcionarios. Y aquellos que tenían en el séquito del rey, en Asia, a un amigo en quien confiar, gozaban también de prestigio en la patria. De inscripciones de Olimpia y Egión (en Acaya) se conoce a un cretense llamado Filónides, al cual se designa como *hemeródromos* («corredor de día, correo») de Alejandro y *bematista* («medidor de paso») de Asia; Filónides, en otras palabras, formaba parte del estado mayor de Alejandro. Anteriormente había trabajado como correo en el Peloponeso, tal vez al servicio de la ciudad de Sición, amiga de los macedonios. Se dice de él que recorrió la distancia de Sicilia a Élide, no menos de unos 150 kilómetros, en un solo día, proeza que desde el punto de vista del esfuerzo físico es sencillamente imposible. Individuos como Filónides y muchos otros no sólo gozaron de prestigio en Asia, sino que además reunieron fortunas considerables, lo que constituía un motivo más entre los griegos de la metrópoli para seguir a Alejandro. La expedición de Alejandro inicia una reestructuración formidable en la vida económica y social de Grecia, evolución cuyos plenos efectos sólo pueden apreciarse en la época helenística que siguió a su muerte. En el futuro, durante mucho tiempo, Grecia iba a vivir a la sombra de Alejandro.

16. Egipto y el Imperio persa

Al final de la dinastía Saíta, durante el reinado de Amasis y el de su hijo Psamético III (Psammetiq), se preparaba la desaparición de Egipto como país independiente: a Cambises, que había recibido de su padre, Ciro, un reino[4] que comprendía todos los estados asiáticos, le faltaba sólo la posesión de Egipto. Amasis trató, inútilmente, de protegerse aliándose con Polícrates de Samos[5]: Cambises, que avanzaba hacia Egipto, obtuvo de Fanes de Halicarnaso, general griego que militaba al servicio de Amasis y que, traicionándole, se pasó al rey persa, una información completa sobre las posibilidades de atravesar el desierto arábigo y superar las líneas defensivas de Egipto. Amasis, abandonado también por Polícrates de Samos, se encontró aislado; en tanto Cambises establecía una alianza con los beduinos del desierto arábigo, los cuales, con sus camellos cargados de odres de agua, permitieron al ejército persa llegar a Pelusio a través del desierto de Arabia. Muerto Amasis, su hijo y sucesor Psamético III tuvo que hacer frente al empuje de la ofensiva persa, a comienzos del año 525 a. C. La resistencia que Psamético organizó en Pelusio cedió y el ejército egipcio se retiró ante Cambises; la última resistencia en Menfis cayó también, y, hecho prisionero Psamético, Cambises fue dueño de Egipto, donde permaneció hasta el 522 a. C. Con Cambises comienza la que se suele llamar «primera dominación persa»[6] (o XXVII Dinastía), que llega hasta el 401 a. C.

Las fuentes griegas (Heródoto, III, 27-38; Diodoro Sículo, I, 46; Estrabón, XVII, 27; Plutarco, *De Isis y Osiris*, 44 e) coinciden en describir su reinado come el del terror y la impiedad: los templos de los dioses de Egipto fueron incendiados y saqueados, las divinidades escarnecidas y profanadas, el buey sagrado Apis muerto y la momia del faraón Amasis quemada. Sin embargo, en torno a la muerte del Apis, la documentación directa egipcia, que consiste en una estela procedente del Serapeum de Menfis[7] fechada en el año sexto de Cambises, prueba, en cambio, que en aquel año se dio solemne sepultura al Apis que había nacido en el año vigesimoséptimo de Amasis; además, también se ha encontrado en el Serapeum el bello sarcófago[8] del Apis muerto en el año sexto de Cambises, que había sido ofrecido por el propio Cambises. Otra estela[9] también del Serapeum, demuestra que el Apis, nacido en el año sexto de Cambises y sucesor del buey antes nombrado, no pudo ser muerto en un momento de loca furia del rey Aqueménida

puesto que murió en el año cuarto de Darío I. Otra fuente directa que se puede utilizar para controlar los datos de la tradición contraria a Cambises es la inscripción grabada en la estatua naófora (conocida como «Naóforo del Vaticano»[10]) de un alto personaje de Sais, Udjahorresne, que puede fecharse en el año cuarto de Darío I y es, por lo tanto, inmediatamente posterior al propio Cambises.

Aunque cabe sospechar que Udjahorresne, cortesano de Cambises y de Darío, quisiera adular a sus señores persas, en los datos que hizo grabar en su estatua no pudo tergiversar de un modo fundamental la realidad, dada la proximidad de los acontecimientos. En esta inscripción, Udjahorresne admite que en Egipto se había producido un «gran desorden» con la llegada de los «extranjeros», que se habían instalado en el recinto del santuario de Neith, en Sais; pero añade que Cambises había intervenido a favor del santuario, había expulsado de él a las tropas extranjeras, había restituido las rentas a la diosa y restablecido en su servicio a los sacerdotes, reanudando las ceremonias y las procesiones, y había acudido personalmente a venerar a la diosa de Sais. También un documento arameo de Elefantina[11], fechado en el 408 a. C., habla de daños sufridos por los templos egipcios durante la conquista de Egipto («Cuando Cambises llegó a Egipto… todos los templos de los dioses de Egipto fueron asolados…»).

Es, pues, innegable que con la llegada de Cambises a Egipto se hallan relacionados trastornos en los templos egipcios, no tan imputables al propio Cambises como a las violencias de la soldadesca. A estas violencias se añade el decreto mediante el cual Cambises limitaba las rentas de todos los templos de Egipto, a excepción de tres (de los cuales sólo uno, el de Menfis, es identificable con seguridad); en el decreto (que conocemos por un documento demótico, el verso del Papiro 215 de la Bibliothèque Nationale de París[12]), la lectura de la cifra no es muy segura, pero parece que se ha calculado en 376 400 *deben* el valor total de la plata, ganado, volátiles, grano y otros productos que «se daban a los templos en la época del faraón Amasis, y de los que Cambises ordenó: «No los deis a los dioses». Si se admite que la lectura de la cifra es correcta, el valor de las rentas apresadas superaba al del tributo pagado por Egipto bajo Darío, lo que explica que Cambises considerase oportuno un decreto que reducía el gravamen financiero del gobierno.

Para los soberanos Saítas, la asistencia a los templos había constituido una necesidad política, especialmente para Apries y para Amasis, los cuales, el primero por sus fracasos en política exterior y el segundo para reforzar su posición de «usurpador», habían necesitado el apoyo de los sacerdotes[13]. El decreto de

Cambises se considera precisamente como una medida económica y no dictado por la «impiedad», pues mantiene las rentas para tres templos; por otra parte, no impide el culto en los santuarios, no prohíbe que los sacerdotes ofrezcan aves a los dioses, pero (como afirma en su decreto) «los sacerdotes deben criar por sí mismos sus ocas y ofrecerlas a sus dioses». Estas órdenes y estas limitaciones provocaron en los sacerdotes egipcios un odio nunca aplacado, y constituyen, sin duda, la base de la tradición egipcia tan hostil a Cambises, tradición recogida y referida por los autores griegos. La restitución de las rentas a la diosa de Sais (de la que nos informa la inscripción de Udjahorresne antes citada) no fue una revocación del decreto, sino una medida excepcional, dictada por la influencia personal de Udjahorresne sobre el rey persa. Cambises había encargado a Udjahorresne que le compusiera los títulos reales según el esquema faraónico; sobre todo, Cambises trataba de presentarse al pueblo egipcio como el verdadero descendiente de la dinastía Saíta, llegado a Egipto para reivindicar el trono que el usurpador Amasis había quitado al legítimo soberano: Apries.

Es significativa la leyenda según la cual Cambises era hijo de la hija de Apries (de esta leyenda existen tres versiones que difieren en los detalles, pero idénticas en su último significado, cf. Heródoto, I, 1-3; Ateneo, XIII, 10 = Ctesias, frag. 3P); Cambises, pues, no era un rey extranjero, sino que tenía sangre de los faraones Saítas. Sobre esta base hay que ver la referencia del propio Heródoto (III, 16) acerca de la persecución póstuma de Amasis, cuya momia fue quemada por Cambises; el historiador griego define esta acción como contraria tanto a las creencias religiosas persas (un fiel de Ahuramazda no podía contaminarse con el fuego) como a las egipcias (según las cuales no era lícito quemar los cadáveres, porque, al destruir el fuego completamente aquello de que se apodera, se quitaría toda posibilidad de vida futura al individuo cuyo cadáver se quemase). En realidad, Cambises actuó de acuerdo con las concepciones egipcias, puesto que, al no reconocer a Amasis como faraón legítimo, llevó a cabo una drástica *damnatio memoriae* del usurpador, precisamente de la forma que él sabía definitiva para la mentalidad egipcia.

También las expediciones militares a las que Cambises se dedicó inmediatamente después de la conquista de Egipto (las expediciones contra Cartago y contra los oasis líbicos no tuvieron éxito, y la que organizó contra Napata se redujo a obtener un tributo bienal, según Heródoto, III, 97-98, de Nubia septentrional, en los confines de Egipto, que desde hacía muchísimo tiempo estaba bajo la soberanía de los faraones) se explican por su deseo de realizar, como soberano egipcio, una política egipcia. Desde el punto de vista de política persa, más bien asiática, el objetivo se podía considerar alcanzado con la conquista del

valle del Nilo. Pero Cambises seguía, evidentemente, una política «africana», la natural en sus predecesores Saítas: aparece empeñado en un juego político que, de realizarse, haría prever un desplazamiento del centro del imperio Aqueménida de Asia a África, concretamente de Persia a Egipto. La reacción persa no se hizo esperar y tomó la forma de una reivindicación dinástica. En efecto, es significativo que la revuelta contra él no tuviera su origen en alguna provincia deseosa de independencia, sino que surgiera, precisamente, del ambiente de la propia corte persa: el mago Gaumata, afirmando ser el legítimo sucesor de Ciro, planteó sus pretensiones al trono. Mientras Cambises, alejado así de su sueño africano, se apresuraba a regresar a Persia, murió durante el viaje (Heródoto, III, 64-66, refiere que murió por haberse herido con una espada: que la herida mortal se produjese justo en el mismo punto del muslo en el cual él había herido de muerte al buey Apis, entra en el marco de la tradición contraria a Cambises).

Darío I (522-486 a. C.), hijo de Histaspes, sátrapa de Hircania, habiéndose hecho elegir rey, restableció el orden, eliminando al mago Gaumata y enfrentándose, enérgica y victoriosamente, a las revueltas y a los intentos de los usurpadores que se produjeron en Asia, Susiana, Babilonia, Media, Armenia e Hircania, y que le obligaron a mantener guerras durante dos años. También en Egipto se hizo necesaria la intervención del Gran Rey para dominar las veleidades independentistas de Ariandes[14], el sátrapa dejado allí por Cambises (Heródoto, IV, 166-167; 200-203). En el marco de la reorganización general de las provincias del imperio, la satrapía de Egipto (que Darío I visitó en el año 517 a. C.) ocupó un lugar importante; Egipto es la sexta de las veinte satrapías (Heródoto, III, 89, ss.) en que se dividió el imperio; el tributo anual señalado a Egipto era de 700 talentos (Heródoto, III, 91); Egipto cargaba también con el mantenimiento de las tropas persas que residían en Menfis y con el de las tropas aliadas, contribuyendo con 120 000 medidas de grano; además, tenía que entregar los beneficios de la pesca del lago Meris, es decir, 230 talentos anuales (Heródoto, II, 149; III, 91).

Diodoro (I, 95) señala a Darío I como el sexto y último legislador de Egipto; el dato está confirmado por un documento demótico, el verso del Papiro 215 de la Bibliothèque Nationale de París[15] (el mismo que contiene el decreto de Cambises relativo a los templos egipcios), que cuenta cómo Darío I, en su tercer año de reinado, dio a su sátrapa en Egipto la orden de que reuniese a los más sabios entre los guerreros, los sacerdotes y los escribas de Egipto, a fin de que redactasen un informe sobre las leyes de Egipto, hasta el año cuarenta y cuatro de Amasis; el trabajo de la comisión duró dieciséis años, hasta el diecinueve de Darío. Las leyes así recogidas fueron escritas en un papiro «en escritura asiria (siria = aramea) y en escritura epistolar (demótica)». El propósito de Darío al ordenar también una copia

del *corpus* de leyes egipcias en arameo era, evidentemente, poner a disposición de los funcionarios del gobierno, y, sobre todo, del sátrapa, un código en la lengua administrativa del imperio Aqueménida. Darío se limitó, pues, a aceptar el derecho indígena vigente hasta el año cuarenta y cuatro de Amasis, es decir, hasta el final del reinado de Amasis.

La obra de Darío I respecto al derecho egipcio fue obra de recopilador, no de legislador en cuanto a actitud innovadora; ordenó que se excluyeran las modificaciones del derecho egipcio inspiradas en el persa[16]. Antes de Darío, se había producido un período de crisis en el «derecho de los templos» vigente bajo Amasis, a causa del decreto de Cambises ya citado; el acto legislativo de Darío I, unido a sus liberales decretos en favor de los templos egipcios, tuvo gran importancia para caracterizarlo como legislador. Este aspecto se descubre igualmente en el texto de Diodoro (I, 95): la impiedad de Cambises era también ilegalidad respecto a las leyes egipcias, y la actividad legisladora de Darío parece encaminada a subsanar aquella ilegal impiedad.

Por la inscripción de Udjahorresne, ya mencionada, sabemos que Darío encargó a este alto personaje (que era también primer médico del rey) el restablecimiento «después de la ruina» (ruina tal vez consecuencia, precisamente, del decreto de Cambises) de las «casas de la vida»[17] (es decir, las instituciones de instrucción superior ligadas a los santuarios). El sucesor de Cambises consideró, pues, que no podía menospreciar el apoyo de los sacerdotes si quería obtener una duradera y pacífica unión de Egipto a su imperio; su actitud tolerante (típica de su política respecto a los súbditos de las provincias), los reconocimientos del culto egipcio y la protección concedida al sacerdocio (la construcción de un nuevo templo en El Kharga y la dotación de rentas del mismo debieron de costar sumas ingentes[18]) le valieron el favor de la clase sacerdotal y, en consecuencia, de todo el país. Darío I no renunció, sin embargo, al derecho de sanción en el nombramiento de los sacerdotes (derecho preexistente en Egipto): un documento demótico[19] de su reinado recuerda una ordenanza suya sobre las normas que el sátrapa debía seguir para aceptar o recusar a un sacerdote en el cargo de *lesonis* (jefe administrativo) de un templo.

Con el fin de intensificar las relaciones comerciales entre Egipto y el golfo Pérsico, Darío I hizo abrir un canal[20] que, desde el Nilo, cerca de Bubastis, llegaba al mar Rojo, a través del Uadi Tumilat y de los lagos Amargos (realizando así un proyecto acariciado también, hacía tiempo, por el faraón Nekao); este informe dado por Heródoto (II, 158; IV, 39) ha sido confirmado por el hallazgo, en la zona del canal de Suez, de tres estelas con inscripciones en escritura jeroglífica y

cuneiforme, las llamadas «Estelas del Canal»[21].

Mientras tanto, el equilibrio del mundo mediterráneo oriental estaba sufriendo sacudidas; la intervención, aunque muy suave, de Atenas a favor de los jonios de Asia Menor, rebeldes al yugo persa (500-494 a. C.) descubrió al Gran Rey el nuevo rival que debía combatir: Grecia; pero en el año 490 los persas fueron derrotados en Maratón por los griegos. En el 486, poco antes de la muerte de Darío I, Egipto se rebeló. En esta insurrección se vio una consecuencia directa de Maratón, pero es difícil aceptar esta especie de contragolpe mecánico; es más probable, en cambio, que se tratase de una rebelión como la de Ariandes, tal vez estimulada por la relajación del control de los persas, mientras que éstos planeaban tomar el desquite sobre los griegos.

La revuelta fue dominada por Jerjes I (486-465/4 a. C.), hijo de Darío, con una expedición efectuada un año después de la muerte de éste (Heródoto, VII, 7); Jerjes confió el cargo de sátrapa de la provincia egipcia a su hermano Aquemenes. Mientras tanto la lucha entre Grecia y Persia se desarrollaba con resultado adverso para el ejército persa. Es sabido cómo terminó la expedición de Jerjes contra los griegos: Salamina, Platea, Micala, la liberación de Jonia y la conquista de Sesto, en el Helesponto, fueron las etapas de la derrota persa.

Jerjes I tuvo como sucesor a Artajerjes I (465/4-425 a. C.). Al comienzo del reinado de Artajerjes se produjo en Egipto una insurrección capitaneada por Inaro (acaso un descendiente de la familia real Saíta) que llegó a tener bajo su control el Delta, mientras que Menfis y el Alto Egipto permanecían en poder de los persas (como se demuestra por algunos documentos alto-egipcios fechados entre el quinto y el décimo año de Artajerjes). Inaro pidió ayuda a la flota ateniense que se encontraba en aguas de Chipre. La petición fue atendida; el propio sátrapa Aquemenes fue derrotado y muerto en Papremis (Heródoto, III, 12) y las naves atenienses remontaron el Nilo hasta Menfis, donde los persas habían concentrado la resistencia.

La intervención ateniense, sin embargo, terminó en un fracaso: la flota griega fue cercada, a su vez, en la isla de Prosopitis por la flota persa al mando de Megabizo, sátrapa de Siria, y, tras un largo asedio, los pocos supervivientes griegos tuvieron que retirarse a Cirene; también fue aniquilada otra pequeña flota ateniense que, ante el curso de los acontecimientos, había llegado como refuerzo a las aguas del Nilo. Megabizo regresó a Asia, dejando como sátrapa de Egipto a Arsames. El rebelde Inaro, hecho prisionero, fue llevado a Persia y allí le crucificaron (454 a. C.).

En el 449-448, con la paz de Calias, Atenas estableció con Persia un *modus vivendi* que suponía la explícita renuncia, durante treinta años, a intervenir en perjuicio de los persas en los asuntos de Chipre y de Egipto. Restablecida en Egipto la calma, se mantuvo durante el período siguiente del reinado de Artajerjes I y durante casi todo el reinado de su sucesor, Darío II (424-405 a. C.).

Entre el 411 y el 408, a finales del reinado de este último, se manifestaron en Asia Menor, en la Media y en Egipto síntomas de agitación. También hablan de disturbios ciertos documentos arameos[22] pertenecientes a la correspondencia del sátrapa Arsames, que precisamente en aquellos años estaba ausente de Egipto, pues se encontraba en Susa junto al rey; no es inverosímil que Amirteo estuviese activo en el Delta. Incluso el episodio de violencia del cual fueron víctimas, en el año 410, los hebreos de la guarnición de Elefantina, cuyo templo de Yaho (Yahvé) fue destruido[23] por los egipcios, guiados por los sacerdotes del dios Khnum (con la ayuda del gobernador del Alto Egipto y del jefe de la guarnición), es tal vez un hecho político más que una manifestación de simple intolerancia religiosa.

Artajerjes II (404-359/8 a. C.) es el último rey de la «primera dominación» persa, reconocido como tal en el Alto Egipto, en Elefantina; hasta la publicación del grupo de papiros arameos del Brooklyn Museum[24] se había creído que, con el fin del reinado de Darío II, Amirteo (que inició los sesenta años de independencia siguientes a la «primera dominación» persa) había tenido el control de todo Egipto, pero algunos de dichos papiros prueban que Artajerjes era reconocido como rey, en el Alto Egipto, por lo menos en diciembre del 402, durante los primeros años del reinado de Amirteo[25].

Antes de proseguir la exposición de las vicisitudes históricas que siguieron al período de la XXVII Dinastía es conveniente examinar brevemente ciertos aspectos de Egipto durante esta época, las líneas generales de su organización como satrapía y algunas manifestaciones de su vida artística y espiritual[26].

El sátrapa, un miembro de la alta nobleza y a menudo de la propia familia del rey persa[27], que representaba para los súbditos de la provincia la autoridad real y en cuyas manos se reunían todos los hilos de la administración de Egipto, residía en la capital de la satrapía, en Menfis. La cancillería del sátrapa de Menfis, copia fiel de la del Gran Rey en Susa, comprendía a muchos funcionarios y a numerosos escribas; entre estos últimos también había escribas egipcios para las relaciones en lengua indígena. En efecto, aunque la lengua administrativa oficial para todo el imperio Aqueménida y, naturalmente, también para Egipto, era el arameo[28], el propio sátrapa no dudaba en usar el demótico incluso en

comunicaciones oficiales con los indígenas (cf. la correspondencia entre Ferandares, sátrapa durante el reinado de Darío I, y los sacerdotes de Khnum en Elefantina[29]). Egipto mantuvo la tradicional división interna en grandes distritos o provincias, división al mismo tiempo administrativa y jurídica que ya existía en la época precedente. También en este caso se revela el sistema propio del gobierno persa: no introducir innovaciones en las líneas generales de la organización de los países sometidos, limitándose a poner funcionarios persas en lugar de los indígenas (y no siempre, porque hay personajes egipcios incluso en cargos importantes).

Es interesante registrar, en lo que se refiere a los funcionarios persas en Egipto, una influencia cada vez mayor del país conquistado sobre los conquistadores. Ilustran[30] bien esta afirmación las inscripciones, en el Uadi Hammamat, de dos hermanos persas, Atiyawahi y Ayrawrata; el primero fue gobernador de la ciudad de Copto (sus inscripciones van desde el 476 al 473 a. C.) y en los textos más antiguos se limita a la fecha y a los nombres propios, mientras que en los posteriores añade la imagen del dios de Copto, Min, seguida de una breve invocación al mismo; el segundo (cuyas inscripciones van desde el 461 al 449 a. C.) añade a Min los dioses Horus e Isis de Copto, y luego Amón-Ré, rey de los dioses, y, además, toma un nombre egipcio, Gedhor (gr. Taco, Teos).

Al mando de cada distrito administrativo estaba un gobernador (*fratarak*, en los documentos arameos de la época). En la provincia de Tascetres (es decir, el distrito meridional, desde Asuán hasta Hermonthis, donde empezaba el distrito de Tebas; acerca de este distrito estamos especialmente informados gracias a los papiros arameos encontrados en Elefantina), el *fratarak*, alrededor de los años 410-408, era el persa Widrang, y su antecesor había sido Damadin. La sede del *fratarak* de la provincia meridional estaba en Asuán; formaban parte de la administración del distrito, y probablemente de la cancillería del *fratarak*, los «escribas de la provincia» y los *azdakaria* (persa, de *azda*, instrucción, y *kar*, hacer). Las unidades administrativas menores, aldeas y ciudades, tenían sus gobernadores, de rango inferior, que dependían del gobernador del distrito.

La tesorería estatal se hallaba en Menfis, bajo el patrocinio del dios Ptah. Durante el reinado de Darío I, el cargo de «jefe de la tesorería» lo desempeñaba el egipcio Ptahhotep (del cual se encuentra una estatua naófora[31] en el Brooklyn Museum, y una estela[32], que lleva la fecha del año trigésimo cuarto de Darío, en el Museo del Louvre). A esta rama de la administración pertenecía un gran número de funcionarios; cada distrito tenía su «tesoro» con sus «tesoreros», sus «contables del tesoro» y sus «escribas del tesoro» (en los papiros arameos de Elefantina

aparece la expresión «casa del rey» como sinónimo de «tesoro») y también sus *pakhuta*[33] (nombrados con los «escribas del tesoro»), que son funcionarios relacionados con la distribución de la paga del gobierno al ejército.

En el ámbito de la administración de justicia, la suprema autoridad era el sátrapa (en el papiro demótico Rylands IX[34], el sátrapa parece haber ordenado el castigo de ciertos culpables, mediante azotes y encarcelamiento, y es el sátrapa a quien un tal Petessi, habitante de El-Hiba, dirige su petición para obtener justicia). Dentro de cada distrito, el *fratarak* presidía un tribunal civil. Por los papiros arameos de Elefantina[35] (que son la fuente casi exclusiva de nuestra información sobre la administración de justicia, del estado de los tribunales y del procedimiento judicial, a falta de documentos procesales egipcios de las épocas Saíta y persa), tenemos noticia de los jueces del gobierno: los «jueces del rey», los «jueces de la provincia», los *tiftaya* (una especie de «funcionarios de policía») y los *guskaya* (los «informadores», los τά βασιλέως ώτα de Jenofonte, *Ciropedia*, VIII, 2, 10).

La administración de justicia en las guarniciones militares era también competencia del jefe de las mismas; los papiros arameos de Elefantina hablan asimismo de tribunales («*segen* y jueces») ante los que se solventaban los pleitos de propiedad entre los mercenarios hebreos de la colonia de Elefantina. El grupo de documentos demóticos sobre temas jurídicos, de la época persa, es nuestra fuente de conocimiento del derecho privado contractual en aquel tiempo[36]; las leyes y la manera en que estaban formuladas no presentan solución de continuidad con las de la época Saíta. Ciertos elementos del derecho y de su formulación son, sin duda, comunes al uso egipcio y al de los mercenarios hebreos de Elefantina (cuyos contactos con la población egipcia se remontaban, por lo demás, a una época anterior a la persa, pues su asentamiento inicial data del tiempo de Psamético II), y, en algunos casos, parecen derivar de una fuente común neobabilónica[37].

El gobierno Aqueménida tuvo desplazado en Egipto un fuerte contingente militar, tanto para la defensa de las fronteras como para la seguridad interior. Bajo los persas se mantuvieron las guarniciones fronterizas en Elefantina, en Dafne y en Márea, para la defensa del sur, del este y del oeste, respectivamente, como en tiempos de los soberanos Saítas (Heródoto, II, 30). Para el conocimiento de la organización militar, son fundamentales los documentos arameos de la colonia de mercenarios hebreos establecida en Elefantina; sabemos que la guarnición (en arameo, *haila*) estaba dividida en *degelin*, «estandartes», cada uno de ellos con el nombre del oficial superior (que era siempre un persa o un babilonio); el *degel* se dividía, a su vez, en *mata*, «centurias», también denominadas con el nombre de sus oficiales. Mientras el destacamento militar hebreo tenía su sede en la isla de

Elefantina (donde fue erigido también el templo del dios Yaho), otras unidades militares de semitas (y acaso incluso de egipcios) residían en Siene, que estaba fortificada.

En Siene había templos de las divinidades semíticas, como Nabu, Banit de Siene, Béthel y Melkart-Scemin[38]): también allí estaba la sede del *rab haila*, el comandante de la guarnición de la frontera meridional (que mandaba, probablemente, todos los destacamentos militares en el Alto Egipto, hasta Menfis). Los mercenarios recibían del gobierno, mensualmente, una ración en especie, de cereales y legumbres, y una paga en metálico. Otras sedes de destacamentos militares (hebreos y tal vez de otras estirpes semíticas) radicaban en Tebas y en Abidos. Menfis y su ciudadela, el «Muro blanco», estaban fortificadas (Heródoto, III, 91), y la guarnición comprendía también hebreos, junto a colonias de otros semitas[39]; se empleaban asimismo mercenarios semitas en los astilleros del arsenal de Menfis[40]. En el Delta había unidades militares semitas: el gobierno egipcio tenía mercenarios hebreos no sólo en Dafne, sino también en Migdal (probablemente, Pelusio[41]) y en Tell Maskhuta[42] existía un núcleo de árabes que adoraban a la diosa Ilat (han-Ilat).

El gobierno persa se sirvió también de soldados egipcios (por ejemplo, tropas egipcias tomaron parte en la expedición del Gran Rey a Grecia, en el año 480 a. C.: Heródoto, VII, 89; VIII, 17), tropas de Jonia y de Caria formaban parte del ejército de Cambises cuando conquistó Egipto (Heródoto, III, 1), y, por lo demás, en el ejército persa, al lado del elemento persa y babilonio, presente en número reducido en los puestos de mando, como *rab haila* y jefes de los *degelin*, estaban representados elementos caspios, corasmios y otros procedentes de las distintas provincias del imperio, reflejando el mosaico de los distintos pueblos que lo componían.

En torno a las guarniciones extranjeras y especialmente en las ciudades del Bajo Egipto, sobre todo en Menfis, el Egipto de aquel tiempo era un hormiguero de persas, babilonios, semitas, cilicios y griegos que se dedicaban a las actividades mercantiles y artesanas; en el país circulaban las monedas más diversas, desde el *scekel* al *estatera* (junto al metal evaluado por el sistema ponderal en *deben* y *kite*[43]). Por casi todas partes se encontraban en Egipto cultos organizados de las divinidades extranjeras, con templos y sacerdotes, según se sabe documentalmente: como Nabu, Escemun, Baal, Banit, Anath, Melkart-Scemin, Ilat (con excepción del dios de los hebreos, Yahvé, cuyo único templo en Egipto estaba en Elefantina); por otra parte, los extranjeros de Egipto gustaban de manifestar su estimación por las divinidades del país que les acogía, y numerosas ofrendas

demuestran su devoción (estelas, vasos, pequeñas figuras del dios predilecto, con frecuencia del buey Apis[44]).

La vida religiosa de los egipcios, sin perturbaciones ni cambios evidentes, continuó siendo lo que había sido ya en la época Saíta: mucho formalismo en los templos y mucha magia, acompañada por un desarrolladísimo culto a los animales sagrados entre el pueblo[45]. A la época persa se atribuye una interesante obra literaria: las *Enseñanzas de Sheshonq*[46], escritas en demótico; estas instrucciones para saber vivir, dirigidas por el autor a su hijo (según el modelo de la literatura sapiencial egipcia), tienen un tono epigramático, un sorprendente carácter de proverbial y familiar sabiduría.

La vida artística del Egipto de la XXVII Dinastía no parece manifestar cambios o fracturas esenciales. Hay que recordar, sin embargo, que precisamente durante este período de dominación extranjera es cuando vemos aparecer en el arte egipcio el verdadero retrato[47], en el sentido occidental del término (aunque en gran parte de la escultura se conserva, en cambio, aquella especie de idealismo mórbido que había predominado en la época Saíta): entre los siglos VI y V antes de Cristo, y no en la época tolemaica y bajo una influencia griega, fue, pues, cuando se inició el retrato egipcio, uno de cuyos mejores ejemplos es el de la estatua naófora de Psamtek-sa-Neit, hoy en el Museo de El Cairo. Otro hecho importante para el arte de esta época en Egipto es la existencia de un cierto número de esculturas que muestran influencia persa en el vestido, una casaca con mangas de variada longitud, con escote en punta y una amplia falda envuelta y anudada delante, debida a la influencia de la moda persa[48] y en los adornos, collares y brazaletes de factura persa[49]: recordemos la estatua naófora de Udjahorresne del Museo Vaticano, la estatua de Ptahhotep en el Brooklyn Museum, la estatua de Henata en el Museo de Florencia, la estatua ya citada de Psamtek-sa-Neit y la de Uahibra en el Museo de El Cairo[50]. Por lo demás, se han encontrado en Egipto objetos de factura persa, fabricados allí por artesanos persas o importados de Persia: sellos y objetos diversos con inscripciones cuneiformes, algunas cabezas de rey de estilo persa, leones y cabezas de leones en serpentina y alabastro de tipo Aqueménida[51] y vasos que fueron, sin duda, obra de artistas persas[52]. Por otra parte, se han encontrado en Susa vasos de factura egipcia, con inscripciones jeroglíficas y cuneiformes; obreros y arquitectos egipcios tomaron parte en la construcción del palacio de Darío I en Persia, y es innegable y evidente una gran influencia de la arquitectura y del arte egipcios en la arquitectura persa[53].

Así era el Egipto que Heródoto visitaba con curiosidad de historiador hacia el año 450 a. C.

Con Amirteo (405/404-400/399) comienzan los sesenta años de dominio indígena, los últimos de la independencia de Egipto, que comprende tres dinastías, la XXVIII, la XXIX y la XXX[54]. Para el Egipto que ha recuperado su autonomía no hay más que un solo peligro y un solo enemigo: Persia, para la cual Egipto es la provincia rebelde que debe ser reconquistada y castigada. Así, todo enemigo de Persia es el amigo natural de Egipto, y el equilibrio de las últimas dinastías indígenas se rige, precisamente, por un juego de apoyos y de alianzas en la cuenca del Mediterráneo. Amirteo es el único representante de la XXVIII Dinastía: tal vez descendiente de los soberanos de la XXVI, es probable que situara su capital en Sais. Por Tucídides (VIII, 95, 99, 108, 109) sabemos de una alianza de Amirteo con el rey de los árabes para atacar Fenicia: un movimiento estratégico para impedir una acción persa, amenazando las regiones sometidas aún al Gran Rey, acción que, por otra parte, era muy poco probable dada la situación persa en aquel momento. Amirteo logró también disponer de dinero y de naves para consolidar su poder, mediante una traición: en efecto, en el año 400, Tamos, un egipcio de Menfis que había sido gobernador de Cilicia bajo Ciro, se refugió en Egipto, junto a Amirteo, con su hijo, su flota y sus tesoros (Diodoro, XIV, 19, 6), esperando protección del soberano egipcio, el cual, por el contrario, mató a Tamos y a su hijo, apoderándose así de sus bienes.

El reinado de Amirteo fue breve, pues ya en el 399 fue destronado (y posiblemente muerto) y sustituido por una nueva dinastía, la XXIX, cuyo fundador es Neferites (400/399-395/94), originario de Mendes, en el Delta. Durante el reinado de éste, el alterno y cambiante juego de la política greco-persa llevó a Esparta (tras haber sido aliada de Persia) a establecer relaciones amistosas con Egipto; en el 395, el faraón envió refuerzos a la flota espartana concentrada en Rodas, pero fueron a caer en manos de los persas, mandados por el ateniense Conón.

El sucesor de Neferites, Akhoris (394/93-382/81 a. C.), intervino activamente en la política mediterránea, aliándose con Atenas y entrando a formar parte de la liga contra los persas que reunía, en torno a Evágoras de Chipre, a los pisidios y a los árabes de Palestina. Evágoras logró defender a Chipre contra los persas hasta el año 380, y Akhoris le envió cincuenta naves de guerra con abastecimientos de grano y dinero, mientras consolidaba las fuerzas militares egipcias con mercenarios griegos y hacía de Egipto una nueva potencia marítima. Los numerosos monumentos de su reinado revelan una fuerte recuperación económica, y en el Alto y en el Bajo Egipto se encuentran huellas de su actividad constructora.

Su sucesor, Neferites II, reinó sólo unos meses, pues fue destronado por Nectanebo de Sebenito (381/80-364/63 a. C.), que inició la XXX dinastía (adviértase

que, en el Egipto de la época tardía, la iniciativa parte siempre del Delta, tanto por la mayor posibilidad de acción en el Mediterráneo como por la decadencia del Egipto continental). La paz de Antálcidas (386 a. C.) había dejado a Persia en libertad para atacar a Egipto. Cabrias, el almirante ateniense que antes había estado en relación con Akhoris, se ofreció a Nectanebo para ayudarle, pero Atenas, por imposición de Persia, le hizo regresar de Egipto (379 a. C.) y envió a Persia al general Ifícrates para la campaña persa contra Egipto (Diodoro, XV, 29, 4).

En el año 373, el ejército persa, formado por imponentes fuerzas terrestres y navales, al mando de Farnabazo, acompañado por el ateniense Ifícrates, atacó a Egipto por la parte de Pelusio, pero Nectanebo, mediante un sistema defensivo de canales y de trincheras, logró evitar este primer ataque; el segundo sobrevino por la boca del brazo mendésico del Nilo. El consejo de Ifícrates (llegar rápidamente a Menfis, antes de que pudiera organizarse su defensa) fue rechazado por Farnabazo. Mientras tanto, los egipcios habían conseguido formar una sólida defensa en la zona de Mendes, hasta que el Nilo, por ser la estación de las inundaciones, subiese lo necesario para obligar a los persas a retirarse. En los años siguientes, todos los intentos de reconquista de Egipto se vieron obstaculizados por la tendencia que se manifestó en las provincias occidentales del imperio Aqueménida.

El reinado de Nectanebo I fue notablemente próspero; los numerosos monumentos de su tiempo muestran una viva actividad constructora y un deseo de tornar al estilo de la XXVI dinastía que se manifiesta en un gusto arcaizante en la lengua, en la epigrafía y en la escultura (en la que se advierte la vuelta a la tradición clásica y a la representación de los rostros en el estilo idealista Saíta) [55].

El hijo de Nectanebo, Taco (Teo) (363/62-362/61 a. C.), con el ambicioso propósito de reconquistar Siria y Palestina, acudiendo en apoyo de los rebeldes contra Artajerjes II, organizó una poderosa flota y un fuerte ejército, y consiguió que llegase de Esparta el propio rey Agesilao al mando de un cuerpo de mercenarios, y que de Atenas llegase Cabrias como comandante de la flota. La grandiosa expedición, que superaba las posibilidades de un faraón de aquella época y que utilizaba a mercenarios griegos en número muy superior al empleado en otros tiempos en un ejército egipcio, exigía una cantidad de dinero excepcional. Taco logró obtenerlo, siguiendo el consejo de Cabrias: las rentas sacerdotales fueron reducidas a un solo diezmo, los ciudadanos fueron inducidos a entregar todo el metal precioso que poseían (probablemente con la esperanza de obtener un fuerte interés, pero se les reembolsó, por el contrario, en especie), y las construcciones y los beneficios profesionales fueron sometidos a impuestos[56]. El

hábil consejo del ateniense facilitó a Taco el dinero necesario, y el ejército avanzó hacia Palestina, donde Taco obtuvo varios éxitos militares. Pero su hermano, al que había dejado en Egipto como regente, le traicionó; también le abandonó su sobrino Nectanebo, que desertó en Siria con la mayor parte de los egipcios y con Agesilao y sus soldados. Taco huyó, refugiándose junto al rey persa, en Susa, mientras Cabrias, que había tratado de permanecer fiel a Taco, regresó a Atenas. Entretanto, en Egipto, un hombre de Mendes (quizás un descendiente de la familia de la XXIX Dinastía) se había hecho proclamar rey y tenía muchos seguidores (Diodoro, XV, 93, 2-6); así, Nectanebo, que había tenido que regresar a Egipto, se encontró frente al usurpador, que le sitió en una ciudad del Delta, junto con Agesilao; la capacidad militar del rey de Esparta logró dar cuenta de los sitiadores y aniquilar a los enemigos de Nectanebo.

Nectanebo II ocupó el trono de Egipto (361/60-343 a. C.); y su reinado, relativamente próspero, es rico en actividad constructora y en numerosos monumentos. En el 358 Egipto se vio amenazado por una invasión persa capitaneada por el príncipe Artajerjes (acaso acompañado por Taco) cuyos pormenores ignoramos, pero que fracasó. Otro intento de invasión, del que tampoco conocemos los detalles, se produjo en el 351, por obra de Artajerjes, ya rey (Artajerjes III Oco), pero fracasó también. Mientras que Siria y Chipre, entre el 349 y el 346, se agitaban bajo el dominio persa, Nectanebo había permanecido neutral, pero, en el 346, al enviar al rey de Sidón cuatro mil mercenarios al mando de Méntor de Rodas (Diodoro, XVI, 42, 2), dio ocasión a Artajerjes para lanzarse contra Egipto y reconquistarlo. En el 343, tras reconquistar Chipre y Sidón, Artajerjes pudo concentrar todas sus fuerzas contra Egipto. El ataque, al mando de Bagoas, se produjo cerca de Pelusio. Los preparativos de defensa del faraón eran excelentes, pero la situación de las fortificaciones egipcias había sido revelada a los persas por Méntor de Rodas, que se había pasado a Persia y que mandaba una sección del ejército invasor. Vencidas así las defensas de Pelusio, Bagoas consiguió la rendición de la ciudad del Delta (favorecido también por la rivalidad entre griegos y egipcios). Mientras tanto, Nectanebo había permanecido en Menfis; cuando tuvo noticia de que todo el Bajo Egipto estaba en poder de los persas, reunió sus tesoros y huyó a Nubia (Diodoro, XVI, 51, 1-2), probablemente refugiándose junto a un príncipe de la Nubia septentrional, acaso con la esperanza de poder volver a Egipto[57]. No tenemos noticias sobre su fin; la leyenda le atribuía después la paternidad de Alejandro Magno (cf. Seudo-Calístenes): Nectanebo, con sus poderes mágicos, tomó el aspecto del dios Amón y se unió a Olimpíade, la madre de Alejandro. ¡Así el orgullo nacional egipcio podía afirmar que los persas habían sido expulsados de Egipto por un egipcio!

Después de sesenta años de independencia, Egipto volvió a caer, pues, bajo el dominio persa: esta breve «segunda dominación» o XXXI Dinastía llega hasta el año 333 a. C. Es verosímil que Artajerjes tratase a Egipto con mano dura, considerándola como una provincia rebelde reconquistada tras larga resistencia. Los autores griegos (Plutarco, *De Isis y Osiris*, II, b; Eliano, *Varia Historia*, VI, 8) acumulan contra Artajerjes III las acusaciones de impiedad y de violencia: mató y comió con sus amigos el buey Apis (la piedra de toque para el comportamiento de los reyes persas es el Apis; la excesiva analogía de estas acusaciones y las formuladas contra Cambises hace sospechar de la autenticidad de los datos), y, en su lugar, ofreció un asno a la adoración de los egipcios; mató también al buey de Heliópolis, Mnevis, y al chivo sagrado de Menfis, saqueó los templos y destruyó las murallas de las ciudades. Una estela de época posterior, la «Estela del sátrapa» del 312 a. C., prueba que Artajerjes III confiscó un territorio perteneciente a la diosa Buto.

Artajerjes regresó a Persia, dejando en Egipto como sátrapa a un tal Ferendares (Diodoro, XVI, 51, 3), pero en el año 338 murió envenenado por Bagoas, que puso en el trono al hijo menor del rey, Arses, muerto también por el mismo Bagoas en el verano del 336. Entre el final del 338 y el 336, Egipto conoció un brevísimo período de independencia de Persia, con un rey llamado Khabbash[58], al que las fuentes clásicas ignoran, pero conocido por un cierto número de monumentos egipcios: la «Estela del sátrapa», antes citada, relata que Khabbash, en su segundo año de reinado, inspeccionó las defensas del Delta para estar en disposición de rechazar los ataques de los persas. El origen de este rey permanece oscuro, y sobre ello se han formulado las más diversas hipótesis, especialmente a causa de su nombre, que no parece egipcio: tal vez era un árabe, un sátrapa rebelde, un libio o un etíope. Quizá la hipótesis más fundada sea la de que se trataba de un jefe nubio que había bajado a Egipto desde el sur; a ella puede haber contribuido el hecho de que Nectanebo II se hubiera refugiado en Nubia[59]. Las huellas de Khabbash se pierden después de su segundo año. En el 335, cuando Darío III Codomano fue elevado al trono por Bagoas, que había matado a Arses, Egipto está bajo el dominio del rey Aqueménida. Mientras tanto, se acercaba el final del imperio persa: en el año 334 el macedonio Alejandro atravesó el Helesponto y obtuvo en el Gránico su primera gran victoria sobre Persia; con la batalla de Isos, en el 333, Darío III perdió la parte occidental del imperio.

Sabemos que en Isos también combatía por el Gran Rey un alto personaje egipcio, Semtautefnekhet de Heracleópolis: en su inscripción, conocida como la «Estela de Nápoles» (redactada en tiempos de Alejandro Magno)[60], recuerda haber combatido al lado del rey persa contra los griegos, y haber salvado su vida

huyendo a través de varios países y cruzando el mar para volver a Egipto. En la batalla de Isos, pereció el sátrapa de Egipto, Sabace; después de Isos, el macedonio Amintas, que se había puesto al servicio de Persia, huyó con otros jefes y ocho mil soldados, y, habiendo pasado a Pelusio desde Chipre, se presentó como enviado de Darío para sustituir al sátrapa Sabace, logrando atravesar el Delta en dirección a Menfis; pero el sátrapa nuevo auténtico, Mazace, hizo frente y aniquiló a Amintas y a sus seguidores (Diodoro, XVII, 48, 2, 5), Cuando a finales del 332 Alejandro se presentó en Pelusio, pudo avanzar triunfalmente hasta Menfis sin encontrar resistencia: en realidad Mazace le entregó el país sin lucha.

Egipto deja definitivamente de formar parte del imperio Aqueménida, cuyo poder ha terminado, y pasa a pertenecer al de Alejandro Magno. La herencia de Alejandro será recogida por los Tolomeos y después por los romanos.

17. Mesopotamia durante el dominio persa

En el año 612 el medo Ciaxares había destruido Nínive; en el 539 el persa Ciro hizo desaparecer el último estado independiente de Mesopotamia al apoderarse de Babilonia. Pero la cultura nacida en el suelo mesopotámico todavía no estaba agotada, y aún habían de pasar más de cinco siglos antes de que desapareciese. Babilonia seguía siendo el centro de un país de antigua civilización, al que la conquista persa había puesto en el centro del mayor conjunto político de la antigüedad; mejor que antes, regiones lejanas intercambiaron hombres y productos, ideas y formas de vida religiosa. Babilonia atraía por su brillante pasado, por lo que se decía de su riqueza y esplendor, y se convirtió en una encrucijada donde comerciantes, emigrantes y tropas extranjeras situadas allí por el Gran Rey acabaron mezclándose con la población antigua. No por eso dejó de mantenerse la civilización babilónica y de continuar, por ejemplo, su obra jurídica y científica: pero los hombres, los dioses, el idioma, la sociedad, no podían seguir siendo lo que eran: empezaba un mundo nuevo en el que la antigua cultura iba a fundirse lentamente, legando lo mejor de sí misma. De esa mutación en la historia de una civilización, se encuentran aclarados muchos aspectos por una documentación de una abundancia excepcional.

Ya el período neobabilónico, o caldeo (627-539), es prodigiosamente rico en textos de todas clases; hasta el año 400, aproximadamente, la época persa no lo es menos: los textos se cuentan en ella por millares; los fondos de los museos no han sido aún catalogados; la exploración arqueológica descubre constantemente textos nuevos: el último gran conjunto apareció en el yacimiento de Uruk/Warka, en ocasión de la XVIII campaña de excavaciones, donde se contaron 205 tabletas económicas, fechadas del 550 al 489. No han sido editados todos los textos, ni mucho menos, y nos hallamos en presencia de una ingente documentación de la que los especialistas sólo sacan partido lentamente: contiene textos históricos; por sus cartas y sus contratos es sobre todo una fuente de información de orden económico y jurídico. En Nippur los excavadores encontraron un gran número de tablillas de enorme importancia, dado que se trata del archivo de una poderosa empresa comercial, la de los Murashu, en plena actividad a fines del siglo V. Aun en condiciones menos excepcionales, la documentación permite generalmente conocer las estructuras sociales y económicas de Babilonia durante más de dos

siglos. Los numerosos elementos para fecharla que nos proporciona permiten esperar una solución completa de los problemas de la cronología. Uniéndole los resultados de la exploración arqueológica, utilizando los relatos de los primeros griegos que conocieron entonces personalmente el mundo oriental, Heródoto, Jenofonte y Ctesias, podemos esperar reconstruir, mejor que en muchos otros períodos, la vida del hombre de aquel tiempo.

La caída del imperio caldeo fue acelerada por la oposición que había suscitado Nabónido. En ello intervino decisivamente la traición: Ugbaru, gobernador de Gutium, el oficial persa que había tomado Babilonia, era un dignatario babilónico ya conocido en tiempos de Nabucodonosor, que se pasó ahora al enemigo. El tránsito de un amo a otro se hizo sin pena ninguna, tanto que los contemporáneos, felices de verse libres de Nabónido, no pensaron ni por un momento que quizás acababa de terminar un mundo. Al entrar en Babilonia el 29 de octubre del 529, Ciro volvió a tomar los títulos tradicionales, mantuvo en sus puestos a los funcionarios y los puso bajo el mando de Ugbaru, cuyo nombre se tradujo como Gobrias. La enorme satrapía que gobernaba tenía el mismo territorio del antiguo reino caldeo, y se extendía sobre toda la Mesopotamia, Siria, Fenicia y Palestina; a los ojos de todos, el imperio de Ciro parecía la reunión del imperio persa y del reino de Nabucodonosor. Ciro se preocupó mucho de ser entronizado según las formas: su hijo Cambises, actuando por procuración, asió la mano del dios Marduk al celebrar la fiesta del Año Nuevo (el *Akitu*) el 27 de marzo del 538; en adelante Ciro llevó los títulos de «Rey de Babilonia y rey de los Países», expresando por esa doble denominación que el reino de Babilonia quedaba unido personalmente al imperio persa y no era tratado como una tierra anexionada por derecho de conquista.

Los primeros actos de Ciro habían afirmado su respeto para sus nuevos súbditos. Muy hábilmente, volvió a la política religiosa de Nabónido, ganándose a sacerdotes y devotos por la restauración de la antigua religión; los templos fueron mantenidos de nuevo y el culto asegurado; las estatuas de los dioses y el mobiliario cultual, que Nabónido había amontonado en Babilonia, fueron devueltos a sus santuarios. La ciudad de Babilonia, los templos de Asiria, de Gutium y del Elam, recobraron así sus santos patronos. No menos hábilmente se hizo valer que Ciro, por su piedad, por la bendición de los dioses tradicionales que revelaba la serie de sus brillantes éxitos, era el soberano legítimo; puede sospecharse que el sacerdocio de Babilonia manipuló los textos que condenaban la memoria de Nabónido y presentaban a Ciro como el elegido de los dioses, el príncipe investido de una santa misión. Realmente, la muchedumbre había visto entrar a sus tropas en Babilonia sin cometer el menor pillaje, y la *Crónica Babilónica* había observado: «A

fines de Tashritu (mediados de octubre), los porta-escudos del Gutium guardaron las puertas del Esagil (el templo de Marduk, abandonado por Nabónido); no se acercó ninguna lanza al Esagil ni entró en el santuario; no fue transgredido ningún rito». A ese concierto de alabanzas se unió la voz inesperada de los profetas de Israel: el segundo Isaías saludaba en Ciro al «Ungido del Señor»; el 538, el príncipe liberal hacía por Jerusalén lo que había hecho por los templos paganos de Mesopotamia: le eran devueltos sus objetos de culto y se ponían los cimientos de un templo nuevo.

En Babilonia, en el corazón del nuevo imperio persa, Ciro dejó a su hijo Cambises como una especie de virrey; instalado en Sippar, el joven príncipe hizo allí su aprendizaje del oficio de rey y gobernó a toda Mesopotamia hasta el 530. Cuando su padre partió para el Turquestán para combatir a los masagetas, fue designado heredero del trono imperial con el título de «Rey de Babilonia». Tal precaución era buena, pues Ciro fue muerto en el verano del 530. Desde el mes de septiembre los textos babilónicos adornaban a Cambises, su rey, el heredero designado ante todos por su poder sobre el reino de Babilonia, con la titulación imperial completa: «Rey de Babilonia y Rey de los Países». El nuevo soberano persa no debía detenerse en su reino; partió a la conquista de Egipto y murió en el viaje de regreso, en Palestina, donde le habría llegado la noticia de la usurpación de Bardiya, que todavía se llamaba Esmerdis, quizás hermano de Cambises. Los babilonios no tuvieron escrúpulo en reconocer al nuevo soberano en la primavera del 522, pero tomaron las armas contra Darío, el usurpador, cuando éste mató a Bardiya en Media, el 29 de setiembre del 522.

El 3 de octubre del año 522 se sublevaba Babilonia, y el movimiento nacionalista que había apaciguado la habilidad de Ciro y de Cambises se despertaba: el rey caldeo Nabucodonosor se decía hijo de Nabónido, y por un momento pareció capaz de contrarrestar la fortuna de Darío. Pero, vencedor el 13 de diciembre del 522, fue aplastado y muerto cinco días después en la batalla de Zazana. El 22 de diciembre del 522 algunos textos mencionaban a «Darío, Rey de Babilonia y Rey de los países». El vencedor se había mostrado clemente; al año siguiente estallaba una nueva rebelión, y un nuevo rey, Nabucodonosor, que se decía también hijo de Nabónido, hacía renacer la esperanza de un reino independiente. De septiembre a noviembre del 521, su reinado no duró diez semanas: el excelente ejército persa aplastó a los babilonios bajo los muros de las fortificaciones interiores; el rey de Babilonia pereció en el garrote con sus partidarios; la ciudad fue saqueada, se violaron las tumbas reales y se desmantelaron las fortificaciones interiores.

El nuevo amo hubiera podido ser más severo, como lo sería Jerjes unos cuarenta años más tarde. A pesar de las violencias de los años 522 y 521, Babilonia vivió, no obstante, de la misma manera desde Ciro hasta la muerte de Darío en el 486, o sea, durante más de cincuenta años. La tutela apenas se hizo sentir; en el reinado de Darío sólo se consigna la introducción de iranios, cada vez más numerosos, que compartían con los babilonios los puestos inferiores de la administración y hasta se sentaban en el banco de los jueces para asegurar la interpretación y la aplicación de la ley del rey. Nuevos impuestos pesaron sobre Babilonia como sobre todas las satrapías del imperio, y una administración más estricta, animada por la voluntad real, dominó más severamente al país. Los asiriólogos han publicado hace ya tiempo los textos que narran la historia del deshonesto Gimillu, servidor del templo de la Eanna de Uruk, que robaba el ganado de la diosa Ishtar y cometía mil malversaciones. En una serie de episodios que parecen una novela picaresca, consiguió, con ayuda del soborno, escapar a la justicia en el curso de los procesos intentados entre el 538 y el 534. ¿Fue aquello efecto de la nueva administración? Comprobamos que en el 520 el personaje fue llamado a rendir cuenta de sus delitos.

Babilonia seguía siendo una capital imperial, con igual derecho que Susa y Ecbatana. Dentro de sus murallas Ciro había recibido el homenaje de los príncipes vasallos, «de todos los reyes que habitan los palacios de toda la tierra, y del mar Superior al mar Inferior, de todos los reyes de Occidente que viven bajo tienda». Darío vivió allí, ocupando el palacio de Nabucodonosor, donde se encontró su autobiografía grabada en una estela. A pesar de la nueva repartición de las provincias en satrapías, la ciudad seguía siendo la capital de un vasto conjunto político y administrativo; el sátrapa Ushtanni, que vivía en ella, era administrador de la satrapía de Babilonia y de Siria (la 9.ª) y de la satrapía de Abar-Nahara (la 5.ª), es decir, la Transeufratina, que agrupaba la Mesopotamia del noroeste, Siria, Fenicia y Palestina. Así sobrevivía el imperio de Nabucodonosor bajo otras palabras administrativas.

A Babilonia los reyes persas deben su arquitectura imperial; no contentos con construir un nuevo palacio entre el de Nabopolasar y el antiguo lecho del Éufrates, en el complejo de edificios que los excavadores han llamado la Ciudad-Sur, repitieron, para aquel palacio como para el que Darío hizo construir en Susa, tradiciones arquitectónicas probadas: la edificación de grandes terrazas que debían soportar a los edificios reales, el empleo, en Susa, del plano tradicional consistente en numerosas habitaciones de dimensiones restringidas que se abrían a una serie de patios, la decoración de ladrillo esmaltado que lleva en bajorrelieve frisos de animales, de flores o de soldados de la guardia, los Inmortales. Como Cambises en

el reinado de Ciro, Jerjes, el heredero designado, aprendía su oficio de rey en Babilonia; vivía en la parte del palacio que fue construida entre el 498 y el 496, y que sin duda era el corazón del palacio imperial construido por Darío.

Una vez rey, Jerjes puso término a la política de sus predecesores; sustituyó un equilibrio fundado en el respeto a la personalidad política de Egipto y de Babilonia con una nueva situación en la que todos los territorios reunidos en el imperio persa fueron igualmente tratados con severidad, sin ninguna consideración para el prestigio de su rica civilización. Se nos escapan muchos elementos. ¿Pensaba Jerjes que ya no eran necesarias las contemplaciones de sus antecesores? Así se puede creer cuando se sabe que, ya en el 486, año de su ascensión al trono, afirmó el carácter iranio de su monarquía con el título de «Rey de los Persas y de los Medos, Rey de Babilonia y de los Países». ¿O bien se decidió por una solución política radical cuando vio en ella el único medio de acabar con los nacionalismos egipcio y babilónico? En el 485 los movimientos que agitaban a Egipto fueron duramente reprimidos; después le llegó la vez a Babilonia. La cronología de los acontecimientos es muy incierta, y los historiadores aún no han llegado a un acuerdo sobre el partido que se puede sacar de la documentación proporcionada por las fechas que llevan las cartas y los contratos cuneiformes; quizás ocurrió todo en un año; quizás hubo dos sublevaciones, entre el 484 y el 482, y sólo la segunda de ellas fue objeto de una represión feroz. Hubo dos reyes en Babilonia, Bel-Shimanni y Shamash-Eriba, que reinaron el mismo año (482), o bien con dos años de diferencia, el primero en el 484 y el segundo en el 482, pero sólo durante algunas semanas en ambos casos. Para el 482, estamos seguros de la dureza de los vencedores, mandados por Megabizo. Las ruinas fueron considerables, y es probable, por ejemplo, que Borsippa fuese destruida, puesto que no volvió a escribirse allí ningún documento. La misma Babilonia sufrió mucho; para aplastar toda posibilidad de rebelión en vísperas de la segunda guerra médica, el ejemplo debía ser terrible, mas era igualmente preciso que el lugar de Babilonia en el imperio fuese el de una simple satrapía. Babilonia fue, pues, saqueada y sus fortificaciones fueron desmanteladas de nuevo; la ciudad fue herida en su alma por la ruina de sus santuarios, la destrucción del Esagil y del zigurat del Etemenanki, y la desaparición de la estatua de Marduk, que fue fundida; el clero del dios nacional fue atacado y en parte muerto. Materialmente, el reino de Babilonia ya no podía existir; la desaparición de la estatua de Marduk, la imposibilidad de celebrar su culto y sobre todo la fiesta del Año Nuevo (el *Akitu*), en que el rey asía la mano del dios y recibía de él la investidura, todo eso hacía que ya no pudiera haber rey de Babilonia, ni unión personal de Babilonia y el imperio; desaparecía, en consecuencia, un estado político hecho de mesura, de equilibrio entre las diversas partes del imperio persa. El rey de Persia sólo conocía ya a sus

súbditos sometidos a un mismo príncipe iranio, y el recuerdo del gran imperio caldeo debía desaparecer, con el desmantelamiento de la satrapía en otro tiempo enorme: nunca más Siria y el noroeste de Mesopotamia, el Abar-Nahara, habrían de ser gobernadas como partes de Babilonia.

Había terminado el papel político de la antigua ciudad. Durante mucho tiempo siguió siendo aún una gran ciudad, rica por su actividad económica, fuerte por sus numerosos habitantes, todavía imponente por los monumentos que Jerjes no había destruido. Los reyes de Persia se detenían en ella con frecuencia, o individuos de la familia real, como Darío II antes de subir al trono, y cuando volvió a ella para morir; como Parisatis, hija de Artajerjes I, mujer de Darío II, que fue desterrada a ella en el 425; como Artajerjes II, que fue llevado allí después de la batalla de Cunaxa (3 de septiembre de 401) para curarse sus heridas. Los reyes habían conservado el uso de los palacios caldeos y de los edificios que les había añadido Darío; totalmente aislados de la ciudad por el nuevo curso del Éufrates, llevaban allí el modo de vida de los grandes señores persas, se habían hecho jardines ornados con un pabellón de reposo y hacia el 345 Artajerjes III retocó el palacio de Darío haciendo construir una apadana.

Nos es difícil apreciar si la autoridad persa se hizo más dura, más exigente, a partir del reinado de Jerjes. Nos sentiríamos tentados a responder que sí, teniendo en cuenta la política de ese rey y el número más restringido de documentos cuneiformes que han llegado a nosotros de fines del siglo V. Pero el empleo del arameo escrito en pergamino o en papiro serviría quizás mejor para la redacción de documentos que el uso anterior de las tabletas de arcilla, o bien sólo éstas resistieron la acción del tiempo. Las actividades de una firma comercial como la de los Murashu, a fines del siglo V, muy bien pueden significar las posibilidades de enriquecimiento de hábiles hombres de negocios, fuera o a expensas de la actividad económica en general. Queda el testimonio de Heródoto, criticable sin duda, pero cuya coherencia es impresionante. Es difícil creerle cuando dice que las familias babilonias hacen hieródulas a sus hijas o las venden en subasta; pero es significativo que explique esos rasgos de costumbre por la extremada pobreza de la mayor parte de las familias, arruinadas por la dureza de la administración persa. Aunque no pueden aceptarse las cifras sin cierta desconfianza, parece que lo que nos dice del total de las contribuciones exigidas a Babilonia expresa bastante bien el peso de la carga fiscal: mil talentos al año, el sostenimiento de la corte y del ejército, por entregas en especie, durante la tercera parte del año. ¿Debe creérsele cuando dice que el sátrapa de Babilonia sacaba diariamente de su gubernatura un volumen de más de doce litros y medio en dinero? ¿Que mantenía a expensas de sus administrados sus 800 caballos sementales y sus 16 000 asnos? Salvando las

cifras, esos relatos significan al menos que el vencedor vivía muy bien en una provincia rica, a la que las costumbres políticas permitían explotar sin demasiados escrúpulos.

Algunos testimonios de los contemporáneos y los resultados de la arqueología nos permiten conocer un poco lo que era entonces el paisaje y la geografía de Mesopotamia. La única región bien poblada y bien explotada era Babilonia, desde el punto en que el Tigris y el Éufrates unen sus cursos hasta el mar. Asiria no era, sin embargo, un desierto; poseemos sin duda el conmovedor testimonio de Jenofonte sobre las ruinas de Nínive y de Kalkhu (Nimrud), cuando los mercenarios que él mandaba pasaron a lo largo de las dos ciudades destruidas, cuyos nombres hasta se habían olvidado. Sobre Kalkhu: «Los griegos… llegaron a las orillas del Tigris. Había allí una gran ciudad desierta llamada Larisa. En otro tiempo estaba habitada por los medos. La muralla de dicha ciudad tenía veinticinco pies de grueso y cien de altura. El contorno de la muralla era de dos *parasangas* (unos 12 km). Estaba construida con ladrillos de arcilla, pero el basamento era de piedra, hasta una altura de veinte pies». Sobre Nínive: «Los griegos… llegaron a una muralla desierta inmensa, situada cerca de una ciudad llamado Mespila (Mashpil en acadio significa «la desierta»), que en otro tiempo estaba habitada por los medos. La base de esta muralla, hecha de piedra pulimentada, llena de conchas, tenía cincuenta pies de espesor y cincuenta de altura. Sobre esa base se había construido un muro de ladrillo, de cincuenta pies de ancho y cien de alto. La muralla medía seis *parasangas* (unos 36 km) de contorno» (*Anábasis*, III, 4; 6, 7 y 10). Pero la ciudad de Asur no estaba abandonada; la antigua ciudad ya no era una capital, pero las excavaciones han demostrado la permanencia de establecimientos humanos hasta la conquista parta, así como la onomástica atestigua la presencia de numerosos asirios en toda Mesopotamia, donde sus nombres teóforos contienen la mención de Asur, el dios nacional.

En el camino que los llevaba de Tapsaco a Cunaxa, los mercenarios griegos apenas vieron otra cosa que la estepa, atravesada por animales salvajes, como asnos, avestruces o avutardas; la organización política y militar del imperio Seléucida debía llevar más tarde a los soberanos griegos a multiplicar la fundación de ciudades a lo largo del curso medio del Éufrates: Dura-Europos había de ser uno de los ejemplos mejor conocidos. Babilonia tenía, por el contrario, numerosas ciudades. Heródoto visitó Babilonia veinte o treinta años después del terrible castigo que le infligió Jerjes; la ciudad era todavía suficientemente impresionante para que el Padre de la Historia le concediese los epítetos convencionales que se aplicaban a las grandes capitales, tales como la denominación de «ciudad de las cien puertas», lo que no responde de ningún modo a lo que la arqueología nos ha

revelado. Sin embargo, las ruinas eran inmensas, y algunos de los silencios, o de lo que se ha tomado por errores del viajero, pueden ser datos preciosos. No pudo entrar en la ciudad real, aislada por el Éufrates, barrio inaccesible donde estaba acantonada la guarnición persa, y, por lo tanto, no dice nada de los palacios de los reyes caldeos, del que había construido Darío, ni de los jardines colgantes, tan alabados por los historiadores griegos posteriores. Sí menciona la puerta de Ishtar, de la que le habían hablado los contemporáneos; no pudo verla, y así se explica su sorprendente silencio sobre la famosa decoración de ladrillos esmaltados. Sí vio personalmente la ciudad interior, y sobre todo el santuario del Esagil, palabra con la que designaba todos los edificios del santuario, y principalmente el zigurat. El conjunto era aún impresionante, y las destrucciones de Jerjes no habían podido hacer desaparecer la enorme torre de pisos, pero la habían dañado lo suficiente como para que Heródoto diese acerca de ella informaciones inexactas. Nos dice que se componía de ocho terrazas, porque el hundimiento de los pisos superiores y la falta de aristas vivas en aquel enorme montón de ladrillos que volvía a ser una montaña de arcilla no permitía ya contar las terrazas; con más razón aún, no pudo ver nada del pequeño templo que se elevaba en lo alto del zigurat; lo que nos dice de su enorme valor procede de la imaginación de quienes le informaron. Babilonia ya no tenía fortificaciones: Heródoto ni siquiera menciona la muralla exterior; en cuanto a la muralla que ceñía directamente a la ciudad, y de la que la exploración arqueológica nos ha revelado que se componía de dos muros distantes entre sí algunos metros, la vio como un solo muro: las destrucciones de Darío y de Jerjes y la falta de cuidados habían hecho que se hundiese la parte superior de los dos muros y el viajero no veía más que sus bases; en conjunto no formaban más que un solo muro muy ancho, porque el espacio que los separaba se había llenado de los restos caídos. La arqueología confirma en general el cuadro de una ciudad todavía tan impresionante que Alejandro la hizo capital de su imperio, pero progresivamente degradada. En el centro de la ciudad, en el distrito residencial descubierto en el Merkes, los excavadores sólo encontraron algunas construcciones nuevas; las casas antiguas se conservaban por lo general, pero los terrenos no edificados se extendían progresivamente; se hundían casas que no se reconstruían, y los habitantes cavaban tumbas en su lugar; el número de estos pequeños cementerios esparcidos entre las viviendas creció regularmente durante los dos siglos de la dominación persa.

Otras ciudades conocieron una decadencia más brutal. Podemos juzgarlo por las excavaciones de Ur. La ciudad había tenido un extraordinario resurgimiento durante los reinados de Nabucodonosor y de Nabónido, como pusieron de manifiesto las grandes construcciones de sus santuarios. Ciro no destruyó allí nada, lo mismo que en Babilonia; acabó los trabajos, contentándose

con hacer desaparecer los textos dedicados a la gloria de Nabónido; bajo Cambises y Darío la ciudad alcanzó la cima de su prosperidad, y hemos recogido el mayor número de tablillas económicas para los últimos veinte años del siglo VI. Después sobrevino la decadencia irremediable; no hay necesidad de recurrir para explicarla a los desastres de las guerras y de las revoluciones. Más sencillo, la ciudad sufrió por el desplazamiento del curso del Éufrates, ya sensible en la época neobabilónica; bastante mal cuidada, la red de canales fue poco a poco desapareciendo; la vida se alejaba progresivamente de la ciudad, que perdió su puerto y sus vías fluviales. Grandes obras hubieran podido sin duda devolverle la vida, pero Ur no las merecía ya. Su prosperidad le venía de su posición comercial, cuando el golfo Pérsico y el Océano Indico eran vías comerciales más importantes que las terrestres. La conquista persa se tradujo bastante pronto por la preeminencia de las rutas caravaneras que, desde la meseta iraní, llegaban a Fenicia y a Asia Menor. Al dejar de ser la ciudad en que se efectuaban los trasbordos, donde se amontonaban los productos exóticos, Ur vio decaer sus templos, por los cuales había mostrado Nabónido un celo exclusivo. Fueron abandonados progresivamente y sus materiales utilizados de nuevo; su emplazamiento no tardó en ser invadido por viviendas, la ciudad ya no era más que una miserable aldea en el momento de la conquista de Alejandro, y el último texto que se encontró en ella data del 316.

La riqueza del suelo mesopotámico era proverbial, y Babilonia aún merecía esa reputación bajo el dominio persa. Asolada por las guerras de fines del VII, Asiria, todavía poblada, sólo era una provincia secundaria; por el contrario, Babilonia estaba cubierta por una densa red de canales de riego, aunque la decadencia fuese ya perceptible en aquella época: los cambios de curso de los dos ríos y la progresiva salinidad de las tierras irrigadas creaban problemas que los hombres de entonces no siempre podían resolver, y la negligencia, las destrucciones y la pérdida de los recursos en los momentos de disturbios causaron daños irreparables. En Babilonia, el Éufrates había desviado violentamente su curso y hundido muelles y diques al norte de la ciudad a la que, describiendo una gran curva, había dividido en dos partes; Ur moría por el alejamiento de las aguas, y la exploración arqueológica ha revelado la extensión progresiva de las instalaciones urbanas en los terrenos que habían abandonado las aguas. En conjunto, el campo, sin embargo, se cultivaba intensivamente y se pobló con numerosas aldeas y caseríos, a juzgar por la toponimia, que contiene muchos nombres de lugares formados con nombres de personas.

La agricultura y la ganadería daban en cantidad sus productos tradicionales: cebada y dátiles, ajo, cebollas y diversas legumbres, sésamo, carne y lana de

carneros y cabras… La madera escaseaba, como en otros tiempos, y todos los productos que exigían el empleo de combustibles seguían siendo muy costosos, como por ejemplo, los ladrillos cocidos. Babilonia tenía viñedos y huertos, pero parece que el cultivo de la viña y de la higuera estaba recién iniciado; lo mismo ocurría con el del lino, cuya extensión había de hacer de la Babilonia griega y parta uno de los mayores centros conocidos en la fabricación de telas de lino. De todos esos cultivos, el más cuidado y el más remunerador era sin duda el de la palmera datilera; árbol útil para todo, cuyos frutos, madera, hojas, fibras, *etc.* eran igualmente utilizables, la palmera estaba muy bien cultivada según técnicas que actualmente se han continuado: se sabía espaciar convenientemente los troncos, utilizar los intervalos para cultivos intercalares y practicar la fecundación artificial. No es extraño que el suelo de un palmeral se vendiese dos veces al precio de un campo de cereales.

Estamos muy mal informados sobre la actividad comercial de aquella época; los archivos de las empresas comerciales no hacen ninguna mención de intercambios lejanos y no parecen interesados en la comandita de empresas comerciales. Sabemos, sin embargo, que el Éufrates era cursado por numerosos barcos cargados de mercancías, algunos de los cuales, de creer a Heródoto, llevaban hasta 150 toneladas. Las empresas comerciales eran necesariamente el núcleo de una gran corriente de intercambios, aunque no aparezca en los textos de sus archivos; recogían enormes cantidades de productos agrícolas que vendían en seguida, obteniendo dinero que revertía a los recaudadores reales, pero reservándose lo suficiente para poder prestarlo con tipos de interés usurarios. La relativa abundancia de metales útiles atestigua, en fin, la existencia de un tráfico importante con proveedores lejanos, siendo suficientemente grandes las cantidades transportadas para hacer bajar considerablemente el precio de los metales corrientes.

Durante el período de dominación persa se realizaron importantes innovaciones de orden social y económico: la propiedad individual existió como en el pasado, pero la práctica de conceder tierras a ciertas colectividades, que servían para remunerar los servicios prestados a la autoridad pública, conoció entonces una extensión sin precedentes. Según instituciones que evocan más de una vez las de las sociedades medievales de la Europa occidental, la autoridad real concedía grandes bienes territoriales, como feudos, a los soldados y a los funcionarios. A cambio de la posesión de tierras, las familias o grupos aún mayores, debían al rey sus servicios y contribuciones; bastante pronto, la autoridad real prefirió con frecuencia pedir mayores contribuciones a exigir servicio militar de los hombres establecidos en estas parcelas, aunque el lenguaje haya conservado durante mucho

tiempo el recuerdo del origen de aquellas concesiones de tierras: se hablaba de «dominio del arco», de «dominio del caballo» o de «dominio del carro de guerra», porque las concesiones se habían hecho básicamente para asegurar el reclutamiento del ejército imperial. Ciertos documentos atestiguan que también se podía exigir de los propietarios de aquellos bienes una especie de servicio militar; por ejemplo, sabemos que hubo una leva militar en el 422, cuyo objetivo o lugar de concentración era Ur. También los textos que tratan del reparto o de la concesión de estas tierras anotan cuidadosamente las obligaciones fiscales y militares que incumbían a los nuevos propietarios. Pero a medida que la evolución de las costumbres y de las necesidades fue haciendo olvidar el servicio militar que debían los propietarios de dichas tierras, y también a medida que numerosos dignatarios y funcionarios, demasiado ocupados con los deberes de su cargo, no podían asegurar su explotación, ciertas casas de negocios hicieron su fortuna al tomar bajo su cargo la gestión de las tierras, entregando al propietario una renta sobre el suelo y pagando al rey las contribuciones que le eran debidas, pero obteniendo suficientes tierras racionalmente explotadas como para asegurarse grandes ganancias. No obstante, se explicaría mal la prosperidad de estas casas si no se comprendiese la nueva importancia que adquirió en el mundo mesopotámico la introducción de la primera moneda, y si no se apreciase la presión de las demandas de la corona.

Después del 517, el tesoro persa acuñó la célebre moneda de oro, el darico, que fue la primera moneda imperial; pero el siclo de plata tuvo otro destino. No fue una moneda imperial, sino una moneda heterogénea, acuñada localmente en las satrapías de Occidente y que solía copiar tipos extranjeros. Lo mismo que había monedas locales había medidas locales, sin gran relación unas con otras; el esfuerzo emprendido desde Nabucodonosor había terminado por hacer reconocer en toda Mesopotamia una «medida de rey», equivalente sobre poco más o menos a treinta litros; pero esta medida oficial no eliminó las medidas locales, muy diferentes entre sí, cuyo empleo se prefería aquellos años en que la autoridad real se relajaba. Asimismo, los patrones monetarios locales, en los que sólo se acuñaba plata, apenas ofrecían garantía en cuanto al peso de la plata amonedada y a su ley. El tesoro real sabía esto muy bien; los archivos de Persépolis nos muestran claramente que no aceptaba la plata que se les entregaba más que por el peso del metal. Según su ley, cada moneda se clasificaba como plata blanca, plata media (preferida en segundo lugar) y plata inferior (admitida en tercer lugar), y el tesoro se negaba a admitir el valor nominal de la moneda, teniendo en cuenta únicamente el peso de plata pura que entraba en ella. Los valores dados a la moneda, tal como figuran en las tablillas, no deben, pues, engañarnos; los precios, los arrendamientos, los salarios, etc., se contaban en siclos de plata; si realmente había

un arreglo en moneda, ésta se tomaba sólo por el metal y por consiguiente se pesaba; o bien se determinaba el tipo de moneda que serviría para el pago, porque su valor real se conocía de antemano y así se evitaba la delicada operación de pesarla; así se empleaban expresiones del tipo «pagadero en plata de tal o cual calidad, de tal o cual tipo». Generalmente la moneda de plata sólo servía como moneda de cuenta; un salario o un alquiler se podían valorar en especie, «pagadero en tal cantidad de dátiles». Sólo en un caso era obligatorio el arreglo en metal: para el pago de una parte de los impuestos. Los descubrimientos de monedas extranjeras que pueden hacerse en determinados tesoros, sólo nos informan muy imperfectamente sobre el volumen de los intercambios internacionales; donde se han encontrado monedas griegas, podemos ver con toda seguridad la existencia de intercambios a larga distancia y de la penetración de hombres y de productos procedentes de Grecia. Pero de ahí no podemos sacar ninguna conclusión en cuanto al volumen de tales intercambios, puesto que la plata griega acuñada era tratada como metal, como materia prima que se fundía y moldeaba en lingotes. Un tesoro encontrado en Kalkhu (Nimrud) o Nínive que data de principios del siglo IV, contenía toda clase de objetos metálicos, asas de vasijas, anillos, monedas de plata atenienses, eginetas, tracias, macedonias, etc., todo lo cual no representaba para su propietario más que una reserva de metal que podía emplear libremente para modelar cualquier objeto metálico.

La vida en Mesopotamia bajo el dominio persa estaba marcada por una constante subida de los precios. Sería enojoso, evidentemente, enumerar, producto por producto, todos los ejemplos que atestiguan este aumento, desde fines del período caldeo a fines del siglo V; no hubo excepción en ningún tipo de géneros alimenticios, de materias primas o de bienes inmobiliarios; es verosímil, por ejemplo, que se deba a este aumento la disminución del número de actas de venta de casas y la multiplicación de actas de alquiler. Para explicar tal fenómeno se piensa en las numerosas destrucciones que acompañaron a las guerras y las represiones; aunque hayan jugado un papel considerable, no fueron, sin embargo, más que las causas ocasionales de un movimiento ininterrumpido que duró cerca de dos siglos. Más bien debe pensarse en las consecuencias de una tributación muy pesada, que se llevaba una cantidad considerable de bienes en especie y que creaba mil dificultades mediante impuestos en moneda. El metal precioso quizá era relativamente abundante a principios del período persa; si lo hubiera metido en sus cajas y acuñado, el estado persa habría podido acelerar la entrada de los países orientales en una economía de intercambios acelerados; por el contrario, lo atesoró, y es conocido el asombro de los compañeros de Alejandro ante los enormes tesoros que descubrieron en todas las capitales reales; sólo en Susa, Alejandro se apoderó de 9000 talentos (o sea, 270 toneladas) de oro acuñado, pero 40 000 talentos de

plata (1200 toneladas) estaban amontonados, inútiles, en forma de lingotes. Fue tal la absorción de metales preciosos, que cada vez fue más difícil encontrarlos para pagar la parte correspondiente de los impuestos; la falta de medios de pago obligaba generalmente a recurrir al crédito de manera excesiva. Los préstamos de todas clases se multiplicaron, particularmente a los contribuyentes, provocando la subida de los tipos de interés; de alrededor del 10% en tiempos de Nabucodonosor, pasaron al 20% en los reinados de Ciro y de Cambises, para llegar hasta el 40 o el 50% a fines del siglo V, según sabemos gracias a los archivos de los Murashu. Porque algunos sabían enriquecerse en un tiempo en que el peso excesivo de la tributación abrumaba a la mayor parte de sus contemporáneos.

A fines del siglo VII aparecieron los bancos privados, cuando los templos no podían bastar ya para regular y animar el ritmo de la vida económica. Los bancos fueron primero establecimientos de crédito; los préstamos podían concederse sobre prendas y sin intereses, pues la explotación de la prenda, por ejemplo tierra o esclavos, pagaba al prestamista hasta que el deudor restituía la cantidad; con frecuencia no podía librarse de la deuda y el prestamista conservaba la prenda. La banca de los Egibi, activa desde el reinado de Nabucodonosor, en que la fundó quizá un israelita, hasta el reinado de Darío I, practicaba este tipo de préstamo. Después se diversificó el sistema de garantías y aumentaron los beneficios de los bancos al mismo tiempo que sus actividades. En el siglo V la banca de los Murashu acumulaba enormes ganancias asumiendo en la economía de su tiempo un papel muy complejo en el que se había hecho insustituible; empresa comercial en general, se encargaba, por ejemplo, de la venta de grandes suministros a los templos que pedían productos alimenticios y materiales de construcción; se había especializado en encargarse de las fincas de los dignatarios persas, de ponerlas en explotación, pagando una renta a sus propietarios y poniendo al día en nombre de éstos el impuesto real; disponía así de enormes posesiones y como poseía ella también numerosos bienes, los arrendaba a distintos explotadores, sacando partido de todo. En manos de estos hombres de negocios se encontraban tierras y rebaños para tomar en arriendo, tiros de caballos e instrumentos agrícolas para alquilar; en general, no había préstamo que no pudiera recibirse de ellos, ya se tratase de dinero, de ladrillos, de cebada, de dátiles, *etc.* La fortuna de los Murashu era considerable y se citan ciertos reconocimientos de deuda depositados en sus archivos que representaban el equivalente de 350 o de 190 kg de plata pura. Todo podía serles ocasión de ganar dinero: sabemos que compraban al ejército real el botín que había obtenido en sus campañas, que sacaban provecho del alquiler de prostitutas a proxenetas y que la organización de la distribución de las aguas de riego les valía ganancias enormes, puesto que quien utilizaba sus servicios les dejaba la cuarta parte de su cosecha. Se podría caer en la tentación de considerarlos

sólo como hombres de negocios rapaces, lo que sin duda fueron, dispuestos a violar la ley como lo atestiguan algunas anécdotas sobre los robos y las violencias de los individuos que les servían en algunos poblados rurales; pero ello sería ignorar la utilidad económica de una empresa que sin duda tuvo competidores. Era un sólido establecimiento de crédito, y, como tal, indispensable; su papel era todavía más insustituible si se tiene en cuenta que esta casa y otras similares eran las únicas que podían realizar aquellas empresas que ni el estado ni los templos querían o podían ya asumir; al sustituir a los grandes propietarios ausentes, la firma aportaba hombres, aperos y crédito; al encargarse de los trabajos que hoy llamaríamos de infraestructura, hacía posible la prosperidad de la agricultura babilonia, aunque hiciese pagar muy caros sus servicios. Las grandes propiedades exigían inversiones y una gestión estricta; sabemos que en una propiedad los Murashu tuvieron que construir 18 norias que hacían mover 72 bueyes para asegurar la irrigación.

Nuestros elementos de información sobre la composición de la sociedad babilonia en la época persa no nos permiten conocer todos sus aspectos; sabemos lo bastante para afirmar, por ejemplo, que el papel económico y social de los grandes templos estaba declinando en provecho del grupo de los negociantes; y también que la situación de los humildes apenas había cambiado, aun cuando lo que sugiere el vocabulario de aquel tiempo, a propósito de los esclavos sobre todo, deba ser corregido. Sin duda los grandes templos eran aún los centros de la vida económica; poseían y administraban inmensas posesiones, daban trabajo a miles de hombres, figuraban como establecimientos de crédito para sus dependientes y criaban grandes rebaños cuyas bestias de carga solían alquilar.

En la misma época el papel de los negociantes quizá era igualmente importante; pero a partir del 403, año en el que grandes perturbaciones acompañaron la subida al trono imperial de Artajerjes II, no nos ha llegado ningún documento que atestigüe la actividad de una gran firma comercial; se puede pensar que a partir de dicho año las actas se redactaban en arameo y que los materiales, papiro o pergamino, han desaparecido. Es más verosímil que se deba atribuir la falta de documentación a la lenta decadencia de Mesopotamia, quizá agotada por la tributación, que ya no ofrecía oportunidades a hombres como los Egibi y los Murashu. Entonces los templos, por muy empobrecidos que estuviesen, siguieron siendo centros de actividad; en torno a ellos se agrupaban los miembros de una amplia aristocracia sacerdotal, que sacaban las suficientes ganancias de sus beneficios como para que el comercio de prebendas sacerdotales se convirtiese en una de las actividades económicas que ha dejado, para fines de la época persa y hasta la dominación parta, el mayor número de documentos cuneiformes; a la

sombra de los templos se conservaba, en efecto, la tradición de la lengua acadia y de la escritura cuneiforme y la práctica del derecho, al mismo tiempo que los más sabios de sus miembros se consagraban a enormes trabajos de erudición y a la astronomía matemática; todo ello sin prejuzgar lo que podía ser la actividad de los medios profanos, indudablemente disminuida, pero para la que nos falta casi totalmente la documentación en lengua aramea.

Apenas conocemos la vida de los humildes. Al lado de una numerosa población que seguía dependiendo de los templos, y que puede llamarse sierva, y al lado del grupo numeroso de hombres que el rey de Persia tenía bajo su soberanía feudal y que poseían tierras como una especie de feudatarios, un grupo importante de gentes humildes, que no nos atrevemos a llamar libres, vivían mezquinamente, quizá propietarios de pequeñas parcelas, artesanos y obreros de las ciudades, masa flotante de miserables obreros agrícolas. Sospechamos su existencia, más que descubrirla, en una documentación jurídica o económica que habla poco de los pobres. Sabemos que por término medio un obrero agrícola de principios del siglo V percibía un siclo de plata al mes; teniendo en cuenta el precio medio de los artículos, el obrero podía comprar unos sesenta litros de cebada y unos sesenta kg de dátiles para subsistir durante un mes con su familia. Por otra parte, es poco probable que aquel pobre diablo no conociese momentos de paro. Por una confusión debida al lenguaje, nos sentiríamos tentados de unir los más desheredados del grupo de los humildes a todos los esclavos que mencionan los textos, los *ardan* (plural de *ardu*); había, sin duda, muchos esclavos que compartían con los hombres libres, pero pobres, una miseria material común. Pero con la palabra *ardu* no se designaba al esclavo en el sentido que da al término el derecho romano, sino lo que convendría llamar un servidor.

Siempre el esclavo (*ardu*) de la sociedad mesopotamia había podido poseer tierra, disponer de un sello que era símbolo de una personalidad jurídica y ocupar cargos administrativos; el hecho de que pudiera ser vendido como un objeto no le apartaba de actividades que el derecho romano prohibió siempre. El derecho persa confirmó esta actitud: en una jerarquía en la cual todo inferior se declara esclavo (*ardu*) de su superior, el sátrapa respecto del rey, el pequeño funcionario respecto de su jefe de circunscripción, o, caso más frecuente, el humilde servidor de un pequeño campesino respecto del amo que lo había comprado, la noción de esclavitud perdió su rigor. El término podía designar la posición social de toda categoría de dependientes respecto de los cuales el amo podía emplear coacción y violencia, sin que el esclavo fuese por ello un hombre sin importancia. Gimillu, el esclavo de la Eanna de Uruk, sólo cometía las pillerías de un pequeño servidor capaz sólo de pequeños latrocinios; era una especie de empresario, administrador

de inmensos rebaños, intendente de grandes propiedades, cuyo poderío estaba en proporción con las estafas, y del cual la justicia tardó muchos años en ocuparse. Los Murashu también tenían esclavos a su servicio; pero algunos de sus *ardani* eran por lo menos grandes empleados, hombres de confianza de sus amos; algunos habían tenido bastante talento y suerte para llegar a ser a su vez banqueros, más vinculados a sus amos por la comunidad de intereses que por una mácula servil cuya existencia quizá quedaba señalada aún por el pago de un canon.

Las relaciones sociales eran, pues, de una gran complejidad, a imagen de los hombres de diverso origen que se instalaban entonces en el suelo de Mesopotamia. Nuestras fuentes de información más seguras son aquí la onomástica y la toponimia; a fines del siglo VI vemos mencionar aldeas de persas, de tirios y de cimerios. Los contratos nos suministran nombres egipcios, sabeos, idumeos, junto a los nombres babilonios y asirios más numerosos. A partir del año 521 los nombres persas no dejan de multiplicarse, y parece seguro que el mestizaje de las poblaciones se efectuó con bastante rapidez, puesto que pronto vemos a personas con nombre iranio cuyo padre tenía nombre babilonio, y aún más frecuentemente lo inverso. El descubrimiento de los archivos de los Murashu, antes de la primera guerra mundial, proporcionó en un momento una larga lista de nombres judíos que atestiguan elocuentemente el elevado número de familias judías establecidas en Mesopotamia y la prosperidad de algunas de ellas, residentes en Nippur, en Babilonia y en todos los grandes centros. Quizá los antepasados de algunas de dichas familias se remontaban ya a los tiempos de las primeras deportaciones de israelitas, en el año 721. Los que se les habían unido a principios del siglo VI habían hecho suyos los consejos de Jeremías: «Construid casas e instalaos; plantad huertos y comed sus frutos… multiplicaos ahí, no disminuyáis» (29, 5-6). Cuando se había publicado el edicto de Ciro en el 538, sólo habían partido contingentes «determinados para cada familia»; en el 520, Zorobabel llevó consigo 50 000 personas; en el 458 sólo acompañaron a Esdras 5000 de sus correligionarios. El papel ulterior de las comunidades judías de la diáspora babilonia bastaría, por lo demás, para atestiguar la importancia numérica de los grupos que quedaron «a la orilla de los ríos de Babilonia».

El encuentro de hombres procedentes de tantos países diferentes y la importancia del elemento iranio en la población babilonia no podían dejar de tener consecuencias en la vida intelectual y religiosa.

El prestigio de la cultura mesopotámica era aún tan grande que los persas vencedores se abstuvieron de querer alterarla allí donde se había desarrollado; lo que es mejor, admitieron su irradiación y consintieron en recibir de ella muchas

lecciones, por ejemplo en su arquitectura imperial y en la decoración de sus inmensos palacios; y, lo que es más importante, la lengua acadia fue reconocida como una lengua imperial. Desde el reinado de Ciro aparecieron inscripciones trilingües, en persa antiguo, en elamita y en acadio, cuyo ejemplo más conocido es la inscripción de Darío en la roca de Bagistán. El persa antiguo mismo estaba escrito en una escritura cuneiforme, adaptada de la escritura cuneiforme usada en Mesopotamia, pero tan simplificada que sólo tenía 43 signos. El elamita siguió siendo uno de los testimonios de la irradiación de la cultura babilonia tan próxima; escrito también en caracteres cuneiformes, contenía ideogramas sumerios y en su vocabulario abundaban tanto las palabras babilonias como las persas. Eran allí lenguas oficiales, empleadas en las inscripciones trilingües que se perpetuaron hasta el siglo IV. Las faltas, cada vez más numerosas, salpicaban los textos en persa antiguo y en elamita. En la vida diaria el retroceso de esas tres lenguas fue aún más rápido; a partir del reinado de Darío I no se escribió ningún texto en persa antiguo sobre tablillas de arcilla; el elamita se sostuvo más tiempo: en Persépolis fue la lengua administrativa durante mucho tiempo, y hasta fines del reinado de Jerjes fue tan empleado que disponemos de decenas de miles de tablillas y de fragmentos. Después del 460 quedó, no obstante, fuera de uso. El acadio se empleó en textos administrativos y jurídicos hasta el 400 aproximadamente; los escribas lo hablaban mal, ignoraban las flexiones y confundían los casos, sin que se sepa exactamente si hay que reconocer en ello una manifestación de la ignorancia de los contemporáneos respecto de un idioma que estaba dejando de ser usado, o si esas alteraciones significan que el acadio, comúnmente empleado, sufría los fenómenos de desgaste inevitables en toda lengua hablada. Más bien parece que el acadio salía entonces del uso corriente, como parece indicarlo la disminución del número de actas redactadas sobre tablillas de arcilla, y el hecho de que su empleo fuese quedando limitado paulatinamente al grupo bastante reducido de los miembros de la aristocracia sacerdotal, es decir, a los hombres más instruidos, y que, protegidos por los templos, se cuidaban de salvar el tesoro de la antigua cultura mesopotámica. En todas partes, en Persépolis, en Susa o en Babilonia, predominaba el arameo, y es significativo que las tablillas hayan podido llevar grabadas o más frecuentemente escritas con tinta, rúbricas en arameo, a veces de una longitud de tres renglones, que daban el contenido de la tableta a fin de facilitar su clasificación. Desgraciadamente, el papiro y el pergamino en que se escribía el arameo han desaparecido; pero el papel de esta lengua, convertida en *lingua franca* en todo, se ha podido definir por el paciente trabajo de los filólogos. Por lo general se hablaba en Babilonia un acadio muy alterado o el arameo; se escribía el arameo, o bien, en los textos económicos, jurídicos o administrativos, un acadio relativamente correcto. Cuando había que pasar de un idioma a otro, era el arameo el que desempeñaba el papel de denominador común. El texto de las

inscripciones trilingües, por ejemplo, estaba pensado en antiguo persa, después traducido al arameo y vuelto a traducir del arameo al acadio; en la correspondencia administrativa, las instrucciones dadas en persa antiguo estaban traducidas al arameo y expedidas en esta lengua, y después los destinatarios las traducían a la lengua de las oficinas de escribas, es decir, al elamita en Susa y al acadio en Babilonia. La necesidad de simplificación y la relativa simplicidad del arameo no tardaron en hacer de esta lengua el único lenguaje comúnmente escrito y hablado. Nada impedía al elamita y al persa antiguo subsistir, en formas cada vez más alteradas, en el lenguaje popular. Se puede admitir que lo mismo debió ocurrirle al acadio; pero a diferencia de aquellas otras lenguas, que quedaron sin uso oficial, el acadio siguió siendo una lengua de cultura, la lengua de los escribas, de los sacerdotes, de los científicos y hasta de los juristas, cuando se trataba de levantar actas entre los individuos de un grupo, socialmente importante pero cuyo número se debía reducir constantemente.

Lo que sabemos de la vida religiosa confirma la diversidad de hombres y de culturas en aquella encrucijada en que se había convertido Babilonia, al mismo tiempo que los elementos de la antigua cultura mesopotámica atestiguaban una notable permanencia. La onomástica atestigua la presencia de dioses iranios, como Mitra y Baga, egipcios, como Isis y Harmaquis, arameos, como Shemash, etc.; pero en los casos de sincretismo religioso suele predominar la divinidad babilonia; un hombre lleva el nombre de Harmaquis, pero su hijo, quizás nacido en Babilonia, lleva un nombre formado con el del dios Nabu. Los descendientes de iranios llevan nombres que se refieren a dioses babilonios, pero no es frecuente que las personas con nombres babilonios den a sus descendientes nombres iranios. Con excepción de la crisis del 482, en que las tropas de Jerjes devastaron el Esagil de Babilonia, los templos no tuvieron que sufrir la conquista persa; hasta Jerjes, los conquistadores se impusieron el deber de sostener los santuarios de las viejas ciudades, como lo habían hecho los reyes caldeos. Después de Jerjes, las donaciones de la generosidad real fueron menos abundantes, pero sabemos, por ejemplo, que Darío II contribuyó al arreglo de ciertos edificios de la Eanna de Uruk, y que sin duda se le debe la construcción del depósito de archivos donde se han encontrado miles de textos, cuya concepción, muy moderna, comprendía un sistema de circulación de agua que, humedeciendo el ambiente, aseguraba la conservación de las tablillas. Nabu en Borsippa, Enlil en Nippur, Anu e Ishtar en Uruk, Marduk en Babilonia hasta el 482, etc., todos los dioses y los santuarios más venerables tuvieron asegurada la continuidad de su existencia secular. Si el santuario de Nannar en Ur había de decaer rápidamente, siguió el destino de la ciudad misma a partir de fines del siglo VI; dejando a un lado las violencias de la represión dirigidas por Jerjes, no parece que los soberanos persas hayan hecho nada que significase su deseo de destruir

una religión a la que hubieran sido hostiles; la relativa indiferencia con que trataron a dioses y santuarios mesopotámicos después del reinado de Jerjes, hay que mirarla en el marco general de la historia del imperio persa; a partir del siglo V los soberanos tuvieron cada vez menos relaciones con las diferentes partes de su imperio, y a veces se ha hablado de iranismo para explicar la indiferencia de los conquistadores hacia sus súbditos y también la dureza de una administración que sólo servía para extraer las riquezas de las provincias hacia las capitales Aqueménidas.

De todos los grupos que habitaban entonces Mesopotamia, el de los israelitas no podía dejar de atraer la atención apasionada de los eruditos. Ya hemos mencionado su importancia numérica y su papel económico. El estudio de sus nombres permite apreciar su actitud religiosa; desde hacía tiempo el texto bíblico había revelado que muchos desterrados habían tomado nombres extranjeros compuestos por nombres de divinidades paganas. En el 520 el nieto del rey Joaquín, que conducía hacia Jerusalén un segundo contingente de desterrados, llevaba el nombre de Zorobabel, y sus lugartenientes tenían los nombres persas de Mardoqueo, Bilshan y Bigval: su predecesor, que regresó del destierro en el 538, se llamaba Sheshbasar, o sea Shamash-apal-usur. Los nombres contenidos en los archivos de los Murashu ampliaron considerablemente el campo de la investigación, pues una parte de dichos nombres atestigua también la adopción de nombres teóforos que contienen nombres de dioses babilónicos; un individuo con un nombre formado con Yahvé (Jeová) tenía un hijo cuyo nombre contenía el del dios Nabu, y un nieto con otro formado con el nombre de un dios iranio; uno llamado Bel-lau (Yahvé es mi Señor) tenía descendientes cuyos nombres contenían la mención de los dioses Marduk y Nabu, *etc.* ¿Debe deducirse de ello la apostasía de muchos judíos? Era inevitable que se produjese así, quizás hasta con frecuencia; pero no siempre se puede deducir por el uso de un nombre pagano la apostasía del que lo llevaba, como le demuestra el ejemplo de Sheshbasar y el de Zorobabel. Hubo más; muchos israelitas tomaron nombres usuales en el mundo babilonio, pero sustituyendo la divinidad pagana con el nombre del dios de Israel bajo las formas de Él, Yého, Yahu; más convincente aún: se creó un nombre absolutamente nuevo, el de Shabetai («El del Sabbat»), y volvió a usarse el viejo nombre de Hag(g)ai, que se refería a las fiestas, y particularmente a la de los Tabernáculos. El estudio de los nombres permitió, pues, descubrir los testimonios inesperados de la fidelidad de muchos de los desterrados, y subrayar la reacción nacional y religiosa de la comunidad israelita, después del comienzo de la restauración de un estado sacerdotal en la misma Judea. Por lo demás, tales testimonios no pueden sorprender, teniendo en cuenta que ya sabíamos del papel de los israelitas de Mesopotamia en la elaboración del judaísmo: entre ellos se había elaborado la ley

de Moisés que Esdras hizo reconocer en Jerusalén en el 458; es a su potencia, a su influencia y a la fe que los animaba a lo que debieron los israelitas de Judea el haber recibido hombres y dinero, a lo que debieron también la sorprendente benevolencia real sin la que la obra de un Nehemías, después del 445, habría sido imposible.

Conservando su lengua, conservadora en materia de religión no obstante la presencia de numerosos extranjeros llegados con sus divinidades, la civilización mesopotámica fue también la heredera de las generaciones que habían reconocido la existencia del derecho. Como los siglos precedentes, la época persa no nos ha legado más que documentos en los que se revela la práctica jurídica, y de ningún modo los textos que nos harían conocer el trabajo de los legisladores y de los especialistas en derecho. Podemos comprobar que los persas conservaron el legado jurídico del pasado. Fragmentos de copias del código de Hammurabi atestiguan el interés que se le seguía prestando, interés que se revela también en las fórmulas que emplearon Ciro y Darío I, cuyas inscripciones contienen una fraseología directamente tomada del célebre código; los historiadores del derecho han podido descubrir la transmisión de sus fórmulas a través de las diferentes compilaciones jurídicas del antiguo Oriente, siendo la última en inspirarse en ellas la ley antedemónica publicada en el reinado del rey parto Mitrídates I, a fines del siglo II a. C. Así conservado, el derecho babilonio se benefició del campo que le abría la unidad administrativa de un vasto imperio, y los intercambios que se multiplicaron fueron con frecuencia ocasión de extender sus principios a regiones nuevas. De Nabucodonosor a Darío I se establecieron colonos babilonios en Neirab, cerca de Alepo, a un centenar de kilómetros del Mediterráneo; anudaron múltiples lazos con la población indígena, matrimoniales y comerciales; los textos que nos atestiguan esas relaciones demuestran la preeminencia del derecho babilonio sobre los derechos locales, pues contratos y obligaciones se establecían finalmente según los principios de un derecho importado, y en los mismos términos de los formularios babilonios.

Hubo cambios, sin embargo; pero por inevitables que fuesen, fueron muy limitados y apenas se advierten antes del año 500. Diversos detalles de los formularios indican modificaciones debidas a los iranios; por ejemplo, después de enumerar las cláusulas de garantía contra las dificultades que el arrendatario podía suscitar al adquirente, la época persa vio añadir a las fórmulas ordinarias la que preveía que, aun contra la intervención de un tercero, sería el arrendatario quien intervendría en garantía ante un tribunal. De mayor consecuencia fue la promulgación, después del 519, de una ley real, una *data*, para emplear la palabra irania que entró en uso. Ignoramos casi por completo su contenido, y su existencia

la conocemos únicamente por alusiones que hacen a ella los textos de los contratos, cuando precisan: «Según la ley del Rey». Era, indudablemente, una recopilación de casos de jurisprudencia, que vemos citados a propósito del establecimiento de un peaje, de la venta de un esclavo o de la reglamentación de depósitos de plata. Seguramente se nombraban funcionarios para vigilar la aplicación de la ley, y los dos jueces reales que se sentaban en el banco de los jueces de Babilonia probablemente estaban investidos de esas funciones.

En la época persa se reunieron las condiciones sociales e intelectuales que hicieron posible el florecimiento del primer pensamiento científico; menos ricos que en otro tiempo, vigilados por la administración persa, los templos fueron más que nunca los conservadores de la cultura mesopotámica; fueron los últimos bastiones en que la lengua acadia, que era sobre todo materia de eruditos, se empleó hasta el año 75 d. C. Durante siglos los escribas iban a recopiar las colecciones de textos religiosos, literarios y lexicográficos; sin su labor, nuestro conocimiento de la cultura mesopotámica presentaría aún más lagunas; sin su primacía económica, los templos conservaban aún bastantes bienes para sostener en cada gran ciudad una aristocracia sacerdotal, cuyos individuos mejor dotados, escribas y teólogos a su hora, eran también hombres de ciencia.

Desgraciadamente carecemos de medios de investigación para determinar la fecha de las primeras conquistas de aquellos investigadores. Sabemos, por ejemplo, que hacia el año 500 los astrónomos habían determinado de manera satisfactoria la duración del año solar, pero sin que se cuidasen de dar a sus contemporáneos un calendario práctico. Desde el reinado de Nabonasar (Nabunasir), en el 747, se había reconocido la equivalencia de 19 años solares y de 19 años de 12 meses lunares, a los que se añadían 7 meses lunares. Durante mucho tiempo se dudó acerca de la manera de intercalar los 7 meses suplementarios en el ciclo de los 19 años lunares; aún en los reinados de Ciro y de Cambises eran los sacerdotes de Babilonia quienes decidían acerca de las intercalaciones, y dos de sus cartas nos aseguran que sus decisiones eran aplicadas después en todos los templos de Babilonia. No fue hasta el siglo IV, en el 383 o en el 367, cuando se estableció definitivamente un sistema de intercalaciones. En el transcurso del siglo V los sabios se dieron un nuevo instrumento indispensable para la continuidad de sus trabajos: determinaron el círculo zodiacal, idealización matemática que les permitía mejorar la anotación de sus observaciones astronómicas; también podrían enunciarse las referencias acerca de determinadas estrellas brillantes: era un enorme progreso enunciarlas en grados, dentro de cada uno de los signos del Zodíaco. Sin quererlo, los astrónomos habían creado al mismo tiempo el medio para desarrollar una seudo-ciencia: la astrología horoscópica, que había de ser la ciencia por excelencia del mundo greco-

romano; sus comienzos fueron lentos y modestos en el mundo babilonio: el primer horóscopo astrológico, fundado en la observación de los planetas, su valor y su posición en relación con los signos del Zodíaco, data del 410.

La determinación de un calendario y la creación de un sistema práctico de referencias no fueron las únicas conquistas de aquellos siglos oscuros; se inventaron diversos métodos de cálculo, así como también se redactaron las tablas en que se consignaban las relaciones periódicas entre los movimientos de la luna y los de los planetas. Del 500 al 300, aproximadamente, los astrónomos crearon, pues, los instrumentos sin los cuales no habría sido posible el desarrollo de la astronomía matemática en la época helenística; pero lo mismo que ignoramos las etapas de esos descubrimientos, ignoramos los nombres de quienes los hicieron. Los griegos y los latinos nos han transmitido a este respecto tradiciones que nos hizo rechazar recientemente el conocimiento profundo de los textos cuneiformes. Se colocaban en el siglo V los trabajos de Naburianos, cuyo nombre se creía encontrar en el nombre acadio de Naburimannu, y se le atribuía uno de los sistemas de determinación de las fases de la luna. Hoy se juzga insegura la lectura del nombre de Naburimannu; se ha hecho imposible atribuir una fecha cualquiera a los trabajos que se creía deberle, e incluso atribuirle la paternidad de algún descubrimiento. La identificación de Kidenas, contemporáneo de Artajerjes, con un Kidinnu, redactor de una serie de tabletas astronómicas, parece, por el contrario, bien establecida. Es posible, como se le ha atribuido, que haya descubierto el fenómeno de la precesión de los equinoccios; pero nada permite afirmar que haya sido el inventor de un segundo sistema de determinación de las fases de la luna, rival del que se atribuía a Naburimannu. Las tablillas que nos informan de esos descubrimientos pueden ser, en efecto, copias de trabajos anteriores, y la mención del nombre del escriba puede no significar nada en cuanto al autor del descubrimiento.

El primero de octubre del 331 en Gaugamela, en el norte de Asiria, Alejandro aplastaba el último ejército del Gran Rey. En las semanas siguientes se apoderaba de toda la Mesopotamia y entraba en Babilonia, que le fue entregada sin resistencia, tanto por sus habitantes como por el sátrapa Mazeo. El conquistador fue saludado con himnos; humeaba el incienso en los altares y las calles estaban alfombradas de flores. Agradecido, juzgando quizás que haría de ella la capital de su imperio, Alejandro ordenó la reconstrucción de los templos de la ciudad, y, ante todo, del templo de Marduk. ¿Qué era el joven conquistador para los babilonios? ¿El vengador de Jerjes? ¿El que devolvería a Babilonia su esplendor de antaño? ¿Un hombre del que cualquier decisión valdría más que el marasmo en que se entumecía un pueblo viejo? Sin duda todo eso a la vez.

Los babilonios pensaban quizás que iban a entrar en un mundo nuevo, que trataba de organizarse en ventaja suya; en realidad, los dos siglos de dominación griega no habían de cambiar nada fundamental en la situación de Babilonia, si se considera lo que había llegado a ser desde fines del siglo V. Rica aún, seguiría siéndolo durante mucho tiempo, pero sin volver a encontrar la preponderancia económica de que había gozado hasta el reinado de Darío I; importante por su posición en el Próximo Oriente, por el número de sus habitantes, nunca más había de revestir una importancia política de primer orden; la composición de su población había sido profundamente modificada; la superioridad del arameo y de la escritura alfabética iba a reducir progresivamente a una minoría a los que todavía podían comprender y conservar el tesoro de su antigua cultura.

Era aquélla una civilización demasiado grande y demasiado antigua para que muriese de un golpe. Durante el oscuro siglo IV, había hecho bastante para que lo mejor de ella misma pudiera salvarse, y ser continuado; tal fue la realización de un enorme trabajo de compilación, la salvaguarda de un pensamiento jurídico, la conquista de los medios de un pensamiento científico que había de crear la primera astronomía matemática. La época helenística debía ver el final de todo ello.

18. El judaísmo palestino en el período persa

El Libro de Esdras dice que Ciro el Grande en su primer año (o sea, después de haber conquistado Babilonia en el 539) promulgó un decreto que permitía a todo el pueblo de Yahvé que vivía en sus dominios regresar a Jerusalén y construir el templo (1, 1-4). Regresaron unas 50 000 personas bajo la jefatura de Zorobabel, gobernador del distrito persa de Judea (cf. Ageo, 1, 1), y de Josué, el alto sacerdote. Construyeron un altar, empezaron las ofrendas regulares y al año siguiente pusieron los cimientos del templo (*Esdras*, 1, 5; 3, 10). Esdras (4, 4 ss.) fecha estos acontecimientos hacia el 537/6. Contradicen esta fecha las profecías de Ageo, que declaran que antes del año segundo de Darío I (520) «no se puso una sola piedra sobre otra en el templo de Yahvé» (2, 15; cf. 18). En la lista de los desterrados repatriados en Esdras 2 se usaron fuentes discrepantes (dos genealógicas y una territorial). El decreto de Ciro aparece en forma diferente en 6, 3 ss. Por consiguiente procedía cuando menos de la tradición: si lo hubiera inventado el autor, habría usado la misma invención en los dos lugares. No obstante, la segunda forma del decreto, en la que Ciro ordena la construcción y concede fondos para ella, difícilmente puede ser legítima, ya que dicha orden nunca fue dada. La autenticidad del primer decreto también es dudosa, por lo tanto. (Ciro devolvió muchos mesopotamios a sus patrias[1], y pudo haber hecho lo mismo con los judíos, pero la mera posibilidad no es una prueba).

Aunque los detalles del regreso de los desterrados son, pues, oscuros, la situación creada por su repatriación puede reconstruirse a base de los indicios que ofrece la historia primitiva. Durante las monarquías se había producido un conflicto entre los que creían que Yahvé exigía a los israelitas que le adorasen a él solo y los que creían que se le podía adorar juntamente con otras deidades. El primer partido (monólatra) está representado por los documentos del Antiguo Testamento, y el segundo partido (sincretista) contaba con más masa popular y habitualmente controlaba tanto el gobierno como el templo. Con el destierro (587-539), la jefatura ilustrada del partido monólatra le fue arrebatada a Babilonia. Al período babilonio se atribuye plausiblemente el desarrollo de varias características conspicuas en el material judío posterior al destierro, pero raras en el anterior al destierro: un extremado interés por la «pureza» (amenazada por el mundo circundante) y por la circuncisión, y la observancia del sábado (sabbath) como

signos distintivos del verdadero judío; el culto de la sinagoga (oración, loanza, lectura y exposición de las leyes del culto) como centro de vida comunitaria; un cuerpo de literatura del partido —códigos legales, historias, profecías— probablemente conservado en las sinagogas y ampliado allí con salmos, plegarias y material homilético, todo lo cual recibía forma de la posición del partido según la cual la exclusiva adoración de Yahvé llevaba a la prosperidad, y la adoración de otras deidades al desastre. Como las sinagogas formaban una red para la ayuda y el estímulo, su reacción teológica contra el mundo circundante llegó a ser extremada. La prohibición de adorar a otras deidades llevó a negar la existencia de éstas, motivo que antes se convirtió en el tema dominante de un trabajo fundamental en las profecías del Segundo Isaías (*Is*., 40-45) que anunciaban la conquista de Babilonia por Ciro.

Por contraste, el culto de Yahvé que sobrevivió en Judea fue principalmente sincrético. En el 585 Ezequiel profetizó contra los judíos: «Esto dijo el Señor Yahvé: "Coméis carne sanguinolenta y levantáis los ojos hacia vuestros ídolos. ¿Habréis, pues, vosotros de poseer la tierra?"» (33, 23 ss.). En el siglo siguiente, el Tercer Isaías (*Is*., 56-66) ataca a quienes «arden de lujurias entre las encinas; …matan… niños en los valles»; derraman libaciones y llevan ofrendas a los aerolitos, hacen sacrilegios en lo alto de las montañas; practican la prostitución ritual y adoran ídolos; «se sientan en tumbas y pasan la noche en lugares secretos; …comen carne de cerdo y caldos de cosas abominables; …ponen mesa a la Fortuna y llenan copas mezcladas para el Destino», *etc.* (57, 1-10; 65, 1-12). La consulta de los *teraphim* (deidades domésticas) y la adoración de otros dioses continuaron hasta el tiempo de las adiciones a Zacarías (10, 2; 13, 2). La arqueología palestina nos da una serie de sellos sincréticos con nombres yahvetianos, figuritas de «Astarté», discos alados del sol, etc… ininterrumpida hasta el período helenístico[2].

Este culto sincrético de Yahvé no se limitaba a Palestina. Se estableció en Damasco en el siglo IX (II *Reyes*, 5, 15 ss.; 8, 8). En el siglo VIII fue llevado a Mesopotamia[3], en el siglo VII o VI a Egipto, y a Babilonia[5] con los desterrados de Nabucodonosor. En el siglo V pudo declarar Malaquías que desde Oriente a Occidente era grande el nombre de Yahvé entre los gentiles y que en todas partes se ofrecían a su nombre tortas e incienso (1, 11 ss.). A partir de esta época hay muchas huellas de la adoración de Yahvé por gentes que adoraban también a otros dioses[6]. Esta diáspora sincretista estaba en relación con los centros palestinos del culto[7]; se puede suponer una influencia mutua.

Los miembros del partido monólatra tenían mayores motivos para volver a Palestina que los sincretistas. El código deuteronómico exigía un culto con

sacrificios para Yahvé, pero lo limitaba a Jerusalén (12, 4 ss.). Consecuentemente, los documentos del Antiguo Testamento posteriores al destierro (todos del partido monólatra) se refieren a veces a los individuos repatriados del partido como «los desterrados regresados»[8], y a la población sincretista de Judea y los territorios vecinos como «la(s) gente(s) de la tierra»[9]. Pero había sincretistas ocasionales entre los desterrados regresados[10]; y el partido monólatra se ganó un pequeño número de seguidores entre la población local (*Esdras*, 6, 21). Finalmente, hubo un tercer grupo: los sacerdotes del templo de Jerusalén tenían un interés económico en su conservación. Teológicamente, eran adaptables: en el pasado habían cooperado tanto en la reforma deuteronómica (II *Reyes*, 22, 8 ss.) como en el culto sincretista[11]. Su adaptabilidad probablemente fue forzada por los conflictos entre los otros partidos. Antes de la construcción del templo no había seguridad en la ciudad porque la mano de cada hombre se levantaba contra su vecino (*Zac.*, 8, 10).

Emprendieron la reconstrucción en el segundo año de Darío (520) el gobernador persa de Judea, Zorobabel, y el alto sacerdote Josué, alentados por los profetas Ageo y Zacarías[12]. Ambos profetas eran del partido monólatra. Como veían en Zorobabel al Mesías que debía llegar[13] (es decir, el rey «ungido» a quien Yahvé enviaría para salvar a su pueblo), probablemente éste era el jefe del partido. En Zacarías (6, 9-15)[14] se hallan las condiciones de un acuerdo entre Zorobabel y Josué. Zorobabel debe ser coronado como gobernante civil y ha de reconstruir el templo; Josué debe seguirle en jerarquía y «habrá entre ellos un plan para la paz» (versículo 13), es decir, cada uno de ellos respetará los derechos del otro (prueba de desacuerdos anteriores). Algunos seguidores de Zorobabel harán una contribución para el templo (los desterrados que habían regresado, versículos 10-11 y 14).

Este acuerdo lo reflejan también Zacarías, 3, y Ageo, 2, 10-19. Parece, por éstos, que previamente el alto sacerdote Josué y el culto con sacrificios en el altar restaurado en Jerusalén habían sido atacados por el partido monólatra como «impuros». Esos ataques debieron olvidarse. El cambio en la línea del partido es excusado por la visión del profeta de la intervención de Yahvé para cambiar la situación de Josué. Se le asegura al alto sacerdote que si quiere guardar la ley (entiéndase como interpretada por el partido monólatra) se le reconocerá como autoridad legal sobre el templo.

El acuerdo no exige una purga de los cultos de otros dioses. Evidentemente, éstos fueron practicados oficialmente durante mucho tiempo. Ahora la cuestión es la pureza. Aparentemente, el partido monólatra sostenía que un ídolo era impuro como un cadáver[15]. En consecuencia, los sacerdotes que adoraban a otros dioses en privado, o que se asociaban con adoradores de otros dioses, se harían impuros y

harían las ofrendas del culto oficial impuras e inaceptables para Yahvé. De ahí los ataques contra el culto y el alto sacerdote por impuros y la exigencia de que el alto sacerdote observe la ley de pureza tal como la ampliaba el partido monólatra. Como los sacerdotes eran las autoridades en pureza y en la ley del culto, dicha exigencia muestra una invasión de su dominio. De ahora en adelante los conflictos de partido en Jerusalén se centran en la pureza, y los convertidos al partido monólatra son descritos como «los que se habían separado de la impureza de los pueblos de la tierra», es decir, los que habían aceptado la ley de pureza del partido[16].

El tono exhortatorio y apologético de los oráculos sobre el acuerdo entre Zorobabel y Josué indica que no todos los miembros del partido monólatra aprobaban el pacto. Había diferentes tradiciones legales dentro del partido, como lo demuestra el contradictorio material legal que se ha conservado: elementos deuteronómicos y sacerdotales, la legislación de Ezequiel, *etc.* Como un ejemplo más, Ageo apremiaba a «todos los pueblos de la tierra» a que ayudasen en la reconstrucción del templo (2, 4), pero cuando alguien prefería ayudar a Zorobabel rehusaba su aportación (*Esdras*, 4, 1 ss.).

Aquí el editor de Esdras confundió las materias identificando «el pueblo de la tierra» con los samaritanos (4, 2b y 4), reflejo de su propio tiempo (después de Nehemías)[17]. Pero la reconstrucción del templo por Zorobabel era asunto judío y no hay prueba (salvo *Esdras*, 4, 2b) de que los samaritanos lo conocieran. Sí hay pruebas de la hostilidad entre los judíos y el partido monólatra en Jerusalén. La ruptura «por Zacarías» del estado de unión se dice que significa la separación de Judea de Jerusalén[18]. Los resultados de esa ruptura fueron profetizados por Zacarías, 12, 2-10[19]. Al fin, «la gente de Judá estará también en el sitio contra Jerusalén», pero Yahvé les abrirá los ojos; se dirán a sí mismos: «Los moradores de Jerusalén han prevalecido contra mí mediante el Yahvé de los ejércitos, su dios»; y se pasarán a los jerosolimitanos y destruirán a los gentiles. Entonces Yahvé dará la victoria a los judíos primero, pero protegerá a los jerosolimitanos y hará al más débil de ellos como David y la casa de David como un dios.

La prominencia que esta profecía da a la casa de David sugiere la época de Zorobabel, la última figura importante de dicha casa (I *Crón.*, 3, 19). Y la súbita desaparición de Zorobabel constituye la prueba que puede explicar por qué la profecía, en el momento de triunfo, concluye: «Y verteré sobre la casa de David y los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia, y alzarán sus ojos a mí; y aquél a quien taladraron le llorará como se llora al unigénito». Zorobabel quizás fue asesinado por conspiradores mandados por otros individuos de la familia de

David. Sus pretensiones mesiánicas los habría arruinado si fracasaba, y, lo que podría pasar, si triunfaba.

La muerte de Zorobabel probablemente llevó a la investigación por los funcionarios de la satrapía persa, registrada en *Esdras*, 5, 3-6; 13 (evidentemente no había gobernador en la ciudad en aquel tiempo). El consejo de la ciudad sostenía que la reconstrucción había sido autorizada por Ciro. Un decreto no sólo autorizándola, sino subsidiándola, se encontró en los archivos imperiales (donde pudo haberlo metido algún funcionario judío de la secretaría) y el templo se terminó en el sexto año de Darío (516) y no sólo con la ayuda de los judíos sincretistas, sino también con la de los funcionarios paganos (*Esdras*, 6, 13-15). Poco después, sin embargo, el legajo persa sobre Jerusalén registró un intento de revolución[20].

El período 515-458 parece haber sido una época de dominio sincretista. Las denuncias de idolatría del Tercer Isaías y de Zacarías probablemente corresponden a él, así como la queja en *Zacarías*, 14, 21, de que hay «cananeos» en el templo, quizás como un reparo a la tolerancia de los sacerdotes para los matrimonios con palestinos (cf. *Esdras*, 9, 1 ss.). Malaquías denuncia los matrimonios con gentiles y la falsa interpretación de la ley por los sacerdotes. Malaquías es el «último de los profetas» no porque con él terminase la profecía, sino porque el partido monólatra no conservó deliberadamente ninguna colección posterior de profecías[21]. Tenía todo lo que necesitaba para fines homiléticos, y otros pronósticos del día de Yahvé (como el caso de Zorobabel había demostrado) causarían probablemente dificultades con el gobierno persa.

Sin embargo, el gobierno persa tenía sus propias dificultades. A principios del reinado de Artajerjes I, Egipto se sublevó. Los atenienses apoyaban la rebelión y tomaron Dor, en la costa palestina, a unos 97 km de Jerusalén, como base en el camino a Egipto[22]. Si una ciudad como Jerusalén se rebelara y pidiera ayuda a los atenienses, las comunicaciones persas con Egipto quedarían cortadas, se perdería Egipto y es posible que Palestina. Por lo tanto, la corte persa estaba ansiosa de complacer a sus súbditos palestinos. Pero fue mal informada por el partido monólatra sobre la situación en Jerusalén. Por consiguiente, en el año 458 envió a Jerusalén a un sacerdote judío llamado Esdras[23] que desempeñaba el oficio de escriba en el gobierno persa y ahora iba comisionado para llevar a cabo en Judea una reforma legal que el gobierno creía que el pueblo deseaba[24].

Esdras llegó a Jerusalén con una compañía de apoyo, ofreciendo atraerse a los sacerdotes y a la plebe, y un texto que él llamaba «El Libro de la Ley de Moisés»

(no el actual Pentateuco, puesto que no prescribía la observancia del día de la expiación)[25]. Esdras trató de hacer de la promulgación de la ley nueva un festival público (*Nehemías*, 8, 9 ss.), pero su contenido hizo llorar «a todo el pueblo». Entre las causas de su aflicción figuraba la prohibición de matrimonios con no judíos… Esdras fue «informado» en seguida de que se habían celebrado muchos de tales matrimonios. Cayó en una aflicción ostensible, atrajo a una muchedumbre, la movió a llanto con su elocuencia y obligó a los jefes del pueblo a jurar que se divorciarían de sus esposas extranjeras para la purificación de Israel (*Esdras*, 10, 2 ss.). Se convocó una asamblea con tal objeto, la cual nombró un comité para investigar, y el comité presentó una lista de delincuentes (*Esdras*, 10, 9-44).

Aquí se interrumpe el texto. No dice lo que se hizo. Lo más probable es que Esdras fuese llamado por el gobierno persa. Su programa de divorcios pudo haber causado inquietud aun más allá de Judea. Las esposas extranjeras eran hijas de personas acomodadas de las provincias vecinas que sumaron sus quejas a las de los judíos. Finalmente, quizás Esdras trató de reconstruir la muralla de Jerusalén. *Esdras*, 4, 11-23, contiene un relato mal situado de semejante intento, realizado en el reinado de Artajerjes y detenido por haber sido denunciado a los persas. Como quiera que haya sido, las murallas no se terminaron y los matrimonios no se disolvieron. Cuando Nehemías llegó a la ciudad, unos catorce años después, encontró aquélla en ruinas y éstos vigentes.

Nehemías[26] fue un copero de Artajerjes I que obtuvo permiso para volver a fortificar Jerusalén. Esto ocurrió en el 444. Los atenienses habían sido expulsados de Palestina, la rebelión egipcia había sido reprimida, y Jerusalén parece que había sufrido a causa de incursiones beduinas (I *Esdras*, 4, 45-50; *Nehemías*, 1, 3). Así, pues, el permiso estaba justificado por las circunstancias. Nehemías era del partido monólatra[27]. En consecuencia, las clases acomodadas de los territorios vecinos recordando a Esdras, le fueron hostiles apenas hubo llegado (2, 10, 19; 3, 33), aunque (o, más bien, porque) tenían las relaciones más estrechas con las clases superiores de Jerusalén (6, 17 ss.; 13, 4 ss.; 23 ss., 28). Sus parientes políticos de Jerusalén probablemente eran aún más hostiles, lo cual explica el secreto de Nehemías en cuanto a sus planes y la rapidez de sus acciones (2, 11-18). Como gobernador persa, contaba con que la guarnición persa le apoyaba (2, 9; 4, 10, 17; 5, 10, 15 ss.; 7, 2; 13, 19), pero para realizar las reformas que deseaba tenía que ganarse al pueblo, que hasta entonces había estado del lado de los sincretistas.

En consecuencia, empezó con la restauración, de interés común, de las murallas de la ciudad. Los sacerdotes y la clase alta, obligados por la opinión pública, cooperaron (3, 1-32). Todo lo que sus adversarios en Judea se atrevieron a

hacer fue una escasa resistencia pasiva y el poner en circulación versos derrotistas[28]. Estaban en contacto con los forasteros (6, 17 ss.), y éstos pudieron haber pensado en una acción militar, pero no se atrevieron a arriesgarla (4, 2, 5 ss., etc.). Para compensar la carga impuesta a la población con la construcción (4, 4; 5, 18), Nehemías emprendió después la única reforma deuteronómica que con seguridad era popular entre la plebe: impuso la supresión de los intereses en los préstamos, la devolución de la propiedad embargada por deudas y el perdón de éstas. No hizo esto por orden oficial (como pudo hacerlo). Por el contrario, hizo de ello un gran espectáculo público en el que actuó contra los ricos prestamistas de dinero como campeón de los pobres (5, 7 ss.). Después condenó los impuestos para el sostenimiento del gobernador, pero agasajaba diariamente a ciento cincuenta «judíos» (probablemente jefes de los clanes locales) y modestos funcionarios[29]. Y reforzó la ciudad estableciendo en ella a personas de las poblaciones vecinas, probablemente partidarios suyos (7, 4 ss.). Aquí se interrumpen las memorias. En otra parte se habla algo sobre una fiesta al terminarse las murallas (*Nehemías*, 12), de una colección de libros sobre los reyes y los profetas (II *Macabeos*, 2, 13) y de una construcción adicional en el templo[30].

Las memorias se reanudan después de haber regresado Nehemías de una visita a la corte persa en el año 432. Evidentemente, confiado en el apoyo de Susa[31] y en su popularidad en Jerusalén, empezó ahora sus reformas religiosas. Primero expulsó del templo a Tobías, aliado del partido sincretista y gobernador de Ammon, a quien el alto sacerdote había dado habitación allí (13, 4-9). Además, tenía una habitación purificada. El nombre de Tobías y el de su hijo Yehohanan (6, 18) demuestran que la familia adoraba a Yahvé. Nehemías lo expulsó no por pagano, sino por sincretista. Así, pues, tenemos aquí de nuevo el conflicto con el sacerdocio acerca de la ley de pureza. Nehemías, un profano (6, 10 ss.), confiando en la tradición legal de su partido, contradijo al alto sacerdote en una cuestión de pureza.

Después, Nehemías atacó el control del sacerdocio sobre el templo. Estableció a los levitas en et templo y los ayudó con un impuesto del diez por ciento sobre la producción agrícola de Judea (13, 10-14). Los levitas eran sacerdotes a quienes había dejado sin empleo la destrucción de los santos lugares provinciales durante la conquista por Babilonia y la negativa del sacerdocio de Jerusalén a permitirles oficiar en la ciudad. Nehemías, asegurándoles un ingreso, ganó para él y para su partido un grupo de abnegados y útiles partidarios. En el templo podían imponer a los sacerdotes la observancia de su ley de pureza, en la ciudad podían ayudar a imponer la observancia del sabbath, descuidada hasta entonces por la gente del mercado con la protección, una vez más, de la clase alta local (13, 15-22).

Con los levitas, con su guarnición y con su apoyo popular, Nehemías pudo al fin atacar la cuestión de los matrimonios mixtos. Con vapuleos y torturas[32] hizo jurar a sus adversarios que de allí en adelante no permitirían tales matrimonios, y desterró a un nieto del alto sacerdote que se había casado con una hija de Sanballat, gobernador de Samaría, y a otros sacerdotes y levitas que habían hecho matrimonios análogos. Como los sacerdotes suelen estar divididos en facciones, Nehemías probablemente tenía algún apoyo sacerdotal y reforzó su posición con medidas para hacer ofrendas al templo (13, 31).

También aquí el motivo de la acción de Nehemías fue la creencia de que, por el matrimonio con adoradores sincretistas de Yahvé, tanto los sacerdotes como el culto se harían impuros (13, 29 ss.). En este caso el sincretismo es seguro. Sanballat dio nombres derivados del de Yahvé a sus hijos Delaiah y Shelemiah[33], pero su propio nombre atestigua la adoración de Sin (el dios lunar mesopotámico), y Delaiah y Shelemiah contribuyeron a la restauración del templo de Elefantina, en Egipto, donde una colonia de mercenarios judíos adoraba a Yahvé, Anath y Bethel[34].

Con estos acontecimientos y una oración terminan las memorias de Nehemías. Fueron escritas para defender sus actos, pues seguía siendo la oposición fuerte. No se sabe cuánto tiempo permaneció en el poder. No se le menciona en una carta dirigida a las autoridades judías en el 411[35]. Su conversión del populacho de Jerusalén al partido monólatra y la introducción en el templo de dicho partido, representado por los levitas, detuvo la tendencia del sacerdocio hacia el sincretismo. Mas para esto el culto monólatra había sobrevivido, si había de sobrevivir, como una religión de diáspora, relacionada con Palestina sólo por la tradición. La conservación de los lazos territoriales del judaísmo, con sus enormes consecuencias históricas, fue, pues, obra de Nehemías.

Así, en Jerusalén había vencido el culto monólatra, el sincretismo oficial quedaba ahora descartado y el privado fue desde entonces clandestino. Ahora el conflicto se desarrollaba entre el partido de Nehemías, «los separatistas», y el partido de los adversarios de Nehemías, «los asimilacionistas». En el lado separatista estaban algunos sacerdotes, la mayor parte de los levitas y la plebe de Jerusalén; en el lado asimilacionista estaban la mayor parte de los sacerdotes, las clases altas y posiblemente el campesinado judío. De esos grupos, las clases altas, los levitas y los sacerdotes están representados por material del Antiguo Testamento que revela sus caracteres e historias.

De las clases altas proceden probablemente las colecciones de Proverbios tan

ricas en experiencia del mundo (la mayor parte de 22, 17-31, 31)[36] y seguramente los restos del *Job* original (3-27), fechados en el siglo V por relaciones estilísticas y teológicas con el *Segundo Isaías* y por analogías sorprendentes con la tragedia griega, especialmente con *Prometeo encadenado*[37]. La falta de temperancia de Job le llevó a pedir justicia de Dios. La esencia del *Eclesiastés*[38], escrito un siglo más tarde, ridiculizó la pretensión humana de especular sobre esas materias. Los relatos cortos *Ruth*, *Jonás*, *Judith* y *Tobías* reflejan opiniones asimilacionistas y probablemente proceden de las clases altas, lo mismo que la exquisita poesía amorosa de *El Cantar de los Cantares*. Todos ellos se distinguen, como obras literarias, de las leyendas y las historias nacionales, de las leyes y las profecías conservadas por el partido monólatra. Este material literario es prueba de una clase profana culta, en contacto con la cultura del mundo circundante. Sus productos literarios cambian con la moda internacional: versos gnómicos en el siglo VI, drama poético en el V, reflexiones filosóficas en el IV (la analogía del *Eclesiastés* con Epicuro ha sido señalada con frecuencia), relatos románticos breves[39], y poesía erótica en el III y siguientes. Esa misma serie de obras demuestra que las clases altas llegaban a un arreglo con el judaísmo. El anterior material de los *Proverbios* y *Job*, 3-27, ignoran el ritual y la tradición de los judíos. El *Eclesiastés*, como muchos filósofos griegos, conoce una piedad popular que practica, pero en la que no cree[40]. Ruth celebra matrimonio con un moabita; Jonás representa a los gentiles instruidos por Yahvé y recompensados por su obediencia. Pero Ruth arguye desde el punto de vista de la leyenda nacional (2, 12; 4, 11, etcétera) y Jonás se interesa por la gloria del templo de Jerusalén (2, 5). Judith y Tobías son judíos meticulosos, pero las dos obras son defensas de los israelitas del norte y Judith celebra la conversión de un ammonita (prohibida por el *Deuteronomio*, 23, 4; cf. *Nehemías*, 13, 1). Así, pues, la clase alta mantuvo sus alianzas con los pueblos vecinos y no sólo se adaptaron ellas al judaísmo, sino que adaptaron el judaísmo a ellas.

Excepto los *Proverbios*[41], estas obras de las clases altas son composiciones originales, fechables aproximadamente y (salvo las interpolaciones) expresan consecuentemente las opiniones de los distintos autores. Los restos literarios de los levitas y de los sacerdotes son compilaciones de material viejo y nuevo, reeditado con tanta frecuencia que su formación se discute aún. Esto indica su diferente *Sitz im Leben* (su diferente lugar en la vida).

De los levitas tenemos las *Crónicas*, *Esdras*, *Nehemías* y los *Salmos*, mientras que acerca de ellos tenemos un cuerpo de material sacerdotal en *Éxodo*, *Levítico* y *Números*[42]. Éste se refiere a la obra de los levitas como «montar la guardia» en torno del templo, para protegerlo de la impureza[43]. Esta terminología militar y

este deber policíaco reflejan el uso que Nehemías hace de ellos para imponer sus leyes de pureza y del *sabbath*. Además de esto, llevan de un lado a otro la tienda de campaña y sus utensilios, sobre todo «el arca de la alianza». Esto refleja la práctica típica del Próximo Oriente de llevar en procesión una caja sagrada que representaba o contenía una deidad[44]. Los sacerdotes levitas de Jerusalén habían, pues, sacado el arca hasta el siglo VII (II *Crónicas*, 35, 3) y, probablemente a partir de la tradición levítica, la práctica fue adoptada por la sinagoga, aunque ahora la caja contenía la ley divina[45]. Manifiestamente, los levitas se mostraron activos en la sustitución general del servicio de la sinagoga por un sacrificio que hacia aquel tiempo transformó el culto palestino de Yahvé. De ahí el material homilético de las *Crónicas*[46] y su representación de los levitas como maestros de misión (II *Crónicas*, 17) y como intérpretes de la ley (cf. *Nehemías*, 8, un servicio de sinagoga).

En el templo los levitas intentaron desempeñar algunas funciones sacerdotales, pero los sacerdotes lo impidieron[47]. Después perdieron su poder policial y se fusionaron gradualmente con los cantores y los porteros[48]. Así, los «levitas litúrgicos» desaparecen de las *Crónicas*[49], y en el decreto de Antíoco III los levitas se convirtieron en cantores[50]. La importancia de los salmos en la sinagoga y en las *Crónicas*, lo mismo que el *Salterio*, refleja este cambio. El interés del *Salterio* por los pobres probablemente no sólo refleja la pobreza de los levitas, sino también la política de Nehemías y el hecho de que el partido separatista confiaba principalmente en la plebe de Jerusalén. Los héroes de la historia de su partido (*Crónicas-Esdras-Nehemías*) son David, que estableció a los levitas, y Nehemías, que los restableció[51]. Con el *Salterio* los levitas quizás produjeron la obra más influyente de la literatura occidental, el único libro de la Biblia que se lee en casi todos los servicios cristianos y judíos, y la lectura cotidiana de la piedad privada. Más de las tres cuartas partes de los salmos tratan de la liberación por Yahvé de enemigos que no suelen especificarse. La identificación histórica (si la hay) de los enemigos es un enigma; las consecuencias para la religión occidental de esta preocupación por los enemigos y por la liberación no podemos estudiarlas aquí.

En contraste con el material levítico, el *Pentateuco* sacerdotal es sorprendentemente contradictorio[52]. Esto refleja las divisiones internas del sacerdocio, algunos miembros de los cuales habían sido prominentes en los partidos sincretista y monólatra[53]. Al desterrar a un opositor del alto sacerdocio, Nehemías había ayudado a otro, probablemente a uno que seguía la línea del partido separatista y esperaba el apoyo, después de la muerte de Nehemías, de los levitas y de la plebe. En consecuencia, en el 411, cuando los judíos de Elefantina escribieron a Jerusalén pidiendo ayuda para la reconstrucción de su templo sincretista, no recibieron contestación del alto sacerdote Yehohanan[54]. Los levitas

estaban en la cumbre de su poder. Contaban con el apoyo popular que se había ganado Nehemías, el sacerdocio estaba dividido y el alto sacerdote dependía de ellos, muchos asimilacionistas habían sido desterrados, y el nuevo gobernador, un persa[55], tenía que ser cauto al principio. En este momento fecharíamos el intento que realizaron los levitas de desempeñar funciones sacerdotales en el templo. La inquietud causada por ello probablemente contribuyó a la decisión del gobernador persa de sustituir a Yehohanan por su hermano, muy probablemente el hermano que se había casado con la hija de Sanballat y tenía el apoyo de las autoridades samaritanas, que eran amigos del gobernador. Cuando su decisión fue impedida por el asesinato de su candidato, se vengó poniendo un impuesto sobre los sacrificios en el templo. Esto y el escándalo del asesinato contribuyeron sin duda a que el partido separatista perdiese poder hacia fines de siglo V. Sin embargo, todavía contaban con el fuerte apoyo de la plebe, no sólo gracias al recuerdo de Nehemías y a las leyes deuteronómicas para los pobres, sino también a las populares enseñanzas y predicaciones de los levitas.

Los asimilacionistas, al recobrar el control, fueron moderados. Los levitas siguieron siendo subordinados en el templo, pero permanecieron en él. Las *Crónicas* y los *Salmos* los muestran reconciliados con sus superiores sacerdotales. Y los sacerdotes recopilaron una nueva edición de las leyes y añadieron leyendas, sustancialmente el actual *Pentateuco*[56], que incluye material de los dos partidos y se ganó la fidelidad de ambos.

Dicha recopilación, que comprende códigos con preceptos contradictorios, presupone una exégesis armonizadora. Los exégetas eran primordialmente los sacerdotes, las autoridades, por gracia del Gran Rey, en cuestiones de ley del culto. (La ley pentatéutica es ley cultual: los preceptos que deben observar los adoradores de Yahvé; sólo raramente se tocan cuestiones de derecho civil y criminal). Sin embargo, el partido separatista siguió su propia tradición exegética. Las *Crónicas* hacen jueces a los levitas (lo que quizás es falso)[57] y maestros de la ley (II *Crón.*, 17, 7 ss.; 35, 3, probablemente cierto). Ateniéndose a dicha tradición del partido, hasta un profano podía contradecir a un alto sacerdote. Nehemías lo había hecho, y lo harían los macabeos, los esenios, los fariseos y los cristianos. Esta tradición de exégesis profana había de convertirse en una de las características más importantes del judaísmo.

Volvamos al texto interpretado: los levitas fueron propiciados con la inclusión (como apéndice) de su amado código deuteronómico con sus muchas disposiciones en beneficio de los pobres[58]. Con esto vino la orden de que la ley debía ser estudiada constantemente (6, 6 ss., fundamento de la práctica rabínica) y

el mandamiento de amar a Yahvé (6, 5, nexo entre las tradiciones jurídica y mística). Otro elemento deuteronómico fue la limitación de los sacrificios a Jerusalén (12, 5 ss.) y el consiguiente permiso para matar animales domésticos no como sacrificio (12, 15 ss.). Los sacerdotes de los santuarios rurales de Yahvé, oponiéndose a la limitación de los sacrificios a Jerusalén, habían recopilado un contra-código y puesto a la cabeza del mismo (y esta enfática posición indica un propósito polémico) la vieja prohibición de matar sin sacrificio. Este «código de santidad» lo incluyeron también los editores sacerdotales en su colección (*Lev.*, 17-26).

Los intereses de los editores mismos[59] están representados por el grueso de las leyes: ritual diario y festivales, sacrificios, diezmos, promesas y otras fuentes de ingresos para el templo, leyes de pureza (y, por consiguiente, leyes matrimoniales). Como aristocracia hereditaria estimaban las genealogías y añadieron a la leyenda nacional algunas falsas[60]. Otras adiciones reflejan el creciente poder y las pretensiones a la realeza del alto sacerdote[61] (pretensiones escasamente posibles hasta la caída de la administración provincial persa en el siglo IV), que culminó en la rebelión de los sátrapas. Pero otras representaban los intereses del partido asimilacionista: hay indulgencia para los antiguos ritos populares y, al mismo tiempo, se introducen nuevos elementos, con frecuencia de inspiración babilónica: cada año los pecados de la gente se descargarán sobre un chivo que se enviará del templo al desierto para Azazel[62]. Hay mucha más amistad hacia los pueblos vecinos[63]. Particularmente importante es la creación de un nuevo concepto jurídico, el de «prosélito»: el extranjero que ha aceptado la ley está sujeto a todas sus exigencias y goza de todos sus beneficios. El sometimiento de los residentes extranjeros a los preceptos de la ley del culto había comenzado con el código de santidad[64], pero los privilegios de la ley (participación en los beneficios de los israelitas, expiación y purificación) sólo se les concedían ahora[65]. Esto hizo posible para los no judíos ser purificados. Así, inmediatamente, se contestó a la objeción del partido separatista al matrimonio mixto como contaminación y remotamente, a fines del período helenístico, el judaísmo se convirtió en una gran religión proselitizante y preparó sus auditorios para el cristianismo. La consecuencia inmediata demuestra la fecha de la legislación: ni Esdras ni Nehemías conocieron la posibilidad de que pudieran ser prosélitas las esposas extranjeras.

El éxito del *Pentateuco* como código de compromiso llegó a su clímax al ser aceptado en Samaría. Para procurar esto (ya que los samaritanos podían haber tenido su propio culto sacrificial de Yahvé), los preceptos deuteronómicos que prohibían los sacrificios fuera de Jerusalén tuvieron que ser «explicados», pero tal exégesis ya se había desarrollado para conciliar el código deuteronómico con el de

santidad. La aceptación samaritana del código de Jerusalén fue motivada por consideraciones políticas. En la desintegración del imperio de Artajerjes II, una unión cultual en Yahvé de los judíos y los samaritanos podía constituir un importante poder. Sin embargo, a causa del séquito popular de los separatistas en Judea, tal unión no podía ser segura a menos que los samaritanos aceptasen la ley de Jerusalén. La aceptación fue facilitada por el parentesco de las poblaciones[66]. (Hasta los autores de las *Crónicas*, cuando no escribían polémicamente, se referían despreocupadamente a los palestinos septentrionales como «israelitas»[67]). Finalmente el *Pentateuco* estaba compuesto en gran parte de obras que encarnaban tradiciones israelitas comunes a Samaría y Judea. Su aceptación a lo sumo revivió algunas costumbres casi extintas, como la observancia del sabbath (*Nehemías*, 13, 15 ss.) y contribuyó a la desaparición de otras, como el culto con sacrificios en los santuarios locales. (El santuario local no podía competir con la sinagoga local; la oración y la loanza eran más baratas que el sacrificio [cf. Estrabón, *Geografía*, 16, 2, 36]). En Samaría la imposición era laxa; seguía habiendo allí nombres sincretistas en tiempo de Alejandro[68]. También tenemos monedas de Jerusalén de aquel período con cabezas de hombres y el búho de Atenea, y una de ellas con una deidad, quizá Yahvé a la manera griega, sentada en un trono alado y mirando hacia una máscara dionisíaca[69].

El poder político formado por la nueva unión de cultos (e indicado por la nueva acuñación) probablemente se alió con Egipto cuando Taco, can ayuda espartana, invadió Palestina en el 360[70]. La unión de los judíos con los espartanos puede datar de este tiempo[71]. Artajerjes III recobró la ciudad a fines del 350 y desterró a muchos miembros del partido antipersa[72]. Los libros de los profetas que fueron coleccionados hacia este tiempo, tienen brotes de pasajes más o menos interpolados que denuncian la alianza con Egipto *ex eventu*[73]. El cambio de partidos en Jerusalén pudo haber enfriado temporalmente las relaciones con Samaría[74]. Pero ello fue pasajero. A los veinte años llegó Alejandro.

19. Siria bajo los persas

La historia de Siria durante los dos siglos de dominación persa no está en absoluto completa. Mientras la evolución religiosa del judaísmo se deja seguir en sus grandes líneas, gracias sobre todo al Antiguo Testamento y a los documentos originales que allí se contienen, sólo han llegado hasta nosotros, en cambio, algunos detalles de la historia de Siria, y más o menos por azar. Por Siria entendemos aquí la región comprendida entre Poseidón, al norte, y la frontera egipcia. Es el V *nomo* (distrito fiscal) de Heródoto, la tierra que unía a Egipto y Mesopotamia, que desde los primeros tiempos ha desempeñado un importante papel intermediario en la historia de Asia Menor.

Lo característico de Siria, en términos geográficos, es su enorme longitud, pues el país se extiende por más de 700 kilómetros, desde la desembocadura del Orontes hasta la región situada al sur de Gaza. Es mucho menor su anchura, ya que, en su lugar más ancho, no pasa de 250 kilómetros. Las regiones más importantes de Siria son, empezando en el norte, la tierra entre el mar Mediterráneo y el curso medio del Éufrates: es ésta la Siria propiamente dicha, llamada *Seleucis* en la época helenística; a continuación, hacia el sur, la *Koilosyria*, cuyo nombre griego significa la «Siria hueca», lo que constituye probablemente una deformación etimológica popular de un antiguo nombre autóctono; más hacia el sur está *Palestina*, que toma su nombre del de los antiguos filisteos. El borde litoral, entre Arados al norte y Acco, la futura Tolemaida, al sur, la ocupan las grandes metrópolis mercantiles fenicias, de las que Biblos, Sidón y Tiro son las más importantes. Por lo demás, la delimitación recíproca de las diversas regiones es en gran parte variable y a menudo constituye un tema de discusión; baste decir aquí, por ejemplo, que el sentido del término Celesiria (*Koilosyria*) ha sufrido en el curso del tiempo varias transformaciones, y que designaba primitivamente una región mucho más extensa, más o menos toda Siria (con excepción de Fenicia). En la época helenística pertenecía también a Siria la *Comágene* (la región situada entre los montes Amano, las estribaciones orientales del Tauro y el Éufrates). Sin embargo, la *Comágene* perteneció con toda probabilidad hasta fines del siglo V a. C. al estado vasallo persa de Cilicia. De su destino durante el siglo IV nada sabemos.

Las poblaciones de Siria son tan distintas como sus regiones. En la parte

norte del V *nomo* de Heródoto habitan arameos, a los que encontramos también en vastas regiones de Mesopotamia. Están etnográficamente emparentados con los cananeos. La población de Palestina fue en una época cananea, pero, al ocupar la tierra los pueblos israelitas, los cananeos les tuvieron que ceder el terreno, aunque en muchos lugares se unieron con ellos. Al grupo de los cananeos pertenecen también los fenicios.

Según Heródoto, el V *nomo*, al que por lo demás pertenecía también Chipre, había de pagar al rey de Persia un tributo anual de 350 talentos. No cabe duda que una gran parte de éste habían de proporcionarlo las ciudades mercantiles fenicias. En Fenicia terminaban las rutas caravaneras procedentes del Asia central; y desde allí, cargados en barcos fenicios, los productos de Asia, ante todo metales y especias, así como los propiamente fenicios, especialmente vidrio y púrpura, llegaban al mundo entero.

Poco después del hundimiento del imperio neobabilónico (caldeo) el año 539, Siria había caído en poder de los persas, probablemente el año 534. Siria y Fenicia pertenecieron primero a la gran satrapía de *Babilu u Ebir-nari* («Babilonia y la tierra del otro lado del río», esto es, Siria). Sin embargo, la administración de una satrapía tan grande resultaba difícil; el sátrapa tenía su residencia en la antigua ciudad real de Babilonia, lejos de Siria. Se decidió, pues, separar las regiones situadas al oeste del Éufrates. *Ebir-nari* (en arameo *Abar-Nahara*) se convirtió en otra provincia con un sátrapa propio.

El sátrapa residía, al parecer, en la ciudad de Trípoli. Las ciudades-estado fenicias se consideraban más o menos como aliadas y no como súbditas del Gran Rey, y por regla general en sus asuntos internos no se entrometía el gobierno persa central. El resto de Siria fue dividido en una serie de pequeñas satrapías subordinadas (en griego se solían designar como *hiparquías*). De éstas están atestiguadas por las fuentes: Samaría, Idumea, Moabitis y Amonitis.

Desde el punto de vista económico, la satrapía de *Abar-Nahara*, como se la llamaba en lenguaje persa oficial, esto es, en el arameo del reino, constituía una unidad altamente productiva. Sin duda, no siempre fue fácil abarcar en una gran unidad política viable los numerosos pueblos del país, que por su procedencia, su pasado histórico, su religión y, finalmente, por sus intereses económicos, eran diversos. Pero los persas eran extraordinariamente tolerantes, y esta tolerancia la apreciaron los pueblos de Siria, sobre todo en materia de religión, con particular agradecimiento. Si bien no faltaron conmociones ocasionales, provocadas las más de las veces por los anhelos de independencia de las metrópolis fenicias, la

administración persa en conjunto logró despertar confianza en los habitantes, incorporar Siria al imperio y, además, fomentar cierto sentimiento de patriotismo imperial; en efecto, la población se vanagloriaba con legítimo orgullo de pertenecer a un imperio que durante muchos decenios había sido una verdadera potencia mundial y que era, en su época, la única.

Los sátrapas persas se arraigaron en el país. En Siria gobernaba la familia de Belesis, que poseía extensos bienes raíces en el país. Jenofonte menciona un castillo y un jardín zoológico del sátrapa, cerca de Alepo (Jenofonte, *Anábasis*, I, 4, 10). El valor particular de las ciudades fenicias consistía para el Gran Rey en su flota, la cual participó en todas las grandes empresas y, las más de las veces, con éxito. Los fenicios lucharon durante la sublevación jónica contra la flota de los jonios de Asia Menor; participaron de modo decisivo en las batallas navales de Artemisio y Salamina, y combatieron junto al Eurimedonte y en Egipto, donde contribuyeron a la derrota de los atenienses cerca de Menfis. En Egipto lucharon bajo el mando de Megabizo, quien más adelante fue nombrado sátrapa de *Abar-Nahara* (Siria) (¿454?).

Megabizo era nieto del individuo de igual nombre que aparece como partidario de Darío I en la conspiración contra el mago Gaumata, el falso Esmerdis. El nieto era uno de los hombres de confianza de Jerjes y fue muy estimado también por su sucesor Artajerjes I (465-64 a 425). El año 448 intentó hacerse independiente, como sátrapa de Siria, de la soberanía del Gran Rey, y en las luchas contra los persas realizó, al parecer, prodigios de valor; sin embargo, finalmente decidió reconciliarse con su soberano. Por lo demás, se había apoyado para su sublevación en mercenarios griegos, que eran apreciados en el mundo entero como excelentes guerreros.

Proviene de la primera mitad del siglo V a. C. un célebre documento arqueológico de Fenicia: el sarcófago del rey Eschumunazar de Sidón. El monumento funerario, hecho de basalto negro, es un sarcófago de los llamados antropoides. Fue encontrado hace más de 100 años, en 1835, cerca de la antigua Sidón (actualmente Saida). Se trata de un trabajo inconfundiblemente egiptizante. Pero al historiador le interesa sobre todo su inscripción en lenguaje fenicio, cuya parte más importante reza: «Y además nos dio el Señor de los Reyes Dor y Jaffa, las magníficas tierras de trigo situadas en el llano de Sarón, en correspondencia a los hechos formidables que realicé, y las añadimos a los territorios del país, para que pertenecieran para siempre a los sidonios».

Hablan muchos indicios a favor de que por «los hechos formidables» hay

que entender la participación de las naves fenicias, especialmente de las sidonias, en la expedición de Jerjes del año 480 contra la Hélade[1]. Así, pues, Jerjes, según la inscripción, habría asignado al rey de Sidón los fértiles campos del llano del Sarón, regalo que para los sidonios hubo de ser particularmente valioso, dado que el territorio interior de Sidón, muy reducido en extensión, apenas bastaba para el abastecimiento de la población urbana. No se sabe si las otras ciudades fenicias que participaron en la lucha contra los griegos (Tiro y Arados) fueron o no recompensadas en esta forma.

Ya a principios del siglo V el arte fenicio muestra, al lado de las influencias egipcias usuales, claras influencias griegas. Constituyen un signo indiscutible de la presencia de artistas griegos en aquel país de antigua civilización. Las dos cabezas del sarcófago antropoide de Sidón[2] muestran rasgos del arte del relieve griego contemporáneo. Allí crearon escultores griegos (probablemente jonios) unos monumentos que se apartan manifiestamente de las creaciones artísticas del antiguo Oriente.

El vasto radio del comercio fenicio lo atestigua un decreto ático, conservado casualmente, en honor del rey Estratón de Sidón[3]. El rey fue contemporáneo aproximado de Nicocles de Chipre y del macedonio Filipo II, padre de Alejandro. Los atenienses confirieron formalmente a Estratón y sus descendientes la *proxenia*, esto es, la ciudadanía honoraria, lo que llevaba aparejados considerables privilegios. En el decreto honorífico puede leerse que el Consejo ateniense mandó establecer *symbola*, es decir «comprobantes» (*tesserae hospitales*), como se usaban en las relaciones entre estados amigos y ligados por tratados de hospitalidad mutua. Desde el punto de vista de su función cabría compararlos con los anillos de sellar (en latín *symbolum* significa anillo de sellar). El decreto ático presupone la presencia de delegados que viajaban en ambos sentidos entre las dos ciudades.

El acontecimiento más importante de la historia de Siria y Fenicia es, a mediados del siglo IV, la defección de Tenes, rey de Sidón (350 o 349 a. C.). De esta sublevación tenemos un relato histórico relativamente completo en la *Historia Universal* de Diodoro (XVI, 41 ss.), que proporciona gran diversidad de detalles. La rebelión está obviamente en conexión con el ataque de Artajerjes III Oco contra Egipto, del año 351 (?). No sabemos cómo transcurrió esta expedición en detalle; lo único perfectamente seguro es que terminó en un fracaso, con lo que provocó la defección de la ciudad mercantil fenicia. El movimiento tuvo su origen en la ciudad de Trípoli (entre Arados y Biblos), que tenía tres distritos, que distaban aproximadamente un estadio uno de otro: el de los aradios, el de los sidonios y el de los tirios.

Las ciudades fenicias solían celebrar en Trípoli sus sesiones conjuntas de consejo, Al parecer, los sátrapas y los estrategos persas, que vivían en el distrito sidonio, se comportaron frente a los sidonios con altanería y presunción; provocados por tal actitud, éstos se habían decidido en favor de la rebelión. Establecieron un enlace con el rey Nectanebo II, de Egipto, que había rechazado el ataque de los persas. Los rebeldes destruyeron el parque del Gran Rey cerca de Sidón y prendieron fuego a las reservas almacenadas para el aprovisionamiento de la caballería persa. Sin embargo, la cólera principal de los sidonios iba dirigida contra los funcionarios persas, quienes fueron aprehendidos y entregados a la venganza del pueblo.

El Gran Rey reunió en Babilonia un ejército considerable y marchó hacia Fenicia, donde los sátrapas Belesis de Siria y Mazeo de Cilicia le prestaron ayuda armada. En cambio, Nectanebo II envió a los sidonios cuatro mil mercenarios griegos, a título de auxilio, bajo el mando de Méntor de Rodas. Con las ciudades fenicias, éste logró vencer a los sátrapas persas, quienes se vieron forzados a evacuar grandes zonas de Fenicia. La situación empeoró para los persas por la defección de nueve príncipes chipriotas que hicieron causa común con los fenicios. Así, pues, los disturbios se fueron extendiendo. Incluso Cilicia y Judea fueron afectadas por ellos; al parecer, los judíos fueron desplazados coactivamente a Babilonia y a la lejana Hircania, junto al mar Caspio. Además, una tabla con escritura cuneiforme de Babilonia informa acerca de prisioneros de Sidón (*Sidanu*), que llegaron a Babilonia y Susa en octubre del 345. Sin embargo, esta fecha no señala en modo alguno el fin de la sublevación fenicia.

La superioridad numérica persa indujo finalmente al rey sidonio Tenes a entablar negociaciones secretas con el Gran Rey Artajerjes III Oco. También Méntor estaba iniciado en el secreto de estos proyectos. Según se dice, Tenes se las arregló, en forma desleal, para que cayeran quinientos de los más distinguidos ciudadanos de Sidón en manos del Gran Rey. La ciudad misma estaba muy bien equipada para la defensa, pero cayó en poder de los persas por traición de su soberano. Previamente, los sidonios habían incendiado todas sus naves para impedir que se utilizaran para la fuga. Cuando los persas escalaron los muros y comenzaron a prender fuego y a saquear la colmada ciudad, muchos de sus habitantes se arrojaron con sus familias a las llamas; se dice que perecieron unas cuarenta mil personas. El Gran Rey fue capaz de sacar provecho de ese montón de ruinas humeantes que antes fuera una próspera ciudad marítima: entre los escombros se encontró gran cantidad de plata y oro, que había sido fundido por las llamas.

Sin embargo, la destrucción no parece haber tenido las proporciones

catastróficas que se pueden deducir del relato de Diodoro (XVI, 45, 5-6), porque Sidón no tardó en volver a estar habitada. Las otras ciudades fenicias volvieron a caer bajo el dominio de los persas (probablemente el año 344 o 343), aunque por un período de tiempo relativamente breve. Al parecer, a Alejandro después de la batalla de Isos el año 333/32, Sidón le hizo un recibimiento grandioso, en tanto que Tiro se negó a abrir sus puertas al macedonio. Ya hemos relatado en otro lugar cómo rompió Alejandro la resistencia de los tirios. La ciudad de Sidón recibió de Alejandro un nuevo rey, Abdalónimo. El nombre revela que se trata de un fenicio; tal vez sea el titular del célebre sarcófago de Alejandro, aunque los historiadores han sugerido también otros personajes históricos.

20. Arabia

«Los árabes nunca estuvieron sometidos a los persas, pero se hicieron sus aliados cuando permitieron a Cambises el paso hacia Egipto en el 525; porque si los árabes no hubieran estado de acuerdo, los persas no habrían podido irrumpir en Egipto». Así lo leemos en Heródoto. En otro lugar dice que en la ruta a Egipto hay un enclave con establecimientos mercantiles que pertenecen al rey de los árabes, y en una tercera referencia, que el país de los árabes está libre de impuestos[1].

Esta situación tenía una historia previa: hacia el 735 a. C., el rey de Asur había nombrado a un tal Idib'il gobernador de las tribus que vivían frente a la frontera egipcia y le había otorgado potestad sobre 15 (?) poblaciones (aquí el texto está dañado). ¿Eran acaso éstos los antepasados de los árabes mencionados por Heródoto? ¿O eran descendientes de la primitiva capa de árabes septentrionales de la que se trata en el vol. 4 de esta serie?

Entre los individuos que se enfrentaron con hostilidad a Nehemías cuando se presentó en el 445 en Judea, por encargo de la corte persa, para organizar la región como provincia y restaurar la muralla de Jerusalén, había también un árabe llamado Geshem (Gashmu o Gusham). De Nehemías 4,1 se desprende que la tribu de Geshem vivía al sur, o sea, que había avanzado desde Edom hasta la costa occidental del mar Muerto.

Un feliz hallazgo en el Uadi Tumilat, antiguo acceso a Egipto, al sur de la ruta litoral, nos da una información mejor: dos copas de plata, labor persa de alrededor del 400, con inscripciones arameas. En ellas se dice: Qainu, hijo de Geshem, rey (o: ¿y rey?) de los qedar[2]. Hay que ver probablemente en él a un nieto del Geshem bíblico, pero no a éste mismo. Pero, en cualquier caso, no se los puede separar (no debe sorprender que Nehemías silencie el título al mencionar el nombre de Geshem, porque con el gobernador de Samaría hace lo mismo). En lugar «de los qedar» (tribus) podría también traducirse «de Qedar» (locativo). Ahora bien, es probable que este lugar fuera el antecesor de la que posteriormente había de ser la célebre ciudad de Petra[3].



Fig. 8. Arabia

En la Arabia noroccidental se conservó hasta 1884 (desde entonces se encuentra en el Louvre), en el oasis de Taima’ (Tema), un curioso monumento de la anterior soberanía de Asiria y Babilonia y de la de los persas de entonces. En una estela, anterior al 450, se informa en arameo de la entrada en la ciudad del dios Salm, representado en indumentaria asiria, y de su acogida entre los dioses de aquélla; en la inscripción también se fijan los ingresos de su templo y se confirma en su cargo, como sacerdote, al hijo de un egipcio que lleva un nombre babilonio[4]. Así, pues, el arameo, que en muchas regiones de habla extranjera del reino persa era de uso oficial, se había impuesto también aquí. En el vecino Dedan se encuentra una inscripción aramea grabada en una roca, uno de los llamados *grafitos*. Son de unos decenios anteriores unos grafitos e inscripciones, entre ellas una de la tumba del rey de Dedan, escrita en una variante posterior de la escritura arábigo-septentrional antigua. Pero la paz no duró mucho: en efecto, por grafitos de los alrededores de Taima’ se nos informa de una guerra contra Dedan, a fines del siglo V, y de otra en las inmediaciones[5]. Preocupado por sus tributos y por el comercio de sus súbditos, el gobierno persa parece haber enviado entonces a Dedan un *peha*, esto es, un gobernador, a menos que lo hubiera ya anteriormente.

El cargo y el título pasaron más adelante a naturales del país (véase vol. 6).

Nagran, «el valle más ameno de la Península», fue durante un milenio aproximadamente la frontera de Arabia meridional. En las aldeas de esta región de oasis y, en parte también, en la ciudad del mismo nombre, vivía una comunidad con el nombre de *amir*; decimos una «comunidad» y no una «tribu», como normalmente suele decirse, porque esto podría inducir al lector a error. En efecto, las tribus comprendían, en el campo, comunidades de campesinos y pastores y, en la ciudad sin embargo designaba a los habitantes de un barrio, que se dividían a su vez en clanes y familias. Además, lo que suele designarse como «tribus», esto es, comunidades de pastores nómadas, las más de las veces criadores de camellos, sólo se da en el sur de Arabia en el siglo II a. C. En esta zona, entre los rebaños de los *amir* había camellos y aparte de allí solamente entre los de sus parientes. A partir de estos indicios y de los posteriores se llega a la conclusión de que servían animales para las caravanas que llevaban incienso y mirra hacia el norte (Ghul, II, 433 ss.).

Dos jornadas más al sur se extiende el oasis de Ragma, con una ciudad y numerosas aldeas. ¡Cuánto nos gustaría redescubrir en ella la Rama bíblica de Ezequiel 27, 22! Ragma y Nagran aparecen por vez primera en una larga inscripción (R 3945), en donde el gobernador sabeo Uatar relata hacia fines de su vida, alrededor del 490, las conquistas que ha realizado, para honra de dios y bien de su pueblo. Confiando en un oráculo, Karib'il había sitiado durante tres años las ciudades mineas de Nashan y Nashq, hasta que se rindieron. Nashq fue agregada a Saba', y Nashan fue convertida, en condiciones humillantes, en su vasallo. Al rey de la ciudad minea de Kamnah y al de Haram (un distrito que ocupaba un lugar intermedio entre las culturas mineas y las sabeas) les fue asignada parte de las tierras conquistadas, porque se habían mantenido neutrales. Entonces Karib'il arremetió contra Ragma y Nagran y las venció en batalla campal. Perdieron miles, entre muertos, prisioneros y cabezas de ganado (incluso si borramos uno o dos ceros, como hay que hacerlo en algunos pasajes del Antiguo Testamento y en las inscripciones de los reyes asirios). Ragma fue sometida a tributo.

Ma'in se extiende al norte y noroeste de los otros tres reinos del sur de Arabia, Saba', Qataban y Hadramot. Se llamaba oficialmente «Ma'in y Yathil», los nombres de la capital y de la ciudad que la seguía en importancia, pese a que, según acabamos de ver, comprendía también otras ciudades. Incluso los habitantes de la capital se llamaban *ma'in*, e igualmente el pueblo entero; en ambos sentidos utilizamos aquí el término de «mineos». El país había sufrido mucho bajo los sabeos y siguió siendo, hasta el fin de la época aquí examinada, su vasallo o su

aliado.

Ma’in se distinguía de los demás reinos por la solidez de su monarquía y por su constitución urbana. También dependía el país, más que los otros, del comercio. Éste fue aumentando a partir de la fundación de una colonia en Dedan, cuyos comienzos se sitúan a mediados del siglo IV[6]. Servía ésta de estación de relevo para las caravanas y estaba fortificada. Más adelante se estableció una estación secundaria en el oasis de Higra (Egra o al-Higr), unos 15 km más el norte, allí donde la ruta de Taima’ desemboca en la del incienso.

Los mineos crearon asimismo colonias en el sur de Arabia, en Sirwah, en Saba’, en Timna’ y en Shabwat (N 82); las dos últimas eran las capitales de Qataban y Hadramot, respectivamente. En Timna’, y más aún en Dedan, se encuentran muchos ejemplos de la influencia de costumbres extranjeras en los colonos. La autoridad llevaba en Dedan el título de «Los dos Presidentes de la Colonia y de los Mineos de la Colonia». Allí hubieron de hacer parada, en tiempos de paz y contra pago de derechos de paso, los sabeos, según lo muestran los sabeísmos de una inscripción famosa (R 3022). En otro caso, aquéllos habían de tomar el camino más difícil de Yathrib (Medina), por Khaibar y Taima’, a la región del Jordán oriental. Todos los colonos mineos o, mejor dicho, sus antepasados, provenían de Yathil, y casi todos tenían allí parientes.

La inscripción real más antigua[7] se sitúa a fines del siglo V. La reproducimos, porque no tiene par; está dividida en tres partes: (*primera parte*) «Ammiyatha’ Nabat, hijo de Abikarib, rey de Ma’in, juntamente con los mineos y yathilos, despedazó su faz e hizo penitencia ante ’Athtar…, porque había eliminado de Sus Templos en la ciudad de Yathil documentos de *ciertos hombres*, documentos de los mineos y de sus *donativos* (*segunda parte*) y porque él había transgredido la disposición proclamada acerca de la tierra ribereña de Yathil, en la que ponía la tierra ribereña bajo la protección de los dioses de Ma’in y Yathil, para que no fuera habitada (*tercera parte*) y porque *determinadas comunidades* no se han preocupado por los donativos de los mineos para el Señor (Ba’l) de Yathil para ’Athtar… y para los (demás) dioses de Ma’in y Yathil».

El Señor (Ba’l) de Yathil, mencionado al final, es el mismo que el dios ’Athtar del principio. La «tierra ribereña» eran campos regados artificialmente, en tanto que la corriente ocasionada dos veces al año por la lluvia del monzón llenaba los *uadis*. Nótese que el pasaje habla de «sus templos», aunque sólo se nombra uno. En la segunda parte aparece la curiosa fórmula final: «poner… bajo la protección de los dioses», que aparece posteriormente de forma constante al final de las

inscripciones votivas. Constituye un testimonio del terror de los mineos y otros árabes meridionales ante la maldición que protege, entre sus vecinos, los documentos y sus objetos contra alteración.

En la parte 1 y 3 se habla del mismo hecho, esto es, de que el rey, de acuerdo con los donadores y los receptores, había alejado de varios templos ofrendas votivas, juntamente con los documentos correspondientes. Para la comprensión del sacrilegio cometido por el rey, recordamos que, más arriba, no hemos explicado que todos los colonos mineos provenían de Yathil. Esta explicación hay que leerla aquí entre líneas. Los alrededores rurales de la ciudad de Yathil ya no podían abastecer a una población en aumento. En consecuencia se prohibió estrictamente el empleo con fines urbanísticos de la tierra aprovechable para la agricultura. Así, pues, contra pago de una cantidad elevada, el rey había violado, mediante concesión de una excepción, su propia disposición. Había alegado para hacerlo un caso de urgencia. Los sabeos habían llevado a cabo con éxito una expedición militar contra el sur y preparaban ahora una empresa contra el norte, de modo que en Ma'in había que armarse. No era ésta ciertamente la primera vez que el derecho divino era violado en circunstancias similares. Pero esta vez la cólera de los dioses estalló. Los mineos y sus aliados fueron derrotados. En su retirada los sabeos sitiaron Yathil hasta que hubieron robado la cosecha, destrozado los diques de riego y quemado las tablas de las compuertas de los canales. Precisamente por esto el rey, al frente de una procesión de penitentes, fue en Yathil y Ma'in de un templo a otro. Inmediatamente se anunció esta acción, por medio de una inscripción, a los hombres y los dioses; la premura explica el error más arriba mencionado. Pero aún queda por explicar por qué se dice en la primera parte *ciertos hombres*, y en la tercera *determinadas comunidades*: se hizo así con objeto de proteger a los individuos que habían cooperado en el sacrilegio real contra determinados castigos divinos, después que ya habían sufrido los de la colectividad.

Constituía un *nobile officium* de los mercaderes enriquecidos, y de los mineos que vivían en el extranjero en general, hacer algo por su patria, como p. ej. renovar las fortificaciones de Ma'in y Yathil. Por supuesto, también los residentes, los reyes, jefes de familia, árbitros judiciales, sacerdotes, etc., patrocinaban construcciones de esta clase y, más a menudo aún, templos, altares y obras de riego. Ya en la más antigua de estas inscripciones (R 2771; T 11), de alrededor del 370 a. C., hay noticias acerca de un viaje comercial del autor de la inscripción a Egipto, Gaza y Siria/A'shur[8] con una copia de un antiguo protocolo en conexión con el procedimiento a seguir en esta clase de trabajos públicos: al comienzo de la inscripción se designa el autor a sí mismo y los suyos como súbditos leales del rey, lo que significa que habían pagado los impuestos[9] y no efectuaban, pues, las

buenas obras a expensas del fisco. A continuación el autor debía contraer frente al dios, esto es, con su templo, un compromiso de pago, y cumplirlo. Luego, entregaba al templo, que actuaba como banco e incluso como cooperativa de mejoramiento, un impuesto de cosecha por un importe inferior al del rey y además, en ocasiones, la décima parte del diezmo (¿acaso del producto de plantaciones de palmeras?)[10]. Entretanto se llevaba a cabo la construcción, que se terminaba con un sacrificio. Luego llegaba el asunto ante el rey y el consejo, quienes acordaban a los fundadores la inmunidad (?)[11] y la facultad de ocupar cargos públicos. A menudo, el rey concedía también a los fundadores alguna tierra, donativo que al principio requería una inversión de dinero y de trabajo y sólo prometía beneficio para más adelante.

En la inscripción anteriormente mencionada se prolonga el procedimiento por el hecho de que tanto el fundador y sus primos como sus padres tenían deudas con los dioses, es decir, con los templos. Así, pues, habían de ser declarados por la asamblea popular de Ma'in y Yathil como libres de deudas antes de poder presentarse ante el rey y el consejo.

En *Saba'* el dominio de la casta de los makrab parece haber llegado al poder alrededor del año 510 mediante un golpe de estado de algunos príncipes de la casa real bajo la dirección de Karib'il Uatar. El gobierno de éstos duró aproximadamente unos doscientos años. Se puede emplear la palabra gobierno si por ello se entiende que el poder fue ejercido por una serie de regentes sucesivos, lo que sólo se aplica probablemente a la segunda generación y a uno que otro miembro de las posteriores. En efecto, dadas las tres y aun cuatro líneas en las que simultáneamente al menos un miembro podía hacer valer sus derechos al poder, una sucesión regular al trono parece imposible. Sin embargo, el país era vasto, y con los bienes reales y las conquistas de Karib'il poseían los makrab tanta tierra, que los jefes de familia podían gobernar allí sin estorbo.

El reino que Karib'il había reunido en incesantes campañas se fue reduciendo paulatinamente. Hacia el año 400 emprendió Sumhu'-alay Yanaf[12] una expedición contra la otrora aliada Qataban, según lo informa su intendente, lleno de orgullo por haber equipado la tropa. Primero adoptó el título de rey un makrab, y luego dos parientes suyos. Juntamente con otros tres príncipes, llevaron a cabo contra Qataban (R 3858) [13] una guerra de al menos cinco años. Siguió luego un nuevo Karib'il Uatar, pero éste no gobernó en Marib y residió, por consiguiente, en Sirwah[14].

El lugar del gran conquistador fue ocupado por un gran constructor, Yada'il

Dharih. Levantó en Sirwah y en otros lugares templos dedicados a Alamqah, el dios nacional de los sabeos, pero ante todo construyó la gran muralla oval del templo de ’Auwam (y quizás el propio templo) junto a Marib. Cabe seguir la historia de la construcción de la parte occidental —la parte oriental sólo pudo ser objeto de un estudio superficial— por medio de las inscripciones. Al morir Yada’il, la obra no estaba terminada. Después de una pausa prolongada se abrió la entrada occidental; después de un corto intervalo se elevó el lado occidental, se construyó el mausoleo (*ntà*) en el lado oriental y se erigieron dos grandes pilares (*mhfd*), ante la entrada principal. Entre el 350 y el 330 quedó terminada la muralla entera, se construyó una plataforma (*mhy’*) ante la entrada principal y se empotraron en ella 16 pilares en dos hileras. También delante de la puerta occidental había dos pilares. Todos ellos se utilizaron más adelante en la construcción del vestíbulo. Queda libre solamente la última hilera (obsérvese el perímetro mayor de los pilares) erigida por uno de los tres reyes[15]. Ya no eran príncipes de la dinastía makrab los que en el segundo período de construcción mandaron trabajar en el templo, sino miembros de una clase de nuevo ascenso, esto es, la de los intendentes. Estos administraban las tierras de los propietarios principescos, y también la ciudad de Marib y el templo de ’Auwam.

Qataban se limitaba en un tiempo a la cuenca de dos *uadis*, que corren al noroeste y al norte desde el altiplano del sur de Arabia al desierto. En el *uadi* oriental, que fue habitado muy tempranamente, se hallaba la capital Timna’, y río arriba había algunas localidades relativamente grandes. El país lindaba al noroeste con Saba’, y al noreste con Hadramot. El resto estaba rodeado de pequeñas regiones políticamente independientes. Éstas llegaban al suroeste hasta el lugar opuesto a la actual Adén, y hacia el sur, por la Datina (que hoy conserva un nombre parecido), hasta el océano Índico. Al suroeste se introducía Ausan entre Qataban y Hadramot. La capital de Ausan se llamaba Wasr o Wusr y estaba situada al sureste de Hmna’, en esta dirección, a medio camino entre Timna’ y el mar.

Hacia fines del siglo VI, cuando el sabeo Uatar empezaba su expedición de conquista, si no antes, al país de Ausan tuvo un rey belicoso. Se parecía a Karib’il, de quien acostumbraba a mofarse, en el espíritu luchador y en energía, pero no en prudencia. Por lo demás, su base inicial de operaciones era demasiado pequeña, aunque él se esforzara por ampliarla. Primero quitó a Hadramot los oasis de ’Abadan (junto al Nisab o Ansab actual), y luego, al norte, los oasis de Uadi Gurdan (Jirdan) con lo que separaban Hadramot de Qataban; ocupó una parte de ésta, probablemente todo el sur. Al llegar la noticia de que Karib’il había penetrado en el ángulo suroccidental de Arabia, se hizo ceder por los dos países más

directamente expuestos, al suroeste de Qataban, varias plazas para sí y sus soldados. A continuación salió al encuentro del sabeo, pero perdió la batalla. Karib'il le molestaba con incursiones hasta muy adentro del país, detrás de su frente; primero dejó de lado los países más próximos y lo derrotó en Datina y ante las puertas de su capital, «hasta que hubo barrido… Ausan y su rey». Solamente en una segunda campaña se precipitó, con incendio y asesinato, sobre los dos países inicialmente preservados. La paz fue dura para éstos: a Qataban y Hadramot les fueron devueltas las regiones robadas. Todo lo que directa o indirectamente lindaba con Saba' fue anexionado por Karib'il de modo que sólo quedó sin tierra uno de los reyes (R 3945).

A larga, la hegemonía militar sabea no podía mantenerse. Qataban se alió con algunos de los países subyugados, y las dos campañas sabeas no pudieron detener el curso natural de los acontecimientos. Todos estos países cayeron paulatinamente bajo el dominio de Qataban, lo mismo que Ausan, que poco después de la conquista había vuelto a ser independiente. Es cierto que sólo aparece esta situación en el acta de un soberano de la primera mitad del siglo II[16], pero esto no puede considerarse como un *terminus ad quem*, porque no hay nada más semejante en dicha acta. Hasta el 350 aproximadamente conocemos cuatro reyes (los títulos faltan casualmente) de Qataban. Luego aparecen, uno junto a otro, un makrab, hijo del último soberano, y un hijo de rey, rey él mismo; finalmente, los dos aparecen en una misma inscripción[17]. Así, pues, el título de makrab parece como un préstamo ulterior de los sabeos (¿para designar a un príncipe sin derecho al trono?). De igual origen parece ser el principio de la división de poderes, pero solamente entre dos personas.

Hadramot fue y sigue siendo propiamente un *uadi* que corre paralelo a la costa del Océano Indico, pero lejos de ella. Sin embargo, el reino de igual nombre se extendía a ambos lados del valle, hacia el oeste y el este. La capital, Shabwat, quedaba cerca de la frontera de Qataban. En lengua, cultura y arte, este país iba a la zaga de los otros y estaba abierto a la influencia sabea, que le era transmitida por una colonia establecida en Shabwat[18]. Bajo la protección de los reyes prosperaba, muy lejos al este, el país del incienso.

Dhofar (Zafar) es el nombre que designa propiamente una ciudad, el que lleva el país del incienso en los mapas. Hoy en día pertenece políticamente a Omán, pese a que lo separen de éste vastas estepas y extensos desiertos de arena: es la única región de vegetación tropical en Arabia. En la costa crece la palmera de coco (así lo señalaba ya Ibn Battutah, alrededor de 1331)[19]. Las laderas de los altos montes que encierran el llano costero están cubiertas de espesos bosques. Se

precipita de ellos una gran cascada, y en el paisaje ondulado de los valles altos prosperan fértiles praderas. Cerca de la divisoria de las aguas, donde este paraíso se transforma en las áridas mesetas de arenisca rojiza, se encuentra la zona del incienso[20]. De Hadramot a Qataban se extendía en su día la zona de las mirras. Los dos son resinas de arbustos de la altura de un hombre, y constituían el tesoro de que se nutría la cultura arábiga meridional.

CONCLUSIÓN

Los dos siglos escasos de historia persa y griega, del 520 al 323 a. C., constituyen indiscutiblemente el punto culminante de la historia cultural del mundo antiguo. El drama, el arte y la historiografía de los helenos alcanzaron en dicho tiempo, pero sobre todo durante el siglo V, una cima que no se ha vuelto a alcanzar ni ha sido, mucho menos aún, superada.

Estas grandes realizaciones culturales están indisolublemente ligadas con la institución griega de la polis (ciudad-estado y comunidad a la vez). Surgida alrededor del 800 a. C. la polis también llega a su punto culminante en el siglo V. Con la concentración de la vida política en el espacio más reducido combina la polis una receptividad extraordinaria para las influencias culturales, de cualquier lado que provengan. La ciudad es la patria de innumerables artistas e intelectuales que participan casi todos ellos personalmente, como ciudadanos, en la vida política de la comunidad. La polis se identifica en su esencia con sus *politai*, sus ciudadanos, y esta identidad constituye su fuerza y su debilidad a la vez. En la polis se realizó en realidad por vez primera la idea de la autoadministración por ciudadanos libres. Sobre este terreno los atenienses de la época de Pericles lograron en materia de política y de arte resultados que serán siempre modélicos.

Pero el arte de la política requiere moderación, y esto era algo que muchos de los sucesores de Pericles eran incapaces de practicar. Con ello no sólo se destruyó la grandeza de Atenas, sino que se provocó además la decadencia de Grecia. En efecto, se introduce en Grecia en muchas partes, en lugar de una ética política a la que ningún pueblo civilizado puede renunciar, la *hybris* (la «violencia»). Tenemos un ejemplo de ello en el violento Alcibíades. A partir del fin de la guerra del Peloponeso, el mundo de la polis griega va decayendo inconteniblemente, y en la última parte de siglo IV la ciudad-estado de los griegos quedó sin existencia política por la monarquía de carácter macedónico. El triunfo de la monarquía es tanto más completo cuanto que Alejandro logra conquistar el

imperio persa y establecer en Oriente una monarquía absoluta de cuño persa-macedónico.

También Persia es un estado civilizado, con una administración excelente sobre una base feudal. En la estructura del estado y en la composición de la sociedad la lealtad en las relaciones entre soberanos y vasallos desempeña un papel decisivo. Estas vinculaciones éticas no deben olvidarse nunca, pues son las que confieren a la vida de los persas su carácter propio. La resistencia encarnizada de los pueblos iranios contra el conquistador Alejandro muestra que estas vinculaciones no eran solamente obligaciones superficiales. Todos los pueblos extranjeros del imperio persa, los babilonios, fenicios, lidios, egipcios, judíos y los otros, tuvieron la posibilidad de desarrollarse de acuerdo con sus dotes peculiares, lo que apreciaron y agradecieron. Pero, al igual que la polis griega, el imperio persa empieza a estancarse por falta de fuerzas jóvenes y de nuevas ideas. Este estado de cosas, que bajo Artajerjes II Mnemón (404-359/58) se pone claramente de manifiesto, es el principio del fin.

Al margen de los enormes cambios políticos se sitúa el destino de los hombres como individuos (los griegos, los persas y los demás) sujetos a la influencia de ambas naciones. ¿Cabe acaso hablar de que éstos tuvieran ocasión de llevar una vida en consonancia con sus respectivas facultades? Por lo que se refiere a los griegos de la época clásica, no cabe duda de que la tuvieron. Para vivir de acuerdo con sus propios deseos, según la propia definición de vida deseable, es decir, la idea griega de libertad, hicieron sacrificios en defensa de ello en las guerras médicas, pero estos sacrificios valían la pena. Un gran número de griegos pudo desplegar sus dotes plenamente, y muchos de ellos han aportado logros extraordinarios en los dominios de la política, del arte y de la ciencia. La época de Pericles fue una época de florecimiento y de prosperidad no solamente para Atenas y sus ciudadanos, sino también para muchísimos otros pueblos del mundo griego. Sin embargo, sabemos muy poco de las capas inferiores del pueblo griego, y lo propio cabe decir, con contadísimas excepciones, de la población del reino de los Aqueménidas.

La obra de Alejandro produce un cambio total de las condiciones sociales. Con su victoria sobre los persas abrió a los griegos y macedonios un nuevo mundo, pero sin quitar a los vencidos, a los persas, la posibilidad de organizar su vida según sus deseos. Sin duda, la libertad y la autonomía, pilares angulares de la polis griega, se vieron muy restringidas, y en el duelo desigual entre la polis y la monarquía obtuvo ésta última una preponderancia decisiva, que ya nunca más había de perder. Pero la enorme extensión del reino de Alejandro, sus inagotables

posibilidades económicas, militares y científicas imprimieron también otra faz al mundo de los griegos. Las admirables realizaciones de las polis griegas encuentran en el reino de Alejandro su coronación.

Lo que los griegos crearon en la época de la polis no fue en vano. Las nuevas monarquías de Oriente surgidas del imperio de Alejandro se basaron en ello y, gracias al vehículo de la cultura helenística, los romanos recibieron también la impronta del espíritu griego y, en no menor grado, también el mundo del cristianismo. Nuestras ideas de lo humano y del humanismo son aún esencialmente griegas. El espíritu griego no dejará de influir sobre la formación de los individuos, mientras exista la cultura occidental.

Bibliografía

Un nuevo resumen detallado sobre las fuentes antiguas y los estudios modernos se encuentra en la obra de H. BENGTSON, *Griechische Geschichte von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit (Handbuch der Altertumswissenschaft* III, 4), 2.ª ed., Munich, 1960. Los tratados entre los estados griegos están reunidos y comentados por H. BENGTSON, en *Die Staatsverträge der griechisch-römischen Welt von 700 bis 338 v. Chr.*, Munich, 1962.

Además han de mencionarse las siguientes obras (véase también la Bibliografía en H. BENGTSON, *Einführung in die alte Geschichte*, 4.ª ed., Munich, 1962, pp. 158 ss.).

1. HISTORIAS GENERALES DE LA ANTIGÜEDAD

MEYER, E., *Geschichte des Altertums*, 5 tomos, Stuttgart, 1884-1902. Se tienen aquí en cuenta: vol. III, 3.ª ed. de H. E. Stier, 1937; vol. IV, 1 y 2; V, 4.ª ed. de H. E. Stier, 1939, 1956 y 1958.

ROSTOVTZEFF, M., *A history of the ancient world*, 2 vols., Oxford, 1926 y 1927.

The Cambridge Ancient History, ed. por J. B. BURY, S. A. COOK, F. E. ADCOCK, M. P. CHARLESWORTH, N. H. BAYNES. 12 vols., Cambridge, 1924-1939. Se toman aquí en cuenta los vols. IV, The Persian Empire and the West, reimpresión 1953; V, Athens 478-401, reimpresión 1958; VI, Macedon 401-301, reimpresión 1953; todos los tomos con abundante bibliografía.

Historia Mundi: Ein Handbuch der Weltgeschichte, en 10 vols., fundado por F. KERN, publicado por F. VALJAVEC. Vol. III (1954): *Der Aufstieg Europas*.

Histoire Générales des Civilisations, publ. bajo la dirección de MAURICE

CROUZET. Vol. I: *L'Orient et la Grèce antique*, de A. AYMARD y J. AUBOYER, 2.ª ed., París, 1957. Trad. esp. *Oriente y Grecia antigua*. Barcelona, 1958.

2. HISTORIA DE PERSIA

NOELDEKE, TH., *Aufsätze zur persischen Geschichte*, Leipzig, 1887.

PRASEK, J. V., *Geschichte der Meder und Perser*; 2 vols., Gotha, 1906-10.

SCHAEDER, H. H., *Das persische Weltereich*, Breslau, 1941.

JUNGE, P. J., *Dareios I., König der Perser*, Leipzig, 1944.

OLMSTEAD, A. T., *A history of the Persian Empire*, Chicago, 1948. Reimpresión 1959.

GHIRSHMAN, R., *Iran*, Harmondsworths, 1955 (nueva edición 1964).

MEYER, E., *Der Papyrusfund von Elephantine. Dokumente einer jüdischen Gemeinde aus der Perserzeit und der älteste erhaltene Buch der Weltliteratur*, Leipzig, 1912.

3. HISTORIAS DE GRECIA: GENERALES

BUSOLT, G., *Griechische Geschichte bis zur Schlacht bei Chäroneia*. 3 vols., 2.ª ed., Gotha, 1893-1904. Se tienen en cuenta los vols. II y III 1 y 2; contrariamente a su título, la obra sólo llega hasta el final de la Guerra del Peloponeso (404 a. C.).

BELOCH, K. J., *Griechische Geschichte*, 4 vols., en dos partes cada uno. 2.ª ed., Estrasburgo-Berlín, 1912-27. Se toman en cuenta los vols. I (final) a IV (principio).

GLOTZ, G., *Histoire grecque*, 4 vols., París, 1938-45 (nueva edición, con la colaboración de R. COHEN).

BERVE, H., *Griechische Geschichte*, 2 vols., 2.ª ed., Friburgo i. Br. 1950/51, en: *Geschichte der führenden Volker*, vols. IV y V.

BURY, J. B., *A History of Greece to the death of Alexander the Great*, 3.ª ed., Londres, 1951.

DE SANCTIS, G., *Storia dei Greci dalle origini alla fine del secolo V*, 2 vols., nueva edición: Florencia, 1961.

WILCKEN, U., *Griechische Geschichte im Rahmen der Altertumsgeschichte*, 9.ª ed., publicada por G. KLAFFENBACH, Munich, 1962. Trad. esp. *Historia de Grecia*. Madrid, 1942.

BENGTSON, H., *Griechische Geschichte von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit*, 2.ª ed., Munich, 1960.

4. DETERMINADOS PERIODOS DE LA HISTORIA DE GRECIA

LÉVEQUE, P. y P. VIDAL-NAQUET. *Clisthène l'Athénien*, París, 1964.

GRUNDY, G. B., *The great Persian war and its preliminaries*, Londres, 1901.

BURN, A. R., *Persia and the Greeks*, Londres, 1962.

COOK, J. M., *The Greeks in Ionia and the East*, Londres, 1962.

NESSELHAUF, H., *Untersuchungen zur Geschichte der delisch-attischen Symmachie* (Klio, Supl. 30), Leipzig, 1933.

WADE-GERY, H. T., «The peace of Kallias», en *Essays in Greek history*, Oxford, 1958, pp. 201 ss.

DE SANCTIS, G., *Pericle*, Milán-Messina, 1944.

HENDERSON, B. W., *The great war between Athens and Sparta. A companion to the military history of Thucydides*, Londres, 1927.

STERN, E. V., *Geschichte der spartanischen und thebanischen Hegemonie vom Königsfrieden bis zur Schlacht bei Mantineia*, Dorpat, 1884.

STROHEKER, K. F., *Dionysios I. Gestalt und Geschichte des Tyrannen von Syrakus*, Wiesbaden, 1958.

BENGTSON, H., «Die griechische Polis bei Aeneas Tacticus», en *Historia*, 11 (1962), pp. 458 ss.

CLOCHÉ, P., *La politique étrangère d'Athènes de 404 à 338 av. J. C.*, París, 1934.

MOSSÉ, CL., *La fin de la démocratie athénienne*, París, 1962.

MOMIGLIANO, A., *Filippo il Macedone*, Florencia, 1934.

WÜST, F. R., *Philipp II. von Makedonien und Griechenland in den Jahren von 346-338 v. Chr.*, Munich, 1938.

BICKERMANN, E. y J. SYKUTRIS, *Speusipps Brief en König Philipp*, Leipzig, 1928.

BERVE, H., *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, 2 vols., Munich, 1926.

WILCKEN, U., *Alexander der Grosse*, Leipzig, 1931.

RADET, G., *Alexandre le Grand*, 7.ª ed., París, 1950.

TARN, W. W., *Alexander the Great*, 2 vols., Cambridge, 1948.

5. HISTORIA CULTURAL

OTTO, W., *Kulturgeschichte des Altertums. Ein Ueberblick über neue Erscheinungen*, Munich, 1925.

CHRISTENSEN, A., «Die Iranier», en *Handbuch der Altertumswissenschaft*, III, 3; publ. por W. OTTO, Munich, 1933.

BURCKHARDT, J., *Griechische Kulturgeschichte*, publ. por J. OERI, 4 vols., Berlín, 1898-1902; puede utilizarse ahora en la edición conjunta, vols. VIII-XI, con introd. de F. STAHELIN. Trad. esp. *Historia de la cultura griega*. Madrid, 1935-44, 3 vols.

JAEGER, W., *Paideia. Die Formung des griechischen Menschen*, 3 vols., Berlín, 1936-47. Trad. esp. *Paideia: Los ideales de la cultura griega*. 2.ª ed., México, 1948.

EHRENBERG, V., *The People of Aristophanes*, 2.ª ed., Oxford, 1951.

DODDS, E. R., *The Greeks and the Irrational*, Berkeley-Los Angeles, 1951.

MARROU, H. I., *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*. 2.ª ed., París, 1950.

OSTEN, H. H., *Die Welt der Perser*, Stuttgart, 1966 (Grosse Kulturen der Frühzeit, vol. 5).

6. ESTADO Y ORGANIZACIÓN MILITAR.

BENGTSON, H., en: *Gnomon* 1937, pp. 113 ss. (acerca del estado persa).

BARKER, E., *Greek Political Theory. Plato and His Predecessors*, 4.ª edición, Londres, 1951.

WILAMOWITZ-MOELLENDORFF, U. V., *Staat und Gesellschaf der Griechen*, en: (HINNEBERG, P., *Kultur der Gegenwart* II, 4, 1.) 2.ª ed., Leipzig, Berlín, 1923.

BUSOLT, G., *Griechische Staatskunde*, 2 vols. (vol. II refundido por H. SVOBODA), en: *Handbuch der Altertumswissenschaft* IV 1, 1, Munich, 1920 y 1926.

GLOTZ, G., *La cité grecque*, nueva ed., París, 1952.

HAMMOND, M., *City State and World State in Greek and Roman Political Theory until Augustus*, Cambridge (Mass.), 1951.

JONES, A. H. M., *Athenian Democracy*, Oxford, 1957.

EHRENBERG, V., *Der Staat der Griechen*. Vol. 1: *Der hellenische Staat*. Leipzig, 1957. Edición inglesa: *The Greek state*, Oxford, 1960.

KROMAYER, J. y G. VEITH, «Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer», en: *Handbuch der Altertumswissenschaft*, IV 3, 2. Munich, 1928.

KROMAYER, J. y G. VEITH. *Antike Schlachtfelder*. 4 vols. Berlín, 1903-1931 (con un *Schlachtenatlas zur antiken Kriegsgeschichte'*, Leipzig, 1922 ss.).

ADCOCK, F. E., *The Greek and Macedonian art of war*, Berkeley, 1957.

7. ECONOMÍA

POEHLMANN, R. V., *Geschichte der sozialen Fragen und des Sozialismus in der antiken Welt*, 2 vols., 3.ª ed., públ. por F. OERTEL, Munich, 1925.

HASEBROEK, J., *Staat und Handel im alten Griechenland*, Tübingen, 1928.

MICHEL, H., *The Economics of Ancient Greece*, 2.ª ed., Cambridge, 1956.

FINLEY, M. (ed.), *Slavery in Classical Antiquity*, Cambridge, 1960.

8. RELIGIÓN

NYBERG, H. S., *Die Religionen des alten Iran*. (Trad. alemana del sueco de H. H. SCHAEDER). Leipzig, 1938.

ROHDE, E., *Psyche. Seelenkult und Unsterblichkeitsglaube der Griechen*. 9.ª y 10.ª eds. de O. WEINREICH. Tübingen, 1925.

GUTHRIE, W. K. C., *The Greeks and their Gods*. Londres, 1954.

NILSSON, M. P., *Geschichte der griechischen Religion*, 2 vols., en: *Handbuch der Altertumswissenschaft* V, 2; 2.ª ed., Munich, 1955 y 1961.

WEINREICH, O., *Menekrates Zeus und Salmoneus*, Stuttgart, 1933.

ROSE, H. J. A., *Handbook of Greek Mythology*, 6.ª ed., Nueva York, 1958.

ZAEHNER, R. C., *The Dawn and Twilight of Zoroastrianism*, Londres, 1961.

9. CIENCIA Y FILOSOFÍA

ZELLER, E., *Grundriss der Geschichte der griechischen Philosophie*, ref. de W. NESTLE, 13.ª ed., Leipzig, 1928.

CAPELLE, W., *Geschichte der Philosophie. Die griechische Philosophie von Thales bis Cicero*, en: Col. Göschen, vol. 857-859, 863. 2.ª ed., Berlín, 1953-54. Trad. esp. *Historia de la Filosofía griega*, Madrid, 1958.

JAEGER, W., *Aristoteles. Grundlegung einer Geschichte seiner Entwicklung*, Berlín, 1923. Trad. esp. *Aristóteles. Base para la historia de su desarrollo intelectual*, México, 1946.

REHM, A. y K. VOGEL. *Exakte Wissenschaften*, en: GERCKE-NORDEN, *Einleitung in die Altertumswissenschaft* II, 5. 4.ª ed., Leipzig y Berlín, 1933.

POHLENZ, M., *Hippokrates und die Begründung der wissenschaftlichen Medizin*, Berlín, 1958.

HERZOG, R., *Die Wunderheilungen von Epidauros*, Leipzig, 1931.

SAMBURSKY, S., *The Physical World of the Greeks*, Londres, 1956.

RANDALL, H. J., *Aristotle*, Nueva York, 1960.

10. LITERATURA Y ARTE

SCHMIDT, E. F., *Persepolis I-II*, Chicago, 1953 y 1957.

WYCHERLY, R. E., *How de Greeks Built Cities*, 2.ª ed., Londres, 1962.

BEAZLEY, J. D., *Attic red-figured vase painters*, Oxford, 1942.

BUSCHOR, E., *Griechische Vasen*, Munich, 1940.

COOK, R. M., *Greek Painted Pottery*, Londres, 1960

LIPPOLD, G., «Die griechische Plastik», en: *Handbuch der Archäologie*. 5.ª entrega, Munich, 1950.

CARPENTER, RH., *Greek Sculpture*, Chicago, 1960.

RUMPF, A., «Malerei und Zeichnung», en: *Handbuch der Archäologie*, 6.ª entrega, Munich, 1953.

LESKY, A., *Geschichte der griechischen Literatur*, 2.ª ed., Berna, 1963. Trad. esp. *Historia de la literatura griega*, Madrid, 1968.

SCHMID, W., «Geschichte der griechischen Literatur». Vol. I, 1-1, 5, en: *Handbuch der Altertumswissenschaft* VII, 1. Munich, 1929-48.

BURY, J. B., *The Ancient Greek Historians*. Nueva ed., Nueva York, 1958.

11. ATLAS HISTÓRICOS

Atlante storico, de M. BARATTA, P. FRACCARO, L. VISINTIN. Novara, 1954.

Grosser Historischer Weltatlas del Bayerischen Schulbuchverlages. Parte I: *Vorgeschichte und Altertum* (con comentarios en un volumen propio), de H. BENGTSON y V. MILOJCIC. 3.ª ed., Munich, 1958.

12. EGIPTO

ELGOOD, P. G., *Later Dynasties of Egypt*, Oxford, 1951.

KIENITZ, F. K., *Die politische Geschichte Aegyptens, vom 7. bis zum 4. Jahrhundert vor der Zeitwende*, Berlín, 1953.

POSENER, G., *La première domination perse en Egypte. Recueil d'inscriptions hiéroglyphiques*, El Cairo, 1936.

WIEDEMANN, A., *Geschichte Aegyptens von Psammetich I. bis auf Alexander den Grossen*, Leipzig, 1880.

13. MESOPOTAMIA

Acerca de la historia general del imperio persa consúltese: *Cambridge Ancient History*, vol. IV. *The Persian Empire and the West*. Cambridge, 1953 y vol. IV: *Macedon* (401-301), Cambridge, 1953.

OLMSTEAD, A. T., *A history of the Persian Empire*, Chicago, 1948. Nueva edición 1959.

SCHAEDER, H., *Das persische Weltreich*, Breslau, 1941.

Algunos estudios relativos a determinados aspectos de la civilización persa se ocupan también de la historia de Mesopotamia: CAMERON, «Persepolis treasury tablets». *University of Chicago Oriental Institute Publications*, vol. 65, Chicago, 1948, y su suplemento en el libro: *The idea of history in the ancient Near East*. New Haven, 1955.

SCHLUMBERGER, D., *L'argent grec dans l'empire achéménide*, París, 1953.

LEUZE, D., *Die Satrapienteilung in Syrien und im Zweistromlande von 520 bis 320*, Halle, 1935.

FOUCHER, A., «Les satrapies orientales de l'empire achéménide», *Compte rendu de l'Acad. des Inscr. et B. Lettres*, París, 1958, páginas 336 ss.

Los documentos relativos a la historia de Mesopotamia en el periodo persa

son muy abundantes y han sido objeto de publicaciones diseminadas a lo largo de más de medio siglo. La última de estas publicaciones es: SAN NICOLÓ, M. y PETSCHOW, H., *Babylonische Rechtsurkunden aus dem 6. Jahrhundert v. Chr.*, Munich, 1960. (Aquí se encuentra la lista de todas las publicaciones anteriores). Es también de gran interés:

CARDASCIA, G., *Les Archives des Murashu (455-403)*, París, 1951, donde numerosos textos aparecen traducidos por primera vez y van acompañados de un extenso comentario histórico, filológico y jurídico.

Para la orientación acerca de algunos yacimientos, consúltese los textos de HERODOTO y JENOFONTE en las colecciones clásicas y, a título de complemento:

PALLIS SVEND, «History of Babylon» (538-93 B. C.), en *Mélanges Pedersen*, pp. 275-294.

WETZEL, Fr., «Babylon zur Zeit Herodots», en: *Zeitschrift für Assyriologie*. Nueva serie, 14 (1944), pp. 45-68.

Los resultados de las excavaciones arqueológicas se encuentran en los volúmenes de: «Wissenschaftlichen Veröffentlichungen der Deutschen Orient-Gesellschaft»:

KOLDEWEY, R., *Die Königsburgen von Babylon* (54 y 55), Leipzig, 1931-32.

REUTHER, OSCAR, *Die Innenstadt von Babylon* (47), Leipzig, 1926.

WETZEL, F., SCHMIDT, E. y MALLWITZ, A., *Das Babylon der Spätzeit* (62), Berlín, 1957.

Para las excavaciones en Ur:

WOOLLEY, L., *The Neo-Babylonian and Persian periods*, Londres, 1962. En el *Reallexikon der Assyriologie*, I (Berlín y Leipzig, 1932), consultar los artículos *Assur* (E. UNGER) y *Babylon* (E. UNGER).

Los problemas relativos a la cronología de esta época han dado lugar a una abundante bibliografía. Remitimos aquí únicamente al estudio conjunto de:

PARKER, R. A., DUBBERSTEIN, W. H., *Babylonian chronology (626 B. C.-75 A. D.)*. Providence, 1956 (está anunciada una nueva edición).

Ver también el artículo que se ocupa de la crisis en el reinado de Jerjes, de:

DE LIAGRE BOEHL, Th., «Die babylonischen Prätendenten zur Zeit des Xerxes», *Bibliotheca Orientalis* XIX (1962), pp. 110-114.

Acerca de los aspectos de la vida económica y social de Mesopotamia véase:

DUBBERSTEIN, W. H., «Commemorative prices in later Babylonia (625 bis 400)», en: *American Journal of Semitic Languages and Literature*, 56 (1939), pp. 20-43.

WEINGORT, SAUL, *Das Haus Egibi in neubabylonischen Rechtsurkunden*. Berlín, 1939, pp. 57-64 (véase en el *Archiv für Orientforschung* XIV el artículo de A. UNGNAD).

EBELING, E., el artículo «Bankhaus», en el vol. I del *Reallexikon der Assyriologie*, nueva serie, 16 (1952), pp. 203-213.

ROBINSON, E. S. G., «A silversmith's hoard from Mesopotamia», en: *Iraq* 12 (1950), pp. 44-51.

PORADA, E., «Greek coin impressions from Ur», en: *Iraq* 13 (1951), páginas 95-101.

En relación con los israelitas establecidos en Mesopotamia véase, además de las historias generales sobre Israel, los trabajos de:

EBELING, E., *Aus dem Leben der jüdischen Exilanten in Babylon*, 1914.

SIDERSKY, «L'onomastique hébraique des tablettes de Nippur», en: *Revue des études juives*, 78 (1929), pp. 177-199.

Acerca de la evolución del derecho véase el estudio clásico de:

SAN NICOLO, M., *Beiträge zur Rechtsgeschichte im Bereich der keilschriftlichen Rechtsquellen*, Oslo, 1931.

En relación con la historia de las ciencias remitimos a la bibliografía que figura al final del capítulo «Mesopotamia bajo el imperio Seléucida», en la Historia Universal de Siglo XIX, vol. 6.

Se obtiene una idea del enriquecimiento constante de nuestra

documentación mediante la lectura de, por ejemplo:

UNGNAD, A., «Neubabylonische Privaturkunden aus der Sammlung Amherst», en: *Archiv für Orientforschung* XIX (1962), pp. 74-82, y en el informe de J. J. A. VAN DIJK sobre los textos descubiertos en Uruk Warka durante la XVIII campaña, en el vol. 18 de: *Vorläufige Berichte über die Ausgrabungen in Uruk/Warka*, Berlín, 1961, pp. 39-41.

14. PALESTINA

COOK, S., *The Religion of Ancient Palestine in the Light of Archeology*, Londres, 1930 (Schweich Lectures, 1925).

EISSFELDT, O., *Einleitung in das Alte Testament*, 2.ª ed., Tübingen, 1956.

NOTH, M., *Geschichte Israels*, 4.ª ed., Göttingen, 1959.

DE VAUX, R., *Les Institutions de l'Ancient Testament*, 2.ª ed., 2 vols., París, 1961-62.

VOGELSTEIN, H., *Der Kampf zwischen Priestern und Leviten*, Stettin, 1889.

15. SIRIA

OTTO, W., «Beiträge zur Seleukidengeschichte» (Disert. Adad. Báv. XXXIV 1), 1928, pp. 30 ss.: *Ebir-nari, Koilesyrien und Seleukis*.

LEUZE, O., *Die Satrapieneinteilung in Syrien und im Zweistromlande von 520-320* (Obras de la Königsberger Gelehzten Gesellschaft 11, 4), Halle a. d. S., 1935 (además, H. BENGTSON, *Gnomon* 1937, pp. 113 ss.).

GALLING, K., *Studien zur Geschichte Israels im persischen Zeitalter*. Tübingen, 1964 (artículos conjuntos).

16. ARABIA

LE BARON BOWEN, R. y ALBRIGHT, FRANK P., «Archaeological Discoveries in South Arabia», con contribución de BERTA SEGALL, J. TERNBACH, A. JAMME, H. COMFORT y VUS W. VAN BEEK (*Publicaciones de la American Foundation for the Study of Man*, ed. por W. ALBRIGHT, vol. 2, Baltimore, 1958).

JAMME, A., «Sabaean Inscriptions from Mahram Bilqîs (Mârib)». *Publicaciones de la American Foundation for the Study of Man*, ed. de W. F. ALBRIGHT (vol. III), Baltimore, 1962.

CASKEL, W., *Lihyan und Lihyanisch* (Arbesitsgemeinschaft für Forschung des Landes Nordheim-Westfalen, Geistswiss), cuaderno 4 (Abh.), Colonia y Opladen, 1954.

NAMI, KH. Y., *Nuqush khirbat Baraqish al dau' magmu at M. Tawfik*. 1, 2, 3, El Cairo, 1954, 1955, 1956, 1957 (*Fisal min magallat kulliyat al-adab*, 1954, 1955, 1956).

PIRENNE, J., *Paléographie des inscriptions sud-Arabes…* t. I… (Verh. knkl. vlaamse Ac… von Belgie, Kl. d. Letteren, nr. 26), Bruselas, 1956.

TAWFIK, M., «Les monuments de Ma'in…», en árabe (*Publ. de l'Inst. Franç. d'Arch. orientale du Caire, Etudes sud-arabiques*, t. I). El Cairo, 1951.

17. JUDAÍSMO PALESTINO EN EL PERIODO PERSA

EL ANTIGUO TESTAMENTO

CHARLES, R. y otros (eds.), *The Apocrypha and Pseudepigrapha of the old Testament*, 2 vols., Oxford, 1913.

COWLEY, A., *Aramaic Papyri of the Fifth Century B. C.*, Oxford, 1923.

DIODORO, *Bibliotheca Historica*, rec. F. VOGEL y C. FISCHER, 5 vols., Leipzig, 1888-1906.

KRAELING, E., *The Brooklyn Museum Aramic Papyri*, New Haven, 1953. *The Mishnah*, tr. H. DANBY, Oxford, 1933.

NEPOTE, *Oeuvres*, ed. A. GUILLEMIN, París, 1923.

PLUTARCO, *Vitae*, iterum rec. C. Sintems. 5 vols. Leipzig, 1892-1895.

POSENER, G., «La première domination perse en Egypte». El Cairo. 1936 (*Bibliothèque d'étude… de l'Institut français d'archéologie orientale*, XI).

PRITCHARD, J. (ed.), *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, 2.ª ed., Princeton, 1955 (citada como ANET).

SMITH, S., *Babylonian Historical Texts*, Londres, 1924.

ESTRABÓN, *Geographica*, recc. C. MÜLLER and F. DÜBNER. 2 vols., París, 1853-1877.

18. LIBROS SECUNDARIOS

ALBRIGHT, W., *The Biblical Period from Abraham to Ezra*, Nueva York, 1963.

BAUDISSIN, W. VON, *Die Geschichte des alttestamentlichen Priesterthums*, Leipzig, 1889.

BICKERMAN, E., *From Ezra to the Last of the Maccabees*, Nueva York, 1962.

BRAUN, M., *History and Romance in Graeco-Oriental Literature*, Oxford, 1938.

COOK, S., «The Religion of Ancient Palestine in the Light of Archaeology», London, 1930 (*Schweich Lectures*, 1925).

DAICHES, S., «The Jews in Babylonia at the Time of Ezra and Nehemiah», London, 1910 (*Jews College Publications*, 2).

EISSFELDT, O., *Einleitung in das Alte Testament*, 2.ª ed. Tübingen, 1956.

GOODENOUGH, E., *Jewish Symbols in the Greco-Roman Period*. 9 vols. (sin fecha). Nueva York, 1953, ff. (*Bollingen Series*, XXXVII).

KALLEN, H., *The Book of Job as a Greek Tragedy*, Nueva York, 1963.

NOTH, M., *Geschichte Israels*, 4.ª ed., Göttingen, 1959.

NOTH, M., *Überlieferungsgeschichte des Pentateuch*, Stuttgart, 1948.

PFEIFFER, R., *Introduction to the Old Testament*, 2.ª ed. Nueva York, 1953.

RAD, G. VON, *Das Geschichtsbild des chronistischen Werkes*, Stuttgart, 1930 (Beiträge zur Wissenschaft vom A. und N. T. IV. 3).

RAD, G. VON, *Das Priesterschrift im Hexateuch*, Berlín, 1934 (Beiträge zur Wissenschaft vom A. und N. T. IV. 13).

RUDOLPH, W., «Chronikbücher», Tübingen, 1955 (*Handbuch zum Alten Testament*).

RUDOLPH, W., «Esra und Nehemiah», Tübingen, 1949 (*Handbuch zum Alten Testament*).

SCHÜRER, E., *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi*, 3-4 ed., 3 vols., Leipzig, 1901-9.

DE VAUX, R., *Les Institutions de l'Ancien Testament*, 2.ª ed., 2 vols., París, 1960-61.

VOGELSTEIN, H., *Der Kampf zwischen Priestern und Leviten*, Stettin, 1889.

WELLHAUSEN, J., *Die Kleinen Propheten*, 3.ª ed., Berlín, 1898.

19. ARTÍCULOS

AHARONI, Y., «Excavations at Ramath Rahel», *Biblical Archaeologist*, 24 (1961), pp. 104 ss.

BICKERMAN, E., «The Altars of Gentiles», *Revue internationale des droits de l'antiquité*, 3.ª serie, 5 (1958), pp. 137 ss.

CROSS, F., «The Discovery of the Samaria Papyri», *Biblical Archaeologist*, 26 (1963), pp. 110 ss.

HEICHELHEIM, F., «Ezra's Palestine and Periclean Athens». *Zeitschrift für Religions-und Geistesgeschichte*, 3 (1951), pp. 251 ss.

HOTSCHER, G., «Levi». *Paulys Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft*, 12 (1925), cols. 2.155 ss.

MAISLER, B., «Golë Yisra'el beGozan». *Yedi'ot hahebrah ha'ibrit lehaqirat 'erez Yisra'el*, 15 (1950), pp. 83 ss.

RAD, G. VON, «Die levitische Predigt in den Büchern der Chronik», *Festschrift Otto Procksch*, Leipzig, 1934.

Notas

CAP. 7: LA VIDA CULTURAL E INTELECTUAL EN LA ÉPOCA DE PERICLES

[1] DITTENBERGER-PURGOLD, *Inschriften von Olympia*, núm. 144 (MORETTI, *Iscr. agonistiche*, 1953, núm. 13). <<

[2] *Inscriptiones Graecae*, I2, 329. <<

CAP. 13: LA CULTURA GRIEGA EN EL SIGLO IV a. C.

[3] La literatura más reciente sobre el tema en H. BENGTSON, *Griechische Geschichte* 2.ª ed. 1960, p. 279; además H. BERVE, *Dion*, Abhandlungen der Akademie… Mainz, 10, 1956, pp. 7 ss. <<

CAP. 16: EGIPTO Y EL IMPERIO PERSA

[4] Para una historia general de los persas: v. A. T. OLMSTEAD, *History of the Persian Empire*, Chicago, 1948. <<

[5] Obras generales sobre la historia egipcia, con capítulos relativos a los últimos tiempos: A. WIEDEMANN. *Aegyptische Geschichte*, Gotha, 1884; E. DRIOTON y J. VANDIER, *L'Egypte*, 4.ª ed. París, 1962. Con consideración especial

de las épocas Saíta y persa: A. WIEDEMANN, *Geschichte Aegyptens von Psammetich. I. bis auf Alexander der Grossen*. Leipzig, 1880; F. K. KIENITZ, *Die politische Geschichte Aegyptens vom 7. bis zum 4. Jahrhundert vor der Zeitwende*. Berlín, 1953. <<

[6] Sobre Egipto durante el dominio persa: G. POSENER, *La première domination perse en Egypte*, El Cairo, 1936; F. K. KIENITZ, *op. cit.*; E. BRESCIANI, *La satrapia d'Egitto*, en «Studi Classici e Orientali», VII, Pisa, 1958, pp. 132 ss. Acerca de las relaciones de los griegos con Egipto: D. MALLET, *Les rapports des Grecs avec l'Egypte, de la conquête de Cambyses (525) à celle d'Alexandre (332)*, El Cairo, 1922; F. K. KIENITZ, *op. cit.* <<

[7] G. POSENER, *op. cit.*, nota 3; Comentario pp. 171 ss., acerca de la actitud de Cambises; también A. KLASENS, «Cambyses en Egypte», en *Ex Oriente Lux*, 1946, pp. 339 ss. <<

[8] G. POSENER, *op. cit.*, nota 4. <<

[9] G. POSENER, *op. cit.*, nota 5. <<

[10] G. POSENER, *op. cit.*, nota 1; G. BOTTI-ROMANELLI, *Le sculture del Museo Gregoriano greco-egizio*, Ciudad del Vaticano, 1951, p. 33, lámina 28. <<

[11] A. E. COWLEY, *Aramaic Papyri of the fifth Century B. C.*, Oxford, 1923, nota 30 (pp. 13-14). <<

[12] W. SPIEGELBERG, *Die sogenannte demotische Chronik des Pap. 215 der Bibliothèque Nationale zu Paris*, Leipzig, 1914, pp. 32-33. <<

[13] F. K. KIENITZ, *op. cit.*, pp. 53-54. <<

[14] F. K. KIENITZ, *op. cit.*, p. 85. <<

[15] W. SPIEGELBERG, *op. cit.*, pp. 30-32; E. MEYER, *Aegyptische Dokumente aus der Perserzeit*, vol. II (Sitzungsbericht d. Preuss. Akademie d. Wissenschaften, 1915), pp. 304 ss. <<

[16] Así es cómo lo ve N. RIECH, «The codification of the Egyptian Laws by Darius and the origin of the "Demotic Chronicle"», *Mizraim*, I, 1933, pp. 78 ss. Véase, para otra interpretación, E. SEIDL, *Aegyptische Rechtsgeschichte der Saiten-und Perserzeit*, 1956, p. 60. <<

[17] Acerca de las «casas de vida»: A. H. GARDINER, «The House of Life», en *Journal of Egyptian Archaeology*, 24 (1938), pp. 157 ss. <<

[18] Acerca de los templos de El Khargeh: E. WINLOCK-DAVIES, *The Temple of Tibis in El Khargeh*, vol. I, Nueva York, 1941. <<

[19] W. SPIEGELBERG, *Drei demotische Schreiben aus der Korrespondenz des Pherendates, des Satrapen Darius' I, mit der Chnum-Priestern von Elephantine*, Sitzungsberichte de. Preuss, Akad. d. Wiss., 1928, pp. 604 ss. <<

[20] G. POSENER, *op. cit.*, pp. 180-182; F. K. KIENITZ, *op. cit.*, p. 65. <<

[21] G. POSENER, *op. cit.*, notas 8. 9 y 10. <<

[22] G. R. DRIVER, *Aramaic Documents of the fifth Century B. C.*, Oxford, 1954, v. 6; VII, 1-4; VIII, 2. <<

[23] Acerca de la colonia judía de Elefantina, el templo y su destrucción: E. G. KRAELING, *The Brooklyn Museum Aramaic Papyri*. New Haven, 1953, pp. 41 ss. y 100 ss. <<

[24] E. G. KRAELING, *op. cit.* <<

[25] E. G. KRAELING, *op. cit.*, p. 111. <<

[26] Ante todo: E. BRESCIANI, *op. cit.* <<

[27] El sátrapa poseía grandes propiedades en Egipto, que estaban confiadas a un *peqid* de quien recibía un arrendamiento; acerca de este aspecto administrativo ver los documentos del sátrapa Arsames (aproximadamente 45-404 a. C.), en G. R. DRIVER, *op. cit.* <<

[28] H. H. SCHAEDER, *Iranische Beiträge*, vol. I, 1930, p. 202. <<

[29] Véase *supra*, nota 15. <<

[30] G. POSENER, *op. cit.*, p. 178. <<

[31] Publicado por J. D. COONEY, «The Portrait of an Egyptian collaborator», *Bulletin of the Brooklyn Museum*, XV (1953), p. 1-16. <<

[32] Publicado en: *Recueil des Travaux*, 21 (1899), pp. 67-68. <<

[33] Sólo se los menciona en el papiro arameo publicado por E. BRESCIANI, «Papiri aramaici egiziani di epoca persiana presso Museo Civico di Padova», en *Rivista degli Studi Orientali*, XXXXV, Roma, 1960, pp. 11 ss. <<

[34] F. GRIFFITH, *Catalogue of the demotic papyri in the John Rylands Library*, vol. III y vol. IX. <<

[35] Véase E. G. KRAELING, *op. cit.*, pp. 36-37. <<

[36] E. SEIDL, *Aegyptische Rechtsgeschichte der Saiten-und Perserzeit*, 1956. <<

[37] Es importante en relación con este problema: R. YARON, *Introduction to the law of the Aramaic Papyri*, Oxford, 1961, especialmente pp. 114 ss. <<

[38] Acerca de las cartas arameas encontradas en la Hermópolis occidental, véase M. KAMIL en *Bulletin de l'Institut d'Egypte*, 28 (1947), p. 256. <<

[39] Véase E. BRESCIANI, *La satrapia d'Egitto*, pp. 150-151. <<

[40] Los documentos sobre el Arsenal: N. AIMÉ-GIRON, *Textes araméens d'Egypte*, El Cairo, 1931, pp. 12 ss. <<

[41] E. BRESCIANI, *Papiri aramaici egiziani di epoca persiana presso il Museo Civico de Padova*. <<

[42] J. J. RABINOWITZ, «Aramaic Inscriptions of the fifth Century B. C. E. from a North-Arab Shrine in Egypt», en *Journal of Near Eastern Studies*, 1956, pp. 2 ss. <<

[43] Al respecto: A. SEGRE, «Circolazione tolemaica e pretolemaica in Egitto», en *Rivista italiana di Numismatica*, 1920, pp. 68 ss.; E. G. KRAELING, *op. cit.*, pp. 38-40. <<

[44] Acerca de los numerosos monumentos de esta clase: E. BRESCIANI, *La satrapia d'Egitto (Appendice archeologica)*, pp. 177 ss. <<

[45] A. ERMAN, *Die Religion der Aegypter*, 3.ª ed., Berlín, 1934, cap. 19. <<

[46] Publicado por S. R. K. GLANVILLE, *The Instructions of 'Onchshes honqy*, (=

Catalogue of Demotic Papyri in the British Museum, vol. II), Londres, 1955; véase S. DONADONI, *Storia della letteratura egiziana antica*, Milán, 1957, pp. 308-310. <<

[47] Un análisis agudo del problema en: B. V. BOTHMER y H. DE MEULENAERE, «Egyptian Sculpture of the Late Period», en *The Brooklyn Museum*, 1960, pp. 78-79 y 81-82. <<

[48] J. D. COONEY, *op. cit.*, p. 6. <<

[49] Llevan collares de tipo persa la estatua de Ptah-hotep en el Brooklyn Museum, así como la estatua (de la que sólo se ha conservado el torso), descrita por G. BOTTI, «Busto di un dignitario della XXII dinastia nel Museo Egizio di Firenze», en *Bollettino d'Arte del Min. Pubbl. Istruz*, 2 (1956), pp. 1-3. Llevan brazaletes persas las estatuas de Ptah-hotep y de Udjahorresne en el Museo Vaticano. <<

[50] Véase E. BRESCIANI, *La satrapia d'Egitto (Appendice Archeologica)*. <<

[51] J. D. COONEY, «The Lions of Leontopolis», *Bulletin of the Brooklyn Museum*, 15 (1953), pp. 17 ss.; A. ROES, «Achemenid influence upon Egyptian and Nomad Art», en *Artibus Asiae*, 15 (1952), pp. 21 ss. <<

[52] A. ROES, *op. cit.*, p. 19. <<

[53] G. POSENER, *op. cit.*, p. 190, nota 2. Acerca de la influencia de la arquitectura egipcia sobre la persa, véase PARROT-CHIPIEZ, *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, pp. 510 y 885-887; DIEULAFOY, *L'Art antique de la Perse*, pp. 5 y 198. <<

[54] Es importante F. K. KIENITZ, *op. cit.*, pp. 76 ss.; Un texto demótico, la llamada «Crónica Demótica» (W. SPIEGELBERG, *op. cit.*) trata en forma profética de las tres últimas dinastías; véase al respecto F. K. KIENITZ, *op. cit.*, pp. 136 ss. <<

[55] B. V. BOTHMER y H. DE MEULENAERE, *op. cit.*, pp. 95 ss. <<

[56] Estudio reciente de E. WILL, «Chabrias et les finances de Tachôs», en *Revue des Etudes Anciennes*, 62 (1960), pp. 254 ss. <<

[57] F. K. KIENITZ, *op. cit.*, p. 107. <<

[58] F. K. KIENITZ, *op. cit.*, pp. 185 ss. <<

[59] F. K. KIENITZ, *op. cit.*, p. 189. <<

[60] F. K. KIENITZ, *op. cit.*, p. 111. <<

CAP. 18: EL JUDAÍSMO PALESTINO EN EL PERIODO PERSA

[1] ANET, 316 a-b (J. B. PRITCHARD, *Ancient Near Eastern Texts*, 2.ª ed., Princeton, 1955). <<

[2] S. COOK, *The Religion of Ancient Palestine in the Light of Archaeology*, Londres, 1930 (Schweich Lectures, 1925), pp. 41-71, especialmente 57, 63, 70 y 82 ss.; Y. AHARONI, «Excavations at Ramath Rahel», en *Biblical Archaeologist*, 24 (1961), pp. 104 ss. <<

[3] B. MAISLER, «Golë Yisra'el be Gozan», en *Yedi'ot habebrah ha'ibrit lehaqirat Erez Yisra'el*, 15 (1950), pp. 83 ss. <<

[4] A. E. COWLEY, *Aramaic Papyri of the Fifth Century B. C.*, Oxford, 1923, núm. 30; E. G. KRAELING, *The Brooklyn Museum Aramaic Papyri*. New Haven, 1953, pp. 42 ss., 82 ss., 86; *Jeremías*, 44-15 ss.; *Isaías*, 19-19. <<

[5] S. DAICHES, *The Jews in Babylonia at the Time of Ezra and Nehemiah*, Londres, 1910, pp. 21 ss.; *Ezequiel*, 14.1 ss.; 20.31; *Zacarías*, 5.5 ss.; *Esdras*, 8.17 (?). Pese a la apologética de Daiches, la implicación de los nombres es inconfundible. <<

[6] E. BICKERMAN, «The Altars of Gentiles», en *Revue internationale des droits de l'antiquité*, 3.ª serie, vol. 5 (1958), 137 ss. La afirmación de Bickerman de que los «judíos» no participaban en este culto, no es convincente. <<

[7] A. COWLEY, *Aramaic Papyri*, núms. 30 y 31. <<

[8] *Esdras* 4.1; 6.19; 8.35, etc., también simplemente «los exiliados» 9.4; 10.6; *Zacarías* 6.10. Estas referencias y las siguientes son de la Biblia Judía. <<

[9] *Nehemías* 10.31 ss., véase 13.25; *Esdras* 4.4; véase 6.21 y *Nehemías* 10.29. En documentos anteriores al exilio, la expresión significaba simplemente «los

ciudadanos», y este empleo primitivo sobrevivió ocasionalmente, véase R. DE VAUX, *Les Institutions de l'Ancient Testament*, 2 vols. 2.ª ed., París, 1960-61, vol. I, p. 112. <<

[10] El nombre de Sheshbazzar (*Esdras* 1.8, etc.) atestigua al menos que sus padres rendían culto a Sin o Shamash; W. ALBRIGHT, *The Biblical Period from Abraham to Ezra*, Nueva York, 1963, p. 86; véase M. NOTH, *Geschichte Israels*, 4.ª ed., Göttingen, 1959, p. 279, nota 2. <<

[11] *Reyes* 23; *Ezequiel* 8. Los acontecimientos en cuestión no habrían podido tener lugar en el templo sin la cooperación de los sacerdotes. <<

[12] *Zacarías* 9-14 se consideran por lo regular como introducidos subrepticiamente. <<

[13] *Ageo* 2.23; *Zacarías* 6.9 ss. (véase infra). <<

[14] Texto sumamente alterado. Es fundamental el comentario de J. WELLHAUSEN, *Die Kleinen Propheten*, 3.ª ed., Berlín, 1898; le siguen, con pequeñas modificaciones, O. EISSFELDT, *Einleitung in das Alte Testament*, 2.ª ed., Tübingen, 1956, p. 529; M. NOTH, *Geschichte Israels*, p. 282, y otros. <<

[15] *Mishnah Abodah Zarah* 3-6 podría representar un vestigio. <<

[16] *Esdras* 6.21; véase *Nehemías* 10.29. <<

[17] 4.2 b es inequívocamente una invención polémica: los samaritanos no eran los deportados asirios de 200 años antes. Y así también 4-9b-10 basado igualmente en *Reyes* II 17.24-41. Otra línea polémica aparece en 9.1 f. El redactor sitúa la negación de Zorobabel en la época del reino de Ciro, para explicar la «interrupción» de la construcción del 537 al 520, aproximadamente, y reunió después informes hostiles acerca de los judeos, hasta los tiempos de Artajerjes (4.6-23). La «interrupción» es una invención, que tiene por objeto conciliar la tradición del retorno bajo Ciro con el hecho de la reconstrucción bajo Darío. <<

[18] *Zacarías* 11.14, según los *Códices* 62 y 147 de los *Septuaginta*. <<

[19] Véase J. WELLHAUSEN, *Die Kleinen Propheten*, ad loc.; *Zacarías* 14.14 es probablemente un recuerdo de este pasaje. La afirmación en *Esdras* I 4.45 (texto B), de que los judeos incendiaron el templo está probablemente alterada en su texto y debería decir «los idumeos», véase versículo 50. <<

[20] *Esdras* 4.12, 15, 19. Es poco probable que la sublevación contra los babilonios (587), que tuvo lugar más de un siglo antes, figurara en los anales persas; 4, 15 d y 20 están redactados. <<

[21] La profecía se prosiguió (*Nehemías* 6.7, 9-14), y algunas profecías posteriores llegaron al Canon como interpolaciones o como obras apócrifas, p. ejemplo, Jonás, Daniel. <<

[22] F. HEICHELHEIM, «Ezra's Palestine and Periclean Athens», en *Zeitschrift für Religions-und Geistesgeschichte*, 3 (1951), pp. 251 ss. <<

[23] Esdras es tal vez la figura más discutida del Antiguo Testamento. Véase W. RUDOLPH, *Esra und Nehemia*, Tübingen, 1949. Aquí se supone que la historia auténtica de Esdras está contenida (aproximadamente) en *Esdras* 7-8, *Nehemías* 8 y *Esdras* 9-10; véase O. EISSFELDT, *Einleitung in das Alte Testament*, pp. 676 ss. <<

[24] Acerca de una reforma persa parecida de instituciones religiosas en Egipto, véase G. POSENER, *La première domination perse en Egypte*, El Cairo, 1936, p. 22; A. COWLEY, *Papyri*, núm. 21. <<

[25] *Nehemías*, 8.2, 13 ss.; 9.1; véase R. DE VAUX, *Institutions*, vol. 2, p. 419; M. NOTH, *Geschichte Israels*, pp. 302 ss. <<

[26] Al menos *Nehemías* 1-7.5a y 13.4-31 son parte de las «memorias» auténticas de Nehemías; véase O. EISSFELDT, *Einleitung in das Alte Testament*, 6. 676. <<

[27] Aparece el apoyo del partido en 2.12; 5.8 («Nosotros» son los judíos de la diáspora de tendencia monólatra). <<

[28] 33.; 4.4. Los partidarios de la resistencia pasiva pertenecen a la nobleza. <<

[29] 5.14 ss. Obsérvese la ausencia de la nobleza (*horim*) en la lista de los invitados, véase 5.7; 6.17, *etc.* <<

[30] *Mac.* II 1.18; *Isaías* 56.5; *Sirach* 49-13d; *Nehemías* 1.5; véase *Esdras* 6.14 (el templo sólo queda terminado en tiempos de Artajerjes). <<

[31] Este apoyo hubo indudablemente de ganarlo refutando con su vida el informe de Esdras y mostrando que un miembro del grupo monólatra podía ser perfectamente un gobernador popular de Jerusalén y podía conservar la ciudad

tranquila y leal. <<

[32] 13.25 – *'Akkeh* significa probablemente azotar, y no ejecutar, puesto que sigue, como algo peor, el arrancar el pelo. <<

[33] A. COWLEY, *Aramaic Papyri*, núm. 30. <<

[34] E. KRAELING, *Brooklyn Papyri*, pp. 82 ss., especialmente 88. <<

[35] A. COWLEY, *Papyri*, núm. 30. <<

[36] Para la interpretación y el fechado de las obras comentadas en este párrafo véanse los pasajes correspondientes en O. EISSFELDT *Einleitung in das Alte Testament*, y R. PFEIFFER, *Introduction to the Old Testament*, 2.ª ed., Nueva York, 1953. <<

[37] Comentado por H. KALLEN, *The Book of Job as a Greek Tragedy*, Nueva York, 1918. Ni en el caso de *Job* ni en el *Eclesiastés* hay motivo alguno para suponer un parentesco literario entre estas dos obras similares. <<

[38] Alterado ahora por numerosas interpolaciones de carácter piadoso. <<

[39] Véase al respecto M. BRAUN, *History and Romance in Graeco-Oriental Literature*, Oxford, 1918. <<

[40] *Eclesiastés* 7.16; 8.14 ss.; 9.7 ss. <<

[41] Los *Proverbios* se parece en éste, como en tantos otros aspectos, al *Corpus Theognideum*. <<

[42] Las obras más importantes sobre los levitas siguen siendo las de W. VON BAUDISSIN, *Die Geschichte des alttestamentlichen Priestertums*, Leipzig, 1889, y G. HOELSCHER, «Levi», en la *Real Encyclopädie de Pauly*, 12 (1925), columnas 2155 ss. <<

[43] *Números* 133; 18.3, véase 4,3, 23.30; 8.24, *etc.* W. VON BAUDISSIN, *Geschichte*, pp. 33 ss. <<

[44] S. COOK, *Religion*, pp. 164 ss. <<

[45] S. COOK, *Religion*, pp. 214 ss.; E. GOOUDENOUGH, *Jewish Symbols in the*

Greco-Roman Period, 9 vols., Nueva York, 1953 ss., Índice, voz Torah Shrine. <<

[46] Véase al respecto G. VON RAD, «Die levitische Predigt in den Büchern der Chronik», *Homenaje de Otto Procksch*, Leipzig, 1934, pp. 113 siguientes. <<

[47] *Números* 16. El estudio olvidado de H. VOGELSTEIN, *Der Kampf zwischen Priestern und Leviten*, Stettin, 1889, contiene el intento sumamente interesante de ordenar históricamente la polémica y los pasajes correspondientes de la Crónica y de la literatura eclesiástica del *Pentateuco*. Véase también R. PFEIFFER, *Introduction*, pp. 264 y 795-901. <<

[48] Las fases de la fusión están anotadas por G. HOELSCHER, «Levi», cols. 2185 ss. <<

[49] H. VOGELSTEIN, *Der Kampf zwischen Priestern und Leviten*, p. 84. <<

[50] JOSEFO, *Antiquitates*, 12.142. <<

[51] W. RUDOLPH, *Chronikbücher*, Tübingen, 1955, VIII ss., también G. VON RAD, *Das Geschichtsbild des cronistischen Werkes*, Stuttgart, 1930. <<

[52] Véase (p. ej.) *Ex.* 20.24 y *Dt.* 12.4 ss.; *Lev.* 17.1 y *Dt.* 12.2 ss.; *Ex.* 21.7 y 15.12; *Ex.* 12.9 y *Dt.* 16.7; *Dt.* 14.22-29 y *Núm.* 18.21-24; *Lev.* 10.14 y *Dt.* 18.3. <<

[53] Monolatrística: Helcías (*Reyes*, II, 22.8 ss.); *Esdras*. Sincretística, véase *supra*, núm. 71, y más adelante Josué (*Zacarías*, 3.3 ss.), Eliasib (*Neh.* 13.4 ss., 28). <<

[54] A. COWLEY, *Papyri*. Núm. 30. JOSEFO, *Antiquitates*, 11297 ss. Johanán es Juan (*Neh.* 12.10 Jonatán; 12.22 Johanán). <<

[55] *Id.* (Bigvai-Bagoas). <<

[56] Se discuten las formas adoptadas por la compilación en sus fases posteriores; Compárese los puntos de vista de O. EISSFELDT, *Einleitung*, y R. PFEIFFER, *Introduction*, con M. NOTH, *Ueberlieferungsgeschichte des Pentateuch*, Stuttgart, 1948. La forma oficial hubo de ser en el siglo IV aquella que los samaritanos y los judíos tienen ahora en común. <<

[57] H. VOGELSTEIN, *Der Kampf zwischen Priestern und Leviten*, p. 70; W. VON BAUDISSIN, *Die Geschichte des alttestamentlichen Priestertums*, página 163. <<

[58] El culto del Deuteronomio por los levitas lo muestra G. VON RAD, *Das Geschichtsbild des chronistischen Werkes*. <<

[59] Acerca de la literatura sacerdotal en general, véase especialmente G. VON RAD, *Die Priesterschrift im Hexateuch*, Berlín, 1934. <<

[60] Cf. la misma moda en Grecia, expuesta (p. ej.) por Hecateo de Mileto y Ferécides. <<

[61] R. DE VAUX, *Institutions*, vol. I, pp. 162, 175, 320; vol. II, pp. 241, 267, 270 ss. <<

[62] *Ibídem*, vol. II, pp. 415 ss. <<

[63] G. VON RAD, *Priesterschrift*, pp. 21-28, en *Gén.* 17.1-27; 27.46 y 28.1-9. <<

[64] *Lev.* 17.8-15; 18.26; 20.2; 22.18; 24.16; 25.47-54. <<

[65] *Ex.* 12.43-50; *Núm.* 9.14; 15.1-31. <<

[66] La conclusión del convenio pudo celebrarse con otros enlaces familiares, que dieron lugar a que Josefo confundiera los acontecimientos bajo los reinados de Artajerjes I y de Artajerjes III; véase JOSEFO, *Antiquitates* 11.30 ss. F. CROSS, «The Discovery of the Samaria Papyri», en *Biblical Archaeologist*, 26 (1936), pp. 115 ss. <<

[67] *Cr.* II, 303, 2.5; 35.18. Zacarías seguía profetizando tanto «para la casa de Israel como para la casa de Judá» (8.13). <<

[68] F. CROSS, *The Discovery of the Samaria Papyri*, p. 115. <<

[69] E. GOODENOUGH, *Jewish Symbols in the Greco-Roman Period*, vol. I, páginas 270 ss. y vol. III, núm. 668-670. <<

[70] DIODORO, *Bibliotheca Historica*, 15.92.2; NEPOTE XII (CABRIAS) 2.3, PLUTARCO, *Agesilao*, 36 ss. <<

[71] La carta de *Mac.* I, 12.19 ss. es una falsificación; sin embargo, la tradición fue fundada antes de la época de los Macabeos, *Mac.* II, 5.9. <<

[72] E. SCHUERER, *Geschichte des jüdischen Volkes im Zeitalter Jesu Christi*, 3 vol., 4.ª ed. Leipzig, 1901-9. Vol. III, pp. 7 ss.; E. BICKERMANN, *From Ezra to the*

Last of the Macabees, Nueva York, 1962, pp. 11 ss. y nota 8 relacionan la toma con la de Sidón, que se refleja en un índice babilónico, traducido en B. SMITH, *Babylonian Historical Texts*, Londres, 1924, pp. 148 ss. <<

[73] *Is.* 19; 20 (especialmente 5 ss.); 30.1-5; 31.1-3, véase 36.6, 9 y *Re.* II, 18.21, 24; *Jer.* 2.18 ss.; 24.9; 37.7; 42; 43; 44; 46; *Hes.* 17.26 ss., 29 (especialmente 16); 30; 31; 32. <<

[74] Esta podría ser la razón de la transferencia de la construcción del templo en esta época a Geritzim; véase JOSEFO, *Antiquitates*, 11320 siguientes. (El templo no hace distinción legal alguna: *lo que la ley prohibía era el sacrificio*). <<

CAP. 19: SIRIA BAJO LOS PERSAS

[1] W. GALLING, *Zeitschr. des Deutschen Palästina Vereins*, 79 (1963), pp. 140 ss. <<

[2] Una de las cabezas se encuentra actualmente en la Ny Carlsberg Glyptothek en Copenhague, y la otra (encontrada en Sakkara), en Berlín; véase *Handbuch der Archäologie*, publicado por W. OTTO, I, libro de láminas, p. 197, 1 y 2. <<

[3] DITTENBERGER, *Sylloge Inscriptionum Graecarum*. I3, núm. 185. <<

CAP. 20: ARABIA

[1] HERODOTO, III, 4-5, 88, 91. Esta descripción geográfica a la que corresponde, por supuesto, un hinterland de extensión desconocida, coincide con la posición de Arabia entre los países sometidos en las inscripciones reales de Persépolis y Naqsh-i-Rustam, que provienen de Darío, el sucesor de Cambises. <<

[2] Véase p. ej. W. F. ALBRIGHT, «The Biblical Tribe of Massa’ and some congeners…», *Estratto dagli Studi Orientalistici in onore di Giorgio Levi Della Vida*, I,

Roma, 1956, p. 12, nota 4. <<

[3] Véase Qedar en las listas de los «hieródulos» («esclavos al servicio de un templo»), de Ma'in (ver capítulo sobre Arabia en el vol. 6) con Agatárquides, § 87. <<

[4] M. LIDZBARSKI, *Handbuch der nordsemitischen Epigraphik*, Weimar, 1898; Hildesheim, 1962, I, p. 447; II, lám. 27; G. A. COOKE, *A Text-Book of North-Semitic Subscriptions*, Oxford, 1903, p. 69; R. DUSSAUD, *La pénétration des Arabes en Syrie avant l'Islam*, París, 1955, p. 176. <<

[5] Acerca de Dedan, véase WERNER CASKEL, *Lihyan und Lihyanisch*, «Arbeitsgemeinschaft für Forschung des Landes Nordrhein-Westfalen». *Geistswiss.*, cuaderno 4 (tratado) Colonia-Opladen, 1954, p 37, en donde, sin embargo, hay que corregir las fechas; por otra parte, se descubrió también otro rey; en relación con lo que sigue véase A. VAN DEN BRANDEN, *Les textes thamoudéens de Philby*, 2 vols., Lovaina, 1956, 266 a, ac, ag. (si la lectura es correcta). <<

[6] A. JAUSSEN y R. SAVIGNAC, «Mission archéologique en Arabie, mars-mai 1907. De Jérusalem au Hedjaz. Médaïn Saleh. II: el'Ela, d'Hégra à Teima, Harrah de Tezouk» (*Pubbl. de la Société française des fouilles archéologiques*). Texto y atlas, París, 1909, 1914 (aparecido en 1920), 324, pl. XCIV, CXXXVIII, puestos por inadvertencia como lihyánico (J. PIRENNE, *Paléographie des inscriptions sud-Arabes…*, vol. 1, Bruselas, 1956, p. 98; citado en las siguientes notas como PIRENNE I). Es probable que el documento provenga del descendiente de una familia establecida allí largo tiempo, porque la escritura es arcaica. <<

[7] *Répertoire d'épigraphie sémitique publié par la Commission du CIS*, tomos V-VII, redactados por G. RYCKMANS (citado en las notas siguientes como R), 2980 = A. FAKHRY, *An Archaeological Journey to Yemen*, 1.2; G. RYCKMANS, *Epigraphical Texts*, 3, El Cairo, 1951-52, 14; J. PIRENNE, I, 257-60, tiene el mérito de haber combinado el documento con R 3943. Sin embargo, discrepamos por nuestra parte de las dos traducciones que allí se dan. <<

[8] Véase EDOUARD SCHWARTZ, *Philologus*, 86 (1931), pp. 373-99. <<

[9] En forma análoga GHUL, *BSOAS* XXII (1959), 17. Mahmud 'Ali Ghul fue el primero en abrir una brecha (sin saberlo), gracias a su conocimiento superior del Corán y de la tradición, en la concepción tradicional de esta clase de documentos, aumentada entretanto con nuevos textos y fragmentos. Cabe añadir que toda la

tierra, si no era propiedad del templo, era tierra del rey.

— Aquella tradición extraía de la lectura de las inscripciones el hecho de que los fundadores recaudaban impuestos. Que esto constituía un error lo ilustra el hecho de que, con una sola excepción —R 3022—, aquéllos eran particulares. En resumen, sólo puede partirse de la concepción de Conti Rossini (de 1/10 del diezmo) insinuada en la nota 10. Sin embargo, toda vez que la suma así resultante aparece como demasiado pequeña en relación con las construcciones a emprender, hay que señalar que «los suyos» son aquí 12 personas. De los hechos mencionados resulta que *far'* no puede significar «primicias», las que no entran en consideración en el financiamiento de una construcción, sino que ha de derivarse del significado original de «cosecha».

— Finalmente, se ignoró la conexión existente entre logro y recompensa y se nombró al fundador administrador de unas tierras, que se veían en conexión con su recaudación de impuestos. Acerca del segundo privilegio (acerca del primero véase nota 11), hagamos observar que *sshr'* significa sencillamente la capacidad, como se desprende de la inscripción R 3022, de desempeñar cargos públicos. En efecto, los fundadores son aquí funcionarios oficiales.

— La primera cláusula del procedimiento de financiación suele rezar: *bkbwdt/ktrb/… Attar/'hl/sbrr* «mediante una obligación de pago que N. N. entregó al 'Athtar que cumplió». Se trata de una especie de a cuenta que tendría probablemente por objeto comprobar la capacidad de prestación del fundador. Hay otra inscripción posterior (R 2774), en la que el fundador no cumplió la obligación de pago: *bkbwdt/dyns/'Attar* «mediante una obligación (de pago) que quedó a deber a 'Athtar». Sin embargo, esta deuda quedó compensada por el cumplimiento de todas las demás prestaciones. Si no se estaba en condiciones para ello, la deuda pasaba de padres a hijos, los que respondían por los difuntos, y si éstos mismos caían en la misma culpa, porque malas cosechas o pérdidas en el comercio retardaran acaso la compensación, entonces «había que prolongar el procedimiento». Así resulta del texto, pp. 413-14. «Libre y esclavo», al fin de la inscripción, no es más que un término retórico colectivo y no se debe traducir literalmente. <<

[10] *Fr'* (R 2774; *fr'hy*) *fr's*, formalmente ha de entenderse como en la *Chrestomathia arabica meridionalis* de C. CONTI ROSSINI, Roma, 1931, p. 220, y también en cuanto al sentido ha de interpretarse en forma correspondiente a la décima parte del diezmo. <<

[11] *T'mn*. También común entre los sabeos, en unión del siguiente privilegio usual. Sus titulares pasaban a ser *'mnhtn* una vez que eran llamados para ocupar cargos públicos. <<

[12] Hijo de Yith'i'amar, véase A. JAMME, «Sabean Inscriptions from Mahram Bilqis (Mârib)», *Publications of the American Foundation for the Study of Man*, publ. por W. F. ALBRIGHT, Baltimore, 1962, 555 (citado en las notas siguientes como Ja), con PIRENNE I, *Tableau généalogique*; tampoco es idéntico con el autor anónimo R 3943, que es probablemente —véase PIRENNE I 148— uno de los dos constructores de la esclusa meridional del dique de Marib. <<

[13] Aunque en R 3858 no se le nombre entre los tres príncipes makrab, Yakrubmalik, que procedía de una línea de la de éstos, participó según Ja en aquella guerra, aunque no personalmente y sólo con medidas defensivas. Esto se desprende de las palabras en parte altaneras y en parte disgustadas de su intendente, quien primero hubo de montar la guardia durante tres años, y efectuar luego un ataque de distracción contra una localidad no especificada en territorio enemigo, de la que dos años más tarde, al firmarse la paz, recondujo a casa, sanos y salvos, a sus 80 hombres. Por lo demás, no recibió las gracias oficiales de su jefe, sino del hijo de éste, pese a que aquél estuviera todavía con vida. ¿Casualidad o costumbre? La misma pregunta se plantea al enterarnos de que un primo suyo, de su mismo apellido, hace adoptar a su hijo por el intendente. <<

[14] *Corpus Inscriptionum Semiticarum*. parte cuarta, t. I, III, 37, París, 1889-1932, 37; véase PIRENNE I, 191 ss. <<

[15] Ja, 552, 555, 554, 557, 550, 551, p. 389 y el esbozo de la placa C —sin duda, «16 pilares en dos hileras» no figura aquí, sino en 551: todos los pilares (de la última hilera), lo mismo que 550 en relación con la penúltima hilera. Las traducciones que figuran en el texto delante de las palabras surarábigas se desprenden de los hallazgos arqueológicos y de las inscripciones. A esto añade además *mgbb*: sing. *magabbat* (pasado a nuestro texto) encajonamientos (para los pilares)—. Los dos encajonamientos, 556, para un pilar —véase 557—, se comprenden a partir del último párrafo de *Archaeological Discoveries in South Arabia*, de R. LEBARON BOWEN y FRANK P. ALBRIGHT, Baltimore, 1958, p. 224. <<

[16] PIRENNE, I, 229. <<

[17] PIRENNE, I, 172 ss. <<

[18] PIRENNE, I, 148 ss., difiere Beeston. <<

[19] *Voyages d'Ibn Batoutah*, 5.ª ed., París, 1949, vol. 2, p. 204. <<

[20] BERTRAM THOMAS, *Arabia Felix*, Nueva York, 1932, pp. 36-105, 122. <<